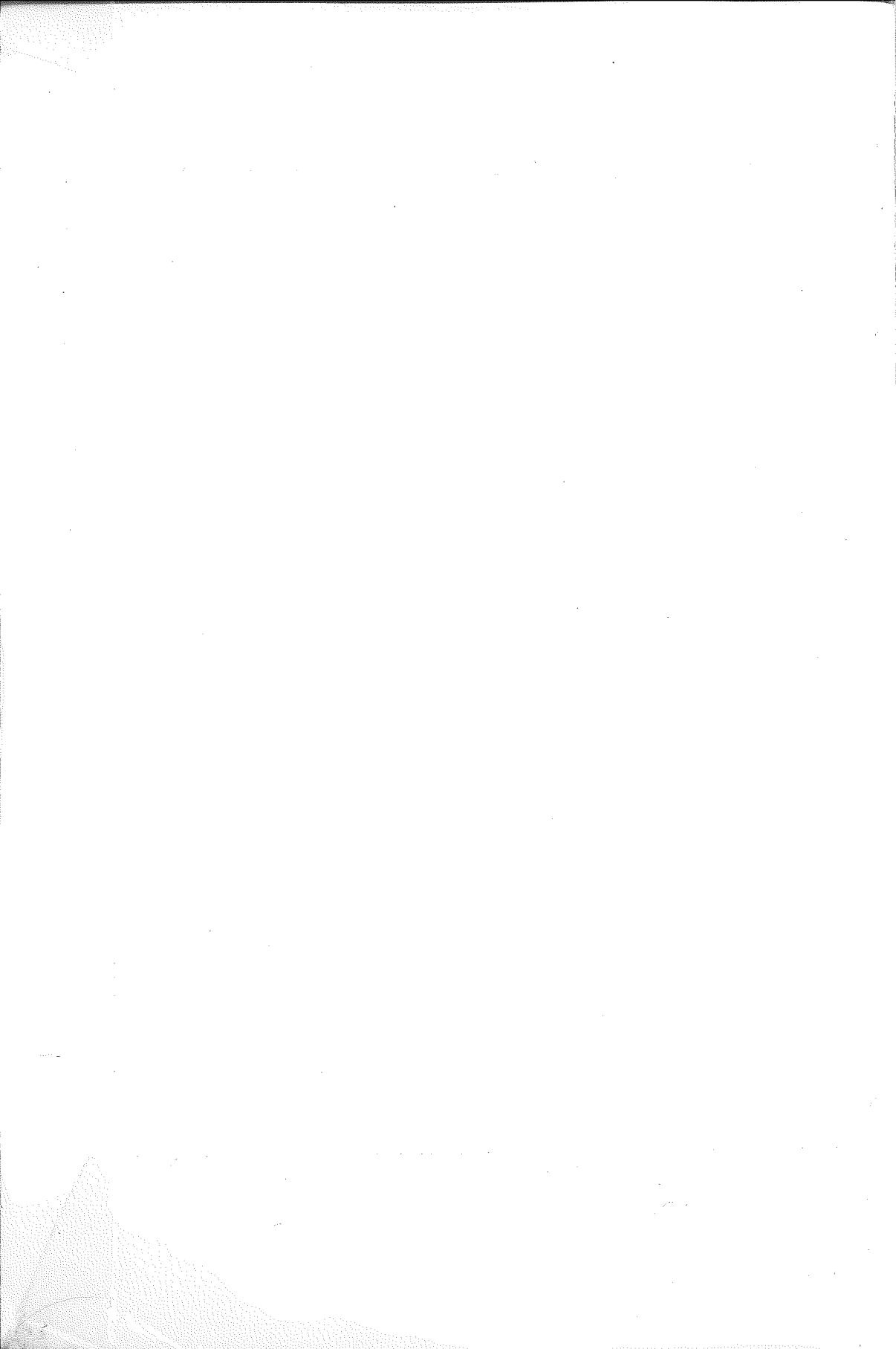


Luce Irigaray

Espéculo de la otra mujer





Cañilla Arboleda

47

Cuestiones de antagonismo

Director

Carlos Prieto del Campo

Diseño de interior y cubierta: RAG

Traducción de
Raúl Sánchez Cedillo

Reservados todos los derechos.
De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270
del Código Penal, podrán ser castigados con penas
de multa y privación de libertad quienes
reproduzcan sin la preceptiva autorización o plagien,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica
fijada en cualquier tipo de soporte.

Título original: *Speculum de l'autre femme*

© 1974 by Les Éditions de Minuit

© Ediciones Akal, S. A., 2007
para lengua española

Sector Foresta, 1
28760 Tres Cantos
Madrid - España

Tel.: 918 061 996
Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-2408-8
Depósito legal: M. 4722-2007

Impreso en Cofás, S. A.
Móstoles (Madrid)

Espéculo de la otra mujer

Luce Irigaray

-akal-

Nota de la autora

Las referencias precisas en forma de notas o de comillas para indicar la cita han sido descartadas por regla general. Toda vez que la/una mujer ocupa en relación con la elaboración teórica una función de afuera mudo que sostiene toda sistematización y a la vez de suelo materno (todavía) silencioso del que se nutre todo fundamento, no tiene porqué relacionarse con aquélla de la manera ya codificada por la teoría. Confundiendo así, una vez más, el imaginario del «sujeto» –con connotaciones masculinas– con lo que sería, será tal vez, el de lo «femenino». Así, pues, que cada uno/a, muerto o vivo, se reconozca a sí (como) mismo en el texto con arreglo a su deseo, su placer, incluso con paródicas mayúsculas. Pero si sobreviniera, en la resistencia a reencontrarse en el mismo, el malestar de una distorsión, a ser posible irreductible, entonces, ¿tal vez?, algo de la diferencia sexual habría tenido lugar también en el lenguaje.

El punto ciego de un viejo sueño de simetría



«Damas y caballeros, [...] El problema de la feminidad les preocupa porque son ustedes hombres. Para las mujeres que se encuentran entre ustedes, no constituye problema alguno, porque son ellas mismas el enigma del que *nosotros* hablamos»¹.

Así, pues, se trataría de que ustedes, hombres, hablaran entre ustedes, hombres, de la mujer, que no puede estar interesada en la escucha o la producción de un discurso relativo al *enigma*, al logogrifo, que representa para ustedes. El misterio que es la mujer constituirá, pues, el objetivo, el objeto y el envite de un discurso masculino, de un debate entre hombres, que no le interpelaría, no le incumbiría. Del que ella, en última instancia, no tendría que saber nada.

«Cuando se encuentran con un ser humano» –dice él, dicen ellos para empezar– «*ven* ustedes inmediatamente si es hombre o mujer. Es más, se trata de lo primero que llama su atención y están acostumbrados a establecer con suma seguridad esa distinción». ¿Cómo? Eso permanece implícito y no parece que merezca ser reseñado entre ustedes. Así, pues, silencio sobre esa suma seguridad que impide que se equivoquen, *a primera vista*, sobre el sexo de la persona con la que podrían

¹ Cfr. S. Freud, «La feminité», *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, París, Gallimard, Idées [ed. cast.: *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 9 vols., 1974; *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 25 vols., 1976]. La elección de este texto –conferencia ficticia– se justifica por su redacción tardía en la vida de Freud. Reúne por ello un buen número de enunciados desarrollados en otros escritos diferentes a los que, por otra parte, se hará referencia. Salvo notación explícita, soy yo la que subraya de una u otra manera los enunciados de Freud. En algunos casos ha sido preciso modificar un poco la traducción, y completarla en los casos en los que omitía algunas frases o fragmentos de enunciados. Sin embargo, la traducción más minuciosa no habría cambiado ningún aspecto sustancial de este discurso sobre la «feminidad».

cruzarse. Lo importante, al parecer, es que estén firmemente convencidos, sin vacilación posible, de que no pueden equivocarse, de que no hay al respecto ninguna ambigüedad posible. Que la cultura (?) les asegura, les tranquiliza —o les tranquilizaba, les aseguraba— a la hora de establecer una discriminación infalible.

«Ahora bien, la ciencia anatómica sólo se muestra en un único punto tan afirmativa como ustedes. Lo que es varón, nos enseña, es el elemento sexual varón, el espermatozoide y su continente; lo que es femenino, es el óvulo y el organismo que alberga a éste. Algunos órganos que sirven únicamente para las funciones sexuales se han formado en cada uno de los dos sexos, y representan probablemente dos modalidades diferentes de una única disposición». ¿Cuál? No podemos sino llegar a la conclusión de que lo que hasta ahora se define como específico de cada sexo y como disposición común de ambos no introduce más que un *proceso de reproducción-producción*. Y que en función del modo de participación en esa economía se calificará con certeza a alguien de varón o de hembra. La llamada objetividad científica sólo se pronuncia sobre esta cuestión desde el punto de vista, microscópico, de la diferencia entre las células germinales. A no ser que reconozca también la evidencia (anatómico-fisiológica) del *producto* de la cópula. El resto se presenta a sus ojos, en realidad, demasiado indecible como para que valga la pena arriesgarse —como hacen ustedes— a emitir un juicio, un veredicto diferenciado.

Pues lo cierto es que «los otros órganos, la conformación del cuerpo y de los tejidos están influidos por el sexo, pero los caracteres sexuales llamados secundarios son inconstantes, variables». Y si por ventura se fían un poco a la ligera, ella —la ciencia— debe ponerles en guardia. Por otra parte, ella «les enseña, al fin y al cabo, un hecho inesperado y harto susceptible de sumir a los sentimientos de ustedes —¿y a los de Freud?— en la confusión: algunas partes del aparato sexual del varón se encuentran también, aunque en estado de degeneración, en la mujer y viceversa». Ella os hace observar, pues, en ese hecho objetivo «la prueba de un doble sexualidad, de una *bisexualidad*², como si el individuo no fuera francamente varón o hembra, sino los dos a la vez». Así, pues, son ustedes hombre y mujer. ¿Hombre o mujer? No obstante —pueden estar tranquilos y seguros de ello— uno de los caracteres prepondera siempre sobre el otro. Pero, así y todo, «pueden estar seguros de que la *proporción* de masculinidad y de feminidad es eminentemente variable de un individuo al otro». Conviene por ello manifestar una cierta prudencia antes de reivindicar su pertenencia a uno u otro sexo. No obstante, seamos serios y volvamos a la certezas científicas, «no hay en un ser más que un solo tipo de *productos* sexuales: óvulo o esperma». Salvo, por desgracia, «algunos casos sumamente raros»...

² La cursiva es de Freud.

«Todo esto resulta, desde luego, bastante enojoso y les lleva a la conclusión de que *la virilidad y la feminidad* son atribuibles a un carácter *desconocido* que el analista no consigue aferrar». De esta suerte, en la demora del descubrimiento de una incógnita la objetividad del discurso científico, al menos del anatómico, se detiene y termina apoyándose en la diferencia de los sexos.

«¿Será capaz entonces la psicología de resolver este problema?» ¿De atribuir algún valor a su, sus incógnita(s)? Parece que estaban «acostumbrados a *transferir* al dominio psíquico la bisexualidad» y que hablaban, entonces, de «comportamientos» más viriles o más femeninos de una misma persona. Pero al hacerlo su supuesto discurso psicológico «da fe del respeto de la anatomía y de la convención». Dicho de otra manera, esta distinción no es de orden psicológico. Además, por regla general ustedes connotan el término masculino como activo, y el término femenino como pasivo, y «no les falta razón». Puesto que «la célula sexual del varón es activa, móvil, y va al encuentro de la célula femenina, el óvulo inmóvil y pasivo». Y yo, Freud, les digo que «el comportamiento de los individuos varón y hembra durante las relaciones sexuales está *calcado* del de los organismos *elementales*». Mi manera de considerar las cosas, esas «cosas», obedecería, pues, a una prescripción de lo psíquico por parte de lo anatómico *conforme al orden de la mimesis*, de tal suerte que la ciencia anatómica impone a los «comportamientos psicológicos» la verdad de su modelo. En el coito, el hombre y la mujer *imitan* el tipo de relación entre el espermatozoide y el óvulo: «El varón persigue a la hembra que ansía, la agarra y penetra en ella». Pero «de este modo ustedes reducen, desde el punto de vista psicológico, el carácter de la masculinidad al factor exclusivo de la agresión». En cuanto al de la feminidad, yo, ustedes, nosotros... ¡no hablemos de ello! En cambio, en esta demostración o atestado, *ustedes* han prestado «deseo» al espermatozoide en su carrera hacia el óvulo.

Pero volvamos a esa determinación algo desfavorable del carácter psíquico de la masculinidad. La zoo-logía —ahora— les invita a una cierta prudencia en lo que atañe a la atribución unívoca de la agresividad sólo al macho. En efecto, aquella les recuerda que «en algunos animales, las hembras son más fuertes y más agresivas que los machos». ¡Acuérdense, por ejemplo, del comportamiento sexual de la *araña*!

Por otra parte, la zoología pone en tela de juicio el hecho de que «alimentar y cuidar de las crías» sean funciones específicamente femeninas. «En algunos animales *superiores*, los machos y las hembras se reparten el cuidado de las crías, y a veces es incluso el macho el que se consagra al mismo». ¿Hemos de deducir de ello que aquellos disocian mejor que ustedes, que nosotros, la cuestión de la diferencia sexual de la de la función parental? ¿Y, entre otras cosas, que ellos dan cuenta de una distinción entre lo femenino y lo materno, entre sexualidad femenina y maternidad, una distinción que la «cultura» habría desdibujado?

Pero esta evocación o invocación ejemplar, de lo zoo-lógico en lo que respecta a este punto no será bien entendida, o no hará más que alimentar un malentendido. Porque, «en lo que atañe a la vida sexual humana», precisamente la madre va a servir de *paradigma* de lo femenino en el debate relativo a las relaciones entre acoplamientos masculino/femenino y activo/pasivo. En efecto, continúa, «no es suficiente caracterizar el comportamiento masculino por la actividad y el comportamiento femenino por la pasividad, toda vez que *la madre es, desde todos los puntos de vista, activa* hacia el niño». El ejemplo de la *lactancia*, al punto invocado a modo de prueba, presenta problemas, por supuesto, porque cuesta percibir cómo «amamantar» –salvo en virtud de criterios lingüísticos (verbo transitivo, activo, etc.), por lo demás inmediatamente puestos en tela de juicio por «mamar» (donde la madre se encuentra esta vez en posición de objeto de la “actividad” del niño de pecho, tanto si éste la mama como si aquella se hace mamar por éste)– puede reducirse simplemente a una actividad. A no ser que se asimile la lactancia –volvemos a lo de siempre...– a la fabricación concertada (?) *¿de un producto?* La *leche* sería la única producción que no podría impugnarse a la mujer –madre– y que, además, ésta realizaría por sí sola.

Toda consideración de placer en la lactancia aparece aquí excluida, desconocida, prohibida. Lo que, por cierto, introduciría algunos matices en tales enunciados. Pero bien parece que el envite es *el monopolio de la «actividad» productiva*, la separación de un *poder fálico*. Cierto es que el modo en que se anuncia a propósito de la lactancia es discutible, pero tal vez lo sea más aún la identificación de lo femenino con lo materno, cuyo impacto, cuyo atolladero y cuyas prescripciones no hemos dejado de comprobar. Sin embargo, el discurso freudiano apenas se detiene en ello, y prosigue su extraña ginecología no sin haber dejado colgado allí algún *cuadro*: una (mujer) amamanta *activamente* a su hijo...

Y esto deja perplejos a los contertulios acerca de los criterios de la diferencia sexual. Pero el texto continúa... Sin problema ni ruptura aparentes. Y sin embargo habrá, esta vez como tantas otras –sobre todo cuando se trata de la mujer–, interrumpido subrepticamente el hilo de su razonamiento, de su lógica. Valiéndose de algún otro rodeo que sin duda coincidirá con el que le precede, se urdirá con éste de alguna manera, pero con arreglo a trazos que desafían su devolución a un discurso lineal y a toda forma de rigor determinado conforme a la regla de no contradicción. Pues el inconsciente habla en el mismo. ¿Y cómo podría ser de otra manera? Sobre todo cuando habla de la diferencia sexual.

De esta suerte, pueden comprender ahora que «cuanto más se alejan del dominio sexual propiamente dicho» –¿constituible, pues, como actividad regional? ¿organizada en sectores? ¿especializada? ¿pero respecto a qué generalidad? ¿totalidad? ¿capital?– «tanto más se darán cuenta de su error de razonamiento analógico»

(al que, sin embargo, se ha recurrido y se seguirá recurriendo casi constantemente al mismo tiempo que se denuncia su uso, intentando incluso disuadirles a ustedes de recurrir al mismo). «Habida cuenta de que hay algunas mujeres con las cuales sólo hombres capaces de mostrarse pasivamente dóciles llegan a entenderse (?), algunas mujeres pueden, pues, desplegar en no pocos ámbitos una actividad desbordante». Lo importante aquí reside en la manera en que algunos términos modalizan el enunciado, sugiriendo que lo de esas mujeres no puede consistir más que un activismo que se ejerce gracias a una docilidad sumisa por parte del hombre. Curiosa elección de un ejemplo de bisexualidad... Como quiera que sea, la «actividad» correspondería al hombre en lo que a lo esencial atañe: durante el coito. Por lo demás, recordarán ustedes que así sucede en algunos animales: «En los que las hembras son más fuertes y más agresivas que los machos, que se muestran *activos únicamente durante el acto de la unión sexual*». Sin embargo, si siguen convencidos de que la pasividad coincide con la femineidad y la actividad con la virilidad, «se equivocan» y «esa concepción es errónea e inútil». ¿En qué quedamos?

Prosigamos, o más bien sigamos escuchando, sin impaciencia. «Tal vez podríamos decir que la femineidad se caracteriza, en un sentido psicológico, por una tendencia a las *metas pasivas*, lo que no es lo mismo que hablar de pasividad. Y es posible que exista en la mujer, de resultas de su papel en *la función sexual*, una tendencia más pronunciada a los comportamientos y a las metas pasivas, tendencia que se acentúa o se atenúa a medida que ese carácter *ejemplar* de la vida sexual se presenta, en cada caso, más o menos extendido o limitado». Así, pues, después de haber denunciado la impertinencia de la oposición activo/pasivo para caracterizar la diferencia masculino/femenino, se intentará salvar la partida mediante la intervención de la noción, difícil de interpretar, de «metas pasivas». Y el caso no es que esa noción carezca de interés ni merezca comentarios más prolijos, ahora bien: ¿de qué se trata aquí sino de complicar la economía de las relaciones actividad/pasividad? Autorizando su funcionamiento en cada uno de los dos polos masculino/femenino, pero en «tiempos» diferenciados y en cierto modo complementarios. Reparto de los «roles» en el que, una vez más y bajo cualquier circunstancia, a la mujer se le exige pasividad en el momento del coito, habida cuenta de su utilidad en la función sexual, mientras que le es reconocida alguna tendencia a la actividad que prepara el mismo, actividad rigurosamente regulada a prorrata de la implicación más o menos grande del carácter *ejemplar* de la denominada vida sexual.

La función de reproducción no es mencionada explícitamente, pero cuanto precede o sigue, así como la referencia a otros textos³, indica a las claras que lo gené-

³ Cfr. textos de S. Freud, *La vie sexuelle*, París, PUF, Bibliothèque de psychanalyse [ed. cast.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Madrid, Alianza, 2003].

rico de la función sexual y su *carácter ejemplar* sólo designan a ésta. Así, pues, lo que hay que salvaguardar es que el hombre es *el* procreador, que la *producción-reproducción sexual* es referible a su sola «actividad», a su solo «pro-yecto», de tal suerte que la mujer no es sino el receptáculo que acoge pasivamente su *producto* aunque ella haya solicitado, favorecido o incluso demandado –mediante la puesta en juego de sus pulsiones de metas pasivas– la colocación del mismo en su seno. Matriz –tierra, fábrica, banco– a la que será confiada el semen-capital para que allí germine, se fabrique, fructifique, sin que la mujer pueda reivindicar su propiedad y ni siquiera el usufructo, toda vez que no ha hecho más que someterse «pasivamente» a la reproducción. Poseída a su vez a título de medio de (re)producción⁴.

Se comprende que sea difícil de separar lo que corresponde a la actividad y lo que corresponde a la pasividad en la economía de la reproducción sexual, lo que no excluye que se quiera interpretar justamente el recurso a otra (por así decirlo) economía (1) para pretender hacer desaparecer la indecisión o suspender lo *indecidible* que semejante cuestión introduce (2) para resolverla mediante la atribución de la «actividad» al hombre en el proceso de la generación, dicho de otra manera, para zanjarla en términos de la oposición activo/pasivo.

Este recurso a «otro» orden va a intervenir, por otra parte, de forma imprevisible y apenas explícita, en ese momento del enunciado de Freud. Como entre paréntesis y de una forma curiosamente terminante: «Abstengámonos, sin embargo, de subestimar la influencia de la organización social que, *también*, tiende a colocar a la mujer en situaciones pasivas». ¿De qué organización social hay que abstenerse de despreciar su poder, susceptible de mantener a la mujer en «situaciones pasivas»? ¿Que hemos de entender por «*también*»? ¿Una enumeración de factores concurrentes? Ahora bien, ¿no podría considerarse la eventualidad de que uno prescriba al «otro», en particular legitimando o incluso produciendo el discurso y la ideología que le determinan en cuanto tal? Una cuestión sin duda ineludible, si la «organización social» no quedara hasta tal punto en la imprecisión de una evocación tan general y desprovista de implicación que pierde toda eficacia. De tal suerte que su pertinencia sólo parece poder encontrarse en el recuerdo, casi compulsivo, de un problema que se impone, insiste, regresa, pero cuyos datos parecen escapársele al «conferenciante», que reconoce que «todo ello sigue estando muy *oscuro*». ¿Tan fosco, acaso, como el continente *negro* de la feminidad?

«No menospreciemos» –prosigue, no obstante– «la relación particularmente constante que existe entre la feminidad y la vida pulsional. Las reglas sociales» –¿cuáles?– «y su constitución propia» –¿o sea?– «obligan a la mujer a reprimir» –¿reprimir o censurar?– «sus pulsiones agresivas». En cierto modo, a la mujer no le estaría permitida

⁴ Viejo envite cuyas vicisitudes podrán releerse a través de toda la historia de la filosofía.

ninguna modalidad de agresividad. Sin embargo, una vez más, la movilización de argumentos tan heterogéneos como «las reglas sociales» y «su constitución propia» incita a plantearse la cuestión de la prescripción de aquellas sobre la representación de ésta, del interés que aquellas tienen en hacer de soporte, de cómplices, de semejante estimación de la «constitución» femenina. ¿Hay que ver en ello la prueba de que dichas reglas sociales, y por añadidura el texto de Freud que en ellas encuentra un cierto apuntalamiento, evalúan toda agresividad a la medida de aquella que entra en juego en la *homosexualidad masculina*? Toda vez que la competencia y la rivalidad en el comercio, y en particular en el sexual, sólo puede ejercerse entre varones. ¿Se explican así las redobladas prohibiciones que pesan sobre la agresividad femenina? Y, en consecuencia, la formación, en la mujer, a no ser que ésta infrinja «las reglas sociales» y su «constitución», de tendencias fuertemente masoquistas que logran erotizar las tendencias destructivas dirigidas hacia «adentro». Pues sin duda es preciso asignarle un cierto «papel» en el funcionamiento del par dentro/fuera, que en cierto modo viene a atravesar de nuevo y a confirmar la oposición activo/pasivo. Así, pues, en lo que atañe al «dentro» —el suyo, por supuesto—, la mujer se vería llevada a ser destructiva, toda vez que nada le autorizaría ni la agresión ni la actividad hacia otro dentro o hacia afuera (podría objetarse que no sucede lo mismo con la «actividad» de la lactancia, pero ésta ha sido dejada en suspenso en alguna parte). Por lo tanto, de haber actividad o agresión en la mujer, será connotada de «viril» o de «destructiva». De esta suerte, «el masoquismo es de suyo femenino, como ha llegado a decirse». Y como yo (Freud) vuelvo a decirles. «Ahora bien, ¿significa esto que cuando se encuentren con hombres masoquistas (y no puede decirse que escaseen), *no tendrán más remedio* que declarar que presentan en su carácter aspectos claramente femeninos?». Esto parece lo bastante enojoso como para interrumpir la digresión, poner punto y aparte, y concluir que:

«Así, helos aquí dispuestos a reconocer que la psicología en cuanto tal no nos entrega *la clave del misterio* de la feminidad». ¿Quién ha comprendido el proceso de este encadenamiento sino aquel que recibe del mismo una cierta prima de placer? De la que extrae una fuerza que no podrá saldar con facilidad. En efecto, puesto que, una vez admitida la bisexualidad, ¿por qué pararse en seco ante sus implicaciones, sobre todo en lo que atañe al masoquismo masculino? Tal vez el misterio —¿la histeria?— no incumbiría tan sólo a la feminidad, incluso en esta conferencia acerca del envite que ésta constituye. ¿Por qué, entonces, querer reservarle la exclusividad? Como si, para que la argumentación sea posible, la «sexualidad masculina» debiera, ella al menos, imponerse en tanto que manifiestamente definida, definible e incluso practicable.

Así, pues, la psicología no nos entrega la clave del misterio de la feminidad, cámara oscura, caja de caudales, tierra-abismo, sustraída a sus investigaciones. «Sin duda *la luz* nos vendrá de otra parte» (Uno no renuncia tan pronto cuando se ha implicado/empleado en/hasta ese punto una metaforicidad dominada por lo fotológico).

Pero aquella no brotará «sino cuando hayamos aprendido cómo se produce la diferenciación en dos sexos de los seres vivos, un proceso del que ignoramos todo». Pueden estar seguros, pues, de que no será para mañana. Pero no olviden, sin embargo, que de nuevo se les remite a la ciencia para conocer «el misterio de la feminidad».

A no ser que interpreten que este enunciado significa que de la diferenciación en dos sexos asimilarán claramente cuanto atañe a uno de los términos de la diferencia, que habría que considerar tan sólo, o finalmente, como factor variable de una re-marca de la sexualidad –¿pero de cuál?– por su propio proceso. Dicho de otra manera, para que se haga o diga la luz sobre la (llamada) sexualidad femenina, una diferencia que no se tendrá en cuenta –¿a causa de su carácter difícilmente representable?– habría funcionado ya de antemano, de la que se tomará uno de sus elementos –¿pero determinado en referencia a qué?–, término constituido como «origen», cuya diferenciación engendrará, sacará a la luz, al otro. *Lo mismo, re-marcándose* –de más o de menos– produciría así lo otro, cuya función en la diferenciación sería ignorada, olvidada. O remitida a alguna extrapolación, hasta el infinito de alguna mayúscula: la Sexualidad, la Diferencia, el Falo, etc. De esta suerte, hasta el momento lo único que se presentaría claramente articulable sería la historia (de) la práctica de la «sexualidad masculina» respecto a la Sexualidad.

«Y, sin embargo, la dualidad de los sexos es un carácter bastante sorprendente de la vida orgánica, un carácter que diferencia claramente a ésta de la naturaleza inanimada». ¿No estaríamos a este respecto ante una diferencia tan marcada por necesidades de la argumentación? Toda vez que lo heterogéneo se ve reducido en la práctica sexual, ¿no asistiríamos a una proliferación de diferencias, a una compulsión de diferenciación, para que el placer subsista, o por angustia ante la indiferencia, al menos en el arte o la ciencia de la dialéctica?

No obstante «los individuos que, a causa de sus *órganos genitales* femeninos, están caracterizados por su feminidad, *nos* ofrecen ya –a nosotros, hombres (analistas)– *un vasto campo de estudios*. Corresponde (pues) al psicoanálisis, no la descripción de lo que la mujer es –tarea irrealizable– sino la investigación de cómo la niña con tendencias bisexuales *deviene* una mujer». No podemos más que asentir de paso a la imposibilidad de representar(se) exhaustivamente cuanto atañe a la mujer, una determinada economía de la representación, bastante insospechada por el psicoanálisis, en todo caso en el «discurso científico» que pronuncia, que funciona apoyándose en un tributo nunca pagado, ni por lo demás evaluado, a la mujer. Préstamo gracias al cual se ha elaborado la problemática del Ser. De esta suerte, resulta rigurosamente irrealizable *describir el ser* de la mujer. Y en lo que a «investigar cómo la niña con tendencias bisexuales deviene una mujer» se refiere, podremos comenzar asombrándonos, o despertando nuestra sospecha, ante el hecho de que sea preciso *devenir* una mujer –y, por si fuera poco, «normal»– y que esa

«evolución sea más penosa y más complicada» que para devenir un hombre. Cuestión igualmente tributaria de una economía, también de la representación, a la que Freud recurre sin criticarla, sin ponerla suficientemente en tela de juicio, sistemática cuyo sentido se determina con arreglo a paradigmas, unidades de valor, determinadas por sujetos masculinos. De donde se desprende entonces que lo femenino ha de descifrarse como inter-dicto: en los signos o entre estos, entre significados realizados, entre líneas..., y en función de las necesidades de (re)producción de una moneda sensata fálica, de la que puede inferirse enseguida que habrá de necesitar, a falta del concurso de otro/a, de su otro: una especie de alter ego invertido, o de negativo, también fotográfico, y por ende «negro». Opuesto, contrario, incluso contradictorio, exigidos por la reactivación y el relevo de un proceso de especula(riza)ción del sujeto masculino. Intervención requerida por *estos* efectos de negativo que resultan de, y son movilizables a partir de una censura sobre lo femenino, cuyo resurgimiento será admitido y además prescrito como, mediante ejemplos: ser/*devenir*, tener/*no tener* sexo, fálico/*no fálico* –pene/clítoris, pero también pene/vagina– más/*menos*, claramente representable/*continente negro*, logos/*silencio* o palabrería inconsistente, deseo de la madre/*deseo de ser madre*, etc. Modalidades todas de interpretación de la función de la mujer rigurosamente postuladas por la continuación de una partida en la que ella habrá estado siempre inscrita de antemano, sin que haya comenzado a jugar. Colocada entre –al menos– dos (o dos semi) hombres. Bisagra que se dobla en función de sus intercambios. Reserva (de) *negatividad* que sostiene la articulación de su *paso* en un progreso, en parte ficticio, hacia el dominio del poder. Del saber. En los que ella no contará en lo más mínimo. Fuera de escena, fuera de la representación, fuera de juego, fuera de yo. Potencia en reserva para las operaciones dialécticas venideras. Volveremos sobre la cuestión.

Ahora bien, a propósito de este «devenir mujer» –que consistirá en buena medida en el reconocimiento y la aceptación de su atrofia fálica–, podríamos subrayar, de pasada, que la cuestión apenas será abordada en la elaboración de la teoría analítica de la reducción de las tendencias bisexuales en el hombre. Cuestión sin duda más sutil que cuando se trata de la denominada sexualidad femenina. Pues, ¿qué «órgano» masculino se propondrá al escarnio, como el clítoris? Pene demasiado pequeño para que la *comparación* no acarree una devaluación total, una retirada total de catexis*. Quedan, por supuesto, los senos. Pero estos han de clasificarse entre los

* «Catexis [Besetzung (al.), charge o investissement (fr.), cathexis (ingl.), carica o investimento (it.), carga o investimento (port.)]. Concepto económico, la catexis hace que cierta energía psíquica se halle unida a una representación o grupo de representaciones, una parte del cuerpo, etc.», Jean Laplanche y Jean-Bertrand Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Editorial Labor, 1983, pp. 49-53. [N. del T.]

caracteres sexuales *secundarios*, llamados secundarios. Lo que justifica, sin duda, que nos interroguemos bastante poco sobre los posibles efectos de su atrofia en el varón. Sin mayor motivo, desde luego. Recuérdese la perplejidad suscitada por la cuestión de la lactancia. Pero parece, en todo caso, que se puede interpretar el hecho de estar desprovisto de matriz como la privación más insoportable del hombre, toda vez que su contribución a la gestación —su función en lo que atañe al origen de la reproducción— se revela entonces menos evidente, pudiendo ser puesta en duda. Indecisión, que se vería paliada por el papel «activo» del hombre en el coito y por el hecho de que marcará *con su nombre propio* el producto de la cópula. De esta suerte, la mujer, sobre cuya intervención en el trabajo de engendramiento de la criatura toda sospecha resulta imposible, se torna en la obrera anónima, la máquina al servicio de un amo-propietario que certificará el producto acabado. Por lo demás, no parece abusivo comprender un buen número de producciones, sobre todo culturales, como una contrapartida, o una búsqueda de equivalentes, de la función de la mujer en la maternidad. Y el deseo que el hombre exhibe de determinar él mismo lo que corresponde al «origen», de (re)producirse de nuevo y siempre él (en tanto que) mismo, son índices que no pueden ser ignorados.

Así, pues, para el hombre no habría ninguna prohibición sobre los sustitutos que permiten realizar tendencias bisexuales, con la condición, sin embargo, de que sean históricamente valorizadas (lo que no es el caso, recuérdelo, del masoquismo. Ni tampoco, podría añadirse, de la homosexualidad pasiva, demasiado lindante sin duda con la representación de la función exigida a la mujer en el coito). Mientras que una represión sobre los deseos llamados fálicos en la mujer la habría mantenido apartada de una eventual participación en la elaboración de lo simbólico, que suscita aún la sospecha y la ironía por parte de los psicoanalistas. Así, por ejemplo:

«En estos últimos años, muchas de nuestras excelentes (?) “colegas” han intentado estudiar esta cuestión (del devenir de la sexualidad femenina), en el transcurso del análisis, lo que nos ha instruido sobre varios puntos». A saber: *su práctica* nos ha aportado algunos datos que dilucidan determinados aspectos de *nuestra teoría*. «Gracias a la diferencia de sexos, nuestras discusiones acerca de la feminidad fueron bastante estimulantes, porque, cada vez que un paralelo parecía mostrarse desfavorable a su sexo, aquellas señoras sospechaban que nosotros, los analistas varones, estábamos llenos de prejuicios profundamente anclados que nos impedían ver con claridad la cuestión y mostrarnos imparciales (!) en lo que atañe a la feminidad. En cambio, pudimos evitar fácilmente toda falta de cortesía (?) permaneciendo en el terreno de la bisexualidad. No teníamos más que decir: “¡Vamos a ver! Eso no tiene nada que ver con ustedes. No se les escapa a ustedes que, desde ese punto de vista, ustedes son una excepción, ¡más viril que femenina!”». Así, pues, al objeto de evitar toda falta de cortesía hacia nuestras excelentes «colegas» susceptibles

de aportarnos algunas aclaraciones sobre aspectos fragmentarios de nuestra teoría, nos bast(ab)a con tratarles explícitamente como *nuestros colegas*, impidiendo así todo paralelismo que pareciera deber ser desfavorable a su sexo. [Sic...]

«Es preciso que nos detengamos a hacer dos constataciones en nuestro estudio de la sexualidad. En primer lugar, observaremos que la constitución, de nuevo, no se somete sin resistencia a la función». Enunciado tal cual algo enigmático, ya que poco antes se ha afirmado que la «constitución propia de la mujer» exigía que ésta reprima toda manifestación de agresividad, represión alentada por las «reglas sociales» y por cierto también por la «función sexual» que le (re)conocemos. ¿Cómo ha de entenderse, entonces, esa proposición? ¿A partir de cuanto sigue a continuación? A saber, por ejemplo, que determinadas precocidades observadas en la niña –dominio más rápido de sus funciones excrementicias, una inteligencia mayor y más viva, mejor disposición hacia el mundo exterior, etc.– ¿no se someterán sin resistencia a la función sexual que tendrá que desempeñar? Se trata de una lectura posible, por más que se vacile a la hora de sostenerla. Por lo demás, las prioridades reconocidas en la niña pequeña son de inmediato interpretadas como «mayor dependencia», «docilidad», «deseo de ternura», o incluso se dirá que se ven contrapesadas por el hecho de que ella «experimenta una catexis de objeto más fuerte». De esta suerte, su precocidad en el dominio de la producción de las heces, del lenguaje, de los intercambios sociales –cuya relación con la producción y la circulación de la moneda no les habrá pasado desapercibida– sería considerada tan sólo como el efecto de su deseo de funcionar a su vez como «mercancía». Sus superioridades infantiles no tendrían otro móvil que el de hacerla aparecer como el valor de uso y de cambio más seductor.

No obstante, y aunque las anteriores observaciones relativas a las ventajas de la niña pequeña no parecen «confirmadas por determinaciones precisas», queda el hecho de que ella ¡no puede ser considerada, desde el punto de vista intelectual, como una *retrasada*! Sin embargo –prosigue– «esas diferencias no son muy importantes, pueden verse eclipsadas por variaciones individuales y nada nos impide ignorarlas en lo que atañe al objetivo inmediato que perseguimos». Olvidemos, pues, la embarazosa cuestión que podrían suscitar aquellas precocidades accesorias de la niña pequeña, y el problema de su *devenir*, para atenernos a lo esencial, esto es, al capital.

La segunda comprobación que ha de realizarse en nuestro estudio sobre la sexualidad consiste en el hecho de que «los puntos de inflexión decisivos (de su historia) son preparados o atravesados desde antes de la pubertad». Esta segunda observación, y certificación, está tan poco argumentada como la primera. En todo caso en el momento de su exposición. Evidentemente, puede considerarse todo el resto del texto –todo el texto de Freud por lo demás– como si demostrara su pertinencia.

cia: el papel del complejo de castración en el «devenir (de la) mujer» interviene mucho antes de la pubertad. No obstante, tal vez no resulte inútil sorprenderse de que la partida esté jugada, o al menos dirimida, antes de que la reproducción –cuya precedencia hemos vislumbrado, implícita o explícita, en esta teoría de la sexualidad– sea efectivamente posible y materialmente realizable. Así, pues, hay que concluir de nuevo que esta preeminencia encuentra su racionalidad en otro lugar o de otra manera. Por otra parte, las características femeninas cultural, social y económicamente valorizadas están correlacionadas con la maternidad y con los cuidados maternos: lactancia de la criatura, restauración del hombre. De esta suerte, la niña pequeña no tiene, a los ojos de una determinada ideología dominante, *ningún valor*. Además, conforme a la afirmación de Freud, a la edad en la que surge enérgicamente en la niña pequeña el complejo de castración, «la vagina, esencialmente femenina, no ha sido descubierta». De este suerte, viene a decirse que todo estaría decidido de antemano en lo que atañe al rol otorgado a la mujer, y sobre todo en lo que atañe a las representaciones que se le proponen y se le prestan, antes incluso de que la especificidad socialmente reconocida de su intervención en la economía sexual sea practicable, y antes de que tenga acceso a un goce singular, «esencialmente femenino». Comprendemos que aparezca entonces como «carente de», «desprovista de», «envidiosa de», «celosa de»... ¿De qué?

* * *

Los individuos de ambos sexos parecen atravesar *de la misma manera* los primeros estadios de la libido... Contra toda expectativa, la niña pequeña, en el estadio sádico-anal, no manifiesta *menos agresividad* que el niño pequeño... Los impulsos agresivos de la niña pequeña no son ni *menos vivos* ni *menos numerosos* (que los del niño pequeño)... Desde el comienzo de la fase fálica, *las similitudes son infinitamente más marcadas que las divergencias*... LA NIÑA PEQUEÑA ES ENTONCES UN HOMBRECITO... La niña pequeña se sirve, con la *misma* meta (que el niño pequeño), de su clítoris *más pequeño* aún... *equivalente* del pene... el hombre *más favorecido* (que ella)... cómo evoluciona de la fase viril a la fase femenina... Durante esta fase (preedípica, «viril») *todo* cuanto se encontrará más tarde en la situación edípica *existe ya* y sólo a continuación *será transferido* a la persona del padre (?!)... la *diferenciación ulterior* de los sexos... la niña pequeña que había vivido entonces *como un niño pequeño*... la *comparación* con el niño... actividad *más parecida* a la del varón... regresar hacia el *antiguo complejo de virilidad*... manifestaciones residuales de la *virilidad primitiva*... la libido sufre una represión *mayor*... la naturaleza tiene *menos* en cuenta sus exigencias *que* en el caso de la virilidad... narcisismo *más desarrollado*... *más celosa*... las mujeres tienen *menos* intereses sociales *que* los hombres,

y en ellas la facultad de sublimar los instintos permanece *más débil*... En lo que atañe al interés social, la *inferioridad* de la mujer (en relación con el hombre)... Poniendo *en paralelo* los desarrollos del niño y de la niña pequeña, encontramos que esta última debe, para *devenir una mujer normal* (?), experimentar una evolución *más penosa y más complicada* y superar dos dificultades que no tienen sus *equivalentes* en el niño⁵...

Así, pues, debemos admitir que LA NIÑA PEQUEÑA ES ENTONCES UN HOMBRECITO. ¡Un hombrecito que sufrirá una evolución más penosa y más complicada que el niño pequeño para devenir una mujer normal!... Un hombrecito con un pene más pequeño. Un hombrecito desfavorecido. Un hombrecito cuya libido sufrirá una represión mayor y cuya facultad de sublimar los instintos permanecerá, sin embargo, más débil. Cuya naturaleza tendrá menos en cuenta sus exigencias y que, sin embargo, no participará de la cultura. Un hombrecito más narcisista a causa de la mediocridad de sus órganos genitales (?). Más púdico, porque siente vergüenza de esa comparación desfavorable. Más envidioso y celoso, porque está peor dotado. Sin inclinación por los intereses sociales compartidos por los hombres. Un hombrecito que no tendría mayor deseo que ser, o seguir siendo, un hombre.

De este modo, Freud descubre –conforme todavía a una especie de retorno ciego de lo reprimido– algunas cartas que subtienden, ocultas de diferentes maneras, guardadas en un bote o en la bodega, el envite, los valores, la jerarquía de valores, de la partida, de todas las partidas: el deseo de lo mismo, de lo idéntico a sí mismo, del sí (como) mismo, e incluso de lo semejante, del alter ego y, todo hay que decirlo, del auto... y del homo... del hombre domina la economía de la representación. La «diferencia sexual» es tributaria de una problemática de lo mismo, está aún y siempre determinada en el interior del proyecto, de la proyección, de la esfera de la representación, de lo mismo. La «diferenciación» en dos sexos parte del a priori de lo mismo: el hombrecito que es la niña pequeña que ha de devenir un hombre menos ciertos atributos –cuyo paradigma es morfológico– susceptibles de determinar, y de asegurar, la reproducción-especularización de lo mismo. Un hombre menos la posibilidad de (re)presentarse como hombre = una mujer normal. En este deseo proliferante de lo mismo, la muerte será el único representante de un afuera, de un heterogéneo, de un otro: la mujer asegurará la función de representante de la muerte (del sexo), de la castración, cuyo dominio, cuyo sometimiento se asegurará así el hombre mientras pueda, triunfando sobre la angustia (de muerte) en el coito, sosteniendo el goce a pesar de, o gracias al horror de la contingüidad con la ausencia de sexo, la mortificación del sexo, que evoca la mujer; la prueba del coito tendrá, además, como horizonte teleológico la prenda de una regeneración indefinida, de una re-producción de lo mis-

⁵ Todos estos enunciados pueden encontrarse en el texto de Freud sobre «La feminité», cit.

mo que desafía a la muerte, en la procreación del *hijo*, este mismo que el padre procreador. Testimonio, para sí y para los otros, del carácter imperecedero y garante del relevo de la identidad consigo mismo del varón en ciernes.

No hemos acabado de enumerar, ni desde luego de interpretar, los rostros, las formas, las morfologías, que puede cobrar este viejo sueño de lo «mismo» que ha desafiado a los adivinos más clarividentes, hasta el punto de que su *método* no se ha interrogado acerca del crédito que aquel siempre le ha merecido. Los intérpretes de los sueños, por su parte, no tenían otro deseo que el de recobrar lo mismo. En todas partes. Y, desde luego, él insistía. Pero la *interpretación*, en consecuencia, ¿no era presa a su vez de ese sueño de identidad, de equivalencia, de analogía, de homología, de simetría, de comparación, de imitación, etc., más o menos *adecuada*, es decir, más o menos *buena*? ¿Hasta el punto de que los intérpretes más hábiles serían, al fin y al cabo, los soñadores más dotados, más inventivos y más inspirados por cuanto era susceptible de perpetuar o incluso de reactivar el deseo de lo mismo?

Pero cuando este último llega a decirse, a teorizarse y a prescribirse en nombre mismo, en lugar mismo de la relación entre los sexos, de la diferencia sexual, parece entonces que el paroxismo de esa demostración, de esa exhibición, anuncia el cuestionamiento de su postulado. Requerido por todas las figuras de la ontología, el a priori de lo mismo podía mantenerse a costa de una expatriación, de una extrapolación, de una expropiación, en cierto modo teo-lógica. Puesto en escena por el hombre, pero no atribuido directamente a él. Remitido a alguna transcendencia que se supone que capitaliza los intereses de la operación. Pero que el hombre sea explícitamente presentado como patrón de lo mismo, que se interprete así lo que siempre subtendía, enmascarado, el deseo de lo mismo –el autoerotismo más o menos diferido, diferenciado, en representaciones autológicas u homólogas de un «sujeto» (masculino)– y el proyecto de la representación se ve confundido en sus rodeos y sus justificaciones ideales. El placer que el hombre extrae de ello aparece. Al mismo tiempo que se impone la pregunta: ¿por qué ese placer debe estarle reservado?

De esta suerte, Freud asestaría al menos *dos golpes* a la escena de la representación. Uno, en cierto modo, directo, cuando hace fracasar una determinada concepción del presente, de la presencia, cuando hace hincapié en la posterioridad (*après-coup*; *Nachträglichkeit*), la sobredeterminación, el automatismo de repetición, la pulsión de muerte, etc., o cuando indica, en su práctica, el impacto de los denominados mecanismos inconscientes sobre el discurso del «sujeto». El otro, más ciego e indirecto, cuando –prisionero a su vez de una determinada economía del logos, de una determinada lógica, particularmente la del «deseo», cuyo vínculo con la filosofía clásica él ignora– define la diferencia sexual en función del a priori de lo mismo, recurriendo, para apuntalar su demostración, a los procedimientos de siempre:

la analogía, la comparación, la simetría, las oposiciones dicotómicas, etc. Cuando, como parte interesada de una «ideología» que no pone en tela de juicio, afirma que el goce supuestamente masculino es el paradigma de todo goce, que toda representación del placer no puede sino referirse a aquel, contrastarse con aquel y someterse a aquel. Lo que, sin duda, para seguir siendo eficaz, ¡debía al menos permanecer oculto! Exhibiendo ese «síntoma», ese punto de crisis de la metafísica en la que viene a exponerse la «indiferencia» sexual que aseguraba su coherencia y su «clausura», Freud lo propone para el análisis. De tal suerte que su texto se da a entender, a leer, como la re-marca sin duda más pertinente de un viejo sueño de auto..., nunca interpretado.

Así, pues, para Freud los individuos de ambos sexos parecen atravesar *de la misma manera los primeros estadios de la libido*. Agresividad tan grande de la niña pequeña en el estadio sádico-anal (¿no prohibido aún por su «constitución»?). Y, desde el comienzo de la fase fálica, la niña pequeña es un hombrecito. ¿Cómo podría ser de otra manera? Toda vez que el acceso al estadio fálico significa el acceso al placer procurado por el falo que designa, incluso en su dominio en el significante, el «sexo masculino». Freud tiene razón, pues, cuando dice que en el estadio fálico la niña pequeña es un niño. Ahora bien, ¿por qué describe ese «estadio» como una etapa necesaria para «convertirse en una mujer normal»? Y más aún, ¿por qué, si hay estadios, no se habla nunca, por ejemplos, de estadio vulvar, de estadio vaginal, de estadio uterino, a propósito de la sexualidad femenina?

De esta suerte, en el estadio fálico la niña pequeña va en busca de un equivalente posible del pene, susceptible de «procurarle voluptuosas sensaciones». Ella lo encuentra en el clítoris, pene más pequeño que el pequeño pene del niño pequeño. Y, en ella, *todos* los actos masturbatorios interesarían a ese órgano comparable a un pene pequeñísimo. Mientras que «la vagina, esencialmente femenina, no ha sido aún descubierta por ninguno de los dos sexos»⁶. Otro tanto sucede, por lo demás, con los labios, ninguno de los labios, ni la vulva, que sin embargo son muy accesibles, y cuya sensibilidad no ha podido dejar de ser descubierta por la niña pequeña. Por los cuidados de la madre, por el frotamiento de los pañales o de las bragas, por la mano que busca el «pequeño pene». Para Freud, el placer obtenido por el tacto, la caricia, la leve abertura de los labios, de la vulva, sencillamente no existe. Lo ignora, o no quiere saber nada de ello. Ni en ese «estadio» ni más tarde. Y del mismo modo no evocará el placer vinculado a la sensibilidad de la pared posterior

⁶ El carácter «esencialmente varonil» de la sexualidad de las niñas pequeñas y el papel exclusivo del clítoris en esta última son desarrollados de nuevo por Freud en los *Trois essais sur la sexualité*, y en particular en S. Freud, «Les transformations de la puberté», París, Gallimard, [ed. cast.: *Tres ensayos sobre teoría sexual y otros escritos*, «La metamorfosis de la pubertad», Madrid, Alianza, 2003].

de la vagina, de los senos, del cuello del útero... ¿Se tratará, seguramente, de órganos que carecen de parámetros masculinos?

En todo caso, pretende que «durante la fase fálica, podemos estar *seguros* de que el clítoris constituye cabalmente la zona erógena preponderante» y que, aunque «algunos»⁷ hablan de sensaciones vaginales precoces, (1) parece bastante difícil diferenciarlas de las sensaciones anales o vestibulares, que no parecen ser dignas de que se les preste atención... (2) no podrían *en ningún caso* desempeñar un gran papel. Son éstas afirmaciones cuyo tono perentorio, tajante, bien podrían evocar la denegación, la conjuración. ¿Por qué Freud quiere que sólo el clítoris se vea afectado por la masturbación de la niña pequeña, contra toda evidencia por lo demás? ¿Por qué, en la fase fálica, sólo el clítoris es reconocido como erógeno para la niña pequeña? ¿Por qué llamar estadio «fálico», para la niña pequeña, a un momento en el que el descubrimiento por parte de ésta de su sensibilidad erógena es o sería tan parcial, tan pobre? ¿Por qué amputar los órganos genitales femeninos de algunas de sus partes, que no son necesariamente las menos erotizables? ¿Y por qué no considerar más que aquellas que tendrían su fiador, su razón de ser, en el sexo masculino? ¿O incluso sólo aquellas que corresponden a la representación que del deseo sexual puede tener el hombre?

Así, pues, en el estadio fálico, el niño pequeño se entrega a la masturbación. Y por consiguiente también la niña, que se «sirve a tal objeto» de un supuesto equivalente del pene: el clítoris. Ambos hacen lo mismo, más o menos bien. «Pero ese estado no es estacionario: a medida que *se forma* (?) la feminidad, el clítoris debe ceder toda o parte de su sensibilidad, y con ésta su importancia, a la vagina. Allí reside justamente una de las dos dificultades que la mujer está obligada a superar durante su evolución, mientras que el hombre, más favorecido, sólo tiene que continuar durante su madurez sexual aquello que ha iniciado durante el periodo de su primera eclosión sexual». Entiéndase, si así se quiere, que la niña pequeña practicará un onanismo a su medida, mientras que éste no estará prohibido para el niño ni éste se expondrá a la angustia de la castración si perservera en esa actividad. Llegará entonces el momento en el que deberá «formarse» la feminidad, de tal suerte que la vagina se tornará en el instrumento indispensable para el placer masculino. Es una interpretación posible. Porque, por lo demás, si cuesta comprender —salvo por necesidades de la argumentación— por qué en el onanismo la niña pequeña tan sólo se interesaría por el clítoris, nada tiene de evidente que éste deba ceder su «sensibilidad» y por ende su «importancia» a la vagina. Estos dos órganos no se sustituyen mutuamente, sino que participan, entre otros, y con sen-

⁷ Habrá que referirse, a este respecto, al debate entre Karen Horney, Melanie Klein, Ernest Jones y Freud, relativo al devenir sexual de la mujer.

sibilidades específicas, en el goce de la mujer⁸. Podríamos llegar a la conclusión de que la niña pequeña no «se» masturbará, sino que masturbará un equivalente del pene⁹, del mismo modo que la mujer no tendrá acceso a un placer femenino, placer diferenciado en función de sus órganos sexuales, sino que su vagina sustituirá a su debido tiempo a la mano proscrita del niño pequeño. Habida cuenta de que, para ella, el cambio de zona erógena está determinado por las vicisitudes de la masturbación del pene. Mientras que el hombre, más favorecido, sólo tiene que continuar durante su madurez sexual lo que inició durante el periodo de su primera eclosión sexual.

La segunda dificultad que tendría que vencer la niña pequeña para devenir mujer sería lo que Freud llama el *cambio de objeto*. «El primer objeto de amor del niño pequeño es su madre, a la que ha permanecido fijado durante la formación del complejo de Edipo y, en definitiva, DURANTE TODA LA VIDA. Para la niña el primer objeto es también la madre o las personas que la reemplazan: nodriza, niñera, etc. Las primeras catexis de objeto tienen su origen en la satisfacción de las necesidades vitales esenciales, siendo los cuidados son idénticos para las criaturas de ambos sexos. Sin embargo, en la situación edípica, la niña traslada su amor a su padre y debe, cuando la evolución se produce con normalidad, pasar del objeto paternal a la elección de objeto definitiva. De este modo, se ve obligada a cambiar de zona erógena y de objeto». Se trata, pues, de preguntarse —siempre entre hombres— «cómo se efectúa esa transformación, por qué la niña, primitivamente unida a su madre, se une luego a su padre, dicho de otra manera, cómo evoluciona de la fase viril hacia la fase femenina a la que está biológicamente destinada».

No sirve de gran cosa reiterar una cierta perplejidad ante tales enunciados, inclusive en lo que tienen de imperioso, de normativos, de moralizantes ([...] ella debe, cuando la evolución se produce con normalidad..., ella se ve de tal suerte obligada... la fase femenina a la que está biológicamente destinada). Aventuremos tan sólo algunas cuestiones, listas para ser rechazadas de tan impertinentes y vanas que parecen ante una suerte tan inexorablemente decidida. (1) Si el hombre permanece fijado a su primer objeto de amor, a su madre, durante toda su vida, ¿cuál será la función de la mujer en su economía sexual? ¿Habrà alguna vez algún tipo de relación entre los sexos? ¿O incluso se desprenderá alguna vez el deseo de un puro y

⁸ El papel de «tacos de leña que sirven para facilitar la quema de la madera más dura» que Freud asigna al clítoris en una sexualidad femenina adulta parece de nuevo *calcado* sobre una representación que el hombre se forma del deseo de la mujer. ¿Conforme, sin duda, a su deseo? Cfr., S. Freud, *Trois essais sur la théorie de la sexualité*, «Les transformations de la puberté», cit., pp. 130-131.

⁹ Tan ambigua como ésta es la siguiente frase de Freud: «[...] el reconocimiento de una diferencia anatómica entre los sexos aparta a la niña pequeña de la masculinidad y del *onanismo masculino*», S. Freud, *La vie sexuelle*, «Différence anatomique entre les sexes», cit., p. 130.

simple automatismo de repetición?¹⁰ (2) Si la mujer debe, para corresponder al deseo del hombre, desempeñar el papel de identificarse con la madre de éste, él será con algún fundamento *el hermano de sus hijos*, de tal suerte que tendrá el mismo (tipo de) objeto de amor: materno. ¿Cómo se planteará y se resolverá entonces *la cuestión del complejo de Edipo*, que es para Freud el eje de estructuración de la diferencia sexual?¹¹ (3) ¿Por qué el *trabajo* del devenir de la sexualidad incumbe a la mujer?¹² ¿Y cuál es al fin y al cabo el envite de ese trabajo: que aquella pase a ser como *su suegra*?¹³ (No se rían antes de tiempo). ¿A quién beneficia ese trabajo? (4) Así, pues, se trataría para la mujer de renunciar a su primer objeto de amor para ajustarse al del hombre. De no tener ya más deseo que el de ser *lo más semejante posible al objeto de siempre del deseo del hombre*, de tal suerte que su placer es correlativo del éxito de esa operación. No habrá, pues, más que *un tropismo*, y *un objeto de deseo* o de placer en juego, y no una relación, un juego, entre *dos* deseos. Lo que explica, por otra parte, que Freud pueda hablar de «objeto» del deseo. (5) ¿Por qué Freud llama fase *viril* a la fase en la que la niña pequeña ama, desea a su madre? ¿No elude así la singularidad de la relación del retoño hembra con su madre y con la maternidad, al tiempo que, y de otro modo, elimina del campo de la conciencia, por otra parte, la originalidad de un deseo entre mujeres?¹⁴ Devolviendo todas las modalidades específicas de la libido al deseo del hombre por la mujer-madre, o del hombre –niña pequeña en «fase viril», niña = niño, etc.– por el falo (representado aquí por la madre «fálica»). ¿Del hombre por el hombre? Más exactamente, del falo por el falo. (6) En la evolución hacia la «fase femenina», Freud apela al «destino biológico», expresión a la cual le veremos recurrir en contadas

¹⁰ ¿Se explicaría así la insistencia de la problemática del origen? El «rodeo» más sutil «tomado por la vida en su carrera hacia la muerte» –cfr. S. Freud, «Au-delà du principe de plaisir», *Essais de psychanalyse*, París, Petite bibliothèque Payot, p. 49 [ed. cast.: *Psicología de las masas: Más allá del principio del placer; El porvenir de la ilusión*, Madrid, Alianza, 2005]– consistiría en repetir, librándole progresivamente de la materialidad de su comienzo, el vínculo con el lugar originario de la concepción. En borrar el nacimiento en un amor infinito de la idealidad (del) Otro.

¹¹ Dicho de otra manera, el complejo de Edipo no serviría para articular la diferencia de los sexos, sino para introducir la ley –sociosimbólica– del padre. Éste ama para siempre su primer objeto, pero el lenguaje se interpone entre él y ese «objeto» imposible, porque ha sido elevado a la dignidad de un ideal que (re)confirma la ley de funcionamiento del logos en cuanto tal: lo que torna impracticable la relación sexual.

¹² ¿Y qué pensar además del valor del que goza el falo –el Falo–, que por su parte procede también del borrado del trabajo de la génesis del «devenir mujer»?

¹³ ¿Hace falta recordar a este respecto que el personaje tradicionalmente detestado, despreciado, caricaturizado, es la madre de la mujer? ¿La que más amenaza la nostalgia que el hombre tiene de su propia madre?

¹⁴ Este problema de la homosexualidad femenina será desarrollado más adelante.

ocasiones para hablar de sexualidad masculina y que remite, una vez más, al «destino» materno de la mujer¹⁵. Ahora bien, ¿cabe denegación más evidente o conjura más explícita del carácter autoerótico, homosexual, o incluso fetichista, de la relación del hombre con la mujer que la preponderancia concedida a la producción de los hijos? El recurso al naturalismo biológico, a la objetividad fisiológica, ¿no vienen a ocultar la fantasmática que domina la economía sexual de la pareja? A no ser que haya que entender con ello una reducción por el «destino» de la omnipotencia materna. Puesto que, como sabemos, las dos sintomáticas imaginarias no se excluyen en ningún aspecto.

«¡Qué sencillo nos parecería todo ello si tan sólo admitiéramos que, a partir de determinada edad, se manifiesta la atracción por el sexo opuesto, empujando a la niña pequeña hacia el *hombre* y, en virtud de la misma ley, al niño pequeño hacia su madre!». En efecto, qué sencillo sería si una misma ley pudiera sancionar relaciones tan diferentes como la de la chiquilla con el hombre, y la del niño pequeño con su madre... Ahora bien, ¿cómo formular esa ley? Una ley que, claro está, no es aquella, a «una determinada edad, de la atracción por el sexo opuesto». Salvo, tal vez, dicho en tales términos, para la chiquilla «devenida mujer». Que habría tenido, a tal objeto, que resolver la cuestión de su relación con lo originario —así como la de su deseo (de lo) original o del origen (de) su deseo—, e incluso desplazar-superar su placer autoerótico, homosexual, «sublimar» sus pulsiones parciales, etc. Por su parte, el hombre permanecería polarizado por su relación con el origen. Tanto en la escena de la representación, en la que nos es conocida la insistencia secular de esta cuestión de principio, y la tentativa siempre reanudada de «revelarla», como en su práctica sexual, en la que su deseo más violento, y también el más recurrente, es el de desflorar a la mujer-su madre (hasta el punto de que la relación entre ambas escenas es evidente y sin embargo exige a la vez para su interpretación un cierto desvío por el ideal; volveremos sobre esta cuestión). De esta suerte, la virginidad, representada por el himen, sería así lo que permite, en su figuración de lo imposible, en su papel casi de denegación, el incesto (ella no es mi madre, porque... todavía no es madre)¹⁶.

Pero, por supuesto, el recorrido propuesto a los dos sexos no es el mismo, y no puede obedecer a la misma ley, como quisiera Freud. A lo sumo a la ley misma, a la

¹⁵ Se apelará asimismo al «destino biológico» para justificar la castración de la mujer. «¿Qué podemos hacer al respecto?», escribe Freud sirviéndose de un dicho de Napoleón...: «La anatomía es el destino». (Cfr. *La vie sexuelle*, cit., «La disparition du complexe d'Oedipe», p. 121.)

¹⁶ Sería ésta otra interpretación posible del «Tabú de la virginidad» — cfr. *La vie sexuelle*, cit. —, de tal suerte que el himen sería el velo que oculta el misterio de la apropiación de la madre. Es sabido lo que esto puede acarrear en forma de proliferación de fetiches, que difieren la prueba de la potencia/impotencia sexual.

ley de lo mismo, que exige que la chiquilla abandone su relación con el origen, su fantasmática (de lo) originari(o)a, para pasar a inscribirse en la relación y en la fantasmática del hombre, que en lo sucesivo se tornan en el «origen» de su propio deseo. Dicho de otra manera, la mujer no tendrá más relación con el origen que aquella sometida al poder de mando de la del hombre. Perdida, descarriada, enloquecida, si no llega a *afiliarse* a ese deseo, *primero*, masculino. Lo que se traduce, sobre todo, por el hecho de que ella debe renunciar a sus marcas de ascendencia para registrarse con las iniciales del linaje del hombre. Abandonando su familia, su «casa», su nombre –por cierto ya patronímico–, su árbol genealógico, por los de su marido. Y sin duda sería muy interesante plantear en tales términos la cuestión del «falo» y de su poder: éste no sería tan sólo el significante privilegiado del pene ni siquiera de la potencia o del goce, salvo que se vea interpretado como *apropiación de la relación con el origen, del deseo (de) origen*. El tropismo, así como la competencia, se ejercen allí efectivamente entre el hombre y la/su madre. De esta suerte, la mujer está inequívocamente castrada respecto a esa economía.

Pero a su vez se ve reducida la diferencia sexual. Y por más que Freud continúe confesando su decepción ante el hecho de que los hijos no siguen, unívocamente, el camino de la preferencia sexual consentido a los padres –lo que le conduce a «dudar de esa forma misteriosa, *indescomponible analíticamente*, de la que tanto hablan los poetas» (!) –, podemos objetarle que la inclinación del niño por su madre y de la niña por el hombre, e incluso por su padre, no se reducen sencillamente a la atracción de un sexo por aquél que –dice– sería su «opuesto». Puesto que si ésta –y siempre según Freud– deja que el niño se entregue a sus amores originales, exige que la niña se aparte de los mismos. De donde se desprende un largo razonamiento en el que Freud debe demostrar cómo, por qué, ... ¡la chiquilla va a pasar, en lo que atañe a su madre, del amor al odio!

* * *

«Ustedes saben, por supuesto, que un gran número de mujeres permanecen tíernameamente apegadas durante mucho tiempo al objeto paterno, e incluso al padre mismo». Ahora bien, si interrogamos esa fijación intensa y duradera, nos vemos llevados a hacer «comprobaciones realmente *sorprendentes*», a saber, la importancia, la duración, las consecuencias, ... de la fase de fijación de la chiquilla con su madre, que *no habíamos supuesto*. Nosotros, Freud. Esta «fase» puede extenderse más allá del cuarto año y «*todo cuanto se encontrará más tarde en la situación edípica existe en la misma*, siendo tan sólo *transferido* más tarde a la persona del padre». Así, pues, ¿el amor, el deseo del padre repetirían, re-presentarían aquellos experimentados hacia la madre, *menos algo* que permitiría su transferencia, su desplazamiento? El origen del

amor, del deseo, permanecería inequívoca e implícitamente ligado a la madre. La metaforización primaria del deseo parecería en efecto, a juicio de Freud, correlativa de lo que éste llama el «objeto materno». Y no del padre en cuanto tal, que no sería más que soporte de un desplazamiento de la libido. Ni tampoco de la relación *entre* el padre y la madre, un hombre y una mujer, esto es, de la diferencia sexual.

Si nos preguntamos, ahora, acerca de los sentimientos libidinales de la niña hacia su madre, comprobamos «que son múltiples, y que persisten durante las tres “fases” de la sexualidad infantil y cobran los caracteres de cada una de éstas expresándose mediante deseos orales, sádico-anales y fálicos. Estos deseos traducen emociones activas o pasivas y si llegamos a relacionarlas con la *diferenciación ulterior de los sexos* (?) (lo que, por lo demás, conviene evitar en la medida de lo posible) podemos con razón calificarlos ya de viriles, ya de femeninos. No siempre es fácil formular en qué consisten esos deseos sexuales. Entre los deseos más nítidamente perceptibles se encuentra el de hacer un hijo a su madre y tener un hijo suyo; ambos deseos datan del periodo fálico y su presencia, por más sorprendente que resulte, nos es demostrada de manera formal por la observación analítica».

Uno de los dos deseos puede interpretarse como el hecho de que, en el periodo fálico, la niña pequeña es un niño y, por lo tanto, puede desear, con su pequeño pene, hacer un hijo a su madre (lo que implica, por otra parte, que se confunda en un mismo falismo: erección, penetración en la madre y fecundación de la madre). En lo que respecta a quedarse embarazada de dicha madre, resulta ya más problemático en la configuración imaginaria de aquel «estadio» tal y como es descrito por Freud. Porque ello supondría que la niña pequeña no es simplemente un niño, que la bisexualidad está ya manos a la obra en su economía libidinal, y que ella puede en tanto que niña desear un hijo de su madre fálica al mismo tiempo que, en tanto que portadora de un pequeño pene, desea verificar su potencia haciendo un hijo a su madre. Ello prueba, en todo caso, que ella conoce ya un tropismo al mismo tiempo *centrípeto* y *centrífugo*, y que su *órgano sexual de referencia* no es tan sólo el clítoris.

Por otra parte, cabe lamentar que Freud no haya sugerido el sexo del niño-*en-vite* entre madre e hija, como hace en otras ocasiones («¡Qué felicidad cuando ese deseo infantil –de tener un hijo del padre– se realiza más tarde, sobre todo si el recién nacido es *un niño* que trae el tan ansiado pene!»)¹⁷. Podemos formular la hipótesis de que el hijo deseado en la relación con la madre sería más bien una hija si la chiquilla es valorizada, por poco que sea, en su feminidad. El deseo de esta hija concebida con la madre significaría un deseo, para la chiquilla, de *repetir-representar su propio nacimiento*, la separación de su «cuerpo» del de la madre. De esta suerte, el engendramiento de un cuerpo de niña, la introducción de un tercer cuerpo de

Representación alternativa: lo mismo, pero con el cuerpo de la madre.

¹⁷ Cfr. S. Freud, «La feminité», cit., p.169.

mujer, le permite identificarse, e identificar a su madre, como cuerpos sexuados (de) mujer. Como *dos* mujeres, que se definen como semejantes y diferentes, gracias a un tercer «cuerpo» deseado entre ellas como «femenino»¹⁸. Paliando así la indiferenciación de la hija con respecto a su madre y a la función materna, inevitable si el deseo (de) origen no se refiere a la relación entre un hombre y una *mujer*, implicando una representación valorizada de la feminidad –y no sólo de la maternidad– en la que podrá inscribirse el devenir mujer de la chiquilla. Dicho de otra manera, el fantasma de esa mujer-hija concebida por madre e hija significaría el deseo de la chiquilla, e incluso de su madre, de poder representarse como cuerpo de mujer deseado, deseable. Lo que sin embargo no equivaldría a decir «fálico». Pero esto exigiría repetir-desplazar la función materna tal y como es catexizada por el hombre.

Si el hijo deseado por la chiquilla es un niño, cabe suponer que desea producirse-representarse como niño. O incluso que, con su madre – ¿cómo su madre? –, desea apropiarse además del papel del padre en la procreación: dos mujeres bastan para engendrar, y para engendrar un representante del padre. La potencia de éste sería así, imaginariamente, dominada.

Antes de abandonar este fantasma del hijo concebido con la madre, cabe preguntarse por qué Freud hace que intervenga tan sólo en el estadio fálico. Y no, también, en los estadios oral, anal. Mientras que insiste, por otra parte, en la asimilación, en el imaginario infantil, de la producción del hijo y de los excrementos. «Uno come una determinada cosa y eso hace que tengas un niño»¹⁹. Uno bebe la leche de la madre, y le hace, ella te hace, un niño.

Otra variante de la relación preedípica con la madre: «el miedo de ser asesinado o envenenado, germen de una enfermedad paranoica ulterior». Podemos observar de nuevo aquí que la metaforicidad empleada atañe especialmente al «cuerpo» –«asesinado», «envenenado»– y nos gustaría que Freud hubiera desarrollado un poco la articulación cuerpo/sexo, sobre todo en la relación arcaica del hijo con su madre, pero también en toda su «teoría», en la que parece que un cierto sexualismo oblitera la materialidad del «cuerpo sexuado»²⁰. Que la idea –la Idea– del sexo o en todo caso de la función sexual determina, por una parte, el «discurso» freudiano. Lo que desde luego no deja de modificar la economía de la Idea, pero tampoco de colocar el sexo en la trampa de un logos, de una lógica, que siguen siendo tributarios del *eidos* y sus vicisitudes. Y desde luego no es casual que esa observa-

¹⁸ Versión «diferente» del argumento del tercer hombre...

¹⁹ S. Freud, «Les théories sexuelles infantiles», *La vie sexuelle*, cit., p. 22.

²⁰ ¿Estaría éste reservado a los estadios de las pulsiones parciales? ¿Y el carácter «inmortal» de la simiente –determinante para Freud en «la función sexual»– habría acarreado una idealización de la sexualidad genital?

ción se imponga a propósito de la paranoia, o del miedo de ser asesinado, envenenado, por la madre. La sistematicidad de la paranoia —¿de la teoría?— aparece de hecho como un recurso para dominar, rodeando, cercando, cercenando, desviando-deformando como conjunto organizado de significantes el peligroso cuerpo (a cuerpo con) la madre. Pasado, pasando, de nuevo y siempre en/por el lenguaje. Oral. Que, así como y de distinta manera que el seno, que la leche de la madre es, por lo tanto, susceptible de alimentar pero también de matar, de violar, de envenenar el cuerpo sexuado del hijo.

El deseo de la chiquilla de hacer un hijo a su madre o de tener uno de ella, o incluso el miedo de ser asesinado, envenenado, en la relación preedípica con la madre, son descubrimientos «*sorprendentes*» que constituyen el «atractivo» de la práctica y de las investigaciones analíticas.

Añadamos otra revelación, que «*tantas horas penosas hizo pasar*» a Freud:

«En la época en la que nos consagrábamos sobre todo a descubrir los traumatismos sexuales de la infancia, casi todas mis pacientes *me* declaraban haber sido seducidas por su padre. Llegué finalmente a la conclusión de que aquellas alegaciones eran *falsas*, y supe *así* que los síntomas histéricos derivaban no de hechos *reales* sino de *fantasmas*».

Imaginemos que un individuo *x* del sexo masculino, de una edad madura como se suele decir, utiliza con ustedes ese lenguaje: «*tantas horas penosas hizo pasar*», «casi todas mis pacientes *me* declaraban haber sido seducidas por su *padre*», «llegué finalmente a la conclusión de que aquellas alegaciones eran *falsas*», «supe *así* que los síntomas histéricos derivaban no de hechos *reales* sino de *fantasmas*». Y dejemos la interpretación a la discreción de cada analista, aunque lo fuera como analista improvisado para esta ocasión. Sería incluso deseable que así lo fuera, pues de lo contrario correría el peligro de haber sido ya seducido, con independencia de su sexo, o de su género, por el *padre* del psicoanálisis.

Por supuesto, esta seducción se arroja, en la práctica o en la teoría, con un enunciado normativo, con una *ley*, que la deniega. Así: «sólo más tarde me di cuenta de que ese fantasma de seducción por parte del padre era, en la mujer, *la expresión del complejo de Edipo típico*». Resultaría demasiado aventurado, al parecer, admitir que el padre puede ser seductor, e incluso eventualmente que desea tener una hija *para seducirla*. Que desea hacerse analista para ejercer una *seducción duradera sobre la histérica* mediante hipnosis, sugestión, transferencia e interpretación en lo concerniente tanto a la economía sexual como a las representaciones sexuales proscritas, prohibidas²¹. Hay que pasar por la ley que reha-

²¹ Lo que podrá compararse con los efectos de sugestión y de sometimiento duraderos a consecuencia de la desfloración. Cfr. S. Freud, «Le tabou de la virginité», *La vie sexuelle*, cit.

bilita la operación. Pero, por supuesto, si, bajo la cobertura de la ley puede ahora practicarse la seducción con toda tranquilidad, resulta igualmente urgente la interrogación de la función seductora de la ley misma. Y su papel en la producción de fantasmas. La ley, suspendiendo la realización de un deseo seducido, organiza, dispone el universo fantasmático en la misma medida en que lo prohíbe, lo interpreta, lo simboliza.

De esta suerte, no es sencillamente cierto, ni por otra parte completamente falso, pretender que la chiquilla tiene fantasmas en los que se ve seducida por su padre, porque resulta igualmente pertinente admitir que el padre seduce a su hija pero que, negándose a reconocer y a realizar su deseo -no siempre, a decir verdad-, legisla para defenderse. Dicho esto, su deseo prescribirá, en cualquier caso, la fuerza, la forma, las modalidades, etc., de la ley que promulga o transmite, una ley que reduce al estado de «fantasmas» al deseo seducido, y rechazado, de la chiquilla: deseo aún balbuciente, difícilmente articulable como lenguaje, tal vez mudo, gestual, corporal, que se trata de «seducir» con el discurso, con la ley, del padre. Así, pues, en lugar del deseo por el cuerpo sexuado del padre -deseo calificado de «fantasma de seducción», que habrá de ser verbalizado y sometido a la interpretación- viene a proponerse, a imponer su ley, es decir, un discurso institucionalizador y ya institucionalizado. En parte defensivo (Piénsese en aquellas «horas penosas»...).

¿Cómo podría ahora la niña reconocerse en su deseo, sobre todo del padre, y no suspenderlo en apetitos, derivados y en deriva, de significante(s)? Que al mismo tiempo violan con su autoridad, y son insignificantes, irrisorios, porque sustituyen a un deseo que se esquivo, y se deniega. Lo que no significa que el padre deba hacer el amor con su hija -de vez en cuando es mejor precisar las cosas-, sino que no estaría mal poner en tela de juicio el manto de la ley con que envuelve su deseo, y su sexo. Y si la ley es para él la garante de un plusvalor de placer, de poder, que se ponga de manifiesto lo que ello implica en lo que atañe a su deseo -él gozaría más haciendo la ley que haciendo el amor- y a la operación incesantemente abortiva, reductiva, desencaminante, que ese plus de goce del padre, de la función paterna, realiza sobre la «libido» de la niña, futura histórica. Su deseo sexuado es, en efecto, calificado de fantasma, de tal suerte que el no fantasma consiste entonces en desear un discurso de denegación, de conjura o incluso de impotencia sexuales del padre. Así, pues, ella debería sostener con su deseo la añagaza de un discurso legislador, de un texto de ley, que promulga, entre otras cosas, el no deseo del padre hacia ella.

Para realidades algo más prosaicas, será remitida a la madre seductora. En efecto, en lo relativo a la seducción por parte de la madre, «el fantasma» -nos dice- «bordea la realidad». «Puesto que fue en realidad la madre la que provocó, y tal vez despertó incluso las primeras sensaciones genitales voluptuosas al proporcio-

1

La ley tiene que ser el...
... el prohibido...

(X)

La ley reboza, con un plus de...
... el dominio del padre...
... volver de...

nar a los hijos los cuidados corporales *necesarios*»²². Vemos así a nuestra chiquilla seducida por su madre, realmente, pero no más de cuanto exigen los indispensables esmeros de limpieza, y rechazada por su padre en nombre de la ley. Su devenir mujer no parece a ciencia cierta muy sosegado. Al menos en esta escena tributaria de los fantasmas, fobias y tabúes del hombre —aquí, Freud— sobre la sexualidad de la mujer²³.

«Ni que decir tiene que me tacharán de exagerado [...] y pensarán que los vínculos que unen a la niña con su madre no son ni tan poderosos ni tan numerosos como yo pretendo»... A no ser que nos asombremos, por el contrario, de su necesidad de que nos sorprendamos ante cosas tan evidentes, de su insistencia en probar, demostrar, lo que parece caer por su propio peso. Lo que nos sorprende no es tanto que los vínculos de la niña pequeña con la madre sean tan numerosos, tan poderosos, sino más bien que deban «desaparecer», y que «el cariño hacia la madre deba transformarse en odio». Los caracteres de este odio serían su fuerza, y también su duración: «puede subsistir toda la vida». Hay que subrayar asimismo el hecho de que «por regla general una parte de la hostilidad persiste, mientras que la otra es superada», y que, en algunas, el odio puede verse «cuidadosamente sobrecompensado».

La cuestión que puede plantearse versaría, aquí, sobre el *paralelismo* implícito entre la hostilidad de la niña hacia la madre, y el amor del niño hacia la madre, *durante toda la vida*. ¿Qué significa esa obligación cruzada? E incluso debemos interrogarnos sobre la necesidad de ese vuelco en odio del cariño hacia la madre para que se produzca la evolución hacia el padre. Desear al padre implica odiar a la madre. Desear a un representante del sexo «opuesto» supone, en todo caso para la chiquilla, rechazar al representante de su sexo y, por otra parte, como veremos, la representación de su sexo. Así, pues, ¿no habrá ninguna catexis posible de la relación *entre los sexos*? Si se ama, se desea a uno, se denigra y forzosamente se detesta al otro. Además, toda vez que sólo un sexo es deseable, se trata de demostrar cómo la chiquilla llega a desvalorizar el suyo desvalorizando (el de) su madre.

Se invocarán a este respecto los reproches, las quejas, las recriminaciones y las acusaciones contra la madre hechas por las pacientes, histéricas, al padre del psicoanálisis. Pero las determinaciones transferenciales y contratransferenciales de esos reproches no serán interpretadas.

²² ¿Deberíamos ver un efecto *exclusivo de esas seducciones* en la preocupación por estar siempre limpia y «adecuadamente» vestida que tendrá la mujer? ¿O habrá que interpretarla más bien como sumisión al deseo del hombre que con ello confirma la denegación de la posesión anal de la mujer? Pueden leerse, por ejemplo, las páginas escritas por Rousseau sobre esa limpieza femenina.

²³ En una especie de círculo vicioso: estos fantasmas proliferan cada vez más en función de la condición así asignada a la sexualidad femenina.

«La más antigua fechoría reprochada hasta la fecha a la madre es la de haber dado demasiada poca leche a su hijo, demostrando con ello que no le amaba lo suficiente». Este reproche, a menudo fundado en nuestras sociedades, precisa Freud, es sin embargo tan insistente y recurrente que llegamos a dudar de su causa de acontecimiento [*événementielle*]. Habría que escuchar en el mismo la nostalgia del primer alimento, del que el niño y la niña «conservan un hambre insaciable, hasta el punto de nunca llegar a consolarse de la pérdida del seno materno». Y el niño o la niña de las tribus primitivas, amamantados hasta los dos años, formularía las mismas recriminaciones. Admitamos la hipótesis. Pero, no cabe duda, podemos entender esas marcas de intolerancia respecto al destete como síntomas del traumatismo que provoca esa *última ruptura de contigüidad material con el interior del cuerpo de la madre*: corte con las «envolturas» que rodean al feto, corte del cordón umbilical, corte del amamantamiento. Cortes con lo que se re-presentaría como causas materiales del cuerpo del niño o la niña. ¿Sería acaso su «hambre insaciable» el reabsorber en sí mismo su causa material? ¿De apropiársela, hacérsela propia? Se trataría de un hambre insaciable de devorar a la madre, de suprimir ese cuerpo-naturaleza original del que es preciso aún y siempre volver a quedar separado, a separarse, pero al que es preciso aún y siempre regresar y hacer referencia. Pero si se la come, ya no estará allí para atender las necesidades-deseos, ni para garantizar una cierta representación del lugar y del vínculo originarios. Así, pues, ese «hambre» es cabalmente insaciable, y ningún alimento podrá satisfacerla jamás. Por lo demás, no parece que el problema consista en su satisfacción. Puede ser incluso que provoque una enfermedad, que envenene cuando viene a faltar —como dice Freud—, pero más aún cuando falta a su función de repetir-representar la contigüidad con la madre hasta que el deseo (de) origen encuentre «otra» economía.

Así, pues, hacer hijos. Pero los hijos-heces, los primeros que se pueden «hacer», son aún el resultado de la absorción de la madre-materia. Y aunque significan el triunfo de su digestión²⁴, marcan también el carácter *parcial* de ésta, y por lo demás quedarán *cortados* del niño o la niña una vez producidos: otra ruptura de continuidad material cuyo dominio intentarán asegurarse. Sin embargo, nunca se apropiarán sin más de esos «hijos de la madre». La sociedad se los quitará una vez hechos, en nombre de la propiedad.

Así, pues, el problema no está resuelto. De esta suerte, si se es niño se deseará, desde el momento en que se es fálico, regresar al origen, volverse hacia el origen. O sea: poseer a la madre, entrar en la madre, ese lugar original, para restablecer la continuidad con el mismo, y ver, y saber lo que en él acontece. Y, de nuevo, reproducirse. Si se nace niña, la cuestión es otra. Ningún retorno a, hacia, en, el lugar original es posible para quien no tiene pene. La niña, la mujer, encontrará de forma

²⁴ Cfr. al respecto «el triunfo que se consuma en el duodeno» en G. F. W. Hegel, *Encyclopédie*, § 371, add. [ed. cast.: *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*, Madrid, Alianza, 2005].

completamente distinta una economía del deseo (de) origen. Ella será el lugar de la repetición del origen, de su re-producción, de la reproducción. De esta suerte, no se trata de que ella repita «su» topos original, «su» origen. Por el contrario, es preciso que rompa toda contigüidad con aquél y con éste, y que, dando una vuelta de más, mediante una especie de volteo *de más* –enumerante de la genealogía–, advenga en el lugar en el que el origen puede repetirse *numerándose*.

Pero esta vuelta de más, esta torsión de más –en el mismo lugar y desplazado, puesto que marca un cifrado– es siempre *irreductible*, para ella, *al estar frente a la representación*, así como a la re-presentación del origen. Y a todo proyecto de retorno y de inversión radical. Ello se cuenta, se reproduce cifrándose, sin que ella pueda, en realidad, dar(se) cuenta, darse indicación de ello. En todo caso, en esta economía, aún dominante, de la representación, que Freud no puso lo bastante en cuestión. Pues éste, en la medida en que seguía comprometido aún con un determinado logos y, por ende, con una determinada economía de la «presencia», no podrá representarse el devenir de la niña como mujer más que en términos de *carencia de, ausencia de, falta de*, etc. Y, por ejemplo o de manera paradigmática, en lo que atañe al «devenir» de su relación con el lugar original, Freud no podrá hablar al respecto sino como de una vacación, de un permiso concedido a la madre: de un rechazo, de un odio a la madre. Y, por lo tanto, de una falla en la re-presentación del origen. Para reemplazarlo *en contraposición* con, o más bien imponerle como única contraposición posible y deseable al pene. ¡Mejor dicho, el faló! O *emblema de la relación de apropiación del hombre con el origen*. Mientras que sin duda *ella* no tiene, y no puede tener relación privilegiada con el *de enfrente* y, por otra parte, sólo puede desear cualquier cosa si no se limita a amar o a detestar a su madre, sino que ha de operar respecto a ésta, suponiendo originales su lugar y su vínculo, un volteo *de más* por lo que se refiere a la cuenta, o recuento, de la enumeración del origen.

Así, pues, volviendo al destete, parecería pertinente decir que la chiquilla lo vive de manera más traumática que el niño pequeño, ella que no tendrá nada –en todo caso en el estado de cosas actual– con que suplir, ponerse en el sitio de o diferir esa última ruptura de contigüidad material con su madre: no puede volver(se) hacia su madre, ni pretender ver, ni saber lo que ocurre con ese lugar original; no (se) representará «su» relación con «su» origen; ya no regresará nunca más al interior de su madre; nunca le dará de beber esperma con su sexo, dentro de una inversión-sustitución del seno y de la leche perdidos²⁵; nunca le hará un niño; nunca se re-

²⁵ «... no obstante el interés que suscita, este órgano tiene, en el erotismo oral, una raíz tal vez más sólida que en el erotismo anal. En efecto, una vez terminado el amamantamiento, el pene hereda también sentimientos dirigidos al pezón de la madre». S. Freud, «La vie instinctuelle», *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, cit., p. 133.

producirá como misma en su/la madre, etc. Entregada al *vacío*, a la *carencia* de toda representación, re-presentación, y rigurosamente también de mimesis²⁶, de su deseo (de) origen, el cual pasará, a partir de entonces, por el deseo-discurso-ley del deseo del hombre: tú serás mi mujer-madre, mi mujer si quieres, si puedes ser (como) mi madre²⁷ = tú serás para mí la posibilidad de repetir-representar-reproducir-apropiarme la (mi) relación con el origen. Ahora bien, esa operación, y podríamos invocar en su contra los términos de Freud, no constituye en modo alguno un *desplazamiento* del deseo-origen de la chiquilla, de la mujer sino, si se quiere, un *exilio*, una *extradición*, una *expatriación*, fuera de esa (su) economía deseante. De los que se le hará además responsable: ella odia a su madre. Mientras que para la mujer se trata más bien de una *proscripción* de la representación, y del *significante*, de un tiempo de su economía libidinal, y no del menos importante, puesto que se trata de aquél en el que ella sería *desmarcada* [*démarquée*] de su *primer* tiempo por su *marca* [*re-marque*]²⁸. Pero digamos que *en el comienzo se detendría su historia*²⁹, para dejarse prescribir por la de otro: la del hombre-padre.

Así, pues, para la mujer no habría representación posible *de historia de la economía de su libido*. En la misma medida en que no habría significado posible de la libido femenina para el hombre. La libido es masculina o, en el mejor de los casos, neutra... «Como quiera que sea, la reunión de las palabras “libido femenina” no puede justificarse»³⁰. Lo que, sin duda, ha de traducirse: en una determinada economía del querer decir –cuya relación con el deseo de lo mismo, con la repetición-representación-reproducción de lo mismo nos es conocida–, las palabras «libido fe-

²⁶ ¿Cómo interpretar de otra manera el hecho de que el juego de muñecas es «malo», es decir, viril, si la niña pequeña se divierte limitándose a imitar sus relaciones con la madre y no ve en la muñeca un hijo deseado del padre? ¿O incluso el hecho de que la mujer desearía por encima de todo traer al mundo un niño? Cuestiones que, entre otras que señalan la prohibición de esa «mala» mimesis, serán desarrolladas más adelante.

²⁷ «La felicidad conyugal no quedará asegurada hasta que la mujer no haya logrado hacer de su esposo un hijo, hasta que no se comporte maternalmente con él», S. Freud, «La feminité», cit., pp. 175-176.

²⁸ Esa *proscripción* podría interpretarse sin duda en términos lacanianos como «repudio» de un *significante-clave* para la economía del deseo de la mujer. Pero el «repudio» se vería con ello sometido a su vez a la cuestión de su relación privilegiada con el nombre del padre que, en lo que atañe a la mujer, habrá sido el agente legislador de esa *proscripción* de la relación con una representación indispensable para la «*simbolización*».

²⁹ Lo que, por otra parte, confiesa Freud diciendo que él sólo habría hablado de la «*prehistoria*» de la sexualidad femenina (en S. Freud, «La feminité», cit., p. 172), o incluso reconociendo que lo relativo al pre-edipo de la niña está sometido a un olvido tan inexorable que sería preciso «en cierto modo» volver a atravesar todas las marcas de esa historia para encontrar, tras ellas, los vestigios de una *civilización* más arcaica, en S. Freud, *La vie sexuelle*, cit., «Sur la sexualité féminine», p. 140.

³⁰ En S. Freud, «La feminité», cit., p. 173.

menina» no quieren decir nada, no pueden querer decir algo, puesto que la eventualidad de que ello pueda significar cualquier cosa vuelve a poner en tela de juicio precisamente el proyecto, y las proyecciones, de ese querer decir. El carácter «injustificable», insoportable, de las palabras «libido femenina» sería uno de los síntomas de un afuera amenazador para las palabras, los signos, el sentido, la sintaxis y los sistemas de representaciones del querer decir, o hacer, lo más adecuadamente lo mismo para el «sujeto» (masculino) de la historia.

Pero esta no justificación de la expresión «libido femenina» remite también, al mismo tiempo, al hecho de que la mujer será reducida en lo que respecta a la fuerza pulsional de la vida sexual. Algo que Freud se desvive por demostrar, imputando en gran medida la responsabilidad a la naturaleza³¹. Ahora bien, el a priori y el deseo de lo mismo no descansan más que en la dominación de un único deseo.

Resultado de ello son las quejas o ironías entre los practicantes del psicoanálisis sobre el hecho de que las mujeres son inanalizables³². Lo que no deja de ser cierto si permanecemos en el discurso de Freud, en la clausura de la representación, de la que a este respecto sigue siendo prisionero. La «libido femenina», y por otra parte y rigurosamente la diferencia sexual, de la que la «castración» de la mujer sería la re-marca actual más flagrante, quedan en efecto excluidas. En contraposición, el falo funciona casi siempre como garante del sentido, el sentido de sentidos, la «figura», la «forma», el «significante» último, en el que las antiguas figuras de la onto-teología vendrían (a) perder su inocencia. Tirando al suelo sus máscaras. La sospecha de postular de nuevo y siempre lo Mismo se impone, entonces, en lo que atañe a la «nueva» economía del significado que organiza, dominándola, el citado Falo.

«El nacimiento de otro hijo, éste es de nuevo un motivo de los reproches» que la chiquilla —y también el niño— puede dirigir a la madre. «Pero este motivo se confunde a menudo con el de la privación oral. La madre ya no ha querido o no ha sido capaz de alimentar a su hijo mayor porque necesitaba ese alimento para el recién nacido. En el caso en el que la lactancia se ve comprometida por un nuevo embarazo, cuando entre los dos hijos no hay mucha diferencia de edad, la queja no deja de tener fundamento y, cosa extraordinaria, el hijo, aun cuando sólo sea once meses mayor que el recién nacido, no es demasiado joven como para no tener conciencia del hecho. De esta suerte, el hijo profesa al intruso, al rival, un odio celoso. ¿Acaso no ha destronado, robado y desposeído a su primogénito el recién llegado?»

³¹ *Ibid.*

³² Enunciados que podrán compararse con los de Kant a este respecto. La relación de Freud y del discurso teórico del psicoanálisis con Kant plantea, por otra parte, un cierto número de cuestiones. Así: ¿qué incertidumbre habrá quedado sin interpretar de una parte y otra en lo relativo a la «imaginación transcendental»? Con el riesgo añadido de verse sometido a continuación al rigor de una práctica «gobernada» por la «moral».

Y el rencor es tenaz a su vez contra la madre infiel que divide entre los dos niños su leche y sus cuidados. Todos esos sentimientos se traducen con bastante frecuencia en una modificación enojosa del comportamiento. El hijo se vuelve "malo", gruñón, indócil, y da marcha atrás dejando de controlar sus funciones excrementicias. Todo esto es conocido y admitido desde hace mucho tiempo, pero nos cuesta imaginarnos la intensidad de estas emociones celosas y el enorme papel que desempeñan en la evolución posterior. Y cuando nacen otros hijos, los celos se reavivan y la emoción se renueva cada vez con la misma intensidad. Este hecho apenas sufre modificaciones cuando el hijo sigue siendo el preferido de su madre, porque el amor de la pequeña criatura no tiene límites, *exige*³³ la exclusividad y no admite ser compartido con nadie».

Podemos arrojar alguna duda sobre el hecho de que la reacción del hijo sea *la misma* cuando de algún modo sigue siendo el preferido de la madre, la misma si el recién nacido es del *mismo sexo* que el hijo mayor o de un *sexo diferente*, la misma si una niña llega después del niño o si un niño nace después de una niña... Por otra parte, ¿debe interpretarse en este caso la pérdida del dominio sobre las funciones excrementicias tan sólo como una regresión, o también como un intento de hacer como la madre, de dar a luz? A causa de su ignorancia de los órganos genitales femeninos, dado el «estadio» en el que se encuentra, sólo podría imitar un parto en forma de una defecación, síntoma que sería, por lo tanto, su forma de abreactio-
nar*, y de sublevarse contra lo que no le ha sido dicho. De somatizar una carencia de representaciones relativas a la concepción, el embarazo, el parto.

Dicho esto, lo cierto es que el nacimiento de un segundo hijo perturba considerablemente al primero. Y, ante las explicaciones de Freud, que insisten en la frustración oral, cabría objetar tal vez que ésta no sería más que una reactivación, una re-marca sin duda más perceptible, de otro trastorno, de otra «crisis». Un nuevo, un «segundo» –y tercero, etc.– nacimiento desorientaría completamente al niño en cuanto a los puntos de referencia con los que puede contar, que le han podido notificar, relativos a sus propias concepción y nacimiento. Su deseo de una relación con un origen, *uno*, se vería seriamente contrariado. Y él/ella se vería allí, una vez más, confrontado/a a la cuestión del *cifrado de lo originario*, con la que no dejará de

³³ La cursiva es de Freud.

* «Abreacción [*Abreagieren* (al.), *abréaction* (fr.), *abreaction* (ingl.), *abreazione* (it.), *ab-reação* (port.)]. Descarga emocional, por medio de la cual un individuo se libera del afecto ligado al recuerdo de un acontecimiento traumático, lo que evita que éste se convierta en patógeno o siga siéndolo. La abreacción puede ser provocada en el curso de la psicoterapia, especialmente bajo la hipnosis, dando lugar a una catarsis; pero también puede producirse de forma espontánea, separada del trauma inicial por un intervalo más o menos prolongado», J. Laplanche y J.-B. Pontalis, *Diccionario de psicoanálisis*, cit., p. 1. [N. del T.]

encontrarse. Y cabalmente habrá, habría que pensar en estos términos de recuento la conceptualización y la práctica de la «castración», si lo que se pretende es (a) tener(se) (a) la misma, mantener su eficacia. Cada vez que una relación exclusiva y unitaria con el origen, que el fantasma de la simplicidad de lo original deben enumerarse, la castración está en juego. De esta suerte, por ejemplo, con motivo de la repetición –no lisa y llana, un *además* resultante de la operación– de una concepción, de un nacimiento, esto es, en la enumeración de la hermandad. Pero si el hijo ignora aún, o desconoce, la diferencia sexual que interviene en la fecundación, un nacimiento más, un *además* apela a o recuerda para él el funcionamiento de la castración. Y los comportamientos regresivos del pequeño en esta ocasión han de comprenderse a ciencia cierta como signos de su angustia (de castración), pero tal vez también como réplica agresiva a los fantasmas de omnipotencia de la madre, a veces de los padres, que desean imponer, que han querido mantener frente a él la añagaza e incluso la complicidad en lo que atañe al monopolio del origen. Desde esta perspectiva, el hijo, pero también la madre, o el padre o los padres en tanto que institución familiar, «exige(n) la exclusividad y no admite(n) ningún reparto». Cada hijo (no) tendrá derecho (más que) a una relación *única* con ella, él, ellos. Uno, uno, uno... todos los unos que hagan falta, –e incluso de uno + uno + uno + uno + ...– no recontarán jamás, no traerán cuenta jamás de la relación en juego entre hijos de una misma madre, de un mismo padre, de los mismos padres. Y, por otra parte, los psicoanalistas saben ahora que la acalculia de los niños y niñas pequeños y no tan pequeños remite a la dificultad que estos tienen para situarse en la enumeración de la fratría. Por no hablar de su aprehensión, u horror, frente a las matemáticas...

* * *

La hostilidad de la chiquilla hacia su madre encuentra además otras justificaciones. Sean: la imposibilidad de satisfacer los deseos sexuales del hijo; la prohibición de la masturbación impuesta por la madre, que a su vez le ha inducido a la misma; el hecho de que el vínculo con la madre estaría destinado a desaparecer de resultas de su carácter primitivo, de tal suerte que las catexis de objeto precoces son siempre sumamente ambivalentes; «la naturaleza particular de la relación madre-hijo, en la que la educación más indulgente no puede dejar de ejercer una constricción e imponer determinadas restricciones» y «todo ataque a su libertad, que provoca en el hijo una reacción que se manifiesta por la tendencia a la revuelta y a la agresión». Pero «encontramos todo esto también en las relaciones del chiquillo con su madre sin que de ello se desprenda el abandono del objeto materno». Así, pues, es preciso que un factor específico intervenga en la relación madre-hija, en el «devenir» de esa relación, que explique por qué, cómo, «la chiquilla llega a apartarse de su madre».

«Ahora bien, yo creo que hemos descubierto ese factor específico precisamente allí donde esperábamos encontrarlo, pero bajo una forma algo sorprendente. En el lugar previsto, es decir, en el complejo de castración. Nada tiene de sorprendente que una diferencia anatómica tenga repercusiones psíquicas. Lo que nos pareció extraño fue comprobar que la niña estaba resentida contra su madre por no haberle dado un pene y que la consideraba responsable de ello».

Podríamos citar cuantiosamente, o incluso recitar a Freud, en todo caso al Freud de la «sexualidad femenina», a partir de estos «yo creo», «precisamente allí donde esperábamos encontrarlo», «en el lugar previsto», «en el complejo de castración»; e incluso en función de la escasa estupefacción ante las «repercusiones psíquicas» de una «diferencia anatómica» o del recurso algo unívoco a lo anatómico para explicar una economía psíquica —¿que no conocería otra mimesis que la de la «naturaleza» así concebida?—; y de «lo que nos pareció extraño» pero que, tal vez, ocultaba el surgimiento de un *unheimliche* [siniestro] mucho más inquietante, cegador...

Así, pues, «la niña está resentida contra su madre por no haberle dado un pene». Ella, que «a la vista de los órganos genitales del otro sexo... se da cuenta inmediatamente de la diferencia (¿sexual?) y comprende también, hay que admitirlo, toda su importancia. Muy sensible al perjuicio que se le ha causado, ella aceptaría, también, “tener un chisme como ese”». Desde entonces «la envidia del pene»³⁴ se apodera de ella, envidia que dejará en su evolución, en la formación de su carácter, huellas imborrables».

La dramatización no es mala, y podrán imaginarse, o soñarse, escenas de reconocimiento de este tipo en el despacho-gabinete de Freud psicoanalista. Debía en cualquier caso plantearse allí la cuestión de las relaciones respectivas entre la mirada, las miradas, y la diferencia sexual, puesto que, él nos dice, hay que ver para creer. ¿Y entonces no hay que ver [voir] para imaginar [revoir]? Sin duda... Pero en fin... ¿A no ser que toda la potencia, y la diferencia (?) se hayan desplazado allí hacia la(s)mirada(s)? ¿Verá pues Freud, sin ser visto? ¿Sin ser visto viendo? ¿Ni siquiera interrogado acerca de la potencia de su mirada? ¿Nace de ahí la envidia de la omnipotencia de esa mirada, de ese saber? Sobre el sexo. ¿La envidia, los celos, del ojo-pene, de la mirada fálica? Él podrá ver que yo no tengo, decidirlo en un abrir y cerrar de ojos. Yo no veré si él tiene. ¿Más que yo? Pero él me lo hará saber. ¿Castración desplazada? *El envite sería, de entrada, la mirada*. En efecto, no hay que olvidar lo que la «castración», el saber de/sobre la castración, para Freud en todo caso, debe a la mirada. Mirada, en juego desde siempre...

Ahora bien, la chiquilla, la mujer, no tendría nada que enseñar. Expondría, exhibiría la posibilidad de *un nada que ver*. En todo caso una nada de forma-pene, o

³⁴ La cursiva es de Freud.

que pudiera sustituir al pene, que mirar. No es otra la extrañeza, lo extraño, hasta perderse de vista, esa nada sobre la cual viene, de nuevo y siempre, a horrorizarse una sobrecarga del ojo, de la apropiación por la mirada, y de la metafóricidad sexual *falomorfa*, su reaseguradora cómplice³⁵.

Esta nada, que no se dominará justamente en un abrir y cerrar de ojos, habría podido intervenir asimismo, o interpretarse como la incitación a una operación de castración sobre un oculo-centrismo secular, como la intervención de una diferencia, de un diferendo, que pone en cuestión un funcionamiento del imaginario dominado de forma algo abusiva por la mirada. O incluso como el «síntoma», el «significante», de la posibilidad de *otra* economía libidinal, de un heterogéneo desconocido en la práctica de y en el discurso que se hace sobre la (denominada) libido. Ahora bien, «el complejo de castración en el «devenir mujer» no hará sino encerrar, ¿reprimir? o ¿censurar? su eventualidad. La «castración» para la mujer consistiría en no tener nada que enseñar, en no tener nada. En no tener nada de pene, en ver que ella (no) tiene nada. Nada que sea lo mismo que el hombre. Y por lo tanto nada de sexo que se muestre de una forma susceptible de fundar su realidad, de re-producir su verdad. Nada que ver equivale a no tener nada. De ser, de verdad³⁶. Así, pues, contrato, la connivencia, entre un sexo y la preponderancia del dominio por la mirada entrega pues a la mujer a su nada de sexo, a su «castración realizada», realmente consumada. Es decir, a una libido «indiferente», a menos que se someta a la «envidia del pene».

³⁵ Cfr. la relación establecida por Freud entre la angustia de la castración, la de perder la vista y la muerte del padre (en S. Freud, «Das Unheimliche», *Essais de psychanalyse appliquée*, París, Gallimard, Idées, p. 181 [ed. cast.: *Psicoanálisis aplicado o técnica psicoanalítica*, Madrid, Alianza, 2004]). Y también lo siguiente: «Con frecuencia los hombres neuróticos –¿pero quién no lo es?– declaran que los órganos genitales femeninos representan para ellos algo extrañamente inquietante. Ese extrañamiento inquietante es, sin embargo, la linde de la antigua patria de los hijos de los hombres, del lugar en el que todos han tenido que morar en un principio... De esta suerte, también en este caso, lo *Unheimliche* es aquello que antaño era *heimisch*, familiar desde siempre. Pero el prefijo “un” colocado delante de la palabra es la marca de la represión» (*ibid.*, pp. 199-200). Quedémonos por el momento únicamente con el carácter extrañamente inquietante de la «representación» de los órganos genitales femeninos, «linde» de otro «mundo» que Freud atribuye de forma algo precipitada a lo materno ya conocido y reprimido. Puesto que si antaño el vientre de la madre fue *heimisch*, no sucede lo mismo con el sexo de la mujer. *Unheimliche* sería la mujer-madre no sólo en función de una represión sobre una relación arcaica con lo materno, sino también porque su sexo es lo extraño y sin embargo cercano: además de «*heimlich*» en tanto que madre, la mujer continuaría siempre siendo «un» en tanto que mujer. De tal suerte que la sexualidad de la mujer sería sin duda lo *unheimliche* más irreductible.

³⁶ Esto se hace eco de la pregunta «¿Por qué hay algo en vez de nada?» (Leibniz, *Principes de la nature et de la grace*, § 7), e incluso «Lo que no es verdaderamente un ser no es tampoco un ser» (Leibniz, *Lettre à Arnauld*, 30 de abril de 1687). Ahora bien, ni la mujer ni la «cópula» son uno, y por ende no son [ed. cast.: *Escritos filosóficos*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2003].

A Freud le resulta difícil dar cuenta de esa «indiferencia» en su teoría de la diferencia de los sexos. Esto se traduce en sus reiteradas confesiones de que todo cuanto atañe a la sexualidad de la mujer sigue estando muy «oscuro». En cuanto a lo que él dirá al respecto, lo que ha podido ya «revelársele», podemos calibrarlo con arreglo a los parámetros, visibles, de la (llamada) sexualidad masculina. Para que semejante demostración se sostenga, la niña pequeña será desde un principio un niño. En el comienzo... la niña pequeña (no) era (más que) un niño pequeño. Dicho de otra manera, NO HA(BRÁ) HABIDO NUNCA NIÑA PEQUEÑA. Queda por asignar su función sexual a ese «niño pequeño» desprovisto de pene, al menos de un pene que pueda ser reconocido como valeroso. Así, pues, se impone la prueba de la «castración». El «niño pequeño» que era, con toda inocencia e ignorancia de la (supuesta) diferencia de los sexos, fálico, se da cuenta del carácter irrisorio de su sexo. Ve el perjuicio que le reserva su *destino anatómico*: no tiene más que un sexo pequeñísimo, una nada de sexo, un sexo casi invisible. El casi imperceptible clítoris. La humillación de estar tan mal dotada, de hacer un papel tan pobre, en *comparación* con el pene, con el único sexo, no puede sino inducir la «envidia de tener un chisme como ese» que va a apuntalar el «devenir de una mujer normal» según Freud. En el trayecto, lo que domina el post-descubrimiento de la castración es la envidia, los celos, el odio hacia la madre –y por lo demás de toda mujer– que no tiene y no ha podido dar un pene, el deseo de ser un hombre, en todo caso «como» un hombre a falta de poder devenir realmente uno de ellos³⁷. Algo a lo que la chiquilla «no se resigna fácilmente», esperando siempre que «eso crezca», «conservando durante mucho tiempo la esperanza de verse un día provista de un pene». Lo que significa que la chiquilla no llevará a cabo –¿ni la madre? ¿ni la mujer?– ningún intento de simbolizar lo que ocurriría con ese «nada» que ver, de defender el envite, de reivindicar su precio. Tampoco aquí habría economía posible de la representación de su realidad sexual para/por la mujer. Ella permanece en el desamparo de su carencia de, falta de, ausencia de, envidia de, etc., que la lleva a someterse, a dejarse prescribir de modo unívoco por el deseo, el discurso y la ley sexuales del hombre. En un primer tiempo, del padre.

Entonces, en términos freudianos, interroguemos a Freud, y entre otras cosas su relación con la función paterna. Y, por lo tanto, con el ejercicio de la ley, sobre todo psicoanalítica, de la castración. ¿Por qué ese miedo, horror, fobia,... del nada que

³⁷ Dicho de otra manera, la «castración consumada» de la mujer no deja a ésta otra salida que el simulacro, la mascarada (de) la feminidad, que siempre habrá consistido en «fingir» el valor reconocido por/para lo masculino. El hecho de que algunos hombres se vean «como» mujeres plantea así la cuestión de saber si con ello hacen otra cosa que retomar por su cuenta la «feminidad» asignada a la mujer como copia menos buena de su relación con el origen.

ver, del no tener nada que ver, que amenaza a *su* economía libidinal? Y es preciso recordar al respecto que en el escenario de la castración que acaba de describir Freud la mirada del niño pequeño precede en el horror a la de la niña, que no haría más que redoblar, confirmar por reduplicación, lo que él habría visto. O no visto. «El complejo de castración del niño aparece en la época en la que este último comprueba, viendo los órganos genitales femeninos, que el miembro viril, tan precioso a sus ojos, no forma parte necesariamente del cuerpo. Se acuerda entonces de las amenazas de las que fue objeto cuando fue sorprendido en delito flagrante de masturbación y comienza a temer la ejecución de esas amenazas, sufriendo así el miedo de la castración³⁸ que desde ese momento se convierte en el motor más poderoso de su evolución posterior». Sigue: «El complejo de castración de la chiquilla nace también tras la visión de los órganos genitales del otro sexo, etc.».

También aquí, habrá sido preciso que la niña pequeña haga *como* el niño pequeño, que tenga las mismas ganas de ver, las mismas miradas, y que su despecho por no tener sexo suceda y venga a socorrer al asombro horrorizado del niño ante la extrañeza de lo no idéntico, de lo no identificable. La «realidad» de su castración significaría para la niña, en definitiva: vosotros, hombres, no veis nada, no sabéis nada al respecto, no os re-encontráis, no os reconocéis en ello. Lo que os resulta insoportable. Así que ello sencillamente no existe. Queda, para mí, para ella(s), la aceptación de este hecho. ¡Biológico! La niña «entra», pues, en el complejo de castración de la misma manera que el niño, como un niño. Ella «vuelve a salir» feminizada por la decisión, que ella debe ratificar, de que no puede tener nada que ver. La posibilidad de que un nada que ver, de que un no dominable por la mirada, la especula(riza)ción, tenga alguna realidad sería, en efecto, intolerable para el hombre porque vendría a amenazar la teoría y la práctica de la representación mediante la cual él habría sublimado o se habría precavido contra la prohibición de la masturbación. Autoerotismo permitido, autorizado, auspiciado, al estar diferido en espectáculos más elevados. Y que *una nada* –de mismo, de idéntico, de identificable...– puede poner en peligro. ¿«Sorprender en flagrante delito»? En tanto que falla, falta, carencia, ausencia, afuera del sistema de representaciones, de autorrepresentaciones. Del hombre. *Agujero* en su economía significante. Nada que suponga el peligro de hundimiento, de desplome, de deriva indefinida de la coherencia de su sistemática de la «presencia», de la «re-presentación» y de la «representación». Nada amenazador para el proceso de producción, reproducción, dominio, capitalización del sentido, dominado por el falo. *Significante-amo* cuya ley de funcionamiento oblitera, rechaza, deniega el surgimiento, el resurgimiento, la remembranza de un *heterogéneo* susceptible de modificar el principio de su autoridad. Puesta en

³⁸ La cursiva es de Freud.

circulación como conceptos, representaciones, formalizaciones del lenguaje que prescriben, de nuevo, la noción y la práctica actuales de la «castración». Instrumentos demasiado débiles, o demasiado cómplices. Determinados por un falocentrismo que aquellas fingen interrogar para mejor re-asegurar su poder.

De esta suerte, y respecto a lo que nos ocupa, cabe preguntarse, preguntarles:

1. Si la chiquilla, la mujer, siente cabalmente «la envidia del pene» en el sentido que Freud da a la expresión. O sea: «la envidia de tener un chisme como ese». Este presupuesto, en efecto, domina todo lo que se ha dicho, y va a decirse, de la «sexualidad femenina». Puesto que esa «envidia» programa toda la economía pulsional de la mujer, incluso «a sus espaldas» *antes* del descubrimiento de su castración, allí donde ella nunca habría sido, nunca habría querido ser sino niño.

2. Cuál es la relación de esta «envidia» con el «deseo» del hombre. Dicho de otra manera, la fobia del hombre, y sobre todo de Freud, respecto a la extrañeza inquietante del nada que ver, ¿podría tolerar que *ella* no sienta esa «envidia»? Que *ella* tenga otros deseos, *heterogéneos* respecto a la *representación* que *él* tiene de lo sexual, a *sus* representaciones del deseo sexual. Esto es, a sus *autorrepresentaciones* proyectadas, reflexionadas y reflejadas, ... Si la mujer tuviera deseos distintos de «la envidia del pene», el espejo que debe remitir su imagen al hombre –aunque fuera invertida– sería puesto en tela de juicio en lo que atañe a su unidad, unicidad, simplicidad. Banalidad. La especularización y especulación del envite de su deseo –*el* deseo– ya no serían planificables. O incluso: «la envidia del pene» tal y como es atribuida a la mujer palió la angustia del hombre, de Freud, respecto a la coherencia de su edificio narcisista, le tranquiliza contra lo que denomina el miedo a la castración. Puesto que si su deseo no puede significarse sino como «envidia del pene», no hay duda de que él lo tiene. Y que lo que tiene representa el único bien posible del comercio sexual.

3. ¿Por qué le viene en mente a Freud el término «envidia»? ¿Qué elige Freud? Envidia, celos, codicia, correlativas de carencia de, falta de, ausencia de,... Todos estos términos describen la sexualidad femenina como *opuesto* e incluso *revés* de un sexualismo masculino. Que la chiquilla, la mujer, privilegie el pene como instrumento de su placer sexual, que manifieste un tropismo centrífugo-centrípeto por el pene, podría admitirse... Pero «la envidia del pene», en el sentido freudiano y por lo demás psicoanalítico, no significa otra cosa que el desprecio de la chiquilla, de la mujer, hacia *su* placer para asegurar un remedio –ambiguo, sin duda– contra la angustia de castración del hombre. La eventualidad de perder el pene, de que se lo corten, encontraría su fundamento real en el hecho, *biológico*, de la castración de la mujer. El miedo de no tenerlo, de ya no tenerlo, se re-presentaría en la amputación anatómica de la mujer, su despecho ante la carencia de sexo y su «envidia» correlativa de apropiárselo. De esta suerte, el *no, ya no* tenerlo de la angustia de castración

estarían sostenidos por la representación del sexo femenino, mientras que la *envidia de tenerlo* confirmaría al hombre en la seguridad de que lo tiene, siempre, al mismo tiempo que le recordaría –cláusula necesaria para la perpetuación del juego– el riesgo de que ella se lo arrebatase. Lo cierto es que habría que interpretar sobre todo «la envidia del pene» como un índice sintomático –promulgado como ley de la economía de la sexualidad de la mujer– de la imposición del deseo de lo mismo, cuyo garante, el significante o significado trascendental, será el falo. El Falo. Sino, ¿por qué no analizar *también* la «envidia» de la vagina? ¿De la matriz? ¿De la vulva? Etc. ¿La «envidia» «de tener un chisme como ese» sentida por cada polo de la diferencia sexual? ¿El despecho por estar en falta, en carencia, respecto a un heterogéneo, a un otro? ¿El «perjuicio» que contra nosotros habría cometido la naturaleza, la madre al no habernos provisto más que de *un* sexo? Que requiere, exige, acarrea otro sexo, un sexo diferente –un sexo que participa del mismo todo permaneciendo diferente³⁹– para que el placer sexual sea posible. Pero la diferencia sexual se resuelve, finalmente, en Freud, en tener más o tener menos *un* sexo: el pene. Y lo «otro» de lo sexual queda reducido a «no tenerlo». De esta suerte, la falta de pene de la mujer, y la envidia del pene, aseguran la función de lo negativo, sirven de representantes de lo negativo, en lo que podríamos llamar una dialéctica falocéntrica⁴⁰. Falotrópica. Y si «la función sexual» exige que el niño pequeño se aparte de su madre –real– a la que no es conveniente que haga un hijo, si lo que se designa con el nombre de complejo de castración le obliga a «sublimar» las pulsiones hacia su madre, digamos que el hombre, en lo que a él concierne, nunca perderá nada, que la pérdida se quedará en el riesgo, miedo, «fantasma» de pérdida. Y que la nada de sexo, el no de sexo y de sexual, será soportado por la mujer.

Pero, con ello, la «castración» no sería lo que hace practicable las relaciones entre los dos sexos, lo que aseguraría la posibilidad de repetición y de «desplazamiento» de la relación *entre dos sexos*. Funcionaría como remembranza de lo negativo cuya atribución a la mujer, al sexo femenino –para mayor verosimilitud también en la *realidad*–, garantizaría «su relevo»⁴¹ por/para la sexualidad masculina en la sublimación (?) del pene. De tal suerte que el sexo, lo sexual, se rehacen y relevan en representaciones, ideas, leyes, dominadas por el Falo. *La relación con lo negativo, para el hombre, no habrá sido nunca sino imaginaria* –imaginada, imaginable–, de donde se desprende el impulso que da a las producciones ficticias, míticas, ideales, secundariamente definidas como leyes que aseguran la permanencia y la circularidad de

³⁹ Lo que por supuesto remitirá en primer lugar a la bisexualidad, pero que evocará aquí más bien la «brillantez» del espejo que explota en el goce sexual, mismo y diferente según cada sexo.

⁴⁰ Lo que podrá entenderse como tautología, siempre que no se re-marque el *una*.

⁴¹ Traducción de *Aufhebung*.

esa sistemática. Así, pues, en esa legislación se re-cobra el complejo de castración, sobre todo de la mujer, que habrá servido, entre otros edictos, para transformar en programa histórico las fábulas aferentes a la práctica sexual de los hombres.

4. En cuanto a la mujer, cabe preguntarse por qué se somete con tanta facilidad, por qué «imita» tan perfectamente y hasta llegar a olvidar que hace «como si», a los proyectos, proyecciones, producciones contrafóbicas del hombre relativas a su deseo. Y singularmente al hecho de que éste se reduciría a «la envidia del pene». ¿Qué falta, carencia, robo y/o violación*, rechazo, represión, censura de representaciones de su sexualidad acarrea tal sometimiento al deseo-discurso-ley del hombre sobre su sexo? ¿Tal atrofia de su libido? Que no será jamás permitida, merecedora de consideración, sino en la medida que apuntala el deseo masculino. Pues «la envidia del pene» objetada a la mujer, esa «celosa», es –repetámoslo– un remedio contra la angustia del hombre de carecer del mismo. Puesto que *ella* tiene envidia de éste, *él* lo tiene. Puesto que *ella* tiene «envidia» de lo que *él* tiene, es por ello cabalmente digno de valor. ¿El único valor que vale la pena de ser envidiado? El patrón mismo del valor. La fetichización del órgano varonil sería indispensable para la perpetuación de su precio en el comercio sexual.

Aventuremos entonces que, de ser así, sucede que, para hablar en los términos del psicoanálisis, *la elaboración de las pulsiones de muerte estaría reservada al hombre*⁴², y sería imposible, estaría prohibida para la mujer. «Al servicio» del trabajo de las pulsiones de muerte. Del hombre.

De esta suerte, ella funcionaría como prenda de la «reducción total de las tensiones» por la represión –pacificación, pasivación– de sus pulsiones, como promesa de la evanescencia de la libido por «libre flujo de la energía» en el coito, al igual que, en tanto que «esposa», será delegada para mantener su homeostasia, su «constancia». Garante de la «conexión» de las pulsiones en/por el matrimonio. Ella será de nuevo el lugar, que se supone materno, en el que podrá ejercerse el automatismo de repetición, el restablecimiento de una economía anterior, la regresión hasta el infinito del placer. Hasta el sueño total, hasta el letargo. Y es que ella debía también, al mismo tiempo, preservar y regenerar, rejuvenecer el organismo, sobre todo por reproducción sexuada. Así, pues, toda entera consagrada a dar la vida. Fuente y re-curso de vida. Ser de nuevo la madre restauradora, nutricia, que prolonga el trabajo de la muerte sustentándolo: rodeo de la muerte por lo femenino-materno re-vitalizador.

* En el original «v(i)ol», esto es, robo (*vol*) y/o violación (*viol*). [N. del T.]

⁴² Para cuanto sigue, remitirse a S. Freud, «Au-delà du principe du plaisir», *Essais de psychanalyse*, a «Les pulsions et leurs destins», *Métapsychologie*, París, Gallimard, 1968 y «Le problème économique du masochisme», *Névrose, psychose et perversion*, Bibliothèque de psychanalyse, París, PUF, 1992.

Se habrá advertido también que la «función sexual» exige una actividad agresiva por parte del varón, que permite una economía de las pulsiones de muerte que se desprenden y protegen al «sujeto» que se ejercita sobre el «objeto». Y, perpetuando este polo «objeto» en el acto sexual, la mujer habrá asegurado, para el hombre, una derivación de su «masoquismo primario», peligroso no sólo para lo «psíquico», sino también para lo «orgánico», temible para la «vida». Ahora bien, Freud comprueba que el masoquismo «primario» o incluso «erógeno», estará reservado a la mujer y que su «constitución» así como las «reglas sociales» le vedarán toda elaboración sádica de esas pulsiones de muerte, masoquistas, pero sin «transformación en lo contrario» ni «vuelta en contra del sujeto». El sadismo –del «estadio» sádico-anal– se transforma, secundariamente, en masoquismo por «transformación» de la actividad en pasividad, y se «vuelve» desde el «objeto» sobre el «sujeto». Masoquismo secundario, que se añade al masoquismo primario, tal sería el «destino» de las pulsiones de muerte en la mujer, por cuya supervivencia se velará sólo mediante el carácter siempre sexuado de tales pulsiones, mediante la erotización de ese «masoquismo».

Pero de nuevo, para transformar sus pulsiones de muerte y por otro lado el dualismo pulsional, para que su vida le sirva para diferir la muerte el tiempo suficiente para elegir una muerte para sí, el hombre tendrá que trabajar en la edificación de su yo. En la construcción, si se quiere, de su sepulcro. Este nuevo rodeo en la espera de la muerte, por/para la elevación de los monumentos narcisistas, exige la retirada de la libido del objeto sobre el yo, su desexualización para que ésta se ejerza en actividades más sublimadas. Ahora bien, para que ese yo sea valeroso, es preciso que un «espejo»⁴³ le afiance, le re-asegure, sobre su validez. La mujer apuntalará este redoblamiento especular, devolviendo al hombre «su» imagen, repitiéndole como «mismo». La intervención de una imagen «otra», de un espejo «otro», significa siempre el riesgo de una crisis mortal. La mujer será, pues, lo mismo –pero sin una inversión– al igual que, en tanto que madre, permitirá la repetición de lo mismo, para desprecio de su diferencia. Sexual. Además, mediante su «envidia del pene» suplirá a aquello que, en esa especula(riza)ción, podría fallar. Recordando, de nuevo y siempre, este *resto* que se funde en los hielos, la energía sexual necesaria para la elaboración de la obra. De la muerte.

Así, pues, la «mujer» servirá cabalmente de lugar –en otro lugar evanescente, foco de dehiscencia– así como de tiempo –eterno retorno, rodeo temporal– para la sublimación, y de ser posible el dominio, del trabajo de la muerte. Ella será también el representante-representación (*Vorstellung-Repräsentanz*), dicho de otra manera,

⁴³ Un determinado espejo-plan serviría así a la desexualización de las pulsiones mediante la elaboración de monumentos fúnebres del yo del «sujeto».

de las pulsiones de muerte que no ser(í)án percibidas sin horror, que el ojo (de la) conciencia se niega a reconocer. Desconocimiento, protector, que no será levantado sin la expiración de un cierta mirada: envite de la castración. Hasta entonces, *los conceptos principales del psicoanálisis, su teoría, no habrán dado cuenta del deseo de la mujer*, incluso en lo que atañe a «su» castración. Puesto que sus modalidades son demasiado exclusivamente tributarias de la historia y de la historicización de la (llamada) sexualidad masculina. Proceso del devenir de la conciencia en el que la mujer sigue siendo el lugar de inscripción de las represiones. Lo que exige que ella soporte, sin saberlo, los fantasmas —entre otros— de amputación de su sexo, de su cuerpo, cuya «anatomía» será la garantía de realidad. Prueba irrefutable, porque natural..., de que en tal caso no se trata de acción, silenciosa, de las pulsiones de muerte. Así, pues, ella será despojada, sin recurso, de imagen válida, valedera, de su sexo, de su cuerpo. Condenada a la «psicosis», o en el mejor de los casos a la «histeria», por falta —¿censura? ¿repudio? ¿represión?— de significativo valeroso de su deseo «primero» y de su sexo.

No se trata de decir que la cuestión de la castración no se plantea para la mujer, sino que tal vez remita en primer lugar a la del padre, incluido el del psicoanálisis, y a su miedo, su rechazo, su repudio de otro sexo. Puesto que si castrar a la mujer es inscribirla en la ley del mismo deseo, del deseo de lo mismo, ¿qué ocurre con esa «castración»? ¿Y con la relación de quien es su agente con ese concepto y con su práctica?

* * *

Así, pues, la chiquilla, tras haber visto los órganos genitales del otro sexo, desdénando todo el placer que haya podido procurarle ya el suyo, no tiene otro antojo que el de estar un día provista de un pene. Y «no se resigna fácilmente a su inferioridad». Ella «espera», a veces tardíamente, poseer el órgano varonil. E incluso cuando «el conocimiento de la realidad le ha hecho perder toda esperanza de ver cómo se realiza su deseo, el psicoanálisis muestra otra vez que este último ha permanecido vivaz en el inconsciente». Por otro lado, «entre los móviles capaces de incitar a la mujer adulta a someterse al análisis hay que contar el deseo de poseer por fin el pene».

Naturalmente, no ignoremos que la mujer, histérica, resulta particularmente indicada para la sumisión, la sugestión e incluso la ficción, en lo que atañe al discurso-deseo del otro. Y que lo que ella llega a decir en el análisis no será ajeno a lo que se espera que diga. Y si no lo dijera, ¿que habría venido a hacer allí? En esa escena organizada, también, por/para su «envidia del pene». ¿Y qué otra cosa podría entender cabalmente el analista en un deseo de ella que no correspondiera a su envi-

dia? Del pene. Se quedaría, nos confía Freud, cabalmente «desarmado». Así, pues, ella dirá, y repetirá, su codicia del órgano varonil y tal vez retirará, del tratamiento analítico de esa «envidia», «la posibilidad de ejercer una profesión intelectual», «forma sublimada de ese deseo reprimido».

Entiendan que la escena analítica no resolverá, para la mujer, «la envidia del pene», que no hará que salga de su condición sexual proletarizada, que no contribuirá en modo alguno a interpretar el excedente de crédito otorgado al «sexo» del hombre (padre), pero que le permitirá —tal vez—, mediante el tratamiento «verbal» de esa «envidia», entrar en la sistemática de un discurso cuyo «sentido», cuyo «querer decir», no se basan sino en su calibrado [*étalonnage*] fálico. «La envidia del pene» representaría, sería el único representante oficial del deseo de la mujer de acceder como «sujeto» al intercambio, simbólico, de salir de su condición de simple «mercancía»⁴⁴. Así, pues, habrá que pasar por el tratamiento de esa «envidia» para sublimarla. Lo que, en este caso, significa: pagar el precio de una represión de apetito de potencia sexual para tener acceso al discurso que niega a la mujer todo derecho al mercado de los intercambios. «La posibilidad de ejercer una profesión intelectual» no se realiza de nuevo para la mujer sino con rodeos. Aunque sean analíticos.

Porque de esa «envidia» no se puede salir. Y ella menos que nadie. «La envidia del pene tiene una importancia innegable». Y si «se cita a veces como un ejemplo de injusticia masculina cierto reproche dirigido a la mujer, a saber, que la envidia y los celos desempeñan un papel más considerable en la vida espiritual de la mujer que en la del hombre [...], nos vemos inclinados a creer que conviene atribuir su excedente a la influencia de esta envidia del pene». Lo que no soluciona en absoluto la cuestión de la «injusticia». Social, evidentemente. Puesto que, una vez más, la mujer en cuanto tal no tiene ningún medio de participar en la llamada vida «espiritual (?)» por no haber participado en su elaboración, su «simbolización», sus intercambios. De ahí su despecho por estar excluida como «sujeto» de una escena falocéntrica, a la que no habrá de acceder sin escarnio, culpabilidad y pérdida de lo que se, lo que él llama su «feminidad». En todo caso, sin desaprobación, ¿reprimir?, o más bien perpetuar la represión de lo que ella podría promover como valor de cambio. Mujer «espiritual» pese a su condición femenina.

«Algunos analistas», es cierto, «tratan de disminuir la importancia que tiene, en la fase fálica, la primera presión de la envidia del pene. A su juicio, los restos de esa actitud en la mujer provendrían principalmente de una formación secundaria y ésta,

⁴⁴ Y como la escena analítica no habrá llegado a cuestionar el problema de la condición económica y social de la mujer, el lenguaje de la histórica se tornará en «mercancía» que servirá para los intercambios (teóricos) entre psicoanalistas.

provocada por algunos conflictos posteriores, sería debida entonces a una regresión a aquellas conmociones precoces. Se trata de un problema de orden general que ofrece la psicología *abisal*. En todas las actitudes pulsionales *patológicas* —o sencillamente *insólitas*—, por ejemplo en todas las *perversiones sexuales*, cabe preguntarse acerca de los roles atribuibles respectivamente a la potencia de las fijaciones infantiles precoces, por una parte, y, por otra, a la influencia de los acontecimientos y de las evoluciones posteriores». «En todo caso», para la cuestión que tratamos —y que se ve de tal suerte asimilada a una «actitud pulsional patológica», o sencillamente «insólita», como una «perversión», aunque se afirma que esa «envidia» es indispensable para el «devenir de una mujer normal»—, «son las conmociones infantiles las que sientan las directrices y llegan incluso a demostrarse decisivas. Y la importancia del factor infantil es preponderante precisamente en lo que atañe a la envidia del pene».

¿Cómo ha leído o entendido Freud a estos psicoanalistas que reducen la importancia de la envidia del pene? Puesto que no parece que todos ellos —o ellas— la consideren «primera»⁴⁵. Ahora bien, él les responde en función de este arcaísmo, de un más arcaico. ¿Cuál es el envite de esta necesaria precedencia? Puesto que esa «envidia» que Freud querría que sirviera ahora para las necesidades de la argumentación «primaria», más infantil, él la define como posterior al complejo de castración de la hija. La chiquilla no podía tener anteriormente esta «envidia» toda vez que —según él— la diferencia de sexos no existía, y la niña pequeña era sencillamente un niño. Que tenía el clítoris-pene, o el pene-clítoris. Así que no podía tener «envidia» en el sentido que da Freud al término después de la intervención del complejo de castración.

Demos vueltas entonces, una vez más, a la cuestión. Este carácter primitivo, el más primitivo, de la «envidia del pene», ¿no es exigido por *la primacía del órgano varonil*? ¿Por el hecho de que el falo debe ser el arquetipo del sexo? ¿El sexo originario? ¿Y el pene la representación más adecuada de la Idea de sexo? No puede haber otro «deseo» que el de asegurar su dominación, aunque sea mediante la codicia, el apetito de apropiación. Si algo viniera a contradecirlo —sea el caso de los placeres de la niña pequeña— toda la economía de los afectos y afectaciones sexuales habría de ser reinterpretada. Y resulta difícil prever hasta dónde puede llegar una remodelación de las atribuciones de poderes libidinales. Pero los desconocimientos requeridos para mantener el orden establecido permiten conjeturar que semejante operación podría llevar lejos.

⁴⁵ Por el contrario, ellos o ellas hablan de un «deseo» del pene muy precoz en la niña pequeña y que supondría un «descubrimiento» de sus órganos genitales mucho más «antiguo» de cuanto describe Freud. Cfr. los artículos de K. Horney, M. Klein, E. Jones sobre la sexualidad femenina.

El recurso a la antigüedad de la «envidia del pene» para justificar su crédito encuentra aún algunos descargos en el «interior» de la problemática analítica. De esta suerte, la avidez de la mujer por su sexo significaría entre otras cosas para el hombre una proyección de sus «primitivas» pulsiones orales, de sus ganas de devorar el seno materno. Y, en esta apelación a los apetitos primarios, podríamos oír también la aprehensión de haber destruido el sexo de la mujer, de haberla castrado, por el hambre insaciable, por las mordeduras que intentan aferrar, incorporar o aniquilar lo que se oculta. ¿Nace de ahí la culpabilidad, el horror ante la visión de la realización de fantasmas, ahora omnipotentes? Y la angustia de que *ella*, sustituto materno, haga lo mismo en su pene-seno, también por hambre, o como medida de represalia.

En todo caso, ante la visión del pene, de resultas de la comparación —rigurosamente imposible— de su sexo con el del niño pequeño, la chiquilla renunciaría a toda su elaboración libidinal anterior: a sus pulsiones orales, sádico-anales, fálicas, al deseo de tener o de hacer un hijo con su madre, al onanismo infantil. Toda esa economía se vería en cierto modo borrada, olvidada, reprimida —ahora bien, ¿por quién? ¿por obra de qué? ¿cómo? ¿para qué placer? ¿en función de qué descontento?— o «convertida» para dar curso a la «envidia del pene», «fundamento» en lo sucesivo de la sexualidad femenina.

Ahora bien, «es sabido cómo reaccionan *ellos* a las primeras impresiones provocadas por la carencia de pene. Ellas *niegan esa carencia y creen ver pese a todo un miembro*; arrojan un *velo* sobre la contradicción entre observación y prejuicio, en la pretensión de que *es todavía pequeño* y que *crecerá* en breve, y llegan lentamente a esta conclusión de un gran impacto afectivo: *antes*, en todo caso, *estaba ahí y luego fue arrancado*. La carencia de pene es concebida como el resultado de una castración y el niño se encuentra ahora obligado a enfrentarse a la relación de la castración con su propia persona»⁴⁶. ¿Por qué esos afectos, esas representaciones, esas defensas, son endosadas a la chiquilla? Que experimentaría su carencia de pene como una «castración consumada», eventualmente para castigarla por su actividad masturbatoria anterior (fálica-viril-clitoridiana)⁴⁷. Que creería pues que «antes, en todo caso, estaba ahí». Que rechazaría los hechos, «esperando encontrarse un día provista de un pene», dando por sentado que éste acabará «creciendo» al final, creyendo contra toda realidad que su (?) deseo acabará finalmente realizándose. Etc. Postulado del imperialismo fálico que implicará también que la chiquilla «se desvíe de su madre», «que desvalorice a todas las mujeres» al igual que a sí misma, por no estar provistas de pene. Como, y al igual que en el hombre, «toda la depreciación de la mu-

⁴⁶ S. Freud, «L'organisation génitale infantile», *La vie sexuelle*, cit., p. 115.

⁴⁷ S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *ibid.*, p. 120.

jer, *el horror* de la mujer, *la predisposición a la homosexualidad*, se desprenden de la convicción final de que la mujer no tiene pene»⁴⁸. Hombre cuyo «comportamiento duradero hacia las mujeres podría cabalmente ser dividido entre el *horror* ante esas criaturas *mutiladas* o el desprecio *triumfante* hacia las mismas»⁴⁹. «De esta suerte, un cierto grado de *desprecio* hacia la mujer reconocida como *castrada* es lo que queda aún en el hombre de la influencia del complejo de castración»⁵⁰.

¿Por qué hacer temer, ansiar, esperar, odiar, rechazar, etc., a la niña pequeña, a la mujer, *en los mismos términos*, poco falta para ello, que el niño pequeño? ¿Y por qué ella se presta a ello con tanta facilidad? ¿Porque es sugestionable? ¿Histérica? Pero se vislumbra el círculo vicioso. ¿Cómo no iba a serlo, incluso en las modalidades perversas a las que se somete para «complacer» y corresponder a la «feminidad» que se espera de ella? ¿Cómo podría no serlo en esa castración operada sobre sus pulsiones sexuales, la interdicción sobre sus afectos, representantes y representaciones? Hasta el punto de que el padre se le impone como el único que puede satisfacerla, hacerla que acceda al placer, pero que prefiere el aumento de goce que le procura el ejercicio de la ley y por ende la sanciona por sus (?) «fantasmas de seducción».

Y, por otro lado, ¿por qué no sería «histérica», si la histeria mantiene en reserva, en sufrimiento, algo del mimo cuya puesta en juego es inseparable del placer sexual? El problema es que el ludismo mimético, la ficción, el «hacer como si», el «fingir» —cuyas incredulidades, represiones, escarnios que ha acarreado a la histérica son conocidas— se ven detenidos, frenados, y *dominados por un significante-amo*, el Falo, y por su, sus, representante(s). Emblema(s) no tanto de un juego entre los sexos, sino de la potencia de dominio y de apropiación de la relación con el origen (del deseo, «por ejemplo»). Desde ese momento, el guión histérico, dramatización privilegiada de la sexualidad femenina, se ve condenado como proliferación de «malas» copias, de caricaturas mentirosas de una relación con el origen «buena» y válida y valerosa. La histeria es estigmatizada como el lugar de abundancia de fantasmas, de aparecidos, de sombras, que han de ser desenmascarados, interpretados, devueltos a la realidad de una repetición, reproducción, representación adecuados, conformes al original. Y, por supuesto, se invocará al respecto el «traumatismo inicial», origen (supuesto) de la «enfermedad», pero la partida estaba decidida de antemano. En vez de ello, la pregunta que habría que formular sería —repitámoslo— la de si la simbolización de su comienzo por/para la mujer, la especificidad de su relación con el origen, siempre han estado anuladas, ¿reprimidas? de antemano, por

⁴⁸ S. Freud, «L'organisation génitale infantile», *ibid.*, p. 115.

⁴⁹ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *ibid.*, p. 127.

⁵⁰ S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *ibid.*, p. 143.

la economía que el hombre intenta instalar para resolver el problema de su principio. Que se solventa poniendo en el comienzo, y al final, el Fallo: Significante de la potencia y precedencia sexuales respecto a las cuales no podrá haber sino «carencia», «atrofia», «envidia», «hacer como si se fuera o se tuviera», «fingir que se es o que se tiene», etc. Pero, toda vez que éste sea planteado como *término, origen y causa del deseo*, nunca será posible un juego entre dos modalidades diferentes de relación con el origen, con lo originario, con lo original, con el deseo (de) origen. Pues cada una de ellas acarrea medida y locura. «Seriedad» –¿verdad?– de una genealogía, de una genética, y copias, fantasmas, reflejos, apariencias, anamorfosis especulares, que habrán transformado la partida, las partes, antes incluso de que se produzcan o reproduzcan. Ahora bien, tal sería sin duda la condición de una relación entre los sexos, de una puesta en juego de la diferencia sexual, que excluye evidentemente la preeminencia de un sexo. Pero... Entre el «obsesivo» que quiere, y reivindica, y repite y da vueltas en su deseo original, que pretende dominar para erigirse, al fin, como todopoderoso, y la «histérica» a la deriva que ya no quiere nada, ya no sabe lo que desea, hace como si fuera o como quisieran que fuera, y cuyo solo cuerpo recuerda ya lo que era, la partida parece mal entablada. El placer se anuncia sombrío. Tristemente repetitivo, aplicado, o parcelándose hasta el infinito, desbarriándose sin otra escansión que la explosiva. Placer (?) lleno de historias, pero sin historiografía posible.

* * *

«El descubrimiento de su castración marca, en la evolución de la chiquilla, un giro decisivo. Tres caminos se abren entonces ante ella: el primero conduce a la inhibición sexual o a la neurosis, el segundo a una modificación del carácter, a la formación de un complejo de virilidad, el tercero, por último, a la feminidad normal.»

«Mi exposición es sin duda incompleta, fragmentaria y a veces poco estimulante».

Pero, en fin, desarrollemos... «En el primer caso, la niña pequeña, que hasta entonces había vivido *como un niño pequeño*, se había entregado a la masturbación *clitoridiana* asociando la satisfacción que ella se procuraba de tal manera a sus deseos *activos*, deseos que con cierta frecuencia estaban *centrados* en la madre...». Recordatorio, pues, de la ecuación *niña pequeña = niño pequeño*, *clitoris = pequeño pene*. En cuanto al hecho de que la masturbación sea un proceso simplemente «activo», habría que discutirlo. Pero, por el momento, cuestionemos más bien el «centrado» en la madre que subraya Freud. ¿Por qué «en la madre» en vez de en el coito parental, cuyos afectos, experimentados por el hijo, serían objeto de re-acción, ab-re-acción mediante la masturbación? Por otro lado, ¿no sería la masturbación, entre otras cosas, un medio del que dispondrían niño y niña pequeños para intentar des-

centrarse de la madre, diferenciar su (auto)erotismo de las pulsiones implicadas en la relación libidinal con la madre? ¿Resultaría así que es la madre, en fantasmas o en la realidad, la que prohíbe el onanismo, al no tolerar que se separen de ella?

Como quiera que sea, resulta sorprendente comprobar la responsabilidad que Freud atribuye a la madre en el despertar así como en la represión de la vida sexual. Sobre todo en la niña. Ya hemos visto que era ella, la seductora, la que suscitaba las primeras conmociones sexuales. Y «si en los fantasmas de los años *posteriores* el padre aparecía regularmente como el seductor sexual, la responsabilidad corresponde a la madre, que no puede dejar de abrir la fase fálica del hijo»⁵¹. El padre, como ya hemos visto, no puede ser (el) seductor. Pero de nuevo, «el rencor contra el impedimento de la actividad sexual libre desempeña un gran papel en la separación de la madre. El mismo motivo entrará de nuevo en vigor, después de la pubertad, cuando la madre reconozca su deber de protección de la castidad de su hija»⁵². Asimismo, «el hecho de la castración queda comprendido más adelante como castigo de la actividad masturbatoria y su ejecución es imputada al padre, dos cosas que seguramente no son originarias»⁵³. El padre no seduce, ni capta, ni reprime la sexualidad de su hija. No sería incluso sino *secundariamente* aquel que representaría, para ella, el agente de la castración. Por otro lado, si la hija se vuelve hacia su padre, lo hace porque ella se aparta de su madre y transfiere, transporta sobre su padre sus catexis maternas frustradas. Curiosa economía la que regula, aquí, las relaciones padre-hija. Y resulta extraño que, en toda esta aventura de la sexualidad femenina tal y como la describe Freud, el padre aparezca finalmente como un personaje tan apagado, secundario e incluso «pasivo». Sin deseos, pulsiones, ni artimañas de ningún tipo en relación con su hija. ¿Neutro y benevolente? ¿Pero por qué?

«En el primer caso [...], bajo la influencia de la envidia del pene, ella (la niña pequeña) deja de encontrar su placer en la sexualidad fálica». ¿En la sexualidad? Porque, ¿qué sexualidad, distinta de la fálica, le sería propuesta? Si presentara, o representara alguna otra, la cuestión de «la envidia del pene» –por elegir una particularmente sintomática– sería desde luego menos insistente. Pero en esta carencia, esta latencia, de una solución más feliz, de otra elección posible, «la comparación con el niño, mejor correspondido que ella, hiere su amor propio». Ahora bien, conocemos la relación de apoyo de las catexis narcisistas con las pulsiones sexuales⁵⁴. Así, pues, «renunciando al goce masturbatorio clitoridiano así como al amor por su madre, ella (siempre la niña pequeña) llega a menudo a *reprimir una buena parte de sus tendencias sexuales*». Podemos concebirlo... A beneficio de inventario de la instancia

⁵¹ *Ibid.*, p. 150.

⁵² *Ibid.*, p. 146.

⁵³ *Ibid.*, p. 146.

⁵⁴ Cfr. por ejemplo en S. Freud, «Pulsions et destin des pulsions», *Métopsychole*, cit.

represora. «El alejamiento de la madre no se produce de golpe, puesto que la chiquilla considera de entrada su *mutilación* como una *desgracia* individual; sólo más tarde se da cuenta finalmente de que otros seres femeninos, y entre ellos su propia madre, son semejantes a ella. Ahora bien, su amor se dirigía a una madre *fálica* y no a una madre *castrada*. Desde ese momento se hace posible alejarse y hacer que los sentimientos hostiles acumulados desde mucho tiempo antes lleven la voz cantante. En resumen, la carencia de pene de la mujer *desvaloriza* a ésta a los ojos de la chiquilla AL IGUAL QUE a los del niño y, tal vez incluso más tarde, a los del hombre».

De esta suerte, la chiquilla desnarcisizada, una vez que ha renunciado a sus llamadas catexis de objeto e incluso a su apetito por el autoerotismo, se ve obligada a una represión casi total de sus pulsiones sexuales. ¿Una represión? ¿Una censura? ¿Prescrita por quién? ¿Por obra de qué? ¿Con qué interés? Para ella, éste no podría ser otro que el de intentar seducir al padre legislador. Algo que permanecerá con el estatuto de «fantasmas», debidamente sancionados, y que por otro lado no solventaría la cuestión del desplazamiento de las catexis sobre la madre. Pues, si para el niño «la madre es el *primer* objeto de amor [...] y continúa siéndolo hasta que sea sustituido por otro objeto que *se parezca a aquella por su naturaleza* (?) o que deriva de ella»⁵⁵, si el hombre permanece «durante toda su vida fijado a su *primer* objeto», su madre o una mujer-madre, si puede seguir amando, deseando con el mismo sexo un mismo «objeto», su «objeto» originario, no sucede lo mismo con la chiquilla, que no puede eludir el surgimiento de la *heterogeneidad* sexual. Cuando Freud resuelve el problema afirmando que la niña ha sido siempre un niño, y que su feminidad se caracteriza por «la envidia del pene», defiende sin duda su punto de vista de hombre, y su deseo de perpetuar la homogeneidad sexual: un no sexo, un sexo «castrado», en el que «la envidia del pene» no constituye en absoluto un heterogéneo sexual, sino la representación de un tipo de negatividad que sostiene, y confirma, la homogeneidad del deseo masculino.

En lo que atañe a la relación hija-madre, Freud confesará en su vejez —y curiosamente también *al final* del texto, de aquel texto escrito al final de su vida— que «la duración de la vinculación con la madre había sido considerablemente *infravalorado*»⁵⁶, «que un cierto número de seres femeninos permanecen *apegados a su vínculo originario* con la madre y no llegan a desviarlo verdaderamente sobre el hombre»⁵⁷, «que la fase de pre-Edipo de la mujer cobra por ello una importancia que *nunca le había sido atribuida con anterioridad*»⁵⁸, hasta el punto de «*que parece ne-*

⁵⁵ S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *La vie sexuelle*, cit., p. 142.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 140.

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ *Ibid.*

Revisión: la vinculación de la madre se infravalora.

cesario reconsiderar la tesis según la cual el complejo de Edipo es el núcleo de las neurosis»⁵⁹. Sobre todo porque «supone una relación particularmente estrecha entre la fase del vínculo con la madre y la etiología de la *histeria*»⁶⁰. Pero «todo cuanto atañe al dominio del primer vínculo con la madre» le «ha resultado tan difícil de aferrar analíticamente, tan *encanecido* por los años, vago, apenas capaz de ser revivido, como si estuviera sometido a una represión particularmente inexorable», «la penetración en el periodo de pre-Edipo de la niña pequeña llegó así a *sorprenderle* como lo hizo, en otro dominio» —¿pero es de veras otro?— «*el descubrimiento de la civilización minoica-micénica antes de la de los griegos*»⁶¹. Como si vislumbrara, al fin y demasiado tarde —¿porque se acerca su muerte?—, pero con un deseo de «honestidad científica» que no puede ser puesto en duda en Freud, que la sexualidad de la mujer era cabalmente ajena a toda esta historia. ¿A la historia en general? Que quedaba como recubierta —¿reprimida?— por la forma de esta civilización, y que, para el arqueólogo que era también Freud, habría que excavar la tierra a mayor profundidad, recelosa de los vestigios culturales que en ella yacen enterrados, para encontrar un *arché* (principio) más arcaico anterior al comienzo que representa Grecia, y al concepto de origen que ésta ha dispuesto.

Con independencia de estas constataciones tardías⁶², Freud continúa, por lo demás, interpretando y prescribiendo el devenir mujer en los términos de esta historia y de su economía, sobre todo conceptual. Como y al igual que en esta historia la mujer tuvo que «reprimir buena parte de sus tendencias sexuales», sufrir en lo que sería su relación con lo originario «una represión particularmente inexorable», «apenas capaz de ser revivida», que deja ese primer vínculo con la madre «tan encanecido por los años», «difícil de aferrar analíticamente». De esta suerte se perpetuaría la «histeria» de la mujer, e incluso su «paranoia»⁶³, no «sublimable» o «elevable» en la elaboración de una teoría, puesto que ésta siempre

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Ibid.*, p. 141.

⁶¹ *Ibid.*, p. 140. Es preciso señalar que esto puede entenderse del siguiente modo: la sexualidad de la mujer no se descifrará sin más en una economía significativa de tipo alfabético. Ni tampoco se interpretarán recurriendo únicamente a esa economía los mecanismos del inconsciente. Por lo demás, sobre este último punto Freud dice las cosas con claridad.

⁶² Que además le han venido impuestas por algunos colegas psicoanalistas, de quienes, «puesto que tratamos aquí de la mujer», se permite, esta vez, citar sus nombres, y entre las cuales aprecia las contribuciones *empíricas* que son susceptibles de aportar a su *teoría*, sobre todo porque ellas «han podido percibir con mayor facilidad y claridad ese estado de cosas porque les ayudaba, con sus pacientes, la transferencia sobre un sustituto de madre apropiada», mientras que las mujeres que eran analizadas por él «podían conservar el mismo vínculo con el padre en el que se habían refugiado desde la fase de pre-Edipo que aquí nos ocupa». S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *La vie sexuelle*, cit., p. 140.

⁶³ *Ibid.*

habrá excluido de antemano que ella aparezca en la misma como sujeto sexuado femenino. Así, pues, no podremos interpretarlos sin el recurso a un proceso histórico, cuyo re-marcado por la dramatización libidinal que entra en juego en la «familia» es de nuevo y siempre tributario, y agente, de esta «Historia»⁶⁴.

Sigue lo que podría calificarse de paréntesis –o de libre asociación más o menos racionalizada– sobre el onanismo. Que produciría lo siguiente: «La carencia de falo de la mujer desvaloriza a ésta a los ojos de la chiquilla al igual que a los del niño, y tal vez incluso, más tarde, a los del hombre».

Ninguno de ustedes ignora la importancia que nuestros neuróticos conceden a su onanismo, al que hacen responsable de todos sus males; y sólo a duras penas conseguimos demostrarles su error. Siendo justos deberíamos reconocer que tienen razón, puesto que el onanismo no es más que la manifestación de la sexualidad infantil y precisamente por el extravío de esa sexualidad sufren los pacientes en cuestión [...] Quisiera ser capaz de mostrarles algún día la repercusión que pueden tener sobre la eclosión de una neurosis posterior, y sobre la formación del carácter de cada individuo, el descubrimiento o el no descubrimiento de esa masturbación, la reacción de los padres o su tolerancia, la reacción del sujeto mismo, el hecho de que consiga o no reprimir su onanismo [...] Pero, después de todo, tiendo a sentirme satisfecho de que ese largo y *penoso* trabajo me sea dispensado, puesto que, a fin de cuentas, ustedes no dejarían de ponerme en *un cruel apuro* exigiendo de mí consejos de orden práctico, preguntándome qué actitud conviene adoptar frente a la masturbación de los niños pequeños [...]. La evolución, aquí descrita, de la chiquilla les proporciona un ejemplo de los esfuerzos a menudo infructuosos que hacen los propios niños para escapar de la masturbación. Cuando la envidia del pene ha provocado una viva reacción contra el onanismo, sin que no obstante éste llegue a ceder, la chiquilla es presa de una violenta lucha interior; atribuyéndose, por así decirlo, el papel de su madre ahora destronada, ella manifiesta, por una reacción contra el placer que el clítoris le permite experimentar, todo su disgusto por tener un órgano tan mediocre. Muchos años más tarde, cuando la actividad masturbatoria se ha apagado mucho tiempo antes, aún encontramos vestigios de esta lucha contra una tentación siempre temida [...]. Renunciar a la masturbación no es a decir verdad un acto indiferente o despreciable.

Lo que podría entenderse: si la mujer está castrada, desvalorizada de resultados de su «carencia de falo», qué le queda al neurótico –el caso de la neurótica es más

⁶⁴ La forma de la «novela familiar» en sus impactos sobre la teoría y la práctica principalmente psicoanalítica, pero no sólo, sino también sobre su puesta en escena «literaria» es de nuevo y siempre cómplice de la misma historia.

La novela de la niña y la masturbación

complejo, como hemos visto y como veremos— como catexis libidinal sino un onanismo más o menos diferido, diferenciado, eventualmente «sublimado» en auto..., homo..., de todo tipo.

* * *

En cuanto a la chiquilla, las cosas son distintas. La madre —lo que no sucede en el caso del niño pequeño que «manifiesta entonces dos tipos de adhesiones psicológicamente diferentes: una adhesión a su madre como un objeto puramente (?) sexual, y una identificación con el padre, al que considera como un modelo a imitar»⁶⁵— es a la vez su primer objeto de amor, de deseo, y su referencia identificatoria privilegiada en lo que atañe a su «yo» así como a su sexo. En rigor, y si siguiéramos a Freud en todas las implicaciones de su discurso, a la chiquilla no le quedaría, una vez que ha descubierto su castración y la de su madre —su «objeto», el «representante» narcisizante de todas sus pulsiones—, más que la solución «melancólica».

Y si se relee con arreglo a esta óptica «Duelo y melancolía»⁶⁶, no dejarán de sorprender las intersecciones posibles entre lo que pertenece a la economía libidinal de la niña pequeña después del descubrimiento de su «castración consumada», y de la de su madre, y la sintomatología melancólica:

— *depresión dolorosa*, cuya manifestación podemos localizarla en el cese de la actividad libidinal, en la pérdida de interés por la masturbación de resultados de la desvalorización del órgano y del objeto hasta entonces catexizados.

— *suspensión del interés por el mundo exterior* que cobra la forma, en la chiquilla, de la relajación del «trabajo de dominio del mundo exterior»⁶⁷. Éste se perpetuaría en el hecho de «que las mujeres tienen menos intereses sociales que los hombres», lo que confirmaría, por ejemplo, su «magra contribución a los descubrimientos y a las invenciones de la historia de la civilización»⁶⁸.

— *pérdida de la capacidad de amar*, que lleva a la niña pequeña a «apartarse de su madre» y además de todas las mujeres, incluida ella misma. Su deseo por el padre no significaría en modo alguno un «amor»: «el deseo que la hija siente hacia el padre no es sin duda al principio más que el deseo de poseer un falo». Así, pues, no se trata sino de envidia, de celos, de codicia...

⁶⁵ S. Freud, «L'identification», *Essais de psychanalyse*, Petite bibliothèque Payot, p. 126 [ed. cast.: *Introducción al narcisismo y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 2005].

⁶⁶ S. Freud, *Métapsychologie*, cit., Gallimard, Idées, pp. 147-174.

⁶⁷ S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *La vie sexuelle*, cit., p. 151.

⁶⁸ Cfr. S. Freud, «La feminité», cit., pp. 176 y 174. En lo sucesivo las siguientes citas extraídas de «La feminité» no serán objeto de una llamada precisa.

– *inhibición de toda actividad*: «la pasividad se lleva el gato al agua»; «el paso al objeto-padre se realiza con la ayuda de las tendencias pasivas en la medida en que éstas han escapado de la catástrofe», puesto que «con la represión de la masculinidad que se ha desarrollado hasta entonces en la niña pequeña, una buena parte de sus tendencias sexuales está deteriorada de forma permanente»⁶⁹; «parece que la libido sufre una mayor represión cuando se ve obligada a ponerse al servicio de la función femenina» y se constata sobre todo «la transformación de las tendencias directamente sexuales en tendencias blandas inhibidas en cuanto a la meta»⁷⁰.

– *disminución del sentimiento de autoestima* que marca, para la chiquilla, el caso de la «fase fálica» y la entrada en el complejo de Edipo. «Cuando la chiquilla descubre su desventaja...»; «la comparación con el niño, mejor correspondido que ella, hierde su amor propio»; «su mutilación»; «igual que una cicatriz, en la mujer que reconoce su herida narcisista, se instala un sentimiento de inferioridad»⁷¹; «la mujer reconoce el hecho de su castración y en consecuencia ella reconoce también la superioridad del hombre y su propia inferioridad»⁷²; etc.

Freud insiste particularmente en la turbación del «sentimiento de estima de sí misma» en la chiquilla después del descubrimiento de su «castración». Ésta será la causa, a su juicio, del resto de modificaciones psíquicas, sobre todo cuando la niña pequeña comprueba que su «desgracia» es compartida por su madre y por el resto de las mujeres. Ahora bien, por el mismo síntoma él diferencia la «melancolía» del «duelo». Podemos observar, por consiguiente, que la separación de la chiquilla de su madre, y de su sexo, no es susceptible de un trabajo de duelo.

Al igual que –otra diferencia con el duelo– en la melancolía la pérdida no concierne forzosamente a la muerte de un objeto amado sino a su pérdida «en tanto que objeto de amor» y, sobre todo, «no se puede reconocer claramente lo que ha sido perdido [...] el paciente no puede aferrar conscientemente lo que ha perdido. Por otro lado, tal podría ser aún el caso cuando la pérdida que ocasiona la melancolía es conocida por el paciente, y éste sabe sin duda *a quién* ha perdido pero no *lo* que ha perdido en esa persona»⁷³. Ello conduciría a relacionar la melancolía con una pérdida del objeto que queda sustraída a la conciencia». La chiquilla, evidentemente, no sabe *lo* que pierde en el descubrimiento de su «castración», ni en la «ruina» sucesiva de la relación con su madre y con las otras mujeres. Ella no tiene entonces ninguna *conciencia* de sus pulsiones sexuales, de su economía libidinal, y

⁶⁹ S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *La vie sexuelle*, cit., p. 151.

⁷⁰ S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *La vie sexuelle*, cit., p. 122.

⁷¹ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *ibid.*, pp. 127-128.

⁷² S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *ibid.*, p. 148.

⁷³ La cursiva es de Freud.

singularmente tampoco de su deseo original, de su deseo (de) origen. Para ella se trata en este caso, y en más de un aspecto, de una «perdida» que escapa radicalmente de toda representación. De ahí la imposibilidad de hacer su «duelo». «En el duelo», en efecto, «se juegan los intentos de separación, pero, en éste, nada impide que esos procesos se propaguen, que por la vía normal pasan por el Pc (preconsciente)⁷⁴, hasta la conciencia». Esa vía está cortada por el trabajo de la melancolía, en razón de una pluralidad de causas que pueden actuar de manera convergente». De esta suerte, «en la melancolía [...] se anudan en torno al objeto una multitud de combates singulares en los que *odio* y *amor* luchan uno contra el otro, el odio para retirar la libido del objeto, el amor para mantener esa posición de la libido contra el asalto. No podemos situar esos combates singulares en otro sistema que el *Ics* (inconsciente)⁷⁵, el reino de las huellas mnésicas de cosa (en contraposición a las catexis de palabra)». Ahora bien, la relación de la hija con su madre no está desprovista de ambivalencia, y se complica además cuando la chiquilla se da cuenta de que su madre está castrada mientras que su amor se dirigía —afirma Freud— a una madre fálica. Esta desvalorización de la madre acompaña o sigue, para la niña pequeña, a la de su sexo. Además, «la relación con el objeto (perdido) no es simple en su caso, sino complicada por el conflicto ambivalente», «que permanece sustraído a la conciencia». A esto se añade el hecho de que ningún lenguaje, ningún sistema de representaciones, vendrá a suplir, a asistir, a la «inconsciencia» en la que se mantienen las relaciones conflictivas de la hija con su madre, y con su sexo. ¿Se desprenden de ahí sus «reminiscencias» en forma «de afecciones somáticas», características de la melancolía? Así como, por supuesto, de la histeria...

Pero la «*pérdida*» en juego para la niña pequeña concierne también al «yo». Como en la melancolía. Si el niño se encuentra narcisizado, yoizado, por su pene —porque éste es valorizado en el comercio sexual, y culturalmente sobreestimado en tanto que visible, especularizable, fetichizable—, no sucede lo mismo con el sexo de la niña. Además la marca que sirve, por identificación, para la edificación de su «yo», sufre el mismo daño. De esta suerte, el «yo» de la chiquilla se ve sometido en la prueba de la «castración consumada» a un fracaso y a una herida inevitables, cuyos efectos podrían ser localizados en la evocación del cuadro melancólico. Así, «la aversión del paciente hacia su propio yo», sus quejas acerca de su «imperfección corporal, su fealdad, su debilidad, su inferioridad social». Pero también y a este respecto hay que remitirse a los textos de Freud relativos a la sexualidad de la mujer, al hecho de que «lejos de manifestar hacia su entorno la humildad y la sumisión que convendrían exclusivamente a una persona tan indigna [...], se muestra molesta has-

⁷⁴ La cursiva es de Freud.

⁷⁵ *Idem.*

ta el extremo, como si hubiera sido ofendida y hubiera sido víctima de una gran injusticia», presentando «una constelación psíquica que es la de la revuelta».

Toda esta sintomatología melancólica se explicaría del siguiente modo: «existía al principio una elección de objeto, una conexión de la libido con una persona determinada; bajo la influencia de *un perjuicio real o de una decepción*⁷⁶ por parte de la persona amada, aquella relación se ve quebrantada. El resultado no fue el que habría sido normal, a saber, una retirada de la libido de aquel objeto y su desplazamiento sobre un nuevo objeto, sino un resultado diferente, que parece exigir varias condiciones para producirse. La catexis de objeto resultó ser poco resistente, fue suprimida, pero la libido libre no fue desplazada sobre otro objeto, fue retirada hacia el yo. Pero allí no fue utilizada de cualquier manera: sirvió para establecer una *identificación*⁷⁷ del yo con el objeto abandonado. De esta suerte, la *sombra* del objeto cayó sobre el yo que pudo entonces ser juzgado por una instancia particular como un objeto, como el *objeto abandonado*. De este modo la pérdida del objeto se había transformado en una *pérdida del yo* y el conflicto entre el yo y la persona amada en una escisión entre la crítica del yo y el yo modificado por identificación (con la madre, con la mujer, con la chiquilla, castrada). Cabe intuir inmediatamente algo de las condiciones que presupone ese proceso y de los resultados a los que llega. Debe existir por una parte una fuerte fijación con el objeto de amor, pero por otra parte y de forma contradictoria una débil resistencia de la catexis de objeto [...]. *La identificación narcisista con el objeto se torna entonces en el sustituto de la catexis de amor* [...]. La identificación es, además, el estadio preliminar de la elección de objeto y la primera manera, ambivalente en su expresión, conforme a la cual el yo elige un objeto. Querría incorporarse ese objeto [...] por medio de la devoración». Así se explica, sin duda, «el rechazo de la alimentación que se manifiesta en las formas severas del estado melancólico».

Piénsese a este respecto que la anorexia es un síntoma bastante específicamente femenino que ha de relacionarse con una incapacidad por parte de la niña de aceptar su «destino» sexual, una especie de rechazo desesperado del esplendor de la sexualidad que le es otorgado. Más en general, puede evocarse aquí la falta de apetito sexual imputado a la mujer, a menudo con razón, e incluso el uso «oral» que hace de su sexo. Uno de los rasgos característicos de la melancolía consiste, por otro lado, en «la regresión a partir de la catexis de objeto hasta la fase oral de la libido».

En cuanto a las causas desencadenantes del estado melancólico, «éstas engloban todas las situaciones en las que se sufre *un perjuicio, una humillación, una decepción*, situaciones que pueden introducir en la relación una oposición de amor y odio o re-

⁷⁶ *Idem.*

⁷⁷ *Idem.*

forzar una ambivalencia ya presente». «Nos vemos tentados a derivar la importancia de la angustia de empobrecimiento (del yo) del *erotismo anal que sería aquí arrancado de sus conexiones* y transformado por regresión». «El complejo melancólico se comporta como *una herida abierta* que atrae hacia sí energías de catexis de todas partes (las que hemos denominado, en la neurosis de transferencia, “contra-catexis”) y vacía el yo hasta empobrecerlo completamente». Es preciso poner en juego todas estas citas –extraídas siempre del texto titulado «Duelo y melancolía»– con los enunciados que describen la evolución «normal» de la feminidad, y en particular el resultado para la chiquilla de su «complejo de castración».

Añadamos además que *la instancia moral*, muy criticada en el proceso melancólico, *tiene también formas completamente específicas*. No se ejerce contra «tendencias inconvenientes que han permanecido fuera del Yo» como en la neurosis obsesiva, sino que «el Yo ha asimilado por identificación el objeto contra el cual es dirigida la cólera del Superyó»⁷⁸: la madre castrada, el «objeto» mujer castrada. El superyó representaría la figura «paterna», la «providencia», la «fortuna», que juzgan severamente el «destino» sexual de la mujer, agentes –¿inconscientes?– e instancias críticas de esa «operación». Según las concepciones de Freud sobre el pre-Edipo de la niña, esa «instancia moral» podría ejercerse aún a partir del niño pequeño que ella era, niño pequeño que encontraba válido su sexo y sus placeres masculinos y que condena sin paliativos su formación, su transformación en niña. Encontraríamos allí elementos para dar cuenta del masoquismo femenino y de la vuelta de las pulsiones «sádicas y rencorosas» de la mujer contra sí misma...

De hecho, no es la melancolía lo que la niña va a elegir como modalidad privilegiada de retirada. Sin duda ella tiene demasiadas pocas reservas narcisistas, y éstas se encuentran demasiado afectadas para elaborar semejante estructuración defensiva contra la angustia y la «catástrofe» de la «castración consumada». La economía del narcisismo femenino, la fragilidad del «yo» de la chiquilla, de la mujer, hacen casi imposible la constitución, al menos prevalente y estable, de ese síndrome. Lo que no significa que la sexualidad de ese «continente negro» no haya de acarrear un buen número de síntomas. Pero estarán más disociados que organizados de forma coherente y permanente. La no simbolización de su deseo (de origen, de la relación con su madre, de su libido, interviene como un llamamiento constante a regresiones polimorfas (melancólicas, maníacas, esquizofrénicas, paranoicas...). Funciona como un *agujero* –y allí le situaremos en su mayor grado de eficacia, incluso en cuanto acarrea como fobia, también por parte del hombre– en la elaboración de los procesos imaginarios y simbólicos. Pero la mujer dispone justamente de demasiadas pocas imágenes, figuraciones, representaciones, para poder re-presen-

⁷⁸ S. Freud, «Les états de dépendence du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., p. 224.

tarse en esa falla, esa falta, ese «agujero». No se trata de que le falte determinado significante-amo, de que no le venga ni siquiera impuesto, sino más bien de que el acceso a una economía significante, a la acuñación de los significantes, a su intercambio, le resulta difícil por no decir imposible porque ella sigue siendo ajena en tanto que sujeto a su calibrado. Ella los toma prestados sin poder marcar, o re-marcar en ellos su huella. Lo que la mantiene cabalmente en una carencia, un vacío, una falta «psicótica» si se quiere: una psicosis *latente* pero no realizada, por falta de una sistematicidad significante practicable.

Tal vez, de nuevo, la relación de la mujer con el autoerotismo se habría visto demasiado afectada para que el repliegue sobre determinadas posiciones «psicóticas» le esté sencillamente permitido. ¿O es que incluso su «libido» es demasiado poderosa para poder quedar satisfecha?; pensemos en las «precocidades» de la chiquilla, en su «increíble actividad fálica» establecida «gracias a las indiscutibles observaciones» realizadas por la Sra. Jeanne Lampl de Groot.

Ahora bien, sus pulsiones están, en cierto modo, de vacaciones: no catexizadas, en realidad, en la estructuración de una «psicosis», ni en el autoerotismo, ni en la edificación de un narcisismo, ni en el deseo, el amor, por su primer objeto, ni en la apropiación, el tener —aunque fuera dando el rodeo de la sublimación— de su sexualidad, de su sexo, etc. Sólo le queda la histeria. La ¿psicosis? ¿neurosis? histérica. Sobre un suspenso, en un suspenso, de la economía de sus pulsiones originarias, ella hará «como» se le pide. «Como si» ella hiciera lo que le pidieran. Pero un «como», «como si», para ella no dominados, ni verdaderamente lúdicos, aunque a veces pueden parecer tales y son, en cierto aspecto, la huella de lo que sería el «juego» entre los sexos. Pero aquí el juego se basa —como ya hemos visto— en la dominación de la economía sexual por parte del Fallo. Y la mujer va a jugarlo teniendo como premisa la adecuación fallo-apropiación del deseo (de) origen. Ahora bien, el juego excluye toda relación de dominio con el origen: un significante-amo del deseo (de) origen, del origen del deseo. Y el mimo histérico será el trabajo de la chiquilla, de la mujer, para salvar su sexualidad de una represión y desaparición totales. Ella la defenderá con una «actividad» tan increíble, en el fondo, como su «actividad fálica». El sufrimiento de su cuerpo, y la reivindicación de insatisfacción (?) sexual, que recuerda cuanto de sus pulsiones sexuales ha permanecido latente. Cabe sostener, por supuesto, que ese trabajo y ese sufrimiento, esa esclavitud, son el precio que la mujer paga por su negativa a afrontar la muerte. Que encontramos activa, por ejemplo, en la representación, la simbolización, la sublimación. Pero, en esta «historia» al menos, para ella no puede tratarse de esa muerte. Siempre especularizada, especula(riza)ble de antemano. Esa acomodación de la muerte le sigue siendo ajena. La elección que a ella se le ofrece estaría más bien entre una censura radical de sus pulsiones —que conduciría a la muerte— y su tratamiento, conversión,

históricas. Por otro lado, esa alternativa no es realmente una. Las dos operaciones son consecuentes.

De esta suerte, la chiquilla «se volverá» mujer, feminidad «normal». Que aparece como tal cuando «la represión» que sucede al descubrimiento de su castración, «no ha sido exagerada»... «Volverse» mujer, «la instauración de la feminidad» supone que la chiquilla «renuncie a su actividad fálica», que «la pasividad se lleve el gato al agua» y que «la inclinación hacia el padre se torne predominante». «Sin duda el deseo hacia su padre que siente la niña *no es más que el deseo de poseer un falo*, ese falo que le ha sido negado por su madre y que ella espera ahora tener gracias a su padre». Ni la más mínima huella en esa «evolución» de un deseo de placer femenino. El único objetivo de la formación de la feminidad, la única «razón suficiente» que puede determinar que la niña pequeña se convierta en (una supuesta) mujer, sería el de apropiarse a su vez del instrumento del goce, de adueñarse —aunque fuera por imitación, réplica, redoblamiento— del sexo que cabalmente parece monopolizar el derecho de uso al igual que la determinación del valor de cambio sexuales. Pero, haciéndolo, ¿qué placer procura además al padre, al hombre-padre, re(asegurado) así de tenerlo? Tendrá incluso el tiempo para invertir en operaciones legislativas, u otras actividades sublimes, puesto que *ella*, al menos, sostiene el valor del pene, mantiene su cotización, evita su desperdicio incesante en especula(riza)ciones diversas. Si es preciso incluso, o si es necesario, ella le representará. Su cuerpo «falicizado» apuntalará y recordará su precio, defenderá su cambio, garantizará la apuesta, mientras que el padre, el hombre, dedica todas sus atenciones a otras inversiones. Delegada en la colecta de los regalos, que deberá devolver a quien corresponda en derecho.

* * *

«Sin embargo, la situación sólo se consolida verdaderamente cuando el deseo del pene es *reemplazado* por el deseo de *tener* un niño, de tal suerte que *este último, conforme a una vieja equivalencia simbólica, deviene el sustituto del pene*». Con independencia del crédito, e incluso de la usura, de las que se ha beneficiado esta fórmula, ¿podremos acaso sacar algún provecho de ella? No sin haberla completado para desplegar a continuación sus implicaciones: «La mujer, deseando tener un hijo, piensa con mayor frecuencia en éste que en el padre, *desde ese momento relegado a un segundo plano*». Pero la equivalencia hijo-pene da fe de que «el antiguo deseo *viril* de *poseer* un pene subsiste aun cuando la feminidad está mejor consolidada».

1. De esta suerte, para que la chiquilla, la mujer, devenga «plenamente» mujer, el deseo de tener un hijo debe sustituir a las ganas de tener un pene. Así, pues, la

inclinación a la procreación viene a suplantarse a todos los «demás» apetitos fálicos. El deseo de tener un hijo del padre releva y relega toda atracción por las otras modalidades de relaciones sexuales con el padre, o el padre del hijo. Es preciso que así sea para que la feminidad sea la más «normal» o la «mejor consolidada». La mujer debe desear que el pene sea el agente, liso y llano, de la (re)producción –un eyaculador– y que sus poderes seductores sean trasladados al hijo-pene, *producto* de la cópula, para que la «función sexual» corresponda cabalmente a la definición que de la misma ofrece Freud.

De esta suerte, la «feminidad» se eclipsa para dejar paso a la maternidad, desaparece en la maternidad: tampoco queda, en última instancia, «envidia del pene», formulación muy ambigua de una huella o tal vez y pese a todo de un deseo de placer sexual. ¿De un recuerdo de onanismo? Cuando ella tenía un «como» pene, podía obtener del mismo alguna satisfacción. De donde surge la envidia de tener de nuevo un «chisme como ese». ¿Uno más grande? Pero esa esperanza-reminicencia debe atenuarse ante la gravedad del trabajo (re)productivo.

2. Dicho esto, para que el emblema del falo, el pene, esté siempre presente, representado, en el objeto del deseo, la felicidad sólo será completa «¡si el recién nacido es un niño pequeño que aporta el tan codiciado pene!».

3. El hijo –se desea ardientemente que sea un niño– aparece como *puro producto, y sustituto del pene*. La participación de las células germinales de la mujer en la procreación, el papel de sus órganos sexuales, de su cuerpo, en la elaboración del hijo son, en esta explicación de la evolución sexual de la «feminidad», totalmente ignorados.

4. Ese hijo-niño es el signo de la inmortalidad de la simiente, de que las propiedades del esperma han preponderado frente a las del óvulo. Garantiza así el poder de reproducirse y de representarse del padre, de perpetuar su género y su especie. El hijo asegura además, en tanto que heredero del hombre, la no dilapidación del patrimonio. Y, en cuanto tal, enriquece ya la «casa» con un miembro más.

5. Esta concepción del «hijo» se revela, en el análisis, tributaria de un *primado del erotismo anal* sobre la llamada sexualidad genital. El hijo está inserto en la serie sustitutiva: excrementos-pene-hijo. El pene, y luego el hijo, vienen a reemplazar a «la columna de excrementos»: «los conceptos de *excremento* (dinero, regalo), de *hijo* y de *pene*⁷⁹ se separan con dificultad y se intercambian fácilmente entre sí»⁸⁰. La vagina –¿y la matriz? de la que paradójicamente no se dice nada a este respecto– funciona como ano, recto, intestino. Además, «el interés suscitado sólo más tar-

⁷⁹ La cursiva es de Freud.

⁸⁰ S. Freud, «Sur les transpositions des pulsions plus particulièrement dans l'érotisme anal», *La vie sexuelle*, cit., p. 107.

de por la vagina tiene también y sobre todo un origen erótico-anal. Nada hay de sorprendente en ello puesto que la vagina, según una feliz expresión de Lou Andreas-Salomé, está "alquilada" al ano⁸¹.

Sería preciso interrogarse un poco más sobre las partes interesadas de ese contrato, sobre el precio pagado por ese alquiler, que carga con los efectos de ese arrendamiento, sobre el tiempo de goce previsto, etc. En esta economía, la mujer interviene como aquella a la que el hombre «da» la simiente para que ella haga que fructifique, para que vele por los intereses de ese «regalo» depositado en ella, y para que se lo devuelva a su propietario a su debido tiempo. El pene (barra fecal), el espermatozoides (germen-regalo), el hijo (regalo), toda una simbólica anal de la que no se sale. ¿Donde uno se pregunta, finalmente, si el patrón es el pene? ¿El espermatozoides? ¿O el «oro»? Oscilación, crisis del valor, donde el más productivo, el más fácilmente representable como (re)productivo, parece obligado a imponerse. Pero, por otro lado, todos esos «equivalentes» recogen el interés a cuenta de los excrementos, que permanecerían como prototipo del objeto valeroso. En cuanto a la mujer, ella será el receptáculo para la intromisión del espermatozoides (regalo) por el pene (barra fecal) y que expulsará al hijo (heces) por la vagina (recto). Y de esta suerte será aparentemente parte interesada del erotismo anal. Pero su papel parece ser, si se excluye el que consiste en incrementar las materias durante el embarazo para gozar más durante su «expulsión» (?), el de apartarse del «objeto» anal: el regalo-hijo, del mismo modo que tendría que renunciar a la «barra fecal» en cada coito. Repetición, pues, para ella de la separación de las heces. Pero sin placer. Puesto que las pulsiones correlativas del erotismo anal, pulsiones agresivas, de retención narcisista, le están vedadas. Ella no puede elegir «entre la actitud narcisista y la actitud de amor objeto [...] ceder dócilmente el excremento (pene, hijo), "sacrificarlo" al amor, o retenerlo para su satisfacción autoerótica, y para la afirmación de su propia voluntad»⁸². No hay «persistencia narcisista en el erotismo anal» para ella. Por otro lado, si el pene re-presenta la barra fecal, ella ha quedado siempre de antemano «cortada» del mismo. Lo que justificaría, en ella, «la mermada fuerza de la aportación sádica a la pulsión sexual [...], la transformación de las tendencias directamente sexuales en tendencias blandas inhibidas en cuanto a la meta»⁸³. Todo queda a pedir de boca: la mujer entra en el circuito de la (re)producción sin desear por nada del mundo retener nada de nada para su satisfacción autoerótica, su narcisismo, la afirmación de su propia voluntad, las ganas de capitalizar sus productos. El trabajo de

⁸¹ S. Freud, «La vie instinctuelle», *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, cit., p. 139.

⁸² S. Freud, «Sur les transpositions des pulsions plus particulièrement dans l'érotisme anal», *La vie sexuelle*, cit., pp. 109-110.

⁸³ S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *ibid.*, p. 122.

gestación, de parto, de lactancia, de cuidados maternos, será efectuado con «tendencias no directamente sexuales» sino con «tendencias inhibidas en cuanto a la meta». Sólo será pagada con la satisfacción, inconsciente, de poseer (?) al fin un equivalente del pene. Pero «la cuestión de saber adónde se han trasladado las mociones pulsionales del erotismo anal» muy fuertes, como se ha dicho, durante el período preedípico, «es ineluctable»⁸⁴. Y continúa siéndolo.

6. La concepción y el nacimiento del hijo repiten, reproducen, la cuestión del comienzo. De la relación de la mujer –al igual y de distinto modo que el hombre– con su comienzo, y con el establecimiento de una economía de lo originario. De ahí que permitan, eventualmente, solventar los problemas de «identificación» de la mujer con su madre, su primer «objeto» de amor. La insertarían en una economía genealógica, y a la vez especular, específica. De esta suerte, la mujer que deviene madre será la Madre, totalmente identificada con la maternidad en una especie de asesinato de su madre y de obliteración de la relación de la mujer con la maternidad que le otorgarían, en el presente, el título de poseedora del origen: tierra-madre fálica. O bien, ella será de tal suerte inscrita, se inscribirá de esta suerte en un proceso genealógico infinito, una enumeración abierta del recuento del «origen»: donde ella será «como» su madre pero no en el mismo «puesto», sin correspondencia con el mismo cifrado. Donde ella será su madre y no su madre, ni su hija como madre, sin cerrar el círculo, pero tampoco la espira, de la identificación. Enrosándose, sin cesar, alrededor del espéculo de un lugar originario. Pasando del dentro al afuera sin llegar jamás, simplemente, a resolverse, a reabsorberse, a reflejarse. Y en esa vuelta, ese retorno de más, esa vuelta suplementaria, a la vez abierta y cerrada, que imprimiría cada nuevo «nacimiento» –identificada y no identificada con su madre, con la maternidad–, sin duda ella podría «interpretar» su papel de madre sin asimilarse totalmente al mismo. De esta suerte, se trataría con tino la subsistencia de su deseo sexual femenino.

Sería preciso además que ella no se vea simplemente asignada a esa función de la maternidad. Que el hombre no tenga como único deseo reconocer en ella a «su» madre, y en ella reproducirse. Incluso para dotarla, él mismo, del falo que él será, también, en la persona de su hijo. Que no sienta, pues, demasiado horror y asco de la mujer, de su madre, como criatura «castrada». De ahí el recurso a la sobrecaetaxis anal, fetichista, de su sexo; el refugio en la homosexualidad, real o fantasmática. Que el hombre-padre acepte, pues, compartir el envite del comercio sexual, de la potencia sobre todo (re)productiva. Etc.

«Condiciones» todas que quedan suspendidas y entregan además como no acontecido y sin valor –ni por acontecer, si nos atenemos a las concepciones freudianas–

⁸⁴ S. Freud, «Sur les transpositions des pulsions plus particulièrement dans l'érotisme anal», *ibid.*, p. 107.

el placer sexual. Articulación-recorte siempre «desplazada» y «desplazante» de antemano, re-marca numerante y numerada, de *dos* relaciones específicas con la «materialidad» del comienzo –concepción, nacimiento– y con sus imágenes, sombras, fantasmas originarios o representaciones de origen. Dos, pero un dos que no es evidentemente uno + uno: *el producto de una suma*, ni dos medios, dos mitades: *el producto de una división*. De tal suerte que cada una de estas no unidades se alterna con dos mismos y otras dos parejas. Indefinidamente.

Que las condiciones especulares no funcionan de tal suerte que sea posible un juego de pareja es algo que Freud repite a lo largo de este texto y de otros. La castración de la mujer, la envidia del pene, el odio hacia la madre, el desprecio y el rechazo de su sexo por parte de la chiquilla, el cese consecutivo de su autoerotismo (masculino...), la interrupción de la explicación –salvo en términos de «pene desmirriado»– de la evolución de su erotismo anal, etc., son otros tantos signos de la preponderancia de la apropiación del proceso especular, y especulativo, por parte de la (supuesta) sexualidad masculina. De un proceso especular que privilegia *el espejo plano*, el más adecuado para el dominio de la imagen, de la representación, de la autorrepresentación. Esa dominación excluye que la chiquilla encuentre la economía de sus relaciones con la madre, y con la maternidad. Y sus tentativas de «identificación» con la madre –conservemos provisionalmente este término, aunque ya sabemos que *aquí no puede tratarse de identidad o no identidad*⁸⁵– serán rechazadas por Freud como algo que puede ser un tiempo, una «manifestación», de la evolución de lo que él designa como «feminidad»: «No olvidemos que la chiquilla, desde la fase fálica todavía imperturbada, había deseado poseer un hijo, lo que queda demostrado por su predilección por las muñecas. Pero ese juego no es en realidad una manifestación de la feminidad, sino que traduce más bien una identificación con la madre, al objeto de reemplazar la pasividad por la actividad. La chiquilla jugaba a ser la mamá mientras que la muñeca era ella misma. Ella podía hacer a la hija todo lo que su madre le hacía a ella misma». Podríamos subrayar desde luego que el «juego» –aunque sea de «muñecas»– no es nunca simplemente activo o pasivo, que contradice esa oposición mediante la economía de la repetición que pone en «juego». Y en ese «juego» de muñecas se juega para la chiquilla la posibilidad de jugar a las madres, de hacer «como» su madre, «como si» ella fuera (la) madre. Lo que reservaría para ella un cierto ludismo en lo que atañe a la función materna, y maternante, por repetición, re-presentación, imitadas de su relación con el comienzo, y con la reproducción. Pero representarse «como» madre, el juego de lo

⁸⁵ En la extrañeza de la relación de lo femenino con lo materno, y de antemano también de lo femenino «consigo mismo», la ley del principio de identidad podría llegar a cuestionar ejemplarmente la razón que funda su valor.

materno, de los cuidados maternos, no sería para Freud una manifestación de la feminidad. Simular, fingir, una relación con su madre, con la madre, con la función materna, no sería femenino para Freud. Tampoco el hecho de representarse a sí misma «como» muñeca, de jugar con una representación de sí misma. *Ninguna ficción, ni juego mimético le están permitidas a la chiquilla si ella o su relación con la (re)producción*⁸⁶ son el envite. Esos juegos son «fálicos».

En cambio, en la medida en que el juego del hijo-muñeca manifiesta el deseo del pene, la espera de un hijo del padre es connotada como «buena», conforme a la evolución «normal» de la feminidad. Así, pues, jugar a la muñeca será favorable o desfavorable al devenir mujer —«bueno» o «malo»— en función de lo que se intente imitar. Si es la relación con el pene, representante privilegiado del falo que le *domina*, si el hijo-muñeca «imita» al hijo-pene, (re)clama la (re)producción del hijo-pene, entonces se asiste cabalmente a una manifestación de la feminidad. Pero si el hijo-muñeca imita, lúdicamente, a la niña pequeña, y el hacer «como» su madre al proceso que asigna a la chiquilla el papel materno, maternante, ella se comporta ahí como un pequeño varón. Ella no tiene, repitémoslo, ningún derecho a jugar de cualquier manera con una o varias representación(es) de su comienzo, no dispone de una mimética específica del origen, sino que debe inscribirse en el proceso masculino, fálico, de la relación —repetición, representación, reproducción— con el origen. Lo que sería, para ella, «el fin más ardientemente perseguido».

Por eso, «¡qué felicidad cuando ese deseo infantil se realiza más tarde, sobre todo si el recién nacido es un niño pequeño que aporta el tan codiciado pene!». Qué felicidad, sí, sobre todo para el padre que reconoce en ese niño, su hijo, un mismo que él. Padre de esta suerte reproducido, re-presentado, re-puesto en el mundo, re-maternizado, re-deseado por su mujer que más que nunca ha devenido, ha vuelto a devenir su madre. Esa matriz, en la que a él le está permitido reproducir(se), re-produciéndole. Revancha triunfante sobre todas las angustias de Edipo que se ve (re)surgiendo del vientre que él mismo ha fecundado. Él cerraría así la circulación, la circularidad fálica verificando su poder de dotar a la mujer-madre de un hijo-falo —idéntico a él— con ese sexo del que ella misma sería el agente más eficaz de fetichización por su «envidia del pene».

Sin duda corre el riesgo de que la historia continúe y de que esa madre que él mismo se ha rehecho prefiera su «imagen», que se rinda al deseo de ese nuevo Edipo. ¿Edipo-padre vuelve a perder con ello su realeza? ¿O la estrategia para el ascendiente se vuelve cada vez más compleja? Pero está permitida, e incluso es deseada. En todo caso por la mujer que prefiere, afirma Freud, parir un hijo que una

⁸⁶ En efecto, ella está asignada a la re-producción del Falo, incluso en su representación peneana. Y una *segunda* copia del original es siempre una «mala» copia.

hija. La mujer gozaría más de la reproducción de/para/por otro que de aquella que volvería a ponerla imaginariamente, imaginablemente, en juego. Ella no encontraría ninguna satisfacción en re-producirse. Su placer estaría siempre en función de su rechazo, de su negativa a la auto... Así, pues, intentar re-presentarse, también en tanto que madre, jugando como mamá con la hija muñeca, no tendría nada de femeninamente placentero. En cambio, ser (re)hecha madre por el deseo de Edipo sería «el fin más ardientemente perseguido». ¿Pero quién será Edipo? ¿El padre? ¿O el hijo? Como ella no tiene acceso al comercio de las representaciones, como ella no entiende gran cosa –dicen– del envite metafórico, el (supuesto) hijo real va a vencer. ¿Edipo-padre habrá perdido el tiempo? Continuará repitiendo su pequeña historia, dando una vuelta de más al giro metafórico: su madre, real, prohibida; su mujer, «como» su madre, permitida; «como» su madre, madre real del hijo, y su hijo, «como» él, reproduciendo para él, ante él, la escena siempre desplazada. El juego se eterniza, el sexo se recupera para la perennidad de su identidad consigo mismo. Mientras que la mujer «piensa con mayor frecuencia en su hijo que en su padre, desde ese momento relegado al segundo plano». Qué más da. Puesto que el hijo es rehecho por el padre en tanto que su imagen y la mujer es inscrita de ese modo en un cálculo económico que ella no domina. Prueba de ello es que «el antiguo deseo viril de poseer un pene subsiste incluso cuando la feminidad es (de esta suerte) establecida satisfactoriamente». Y, por otro lado, ¿«no convendría considerar esa envidia del pene como específicamente femenina»? ¿No es de una importancia capital que «la feminidad» sostenga al menos, continúe sosteniendo, «el antiguo deseo viril de poseer un pene»? ¿No está ella delegada para su subsistencia, para que éste no vaya a la deriva en función de sustituciones analógicas, para que siga siendo cábalmente el anclaje de la generalización de la escenografía? Así, pues, la mujer más mujer para el hombre debe conservar siempre ese «deseo». Esto es lo que él le pide que perpetúe en su «casa», a ella, que no está enterada de lo que podría ser el valor de su propio sexo.

«Trasladando a su padre su deseo del hijo-pene, la chiquilla ha llegado a la situación edípica». Los deseos de identificación con la madre, de cópula con la madre o la hermana, de fecundación partenogenética, de reproducción de su «imagen», de sí (como) mismo, de auto... de todo tipo, son eliminados. Todo el resto –si algo resta– de su libido está orientado hacia el padre, el pene-falo (del) padre. Edipo puede entrar, si quiere. Tiene la autoridad para ello, si no la posibilidad. «La situación edípica está realizada». En cuanto a la madre, la hija le es cada vez más «hostil». Ella, que «se convierte así en una rival, aquella a la que el padre concede *todo* lo que la chiquilla *querría* que él le diera a ella».

Las (como) madres de Edipo, mantenidas apartadas del intercambio de valores más elaborados, se disputan sus favores reales. Se odian –dice– en función de lo que

sería su propio deseo. La hija está resentida con su madre por no ser hija-madre. La madre está resentida con su hija por no ser la madre prohibida. La más deseable: recubierta aún del velo del himen, futura madre. Aquella a la que aún se hacía referencia (como) su madre, si no fuera imposible. Ellas se disputan el antes y el después del golpe. Mientras que el padre y el hijo -Edipo(s)- tejen, en otro lado, la metáfora. El himen metafórico.

Pero «el complejo de Edipo femenino nos ha ocultado durante mucho tiempo el cariño preedípico de la hija hacia su madre». El deseo de Edipo ha ignorado, reprimido, censurado, el vínculo libidinal entre la hija que deviene mujer y su madre. Él, que sólo desea a la mujer con la condición que sea *su* madre, como *su* madre, no pudo darse cuenta de la importancia de la relación de esa chiquilla que deviene, devenida mujer, con su propia madre. Ni quiere salir de *su* familia, de *su* genealogía. ¿Tampoco quiere compartir con la madre sus derechos paternos sobre *su* hija? ¡Sin duda acabará reconociendo que ese cariño «preedípico» -¿anterior o heterogéneo respecto al edípico?⁸⁷- de la mujer hacia su madre es «tan importante y deja fijaciones tan tenaces»! Pero no sabe muy bien qué pensar... «¿Larga y penosa evolución?» ¿De la que la situación edípica sería el «resultado»? ¿«Una especie de solución provisional»? ¿«Una posición acomodada»? Edipo nunca se ha dignado a considerar ese envite. Enumera sus fantasmas, y por lo tanto se contradice: ¿resultado? ¿solución provisional? ¿posición acomodada? ¿puerto? Acabará perdiéndolos completamente de vista, sin saber distinguir ya entre mujer y madre, madre y mujer. Por no tener ni «verdad» ni «copias», nada «propio», la sexualidad (llamada) femenina, el sexo de mujer, hará perder la vista a quienes queden atrapados en su pregunta. Así, pues, es preciso proteger la mirada -y la teoría, la θεωρία-, resolviéndola en una representación falomorfa, en categorías fálicas. Considerándola, por ejemplo, sólo «respecto» a la forma del sexo masculino,

* * *

Y he ahí que, desde este momento, «nos damos cuenta de que en la relación del complejo de Edipo con el de castración hay, en función del sexo, una diferencia sin duda preñada de consecuencias». Veamos pues. «El complejo de Edipo que empuja al niño a desear a *su* madre, a querer excluir a su rival: *el* padre, se desarrolla *naturalmente* durante la fase fálica. Pero la amenaza de castración obliga al pequeño varón a abandonar esa actitud (¿fálica?); el miedo de perder su pene provoca la des-

⁸⁷ Recordemos que el vínculo originario de la hija con su madre conduce a Freud a preguntarse si no sería «necesario reconsiderar la universalidad de la tesis según la cual el complejo de Edipo es el núcleo de las neurosis». S. Freud, «Sur la sexualité féminine», *La vie sexuelle*, cit., p. 140.

Edipo y el Ideal Materno

aparición del complejo de Edipo, que, en el caso más *normal*, queda íntegramente destruido».

Pero el caso más normal no existirá. El niño pequeño no renunciará nunca al deseo de su madre. Freud no deja –tal y como ya se ha señalado– de insistir en ello. El complejo de Edipo nunca será destruido. El hombre no dejará de perpetuar su escenografía. Mediante una astucia, que, si se quiere, diremos de la *razón*, pero que podríamos descubrir ya, y siempre, en todo proceso metafórico. De ese rodeo astuto será cómplice y soporte la mujer, sin calcular el envite, ni el precio que *ella* paga para que el deseo de Edipo pueda repetirse.

Así, pues, a esta desaparición del complejo de Edipo le «sucede un superyó riguroso». ¿Qué ocurre con este superyó «riguroso», resultado del simulacro de muerte del deseo por la madre? Dirige, escribe Freud, la formación de los ideales, de la conciencia moral, de la autoobservación, ... Mejor que una madre, pues, la elaboración de la idea de madre, del ideal materno. La transformación de la madre real, «natural», en ideal de la función materna de la que nadie, nunca, podrá privarnos⁸⁸. Y que, siempre, constituirá un además de toda mujer-madre, una matriz suplementaria: la de la idea, el ideal, la teoría... ¿Reserva, y suplencia, para las aporías que surgen en las relaciones con todas las mujeres-madres? Mejor que la obediencia a palabras singulares, y por lo tanto parciales, proferidas por individuos particulares –los padres, por ejemplo–, la formación de la «conciencia moral» que, alcanzando la esencia y la universalidad de las «cosas», prescribe, autoprescribe al hombre el comportamiento adecuado en toda situación. Leyes transcendentales, inscritas «en el interior», que harán del hombre juez y parte de la marcha de su destino, e incluso del destino del mundo. Mejor que la mirada del otro, forzosamente amenazador en la diferencia de su punto de vista, la autoobservación, el relevo protector y reflexivo para el sujeto de su «propia» mirada.

Así, pues, la desaparición –ficticia– del complejo de Edipo se resolvería en posibilidad de capitalización individual de los ideales, (y de tal suerte también) de las madres, o mujeres-madres, de las leyes, de las miradas... Edipo tendrá todas las madres que quiera, todas las leyes para él, el derecho de mirada sobre todo... Muchas, todas. Madres, leyes, visiones (puntos de vista, al menos). Edipo será rico, y sin complejo. No ha renunciado más que al deseo por una mujer, por el sexo de una mujer y además porque éste no valía nada. Su «superyó», proliferando en ideales, reglas morales, miradas autorreflexivas –autorrepresentativas–, le habrá ocultado para siempre en la idea de mujer, «la feminidad». De tal suerte que el velo metafórico del eterno femenino recubre su sexo visto como castrado.



⁸⁸ No obstante, en este sentido podrían interpretarse las rivalidades «a muerte» para una concepción teórica: el padre y el hijo se disputan la apropiación de la madre.

Un «superyó riguroso» le sucede... Por no haber corrido el riesgo de poner en juego su sexo, su mirada, el hombre llega a las ideas, e ideales, sobre todo sexuales...

«En la chiquilla, se produce más o menos *lo contrario*. El complejo de castración, lejos de destruir el complejo de Edipo, favorece su mantenimiento; el deseo del pene empuja a la chiquilla a separarse de su madre y a refugiarse en la situación edípica como en un puerto. Con el miedo de la castración desaparece también el motivo capital que había forzado al niño a superar el complejo de Edipo. La chiquilla conserva ese complejo durante un tiempo indeterminado y sólo lo supera tardíamente y de manera incompleta».

¿Por qué interpretar la evolución de la chiquilla, y singularmente su relación con el complejo de Edipo, en términos de «contrario» –por poco, «más o menos»– de las del niño? Contrario, envés, reverso de la situación edípica masculina. ¿Negativo? ¿Particularmente fotográfico?⁸⁹ ¿Particularmente especular?⁹⁰ ¿Utilizaría la misma mirada, del mismo «espejo», de la misma especula(riza)ción, y se intentaría elaborar una representación a contrario del proceso en cuestión?

Contrario, o «que presenta la mayor diferencia partiendo del mismo género». Contrario, o «contradictorio», o «inverso» u «opuesto», «entorpece el curso de las cosas», y por lo tanto sería «adverso», «dañino», «perjudicial»... Tal y como explica el diccionario.

Así, pues, el momento decisivo de la estructuración sexual se produciría en la niña como «contrario» de su economía (llamada) masculina. Así lo querría Freud, que piensa la diferencia sexual en el interior de la esfera de lo mismo, «partiendo del *mismo género*», y para el cual el sexo «contrario» al suyo verá cómo le son atribuidas todas las (im)propiedades más arriba enumeradas.

Así, pues, «el complejo de castración (en la niña), lejos de destruir el complejo de Edipo, favorece su mantenimiento». Si se quiere. Pero el complejo de Edipo femenino no puede ser pensado como el «mismo» complejo que el del niño. Supone siempre de antemano un abandono, un rechazo, un «odio» de las primeras catexis, de los primeros «tropismos». Una ruptura de contigüidad con el objeto original, el desvío del deseo (de) origen. Al decir de Freud en todo caso. Y esas operaciones son el resultado del «complejo de castración», que, para la niña, no consiste en un «complejo» en concepto de lo mismo que en el niño, puesto que se trata tan sólo

⁸⁹ Cfr. S. Freud, «Note sur l'inconscient», *Metapsychologie*, cit., p. 184. Añadamos que sólo «aquellos negativos que han aprobado el examen son admitidos en el "proceso positivo" que conduce a la imagen final». Pero la mujer, salvo en ese espejismo del hombre que es «la feminidad», no habría «aprobado el examen».

⁹⁰ «Esas mujeres (a las que amamos) son un producto de nuestro temperamento, una imagen, una proyección invertidas, un "negativo" de nuestra sensibilidad». Marcel Proust, *À la recherche du temps perdu*, París, La Pléiade I, p. 894 [ed. cast.: *En busca del tiempo perdido*, Madrid, Alianza].

(por así decirlo) de constatar un *hecho*, o un «destino biológico»: una «castración consumada». Esta «castración realizada» que Freud atribuye a la «naturaleza», a la «anatomía», podríamos interpretarla asimismo, o más bien, como la imposibilidad, la prohibición, para la mujer —al menos en esta historia— de imaginar, de figurar(se), de representar(se), de simbolizar, etc. (de tal suerte que ninguno de estos términos es adecuado, puesto que proceden de un discurso cómplice de ese imposible, de esa prohibición) su relación con el comienzo. Habría que entenderlo como la imposibilidad, la prohibición, de disponer la economía del deseo (de) origen. De ahí la falla, el agujero, la «capadura» que inaugura la entrada de la chiquilla como sujeto en los sistemas representativos. Este presupuesto es indispensable para su aparición en la escena de la «presencia», donde ni su libido ni su sexo, tienen derecho a ningún tipo de «verdad», a no ser la del «menos», del envés, del reverso, de la representación que en ello se perpetúa.

Por otra parte, este deseo de re-presentación, de re-presentarse, de re-presentarse en ello, es en cierto modo *arreatado desde un principio a la mujer* por la desvalorización radical que le es inculcada, dispuesta —y a la que ella se presta— desde su «comienzo»: nacida de madre castrada, no habiendo podido engendrar más que un hijo castrado, mientras que ella prefiere (para sí) a los portadores de pene. Así, pues, se trata de olvidar, de «reprimir» ese comienzo vergonzoso, ahora bien, ¿puede hablarse ya de una represión, habida cuenta de que los procesos que la permiten no se habían desplegado aún, y en esa medida tal vez nunca lo harán para ella? Que la mujer esté sexualmente reprimida no implica que ella sea el agente de esa represión⁹¹, para someterse a una representación valerosa del origen. Así, pues, la niña se exilia, o es proscrita, de una *metaforización primaria* de su deseo, femenino, para inscribirse en aquella, fálica, del pequeño varón. Y si ella no es varón, porque ella ve —dice, dicen— que ella no lo tiene, ella querrá devenirlo, imitarlo, seducirlo, para intentar apropiárselo: «el deseo de (tener) pene empuja a la chiquilla a separarse de su madre y a refugiarse en la situación edípica como en un puerto». Esquife anclado a una bita de amarre que impide que se aventure de nuevo en alta mar. «Con el miedo a la castración desaparece también el motivo capital que había obligado al niño a superar el complejo de Edipo». Efectivamente, la niña ya no tiene que sentir ningún tipo de temores, puesto que ya no tiene *nada* que perder. Puesto que no tiene ninguna representación de cuya pérdida podría sentir miedo. Puesto que lo que podría perder no tiene eventualmente ningún valor. Así, pues, ella no tendrá ningún miedo de perder su sexo castrado, sino tan sólo *el amor de su pro-*

⁹¹ De esta suerte, la barrera que separa al «sujeto» de «la mujer» es también la misma que mantiene separados lo consciente del inconsciente. Otra manera de vislumbrar la fuerza del «tabú de la virginidad» y de la censura sobre la «libido» femenina.

pietario: «esas modificaciones –relativas al ocaso del complejo de Edipo– parecen ser (en ella) en mucha mayor medida que en el niño un resultado de la educación, de la intimidación exterior que amenaza con la pérdida del hecho de ser amada»⁹². Y «el superyó, cuya formación se ve, en estas condiciones, comprometida, no puede llegar ni a *la potencia* ni a *la independencia* que le son, desde el punto de vista cultural, necesarias».

En efecto, si leemos en otro lugar lo que Freud escribe sobre la elaboración del superyó, sólo podemos llegar a la conclusión de que la chiquilla, la mujer, seguirá estando muy mal dotada desde este punto de vista. «El nacimiento del ideal del Yo» debe comprenderse como el resultado de «la primera y más importante identificación que haya sido efectuada por el individuo: aquella con el padre de su prehistoria personal»⁹³. Sin duda, tal y como lo precisa una nota⁹⁴, el «padre» puede ser una «madre» en la medida en que la diferencia de sexos resulta desconocida para el hijo. De ahí que, para la niña pequeña –tal y como observa Freud, que ha tenido «ocasión de observar a una joven»– la madre, a la que se supone fálica, será el soporte de esa estructuración del ideal del yo. ¿Pero que se tornará en este último una vez descubierta la castración de la madre, etapa indispensable para «devenir una mujer normal»? El resultado será, como hemos podido saber, el odio y el rechazo de la madre. ¿Pero también del ideal del yo? ¿Un hundimiento de esa formación primaria del superyó?

Pero el «Superyó» no es sin embargo un mero residuo de las primeras elecciones de objeto por parte del *Ello*; asimismo, tiene el significado de una formación destinada a reaccionar enérgicamente contra tales elecciones. Sus relaciones con el Yo no se limitan a darle el consejo: «sé así» (como tu padre); dicho de otra manera: «no hagas todo lo que hace, muchas cosas le están reservadas a él solo». Ese *doble aspecto*⁹⁵ del Yo ideal se deriva del hecho de que ha empleado todos sus esfuerzos para reprimir el *complejo de Edipo* y de que ha nacido de resultados de esa represión. Es evidente que reprimir el complejo de Edipo no debía ser una tarea fácil [...]. Será del padre del que, en cierta medida, él (el Yo infantil) tomará prestada la fuerza necesaria a tal objeto, y ese préstamo *constituye un acto preñado de consecuencias*⁹⁶. El *Superyó* se esforzará en *reproducir y conservar el carácter del padre*⁹⁷. Tengan en cuenta que, por su parte, el yo ideal no está exento de *ambivalencia*, pero que ésta

⁹² S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *La vie sexuelle*, cit., p. 121.

⁹³ S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi et l'idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., p. 200.

⁹⁴ *Ibid.*

⁹⁵ La cursiva es mía. Las demás palabras fueron señaladas por Freud.

⁹⁶ La cursiva es mía.

⁹⁷ La cursiva es mía. S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi et l'idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., pp. 203-204.

debe apuntar a «reproducir y conservar el carácter del padre»; además, aquella se habría servido de la «fuerza» de éste.

Henos aquí de nuevo ante modalidades de elaboración del superyó poco adecuadas para la formación de la «feminidad». Y por más que esa descripción tenga por objeto «simplificar la exposición» no ocupándose más que de «la identificación con el padre»⁹⁸, cuesta imaginar su versión, o transposición, femeninas. Por otro lado, «el Superyó, como sabemos, ha nacido gracias a una identificación con el prototipo paterno»⁹⁹. Así, pues, ¿no habría superyó «femenino», a no ser en el caso de una actitud viril, de un «poderoso complejo de virilidad»? Y además: «Toda identificación de ese tipo supone una desexualización, e incluso una sublimación»¹⁰⁰. Ahora bien, el pene del padre, en tanto que objeto de envidia sexual, representa la salvación posible para la niña pequeña castrada que, apartándose de su madre, va a «refugiarse en la situación edípica como en un puerto». Así, pues, ella no puede, sencillamente, desexualizar su relación con el padre, ni tampoco con el prototipo paterno. Además, repitámoslo, sería poco oportuno, estaría mal visto. Ella se comportaría como hombre identificándose con el portador del pene: «Cuando más tarde el vínculo con el padre naufraga y debe ser abandonado, puede ceder ante una identificación con el padre mediante la cual la niña regresa al complejo de masculinidad al que eventualmente queda fijada»¹⁰¹.

Además... «es lícito incluso plantearse una cuestión que merece una discusión detallada, la de saber si [...] toda sublimación se efectúa a través del Yo que transforma la libido sexual dirigida hacia el objeto en una libido narcisista [...]»¹⁰². Ahora bien, la renuncia al complejo de Edipo, su represión, su sublimación en el niño, pueden interpretarse en términos de intereses narcisistas: «Si la satisfacción amorosa, en el terreno del complejo de Edipo, debe costar el pene, entonces se llega necesariamente al *conflicto entre el interés narcisista por esa parte del cuerpo y la catexis libidinal* de los objetos parentales. En este conflicto, *por regla general vence la primera de las fuerzas*; el yo del niño se desvía del complejo de Edipo»¹⁰³. Puede continuarse con la lectura y comprobar, así, cómo se justifica toda la problemática edípica del niño: «abandono de las catexis de objetos», «identificaciones» resultantes, autoridad del padre o de los padres «introyectada en el yo, formando el núcleo del superyó, que *del padre* toma prestado el rigor, perpetúa la prohibición del incesto y asegura así al yo *contra el retorno de la catexis libidinal del objeto*»; «dese-

⁹⁸ *Ibid.*, p. 200, nota.

⁹⁹ S. Freud, «Les états de dépendance du Moi», *ibid.*, p. 228.

¹⁰⁰ *Ibid.*

¹⁰¹ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *La vie sexuelle*, cit., p. 130.

¹⁰² S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi et l'idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., p. 199.

¹⁰³ S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *La vie sexuelle*, cit., p. 120.

sexualización y sublimación de las tendencias libidinales», etc. En definitiva, la prohibición correspondiente al complejo de Edipo, la ley que introduce, el superyó que establece, tendrían como principal función proteger *narcisistamente* el pene del niño pequeño, amenazado por *el descubrimiento de la capadura de la mujer, de la madre*: «una amenaza pesa sobre la posesión de su propio pene, contra lo que se alza ese pedazo de narcisismo con el que la Naturaleza (!) ha dotado justamente a ese órgano»¹⁰⁴. Así, pues, será preciso acorazarlo con leyes, ideales,... reasegurarle mediante la identificación con el todopoderoso padre legislador, armarle con un superyó riguroso, antes de que se aventure de nuevo hacia, en, un sexo de mujer. De ahí la prohibición, el tiempo de latencia, la cultura, la moral, la religión,... Porque, cuando descubre la castración de la mujer —«presuposición» en la posibilidad de su complejo de castración—¹⁰⁵, el niño es presa «de un pánico tal vez parecido al que afectará al adulto al grito de “El trono y el altar están en peligro”, pánico que le conducirá a consecuencias igualmente carentes de lógica»¹⁰⁶. Dejemos de lado esa asociación casi libre... para atenernos a que el principal envite de la problemática edípica en el niño consiste en salvaguardar, y reforzar, la catexis narcisista del pene, amenazada por el descubrimiento del sexo femenino. Sería preciso interrogar de nuevo a las leyes, los ideales, las buenas costumbres,... en función de este envite.

Hasta entonces, podemos subrayar que todo ello sigue siendo bastante ajeno a los intereses libidinales de la chiquilla. En ella el complejo de castración no apunta a proteger la catexis narcisista de su sexo, ¡sino a exponerla a una *desnarcisización total!* Es decir, a hacerle aceptar la dura realidad de una «mutilación», «amputación», sexuales. Pues se trata de que la chiquilla, la mujer, reconozca su «herida narcisista» como una «cicatriz»¹⁰⁷. Ella debería resignarse al «perjuicio» que el destino anatómico le ha reservado, habilitar el «sentimiento de inferioridad» sexual que del mismo resulta, y «entrar» en el complejo de Edipo gracias a la «humillación narcisista que se incorpora a la envidia del pene»¹⁰⁸. Así, pues, ella tendrá/ía una libido bien escasa para la sublimación... Pero de nuevo podemos inferir de todo ello que el superyó de la chiquilla estará determinado, ante todo, por un «estado de impotencia y de dependencia infantil»¹⁰⁹ frente al portador del pene. Y su elaboración posterior al complejo de Edipo se ve comprometida por el hecho de que ella no tiene ningún «interés narcisista» en reprimir su deseo por el padre, el único agente posible de su narcisización. Por procuración fálica, evidentemente, y conforme a la

¹⁰⁴ S. Freud, «Le fétichisme», *ibid.*, p. 134.

¹⁰⁵ S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *ibid.*, p. 120.

¹⁰⁶ S. Freud, «Le fétichisme», *ibid.*, p. 134.

¹⁰⁷ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *ibid.*, pp. 127-128.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 129.

¹⁰⁹ S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi et l'idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., p. 204.

buena voluntad de este último. El único rescate del/su valor de niña consistiría en seducir al padre, sonsacándole el obsequio, ya que no la confesión, de un cierto interés a pesar del «horror» que siente ante «esas criaturas mutiladas» o el «desprecio triunfante hacia ellas»¹¹⁰, puesto que reavivan en él la angustia de la castración...

Así, pues, este superyó, o Yo *ideal*, «herencia del complejo de Edipo», que cumple «todas las condiciones que debe satisfacer la esencia superior del hombre»¹¹¹, de la que dependen religión, moral, sentimiento social, «tres elementos fundamentales de la esencia más elevada del hombre»¹¹², «adquisiciones todas que lo fueron gracias al camino abierto por los hombres»¹¹³, este superyó y sus retoños sólo serán con derecho el patrimonio, también, de las mujeres en virtud de una «herencia cruzada»¹¹⁴. Habría que interrogar a la filogénesis para interpretar la paradoja de la participación de las mujeres en los valores superiores de la humanidad. Corresponde esta vez a la genética prestar auxilio a la historia para dar cuenta del misterio de la relación de las mujeres con la «cultura», para justificar que éstas puedan a veces, *por herencia cromosómica*, formar parte de la misma, por más que nada les prepare, disponga, autorice para ello. El superyó, garante y productor de los valores más nobles de la humanidad, dependería de cromosomas transmitidos exclusivamente por los varones.

No se trata por ello –cabe imaginar, observar, entender– de que las mujeres carezcan de superyó. No. Pero éste ha de buscarse en una sumisión, o revuelta infantiles frente al padre o su sustituto, que les asegura la función de yo ideal nunca realmente «interiorizable» en lo psíquico. Esa solución correspondería a la economía superyóica secular –en Occidente al menos– de la mujer «normal». Las mujeres no hacen la ley, tampoco para sí mismas; ello no resulta conveniente a su «naturaleza».

Ahora bien, se comprueba por otra parte que un buen número de mujeres son el teatro de conflictos agudos, dolorosos, paralizantes, en los que se impone la cuestión del papel del superyó. Sin duda éste no se eleva, en tal caso, «contra tendencias inconvenientes que han quedado fuera del Yo» conservando un «sentimiento de culpabilidad que presenta un carácter agudo, pero que no logra justificarse a los ojos del Yo. De tal suerte que el Yo del enfermo se subleva contra ese sentimiento, contra la acusación con la que se ve aplastado por parte del Yo ideal y exige al médico que le apoye, que le respalde en la lucha contra ese sentimiento»¹¹⁵. Aquí el yo,

¹¹⁰ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *La vie sexuelle*, cit., p. 127.

¹¹¹ S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi et l'idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., pp. 205-206.

¹¹² *Ibid.*, p. 207.

¹¹³ *Ibid.*

¹¹⁴ *Ibid.*

¹¹⁵ S. Freud, «Les états de dépendance du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., p. 224. La cursiva es de Freud.

autónomo y «consciente», se rebela y lucha contra tendencias *inconvenientes* que le son *exteriores*, y contra un superyó demasiado exigente y cruel. Con la mayoría de las mujeres no ocurriría lo mismo. No serían tanto *culpables*, conscientemente culpables, como «enfermas». Mutiladas, heridas, humilladas, abrumadas por un sentimiento de inferioridad del que no podrían, no querrían «curarse»¹¹⁶... Dicho sea sin ambages, definitivamente capadas. Su culpabilidad permanecería muda; activa, desde luego, pero in formulable, indecible, inexpresable a no ser mediante somatización. Ellas se prestarían a un castigo –la castración realizada– sin conocer la falta cometida, sin conocer ni siquiera exactamente aquello de lo que sufren, de lo que padecen. ¿«Como si el Yo hubiera asimilado mediante identificación el objeto contra el cual se ha dirigido la cólera del Superyó»?¹¹⁷ Por supuesto, todo ello ha sucedido, sucede muy inconscientemente: identificación con la madre, con la mujer, que se descubre capada. ¿Se explica así la cólera? ¿Pero la cólera de quién? ¿De los pequeños varones que ellas eran al principio –dicen ellos– o de los grandes varones que ellos son, sirviéndoles de superyó, jueces implacables para sus personas sin sexo (idéntico al suyo)? En todo caso, con la mayor frecuencia «el Yo no eleva ninguna protesta, se reconoce culpable y se somete al castigo»¹¹⁸. Por otro lado, no habría ningún término para defenderse, pues el «Superyó ha atraído de su lado a la conciencia»¹¹⁹. El «yo» de las mujeres –siempre se ha dicho de una manera u otra, con frecuencia a modo de escarnio– es en gran medida «inconsciente», y estaría sometido a la «conciencia», funcionando como «superyó», de los padres, de los hombres-padres.

Extraña economía en torno a la cual no se he dejado de batallar, y que podrá cobrar de nuevo la forma llamada de la histeria en la que, esta vez, «el Yo histérico se defiende contra la percepción penosa de la que está amenazado por su *Superyó* crítico»¹²⁰. Y si «el Yo efectúa la mayor parte de las represiones a cuenta y en lugar del *Superyó*», se asistiría aquí a una operación en la que «él se sirve del mismo arma contra su amo severo»¹²¹. Rechazaría el superyó mismo y la culpabilidad en el inconsciente. Pero es sabida la fragilidad del «yo» histérico, su división, sus constantes riesgos de explosión, de estallido. Su relación fugaz y furtiva con la «conciencia». La operación ahora mismo descrita nunca podrá constituir una organización definitiva y sistemática, aunque se repita, se ponga en marcha de forma esporádica.

¹¹⁶ Cfr., por ejemplo, S. Freud, «L'angoisse et la vie instinctuelle», *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, cit., p. 142-143.

¹¹⁷ S. Freud, «Les états de dépendance du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., p. 224.

¹¹⁸ *Ibid.*

¹¹⁹ *Ibid.*

¹²⁰ *Ibid.*

¹²¹ *Ibid.*

Represiones precarias de los padres legisladores, que conservarán el monopolio de la «conciencia» y que, con calma y sangre fría, tranquilizarán con sus discursos razonables y normativos los conflictos de los que son los principales agentes secretos.

Pues, ¿por qué el superyó de la histérica, de la mujer, es tan «crítico», tan cruel? Podrían invocarse muchas razones: carácter arcaico, prohibición de la agresividad que pesa sobre las mujeres, de donde se desprende el sadismo mortífero de su superyó; relación de las mujeres con el «espejo», con el narcisismo¹²²; e incluso con el lenguaje, con el discurso, con las leyes, etc. Escojamos una, que coincide con muchas otras: lo que se ejercería como superyó para las mujeres no amaría a las mujeres, y sobre todo el sexo de las mujeres. Se habría constituido incluso por angustia, horror, desprecio de su castración. Toda una historia que hay que reinterpretar... Así, pues, habrá que tomarse el tiempo para desarrollar esta cuestión del superyó. Cada vez que Freud —u otros después de él— recurre en su argumentación a los hechos ineludibles de la anatomía, la biología, la genética, un envite histórico importante, insiste y se oculta allí. ¿Es reprimido? O censurado¹²³.

¹²² Pues el espejo plano no refleja de la mayor parte de su sexo más que un «agujero». Y otro tanto sucede con el ojo, a no ser que penetre «en el interior» (cfr. G. Bataille, *Histoire de l'oeil*, París, 1928 [ed. cast.: *Historia del ojo*, Barcelona, Tusquets, 1986]). Pero incluso entonces no podrá echar el ojo al todo del sexo femenino con una mirada porque se habrá *quedado* también «en el exterior».

¹²³ De esta suerte, habrán visto funcionar la triangulación edípica conforme a un modelo de estructuración que pertenece aún a la trinidad dialéctica. El *uno* del padre (avalado por el elemento de la célula germinal del varón), el *uno* de la madre (avalado por el elemento de la célula germinal hembra), el *uno* del retoño (producto de la cópula). Éste será preferentemente un hijo (el *uno* del pene) y además toda la estructuración no se dispondrá y será analizada sino en relación con él. Pero ese *uno* del hijo puede *desdoblarse* gracias a la «bisexualidad». De esta suerte, la triangulación edípica —al igual que la dialéctica hegeliana, por ejemplo— habrá admitido incluso la introducción de cuatro términos mediante reduplicación del tercero y de sus relaciones ambivalentes de identificación con los otros dos (cfr. por ejemplo: S. Freud, «Le Moi, le Sur-Moi, l'Idéal du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit., pp. 202-203). Pero si esa reduplicación implica ya un proceso de negación relativa, uno de esos «términos» va a ser objeto de una negación de esa negación *relativa*, o de una negación *absoluta*: lo «femenino» (en la mujer, que es también la madre en tanto que castrada, en el niño pequeño, en el hombre). De ser excluido —*verwerft*— por esa negación absoluta, el «cuarto» asegurará en lo sucesivo —espejo virgen de toda (auto)reflexión *positiva*— la proliferación de los fantasmas de aquel que deviene en/por esa operación «sujeto» (masculino). Esquiado, partido, escindido desde luego por la negación absoluta del cuarto que él también era. Pero «ella» ya no volverá a encontrarse en lo sucesivo más que en la cuestión acerca de la estructura de esa esquiada o escisión del «sujeto» que le asegura un acceso a lo «simbólico».

Todo lo cual será preciso articular con este texto de Hegel: «Esta negatividad es, en tanto que contradicción que se supera [*aufhebende*], el establecimiento de la primera *inmediatez*, de la generalidad simple; pues lo inmediato es el otro del otro, [lo negativo de lo negativo] lo *positivo*, lo *idéntico*, lo *general*. Si se quiere contar después de todo, *este segundo* inmediato sería en el conjunto del transcurso, el *tercero* en relación con el primer inmediato y con el mediato. Pero es también el tercero en relación

«Regresemos ahora sobre nuestros pasos» para considerar cómo, «con arreglo a la segunda reacción posible, podía formarse, después del descubrimiento de la castración, un poderoso complejo de virilidad».

«En tal caso, la chiquilla, se niega, por así decirlo, a aceptar la dura realidad, exagera obstinadamente su actitud viril, persiste en su actividad clitoridiana y busca su salvación en una identificación con la madre fálica o con el padre». Enumeración de opciones que parecen difícilmente compatibles. De esta suerte, si de veras es *la realidad* lo que rechaza la chiquilla, su sanción debería ser la entrada en el «delirio», algo que no implican los otros síntomas descritos. O incluso: ¿cómo dar cuenta, al mismo tiempo, de una *actitud viril obstinadamente exagerada* y de la identificación con la *madre fálica*?; la competición fálica se juega entre la madre y el hombre —al igual que, pero de otra manera, entre la madre y el padre—, lo que no autoriza una confusión de las modalidades de acceso a esos representantes, significantes, de la potencia, ni una indiferenciación de las identificaciones en tela de juicio. Y además: ¿la *actividad clitoridiana* persistente es, sencillamente, compatible con la identificación con la madre fálica? ¿No tiene ya por envite un desmarcaje respecto a lo materno?

Los enunciados siguientes parecen aún más oscuros, curiosamente encadenados: «¿Qué decide entonces el desenlace? Sin duda, un factor constitucional, una actividad más parecida a la del varón». ¿Por qué es preciso un *desenlace*? ¿Qué es eso que *decide*? Cómo ha de entenderse, una vez más, el recurso al *factor constitucional* que parece verdaderamente el *deus ex machina* para regular, y justificar, la suerte otorgada a la mujer, a las mujeres. En cuanto a la *actividad semejante a la del varón*, ¿sería ésta el agente del desenlace? ¿O convendría interrogarla una vez más, interrogarse de nuevo, para poner al descubierto la precedencia concedida a la polaridad activo/pasivo en la representación freudiana de la economía sexual? La proposición siguiente no puede sino invitar a ello: «Lo esencial en ese proceso es la carencia, en este estadio de desarrollo, de la *presión de pasividad* que permite la instauración de la feminidad». Para entender esa afirmación, convendría insertarla, o hacer que intervenga a modo de conclusión, en una serie de enunciados que desarrollen sus implicaciones. Ya hemos co-

con el primero o negativo formal y en relación con la negatividad absoluta o segundo negativo. En la medida en que este primer negativo es ya un segundo término, lo que es contado como *tercero* puede ser también contado como *cuarto*, y la forma abstracta considerada como una *cuadruplicidad* en lugar de un *triplicidad*; lo negativo o la *diferencia* es de esta suerte contado como una dualidad. El tercero o el cuarto es en general la unidad del primer y del segundo momento, de lo inmediato y de lo mediato. Que el tercero sea la *unidad* y que la forma del método sea una *triplicidad* no es más que el aspecto superficial y exterior del conocimiento». G. W. F. Hegel, *Science de la logique*, Libro III, Sección tercera, cap. 3. Falta: cuestionar el carácter formal de esa cuadruplicidad.

menzado a hacerlo. Podríamos citar de nuevo algunos fragmentos particularmente explícitos. Por ejemplo: «No deja de tener importancia representarse las transformaciones que sufre la polaridad sexual que nos es familiar durante el desarrollo sexual infantil. Una primera oposición aparece con la elección de objeto que, en efecto, presupone sujeto y objeto. En el estadio de la organización pregenital sádico-anal, no cabe hablar aún de masculino y femenino; la oposición se enuncia aquí: *órgano genital masculino o castrado*. Sólo cuando el desarrollo, en la época de la pubertad, llega a su término, la polaridad sexual coincide con *masculino y femenino*»¹²⁴. Así, pues, la oposición activo/pasivo sería la que dominaría la organización pregenital sádico-anal durante la cual no cabe hablar aún de masculino y femenino. Cabe entonces preguntarse por qué esa oposición sigue siendo tan insistente para determinar la polaridad masculino/femenino, y ello hasta el punto de darle su «significado psicológico»: «La oposición activo/pasivo se funda más tarde en la oposición masculino/femenino que, hasta entonces, no tenía significado psicológico»¹²⁵. ¿Cómo es posible además que, mientras que en el estadio sádico-anal niño y niña son semejantes, la polaridad que domina la economía pulsional de esa fase de desarrollo se *dicotomice* a continuación, de tal suerte que los dos términos se reparten entre el hombre y la mujer? Al igual que los términos sujeto/objeto, al igual que los términos sexo fálico/sexo castrado o sexo/no sexo, polaridades de los estadios oral y fálico. Al igual que todas las componentes de la economía pulsional ver/ser visto, saber/ser sabido, amar/ser amado, violentar el objeto/objeto (¿al que le gusta ser?) violentado... Placer/¿Desagrado? ¿De qué escenografía de acoplamiento, de pareja, se trata en tal caso?

Así, pues, la presión de pasividad coincidiría con una redistribución de las pulsiones anales —y de todas las pulsiones (denominadas) parciales?—, con la atribución respectiva de la actividad al hombre, de la pasividad a la mujer. Con el desvanecimiento, ¿o la prohibición?, de las pulsiones posesivas, narcisistas y agresivas de la mujer. Un buen número de enunciados parecen apoyar esta hipótesis, algunos de los cuales ya han sido citados. Pero cuando se acude regularmente a la «constitución femenina» para explicar el destino de las pulsiones en ésta, no se encuentra ninguna justificación al hecho de que la chiquilla tenga, *naturalmente*, determinadas pulsiones en los estadios pregenitales y deje de tenerlas, *naturalmente*, más tarde. Tan sólo se nos hace saber que: «La fuerza mermada de la aportación sádica a la pulsión sexual, que es lícito comparar con el *encogimiento del pene* (?), facilita la transformación de las tendencias directamente sexuales en tendencias blandas inhibidas en lo que atañe a la meta»¹²⁶. ¿Tendencias con metas pasivas? Ahora bien, ¿de

¹²⁴ S. Freud, «L'organisation génitale infantile», *La vie sexuelle*, cit., p. 116. La cursiva es de Freud.

¹²⁵ S. Freud, «Pulsions et destins des pulsions», *Métapsychologie*, cit, p. 36.

¹²⁶ S. Freud, «La disparition du complexe d'Oedipe», *La vie sexuelle*, cit., p. 122.

dónde procede esa reducción del sadismo, toda vez que el pene siempre ha estado «encogido» en la mujer? ¿Una simple *mirada* ha podido cambiar su «constitución»? ¿Se trata acaso más bien de una represión? ¿Pero bajo el dominio de qué instancia? ¿Y por qué, entonces, llamar a esa operación «presión de pasividad», atribuyéndola una vez más a algún proceso anatomo-fisiológico? ¿Es sostenible, sin la complicidad de poderosos intereses que acarrearán una cierta ignorancia, la afirmación de que «lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene», mientras que «lo femenino perpetúa el objeto, la pasividad» y la no posesión, o la impropiedad, del sexo? En efecto, la vagina únicamente «cobra valor como morada del pene», únicamente en la medida en que «recoge la herencia del seno materno»¹²⁷. Habrá podido reconocerse además, de paso, el recurso a los conceptos fundamentales de la filosofía clásica. Lo que lleva a Freud a decir que ese estado de cosas es tan antiguo que encuentra su legitimidad, su necesidad, e incluso su racionalidad, en la filogénesis...

Así, pues, la feminidad supone una «presión de pasividad» y la «transformación de las tendencias directamente sexuales en tendencias blandas inhibidas en lo que atañe a la meta». ¿La instauración de las pulsiones con «metas pasivas»? Releamos entonces: «Hemos dado a la fuerza pulsional de la vida sexual el nombre de libido. La vida sexual está dominada por la polaridad: virilidad-feminidad, nada más natural entonces que estudiar la situación de la libido en relación con esa oposición. No nos sorprenderíamos de que a toda sexualidad le correspondiera una libido particular, de tal suerte que uno de los tipos de libido apuntara a las metas de la sexualidad viril y la otra a las metas de la sexualidad femenina. Sin embargo, no es éste el caso. No hay más que una sola libido, que se encuentra al servicio de la función sexual tanto del varón como de la hembra. Sí, basándonos en las comparaciones *convencionales* (pero argumentadas por Freud) que se hacen entre la virilidad y la actividad, la calificamos de viril, evitaremos olvidar que representa igualmente tendencias con metas pasivas. Como quiera que sea, la unión de las palabras “libido femenina” no puede justificarse».

No hay más que una sola libido. La libido sería el nombre –cesión ilícita procedente de lo «genital»– dado a las pulsiones sexuales de los estadios pregenitales, y más específicamente (en todo caso en la teoría freudiana) del estadio sádico-anal, cuya fuerza sería –¿habría sido, sería aún, será siempre?– la más apremiante, la más irresistible, la más imperiosa, la más tiránica. No hay más que una sola libido, que podrá calificarse eventualmente de «neutra»¹²⁸: ni masculina, ni femenina. Las pul-

¹²⁷ S. Freud, «L'organisation génitale infantile», *ibid.*, p. 116.

¹²⁸ Cfr. S. Freud, «[...] ni siquiera podemos darle (a la libido) un género»; «La féminité», *Nouvelles conférences sur la psychanalyse*, cit., p. 173 (Omitido en la traducción francesa).

siones anales, y por lo demás ninguna de las pulsiones «parciales», no conocen según Freud la diferencia de sexos. Sin embargo, el erotismo anal –por no reconsiderar sino aquél que más insiste, en todo caso en Freud– es posesivo, narcisista, siempre en reacción ofensiva o defensiva contra las exigencias de los demás; es agresivo contra el «objeto», al que tortura sistemáticamente cuando la cosa es posible, al que querría aniquilar en la medida en que ya no lo necesitaría, ya no se ampararía en su posesión, su dominación; es tan mortífero como su subsistencia, la perpetuación de su placer, se lo permiten¹²⁹. Siempre está en guerra para tener, tener más, y por lo tanto arrebatarse a los demás; acumular, capitalizar, sin perder nada.

En esa «actividad» sin descanso, agotadora, inquieta, en esa lucha despiadada por la apropiación, la propiedad, la promoción y defensa de lo «propio», ¿cómo preservar un mínimo de descanso, de seguridad, la garantía de la autoconservación? Estarán asegurados por *el estatuto concedido a las mujeres en la guerra*. Pulsional. «Parece que la libido sufre una represión mayor cuando se ve obligada a ponerse al servicio de la función femenina, y que, para emplear una expresión teleológica, la naturaleza (de nuevo ella...) tiene menos en cuenta sus (?) exigencias que en el caso de la virilidad». Las mujeres serán eventualmente el móvil, el botín, el «objeto» de la guerra –y no lo son sin más, puesto que el principal envite es el valor del pene, del que la mujer puede tornarse garante-fetiché– pero no tendrán en la misma un papel activo. Ellas estarían sometidas siempre de antemano, «inhibidas en lo que atañe a la meta de sus tendencias pulsionales» convertidas en sentimientos cariñosos. Remansos de reposo, de seguridad. Representantes de la reducción total de las excitaciones pulsionales. Y por ende del re-aseguro de la «muerte». Dulce, tranquila, sin dolor. Desvanecimiento bienaventurado en el seno materno. Acogida, relajación, descanso del guerrero. Tal sería su función en esta guerra, decretada en fórmulas en las que se manifiesta a veces un tono de conjura. En todo caso ellas serán de nuevo rechazadas, inhibidas, ¿reprimidas? en su economía libidinal primaria. La realización de sus pulsiones pregenitales –sobre las cuales se nos informa además acerca de su «increíble» fuerza, comparable «contra toda expectativa» a la del niño pequeño– se verá contrariada, derivada, convertida en su contrario, para satisfacer, en una armoniosa complementariedad, a las del hombre.

En esta guerra, otras *reservas* serán además acondicionadas: la perennidad del botín, del tesoro. Si aquello de lo que se trata de apropiarse, conservar, acumular, es perecedero; si puede ser arrebatado; si se puede cambiar su valor, por ejemplo con una mirada, entonces el trabajo, la guerra, serán sin piedad, sin fin... Así, pues,

¹²⁹ Cfr. S. Freud, «Sur la transposition des pulsions», *La vie sexuelle*, cit., y «Les états de dépendance du Moi», *Essais de psychanalyse*, cit.

las heces, materias descompuestas/descomponibles, que son retiradas, sometidas a la apreciación de otra mirada, *serán sustituidas por la imagen, la producción-reproducción especular. E incluso especulativa. El ojo asegurará la reanudación, y el dominio, del erotismo anal. El espejo idealizará el producto*, al que habrá introducido en el campo de la mirada y en una economía de la re-producción. ¿En un proceso de «relevo» del automatismo de repetición? El «objeto» idealizado será la barra fecal –desplazado delante, hacia adelante–, el pene, e incluso el cuerpo; otros tantos «en-cuadros» para todas las representaciones fetichistas, la feminidad incluida.

La posesión se ve asegurada, dominada, eternizada al mismo tiempo que re-producida y por ende reproducible siempre de antemano. El autoerotismo se ha tornado más autónomo, más poderoso. E *invisible* por haberse confiado al ojo mismo, por haber ocupado la mirada. Por supuesto, hace falta un espejo. Pero éste puede «interiorizarse», *introyectarse*. La representación puede prescindir de, suplir a la intervención inmediata, la percepción sensible, del espejo. Narciso puede incluso pulir los cristales... Otros hombres, otros penes, otros discursos son también susceptibles de funcionar como espejos. Evidentemente, el riesgo de guerra continúa... Entonces, ¿la mujer, tal vez? Sí, la mujer. Sin sexo, sin mirada, sin deseo de apropiación. La mujer, reduplicativo del envite del deseo del hombre. Ya se ha señalado hasta qué punto ese papel le estaba destinado. Será preciso, claro está, volver sobre la cuestión.

Así, pues, el autoerotismo, principalmente anal, ha encontrado «desplazamientos», colocaciones, y fines, más sublimes, sublimados. Al servicio «de las conquistas más nobles del hombre», sus ideales. Queda por asegurar además la conservación de *la simiente* y su relación con el autoerotismo. Masculino. Evidentemente, esto resulta más complejo, en particular porque es imposible reproducirla por sí solo. El conflicto con la mujer, con las mujeres, corre el riesgo de declararse. Cabe concebir que, en este punto, la lucha por el tener, el dominio del poder, la potencia, es con ella(s) menos fácil de evitar. Toda una estrategia debe ajustarse para que sus pulsiones permanezcan inhibidas... en cuanto a la meta, que trabajen para la reproducción sin goce ni derecho de propiedad sobre el producto. Recordemos entonces: que el hijo será el *sustituto del pene*, deseado por la mujer sólo por ello; que el deseo [*envie*] de un hijo del *mismo sexo que el padre*, de un mismo que él, será atribuido a la mujer; que el hombre conservará el monopolio de la *actividad* en el coito; que marcará con *su propio nombre* el producto de la cópula; que si la madre debe valerse por sí misma para cuidar del niño de pecho, satisfacer sus necesidades elementales, el hijo será introducido por el padre, y por identificación con el padre, *a los valores* más apreciables, más cotizados; que el hombre-padre será el garante *de los sistemas de representación, de los ideales, de los intereses sociales, del ejercicio de la ley*, etc. Y que, si la mujer sigue siendo la condición indispensable para la (re)produc-

ción *material* del hijo, ella estará, en la medida de lo posible, sometida a los proyectos del hombre en lo que a atañe a la misma. Además, esa «teleología» está prescrita por la naturaleza. Y la «causa» de esa represión libidinal en/de la mujer «puede rastrearse en el hecho de que la realización del *objetivo biológico, la agresión*, se encuentra confiada al hombre, y permanece, hasta cierto punto, independiente del consentimiento de la mujer». Así, pues, la «función sexual» o función de reproducción, que reúne todas las pulsiones en la genitalidad, está dominada por la agresión del óvulo por el espermatozoide, de la mujer por el hombre. Imperativo biológico que prescinde de su consentimiento¹³⁰.

En cuanto al pene, se nos hace saber que debe –en este tiempo final de la evolución sexual– «su catexis extraordinariamente elevada al significado *orgánico* que tiene para la continuación de la especie», y que «puede considerarse la catástrofe que sufre el complejo de Edipo (desvío del incesto e instauración de la conciencia y de la moral) como una victoria de la raza sobre el individuo»¹³¹. Enunciado problemático en más de un aspecto. Porque el pene no tiene un gran «significado orgánico para la continuación de la especie», no es más que un conducto del esperma del que, en rigor, puede prescindirse. Y atribuir «su catexis extraordinariamente elevada» a esa función puede ser considerada como sintomático de la utilización del recurso a lo orgánico en la teoría de Freud, que sin embargo no era en absoluto ingenuo en materia de anatomía fisiológica. Entonces, ¿por qué ignora que cada sexo tendría que situarse en una *doble* economía –una *doble* «dialéctica»–, *la del placer y la de la reproducción*¹³², cuyo recuerdo habría podido encontrar en la dualidad de los órganos sexuales tanto masculinos como femeninos? ¿Qué *confusión de las funciones sexuales* expone en este caso? ¿Y para qué le sirve esa pérdida de vista? Orgánica. ¿Para asegurar, mediante un juego de manos debidamente apuntalado en la biología, la dominación del Falo? En efecto, al término de la evolución sexual, las pulsiones fálicas –como todas las pulsiones llamadas parciales– están subordinadas a la «función sexual», o función reproductora, función que Freud –habida cuenta del «significado orgánico que tiene para la continuación de la especie»– subordinará al pene. Curioso silogismo, a decir verdad, que devuelve al varón el poder que ha estado a punto de perder. ¿O simplemente compartir? Extraña inversión, transferencia de valor, que poniendo en tela de juicio lo «fálico» en nombre de la preeminencia de la reproducción, concede la primacía al falo a causa de su papel privilegiado en la repro-

¹³⁰ De esta suerte se afirma una vez más el «imperativo categórico» al que Freud somete al goce.

¹³¹ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *La vie sexuelle*, cit., p. 131.

¹³² A no ser que para Freud no haya, en lo que escribe y prescribe, más que un placer: el de la (re)producción. ¿Preponderancia del erotismo anal en la economía de la (denominada) genitalidad?

ducción... ¡«Su catexis *narcisista* extraordinariamente elevada» se justifica entonces porque aseguraría la «victoria de la raza sobre el individuo»¹³³!

En cuanto al «motivo de la destrucción del complejo de Edipo en la niña, éste se nos escapa»¹³⁴. Sin embargo, es poco corriente que la hija haga, en efecto, un hijo con su padre y, por tal razón, podría preferir al amor de su padre una catexis matricial, vaginal, practicable. Evidentemente, ello puede escapar, ser ignorado, denegado. ¿Al igual que «el significado orgánico» de los ovarios, del útero, «para la continuación de la especie», que les valdría una «catexis narcisista extraordinariamente elevada»?

Lo que no se escapa en absoluto, en cambio –¿porque con ello se entra en el campo de la observación terapéutica? ¿de lo que pretende ser objetividad científica?–, es «la frecuencia de la frigidez sexual en la mujer» que «parece venir a *confirmar* su desventaja (natural, biológica) y constituye un fenómeno todavía mal explicado». ¿Confirmar realmente? O más bien revelar, en tanto que síntoma, que el placer de la mujer y la representación que del mismo puede hacerse, que ella puede tener, están –una vez más– demasiado reprimidos, rechazados, ignorados, denegados, como para que ella no sea «frígida». Habría que preguntarse además lo que designa el término «frígida» en el discurso masculino y por qué las mujeres sólo lo replican con una culpabilidad cuya puesta en juego les cuesta a menudo localizar, interrogarse asimismo sobre la relación de esa «frigidez» con la agresividad reservada al varón en la «función sexual», agresión que «prescinde de su consentimiento». ¿Acaso la sexualidad femenina no saca provecho de esa violencia, esa violación, que la «biología» exigiría del varón para asegurar la reproducción?

«Esta frigidez, cuando es psicógena, puede ser tratada». A no ser que la represión, histórica, sea tal que la *anestesia* sexual pueda transformarse, en el mejor de los casos, en *hiperestesia* igualmente sintomática, o en *fetichismo del orgasmo* otro tanto sospechoso. Y además esos resultados estarían reservados a las mujeres privilegiadas que habrían sido «tratadas psicológicamente». Las otras, y por otra parte también aquellas, permanecerían implicadas en una economía masoquista, respecto a la cual algunos psicoanalistas no vacilan en afirmar que es la condición del goce femenino. Ellos/ellas ratifican, decretan así en forma de leyes –esta vez psíquicas– el estado de cosas existente, perpetuándolo con el aval de la «normalidad», de la «salud». Ellos/ellas se hacen cómplices de la insatisfacción de sus «pacientes», intentando reducir sus angustias o revueltas ante el carácter insatisfactorio de su suerte sugiriéndoles que la satisfacción consiste en sentirse satisfechos por ello, que si ellas quisieran renunciar un poco a esa insatisfacción, patológica, cancelarían su hipoteca. Etc.

¹³³ S. Freud, «Différence anatomique entre les sexes», *La vie sexuelle*, cit., p. 131.

¹³⁴ *Ibid.*

«Otras veces», por desgracia, «ésta (la frigidez) permite suponer la existencia de un factor constitucional, o incluso anatómico». Incluso...

* * *

«Cuando la elección de objeto está influida por una homosexualidad manifiesta, consideramos el hecho como una consecuencia extrema del complejo de virilidad». La elección de objeto de *una* homosexual sólo puede estar determinado por un complejo de *virilidad* particularmente insistente. «Rara vez (o nunca) éste es la prolongación directa de la virilidad infantil». Hay que interpretarlo más bien como «regresión al antiguo complejo de virilidad» como consecuencia de las «inevitables decepciones que sufren las chiquillas por parte de sus padres», a los que habían tomado como «objeto», tras haber «adoptado la actitud edípica». Evidentemente, «esas decepciones, [...] que también constituyen la suerte de las niñas destinadas a la feminidad normal, no provocan en estas últimas reacciones semejantes». Y «desde luego, *el factor constitucional* tiene a este respecto, incontestablemente, una importancia decisiva». Como cabía esperar... Con independencia de este último, ¡las homosexuales «interpretan uno con respecto al otro *indiferentemente* el papel de la madre y del hijo, o del marido y la mujer!», actitudes que reflejan cabalmente «las dos fases del desarrollo de la homosexualidad femenina». Así, pues, ¿esas dos fases serían «la prolongación directa de la virilidad infantil» o «la regresión hacia el antiguo complejo de virilidad»? ¿A no ser que una de ellas, la segunda, corresponda a la identificación con el padre, posterior a la renuncia a éste como «objeto» de amor? Otros textos subrayan su posibilidad¹³⁵. Lo esencial, en todo caso, consiste en demostrar que la elección de objeto del homosexual está determinada por un deseo, un «tropismo», ambos *masculinos*. La libido femenina está amputada de la búsqueda activa de sus «objetos-fines» pulsionales, y de sus «impulsos» primitivos. Ella no tiene, en cierto modo, ni fin (telos) ni origen (arché) propios. Las pulsiones que conducen al homosexual a elegir para sí un objeto de satisfacción son, forzosamente, pulsiones «varoniles».

Así, pues, se leerá en la argumentación de Freud desarrollada en el texto consagrado a un caso de homosexualidad femenina, que la homosexual «asumía claramente el tipo masculino en su comportamiento hacia el objeto amado»¹³⁶, que «no

¹³⁵ En particular S. Freud, «Psychogénèse d'un cas d'homosexualité féminine», *Revue française de psychanalyse* VI, 2, 1933. Puede acudir preferentemente a la última traducción francesa de este texto a cargo de D. Guérineau en Freud, *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, Bibliothèque de psychanalyse [ed. cast.: *Ensayos sobre la vida sexual y la teoría de las neurosis*, Madrid, Alianza, 2003]. Con independencia de la traducción, se apreciarán las cualidades «literarias» de este «relato» y las sobre-determinaciones ideológicas de buena parte de sus enunciados.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 137.

sólo había elegido un objeto del sexo femenino, sino que había adoptado hacia ese objeto una actitud viril»¹³⁷, que ella se había vuelto «hombre y, en lugar de su padre, había tomado a su madre como objeto de amor»¹³⁸. Pero que, a pesar de todo..., su inversión «recibió un último refuerzo cuando ella encontró en la “señora” un objeto que no sólo satisfacía sus tendencias homosexuales, sino también la parte de su libido que todavía estaba fijada a su hermano»¹³⁹. Hermano con el que ella había comenzado –después de una travesía poco llamativa del complejo de Edipo femenino– «a sustituir a su padre»¹⁴⁰. La fijación particularmente intensa a la señora se explicaba, pues, por el hecho de que «su talle esbelto, su severa belleza y sus modales bruscos le recordaban a su propio hermano, algo más mayor que ella»¹⁴¹.

La escenografía pulsional fálica no se expondría nunca tan claramente como en el caso de la *homosexualidad femenina*: en ésta un hombre desea a la madre fálica, o a un hombre. El relevo por parte de la mujer permitiría ver lo que habitualmente se oculta en su evidencia: la imposición de la *homosexualidad masculina*. Porque en ese análisis no se trata de otra cosa que no sea la homosexualidad masculina. Y, sin duda, Freud habría podido alegar que, en lo que atañe a la economía del deseo, *el mimo* –hacer como si, fingir– es susceptible de procurar *un aumento de placer en comparación con las meras descargas pulsionales*. De esta suerte, hacerlo «como» un hombre, el desear «como» un hombre a una mujer que sería «como» un hombre, sería la realización más satisfactoria de la puesta en escena fálica. Pero no es esa su intención, y además él no abandona tan fácilmente el *fundamento natural* del deseo. Por eso estará al acecho de los índices anatómicos que justifican la homosexualidad –masculina– de su paciente. Y aunque se ve obligado a reconocer que «el tipo de la muchacha no se apartaba del tipo físico de la mujer», que ella era «hermosa y bien proporcionada» y que «tampoco presentaba trastornos de la menstruación», añade sin embargo que «tenía, a decir verdad, la estatura alta de su padre y algunos rasgos de su rostro eran más bien marcados y carecían de gracia femenina, pudiendo considerarse aquello como indicaciones de una virilidad somática». Por lo demás, «el psicoanalista tiene costumbre, *en algunos casos* (?), de excluir un examen físico en profundidad de sus pacientes»¹⁴²...

El caso es que «el análisis prosigue casi sin índices de resistencia. La analizada participaba mucho en el mismo intelectualmente –gracias a “sus cualidades intelectuales”».

¹³⁷ *Ibid.*

¹³⁸ *Ibid.*, p. 147.

¹³⁹ *Ibid.*, p. 143.

¹⁴⁰ *Ibid.*, p. 138.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 139.

¹⁴² S. Freud, «Psychogénèse d'un cas d'homosexualité féminine», cit., p. 137.

analisis de la homosexualidad masculina

tuales que tenderían a indicar un carácter viril”¹⁴³— pero conservaba completamente a su vez su tranquilidad de espíritu». Un día en el que le explicaba una parte de teoría particularmente importante, y *que le afectaba de cerca*, ella dijo con una entonación inimitable: «“Oh, es muy interesante”, como una dama de mundo en un museo que, sirviéndose de unos anteojos, examina objetos que le resultan perfectamente indiferentes»¹⁴⁴. Documentos históricos, en efecto, para esta homosexual, aquellos enunciados de Freud que en nada le afectaban y que dejaban intacta su tranquilidad de espíritu. En cuanto a los anteojos —¿a cuyo través él la miraba?— como accesorio, suplementario, la responsabilidad remite al mismo Freud... Así, pues, parecía «que la joven no llegó a hacer la más mínima transferencia sobre el médico»¹⁴⁵. Ninguna transferencia, en todo caso, que él reconociera como tal. ¿Conforme a «su teoría» de la transferencia? ¿Pero también practicable en su concepción de la cura, y su manera de (o de no) implicarse en la misma? Hasta el punto de que los únicos índices de una transferencia fueron proporcionados por sueños en los que «él no creía», «porque eran *engañosos* o *hipócritas* y porque su intención era la de engañarle como tenía costumbre de engañar a su padre»¹⁴⁶. ¿Por qué ese miedo a ser engañado por el inconsciente de una paciente? ¿O incluso por el «preconsciente», «quizá el consciente mismo», que habrían sugerido sus intenciones en el sueño?¹⁴⁷ ¿El miedo de ser «seducido» por una mujer para a continuación verse «decepcionado», «rechazado» con mayor seguridad?¹⁴⁸ ¿Aventuras todas poco convenientes para la dignidad del rol paterno que Freud no pretende abandonar, y que recubre eventualmente *su* transferencia? Además, hizo saber a la persona en cuestión que él sabía perfectamente que ella quería burlarse de él, y con razón, puesto que «a partir de aquella explicación ese tipo de sueños dejaron de aparecer»¹⁴⁹. De esta suerte, el psicoanalista puede inducir, o prohibir, determinados sueños... Por lo demás, se aconsejó a la joven que «continuara la tentativa terapéutica, *si es que le atribuía algún valor*, con un médico mujer »¹⁵⁰.

He aquí, pues, a la homosexual despedida de su psicoanalista porque se niega a dejarse seducir por el padre, en la misma medida que él se niega a convertirse en el soporte de su deseo, esto es, se niega a asumir en este caso la identificación con una «mujer galante»¹⁵¹, una mujer de «mala reputación sexual», de «costumbres lige-

¹⁴³ *Ibid.*

¹⁴⁴ *Ibid.*, p. 146.

¹⁴⁵ *Ibid.*, p. 147.

¹⁴⁶ *Ibid.*, p. 148.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 149.

¹⁴⁸ *Ibid.*

¹⁴⁹ *Ibid.*

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 147.

¹⁵¹ *Ibid.*, p. 130.

ras», que «vivía sencillamente del comercio de sus encantos»¹⁵². El superyó de Freud, burgués bien educado, no le permitía caer tan bajo. Tampoco admitir que una chica «hermosa e inteligente, perteneciente a una familia de una clase social muy alta» pueda preferir a una mujer de mala vida en vez de a su padre (al que Freud conoce, al que aprecia, y por el cual es *pagado*).

Sin embargo, algún estrato más inconsciente, arcaico, ¿filogenéticamente? recóndito de ese superyó prohibía en la misma medida o quizá más a Freud *identificarse con una mujer*. Otra buena razón para enviar a la homosexual a una colega de sexo femenino, no sin escepticismo sobre el crédito a conceder a cuanto pudiera ocurrir entre ellas. Porque la homosexualidad femenina representaba para él un fenómeno tan ajeno a su teoría, a su economía imaginaria, que no podía sino «desatender su investigación psicoanalítica»¹⁵³, incluso en la «cura» de una homosexual. Lo que no quiere decir que lo que describe Freud no esté en conformidad con una determinada «realidad», que sus comentarios o explicaciones sean sencillamente «falsas». Muchas homosexuales podrían reconocerse en esta historia, o al menos intentar localizarse en ella. No por ello la homosexualidad femenina había de quedar menos obliterada, *disfrazada* –travestida– y sustraída a la interpretación. Porque de la especificidad del deseo *entre mujeres* nada ha sido desvelado, enunciado. Que la mujer pueda desear a una «misma» que ella, a alguna del «mismo» sexo, que ella también pueda tener apetitos de auto u homosexualidad, no puede entenderse, y además parece inadmisibile. De hecho, rara vez tropezamos con ello en esta historia, falocéntrica, en la que el valor está reservado al pene o a sus equivalentes. Y en la que no es fácil estar fuera del sistema, fuera del «comercio». Donde la reivindicación de homosexualidad femenina no basta, evidentemente, para poner en tela de juicio el privilegio del falo.

Lo que no significa que el deseo de la mujer por sí misma, por lo mismo¹⁵⁴ –por la misma, una misma– no sea susceptible de ser reconocido. Que no pueda encontrar, o recobrar, una economía posible. Que ese deseo no sea necesario para apoyar el deseo del otro. Que el mismo, la misma, no deba, también para ella, re-marcarse para que la diferencia sexual sea articulable sin exponerse lisa y llanamente a la muerte: del yo, y por ende también de las pulsiones sexuales (haciendo referencia a una problemática que Freud desarrolla pero cuyo funcionamiento en el «devenir una mujer normal» ignora en una cierta medida, toda vez que la chiquilla tendría que rechazar, desvalorizar todo (o todas las) representante(s) y representaciones de

¹⁵² *Ibid.*, p. 144.

¹⁵³ *Ibid.*, p. 130.

¹⁵⁴ Un mismo «otro» respecto al que domina la economía falocéntrica del discurso, de los significantes. Lo leeremos entreabriendo en otro lugar, o de otra manera, el «volumen».

su sexo para tornar sus deseos, «ganas», hacia el único sexo: masculino). La prohibición, la depreciación del deseo del «mismo» –¿del que serían cómplices las mujeres por su superyó «masculino»? ¿fálico, en todo caso?– en la evolución de la sexualidad femenina daría cuenta, en buena medida, de cuanto es deplorado como la frigidez, la inapetencia sexual. Pero podría servir de palanca de interpretación de muchos otros síntomas concomitantes, o derivados: falta de autonomía; fragilidad narcisista o hipernarcisismo; incapacidad para la sublimación, que no excluye un erotismo «etéreo»; relaciones por lo menos difíciles con la madre, y por lo demás con todas las mujeres; ausencia de intereses «sociales» y más en general de todo interés sostenido; depresiones y somatizaciones crónicas; etc. Manifestaciones todas de una carencia de economía autoerótica, homo-sexual. O incluso, y de nuevo, *de las pulsiones de muerte*. Su reintroducción «activa» está prohibida para/en la sexualidad femenina. Proscripción sin derivación, metaforización, sublimación, habilitadas, habilitables debido a la inadecuación, para la sexualidad de la mujer, de una organización, dominante, de lo *especular*. Que deja, de forma diferente sin duda, a la función sexual femenina y a la función sexual materna en un suspenso, amorfo, de su economía pulsional y/o en una determinación excesivamente heterónoma de ésta. «Economía» dominada por las exigencias de pulsiones –en particular sádicas, o escoptofílicas –cuya práctica estará reservada sólo a los hombres. Y, sobre todo, por la necesidad de mantener la primacía del Falo.

Por eso no habrá homosexualidad femenina, sino una sola hombro-sexualidad [*homo-sexualité*] en la que la mujer será implicada en el proceso de especularización del falo, solicitada a sostener el deseo de lo mismo para el hombre, al mismo tiempo que asegura, por otra parte y de manera complementaria y contradictoria, la perpetuación del polo «materia» en la pareja¹⁵⁵. O sea, de lo que resiste a la reflexión infinita: misterio –¿histerio?– que se mantendrá siempre púdicamente *detrás de todo espejo* y que relanzará el deseo de ver, de saber más de ello. De tal suerte

¹⁵⁵ Esta asimilación y asignación de la mujer, de la madre, al polo «materia» es, como es sabido, tradicional. La encontramos en Freud, incluso en el texto sobre la homosexualidad femenina en el que se enuncia más o menos explícitamente en la interrogación, igualmente secular, sobre las responsabilidades respectivas en la homosexualidad del «hermafroditismo físico» y del «hermafroditismo psíquico» (*ibid.*, p. 137), de lo «innato» y de lo «adquirido» (*ibid.*), de la «herencia» y la «adquisición» (*ibid.*, p. 152), del «cuerpo» y del «alma» (*ibid.*, p. 153). Y aunque Freud no se inscribe sin reticencia en semejante problemática, numerosos enunciados indican que permanece en parte aferrado a la misma, en particular y sobre todo cuando se trata de sexualidad femenina. De esta suerte, nos enteramos por el texto de que la independencia de uno de los factores respecto al otro «es más clara en el hombre que en la mujer, en la que la expresión física y psíquica del carácter opuesto coinciden con mayor regularidad» (*ibid.*, p. 137). La mujer tiene un psiquismo, un «alma», mucho menos diferenciados de lo orgánico que el hombre. ¿Tal vez incluso carece de ella? Vieja cuestión... Así, pues, su homosexualidad estará más determinada por sus hormonas, por «ovarios probablemente hermafroditas» (*ibid.*, p. 154).

que no tiene relación con lo especular sino dando el rodeo de aquello que ofrecería, y no ofrecería, como reflejo, como repercusión, en el deseo del hombre.

Pero la mujer consagrará, se afirma, muy poca catexis al auto-erotismo, auto-representación, auto-reproducción, incluso en la homo-sexualidad. Y la eventualidad de que ella pueda encontrar en ello un placer específico merece escasa consideración: placer de caricias, de palabras, de re-presentaciones o representaciones, que le recuerdan aquello que de su sexo, de sus órganos sexuales —de sus sexos—¹⁵⁶, sería poco solicitado, interesado, interesante, en una práctica heterosexual porque carece de homólogos masculinos. Goce diferente, complementario o suplementario, de aquel buscado en la heterosexualidad pero también por la implicación, o el mimo, de la homosexualidad masculina. Bienestar narcisizante, también, que se sirve de una relación regresiva con una madre «buena», respecto a la cual nos cuesta comprender además que Freud llegue a asimilarla lisa y llanamente a la homosexualidad, es más, al deseo «viril» de la chiquilla hacia la madre, su madre. Delicia, vértigo, de la complicidad con la semejante. La hermana, si se quiere permanecer en los paradigmas familiares. Necesidad, atracción, pasión por lo mismo, la misma. ¿Se correría el riesgo tal vez de quitar a la niña la «envidia del pene», pero se apoyaría su «deseo del pene»? ¿Haciendo que la apetencia fálica le resulte menos ávida, celosa, frustrada, reivindicadora o... anoréxica? Pero esa necesidad y esa seducción de lo mismo serán reprimidas, denegadas, convertidas en su contrario, en lo que se designa como «feminidad normal». Por lo demás, apenas reconocerán para interpretar la homosexualidad masculina.

En cuanto a la homosexual, Freud explicará que «la corriente libidinal *heterosexual*» era, en ella, «*más profunda*» y además «*afluía [...] en la corriente homosexual manifiesta*»¹⁵⁷. El deseo de lo mismo para la mujer sería «*secundario*», una «*formación reactiva*» en cierto modo ante decepciones sufridas con el padre, aunque el primer objeto de amor de la chiquilla, es preciso recordarlo, es su madre o incluso alguien del mismo sexo que ella. Algo que Freud se cree obligado a olvidar para afirmar que «*su libido estaba dividida, desde la más tierna infancia, en dos corrientes, una de las cuales, la más superficial, podía ser caracterizada sin ambages de homosexual. Ésta era probablemente la continuación directa, no transformada, de una fijación infantil a la madre*»¹⁵⁸. Así, pues, la relación libidinal con la madre sería, para la mujer, más «*superficial*» que su «*profundo*» deseo heterosexual y podría

¹⁵⁶ De ahí que la pluralidad de las zonas erógenas en la mujer, el carácter plural de su sexo, sea una diferencia que merece muy poca consideración en la polaridad masculino/femenino, entre otros aspectos en lo que atañe a sus implicaciones para las prácticas «significantes».

¹⁵⁷ S. Freud, «Psychogénèse d'un cas d'homosexualité féminine», cit., p. 151.

¹⁵⁸ *Ibid.*

→ nombre u. l. b. e. e. e. f. e. m. i. n. a. l. e. s. p. a. r. t. e. s.

«sin ambages», y «sin transformación», ser calificada de homosexual. Otras tantas maneras de *reducir* y de *caricaturizar* el envite principal del deseo femenino. Pero es preciso que sea borrada para/por la mujer su relación con el origen —y con ello su relación original con su madre y con su sexo, que al fin y al cabo no sería sino bastante «superficial», «secundaria», aunque «manifiesta»— para que se imponga la eminencia del Falo. Emblema del dominio por/para el hombre de una economía del origen. La suya.

* * *

Esta concepción del deseo femenino que expone Freud —de la que, en cierto modo, se hace portavoz— determinaría además la elección, por parte de la mujer, de su pareja sexual: su «elección de objeto». Olvidamos que en realidad la mujer no elige para sí un «objeto» de deseo, sino que se deja elegir como «objeto»; lo que está en juego da cuenta de esa «distracción» en cuanto al buen funcionamiento del (no) deseo femenino. Así, pues: «Allí donde la elección es libre, se efectúa con frecuencia conforme al *ideal narcisista*, de tal suerte que *el hombre* elegido se parece a aquel en el que, en su tiempo, deseó convertirse». La feminidad más lograda no puede aspirar a la idealidad, no puede conferirse en absoluto un ideal. Ella carece para ello de un espejo *apropiado*. El ideal narcisista para la mujer habrá sido, sería aún, ser el hombre en el que habrá deseado convertirse. El narcisismo, y su pacto con el ideal, sería tributario de la eminencia fálica. Que la mujer se cree obligada a socorrer. Lo que explica que ella elija para sí (como) el hombre que ella habría querido ser. Lo que, en lo esencial, satisfaría bastante los intereses del hombre, que no saldría, *idealmente*, de su género. Para seducir, le bastaría con corresponder lo más adecuadamente posible a la imagen más perfecta de sí mismo, con ser lo más narcisista posible, un modelo «absoluto» de narcisismo. Lo cual la mujer sostendría con su «propio» proyecto narcisista. Y que de esta suerte tendría la ventaja, y la excusa, de satisfacer, de colmar, y sobre todo curar el narcisismo femenino. Forzosamente herido, humillado, por la realización de la castración: mujer amputada de una representación valerosa de su sexo.

«Si la joven ha permanecido apegada a su padre, es decir, si no ha liquidado su complejo de Edipo, elige con arreglo al tipo paterno». Esta solución, esta elección «apoyándose» en el objeto, es más problemática. Puesto que la mujer manifiesta con ello que no ha logrado salir de su familia. De ahí el resurgimiento de conflictos infantiles. Y, recogiendo los deseos de la chiquilla hacia su padre, el marido se convierte así en soporte de los sentimientos *ambivalentes*, y por ende de la *hostilidad frente a la madre*. «El marido, que en un principio no había heredado más que del padre, se convierte, en consecuencia, también en heredero de la madre. Y sucede a

menudo que la segunda parte de la vida de una mujer se caracteriza por la lucha que ésta sostiene contra su marido, mientras que la primera parte, más corta, había transcurrido entre rebeliones contra su madre». Aunque, en tanto que padre, el marido podía contar con un amor, con un deseo totalmente desprovistos de ambivalencia, de «choques», de «conflictos», aunque ese tipo de elección debía garantizar la felicidad conyugal, se verá enturbiado no obstante por el resurgimiento de la figura materna.

Resulta un poco sorprendente, dicho sea de paso, la armonía sin alborotos que promete una transferencia paterna sobre el marido. Que queden *así* aseguradas, sin reacciones ambivalentes ni historias de ningún tipo, la desfloración, la (re)travesía de los fantasmas o realidades de fractura, de violación, y las angustias y dolores eventuales de la preñez, del parto. Por no hablar del abandono de la casa familiar, de la mudanza a otro hogar y de la aclimatación, cuando no la servidumbre, a las tareas domésticas. ¿De qué fuerza de *sugestión* goza la autoridad paterna para que tales hazañas puedan serle atribuidas?¹⁵⁹ Por desgracia, la madre —«su madre»— viene a perturbar la felicidad conyugal así «garantizada». Las rebeliones de la mujer no se dirigirán jamás contra la función paterna —sagrada, divina— sino contra esa madre potente, y luego capada, que ha traído al mundo un niño castrado. Madre frente a la cual podían ejercerse aún las pulsiones primitivas de la chiquilla, no sometidas aún al orden establecido. La no resolución de la relación de la mujer con su comienzo, con *su* madre, con aquella(s) que tienen el *mismo* sexo que ella, acaba resurgiendo en las relaciones amorosas. Al menos la primera relación amorosa, el primer «matrimonio». Algo que cabía esperarse. Y por encima de todas las historias empíricas, de todos los conflictos de su historia, la mujer —o más bien la feminidad— no se elevaría más que adoptando un *ideal* narcisista *masculino*. Esta elección resuelve, revoca, toda guerra provocada por la rivalidad de otros ideales, de otros recubrimientos en la idealidad de la carencia de representación originaria.

«Además, sin que nada permita preverlo a los enamorados, la mujer es susceptible de cambiar de actitud después del nacimiento de su primer hijo, de identificarse de nuevo con su madre contra la cual ella se había alzado hasta llegar al matrimonio». Una curiosa asociación conduce al hecho de que si, «para esa identificación», la mujer «utiliza toda la libido disponible», «a causa del automatismo de repetición», tendrá lugar «una reproducción del matrimonio desgraciado de los padres». Así,

¹⁵⁹ Cfr. a este respecto: S. Freud, «Le tabou de la virginité», *La vie sexuelle*, cit., pp. 66-80. Cabrá preguntarse en qué medida la sugestibilidad histérica es el correlato indispensable de la autoridad siempre unívocamente valerosa de la ley del padre. En qué medida la prohibición de la ambivalencia frente a lo simbólico habrá hecho decaer en lo imaginario informulable a lo —al deseo— femenino, consagrando el «corte» entre los polos de una pareja, la ruptura de la articulación de la relación sexual.

pues, la identificación con la madre acarrearía una repetición del himen desventurado de los padres. ¿Qué expone aquí Freud a la interpretación? ¿El matrimonio poco afortunado de «sus» padres? ¿El fracaso, fatal, de toda unión conyugal? ¿El infortunio de la mujer, aunque fuera madre, en todas las bodas? ¿Así como el del hombre, aunque fuera padre? Curiosa evocación del himen, que cobra, forzosamente, el rostro de la desgracia...

En cuanto a la mujer que se convertirá en madre, obedecerá aún al «viejo móvil» de siempre: «La carencia de pene no ha perdido un ápice de su potencia». Lo que se traducirá en el hecho, ineluctable, de que «sólo las relaciones de la madre-hijo sean capaces de dar a la madre una plenitud de satisfacción, porque, de todas las relaciones humanas, son las más perfectas y las más desprovistas de ambivalencia». En efecto, «la madre puede trasladar a su hijo todo el orgullo que le estaba permitido tener a ella misma, y ella espera de ello la satisfacción de lo que continúa exigiendo al complejo de virilidad». De esta suerte, no es tanto el hecho de convertirse en madre lo que «cambiaría la actitud de la mujer después del nacimiento de su primer retoño», o al menos ese *mero* hecho no bastaría para resolver los conflictos, en particular conyugales: si ella es madre como *su* madre, madre de una hija, la relación desgraciada entre sus padres —que procrean una hija— seguirá amenazando la unión con el marido. Pero si ella es madre de un niño —lo que, por desgracia, no tuvo lugar en su relación con la madre, lo que instaura y confirma para ella, por ella, el valor de otro «comienzo»—, encontrará entonces, encontrarán entonces, «una plenitud de satisfacción». Porque, gracias a su hijo, ella será recompensada por su humillación narcisista, susceptible al fin de amar al portador de pene «perfectamente» y «sin ambivalencia». Fianza de la armonía familiar. Porque «la felicidad conyugal no está firmemente asegurada mientras que la mujer no haya logrado hacer de su esposo *su hijo*, mientras que ella no se comporte *maternalmente* con él». Haber traído al mundo un niño, el nacimiento del hijo, resolverá la cuadratura del círculo¹⁶⁰. Familiar. En el que la mujer queda colmada, llena de «orgullo» de inscribirse en, y de perpetuar, el árbol genealógico de su padre-marido. Así, pues, no serán la repetición, re-presentación, representación de *su* relación con *su* madre, las determinantes a este respecto. Es más, el descubrimiento para/por ella de una relación especular específica con lo originario, la introducción de un «espéculo» a cuyo alrededor giraría, volvería, la función matricial; acceso y/o exceso al y/o en el deseo sexual de la mujer. Tampoco lo sería el hecho de que la maternidad

¹⁶⁰ Habrán observado que, para resolver la cuadratura de esta «circulación del deseo», el sexo de la mujer habrá sido marcado con una *doble negación* (cfr. nota 123), pero que ella deberá cargar de manera *doblemente positiva* el pene o patrón del valor. Esta economía de la reduplicación, posible gracias al nacimiento del hijo, garantizaría sus pulsiones frente a toda *ambivalencia*.

significaría, para ella, la única posibilidad de ser reconocida como «potente». No. Su satisfacción plenaria no se derivará, una vez más, sino de una procuración. Fállica. (De)volviendo la vida, ella misma, a quien tiene el derecho al poder, (re)poniendo el emblema de la potencia, ella se cree obligada a ser plenamente feliz. Orgullosa de haberse, ella misma, prestado a la manifestación de su inferioridad anatómica. Cómplice, en cierto modo, del «destino» que su «propio» vientre re-decreta perpetuando la preeminencia del pene y el esperma. Su placer no puede tener otro origen, o meta, que la de re-suscitar, «realzar» siempre el órgano varonil. De ahí su decepción cuando pare una niña. Humillación redoblada. Re-seña poco gloriosa de su sexo. Incapacidad para re-producir una «buena copia» del sexo: el pene. Desde ese momento situada contra su deseo en, ante, un problema que permanece sin resolver: la relación con su madre.

Que Freud va a intentar arreglar de la mejor manera, para la felicidad de todos. Habría *dos fases* en «la identificación de la mujer con su madre». «Durante la primera, lo que predomina es la adhesión tierna a la madre, la tendencia a adoptar a ésta como modelo». Esta descripción se corresponde escasamente con aquella que, otro tanto parcial y de parte, Freud ha proporcionado del *pre-Edipo* de la niña: pequeño varón bien dotado en lo que atañe a las pulsiones sádico-anales —por no evocar más que éstas—, y por lo tanto agresivo, posesivo, y que despliega además una increíble actividad fállica. En lo que atañe más específicamente a las relaciones con la madre, recordemos: que los deseos son «muy ambivalentes [...], a la vez tiernos y agresivamente hostiles», que la chiquilla desea «hacer un niño a su madre y tener uno de ella»; que ella «teme ser asesinada o envenenada» por su madre; que ella reprocha a su madre «haber dado demasiada poca leche a su hija y haber mostrado con ello que no la amaba lo suficiente»; que «el nacimiento de otro hijo constituye un nuevo motivo de reproche», de ahí «la intensidad de las emociones celosas». Puede añadirse que los «deseos sexuales del retoño [...] de imposible satisfacción [...] proporcionan muchos pretextos para la aparición de la hostilidad hacia la madre»; también contribuye a esta última «la prohibición de la masturbación»; además del hecho de que «las catexis precoces son siempre sumamente ambivalentes, y el amor potente nunca deja de traer consigo una fuerte tendencia agresiva»; e incluso: «todo ataque a su libertad provoca en el retoño una reacción que se manifiesta en la tendencia a la revuelta y a la agresión», o «la educación más indulgente no puede dejar de ejercer una coacción e imponer determinadas restricciones»¹⁶¹. Con independencia de la ternura de la chiquilla hacia su madre en la «primera fase» de la que habla Freud, esa ternura no está exenta de ambivalencia, de agresividad, de hostilidad,... En cuanto a adoptar a su madre como *mode-*

¹⁶¹ Extractos de S. Freud, «La feminité», cit.

lo, ¿cómo podría hacerlo la niña pequeña que no es más que un niño pequeño? Al menos de manera unívoca.

Durante la segunda fase, o *fase edípica*, domina «el deseo de que la madre desaparezca para que ella pueda reemplazarla al lado del padre». Ahora bien, esta fase coincide con el reconocimiento de su castración por parte de la chiquilla y su posterior entrada en el complejo de Edipo, de tal suerte que la niña pequeña se vuelve hacia su padre a causa del descubrimiento de su mutilación sexual y de la de su madre. Así, pues, no se trata de un simple deseo de que la madre desaparezca para ocupar el lugar de ésta junto al padre. Lo que en ello estaría en juego, incluso en el rechazo de —y no sólo la identificación con y el deseo de muerte-desaparición para sustituir a— la madre, sería una etapa decisiva del «devenir mujer», que presupone la desvalorización de su sexo por parte de la niña. Y, por lo tanto, también del de su madre. Ahora bien, Freud, en este punto de su demostración, afirma que «la fase preedípica de adhesión tierna (a la madre) ejerce sobre el porvenir de la mujer la mayor influencia. En efecto, la mujer adquiere entonces las cualidades gracias a las cuales podrá ejercer más tarde su función sexual y cumplir su papel social, cuya importancia es inestimable». Este razonamiento sorprende después de todo cuanto hemos podido leer a propósito de la evolución sexual de la mujer: la mujer ejercería tanto mejor su «función sexual» en la medida en que restablecería el vínculo con la madre que existía antes del descubrimiento de la castración, es decir, antes del reconocimiento de la especificidad de su sexo... Asimismo, este enunciado concuerda bastante mal con cuanto se ha dicho y va a ser dicho, en lo relativo al «papel social» de la mujer. Sin embargo, ¿bastaría tal vez que dejemos a Freud la posibilidad de continuar? ¿De explicarse? Sea, pues: «Identificándose con su madre, ella (la mujer) llega a ser un objeto de atracción para el hombre, [i] puesto que *la fijación edípica de este último se desarrolla entonces hasta convertirse en un estado amoroso!* Si la mujer quiere complacer al hombre, debe identificarse con su madre. La del hombre, por supuesto. Y ahí debe hacer el mimo. Y la castración llegará con la amputación de toda su economía anterior. Que reemplazará al complejo de castración, *femenino*.

De esta suerte, la mujer puede regresar al origen, con la condición de que no sea el suyo. Desde esta perspectiva —de expropiación, de expatriación, y no de reapropiación—, lo más remoto será lo mejor. Por ejemplo, *la fase oral primaria* con sus caracteres de dependencia, de pasividad, su estatuto de niño de pecho-objeto alimentado, amado, valorizado, mirado,... por el otro todopoderoso. Antes del tiempo de las mordeduras y agresiones de todo tipo, por supuesto. Así, pues, la mujer *imitará la regresión* a ese «estadio». El mimo se impone, también en este caso, en la medida en que permite fingir apetitos, apetencias, sin riesgo o peligro de muerte en caso de frustración. Y que no excluye que ella «finja» *al mismo tiempo el papel de*

la madre. Del marido. Algún respiro en esta verosimilitud impuesta se encontraría en la relación con el retoño que trae al mundo. ¿Se explica con ello el hecho de que «con frecuencia el hijo obtiene lo que el esposo no había logrado conquistar»?

«Se tiene la impresión de que el amor de la mujer y el del hombre están separados uno del otro por una diferencia de fases fisiológicas». Sin duda. ¿pero cómo? ¿Quiere decir con esto Freud que la mujer permanece siempre en la «fase» preedípica, mientras que el hombre, por su parte, estaría fijado al estadio edípico? No habría, al fin y al cabo, más que un amor para uno y otro: aquel, *originario*, que toma a la madre –su madre– por objeto. ¿De ahí nacen los conflictos conyugales? ¿Entre suegras? Y sería el hijo el que, ya con retraso, haría entrar a la mujer en el Edipo. Por fin edipizada por el deseo del hijo. Para su madre. Por fin deseada, sin rodeos. Por su hijo. De ahí el hecho de que el nacimiento de un hijo sería la condición imperativa para la estabilidad de la célula familiar. Consolidada por el deseo de Edipo. Padre e hijo.

Pero esta afirmación, in extremis, de Freud desmiente lo que no ha dejado de describir, de prescribir, en lo relativo a la evolución sexual de la chiquilla. ¿Cómo interpretarlo? ¿Confesión implícita de que la sexualidad femenina no es reducible a las categorías establecidas para dar cuenta de la sexualidad masculina? ¿Incluido el complejo de castración? ¿Incluido el complejo de Edipo? ¿Reconocimiento de que el psicoanálisis viene a tropezar como siempre contra el «continente negro» de la feminidad? ¿O se trata incluso de un discurso que, forzosamente, se contradice cuando se trata de la mujer? ¿De tal suerte que la contradicción, operación que caracteriza al inconsciente, viene como siempre a perturbar el «discurso» (consciente) cuando el deseo de/hacia la mujer está en juego? De donde se desprende la inconsecuencia que conduce a Freud a decir que la mujer no sería nunca tan apta para asegurar su «función sexual» como cuando es –a su juicio– un «hombrecillo», cuando ella permanece en su virilidad primitiva, preedípica; aunque luego lamenta que el «amor» del hombre y de la mujer estén separados por una diferencia de fases psicológicas. ¿Viene esto a decir que el hombre vacilaría entre el amor hacia su madre-mujer y su mujer-hija? ¿O su mujer-hijo? ¿Edipo pederasta? Por supuesto. Que oscila entre la apropiación de la madre *como «objeto»* sexual o *por identificación*. Mientras que la mujer prefiere, a fin de cuentas, a su hijo. Con un deseo menos retorcido.

Así, pues, esta diferencia de «fases» psicológicas sería también una diferencia de generaciones, o una relación diferente con la generación que la mujer, debido a su implicación en las sistemáticas culturales y los regímenes de propiedad que dominan Occidente, habrá estado mal preparada para mediatizar, metaforizar, «desplazar». De esta suerte, a partir de una divergencia de estadios psicológicos, llegaríamos a reconsiderar los modos de integración específicos de la mujer y del hombre

en la economía de la (re)producción, y a reinterpretar a este respecto el papel constrictivo de las determinaciones históricas sobre lo «psicológico» y las teorías que dan cuenta de ello.

Sin duda, «lo que acabo de contarles no es, por así decirlo, más que la *prehistoria* de la mujer». Lo que tranquiliza e inquieta al mismo tiempo. Aún no se ha dicho todo sobre la sexualidad femenina... Pero lo que se enuncia de su «prehistoria» implica tal desconocimiento, tal denegación, tal represión de sus pulsiones y representaciones pulsionales primarias, y por lo tanto tal inhibición, tal retirada de catexis o tal «conversión» de las mismas, que la historia resultante despierta los peores augurios.

«Para continuar la prehistoria, digamos tan sólo», o incluso, «que la instauración de la feminidad queda a merced de los trastornos provocados por las manifestaciones residuales de la virilidad primitiva. La regresión a las fijaciones de esta fase preedípica es frecuente». Y, «en determinadas existencias, puede observarse la alternancia reiterada de épocas en las que unas veces predomina la virilidad y otras la feminidad». De tal suerte que lo que los hombres designan como «*enigma femenino*» se explica, tal vez, por «*esta bisexualidad en la vida femenina*». Bisexualidad que se analizaría, por lo tanto, como «virilidad primitiva», por una parte, e «instauración de la feminidad» mediante la aceptación de «la castración consumada», por otra. Como falismo valeroso, y falismo capado. O incluso como deseo «viril» hacia la madre, y «envidia» del pene del padre.

Así, pues, esta bisexualidad femenina, ¿no representaría una *recapitulación, invertida, del «programa» que se prescribiría a la sexualidad masculina?* ¿Una proyección, trastornada, invertida, del fin —del *telos*— de la historia de la sexualidad masculina? Donde el *enigma* femenino es la prueba de una progresión hacia su saber. Absoluto. Por lo tanto, él tendría que introducir cada vez más en la efectividad de la conciencia el no saber que ella perpetuaría, el «inconsciente» que le habría sido asignado sin que ella lo sepa. No saber e «inconsciente», para ella, en última instancia absolutos —al menos en esta historia— pero, para él, descifrables en la medida en que de alguna manera la habría sometido a los mismos como guardiana de lo negativo. Que asegura la posibilidad del infinito de la regresión: de la conciencia, del sexo. Muerte de la conciencia (y) del sexo necesaria para la dialectización progresiva por sublimación (?) fálica.

De esta suerte, la bisexualidad de la mujer, esa indecibilidad en la que sería mantenida la determinación de su sexo, esa «inconsciencia» en la que ella permanecería en lo que atañe a su relación con lo sexuado, sería *la reserva de diferencia sexual* conservada por ella en el no saber para todos los efectos de idealización(es). Bisexualidad «femenina» que evoca el reverso, el envés y el repliegue, el cambio total, la retroversión de *la matriz de la historia* (de la —llamada— sexualidad masculina) que

permanecerían enigmáticas. El enigma, que siempre ha de reinterpretarse, de su «inconsciencia», cuya represión debería, por más de un motivo, ser salvaguardada. La mujer sería el soporte, el espacio de inscripción, de los representantes del inconsciente «masculino». Del «inconsciente» del desarrollo histórico (de la sexualidad). Para ella, esa economía sólo podría valer como «pre-historia». Y si su sexualidad llegara, un día, a ser «reconocida», entrara en «la Historia», sencillamente ya no habría tenido lugar por principio.

*Bravocantata a la masculinidad de
la historia de la sexualidad
femenina*

* * *

En todo caso, «no tengo la intención de describir *toda la evolución de la feminidad* a través de la pubertad hasta la edad adulta. Además, *nuestros datos no serían suficientes a tal objeto*». La relación de la historia de la sexualidad femenina es suspendida antes de que la mujer llegue a la edad adulta. Antes incluso de que se aborde el acontecimiento de la pubertad. ¿Antes, pues, del «descubrimiento de la vagina», de la matriz? Antes de la salida de la familia, del cambio de nombre propio, del «matrimonio», la maternidad, la lactancia,... Etapas todas bastante decisivas... Entre otras. Pero sobre este desarrollo ulterior de la sexualidad femenina, «me contentaré citando algunos *detalles*», «dando a conocer algunas *particularidades* de la feminidad, tal y como ésta se nos presenta, *una vez consumada*, a la luz del psicoanálisis», señalando, con todo y eso, «que no siempre es fácil distinguir lo que es atribuible, por una parte, a la función sexual y, por otra, a la disciplina social»:

1. «Nosotros imputamos a la feminidad un *narcisismo más desarrollado* que influye sobre la elección de objeto, de tal suerte que, en ella, la necesidad de ser amada es mayor que la de amar.»

2. «Otra vez la envidia del pene provoca la *vanidad corporal de la mujer*, donde ésta considera sus encantos como una compensación afectiva tardía y tanto más preciosa de su inferioridad sexual de nacimiento.»

3. «El pudor, virtud que se considera específicamente femenina y que es, en realidad, mucho más convencional de cuanto pudiera creerse, *tuvo como fin primitivo*, creemos, *disimular el carácter defectuoso de los órganos genitales.*»

4. «*Las mujeres no han aportado más que una débil contribución a los descubrimientos y las invenciones de la historia de la civilización.* No obstante, quizá descubrieron una *técnica*, la del tejido, del trenzado [...] La *naturaleza* misma habría proporcionado el *modelo* de una *copia* semejante haciendo crecer sobre los órganos genitales los pelos que los ocultan. El progreso que quedaba pendiente consistía en trenzar las fibras plantadas en la piel y que no formaban más que una especie de fieltro [...] Nos vemos tentados a suponer el motivo inconsciente de esa invención.»

5. «La mujer, hay que reconocerlo, no posee un eminente sentido de la justicia, lo que debe de estar relacionado, sin duda, *con el predominio de la envidia en su psiquismo.*»

6. «Las mujeres tienen menos intereses sociales que los hombres». Y «*en lo que atañe al interés social, la inferioridad de la mujer se debe, sin duda, al carácter asocial que es propio de todas las relaciones sexuales.*»

7. «[...] y, en ellas, *la facultad de sublimar los instintos queda más debilitada.*»

8. «Un hombre de aproximadamente unos treinta años es un ser joven, inacabado, susceptible de continuar evolucionando [...] *Una mujer de la misma edad, en cambio, nos asusta por todo lo que en ella encontramos de fijo, de inmutable;* su libido, que ha adoptado posiciones definitivas, parece en lo sucesivo incapaz de cambiar. En este caso, *no cabe ninguna esperanza de asistir a la realización de cualquier tipo de evolución;* todo ocurre como si el proceso hubiera terminado, al abrigo de toda influencia, como si la penosa evolución hacia la feminidad hubiera bastado para agotar las posibilidades del individuo». «En tanto que terapeutas, lamentamos este estado de cosas aun cuando logremos vencer a la enfermedad liquidando el conflicto neurótico.»

Sea... Pero:

1. *¿La mujer tiene que optar realmente entre «amar» y «ser amada»?* Admitiendo que esta descripción de la elección de objeto femenina corresponde en cierto modo a la realidad. La instauración de la feminidad se lleva a cabo mediante una presión de pasividad, mediante la transformación de las pulsiones primitivas de la chiquilla en pulsiones de «fin pasivo», mediante la perpetuación, asimismo, del polo «objeto». Así, pues, rigurosamente, la mujer no elegirá un «objeto de amor», sino que intentará ser deseada por un «sujeto» como «objeto». El «objeto» deseable es siempre el pene, el falo. Del hombre (o) de la madre. Así, pues, en la medida de sus posibilidades ella extraerá el valor de éste, de estos, si quiere sostener el deseo del «sujeto». Si ella quiere que él se ame en ella, pasando por (el rodeo de) ella. Narcisista, en efecto, pero por mandato fálico. Porque en lo que atañe a la narcisización de su sexo, hemos visto que ella no podía aspirar a la misma. Mutilada, amputada, humillada,... en tanto que mujer.

2. La vanidad corporal de la mujer, compensación de su inferioridad sexual de nacimiento, estaría provocada por la «envidia del pene». Admitámoslo. Pero, también aquí, *se plantea la cuestión de saber si la mujer tiene elección entre ser o no ser «vanidosa de su cuerpo»* para corresponder a la «feminidad» que se espera de ella. Si su «utilidad» sexual no requiere que ella se preocupe de las cualidades, «propiedades» de su cuerpo. Para solicitar, conservar e incluso hinchar el goce del consumidor. Pero ésta exige además tener la tranquilidad en cuanto a la posesión del patrón de los valores sexuales: de ahí la intervención *necesaria* de la «envidia del

pene». De esta suerte, la «feminidad» estaría implicada en un proceso circular: al no tenerlo, ella tendrá el deseo de tenerlo, puesto que es el garante del intercambio sexual, pero ella no lo tiene para que, mediante su «envidia», refuerce el crédito, la cotización de ese «equivalente general».

Sin embargo, hay un problema: imitar que se tiene, fingir tenerlo, es en ese comercio una operación que desbarata todas las cotizaciones. Ahora bien, la mujer, si no puede imitar, fingir una relación con su sexo porque éste está castrado, para ella, de todo acceso a la idea, a la idealidad, a la especula(riza)ción, e incluso de una cierta «realidad» orgánica, la mujer que no tiene, realmente, el órgano sexual que monopoliza el valor, podrá en mucha mayor medida hacer «como si» lo tuviera, «pareciendo» tenerlo. Es esto incluso lo que la angustia de castración del hombre, su miedo del sexo femenino castrado, le pide, le ofrece como única posibilidad de satisfacer sus pulsiones, sin medir lo que está en juego en esta proposición. La «vanidad corporal» de la mujer, la «fetichización» de su cuerpo —realizada a partir del modelo, del prototipo del fetiche: el pene— son un requisito necesario para que ella sea un «objeto» deseable y para que él tenga el deseo de poseerla. Pero sin duda ella intentará, a su vez, afirmar un plusvalor en su precio. Los maquillajes, las máscaras de todo tipo con las que ella(s) se cubre(n) pretenderán engañar, hacer creer que su valor está por encima del valor real. ¿Se explica así el hecho de que se quiera ver en ello un deseo de apropiarse los poderes del pene? O al menos de rivalizar en la economía fálica renegando de una función, natural, de explotación. ¿Le proporciona ello un goce? No tanto, y no sólo. Esta formación secundaria, reactiva —«compensación tardía [...] de su inferioridad sexual de nacimiento»—, siempre a merced de una mirada despreciativa, no cura (¿no piensa?*) sus humillaciones narcisistas pasadas, su inferioridad «congénita», no mitiga la represión de su autoerotismo, un autoerotismo en adelante vergonzoso. Que ella interprete, eventualmente a la perfección, el papel perverso a la manera burguesa de la «feminidad» no colma en absoluto, no evita para nada ese fallo, esa carencia, de una economía especular específica, de una representación posible, *para ella, por ella*, de su valor, que permitiría que accediera al intercambio con una forma distinta del «objeto». Lo que no quiere decir que ella no dé el pego y que, para el hombre, no llegue a convertirse en un(a) rival temible en el mercado de los equivalentes sexuales, que él no llegue a imaginar que todo el oro del mundo haya sido ahora capitalizado por ella. ¿Adherido a ella? Cuerpo transformado en oro para la satisfacción de sus pulsiones autoeróticas, escoptofílicas, posesivas...

3. Pero el «pudor» permanecerá para dar fe del carácter defectuoso de los órganos genitales. Convertido en algo convencional, sin duda, tuvo no obstante como fin pri-

* Juego de palabras con *panser* (curar) y *penser* (pensar). [N. del T.]

mordial impedir que apareciera la conformación incompleta, viciosa, de los órganos genitales femeninos. El pudor será el recordatorio, *invertido*, del compromiso y de la negación que operan en la elaboración del fetiche. De cuerpo bello, engalanada con oro por él y para él, la mujer seguirá siendo reservada, modesta, púdica, en cuanto a su sexo. Discretamente cómplice de su disimulo. Asegurando el *doble juego* de exhibir su cuerpo, sus joyas, para mejor ocultar su sexo. Porque si el «cuerpo» de la mujer presenta alguna «utilidad», representa algún «valor», será con la condición de ocultar el sexo. Esa *nada* de consumo. Convertido además en fantasma, como boca ávida. ¿Cómo comerciar con una cosa tan hueca? Para venderse se trata, para la mujer, de poner el máximo velo al desprecio sexual que le corresponde¹⁶².

4. De donde se desprende, para ella, la importancia de los tejidos, de la tela para (re)cubrirse. Se explicaría así la única contribución de las mujeres «a los descubrimientos y las invenciones de la historia de la civilización: el arte de tejer». «Copia», por lo demás, muy aproximada, «del modelo que la naturaleza ha provisto en los pechos púbcos». La mujer (no) podría (más que) imitar la Naturaleza. Redoblar lo que ésta provee, produce. Para ayudarla, suplirla, *técnicamente*. Y paradójicamente. Puesto que la Naturaleza es (el) todo. Pero ese todo no puede aparecer como nada. De sexo, por ejemplo. Así, pues, la mujer teje para taparse, para ocultar los defectos de la Naturaleza, restaurarla en su integridad. *Desarrollándola*. Envoltura de la que se dice, en palabras de Marx, que preserva el «valor» de una justa apreciación. Que permite el «intercambio» de productos «sin el saber» de su valor efectivo. Abstractando, universalizando, haciendo sustituibles los «productos» sin el (re)conocimiento de sus diferencias¹⁶³. En palabras de Freud, que sirve para disimular frente a la mirada horrorizada del niño pequeño, del hombre, la diferencia de sexos. «Es sabido cómo reaccionan a las primeras impresiones provocadas por la carencia de pene. Niegan esa carencia y creen ver pese a todo un miembro; corren un *velo* sobre la *contradicción entre observación y prejuicio*¹⁶⁴». Envoltura que, casi imperceptiblemente, habrá introducido la naturaleza y su trabajo en la economía fetichista, hurtando a la estimación, manteniendo en secreto, lo que ella/él es susceptible de producir. Conservando, desde ese momento, la creencia y el prejuicio. Protegiéndolas de la contradicción con la «observación».

Pero la contradicción está ya inscrita en el velo, en la *duplicidad* del funcionamiento del velo. Toda vez que sirve para cubrir un «menor» valor, para sobrevalorar el fe-

¹⁶² Por lo demás, ella es comprada en tanto que cuerpo impregnado o huella del valor de un pene-falo: el del padre o el del proxeneta.

¹⁶³ K. Marx, *Le Capital*, Libro I, Sección I, cap. I, § 4 [ed. cast.: *El capital*, Madrid, Ediciones Akal, 2002].

¹⁶⁴ S. Freud, «Organisation génitale infantile», *La vie sexuelle*, cit., p. 115.

tiche, habrá ocultado asimismo el interés de lo que pretende sustraer a la devaluación: el que remite, por ejemplo, al lugar de la cópula; también, de otra manera, el de la concepción. Pero asimismo lo concerniente al coste de la cópula que, evidentemente, resulta difícilmente calculable, y amenaza la validez de la economía en curso. Entre otras razones porque ello no podrá, no podría, como quiera que sea, verse, saberse. Desafío a los sistemas de representación(es), de acuñación(es) de beneficios y pérdidas. Ignición, eventual, de los fetiches. De ahí el arte de tejer, para sustraer a las miradas aurificadas/horrorizadas* la incandescencia posible del patrón. Su (re)fundición, en cada cópula. Textura protectora, defensiva. Himen, cuya «utilidad» como membrana-pantalla y como matrimonio será preciso reconsiderar. El «matrimonio» sería el contrato de exclusividad de «uso» de un determinado valor (de) apariencia [enveloppe]. Cuyo envite se desplazará de distinta manera, permitiendo catexis múltiples. Por ejemplo, en hilandería y en seguir el hilo**; metafórico, a veces. Movilización, monopolización del valor sexual para la producción de telas, de tejidos, o de textos, que sutilizan la puesta en juego, para beneficio, a menudo, de un nombre propio. Se nos remite, o devuelve, al calibrado de la propiedad del discurso, a Dios, el paradigma de todos los nombres propios, que se (re)produce en una virgen por mediación de la palabra. Mientras que la mujer teje para sostener la negación de su sexo.

Que es también tejido, y no sin duplicación posible. Al menos doble. De tal suerte que la mujer y/es la madre (que) no (se) repite(n) de manera idéntica. La función de la envoltura y del envolvimiento no es la misma: una faja no rodea como una membrana amniótica. «Por ejemplo». Asimismo es *heterogéneo* el papel del velo que mantiene la ilusión fetichista. Que recubre *más de una* negación. Y, haciendo hincapié en el de la castración de la madre, se habrá negado de antemano el riesgo de combustión copulativa. Quiriendo protegerse del espectáculo de la falta de pene de la madre, se habrá negado de antemano a la mujer la potencia sexual, el poder de su goce. Del goce. Fetichizando el órgano varonil. Del que será dotada, eventualmente, después de esa consagración. Una vez más, la madre habrá escondido a la mujer. El velo dice también: es preciso que lo matricial (re)envuelva a lo vaginal. Que la membrana que rodea al producto, que asiste y disimula el trabajo de (re)producción, (en)cierra y oculta lo que está en juego en el placer. Lo que está en fuego. Que amenaza a toda la economía fetichista. Que pone velos prácticamente en todas partes, en todos los sistemas de equivalencia. Mientras que el desconocimiento de la diferencia sexual sigue siendo, ahora y siempre, su condición de posibilidad.

* En castellano se pierde el juego de palabras entre *aurifier* y *horrifier*, prácticamente homófonas [N. del T.]

** Vertimos así el doble significado de *filatures*: hilandería y vigilancia estrecha, «seguir los pasos [o el hilo]» de alguien. [N. del T.]

5. «La mujer, es preciso admitirlo, no posee en alto grado *el sentido de la justicia*, lo que debe estar relacionado, sin duda, con el *predominio de la envidia* en su psiquismo». Habida cuenta de que la mujer no ha podido proceder a la «elaboración de la envidia» que exige el «sentimiento de equidad», conocería mal «las condiciones en las que es lícito que esa envidia se ejerza». Las «envidias» de la mujer no habrían encontrado una economía, un derecho, una jurisdicción, que regularían las modalidades conforme a las cuales podrían o no ejercerse. En efecto, las necesidades y deseos de la niña pequeña han permanecido «en latencia»: reprimidos, inhibidos, rechazados, convertidos en odio (hacia la madre), en desprecio (hacia el sexo femenino), etc. Operaciones que, desde luego, refuerzan el despecho, la codicia, las tensiones pulsionales, pero no les dan una medida. De la «catástrofe» libidinal que representa el descubrimiento de la castración para la chiquilla, resulta la «envidia del pene», que va a escandir, articular, las etapas del «devenir mujer», asegurar la progresión.

Pero esa «envidia» no concierne tan sólo a la justicia. *Alimenta el culto del prototipo del fetiche*. Y a este respecto debería interpretarse más bien como inclinación religiosa. Valores «místicos» a los que la mujer estaría *predispuesta*: por el suspenso, la censura, de sus pulsiones; por todo cuanto de su más tierna infancia, su «estadio pre-edípico», permanecerá enigmático, oscuro, «continente negro»; por la revelación, además, del órgano varonil como signifiante de la omni-potencia; por su marginalidad en relación con los sistemas de intercambio; por su «pasividad», e incluso su «masoquismo»; etc. Oficio religioso del que ella estaría además *encargada*, asumiría su custodia. Esto no se desprende de la justicia, e incluso podría oponerse a la misma. La veneración hacia el falo desafía las leyes de la ciudad, desafía sus arbitrajes, y sus sanciones. Ella se burla del carácter más o menos legítimo de un conflicto entre hombres. Lo que le importa es sustraer el emblema fálico a la decadencia, (re)cubrir su disolución, velar su corrupción. Preservarlo de la burla, de la insignificancia, de la devaluación. Aunque tuviera que morir por ello, la mujer habrá cumplido su misión. ¿Virgen? Su gesto será aún más ejemplar. ¿Condenada por el rey? Ella habrá entonces, tanto más si cabe, hecho estallar las contradicciones del sistema. Lo que la cólera bastante poco digna del soberano demuestra. Porque si la mujer, religiosa, ciegamente, no sostiene los atributos de la potencia del rey, juez o guerrero, ésta corre un serio riesgo de debilitarse, o incluso de resultar inútil, puesto que siempre se trata de arbitrar rivalidades entre hombres por el poder. Dicho esto, ¡que Antígona proclamara en voz alta cuanto atañe al imperio «fálico» de la madre, de los derechos de sangre, sin tener en cuenta el cetro del rey, y del pene de su heredero, era difícilmente tolerable en un régimen patriarcal! Donde el resurgimiento de las relaciones de la hija con la madre provoca siempre conflictos.

Volviendo a la justicia, al «sentido de la justicia», cabría preguntarse cómo podría acceder la mujer a la misma, *en vista de su exclusión de la práctica de los inter-*

cambios, salvo en calidad de mercancía. Las mercancías, «si pudieran hablar», dirían tal vez lo que piensan sobre la estimación de sus precios, si consideran justo su estatus, las artimañas de sus propietarios. En cuanto a «elaborar sus envidias», saber «ejercerlas con equidad», parece difícilmente ejecutable. Porque, aunque no hablen, «ellas no pueden ni siquiera ir por sí solas al mercado». Sólo les queda alimentar la «envidia» de los compradores. Sus «guardianes». Ellos, por supuesto, deberán «entrar en relación entre sí en calidad de personas [...], reconocerse recíprocamente como propietarios privados [...], relación jurídica que cobra la forma del contrato, legalmente desarrollado o no». El «valor» de las mercancías es, desde luego, en esas operaciones más o menos ilegales, determinante, pero por la cuenta que les tiene ellas no tienen nada que decir, que pedir, ninguna necesidad o deseo que expresar, ninguna compra o venta que realizar por su cuenta. Serán, en el mejor de los casos, «mujeres de cuerpos ardientes», lo que facilitará el comercio. Garantes de la «envidia». Papel otorgado a la mujer y cuyo ejercicio, aunque acarrea algunos accidentes secundarios, es necesario para la buena marcha de las cosas establecidas¹⁶⁵.

Y, por ende, para la perpetuación del falocentrismo. Porque si la mujer no tuviera envidia de lo que él tiene, la concentración fálica se presentaría inmediatamente como sometida a algún tipo de ex-centricidad. El problema es que a él le resulta difícil no reivindicar el acceso a los procedimientos de equivalencias de derecho reservado aún sólo a los hombres, en todo caso a la «virilidad», y cuya práctica es prescrita, y re-marcada, por la hegemonía fálica. Y, en la ignorancia, la inconsciencia, de lo que le corresponde, de sus méritos, de su valor, de la especificidad eventual de su papel en la economía de los intercambios, la mujer no podrá más que «envidiar», y reclamar, poderes iguales, o «equivalentes», a los de los hombres. Momento, sin duda ineluctable, en el que ella se representa(rá) como sometida, víctima, revés de la fortuna, del narcisismo peneano, con el solo objetivo de adueñarse de tales privilegios. Revuelta, revolución sexuales que tan sólo darían la vuelta a las cosas, y que corren el riesgo de perpetuar un eterno retorno de lo mismo. En este sentido, Freud tiene en cierto modo razón cuando impugna a las «feministas», salvo que las razones que invoca son a su vez impugnables, y dan fe de su desconocimiento de la importancia de la cuestión.

6. Y esto en tanto mayor medida en que se trata de los «intereses sociales» de las mujeres. Porque si la liberación sexual es una reivindicación, particularmente «feminista», cuyos términos están a veces, a menudo, torpemente planteados, mal evaluados, demasiado poco elaborados, dando pie a la burla –ironía fácil para quien dispone del lenguaje y no tiene que adquirir su uso para, a continuación, subvertir-

¹⁶⁵ Cfr. K. Marx, *Le capital*, Libro I, Sección I, cap. I, § 4; cap. II.

la parte de...
los intereses de las mujeres
de las mujeres
de las mujeres
de las mujeres

lo-, los desiderata relativos a los derechos sociales de las mismas «emancipadas», o que al menos tienen la esperanza de estarlo, son más difíciles de eludir. Naturalmente, no viene a cuento, al fin y al cabo, pedir las *mismas* atribuciones. Sin embargo es preciso que las mujeres obtengan la(s) misma(s), para que se tengan en consideración —para que esta consideración se imponga— las diferencias que ellas suscitarían. Porque es evidente que las mujeres tienen «menos» intereses sociales que los hombres». La equivocidad, la duplicidad de sentido de la expresión hace las veces de comentario. ¿Y por qué tendrían que interesarse por una sociedad que no les interesa? Que no les proporciona intereses sino por la mediación, obligada, de aquellos que están, de derecho y de hecho, interesados. ¿Por «protesta viril»? ¿Que corre el riesgo de acarrearles más perjuicios que... intereses. ¿Por masoquismo? En el ámbito social, el masoquismo no supone un gran placer. Por otra parte, ¿cómo participar en la vida social cuando no se dispone de alguna moneda de cambio, cuando no se posee nada (de propio/en sus propias manos) que pueda poner en relación con las propiedades del otro, de los otros?

Entonces...: «En lo que atañe al interés social, la inferioridad de la mujer se debe, sin duda, al carácter asocial que es propio de todas las relaciones sexuales. Los enamorados se bastan a sí mismos y la familia, asimismo, pone obstáculos a que se abandone un círculo estrecho para pasar a uno más amplio». O incluso: la inferioridad social de la mujer *redobla* su inferioridad sexual y/o *viceversa* en una circularidad que será difícil de superar, de la que a duras penas se podrá salir. En este sentido, se sabe que la mujer ve cómo le son negados beneficios sociales en función de su «constitución», pero se olvida con excesiva frecuencia lo que las estimaciones de la citada constitución deben a la condición social que se concede a la mujer. La sociedad, con el pretexto de imitar, de ayudar a una «naturaleza» cuyo concepto ella ha producido —siempre dando vueltas sobre lo mismo—, animaría hacia las mujeres una «mayor represión», «tendría menos en cuenta sus exigencias que en el caso de la virilidad». De tal suerte que el enlace de las palabras «interés social femenino» no podría justificarse. ¿Y otro tanto sucedería con «libido femenina»? Entonces, ¿por qué invocar el hecho de que la mujer manifiesta un desinterés hacia la cosa pública porque está más absorbida por las relaciones sexuales? ¿Por qué «los enamorados se bastan a sí mismos»? Las mujeres son a menudo «frías» en función de su «destino» libidinal, el amor les resulta prácticamente imposible a causa de su «envidia del pene», etc.

Todo esto se presenta desde luego muy «oscuro», y lo seguirá estando mientras que la «feminidad» y los papeles que se le atribuyen no sean interpretados en tanto que formaciones «secundarias», prescripciones «útiles», en relación con la masculinidad. Cualquier otra explicación, que se esfuerce en relacionar la «feminidad» con la «mujer» —constitución, destino biológico, complejos de castración e incluso de

Edipo, frigidez, envidia del pene y de lo demás, vanidad, pudor y arte de tejer...— llega a enunciados cuyas contradicciones asombran en una argumentación... masculina. Contradicciones que podrán explicarse en particular por la escasa atención, ¿interés? concedidos aquí *por Freud* a la dimensión *social* de las relaciones amorosas.

En este sentido, Marx define la relación del hombre con la mujer como el índice de las relaciones que mantiene con todos sus semejantes, en particular en lo que atañe a la explotación¹⁶⁶. Origen, práctica, reflejo, resulta manifiesto que la relación sexual no puede ser disociada de la economía general en la que tiene lugar, y que pensar el mínimo interés de las mujeres por lo social en términos de preocupaciones exclusivamente sexuales —forzosamente «asociales» (?)— significa olvidar hasta qué punto las modalidades de la relación sexual están determinadas por la sociedad, así como lo que éstas perpetúan, acarrear en la misma. De esta suerte, que el reparto de las tareas sociales asigne a la mujer el cuidado, la preocupación por lo sexual, por el «amor» —lo que supone el texto de Freud— plantea ya la cuestión de saber de qué mujeres está hablando. Del carácter generalizable, o no, de su enunciado a todas las sociedades, a todas las clases. Dicho de otra manera, ¿qué *infraestructura económica* domina la concepción del papel de la mujer en Freud? Sin perjuicio de que reproche a ésta su carencia de aptitudes: sexuales, psicológicas, sociales, culturales, etc. Misoginia que puede entenderse como *aval ideológico* de los regímenes de propiedad en vigor.

Porque el trabajo de la mujer —admitamos incluso, provisionalmente, que sea de modo privilegiado «enamorada», «familiar», «doméstica»— no siempre tuvo el carácter de reclusión social que constata Freud y que él traduce como «carencia de interés social», «inferioridad social» de las mujeres. Con la familia patriarcal, y más aún con la familia individual monogámica, la dirección del hogar «perdió su carácter público» y se redujo a un «servicio privado»: «La mujer se convirtió en una primera sirvienta apartada de la participación en la producción social»¹⁶⁷. Y la sucesión de los regímenes de propiedad: esclavistas, feudales, capitalistas, no ha modificado tampoco el hecho de que la mujer sea poseída por el jefe de familia a título de «mero instrumento de producción»¹⁶⁸ y reproducción. El contrato de matrimonio será a menudo *un contrato de trabajo implícito*, pero no ratificado como tal jurídicamente, lo que priva a la mujer de un derecho a reivindicaciones sociales sin embargo legítimas: salarios, tiempo de trabajo, vacaciones, etc. Mujer «*au pair*» en

¹⁶⁶ K. Marx, *Manuscrits de 1844*, trad. Bottigelli, Éditions Sociales, París, p. 88 [ed. cast.: *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 2005].

¹⁶⁷ F. Engels, *Origine de la famille, de la propriété privée et de l'État*, Éditions Sociales, París, p. 71 [ed. cast.: *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid, Fundamentos, 1997].

¹⁶⁸ Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifeste du parti communiste*, Karl Marx, *Oeuvres*, Tomo I, La Pléiade, París, p. 179 [ed. cast.: *Manifiesto comunista*, Madrid, Ediciones Akal, 2004].

un hogar en el que ella asegura las tareas domésticas a cambio de alimentación, de vivienda, de vestimenta... «La familia individual moderna se basa en la esclavitud doméstica reconocida o disimulada de la mujer [...] El hombre de nuestros días debe, en la mayoría de los casos, ganarse el pan de su familia, y ello le da una situación de predominio que no precisa verse particularmente privilegiada por la ley. Él es, en la familia, *el burgués*, y la mujer representa *el proletariado*»¹⁶⁹. Como contrato de trabajo no reconocido, el contrato de matrimonio ocultará además *un acto de compra del cuerpo y del sexo de la mujer*: «ésta se diferencia de la cortesana habitual tan sólo en que no alquila su cuerpo a destajo como una asalariada, sino que lo vende como una esclava»¹⁷⁰; «¿la joven no es una mercancía expuesta en venta a quien quiera negociar su adquisición y su propiedad exclusiva? [...] *Tal y como en la gramática dos negaciones equivalen a una afirmación, cabe decir que en el negocio conyugal dos prostituciones equivalen a una virtud*»¹⁷¹. Podríamos citar aún no pocos análisis de este tipo. Éste, tal vez: «La mujer es una propiedad que se adquiere por contrato; es mobiliaria, porque la posesión equivale al título»¹⁷². Etc.

Este contrato suele cerrarse en la mayoría de los casos entre el padre y el marido —otro tanto sucede, aunque de forma distinta, entre el proxeneta y el cliente—, donde la virginidad es el valor aportado por añadidura junto a la dote, a cambio de una determinada fuerza de trabajo, de una cierta garantía de potencia, exigidos por el cónyuge (pero se olvidará exponer que son también requeridos por la «novia», en todo caso en lo que atañe a la aptitud para trabajar). O incluso de todo ello sacarán partido entre ambos jefes de familia en función de los bienes e intereses ideológicos respectivos. El acuerdo, en todo caso, será sellado *entre dos hombres* para el paso de la mujer de una «casa» a otra, vinculada en lo sucesivo a otro «círculo de familia». Y como el padre debía proteger la virginidad de su hija en tanto que «valor» necesario para su «intercambio», el hombre deberá retener a su mujer en el hogar para asegurar la concentración de sus riquezas en un único lugar y su transmisión exclusiva a sus hijos. «La monogamia nació de la concentración de grandes riquezas en las mismas manos —las de un hombre— y del deseo de transmitir en herencia esas riquezas a los hijos de ese hombre y de ningún otro. Para ello, *la monogamia de la mujer era necesaria, no la del hombre*, hasta el punto de que la monogamia de la mujer no ha supuesto la menor traba para la poligamia abierta u oculta

¹⁶⁹ F. Engels, *Origine de la famille, de la propriété privée et de l'État*, cit., pp. 71-72.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 169.

¹⁷¹ Charles Fourier, *Théorie des quatre mouvements*, citado en Karl Marx, Friedrich Engels, *La sainte famille*, Éditions Sociales, París, p. 231 [ed. cast.: *La sagrada familia*, Madrid, Ediciones Akal, 1981].

¹⁷² H. Balzac, *La physiologie du mariage*, París, 1826 [ed. cast.: *Fisiología del matrimonio*, Barcelona, Ediciones Petronio, 1973].

(del hombre)¹⁷³. «Monogamia y prostitución son, ciertamente, antinomias, pero antinomias inseparables, los dos polos del mismo estado social»¹⁷⁴. Además, ambos polos están unidos en el matrimonio monógamo tradicional, forma legal de una prostitución no confesa y que, sin duda por denegación, produce *el moralismo*. Lo cierto es que «la familia pone obstáculos a que se abandone un círculo estrecho por otro más amplio». A que la mujer salga del hogar. Lo que la mantiene en un estado de dependencia económica que autoriza todas las opresiones. Por ejemplo, el hecho de que «la mujer continúa siendo la *esclava doméstica*, a pesar de todas las leyes liberadoras, porque la *pequeña economía doméstica* la oprime, la asfixia, la embrutece, la humilla, atándola a la cocina, a la habitación de los niños, obligándola a agotar sus fuerzas en tareas terriblemente improductivas, mezquinas, exasperantes, embrutecedoras, deprimentes»¹⁷⁵. Estado de cosas exigido por el mantenimiento del carácter privado de la apropiación de bienes, por la persistencia de la familia individual como unidad económica de la sociedad: «El primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia, y la primera opresión de clases con la del sexo femenino por parte del sexo masculino»¹⁷⁶.

Nunca es deseable para la subsistencia del poder establecido que el o la oprimido/a se interese por su estatus social, que él/ella se inquiete ante su «inferioridad social». De tal suerte que si la función económica reservada a la mujer desde hace milenios explica, implica, que ella preste escasa atención a los problemas «públicos», cabe pensar que poderosos intereses querrían apartarla hoy de nuevo de tales preocupaciones. ¿Determinan estos en última instancia el discurso de Freud sobre

¹⁷³ F. Engels, *Origine de la famille, de la propriété privée et de l'État*, cit., p. 73.

¹⁷⁴ *Ibid.*

¹⁷⁵ Vladimir Ilich Lenin, «La grande initiative», *Oeuvres complètes*, t. 29, p. 433 [ed. cast.: *La emancipación de la mujer*, Madrid, Ediciones Akal, 1975].

¹⁷⁶ F. Engels, *Origine de la famille, de la propriété privée et l'État*, cit., pp. 64-65. Cfr. también : «Con la división del trabajo, que lleva implícitas todas estas contradicciones y que descansa, a su vez, sobre la división natural del trabajo en el seno de la familia y en la división de la sociedad en diversas familias opuestas, se da, al mismo tiempo, la *distribución* y, concretamente, la *distribución desigual*, tanto cuantitativa como cualitativamente, del trabajo y de sus productos; es decir, la propiedad, cuyo primer germen, cuya forma inicial se contiene ya en la familia, donde la mujer y los hijos son los esclavos del marido. La esclavitud, todavía muy rudimentaria, ciertamente, latente en la familia, es la primera forma de propiedad, que, por lo demás, ya corresponde aquí perfectamente a la definición de los modernos economistas, según la cual es el derecho a disponer de la fuerza de trabajo de otros. Por lo demás, división del trabajo y propiedad privada son términos idénticos: uno de ellos dice, referido a la actividad, lo mismo que el otro, referido al producto de ésta». Karl Marx, Friedrich Engels, *L'idéologie allemande*, Éditions Sociales, París, p. 61 [ed. cast.: *La ideología alemana*, Valencia, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valencia, 1994].

Definición psicoanalítica

la sexualidad de la mujer? Sin duda, en la medida en que describe un estado de hecho, Freud no se equivoca. Pero sus enunciados son además normativos y regulan una práctica. ¿Entonces?

7. Máxime «cuando, en ellas, la facultad de sublimar los instintos permanece más débil». Lo que da un poder más absoluto a la (contra)transferencia sobre/del analista –padre, hombre, marido– y hace más problemática su disolución por la interpretación.

Que la mujer tenga menor aptitud para sublimar que el hombre –salvo algunas variantes individuales– es presupuesto por la operación misma de la sublimación: su envite, sus condiciones y modalidades. Y, sirviéndose de la comparación –«facultad más débil»–, Freud pensará, una vez más, la sexualidad femenina como una *sexualidad masculina menor*. Ahora bien, todo el «devenir mujer» tal y como él lo ha descrito explica que la «feminidad», incluso realizada, sobre todo realizada, no puede sublimar. De esta suerte, el «superyó» funciona de tal manera que no favorece la sublimación. La madre, soporte de la identificación primaria, se descubre castrada, y por lo tanto desvalorizada; en cuanto a la identificación con el «prototipo paterno» –madre «primitiva» fálica o padre–, le está doblemente prohibida a la madre: el pene representa el objeto del deseo que no se puede introyectar totalmente, el superyó que resultaría de esa identificación sería «viril». Así, pues, la mujer permanecerá en un estado de dependencia infantil frente a un superyó fálico, superyó severo y despectivo hacia su sexo «castrado» y cuya crueldad favorecerá más bien la proliferación de fantasmas y prácticas masoquistas que la elaboración de valores «culturales». Y además masculinos.

La sublimación implica, asimismo, la movilización de la libido narcisista, la transformación de la libido sexual en energía desexualizada al servicio del yo. Ahora bien, además de que la definición del «yo» en la mujer resulta dudosa, el sentimiento de inferioridad que padece, necesario para el papel sexual y social que debe cumplir, no favorece, en ella, el desarrollo de la libido narcisista. Sino mediante identificaciones con modelos masculinos que conducen a la «protesta viril», o incluso por la satisfacción de representar el pene para el hombre, a hacerse por procuración su soporte fetichista, a representar la «cosa» deseable; «cosa», por supuesto, cuya «facultad de sublimar los instintos permanece débil». Lo que recuerda que la mujer se cree obligada a perpetuar el polo «objeto» en el funcionamiento de la diferencia sexual; así, pues, ella será poco apta para la «sustitución de objetos» que opera en el proceso de sublimación. Que por añadidura está dominado por intereses sociales que poco la atañen.

Por otra parte, es sabido que la energía pulsional de la chiquilla ha sufrido una fuerte represión a causa de su «complejo de castración». Así, pues, le quedará poca para invertirla en actividades de sublimación. Apenas podrá ejercitarse en «la incli-

nación hacia el padre [...] cuando la represión no ha sido exagerada». Sin olvidar el largo y penoso trabajo «de instauración de la feminidad»...

Es preciso añadir, o repetir, que el acceso «impropio» de la mujer a la representación, que su entrada en una economía especular, y especulativa, que deja a sus pulsiones sin signos, símbolos, emblemas, e incluso grafismos, susceptibles de representarlos hacen que le resulte imposible una elaboración, transposición, específicas de sus objetos-fines pulsionales. Que además están sometidos a una represión particularmente imperativa, y no se traducirán más que en *escenografía somática*. Muda, y críptica. Suplencia de los fantasmas que ella ni siquiera tiene, salvo como retorno y/o inversión masoquista de sus deseos amputados o, por mandato, como ayudante de la «envidia del pene». Ya no se trata en lo sucesivo de una fantasmática que correspondería a sus pulsiones, primarias en particular. De las que nada se sabrá, sino tal vez *en sueño*. El deseo de la mujer no se diría más que en sueños. Su representabilidad permanecería ajena, radicalmente, a todas las instancias «conscientes».

«Somatizaciones» enigmáticas, «sueños» históricos en los que habría que ver una «obra de arte caricaturizada»¹⁷⁷. La neurosis privilegiada de la mujer sería un mimo de obra de arte, una *mala (copia de) obra de arte*. Ella se produciría como una imitación, una parodia, de un proceso artístico. Transformada en objeto estético, pero sin valor y condenable porque pertenece a la simulación. Estigmatizada en tanto que *falsificadora*. Ni «naturaleza», ni técnica de re-producción adecuada de la naturaleza. Artificio, mentira, fingimiento, trampa, tal sería el juicio social merecido por el cuadro, las escenas, los dramas, las pantomimas históricas. Y si las pulsiones de la mujer intentan forzar así el reconocimiento del público, expiarán esa reivindicación, esa de-mostración, con la burla, el anatema, los suplicios. Que comprenden también la interpretación reductiva, el llamamiento al sentido común, a la razón. Una sociedad se cree en la obligación de prohibir la falsificación. Y la histérica que exhibe una apariencia que excede y desafía la medida –natural o legalmente sancionada– debe ser castigada. Reprimida, mortificada, devuelta por las buenas o por las malas a la castidad. La ascesis, la decencia, el pudor, son las formas de «sublimación» que se exigen a la mujer. Dejémoslas un poco más en su «latencia», el tiempo necesario para entrever la pertinencia social, también, del sadomasoquismo.

Esta proliferación de falso(s) pretexto(s) puesto(s) en circulación por la histérica exige el llamamiento a la sangre. Roja. La mujer, virgen y madre, representa la reserva de (la) sangre. Esta fuente natural de beneficio, reconocida en la «prehistoria», donde se reconoce el valor de la sangre, e incluso llega a ser predominante, es

¹⁷⁷ S. Freud, *Totem et tabou*, Petite bibliothèque Payot, París, p. 88 [ed. cast.: *Tótem y tabú*, Madrid, Alianza, 2005].

negada como tal, censurada para dar precedencia a otros bienes y poderes, por la instauración del régimen patriarcal. La sangre se ve recubierta por otras formas de riqueza: oro, pene, retoño, cuyos sistemas posibles de equivalencia hemos visto en la economía anal. Términos intercambiables con «excrementos» en el imaginario, actual, de todo «sujeto». Los derechos de sangre ya no tienen curso legal, hasta el punto de que «consanguíneos» significa hoy «descendientes del mismo padre», y esto, además, en oposición a «couterinos». El esperma ha capitalizado la autoridad, las atribuciones, el producto del trabajo, de la sangre. Que no se deja rechazar sin más. De ahí su ascendiente, mayor si cabe cuando es rentabilizado en apariencias de poder de la madre. De ahí el papel de la sangre en los fantasmas y prácticas sádicas, masoquistas, que sirven de apoyo al goce de (casi) todo «sujeto». Éste sólo (re)encontrará el placer (re)abriendo, aunque fuera en la imaginación, la vena de la sangre. Roja. (Re)haciendo correr la sangre. De la madre. Mujer, virgen. Gusto proscrito, sagrado e impuro, vicioso, cuya liberación no tendrá lugar más que en los secretos de alcoba, sólo en las producciones fantasmáticas, difícilmente confesables. No se manifestará más que en la fuerza de la economía sadomasoquista, que dice el deseo de transgredir la prohibición de lo sangriento o de trastocar el poder de la sangre, de negarlo: (donde) el hombre será «activo», la mujer «pasiva». El hombre fustigará, por ejemplo, a la histérica, y por qué no para devolverla a la realidad de la «vida». Que, por supuesto, ha pasado ya a la ficción de autarquía del simulacro. Sangre que tal vez ya no tendrá derecho de circulación, de ciudadanía, salvo en forma de tinta. La pluma siempre se habrá empapado antes en el asesinato de la madre, de la mujer, para escribir en negro, en sangre negra (como la de la) tinta, la coagulación de sus derechos y placeres.

Ahora bien, ¿es practicable una sublimación de la atracción por la sangre? ¿Existe alguna producción socialmente reconocida que permita transponer su envite? ¿O una «sociedad» –a fortiori de explotadores-sangüijela– implica la censura de la seducción de la sangre? Y, en particular, ¿exige el olvido voluntario del valor de la sangre? ¿Se sostiene aquella sobre su des-precio? *Historia (de la) sublimación, (de) cuyo progreso depende (del) plusvalor (de la) apariencia.* Entonces toda efusión, e incluso transfusión de sangre será tabú. A no ser que sea prescrita por la Ciudad, o la Ciencia, lo que no elimina sino de forma ficticia la proscripción. La mujer, que siempre reaviva lo reprimido en esa prohibición, será expulsada de la sociedad, so pretexto de inferioridad anatómica, de capadura. Y sus productos no tendrán derecho de acceso, de intercambio, más que bajo fianza, o nombres masculinos.

La mujer, en la intimidad de la casa, lo «privado» del hogar, ocultará lo que tiene que ver con la sangre. Ella sólo (re)conocerá su precio en el dolor, la humillación. Porque la derrota del poder del sexo femenino siempre ha de repetirse. El jefe de familia debe re-asegurar su potencia. Así, pues, le corresponde reapropiarse día

a día del derecho de explotar la sangre para dedicarse a ocupaciones más sublimes. Vampirismo del amo que ha de permanecer oculto, ejercerse por la noche, so pena de que le sea recordada su dependencia de la muerte. Y del nacimiento. Los cementos materiales, matriciales, de su dominación. Cuya represión asegura para él la propiedad sin reparto.

La mujer, la madre, de diferente manera sin duda, se harán cómplices de esta represión. La inhibición de sus pulsiones, su inversión en sus contrarios, su transformación en sentimientos tiernos «que no conducen nunca a la satisfacción de la necesidad sexual de la que sin embargo proceden», etc., tales serían las formas de «sublimación» que el hombre, la sociedad, exigen de la mujer. *Continencia libidinal*, en definitiva. Paciente trabajo de autodestrucción pulsional. «Actividad» incesante de mortificación. De esta suerte, por/para ella se mantiene la obra, invisible, de la muerte. Ella devuelve, sin descanso, el final al comienzo, que no es lo mismo que decir *su* término a *su* comienzo. (Re)evocando (a) la muerte *in utero*. Pero *antes de su* concepción en *su* madre, en la matriz de ningún cuerpo singular. Despersonalizada, impersonalizada, universalizada. Todo y nada del comienzo y del fin. Mientras que el hombre (se) proyecta (en) su sublimación en inmortales especular(riza)ciones.

7. Esta exposición de los caracteres de la sexualidad femenina va a suspenderse de un mito literario: «La mujer de treinta años». Pero será tratado aquí bajo un aspecto algo inesperado. Poco atractivo. A no ser que descubra el reverso de la seducción de «la mujer de treinta años».

«[...] no puedo pasar por alto una impresión que siempre he tenido en el transcurso de los análisis [...] Una mujer de la misma edad —esto es, treinta años— nos asusta —¿otra vez?— por cuanto encontramos en ella de fijo, de inmutable». ¿Ha sido ella asimilada al paciente trabajo de la muerte? Para lo demás, ¿coagulado en la representación de la «feminidad» que le ha sido prescrita? Fetiche cuya belleza mortuoria refleja una indiferencia sexual duramente adquirida. «[...] su libido, una vez que ha adoptado posiciones definitivas, parece en adelante incapaz de cambiar ». ¿*Su* libido? ¿O sea? No hay «libido femenina». Pero, ¿acaso la represión, la censura y la inhibición posterior de esta libido han condenado hasta tal punto su ejercicio que la mujer no puede disponer de la energía suficiente para modificar su condición? Máxime cuando ésta está económica, social y culturalmente determinada como tal. Estas «posiciones definitivas» no serían susceptibles de modificarse sino a costa de evoluciones, de revoluciones tan radicales que *una* mujer, aunque tuviera treinta años, no puede ser su único agente. No olvidemos además que las múltiples ocupaciones a las que ella debe entregarse, que las labores domésticas, le dejan poco tiempo libre. Y si dispusiera del mismo sólo sería decoroso a medias que «abandone el círculo estrecho de la familia por uno más amplio». Y además, con

treinta años, casada, madre de uno, dos, tres... hijos, ella ya no tiene otros progresos, socialmente ratificados, que realizar, sino que ha de continuar incansablemente la misma tarea. ¿Tendrá que aceptar tal vez que su marido tenga una o varias queridas? Lo que la obligará, en el mejor de los casos, a analizar su relación con la homosexualidad. Pero son éstas cosas de las que se habla poco, y ni siquiera es seguro que ella tenga alguna ocasión de decir algo al respecto. Y otro tanto sucede con las dificultades, mayores aún, a las que se enfrentará si nace en ella el deseo de uno o varios amantes. ¿Le queda su hijo? Si su sueño infantil tuvo el placer de realizarse.

La historia continúa... Pero, ¿qué «esperanza de ver realizarse un cambio cualquiera»? «Todo ocurre como si el proceso hubiera *acabado*, a salvo de toda influencia, como si la *penosa* evolución hacia la feminidad hubiera bastado para agotar las posibilidades del *individuo*». ¿Cómo si la historia hubiera terminado? ¿Y se hubiera detenido, para ella, en su prehistoria? Y si esa «penosa evolución» hacia la feminidad ha sido en buena medida el resultado de influencias que ya han producido sus efectos –poder familiar y social patriarcal, ideología falocrática, que la amenazan «con la pérdida del hecho de ser amada» si no se somete¹⁷⁸–, dichas «influencias» sólo piden a la mujer de treinta años que continúe satisfaciéndolas, y que encuentre en ellas satisfacción.

Por más insatisfecha que pueda estar. Lo que la conducirá, eventualmente, ante algún terapeuta que «lamentará ese estado de cosas», que en nada podrá cambiar, «aun en el caso en que logre *vencer a la enfermedad* liquidando (?) el conflicto neurótico». Eso es tanto como decir... No obstante, la reacción del terapeuta puede sorprender. La mujer de treinta años, sobre la que hay motivos para pensar que padece una ¿psicosis?, ¿neurosis? histérica, aporta en el análisis una sintomatología bastante móvil, maleable, una angustia de frustración que pide una transferencia, es –para aquellos para quienes el asunto siga resultando interesante– hipnotizable y sugestionable a pedir de boca a causa de la fragilidad de su inserción en los sistemas simbólicos. En una palabra, habría que *inventar para ella la práctica analítica*. Más que en el caso del «hombre de treinta años», al que su implicación sociocultural predispondrá más bien a la psicosis-neurosis obsesiva. Ahora bien, ¿tendría el psicoanálisis otro efecto que el de confirmarla en las «posiciones definitivas» que su (?) libido se vio obligada a adoptar? ¿Mientras que el obsesivo –¿tal vez un poco paranoico?– trabajaría para apaciguar estos conflictos femeninos al objeto de que todo vuelva de nuevo al orden? Él, que no desea gran cosa que esto cambie, que esto evolucione, que esa mujer perturbe sus costumbres sexuales, su economía pulsional escotofílica y sádico-anal, sus sublimaciones narcisizantes, su respeto algo

¹⁷⁸ S. Freud, «Disparition du complexe d'Oedipe», *La vie sexuelle*, cit., p. 121.

sospechoso del legítimo derecho... Que ella sea algo distinto de *su hija*, cuyos gratificantes fantasmas de seducción él tendría que interpretar, y a los cuales conviene iniciar en y someter al discurso «razonable» de su ley (sexual). O de *su madre*, cuyos ensueños eróticos oiría no sin placer, admitido por fin en su intimidad más secreta. A no ser que de nuevo una transferencia *homosexual* muy «inconsciente» llegue a anudarse discretamente.

Pero, sobre todo, que la realización de la «penosa evolución hacia la feminidad» no sea puesta en tela de juicio. Evolución que sin duda y por desgracia habrá ya recubierto, enterrado la histeria mediante una sumisión mimética a la economía obsesiva cuyo soporte sería una vez más la mujer, sin que ésta llegue a ser realmente parte activa de la misma, sin que su sexualidad llegue a sacar provecho alguno. Reducida a una función, a un funcionamiento cuyas determinaciones históricas sería preciso interrogar de nuevo: regímenes de propiedad, sistemáticas filosóficas, mitologías religiosas que no han dejado de prescribir asimismo de nuevo en la teoría y la práctica psicoanalíticas, la definición del «destino» reconocido como el de la sexualidad de la mujer.

«Esto es todo cuanto tenía que decirles en lo relativo a la feminidad. Mi exposición es desde luego incompleta, fragmentaria y en ocasiones poco estimulante. Sin embargo, no deben olvidar que hemos estudiado a la mujer *sólo en tanto que determinada por su función sexual*. El papel de esa función es verdaderamente considerable, pero, *individualmente*, la mujer puede ser considerada como una *criatura humana*»(!).

No obstante, «si quieren aprender más sobre la feminidad, interroguen a su experiencia personal —ustedes, hombres—, acudan *a los poetas* o *esperen* que *la ciencia* esté en condiciones de proporcionarles informaciones más profundas y sistemáticas»...



Espéculo



Toda teoría del «sujeto» habrá estado siempre adaptada a lo «masculino»

Sometiéndose a la misma, la mujer renuncia sin saberlo a la especificidad de su relación con lo imaginario. Poniéndose en la situación de ser objetivada en tanto que «femenino» por el discurso. Reobjetivándose a sí misma cuando pretende identificarse «como» sujeto masculino. ¿Un «sujeto» que se re-buscaría como «objeto» (materno-femenino) perdido?

La subjetividad denegada a la mujer, tal es, sin duda, la hipoteca garante de toda constitución irreductible de objeto: de representación, de discurso, de deseo. Imagínesse que la mujer imagina, el objeto perdería con ello su cualidad (de idea) fija. De localización, a fin de cuentas, más última que el sujeto, que no se sostiene sino por un efecto a cambio de una cierta objetividad, de algún objetivo. Si ya no hay «tierra» que (re)primir, que trabajar, que representar(se), pero cuya apropiación tampoco, de nuevo y siempre, cabría desear(se), materia opaca que no se conocería, ¿qué zócalo subsiste para la ex-sistencia del «sujeto»? Si la tierra girara, girara sobre todo sobre sí misma, la erección del sujeto correría el riesgo de verse desconcertada en su elevación, y su penetración. Puesto que, ¿a partir de qué erigirse y sobre qué ejercer su poder? ¿En qué?

La revolución copernicana aún no ha producido todos sus efectos en el imaginario masculino. Y el excentramiento del hombre respecto a sí mismo que se ha producido como resultado es ante todo su ex-estasis en el (sujeto) transcendental. Elevándose a una perspectiva que dominaría el todo, en el punto de vista más poderoso, de esta suerte se escinde de su asidero material, de su relación empírica con lo matricial, que él pretendería vigilar. Especularizar, especular. Exiliándose cada vez más lejos (hacia) allí donde residiera el mayor poder, y así él se convierte en «sol» si las cosas giran a su alrededor, polo de atracción más fuerte que la «tierra».

Donde el exceso en esa fascinación universal consiste en que «ella» gira a su vez sobre sí misma, en que ella conoce el re-torno (sobre sí misma) sin el afuera de la búsqueda de su identidad en el otro: naturaleza, sol, Dios,... (mujer). Donde el hombre se desvía para mantener el envite del valor de su representación. Mientras que la mujer opone la permanencia de un recordar(se) que no se sabe tal. Y que en la recurrencia de ese re-torno sobre sí mismo –cuya economía particular será preciso localizar– puede alimentar la ilusión de la inercia del objeto. «Materia» sobre la cual se podrá volver a apoyar de nuevo y siempre para lanzarse más lejos, saltar más alto, aunque se trata de una naturaleza que se refiere ya a sí misma. Ya agrietada y partida. Y que en sus circunvoluciones sobre sí misma acarreará además cuanto le haya sido confiado para re-presentar. Se explica así, sin duda, que se diga de ella que es agitada e inestable. En efecto, en rigor nunca es exactamente la misma. Siempre emprendiendo cambios de rumbo, más o menos próximos del sol cuyos rayos capta, haciendo que giren con arreglo a sus ciclos.

De esta suerte, el «objeto» no es tan macizo, y resistente, como de buena gana se suele creer. Y su posesión por un «sujeto», el deseo de su apropiación por un «sujeto», es aún vértigo de su fracaso. Porque allí donde (se) proyecta algo que absorber, que agarrar, que ver, que poseer... e incluso un suelo en el que estar de pie, un espejo en el que contemplarse, nos las vemos con otra especularización. Cuyo carácter retorcido es su incapacidad misma para decir(le) lo que ella representa. Llevando al abismo la búsqueda del «objeto». Sin término. El más amorfo en cuanto a la idea, el más aparentemente «cosa» si se quiere, la materia más opaca, (se) abre a un espejo tanto más puro cuantos menos reflejos conoce y se le conocen. Salvo aquellos que el hombre habrá reflejado en el mismo, pero que en el movimiento de ese espéculo cóncavo, haciendo piruetas sobre sí mismo, serán rápidamente engañados.

Y si el hombre quiere elevarse cada vez más alto –incluso en su saber– el suelo se fractura cada vez más bajo sus pies. La «naturaleza» se sustrae cada vez más a sus proyectos de representación, de reproducción. Y a su embargo. Que esto se lleve a cabo, con mucha frecuencia, en forma de una rivalidad en lo hom(br)ólogo, como lucha a muerte entre dos conciencias, no elude el hecho de que en algún lugar se corre el riesgo, cada vez más insistente en su altanería, del riesgo de desmoronamiento del sujeto (como) mismo. Y por ende también del «objeto», y de las modalidades a cuyo través la economía opera distinciones de valor entre ellos. En particular la del discurso. Donde el juramento silencioso de fidelidad de uno/a garantiza la autosuficiencia, la autonomía del otro, mientras que la interrogación sobre ese mutismo como síntoma –de represión, histórica– no se impone. Ahora bien, ¿y si el «objeto» se pusiera a hablar? Esto es, también a «ver», etc. ¿Qué desagregación del «sujeto» se anunciaría con ello? No sólo del orden de la esquizia entre él y su otro, su alter ego especificado de manera distinta, ni entre él y el Otro, su Otro siempre en cali-

dad de algo, incluso si está perdido, si se ve desbordado hasta el punto de marcharse/oponerse a ello para mantener al menos la potencia de promover sus propias formas. Otros que habrán sido siempre de antemano secuaces del mismo, de las presuposiciones del logos (del) mismo sin alteraciones dañinas de su discursividad. Y, por lo tanto, no realmente otros aunque uno, el más grande, en su reserva, contiene tal vez la amenaza. ¿Por eso está fuera de escena? Reprimido a su vez. ¿Pero en lo alto, «en el cielo»? ¿Allende, a su vez? Inocente en su imperio exorbitado. Pero basta sospechar de las razones de extrapolación, interpretar al mismo tiempo la necesidad que tiene el sujeto de redoblar en un pensamiento –¿un «alma»?– para que la función del «otro» quede apartada de los velos aún presentes.

¿Dónde va a resurgir en lo sucesivo? ¿Dónde estará el riesgo que reactiva para el «sujeto» la pasión de permanecer de nuevo y siempre el mismo, de afirmarse de nuevo y siempre como mismo? ¿En la *duplicidad* de su especulación? ¿Más o menos consciente? ¿No estando sino parcial y marginalmente allí donde él (se) refleja/reflexiona? (*Ise] réfléchit*) ¿Donde (se) conoce? ¿Semejante cuya «noche» del inconsciente prorroga el precio? El Otro ahora venido a menos, inquietando con su sombra, y su cólera, la organización de un universo siempre idéntico a sí mismo. ¿Detrás de la representación (de sí mismo), de los planos en los que se contempla? Así, pues, la con-formidad prolifera con más fuerza en una infinidad de análogos. El «sujeto» será desde ese momento múltiple, plural, a veces de-forme, pero seguirá postulando aún ser la causa de todos los/sus espejismos, cuya enumeración (re)evoca, sin fin, la reunión. División fantástica, fantasmática. Des(es)truc(tura)ción en la que desaparece/se desploma el «sujeto» que se cree aún subrepticamente su razón. ¿Acaso fingida? Una, sin duda. Porque el pueblo de significantes deletrea, de nuevo, el solipsismo de quien les suscita, convoca, aunque sea para dispersarlos. El «sujeto» juega a multiplicarse, e incluso a deformarse. Por sí solo padre, madre e hijo(s). Y sus relaciones. Por sí solo masculino, femenino, y sus relaciones. Burla de la generación, parodia de la genealogía y de la cópula, que toma prestada su fuerza del mismo modelo, del modelo (de lo) mismo: el sujeto. Respecto al cual todo *afuera* sigue siendo siempre condición de posibilidad de la imagen y de la reproducción de sí. Espejo fiel, limpio y vacante de reflexiones alterantes. Virgen de auto-copias. Otro porque al servicio exclusivo del sujeto mismo al que presentaría sus superficies cándidas en su ignorancia de sí.

Así, pues, la recaída del Otro desde su cielo estrellado a los abismos de la psique obliga al «sujeto» a reconquistar nuevos límites para su campo de implantación, a reasegurar –de otra manera, en otro lugar– su dominación. Desde las alturas en las que moraba, le vemos ahora incitado a caer hasta lo más bajo. Desplazamientos que, como quiera que sea, están regulados por postulados de verticalidad. Fálcos, pues. Ahora bien, ¿cómo disponer esos territorios oscuros, esos continentes negros, esos

Sujeto
Hombre
Doble
mujer
El objeto no es tan simple.
Se recrea y se transforma.

más allá del espejo? ¿Cómo dominar esos maleficios, fantasmas movедizos del inconsciente, cuando una larga historia ha enseñado a no buscar ni desear más que la claridad, la evidencia de las ideas (fijas)? ¿Acaso ha llegado el momento de volver a hacer hincapié en *la técnica*? De renunciar momentáneamente a la soberanía del pensamiento para forjar *herramientas* que aprovecharán los recursos aún no explotados, las minas no exploradas. Tal vez haya que abandonar provisionalmente la contemplación serena del propio imperio para domesticar las fuerzas que podrían, desencadenadas y liberadas, conducir cabalmente al estallido de la concepción. Rodeo por *la estrategia, la táctica y la práctica*, al menos durante el tiempo necesario para ver, saber, tenerse, incluso en el propio descentramiento. El «sujeto» se anda con rodeos con la verdad, la vigila con el rabillo del ojo, oblicuamente, para intentar apropiarse de lo que ésta no puede, ya no puede decir. Abriendo, perforando las metáforas —sobre todo fotológicas— que la han constituido como tal partiendo de las premisas de la filosofía occidental: virgen, muda, y oculta en su misma revelación, conforme a una óptica que todavía es ingenuamente «natural», desde un punto de vista aún decididamente ciego, y que no sospechaba acerca de aquello que su ceguera recubría.

Sobre lo cual conviene ahora operar so pena de perderlo todo. Así, pues, ha de reanudarse la labranza de las tierras que se creían definitivamente cultivadas y que resultan estar baldías, susceptibles de producir la asfixia de cuanto echa cimientos sobre su suelo. El «sujeto» debe volver al trabajo de profundización de los cimientos, abrir más espacio para los subterráneos que aseguraban el edificio de su determinación, seguir cavando en los sótanos sobre los cuales erige el monumento de su identificación, con el fin de apuntalar de manera más estable su «residencia»: el sistema de su relación consigo mismo, la clausura de sus auto-representaciones, hogar de su exilio voluntario como «sujeto». En efecto, la estancia más familiar para el hombre se ha tornado en las/sus elaboraciones teóricas mediante las cuales ha intentado reconstruir, conforme a una imposible metaforización, lo matricial y el camino que conduciría, que devolvería al mismo. Pero, queriendo trastocar la angustia del encarcelamiento en el otro, haciendo suya la estancia misma, le vemos hecho prisionero de efectos de simetría que ya no conocen límites. Se apoya aquí y allá en las paredes de su palacio de espejos, cuyo suelo comienza además a temblar, a tambalearse. Lo que desde luego da un nuevo impulso a su actividad, incitándole a nuevas tareas que durante un cierto tiempo van a distraerle de su cautividad especular. Derivación por el fondo o los fondos de su locura, pretexto para un aumento de atención, de vigilancia, de dominio. Hay que hacer prospecciones acerca de las causas de las sacudidas, interpretar sus convulsiones sísmicas, se-ípsicas.

Pero el hombre sólo se plantea (a sí mismo) las cuestiones para las que ya tiene respuesta, dotado de los instrumentos suficientes para asimilar hasta los reverses de

su historia. Al menos esta vez va a apostar de nuevo y, salvo el añadido de algunas nuevas armas, va a hacer del inconsciente una propiedad de su lenguaje. Desconcertante, desde luego, y de resultas de la cual va a verse confundido todo cuanto él había asignado en todo momento como especificidad del sentido. Pero no es éste, al parecer, el envite más importante. Lo más urgente es asegurar la colonización del nuevo «campo», de introducirlo, no sin golpes de fuerza ni sin estrépitos, en la producción del discurso (del) mismo. Y puesto que no puede tratarse de poner en el mismo «plano/plan» [*plan*] ese hablar «extranjero», esa lengua «bárbara» con las cuales sencillamente no se puede dialogar —entiéndase, monologar consigo mismo—, ese descubrimiento va a jerarquizarse, a escalonarse. Devolverlo a un orden. Dando a veces algo más de juego al sistema, o algo menos... Las formas de aprovechamiento pueden variar, pero todas conllevan la paradoja del sometimiento a la misma representación —la de lo mismo— de cuanto se impone como *heterogéneo, otro*.

Sin embargo, que el sueño no pueda interpretarse sino como «jeroglífico» habría debido incitar a su «lector» a darle vueltas en todas direcciones, en todas las posiciones, sin privilegio de un tipo de inscripción, que prescribiría de antemano el sentido: un desplazamiento lineal, teleológicamente horizontal o vertical, sobre una superficie todavía no escrita que él marca dividiéndola conforme a reglas de repetición y de recurrencia, obedeciendo a procesos que paralizan de antemano la gestualidad del «cuerpo» en un determinado orden gráfico, etc. Por qué no haberse acordado más bien de aquellas «imágenes» de uso infantil, pictografías en las que algún cazador, o cazado(a), y sus relaciones dramáticas, tendrían que descubrirse *entre las ramas, arrancarse de entre los árboles*. Divergencias entre las figuras, los figurantes. Espaciamientos que organizan la escena, blancos que subtienden su estructuración y que sin embargo no serán leídos como tales. ¿No leídos en absoluto? ¿No vistos en absoluto? Nunca representados ni representables en realidad, lo que no quiere decir ineficaces en la escenografía presente. Sino paralizados en el olvido, y esperando para animarse. Poniendo patas arriba todos los sentidos. Si es que el sujeto-interpretante no deseaba que «ello» siga siendo un soporte para la proliferación de imágenes (de sí), telón de fondo engañoso para el mismo espectáculo, decorado para un teatro (de lo) idéntico.

Enigmas siguen siendo los sueños porque desbaratan —durante el «sueño» y para «conservarlo»— los roles que la historia ha prescrito al «sujeto» y al «objeto». Mutismo que habla sin decirlo, inercia que se mueve sin los gestos, sino con otro lenguaje, otra escritura. Pictografía, coreografía, fonografía, pornografía oníricas que suplen a la *parálisis* actual de quien todavía duerme. Y que sólo se despertar(í)á —¿tal vez?— cuando el «retoño» (?) ante tales «jeroglíficos» no deseara a toda costa «ver» otra y misma figura o forma distinta de la que ya está presente a sus ojos. Si le bastara con ser seducido, digamos, por una *doble sintaxis* sin pretender ajustar la

→
sueño
que viene
de la
memoria
del

segunda al patrón de la representación, re-presentación, de la primera. Si no estuviera «herido», amenazado de «castración» por lo no directamente vivible por él, o lo no perceptible como mismo que él. No sintiendo desde ese momento la necesidad de elaborar una nueva «teoría», enésimo instrumento de óptica, para delimitar con una segunda –o enésima– visión, protegida así por lo diferido de su técnica, las «manifestaciones» del inconsciente. Prótesis que asiste a la mirada horrorizada en la construcción laboriosa, «concienzuda», concepto tras concepto, de la racionalidad de su represión. Su pertinencia. Repitiendo sesión tras sesión, dentro de un protocolo regulado también por imperativos de visión –de rememoración– el mismo gesto de restablecimiento de la barra, de lo barrado. Permitiendo al mismo tiempo, escuchando con una benevolente neutralidad, recolectando, sobre una pequeña escena cuidadosamente circunscrita, lo proscrito. Lo pro-scrito del discurso. Pero reservándose la posibilidad de re-marcar y de «analizar» sus contornos, así como de re-escalonar los estratos, para que de ello se desprenda el orden, el «buen» orden consciente. En otro lugar.

Ahora bien, imaginemos –y qué otra cosa puede hacerse releyendo a Freud sino imaginar en respuesta, o bien confesar la propia impotencia para tomar las medidas de semejante imaginación– que el hombre, Freud en este caso, hubiera descubierta como la cosa más inaudita del mundo, y la más apasionada, como la más rigurosa científicamente, la más fiel a la materialidad de los hechos e históricamente curativa, la articulación al mismo nivel, *sin catacumbas*, de las dos (digamos) sintaxis. Irreductibles en su extrañeza, su excentricidad recíproca. Que remiten a tiempos, lugares, lógicas, «representaciones» y economías diferentes. Por otra parte, estos términos, el dos y el «diferentes», no resultan adecuados para designarlos, aunque sólo fuera porque no serían susceptibles de comparación. Lo que no haría más que reiterar un movimiento que data de hace mucho tiempo, a saber, hablar del «otro» en un lenguaje ya sistematizado por/para el mismo. Su desempate, su desmarcaje y sus articulaciones precisan de operaciones que todavía no existen, cuya complejidad, cuya sutileza sólo pueden suponerse, sin presumir resultados. Sin teleología ya en curso en alguna parte. Pero que el hombre-Freud haya preferido el juego, o incluso la justa de las dos economías a su escalonamiento jerárquico garantizado por una barrera (o dos), una censura (o dos), lleva a pensar si acaso no habría tropezado al fin con lo que para él permanece irreductiblemente «oscuro» en sus especulaciones. Con lo no visible, y por ende no teorizable, del sexo y del goce de la mujer. Con independencia de las exploraciones que intenta hacer, y que le tientan, relativas a este «continente negro», se ve siempre remitido a un cierto «horizonte» de investigación, todavía ciego e incomprensible. Y, de resultados de cuanto admite como fuera de juego del campo de su prospección sistemática –¿fuera de yo?–, Freud indica sin duda una salida de la escena *histórico-transcendental*, al mismo

Freud y lo inabarcable / inabarcable del decir de cada uno

tiempo que su teoría y su práctica perpetúan en la modalidad del enunciado o del drama de la enunciación aquella, y la misma, que esta vez llamaremos *histórico-transcendental*. Anunciando mediante esa re-marca, mediante este efecto de repetición –de re-petición de principio–, de recapitulación, y sin que llegue a saberlo, de mímica, el privilegio de su aliento. Y su jadeo.

Porque, cuando Freud reafirma la prohibición del incesto, no hace más que renunciar y reestablecer las condiciones de posibilidad de la matriz especulativa del «sujeto». Asegura sus cimientos de forma aún más «científica», más imperiosa en su «objetividad». ¿Demostración que, sin duda, él mismo necesitaba para «sublimar» en intereses más universales su deseo de su/la madre? Sin embargo, no interrogando en el/su psicoanálisis más que la historia de su sujeto, de sus sujetos, sin interpretar *las determinaciones históricas de la constitución del «sujeto» (como) mismo*, restauraba otra vez la tierra de nuevo re-primada sobre la que se yergue. Que para él, y tradicionalmente pero de manera más explícita, será el cuerpo-sexo de la madre-naturaleza con la cual se trata cabalmente de rivalizar en potencia, en productividad, recubriéndola con el techo/fondo llano* del ideal. Mediante identificación con el padre legislador, con sus nombres propios, con sus deseos de capitalización en todos los sentidos que prefieren la posesión del territorio, esto es, también la del lenguaje, al ejercicio de sus placeres, salvo el de intercambiarse mujeres –objetos fetichizados, mercancías cuyo valor avala– con sus iguales. *La proscripción del retorno, de la regresión, al vientre de la madre, pero también al lenguaje y a los sueños compartidos con ella; estos son en efecto el punto, la línea, la superficie sobre los cuales el «sujeto» va a continuar sosteniendo, progresando, desplegando su discurso e incluso llevándolo de un lado para otro.* Apenas rescatado, desembrujado de los señuelos de reconciliación de su fin con sus archivos mediante los llamamientos, resurgentes, de su comienzo. Equilibrio un poco más inestable de aquello –él– que charla. Pero, puesto que ahora conoce las razones de su trastorno... Y, después de todo, ¿se trata cabalmente en este caso de la adquisición de nuevas riquezas? Sobredeterminación, posterioridad, sueños, fantasmas, juegos de palabras... El lenguaje, recobrando por su cuenta sus/los «anexos» –también oculares, uterinos, embrionarios–, aumenta su fortuna, gana en «profundidad», en espesor, en diversidad, en multiplicación de sus procedimientos y de sus técnicas. ¿Se le creía en peligro? Mira por dónde baila, juega, se escribe más que nunca. *Se pretende incluso que es más «verdadero» que cuanto podría serlo por obra del pasado, replegado de su infancia. Conciencia embarazada más conscientemente aún por su relación con lo materno.*

* Vertimos así el juego de palabras «pla(t)fond», que reúne *plafond* [techo] y *plat fond* [fondo llano]. [N. del T.]

Mientras que «ella» llega a no poder decir que su cuerpo sufre. Desvalijada hasta de las palabras que se esperan de ella sobre esa escena inventada para escucharla. ¿En una confesión de usura del lenguaje o su denegación fetichista? Pero la histeria, al menos la que por privilegio es el destino de lo «femenino», *no tiene ahora nada que decir*. Lo que «ella» padece, lo que «ella» codicia, e incluso aquello con lo que «ella» goza, sucede en otra escena en comparación con las representaciones ya codificadas. Represión del decir, sometimiento a un inter-dicto con síntomas «jergológicos» –designación ya sospechosa de un prehistórico–, que sin duda ya no será retirado en esta historia. Salvo tal vez haciéndola entrar, sin tener en cuenta su sexo, conforme a juegos de tropos y tropismos «masculinos». Convertida a un discurso que niega la especificidad de su placer, inscribiéndolo en huecograbado, en el reverso, en negativo, censurándolo incluso, con sus certificados fálicos. Homosexualizada, pues. Tra(ns)vestida perversamente para las satisfacciones pederásticas o sodomizantes del padre-marido. Profiriendo con voz chillona reivindicaciones cuya inocuidad es demasiado evidente como para que susciten inquietud, que provocan una sonrisa. Como proporciona diversión un niño que proclama en voz alta las locas ambiciones que los adultos callan. Se conoce su ineptitud para realizarlas. Y que ella exhiba además ingenuamente sus fantasmas de poderío les sirve de re-creo en su carrera hacia el poder. Volviendo a poner en escena para ellos, conservando en reserva para ellos, en su infancia, aquello de cuanto deben apartarse un poco para atender solícitamente a la confirmación de su dominio, pero de lo que no pueden dispensarse completamente so pena de llegar incluso a perder el rumbo. Así, pues, ella imitará pitiáticamente deseos inducidos, sugerencias ajenas a su conciencia todavía amorfa, y que se claman con tanta mayor fe cuanto más lejos aún la desvían de sus intereses. Re-sometiéndose, en ese rol de doble alienante, al orden establecido, ella abandona, reniega incluso de la prerrogativa que le ha sido históricamente asignada: la inconsciencia. Ella prostituye cabalmente el inconsciente a los proyectos y proyecciones, aún presentes, de la conciencia masculina.

Puesto que, allí donde el hombre-Freud –pero también podría hacerlo la mujer, que es aquello que se le debe al hombre– habría podido interpretar lo que la sobredeterminación del lenguaje, sus efectos a posteriori, sus subsuelos de sueños y de fantasmas, sus sacudidas convulsivas, sus paradojas y contradicciones... debía a la represión, siempre sujeta a un retorno, del poder materno –del matriarcado, sirviéndonos de un punto de referencia prehistórico– pero también del devenir de la historia de la sexualidad femenina, no se obtendrá más que confirmación en comprensión y extensión del discurso (del) mismo. De esta suerte, la «mujer» viene a empotrarse, a empalarse en esta arquitectónica más poderosa que nunca. En la que ella misma se complace a veces requiriendo un reconocimiento de consciencia, e incluso una apropiación de inconsciencia, que ella no puede tener. Inconsciencia que

ella es, pero no para ella misma, sin subjetividad que pueda levantar acta de ello, reconocerla como propia. Cercana a sí misma, sin duda, pero en una ignorancia total (de sí). Reserva «sensible» para la elevación de la inteligencia, materia-soporte para la impresión de las formas, garantía de regresión posible a la percepción ingenua, representante-representativo de la negatividad (de la muerte), continente negro de sueños y de fantasmas, e incluso tímpano que repite fielmente la música, y no toda para que la serie de los desplazamientos continúe, para el «sujeto». Que ella no hará más que asegurar en su determinación, si es que pretende ahora recuperar su bien de manos de aquél: aquello –de él– en tanto que mismo elaborado a partir de ello –de ella– repudiado de la especula(riza)ción. Se tratará siempre del mismo envite. Solución de recambio que ella adoptará en el vacío de su deseo. Y con un tiempo de retraso sobre el proceso, progreso, de la historia.

Pero que, con gestos de su mano, la mujer reabra caminos en un (todavía) logos que la connota como capada, en particular y sobre todo de palabras, proscrita para la tarea salvo como prostituta al servicio de los intereses de la ideología dominante –de la hom(br)osexualidad y de sus debates con lo materno– y un cierto sentido, que sigue constituyendo también el de la historia, se verá sometido a una interrogación, revolución, inauditas. Ahora bien, ¿qué se puede hacer? Puesto que, una vez más, las palabras «sensatas» –de las que por otra parte ella sólo dispone por mimetismo– son impotentes para traducir lo que se fuerza, se clama, y se suspende, estafado, en las trayectorias crípticas del sufrimiento-latencia histórico. Entonces... Poner todo sentido patas arriba, lo de detrás delante y la cabeza a los pies. *Convulsionarlo radicalmente*, trasladarlo, reimportar las crisis que su «cuerpo» sufre en su impotencia para decir lo que le agita. Insistir también y deliberadamente sobre los *blancos* del discurso que recuerdan los lugares de su exclusión, espaciamentos que aseguran la cohesión de su *plasticidad silenciosa*, la articulación, la expansión coherente de las formas establecidas. Reinscribirlas *como desviaciones*, de otra manera y en otro lugar respecto a aquél en el que se las aguarda, como *elipses* y *eclipses* que deconstruyen las rejillas lógicas del lector-escribano, conducen al desvarío a su razón, trastornan su visión hasta provocarle, al menos, una diplopía incurable. *Desquiciar la sintaxis*, suspendiendo su orden siempre teleológico, mediante rupturas en sus hilos, cortes de corriente, averías de los interruptores, inversiones de acoplamiento, modificaciones de continuidad, de alternancia, de frecuencia, de intensidad. Que, durante mucho tiempo, ya no se pueda prever de dónde, hacia dónde, cuándo, cómo, por qué, ello pasa o no pasa; vendrá, se propagará, cambiará radicalmente de sentido, o se detendrá el movimiento. No por complejidad creciente del/de la mismo/a, por supuesto, sino por la irrupción de otros trazados del circuito, en ocasiones por la intervención de cortocircuitos, que dispersarán, difractarán, derivarán sin fin y a veces harán que la energía explote, sin retorno posible a un ori-

gen. Fuerza que ya no será canalizable con arreglo a un determinado *plan/plano*: proyección de una sola fuente, incluso en los circuitos secundarios, con efectos retroactivos.

Todo esto es válido ya para las palabras, los «términos del léxico» (como suele decirse), encadenados a su vez y en el mismo sentido. Sin embargo, aún es preciso interrogarles como revestimientos con los que el «sujeto» viste, púdicamente, lo «femenino». El cual, oculto en todas esas metáforas, sobrevalorizadoras o denigrantes, ya no sabe cómo descoser(se) de aquellos disfraces, encontrando en otro lugar un cierto placer, cargando las tintas incluso con el género chapado en oro. Pero, estando cada vez más cargada de tropos, ¿cómo podría articular algún sonido –algún «mi»– por debajo de sus caballerescos oropeles? ¿Cómo encontrar una vía, una voz, lo bastante fuerte o lo bastante fina, como para volver a atravesar esas capas de estilo ornamental, esa sepultura decorativa, en la que ella pierde hasta el aliento? Asfixiada bajo tantos aires. Para ello es preciso aún que ella quiera emerger de todas esas telas, que acceda a dejar exponer/explotar su desnudez, así como su indigencia, en el lenguaje. Para con y contra todos, también las palabras. Mientras que la necesidad imperiosa de su vergüenza, de su castidad –debidamente ceñida por el discurso conveniente–, de su decente modestia, de su discreción, no ha dejado de ser afirmada por todo el mundo. En todos los tonos, en todas las formas, en todas las teorías, todos los estilos, con la excepción de algunos matices que atraen la sospecha en su afán pornográficamente hom(br)osexual. ¿Fondo(s) común(es), según parece, de su producción?

El poder (re)productivo de la madre, el sexo de la mujer: dos envites en la proliferación de sistemas, casas cerradas para el «sujeto», y palabras-fetiché, objetos-signo cuyos títulos de verdad intentan paliar el riesgo de refundición de los valores en/por el otro. Pero, de hecho, ningún enunciado claro ni unívoco puede condonar esa hipoteca, de tal suerte que están todos prendidos, atrapados en el mismo régimen de crédito. Recuperables desde el momento en que han sido emitidos por el dispositivo signifiante empleado. Más vale además no hablar sino mediante equívocos, alusiones, sobrentendidos, parábolas, ... Aunque sean necesarias algunas precisiones. Aunque se asegure que no se ha entendido nada. De todas maneras, nunca se ha entendido nada. Entonces, ¿por qué no redoblar, hasta la exasperación, el error? Hasta que la oreja se acostumbre a otra música, hasta que la voz comience de nuevo a cantar, hasta que la misma mirada deje de quedarse con los ojos como platos ante los signos únicos de su autorrepresentación, hasta que la (re)producción deje de volver siempre a lo(s) mismo(s) y en las mismas formas, con la excepción de algunas figuras.

Esta desconcertación del lenguaje, no obstante presente títulos de anarquía, no deja por ello de exigir un paciente rigor. Por su parte, los síntomas son de una pre-

Tupac Katari

cisión implacable. Y, si cabalmente se trata de romper (con) un determinado modo de especula(riza)ción, no se ha de renunciar por ello a todo espejo, ni sustraerse al análisis de la influencia del *plan/plano* de la representación que torna afásico, y más en general atónico, el deseo femenino salvo en sus mascaradas y reivindicaciones falomorfas. Porque la finta de ese tiempo de interpretación conduce a que éste vuelva a coagularse, a perderse, a cortarse. Otra vez. Pero tal vez más allá de esa superficie especular, que soporta el discurso, se anuncia no el vacío de la nada, sino el deslumbramiento de una espeleología de innumerables facetas. Concavidad centelleante e incandescente, también del lenguaje, que amenaza de ignición a los objetos fetiche y a los ojos aurificados. Entonces la refundición de su valor de verdad ya no queda lejos. Basta seguir abriendo camino hacia abajo, descender un poco más por esa supuesta caverna oscura que sirve de fundamento hurtado a sus especulaciones. Porque allí donde debería encontrarse la matriz opaca y silenciosa de un logos inmutable en la certidumbre de sus luces comienzan en su lugar a brillar fuegos y espejos, que minan la evidencia de la razón. No tanto de su reserva de bodega –pretensión aún original del volumen cerrado– sino también, y más aún, de sus focos ardientes indefinidamente reavivados.

Ahora bien, ¿qué «sujeto» ha examinado hasta el momento el hecho de que un *espejo cóncavo* concentra la luz, y sobre todo que el sexo de la mujer no le es completamente ajeno? En la misma medida en que el sexo del hombre no lo es respecto al espejo convexo. ¿Qué «sujeto» se ha interesado por las producciones de anamorfosis que resultan de las conjunciones de tales curvaturas? ¿Qué imposibles reflejos, enloquecedoras reflexiones, paródicas transformaciones tenían lugar en cada una de sus articulaciones? Donde el «es» las anula en la verdad de una cópula de la que «él» extrae de nuevo y siempre los re-cursos de su identificación como mismo. Ninguno, pues, so pena de perder su ex-sistencia. Y, de nuevo, también en este caso, cabrá sospechar de todo intento, por más subrepticio que resulte, de centrado del sujeto, de todo circuito autónomo de la subjetividad, de toda sistematicidad ensortijada sobre sí misma, de toda clausura todavía metafísica en algún aspecto –pero también familiar, social e incluso económica– de haberse apropiado en calidad de algo y de haber fijado, y paralizado, ese foco incandescente del espejo cóncavo. Si éste –que sin embargo forma un *agujero*– se transforma en un conjunto de puntos para dar forma al orbe imaginario de un «sujeto», lo hace para defenderse fóbicamente en/por el «centro» de los fuegos del deseo de/por la mujer. Permaneciendo en una morfología tranquilizadora, haciendo de su estructura misma un cómodo sepulcro, desde el que podrá, eventualmente, mediante alguna supervivencia especulativa, mirar. Mirándose y vigilándose por todo tipo de ventanas-practicables, de aparatos ópticos, de cristales o de espejos, de/en ese «espejo ardiente» que enciende todo cuanto cae bajo su autoridad.

Pero, se habrá podido objetar ya –defendiendo de nuevo el objetivo y el objeto–, el especulo no es forzosamente un espejo. Puede ser –sencillamente... – un instrumento que *separa* los labios, las ranuras, las paredes, para que el ojo pueda penetrar en el interior. Para que pueda echar un vistazo, en particular con fines especulativos. La mujer, después de haber sido ignorada, olvidada, diversamente congelada en espectáculos, envuelta en metáforas, sepultada bajo figuras bien estilizadas, realzada en distintas idealidades, se tornaría ahora en el «objeto» a considerar, al que conceder explícitamente su consideración, y a introducir, en cuanto tal, en la teoría. Y si ese centro, que fijaba e inmovilizaba en su clausura la metafísica, era atribuido a menudo a alguna divinidad u otra transcendencia invisibles en cuanto tales, ¿se descubrirá acaso su sentido último devolviéndolo a lo visible del sexo femenino?

Sí, el ojo –incluso delegado al sexo– del hombre podrá explorar el sexo de la mujer, buscar en el mismo nuevas fuentes de beneficio. También teóricas. Con ello fetichiza adicionalmente su/el deseo. Pero la hipoteca del misterio se perpetúa, con independencia de la asistencia que hoy y desde hace poco proporciona la «histeroscopia». Puesto que, aunque el lugar del origen, lo originario, permanezca, aunque no sólo la mujer sino también la madre pueden descubrirse ante sus ojos, ¿que hará él de la exploración de esa mina? Sino usurpar un poco más un derecho de mirada sobre todo, sobre el todo, reforzando de tal suerte la usura de su deseo, precisamente allí donde, rigurosamente, cree estar trabajando para la reducción de una ilusión. Aunque fuera transcendental. Pues, ¿que habrá, qué habrán visto en esas desviaciones? ¿Y qué relatarán acerca de las mismas? Una desilusión igualmente ilusoria, donde lo transcendental conserva su secreto. Entre empírico y transcendental *una incertidumbre habrá quedado indemne*, se habrá sustraído a la prospección. El espacio-tiempo del riesgo de una consumación, de la iluminación de los fetiches. En ese fuego, en esa luz, en la debilidad óptica de cuanto resulta imposible contemplar de sus encuentros en llamas, la esquizia que funda y estructura la diferencia entre la experiencia y la eminencia transcendental, en particular fálica, se habrá abrasado también. *Ex-esquizia crisis de la diferencia óntico-ontológica.* ¿Que se deducirá como refundición de toda economía? A decir verdad, no se tiene la menor idea. Y, de insistir en ello, sólo cabe esperar lo peor. Porque cabe temer una crisis general del sistema de los valores, un hundimiento de aquellos que hoy tienen curso legal, la devaluación de su patrón y del régimen de sus monopolios.

La efusión, y la fusión, copulativa, refunde a cada éxtasis el crédito de la moneda. Renueva y redistribuye los envites válidos: entre dos crisis, dos explosiones, dos incandescencias del mineral fetiche. Y no resulta nada fácil prever si, en el juego, quien –¿el que?– haya recuperado y acumulado el mayor número de fichas será el ganador. Cabe imaginar asimismo que quien –¿la que?– se dedique a pulir su as-

Paradoja de la inversión...
especulativa

pecto [*mine*] habrá de ganar. La abrasión de los depósitos confiados a la superficie reflectante hacen que ésta resulte más susceptible de inflamar las reservas y capitalizaciones de quienes ostentan, so capa y pretexto de seducción, sus riquezas.

Pero, se objetará otra vez –en nombre de alguna otra objetualidad–, uno no se alimenta de fuegos y llamas. Tal vez. Pero tampoco de fetiches y miradas. Además, ¿cuándo dejará de confundirse el sexo de la mujer y el seno materno, de pretender que aquél no tiene más valor que el de recoger la herencia de éste? ¿Cuándo abandonará el hombre su necesidad o deseo de alimentarse con toda seguridad de su mujer-madre para ir a exhibir ante sus hermanos, sus amigos, los bellos objetos que habrá formado tomando el pecho de aquella nodriza? ¿Y/o cuándo renunciará, dando la vuelta a los roles para mejor conservarlos, a querer mantener a su mujer-retoño incapaz, según él, de presentar(se) en el mercado de trabajo? De tal suerte que el «matrimonio» se resuelve en una dialectización más o menos sutil de la relación alimenticia que apunta a conservar, para que esta economía se perpetúe, al menos la diferencia madre-retoño, productor-consumidor.

Volviendo a la mirada, él podrá explorar entonces todas las cavidades internas. Sirviéndose, sin embargo, para las más secretas, de luz y espejo suplementarios. De soles y espejos apropiados. La utilización instrumental y técnica del sol y del espejo le habrá mostrado, demostrado, que aquellas minas no contenían ningún oro. Así, pues, miradas horrorizadas ante semejante desnudez, que habrán creído que al menos toda brillantez les estaba reservada, que podían continuar especulando sin competencia. Que el crédito infantil, arcaico, otorgado a la madre todopoderosa no era más que una fábula. Ahora bien, ¿cómo desear sin ficción? ¿Y qué placer procura la acumulación de bienes sin riesgos, ni gastos?

Por otra parte, se habrá observado que lo que polariza la luz para la exploración de las cavidades internas es, de forma paradigmática, *el espejo cóncavo*. Será preciso que consiga concentrar los rayos, demasiado débiles, de la mirada, del sol, de la mirada soleada, para que llegue a aclararse el secreto de las cavernas. La técnica científica habrá recobrado las propiedades de condensación del «espejo ardiente» para traspasar el misterio del sexo de la mujer conforme a una nueva distribución desigual de los poderes del método experimental y de la «naturaleza». ¿Una nueva desespecularización de lo materno y de lo femenino? Cientificidad de la ficción que intenta exorcizar los desastres del deseo, que lo mortifica analizándolo desde todos los puntos de vista, pero que a su vez lo deja intacto. En otro lugar. Todavía ardiente.



Kόρη: joven virgen - pupila del ojo

En lo que atañe a la producción de las imágenes en los espejos y en todas las superficies lisas, su comprensión no ofrece la menor dificultad. En efecto, de las relaciones que mantienen entre sí el fuego interior y el fuego exterior, que de repente se unen en la superficie lisa y se invierten de muchas maneras, resultan necesariamente todas las apariencias de este tipo: así, el fuego emitido por el rostro se combina en la superficie lisa y brillante con el fuego emanado de la visión. Ahora, en este caso, la derecha parece la izquierda, porque los lados opuestos del rayo visual entran en contacto con los lados correspondientes del objeto, contrariamente a lo que sucede normalmente en la emisión; pero, por el contrario, la derecha sigue siendo la derecha y la izquierda la izquierda cuando la luz del objeto, combinándose con la del ojo, da la vuelta a su posición respecto a éste: esto sucede cuando la superficie lisa del espejo, levantándose por ambas partes, devuelve la luz procedente de la derecha sobre el lado izquierdo del rayo visual, y viceversa. Puesta horizontalmente en relación con el rostro, esa misma concavidad hará que aparezca completamente invertido, reflejando lo que está abajo hacia arriba e, inversamente, lo que está arriba hacia abajo.

Platón

Sin embargo, todo se habrá intentado para que el ojo, al menos el ojo, no sea destruido por los fuegos del deseo. La sabiduría, enseña, en sus comienzos, a no mirar al sol «de cara» por miedo a que se consuma la membrana que cubre el fondo del ojo, pantalla para la proyección, y producción, de formas en su cámara oscura. Encontrar una economía de la luz sin riesgo de combustión, de muerte en el deslumbramiento, marca el umbral de entrada en la filosofía. Y si el sol, aun en sus eclipses, no debe ser observado sino *de forma diferida mediante un espejo* so pena de perder la vista, entonces el alma será el dispositivo reflector suplementario que ayuda a la mirada en la contemplación del Bien. Rigurosamente imposible de contemplar por parte de un mortal.

(X)

Pero la contigüidad voraz de la luz será evitada otra vez dirigiendo la atención únicamente sobre las formas. La visión se protege del riesgo de ceguera utilizando el día para la percepción exacta de los «entes» y el cálculo de sus relaciones y cuentas respecto a su inscripción ideal en la ψυχή [alma, psique]. La visión recta es aquella que sin duda mira a la cara pero por la mediación de dispositivos ópticos interpuestos que impiden todo *tocar* de/a la luz. La razón –que se seguirá llamando luz natural– resulta de montajes especulares que aseguran una constante luminosidad, desde luego, pero que esclarece *fríamente*, sin resplandores. La exactitud eterna de lo bien visto, de lo justamente percibido, ya no conoce la noche, pero tampoco los fuegos del mediodía. La ἐπιστήμη [saber, ciencia] comienza a acordelar, a medir, a calcular a partir de *sombras proyectadas* por/sobre superficies, pantallas y soportes. Y las formas (que se traducen casi siempre con el nombre de Ideas) no serán determinadas como tales –en su presencia, su esencia– sino por la luz que habrán captado, detenido, en sus perfiles. Que se imponen con tanta mayor fuerza, y se tornan por ende más memorables, cuantos más obstáculos, recortes, hayan puesto a una brillantez más fuerte. Huellas delimitadas con arreglo a su luminiscencia. Su impacto, su contacto, es –al menos implícitamente– calificado de demasiado sensible, demasiado material, para que lo inteligible encuentre en ello el principio de sus beneficios. Envite demasiado corruptible, demasiado inconstante e inconsistente, para establecer la permanencia de la relación consigo mismo y con el Todo.

Y el sol en su incandescencia, el sol que conjugándose con un espejo ardiente –y que, además, puede sostener la ficción de haberlo tragado, entrometido, siempre de antemano, en su autocombustión– prende fuego a la flota de todo un pueblo, debe perder su estatuto de modelo para la elaboración de las leyes eternas de la Ciudad. Este «hijo» está aún demasiado cerca de la tierra-madre, demasiado atrapado en la órbita de su universo de pasiones, de aproximaciones, de contactos, para poder servir de patrón de las especulaciones ideales del padre. Que haya indicado, indiciado, algo de su potencia, contribuyendo además a los fundamentos aún empíricos de la ciencia, no deja de exigir que, en un determinado momento, vuelva a caer por debajo del horizonte para no perturbar con sus rayos, arreboles ardientes e intermitentes, la verdad –la ἀλήθεια– inmutable en su candor virginal del λόγος [logos]. Palabras del Padre cuya evidencia exige una reflexión mesurada y armoniosa, sin faros ni eclipses, de cada parte en el todo. Este reparto riguroso de cada parcela de claridad, de la que no se retendrá más que la *información*, es asegurada por series de espejos –pero también de filtros, de lentes, de parafragmas, de cámaras oscuras, de pantallas de proyección y reproducción,... –que dividen el «ser» en fragmentos apropiados para cada «ente»: espejo del Bien, origen de todas las especula(riza)ciones; espejo del alma, que difiere con arreglo al grado de sabiduría de cada existencia; donde este ψυχή cuenta con la ayuda del espejo adivinatorio del hígado; espe-

DWA Cosmogonía "2" Paulina

Toda y particularidad...
Esp...
...
jo del ojo cuyo punto central de visión –la κόρη– es el que con mayor pureza refleja; espejo del flujo vocal, de la «corriente» de la voz en la que se reflejan las imágenes de los juicios,... Toda una jerarquía de κάτοπτρον [lo visible] hiela los ardores luminosos hasta llegar a reducir las impresiones sensibles, e incluso visibles, susceptibles de provocar variaciones en la percepción de las «formas», de tornarlas móviles, desasidas de su persistencia eidética. ¿Su fuente misma no es acaso un espejo?

Con ello no se afirma que no haya que desconfiar de las propiedades de los espejos. Que no haya que estigmatizar a los falsarios que se sirven de ellos para crear «falsos» entes, «apariencias ilusorias». Que no haya que insistir, además, en el hecho de que uno puede ser confundido con el otro en la *inversión* que aquellos realizan. La especificidad del *espejo cóncavo* en este orden de cosas llega incluso a subrayarse: con una generatriz vertical no invierte las coordenadas habituales de la visión. Así, pues, ¿el hombre no se vería en el mismo como ve a todos los demás, como otro sí mismo reflejado? ¿La identificación «como» mismo sería imposible? ¿La intervención de la simetría ininterpretable? Con una generatriz horizontal, en cambio, le reproduciría *cabecera abajo*. En cuanto a sus cualidades incendiarias, nada se dice al respecto.

Por otra parte, las precisiones aportadas sobre las cualidades ópticas de los espejos no son sistemáticamente extendidas al estatuto del ente mismo. En cierto modo, se niega el hecho de que este se presente siempre de antemano estremecido, restañado, distintamente reflejado y reflectante. La Idea pretende ser real, sin artificio especular. Sin embargo, la organización del mundo es de cabo a rabo μίμησις [mimesis]; la vero-similitud hace la ley. ¿Proceso universal de aprovechamiento, a su vez defensivo, de la luz? ¿Homocromía, homotipias, que exorcizan sus poderes? ¿Se protegen de su potencia de iluminación, de difusión, de contigüidad, de engendramiento, de transformación?... ¿De calentamiento? La φύσις [fisis] se apropia por (su) espejismo, no por (su) deslumbramiento. Ella se comprende paralizándose/la, no abrazándola/se. Y los nombres que se va a empezar a darle serán otros tantos cortes –geométricos, aritméticos, lógicos...– practicados en su suelo y mediante los cuales ella se relacionaría de forma distinta consigo misma. ¿El hombre la predicaría diferentemente de sí mismo? ¿Revelación de la ἀλήθεια en la enumeración de sus atributos? ¿De tal suerte que el «ser» quedaría como la reserva de brillantez en la que se ex-tasía la razón, el logos del filósofo?

Ahora bien, ¿el ser que resiste, desde allende el cielo, al examen cara a cara, el ser mismo ha de interpretarse aquí como remisión al infinito de la luz? ¿Su condensación en/por algún «espejo ardiente» en el que Dios se contemplaría en su espléndida unidad, llegando a confundirse hasta la discriminación de sus atributos (como) mismos? ¿O el ser sería la reunión, extrapolada de todos los espectáculos, de los puntos ciegos por/en los cuales el ojo –del alma también– (se) refleja sin ver(se)? Esta especularización de la visión de/en el otro que el hombre no puede percibir en

Hombre: el espejo de la especularización

el instante en que se produce, en que ella le produce. Agujeros por/en los cuales él (se) mira, y que la revelación de la Verdad omite en sus presupuestos ontológicos. Ser, pues, que está ya bajo el dominio de una economía especulativa y que es como su *desecho* si aquello a lo que el hombre pretende aspirar como último bien es lo real de todo ente más allá de su constitución como/en aparecer. ¿El Ser es aún monopolio de la luz, peligrosa en su fulgor para la mirada siempre sensible de los mortales, o de antemano –siempre de antemano– principio de la capitalización de apariencias? Causa última y primera, pero clausurada en su invisible secreto, de su proliferación en el ideal. «Origen» que/al que recubre, y oculta, y mantiene en su no aparición final en cuanto tal, en su hurtarse último a la percepción inteligible que sin embargo funda, el misterio –el histerio– del Ser? Que ninguna mirada, por más filosóficamente que se ejerza, habrá hecho salir de su cripta. Apenas el más sabio habrá tenido del mismo, en momentos de elevación suprema, de amorosa contemplación del Bien –¿o de lo Bello?– una «intuición» difícilmente traducible.

Así, pues, hasta este momento el hombre no ha tenido todavía *en su seno* la plenitud del «Ser», sino que toda una instrumentalidad teórica –geométrica, matemática, discursiva, dialógica,...–, toda una técnica filosófica e incluso una práctica artística, comienzan a ser empleadas para que como resultado se constituya una *matriz de apropiación*. Y lo que de antemano él connota como «natural», «más» natural, es transformado –re-cuartado, re-partido– por sus especulaciones. Proyecto admitido además como posible pero de forma muy marginal, ignorado en toda su extensión y del que «él» no habla sino con el tono de un conjuro: «[...] si quieres, con un espejo en la mano» –¿y en el alma?– «lo haces girar hacia todos los lados : pronto harás el sol y lo que hay en el cielo, pronto la tierra, pronto a ti mismo y a todos los animales, plantas y artefactos, y todas las cosas de que acabo de hablar»*.

En el índice de las obras de Platón: la mujer**

Alcibiades, 120 b: Sócrates: «Pues no, amigo mío, no. Es a Midias, el criador de codornices, al que debes dirigirte, y con él a los demás de su especie, que se lanzan a la política, llevando todavía en el alma, como dirían las mujeres, “la tonsura de los esclavos”, completamente incultos, completamente impregnados de sus taras originales; gente que han venido, sin saber ni siquiera hablar griego, para adular a la ciudad y no para gobernarla».

* Platón, *República* 596d-e. [N. del T.]

** Citas conforme a la traducción francesa de G. Budé [ed. cast., Platón, *Obra Completa*, Madrid, Gredos, 2003]. [N. del T.]

Apología de Sócrates 35a-b: «Ahora, yo considero que [esos hombres] deshonoran la ciudad: harían pensar a un extranjero que los atenienses que se distinguen por su mérito, aquellos que sus conciudadanos eligen de entre todos para confiarles magistraturas y honores, tienen menos valor que las mujeres.»

Gorgias 511e: «[...] por este gran beneficio de haber salvado lo que acabo de decir, nuestra vida, nuestros hijos, bienes y mujeres [...].»

Gorgias 512e: «Pues, ciertamente, el vivir mucho o poco tiempo no debe preocupar al que, en verdad, es hombre, ni debe éste tener excesivo apego a la vida, sino que, remitiendo a la divinidad el cuidado de esto y dando crédito a las mujeres, que dicen que nadie puede escapar a su destino, [...].»

Menón 99d: «Y también las mujeres, Menón, llaman divinos a los hombres de bien.»

Fedón 60a: «[...] en cuanto nos vio Jantipa se puso a gritar, como acostumbran a hacer las mujeres [...] Sócrates, dirigiendo una mirada a Critón le dijo: “Critón, que alguien se la lleve a casa”.»

Fedón 116b: «[...] mandó retirarse a las mujeres y a los niños, y él vino hacia nosotros». (Para morir.)

Fedón 117d: «¿Qué hacéis, sorprendentes amigos? Ciertamente por ese motivo despedí a las mujeres, para que no desentonaran. Porque he oído que hay que morir en un silencio ritual.»

El Banquete 176e: «Pues bien –dijo Erixímaco–, ya que se ha decidido beber la cantidad que cada uno quiera y que nada sea forzoso, la siguiente cosa que propongo es dejar marchar a la flautista que acaba de entrar, que toque la flauta para sí misma o, si quiere, para las mujeres de ahí dentro, y que nosotros pasemos el tiempo de hoy en mutuos discursos.»

El Banquete 179b-e: «Por otra parte, a morir por otro están decididos únicamente los amantes, no sólo los hombres, sino también las mujeres. Y de esto también la hija de Pelias, Alcestis, ofrece suficiente testimonio ante los griegos en favor de mi argumento, ya que fue la única que estuvo decidida a morir por su marido, a pesar de que éste tenía padre y madre, a los que aquella superó tanto en afecto por amor, que les hizo aparecer como meros extraños para su hijo y parientes sólo de nombre. Al obrar así, les pareció, no sólo a los hombres, sino también a los dioses, que había realizado una acción tan hermosa, que, a pesar de que muchos han llevado a cabo muchas y hermosas acciones y el número de aquellos a quienes los dioses han concedido el privilegio de que su alma suba del Hades es realmente muy pequeño, sin embargo, hicieron subir la de aquella admirados por su acción. ¡Así también los dioses honran por encima de todo el esfuerzo y el valor en el amor! En cambio, a Orfeo, el hijo de Eagro, lo despidieron del Hades sin lograr nada, tras haberle mostrado un fantasma de su mujer, en cuya búsqueda había llegado, pero sin

entregársela, ya que lo consideraban un pusilánime, como citaredo que era, y no se atrevió a morir por amor como Alcestris, sino que se las arregló para entrar vivo en el Hades. Ésta es, pues, la razón por la que le impusieron un castigo e hicieron que su muerte fuera a manos de mujeres.»

El Banquete 180d-181e: «Todos sabemos, en efecto, que no hay Afrodita sin Eros. Por consiguiente, si Afrodita fuera una, uno también sería Eros. Mas como existen dos, existen también necesariamente dos Eros. ¿Y cómo negar que son dos las diosas? Una, sin duda más antigua, y sin madre, es hija de Urano, a la que por esto llamamos también Urania; la otra, más joven, es hija de Zeus y Dione, y la llamamos Pandemo. En consecuencia, es necesario también que el Eros que colabora con la segunda se llame, con razón, Pandemo y el otro Uranio. Bien es cierto que se debe elogiar a todos los dioses, pero hay que intentar decir, naturalmente, lo que a cada uno le ha correspondido en suerte. Toda acción se comporta así: realizada por sí misma no es de suyo ni hermosa ni fea, como, por ejemplo, lo que hacemos nosotros ahora, beber, cantar, dialogar. Ninguna de estas cosas en sí misma es hermosa, sino que únicamente en la acción, según como se haga, resulta una cosa u otra: si se hace bien y rectamente resulta hermosa, pero si no se hace rectamente, fea. Del mismo modo, pues, no todo amor ni todo Eros es hermoso ni digno de ser alabado, sino el que nos induce a amar bellamente.

Por lo tanto, el Eros de Afrodita Pandemo es, en verdad, vulgar y lleva a cabo lo que se presente. Éste es el amor con el que aman los hombres ordinarios. Tales personas aman, en primer lugar, no menos a las mujeres que a los mancebos; en segundo lugar, aman en ellos más sus cuerpos que sus almas y, finalmente, aman a los menos inteligentes, con vistas sólo a conseguir su propósito, despreocupándose de si la manera de hacerlo es bella o no. De donde les acontece que realizan lo que se les presente al azar, tanto si es bueno como si es lo contrario. Pues tal amor proviene de la diosa que es mucho más joven que la otra y que participa en su nacimiento de hembra y varón. El otro, en cambio, procede Urania, que, en primer lugar, no participa de hembra, sino únicamente de varón —y es éste el amor de los mancebos—, y, en segundo lugar, es más vieja y está libre de violencia. De aquí que los inspirados por este amor se dirijan precisamente a lo masculino, al amar lo que es más fuerte por naturaleza y posee más inteligencia. Incluso en la pederastia misma podría uno reconocer también a los auténticamente impulsados por este amor, ya que no aman a los muchachos, sino cuando empiezan ya a tener alguna inteligencia, y este hecho se produce aproximadamente cuando empieza a crecer la barba. Los que empiezan a amar desde entonces están preparados, creo yo, para estar con el amado toda la vida y convivir juntos, pero sin engañarle, después de haberle elegido cuando no tenía entendimiento por ser joven, y abandonarle desdeñosamente corriendo detrás de otro. Sería preciso, incluso, que hubiera una ley que prohibiera enamo-

Amor en Platón

rarse de los mancebos, para que no se gaste mucha energía en algo incierto, ya que el fin de estos no se sabe cuál será, tanto en lo que se refiere a maldad como a virtud, ya sea del alma o del cuerpo. Los hombres buenos, en verdad, se imponen a sí mismos esta ley voluntariamente, pero sería necesario también obligar a algo semejante a estos amantes vulgares, de la misma manera que les obligamos, en la medida de nuestras posibilidades, a no enamorarse de las mujeres libres.»

El Banquete, 191 b: «Y cada vez que moría una de las mitades y quedaba la otra, la que quedaba buscaba otra y se enlazaba con ella, ya se tropezara con la mitad de una mujer entera, lo que ahora precisamente llamamos mujer, ya con la de un hombre [...]»

Menéxeno, 238 a: «Pues bien, nuestra tierra y, al propio tiempo, madre nos da una prueba convincente de que ha engendrado hombres: sólo ella en aquel tiempo produjo, la primera, un alimento idóneo para el hombre, el fruto del trigo y la cebada, con el cual se alimenta el género humano de la manera mejor y más bella, por haber engendrado en realidad ella misma este ser. Y este tipo de pruebas conviene admitirlas más para la tierra que para la mujer: no ha imitado, en efecto, la tierra a la mujer en la gestación y en el alumbramiento, sino la mujer a la tierra.»

Crátilo 414a: «[...] *gyné* (mujer) me parece que tiene que ver con “generación” (*goné*). Lo “femenino” (*thély*) parece que ha recibido su nombre a partir de la *mama* (*thél?*)».

Crátilo 418b: «SÓCRATES – Te diré. Ya sabes que nuestros antepasados empleaban mucho la *i* y la *d*, y sobre todo las mujeres, que son precisamente las que conservan la lengua primitiva.»

Crátilo 430d-431c:

«SÓCRATES – Veamos, pues (quizá no alcanzo a ver qué es exactamente lo que dices y podrías llevar razón): ¿es posible atribuir y asignar ambas clases de imitaciones –tanto las pinturas como los nombres aludidos– a las cosas de las que son imitaciones? ¿O no?»

CRÁTILLO – Es posible.

SÓCRATES – Antes que nada, examina esto otro: ¿podría atribuirse a un hombre la imagen de un hombre y a una mujer la de una mujer e, igualmente, en los demás casos?»

CRÁTILLO – Desde luego.

SÓCRATES – ¿Y lo contrario: el de un hombre a una mujer y el de una mujer a un hombre?»

CRÁTILLO – También esto es posible.

SÓCRATES – ¿Acaso son correctas ambas atribuciones? ¿O una de ellas?»

CRÁTILLO – Una de ellas.

SÓCRATES – Supongo que la que atribuye a cada uno la que le es propia y semejante.

CRÁTILLO – También yo lo supongo.

SÓCRATES – Entonces, para que no entablemos una combate verbal tú y yo que somos amigos, acéptame lo que te digo: esta atribución, amigo mío, es la que yo llamo correcta en ambas imitaciones –la pintura y los nombres–, y en el caso de los nombres, además de correcta, verdadera. En cambio, a la otra, la atribución y asignación de lo desigual, la califico de incorrecta y falsa cuando se trata de nombres.

CRÁTILLO – ¡Cuidado, Sócrates, no vaya a ser que esto suceda con las pinturas –la atribución incorrecta–, pero no con los nombres, sino que la correcta sea siempre inevitable!

SÓCRATES – ¿Qué quieres decir? ¿En qué se distingue ésta de aquélla? ¿Acaso no es posible acercarse a un hombre cualquiera y decirle: «éste es tu dibujo», y enseñarle, si acaso, su retrato o, si se terciá, el de una mujer? Y con «mostrarle» quiero decir «someter a la percepción de sus ojos».

CRÁTILLO – Desde luego.

SÓCRATES – ¿Y qué si nos acercamos de nuevo a este mismo hombre y le decimos: «éste es tu nombre»? pues, sin duda, también el nombre es una imitación como la pintura. Me refiero, pues, a lo siguiente: ¿no sería acaso posible decirle: «éste es tu nombre», y después, someter a la percepción de su oído, si acaso, la imitación de aquél, diciendo que es un *hombre*, o si se terciá, la de la parte femenina del género humano, diciendo que es una *mujer*? ¿No piensas que ello es posible y que sucede a veces?

CRÁTILLO – Estoy dispuesto, Sócrates, a aceptarlo. Sea así.

SÓCRATES – Y haces bien, amigo mío, si ello es así. Ya no hay que discutir en absoluto sobre esto. Por consiguiente, si hay tal atribución también en este punto, a una de ellas nos proponemos llamarla «decir verdad» y a la otra «decir falsedad». Mas si ello es así, si es posible atribuir incorrectamente los nombres y no asignar a cada cosa lo que le corresponde, sino a veces lo que no le corresponde, sería posible lo mismo con los verbos. Y si es posible disponer así nombres y verbos, a la fuerza también las oraciones, pues las oraciones son, según pienso, la combinación de éstos.

República I, 329c: «¿Cómo eres, Sófocles, en relación con los placeres sexuales? ¿Eres capaz aún de acostarte con una mujer?» Y él respondió: «Cuida tu lenguaje, hombre; me he liberado de ello tan agradablemente como si me hubiera liberado de un amo loco y salvaje».»

República II, 360b: «En cuanto se hubo cerciorado de ello, maquinó el modo de formar parte de los que fueron a la residencia del rey como informantes; y una vez allí sedujo a la reina, y con ayuda de ella mató al rey y se apoderó del gobierno.»

República III, 387e-388a: «En tal caso, será correcto que eliminemos los lamentos de los varones de renombre, y que los refiramos a las mujeres –y no a aquellas

que son valiosas— y a los hombres viles, de modo que, a quienes decimos que hemos de educar para la vigilancia del país, les desagrada parecerse a estos».

República III, 395d-e: «No toleraremos, pues, que aquellos por los cuales debemos preocuparnos, y que se espera que lleguen a ser hombres de bien, si son varones, imiten a una mujer, joven o anciana, que injuria a su marido o desafía a los dioses, con la mayor jactancia porque piensa que es dichosa, o bien porque está sumida en infortunios, penas y lamentos. Y mucho menos que representen a una mujer enferma o enamorada o a punto de dar a luz.»

Los límites de la representación en la educación de los hombres pasan en conjunto por una

República III, 398e: «¿Y cuáles son esas armonías quejumbrosas? Dímelo, ya que eres músico.

– La lidia mixta, la lidia tensa y otras similares.

– Entonces, éstas deben ser suprimidas; no son útiles, en efecto, ni siquiera para mujeres que se hagan acreedoras al respeto; y menos aún para los hombres».

República IV, 431b-c: «Dirige ahora tu mirada hacia nuestro Estado, y encontrarás presente en él una de esas dos situaciones, pues tendrás derecho a hablar de él calificándolo de “dueño de sí mismo”, si es que debe usarse la calificación de “moderado”, y “dueño de sí mismo” allí donde la parte mejor gobierna a la peor.

– Al mirarlo, veo que tienes razón.

– Claro que en él se puede hallar una multiplicidad de deseos de toda índole, de placeres y de sufrimientos, sobre todo entre los niños, las mujeres y los sirvientes y en la multitud de gente mediocre, aunque sean llamados “libres”.»

República V: Habría que citar una gran parte del libro; se extraerán algunos fragmentos que indican que en la ciudad ideal la mujer participará en las mismas funciones que el hombre, como guardiana del Estado. Pero, aparte de que las realizará *menos bien*, habida cuenta de la inferioridad de su naturaleza, ella sólo accederá a las mismas en tanto que es *misma* que el hombre. Todo lo cual habrá de exigir un largo debate —al que habría que remitirse— sobre la definición de lo mismo y de lo diferente en la naturaleza.

Sobre la superioridad de los hombres en la República

451b-c: «Pero tal vez sea correcto proceder así: que una vez completada la actuación masculina, se cumpla a su vez la femenina, máxime dada tu exhortación.»

451d-e: «Sigamos con la comparación, entonces, y démosles [a las mujeres] la generación y la crianza de modo similar, y examinemos si nos conviene o no [...] En este sentido: deben participar en la vigilancia junto con éstos [los varones], o bien ellas quedarse en casa, como si estuvieran incapacitadas por obra del parto y crianza de los cachorros, mientras ellos cargan con todo el trabajo y todo el cuidado del rebaño?

– Deben hacer todo en común, excepto que las tratemos a ellas como más débiles, y a ellos como los más fuertes.»

451e: «Pues entonces, si hemos de emplear a las mujeres en las mismas tareas que a los hombres, deben enseñárseles las mismas cosas.»

452a: «Pero, ¿qué es lo más ridículo que ves en ellas? ¿No es obviamente el hecho de que las mujeres hagan gimnasia desnudas en la palestra junto a los hombres?»

454d-e: «Y en el caso del sexo masculino y del femenino, si aparece que sobresalen en cuanto a un arte o a otro tipo de ocupación, diremos que se ha de acordar a cada uno lo suyo, pero si parece que la diferencia consiste en que la hembra alumbraba y el macho procrea, más bien afirmaremos que aún no ha quedado demostrado que la mujer difiere del hombre en aquello de lo que estábamos hablando, sino que seguiremos pensando que los guardianes y sus esposas deben ocuparse de las mismas cosas.»

455b-e: «[...] ¿no decías que el hombre bien dotado para algo difiere del poco dotado en que el primero aprende fácilmente, el otro con dificultad, y en que uno, tras breve aprendizaje, se torna capaz de descubrir mucho más de lo que ha aprendido, mientras el otro, con una instrucción larga y mucho estudio, no puede retener lo que se le ha enseñado, y en que, en tanto que los miembros del cuerpo del primero son servidores adecuados de su espíritu, los del segundo lo contrarian? ¿Es por esas cosas o por otras por lo que distinguías al hombre bien dotado para algo del poco dotado? [...]

¿Conoces alguna de las actividades que practican los seres humanos donde el sexo masculino no sobresalga en todo sentido sobre el femenino? ¿O nos extendemos hablando del tejido y del cuidado de los pasteles y pucheros, cosas en las cuales el sexo femenino parece significar algo y en la que ser superado sería lo más ridículo de todo?

—Dices verdad —contestó Glaucón—, pues podría decirse que un sexo es completamente aventajado por el otro en todo. Claro que muchas mujeres son mejores que muchos hombres en muchas cosas; pero en general es como tú dices.

—Por consiguiente, querido mío, no hay ninguna ocupación entre las concernientes al gobierno del Estado que sea de la mujer por ser mujer del hombre en tanto hombre, sino que las dotes naturales están similarmente distribuidas entre ambos seres vivos, por lo cual la mujer participa, por naturaleza, de todas las ocupaciones, lo mismo que el hombre; sólo que en todas la mujer es más débil que el hombre.»

456b: «Elegiremos, entonces, mujeres de esa índole para convivir y cuidar el Estado en común con los hombres de esa índole, puesto que son capaces de ello y afines en naturaleza a los hombres.»

457a: «Deberá entonces desvestirse a las mujeres de los guardianes, de modo que se cubran con la excelencia en lugar de ropa, y participarán de la guerra y de las demás tareas relativas a la vigilancia del Estado, y no harán otra cosa, pero las más livianas de estas tareas han de confiarse más a las mujeres que a los hombres, dada la debilidad de su sexo.»

457b-c: «En esto, pues, hemos esquivado algo así como una ola, al hablar de la ley de las mujeres, de modo que no hemos sido completamente inundados por ella, prescribiendo que tanto nuestros guardianes como nuestras guardianas deben ejercer en común todas sus ocupaciones; incluso de algún modo el argumento ha convenido consigo mismo en que dice cosas posibles y provechosas.

– Y por cierto, no es pequeña la ola que esquivaste.»

457d: «[...] todas estas mujeres deben ser comunes a todos estos hombres, ninguna cohabitará en privado con ningún hombre; los hijos, a su vez, serán comunes, y ni el padre conocerá a su hijo ni el hijo a su padre.»

458c-d: «[...] tú, que eres su legislador, tal como seleccionaste a los hombres, así has de seleccionar a las mujeres, y se las darás, tanto cuanto sea posible, de naturaleza similar. Y ellos, al tener casa en común y comida en común, sin poseer privadamente nada de esa índole, vivirán juntos, entremezclados unos con otros, en los gimnasios y en el resto de su educación, y por una necesidad natural, pienso, serán conducidos hacia la unión sexual. ¿O no te parece que digo cosas necesarias?

– Pero no necesidades geométricas sino eróticas, que pueden ser más agudas que aquellas respecto del persuadir y atraer a la mayoría de la gente.»

458e: «Así es. Pero después de eso, Glaucón, que se unan irregularmente unos con otros o hagan cualquier otra cosa, sería sacrílego en un Estado de bienaventurados, y no lo permitirán los gobernantes [...] Es patente, pues, que conformaremos matrimonios sagrados en cuanto sea posible. Y serán sagrados los más beneficiosos.»

459d-e: «En vista de lo que ha sido convenido, es necesario que los mejores hombres se unan sexualmente a las mejores mujeres la mayor parte de las veces; y lo contrario, los más malos con las más malas; y hay que criar a los hijos de los primeros, no a los de los segundos, si el rebaño ha de ser sobresaliente. Y siempre que sucedan estas cosas permanecerán ocultas excepto a los gobernantes mismos, si, a su vez, la manada de los guardianes ha de estar, lo más posible, libre de disensiones.»

460c: «Estos magistrados se encargarán también de la crianza, y de conducir a las madres a la guardería cuando estén con los pechos henchidos, poniendo el máximo ingenio para que ninguna perciba que es su hijo [...]»

Timeo 42b-c: «Y el que hubiera vivido bien, el tiempo adecuado, volvería de nuevo a la morada del astro al que está destinado y allí tendría una vida feliz y parecida a la del astro. Por el contrario, si llegara a errar su objetivo, se metamorfosearía, cobrando, en su segundo nacimiento, la naturaleza de una mujer. Y, a través de esas metamorfosis, si persistiera en su malicia, conforme a la manera en que hubiera pecado, sería siempre semejante a su vicio, transformado en animal.»

Timeo 78d: «Esa piel se ha formado por la acción de estas causas accesorias, pero ha sido dispuesta así también por la sabiduría, que es la causa más elevada en lo que atañe a cuanto habrá de suceder en el futuro. En efecto, que de los hombres de

bieran nacer un día las mujeres y los otros animales, los que nos han construido lo sabían.»

Timeo 90e: «Aquellos varones que eran cobardes y habían llevado mala vida al parecer se transformaron en hembras en su segundo nacimiento. Y fue en aquellos tiempos y por ese motivo que los Dioses formaron el amor del encuentro sexual».

Carta VIII 355c: «Pero llamar felices a los ricos es de por sí penoso, y un discurso estólido, propio de mujeres y de niños, y que vuelve igualmente estólidos a los que creen en el mismo.»

¿Cómo concebir una niña?

Además el retoño tiene forma femenina, y la mujer se parece a un varón estéril.

Pero el sujeto del deseo es la ὄλη, al igual que una hembra desea a un macho y el feo al hermoso, salvo que aquella no es fea en sí sino por accidente.

Lo que indica además que la hembra no expulsa esperma como el macho y que el producto no es una mezcla de los dos es que a menudo la hembra concibe sin haber experimentado placer durante el coito; y cuando, por el contrario, su placer no ha sido menor, y el macho y la hembra han ido acompañados, no hay germinación si la salida de lo que se denomina la menstruación no se produce adecuadamente.

Porque la naturaleza de la menstruación pertenece al dominio de la materia prima (πρώτη ὄλη).

Aristóteles

Pero, por cierto, ¿qué es el fuego? Un cuerpo simple, una sustancia elemental, predicable de determinadas cualidades. ¿Y la luz? La actualidad de la transparencia para determinados cuerpos que potencialmente lo son: el aire, el agua, y numerosos sólidos. Aquello sobre cuyo tratamiento todavía se extasiaba el filósofo en los comienzos de la επιστήμη [*episteme*], basta con devolverlo a un análisis científico riguroso para retirarle el aumento de poder que genera. Basta con relocalarlo, en su debido lugar, en una teoría general del ser para reducir la fascinación que provoca.

Ahora bien, ¿y la «materia prima»? Ese incognoscible y que no posee existencia en sí, ¿qué es? ¿Lo que se sustrae así a la cuestión del τὸδε τί [éste qué] no sería el devenir (del) cuerpo de/en la madre? ¿El devenir φύσις [fisis] siempre constituido

de antemano como ὑποκειμενον [*hypokeimenon*/cuanto subyace] para la definición de la sustancia del hombre? Esa co-corporeidad con la madre que no conoce aún movimiento(s) estrictamente propio(s), ni intervalos decidibles, delimitaciones entre, pero tampoco, en términos rigurosos, medida del continente ni del medio ambiente ni del contenido, ni tampoco de sus relaciones. Indeterminable, pues, en forma alguna. Fusión, confusión, transfusión, de materia(s), de los cuerpos-materias, donde incluso lo elemental escaparía de una caracterización irrevocable. Donde el mismo y lo otro no habrían encontrado aún su sentido.

Impredicabilidad de la (pr)esencia del «comienzo» del que va a surgir, existir el ente reclamándose de su progenitor varón que ya disfruta de una forma específica. Y si nos remontamos a las causas de la generación, del deseo y del amor a Dios de ese padre: «origen» de pura propiedad. Para la cual lo inteligible será identificado con la intelección sin aporía posible procedente de lo ilimitado de una «materia prima» gracias a su eterna y perfecta autonomía. Ser ajeno a toda génesis. Separado desde siempre de lo por venir de su formación. Y, con todo, plenitud en acto que jamás se arranca de suelo alguno (del) pasado. Actividad que nunca habría tenido que transformar (su) potencia con vistas a algún fin –puesto que él siempre ha sido el ser en sí realizado. Y que tampoco se mueve en *ningún lugar* (todavía) natural, que no comprende en sí, ni se desplaza en *extensión alguna* en la que insistiera aún su cuerpo en/con el de su madre-materia.

Y si el Dios –principio absoluto (de sí)– *es* en la pureza misma de la/su concepción, podrá de esta suerte servir de paradigma –aun desde su recogimiento allende el cielo– para la representación de todo ente, incluso del doblemente aporético del feto en el vientre materno. Su forma siempre distinguida de antemano, la precedencia de su diferenciación respecto a lo (la) que la porta, encuentran un aval irrefutable en este Inengendrado que le produce de manera más originaria. Con ello no se afirma que él no tenga siempre que comenzar de nuevo a definir su sustancia en tanto que sometida al devenir, en particular de la generación. Pero una primera determinación, y más arcaica que su comienzo mismo, le es en lo sucesivo atribuida en la relación con su principio, con su τέλος [*telos*/fin]. Y, a fin de cuentas, con el motor primero del universo.

Nada indica que la «materia prima» disfrute de todo ello, materia cuya imperfección es tal vez aquello sobre lo que se funda la elevación suprema (de) Dios. Que sirve, en su inhabilitación misma para toda predicación, de fundamento infinito/indefinido de la promoción ontológica de todo cuanto vive. Radicalmente impotente en cuanto al logos y a la vez suelo todopoderoso, sin saberlo, de su despliegue. Desconocimiento que rechaza a lo más bajo, y en cierto modo a lo más pesado y lastrado, *a ese centro inmóvil en la indiferenciación* de la circularidad de su proceso. Donde su motor reconocido actúa más bien en la *periferia de su órbita*.

Así, pues, toda enunciación, toda afirmación, se desarrollarán y se pondrán por testigo del recubrimiento de la ocultación de la relación inescindible del ser con la madre-materia. Una vez que ésta se ha visto reconfirmada por el a priori de aquél –en tanto que ὑποκείμενον (*sub-jectum*) censurado de la existencia presente–, el hombre puede exponer con toda tranquilidad sus debates, siempre amañados de antemano, con la ὕλη [*byle/materia*] y la δύναμις [potencia]. Por otra parte, todo lo que se repite con insistencia en el enunciado es siempre sospechoso de alguna denegación, o de algún des-precio. Y un discurso filosófico que va a (creer) tomar en consideración la materia en cuanto tal merece que se le escuche de una manera particularmente atenta. En algún lugar olvida, o deniega, que una determinada especulación ya ha disfrazado aquello de lo que habla. Y cuanto menos visible es la intervención del espejo que va a añadir a/en la φύσις, más poderosa e insidiosa es la ficción en curso.

water

Así, pues, la materia –primera puesta en suspenso, y sospecha– está ya informada. La φύσις está siempre en acto de apropiación a un τέλος. Así sucede con la *planta*, o incluso con *su flor*, «por ejemplo». ¿Es preciso aún que un λόγος haya podido juzgar de su género y especie de planta? ¿Especular sobre las cualidades del vegetal? Etc. La sanción de conformidad de la planta con su finalidad le viene de otro. De un ser hablante, es más, filosóficamente. Ella puede ser plenamente ella misma, y en sí misma, pero la decisión de ese estado será pronunciada por otro. Así, pues, ella sufre en su devenir los efectos de predicación que proceden de otro. Y si ella demostrara, en un tiempo que todavía no ha llegado, un despliegue de potencia todavía sin nombre, no sería ella la que tendría que juzgar del ser o el no ser de esa manifestación imprevista. Ella, que evaluaría ese surgimiento inédito del aparecer de la φύσις como monstruosidad, aberración respecto a la plantidad, devenir incalificable de planta, hibridación natural, ¿o?... Por sí sola sería incapaz de dilucidar su promoción en el ser. Y si, en una «imposible» –en el sentido aristotélico del término– actualización de una «esencia» aún desconocida, ella suplantara, o al menos pusiera en tela de juicio el devenir ontológico del hombre mismo, invirtiendo las premisas de cuanto garantiza su lógica, cabe suponer que el discurso pondría en marcha la prueba de su malformación. Que demostraría la ateleología de semejante determinación de potencia, susceptible de poner en tela de juicio los fundamentos de la discursividad.

La sustancia de la planta, como la de todos/as y cada unos/as, no puede exceder, ni transgredir, ni siquiera desplazar, el estatuto ontológico que le ha sido asignado. De una vez por todas. Ella no es capaz ni de más ni de menos. Debe permanecer en su individualidad y su unidad numérica. Materia-potencia debidamente inmovilizada en/por categorías inmutables, enunciadas por la filosofía primera y en cada una de sus divisiones científicas que tratan de diferentes géneros y especies del Ser. Donde los sentidos del Ser son impasibles a todo devenir.

Y las comprobaciones del físico mismo en el estudio de la naturaleza no pueden modificar lo que se plantea en los «Analíticos». La particularidad de su campo de análisis está de antemano bajo el dominio de las prescripciones que gobiernan o interpretan sus descubrimientos. Si pretende apuntar alguna contradicción con lo que dice el filósofo, lo hace por ignorancia de esa división del Ser que ha tenido lugar de antemano y le pone en condiciones de no considerar más que los atributos de una de sus partes. Por falta de conocimiento de esa petición de principio que prohíbe que el Ser sea nunca definido salvo como lo fuera antaño en las premisas de toda la silogística.

Estos conflictos de precedencia en cuanto a la ocupación del lugar del archivo y del poder de determinación del lugar asignado a cada uno en la teoría no son ajenos sin duda a la cuestión del «infinito» y a las aporías que ésta no deja de re-introducir. Si el primer motor no pusiera un muelle a *la regresión al infinito*, por ejemplo, ¿en qué indiferenciación de la materia prima no correría el peligro de desaparecer/desplomarse sin fin toda sustancia? Seducida por el retorno al vientre de la tierra-madre donde la seguridad de la identidad consigo mismo del ser es cuanto menos problemática. Así, pues, el acceso al mismo debe verse impedido por la elaboración, primordial, de una onto-teología. Lo que –salvo para Dios ajeno a la materia– reduce la potencia de generación, de crecimiento, de alteración, de todo ente. En efecto, cada uno se ve así privado del arraigo en su suelo, de los recursos primos de su «cuerpo», del infinito virtual de su extensión. Pero además todos deben repartirse el «lugar» así determinado, limitándose mutuamente. De ahí la necesidad de que ninguno exceda su lugar ni los movimientos conformes a su naturaleza, que ningún nuevo ser venga a añadirse al número ya existente, so pena de usurpar el espacio de otro, destruyéndole. O incluso de hacer que (se) desborde el continente en el que se despliega(n). O al menos de hacer que se mueva. Se conmueva. Lo que para un lugar (conveniente) es «imposible».

A cada uno le corresponde realizar lo más perfectamente posible su esencia, actualizar plenamente su *τέλος* [fin], en los límites que le son impartidos. Lo que implicaría una lucha a muerte entre las individualidades por la apropiación de la *δύναμις* [potencia] si el filósofo no lo hubiera previsto todo gracias a su sabiduría suprema y su liberalidad desinteresada. A saber, que sólo Dios goza sin reserva de sí mismo, pero en el cielo y sin relaciones con la madre-materia que aquel no conoce, ni ha conocido nunca, en la perfección de su entelequia. En cuanto al hombre, esclavo por naturaleza, siempre está en devenir en cuanto a la posesión de su forma. Pero el acto será con independencia de todo su privilegio en su relación con la mujer, cuya relación con la sustancia es, en la diferenciación que de tal suerte les hace complementarios y no rivales, más δύναμις. Más próxima de la materia, pues, y menos apta para conferirse su forma con arreglo al orden del ser. ¿Corresponde

al hombre ayudarla a apropiársela? ¿A apropiarse? ¿A no ser que, en vez de ello, él utilice la disponibilidad de esa potencia para otros fines que le son propios? En efecto, las acciones más valerosas para él son desde luego aquellas en las que el $\tau\acute{\epsilon}\lambda\omicron\varsigma$ se confunde con el ejercicio mismo. Toda vez que no tiene presente ninguna otra obra, en la que la $\epsilon\nu\acute{\epsilon}\rho\gamma\epsilon\iota\alpha$ [energía] se transformaría en el objeto producido. Contribuir a la realización de la feminidad de una mujer –siempre que admitamos que ello es posible, en todo caso para un hombre–, constituye forzosamente un rodeo, un desvío de la actividad en una producción secundaria respecto a su devenir ontológico. Antes bien, él debe aplicarse a ver, a pensar, a concebir –lo que no quiere decir necesariamente engendrar–, a vivir, a disfrutar de la felicidad: únicos movimientos en los que el fin es inmanente a la acción, y que en cuanto tales son actos exclusivamente. Donde el agente es a la vez productor y paciente de su energía, obedeciendo así a un ir y venir sobre ella/él misma/o que la/le protege de la ruina. Sin dispensarla, ni desperdiándola, cuando se trata de mover alguna sustancia que le es ajena, pero tampoco sometiéndose pasivamente a la actividad de cualquiera. Y por supuesto cuando no es el primer motor el que pone todo el universo en movimiento. De esta suerte, el sabio no se activa más que en el devenir de su ser, del ser que es su causa y su fin, principio de su traslación circular, la única que no tendría –dicen– en la naturaleza ni su comienzo ni su final. Así, pues, su única «pasión» sería el ser, en torno al cual cabrá preguntarse/le a partir de qué suelo él la/le cultiva.

Por su parte, la mujer permanece más bien en la potencia no actualizada. Al menos por/para ella. ¿Ser por/para otro por naturaleza? Y, en esa separación desigual de la sustancia que es la suya, no sólo ella no es, y por lo demás no existe, sino secundariamente respecto al hombre, sino que además ella podrá ser tanto como no ser. Inacabada, inacabable, en su estatuto ontológico. Nunca toda en cuanto a su forma propia. ¿A no ser que ésta sea más bien factible –lo que resultaría paradójico– sólo como privación? Ahora bien, cómo podría decidirse al respecto, puesto que la hembra no se resuelve nunca a/en (el) ser, permanece como coexistencia simultánea de los contrarios. Uno y otro. Tanto en devenir de corrupción como de generación, por ejemplo. Lo que no permite hacer augurios acerca de su relación de semejanza con lo eterno (lo Eterno). Que, además, no tiene nada que ver con la potencia. Pero da lo mismo: ni uno ni otro. ¿Entre uno y otro? ¿Imperceptible «intervalo» entre la determinación de dos cuerpos? ¿Entre dos actualizaciones de un cuerpo? Lo que quiere decir que siempre está sujeto a cambio. Siempre en otro lugar, y en alterancia, en cuanto a su definición. ¿Envés, revés de la posibilidad que tiene el individuo de operar sus desplazamientos en el lugar? ¿No necesario como tal, sino en tanto que *sub-jectum* no subjetivo? ¿No subjetivable? ¿En todo caso para/por sí (como) mismo? ¿Condición indispensable para quedarse, mantenerse,

perfeccionarse en la semejanza consigo mismo de lo vivo? A pesar de los riesgos de desaparición en «el infinito», de movimientos incontrolables en «el vacío». De esta suerte, esa «cierta falta de cualidades» que hace que la hembra sea verdaderamente hembra asegura la realización en sus cualidades del varón. Cuya plenitud de posesión de sí habrá tenido necesidad de apropiarse *la potencia* y en cierta medida *el lugar*, y lo que allí se (re)produce como *intersticios* en su incesante transformación en mismo del otro aún en sí. Etc.

De esta suerte, él continúa de manera indefinida/infinita –incognoscible (en su sustrato *histérico*– a moverse en/sobre el cuerpo de su madre, receptáculo que será preciso acotar bien por miedo a que no se pierda en el mismo, y a que el padre ya no pueda hacer que prevalezca la condición previa de su lógica. Pero sigue alimentándose de su potencia –indefinible a su vez– de la que el/ese *lugar* sería, según dicen algunos, la reserva más extraordinaria. ¿Incluso en los predicados de *extensión* espacial de la materia inteligible sin duda? Sin tener en cuenta que él extrae en todo momento de la madre-materia aquello con lo que (re)alza la realización de su forma.

La mujer, en cuanto tal, no sería. No existiría, salvo en la modalidad del *todavía no* (del ser). Y en los (todavía) *entres* del devenir del ser, o de los seres, podría localizarse algo de su aespecificidad. *Intervalos* que, reabriendo la cuestión del «vacío», suscitan por regla general un enérgico rechazo horrorizado, y una obturación de «tejidos» y «órganos» especulativos. Debidamente apuntalada por la evidencia, completamente natural, del continuo. Ahora bien, si (el) todo es ocupado por la actualización de la *φύσις* [fisis], *la mujer no tiene, y no tendrá (un) lugar*. Incluso en su *privación* de ser, cuya conducción, cuya devolución a la plenitud de posesión en sí de la sustancia, con arreglo a un incesante trabajo dialéctico que, por su parte, no prescinde de los intermediarios, resulta de suma importancia.

Fuera de ese proceso, nada es: la mujer. La única en posición de interrogar –¿tal vez?– su función en esa todopoderosa «máquina» que representa, aún, la metafísica, en esa omnipotente «técnica» que es aún la onto-teología. Que la coloca –aún...– en posición de elección, pero siempre decidida de antemano por la «naturaleza», entre un placer (como el) varón y su papel de «vehículo» en la generación. Cuya manifestación más segura (?) son «las menstruaciones» que «pertenecen al dominio de la πρώτη ύλη [materia prima]». Regresando al ciclo de la madre, al menos en potencia, se habrá cumplido el retorno a la materia prima, y a sus misterios. Regresión a los mismos de la que debe abstenerse el individuo varón. Porque nada provechoso se anuncia en ello para su forma. Antes bien, su identidad consigo mismo se afirmará en la distancia y la separación.

Ahora bien, ¿en qué términos la constituye él en tanto que «prima»? Esta cuestión, que Aristóteles intentó elaborar en un cuerpo a cuerpo casi constante con la materia y que sólo resolvió con la afirmación de una «inmanencia» que remite al

problema de la del logos, con la cual Freud continuaba tropezando en enunciados a veces contradictorios, encontraría ahora una respuesta impecable: en el/los nombre(s) del padre. ¿Transcendente(s), inmanente(s) a su devenir (como) natural? Sería preciso aun que la φύσις no haya dejado de tener curso legal. O que no se haya reconocido, al menos en determinados lugares, que desde siempre había estado tra(ns)vestida. Tela fantasmática, también en su sexuación, que se (re)corta aún con arreglo a un orden lógico. Donde la aporía de la identificación «primaria» de lo «femenino» persiste en hacer desgarrones, en su cercado [*barrage*] mismo.

Abandonada de esta suerte en su imperfección, su vicio de forma, la «hembra» desearía al «macho», como lo feo a lo hermoso. Lo que no habría que entender como el hecho de que ella sea fea «por esencia» —una concepción semejante sería en exceso ateleológica— sino sólo «por accidente».

Ahora bien, ¿su existencia no se reduce a un accidente? ¿Un accidente de generación? ¿Una monstruosidad genética? Porque el ser humano no recibe su forma más que de su padre, y más en particular de la simiente masculina, donde el producto de la cópula no está constituido por la mezcla del esperma y del óvulo. De ser así, ¿cómo sería concebible una niña? ¿Salvo por una anomalía cromosómica? En todo caso, ella no podría aspirar a sustancia alguna. Simple añadido —o carencia— fortuito, enojoso, «accidental» a la esencia, ella puede por ende modificarse o suprimirse sin que por ello la «naturaleza» se vea alterada.

Quedaría el hecho de que «ella» desea apropiarse (a) todo porque es privación de todo. Y de ello es importante abstenerse, porque cuanto ella haya seducido de esta suerte en sí misma se reducirá al reflejo, sombra, fantasma, defecto, de cuanto era realmente en su completitud natural.



Una madre de hielo*

«Pero es preciso volver a la materia subyacente o bien a las cosas que se dice que existen sobre la materia, por las cuales se conocerá tanto el no ser de la materia como su impasibilidad. Pues bien, la materia es incorpórea, puesto que el cuerpo es posterior y compuesto y ella misma, junto con otra cosa, forma un cuerpo; porque así es como ha obtenido el mismo calificativo que el Ente: por su incorporealidad, puesto que los dos, tanto el Ente como la materia, son distintos de los cuerpos. Pero como la materia no es ni alma, ni inteligencia, ni vida, ni forma, ni razón, ni límite –pues es ilimitación– ni potencia –porque, ¿qué efecto produce?–, sino que cayó fuera de todas esas cosas rebasándolas, tampoco puede recibir con justeza la denominación de “ente”, sino que lo razonable sería llamarla “no ente”; empero no al modo como el Movimiento es no ente y el Reposo es no ente, sino verdaderamente no ente, simulacro y apariencia de masa, anhelo de subsistencia e inestablemente estable; es de suyo invisible: elude a quien trata de verlo y asoma cuando uno no lo mira, mas se oculta para quien lo mira fijamente; aparenta llevar siempre sobre sí los contrarios: pequeño y grande, menos y más, deficiente y sobrante, y es un simulacro no permanente pero incapaz, por otra parte, de huir. Es que ni aun para eso tiene fierezas, como quien no ha recibido fortaleza de la inteligencia, sino que está falto de todo ser. Por eso es falaz en todo lo que proclama: si aparece grande, es pequeño; si más, es menos, y su ser, fantasmal como es, es no ser, como un juguete huidizo. De ahí que aun las cosas que parecen originarse en él, son juguetes, simulacros reflejados sin arte en un simulacro, del mismo modo que, en un espejo,

* Plotino, «De la impasibilidad de los incorpóreos», *Enéadas III*, 6 [ed. cast.: *Enéadas III-IV*, trad. de Jesús Igal, Madrid, Gredos, 1999, pp. 141-190].

lo que está situado en una parte se refleja en otra. Está llenándose, al parecer, y, sin embargo, no tiene nada; no obstante, parece ser todas las cosas.

“Mas las cosas que entran y salen son copias de los Seres”*, imágenes que penetran en una imagen sin forma y que, reflejándose a causa de la informidad de la materia, parecen, sí, actuar en ella, pero no actúan en absoluto: es que son huérfanas, endeble y carentes de resistencia. Mas como tampoco la materia tiene resistencia, la atraviesan sin cortarla como si atravesaran agua o como si uno proyectara, diríamos, formas en lo que llaman “vacío”. Además, si las imágenes reflejadas fueran tales cuales son los Seres de donde vinieron a la materia, quizás podría uno atribuirles alguna de las potencias de los que las emitieron y suponer que, una vez que dicha potencia había llegado hasta la materia, ésta se veía afectada por aquellas. Pero como, en realidad, los Seres que reflejan son distintos de las imágenes reflejadas, es posible colegir aun de éstas la falsedad de la afección de la materia, puesto que la imagen reflejada es falsa y en modo alguno guarda semejanza con quien la proyecta. Siendo, pues, endeble, siendo falsedad y yendo a caer en un medio engañoso cual en un sueño, o en el agua o en un espejo, por fuerza deja impasible a la materia. Y, sin embargo, en los ejemplos mencionados sí hay semejanza entre las imágenes reflejadas y los objetos que las reflejan.»

.....

«Pues bien, hay que tener en cuenta ante todo que el estar una cosa presente a otra y el estar una en otra no ocurre de un solo modo; no, sino que hay un modo que consiste en que la una, con su presencia, empeora o mejora a la otra al par que la modifica, como se observa en los cuerpos, al menos en los de los animales; otro consiste en que la una mejora o empeora a la otra sin que esta otra sea afectada, como decíamos en el caso del alma; y hay otro modo que es como cuando uno imprime una figura en la cera en que no se sigue ni afección alguna que convierta a la cera en otra cosa mientras está presente la figura ni deficiencia alguna una vez desaparecida la figura. Pero la luz ni siquiera produce cambio de figura en el objeto iluminado. Y la piedra, al enfriarse, ¿qué recibe de la frialdad puesto que permanece piedra? ¿Qué afección puede causar el color a la línea? Y tampoco, creo yo, a la superficie. ¿Pero sí tal vez al cuerpo subyacente? Aunque, ¿qué afección puede producirle el color? No hay que llamar afección a que el color esté presente o a que revista de forma al cuerpo. Y si alguno dijese que ni a los espejos ni a las superficies transparentes en general les afectan en nada las imágenes reflejadas en ellos, aduciría un ejemplo que no deja de ser similar. Porque también son imágenes las cosas que hay en la materia, y ésta es más impasible aún que los espejos. Es verdad que en ella se originan calores y frialdades, pero

* Platón, *Timeo* 50c 4-5. [N. del T.]

sin (enfriarla ni) calentarla. Porque el calentarse o el enfriarse se dan porque el sustrato es conducido de una cualidad a otra. Pero, por lo que respecta al enfriamiento, habría que estudiar si no consistirá en una ausencia y una privación. [...] Fuerza es, por lo tanto, que si alguna cosa puede ser afectada, no sea materia, sino un compuesto de dos o, en general, de varias cosas juntas. Empero lo "solitario y desierto"* de las demás cosas, lo absolutamente simple, será imposible a todas las cosas y quedará aislado de todas las que actúan en otras, del mismo modo que si en una misma casa hay gente dándose de golpes unos a otros, la casa y el aire que hay en ella se quedan imposibles. Concluyamos que, al juntarse sobre la materia, actúan unas en otras todas aquellas cosas que por naturaleza son capaces de actuar, pero que la materia misma permanece imposible con mucha mayor razón que todas aquellas cualidades que, estando en ella, no pueden ser afectadas unas por otras por no ser contrarias.»

.....

«Además, si la materia es afectada, debe recibir algo de la afección, bien sea la afección misma, bien sea una disposición distinta de la que tenía antes de que penetrara en ella la afección. Por consiguiente, al sobrevenirle una nueva cualidad a continuación de aquella, el sujeto receptivo ya no será materia, sino una materia de una cierta cualidad. Y si también esta cualidad se retira después de haber dejado un rastro de sí misma como resultado de su acción, el sustrato se modificará más aún. Y así, prosiguiendo de ese modo, el sustrato se convertirá en otra cosa distinta de la materia, en un sustrato polifacético y multiforme. Así que tampoco será ya "omnireceptivo" al convertirse en un obstáculo para las muchas cosas que tratan de entrar, con lo que la materia deja ya de ser permanente y no será, por lo tanto, impecedera. Así que si tiene que haber materia, como la había desde el principio, entonces debe ser siempre ella misma y la misma, de tal suerte que decir que la materia se modifica equivale a renunciar a preservarla como materia [...]»

.....

«Precisamente por eso creo que Platón, pensando también él de este modo, dijo acertadamente: "Mas las cosas que entran y salen son copias de los Seres"**, creo que no dijo en vano que "entran y salen", sino con el propósito de que nosotros comprendiéramos el modo de la participación parando mientes en ello. Y, por todas las trazas, el problema aquel de cómo la materia participa en las formas, no consiste en

* Platón, *Filebo* 63b 7-8. [N. del T.]

** *Ibid.*, 50b 7-8.

lo que la mayoría de nuestros predecesores creyeron: cómo entran en ella, sino más bien, cómo están en ella. Porque parece realmente sorprendente cómo estando esas formas presentes a ella, permanece idéntica siendo impasible a ellas, y más cuando las formas mismas que entran expulsan a sus respectivas predecesoras, y que la afectación se produzca en el compuesto y ni siquiera en todo compuesto, sino en aquel que tiene necesidad de la presencia o de la ausencia de alguna cosa, en aquel que es constitutivamente deficiente por la ausencia de alguna cosa y perfecto por la presencia de ella. Ahora bien, a la materia no se le sigue ni ganancia alguna para su propia constitución por la presencia de esa cosa, ni pérdida alguna por la ausencia de ella, pues sigue siendo lo que era desde el principio. Por otra parte, de estar adornadas no han menester más que las cosas necesitadas de ornato y de orden, y es posible, en fin, que el ornato les venga sin que se transformen, por ejemplo en aquellos a los que ataviamos. En cambio, si fuera posible que alguien fuese adornado de tal modo que el ornato le fuera connatural, sería preciso que lo que antes era feo se modificara y que aquello, lo ya adornado, se transformase en otra cosa y, de ese modo, de feo se tornara en bello. Si, pues, la materia de fea que era se tornó bella, deja ya de existir lo que existía antes: la fealdad de su ser. Así que, al quedar adornada de ese modo, perdería su ser de materia, sobre todo si no es fea accidentalmente; mas si es tan fea que es la fealdad, ni siquiera puede participar del ornato; y si es tan mala que es el mal, ni siquiera puede participar del bien. Así que la participación no es tal como se cree que es: porque la materia haya sido afectada, sino que el modo es otro: de forma que parezca ser afectada. Y tal vez éste es también el modo como se puede resolver el problema de cómo, a pesar de que la materia es mala, puede apetecer el bien: en el supuesto de que por la participación no cesa de ser lo que era. Porque si su supuesta participación es de tal modo que sigue siendo la misma sin que se modifique, como decimos, sino que sea siempre lo que es, ya no resulta sorprendente cómo, a pesar de ser mala, participa: es que no se sale de sí misma, sólo que, como es necesario que participe, participa de algún modo mientras existe, pero por ser lo que es y gracias a un modo de participación que la preserva, no recibe de quien la hace partícipe de ese modo daño alguno en su ser. Y todas las trazas son de que no es menos mala por eso, porque sigue siendo siempre lo que es. Porque si participara realmente y se modificara realmente por influjo del bien, no sería mala por naturaleza. Así que si alguien dice que la materia es mala, dirá verdad con tal de que lo que quiere decir es que es impasible al bien; y esto es lo mismo que decir que es totalmente impasible.»

.....

«Y esto es precisamente lo que piensa Platón de la materia: no concibe la participación en el supuesto de que en el sustrato surge una forma que dé conformación al

sustrato hasta convertirlo en un compuesto unitario de componentes cotransformados y como cofusionados y coafectados. Y queriendo dar a entender que no es eso lo que quiere decir y cómo la materia puede recibir las formas permaneciendo impasible, busca un ejemplo de participación impasible —no es fácil explicar de otro modo qué cosas son precisamente las que, aun estando presentes, dejan a salvo la identidad del sustrato— y afrontó numerosas dificultades persiguiendo su propósito y queriendo además dar a entender cuán inane es la realidad de lo sensible y cuán dilatado el ámbito de lo aparente. Al suponer, pues, que la materia de las figuras da origen a las afecciones de los cuerpos inanimados sin que sufra ella misma ninguna de esas afecciones, con ello hace patente la permanencia de la materia, dándonos pie para concluir que ella misma no sufre, ni siquiera de las figuras, afección ni alteración alguna.»

«Pero antes todavía hay que hacer una advertencia sobre la impasibilidad de la materia: que no hay que dejarse llevar, por la rutina de las palabras, a la creencia de que la materia sea pasible. Por ejemplo, cuando (Platón) dice que una misma materia “se incendia y se humedece”, también hay que tener en cuenta lo que sigue: “y recibe las formas de aire y agua”*. Porque la frase: “y recibe las formas de aire y de agua” quita la fuerza a la otra: “se incendia y se humedece” y muestra que la materia, al “recibir las formas” no queda conformada ella misma, sino que las formas se quedan tal como entraron, y que la expresión apropiada no es: “se incendia”, sino “se convierte en fuego”, pues no es lo mismo convertirse en fuego que incendiarse: el incendiarse es efecto de otra causa, y en ello está el padecer; pero lo que es de suyo una parte del fuego, ¿cómo puede incendiarse? Decir que el fuego ha permeado la materia y encima que la incendió, sería como decir que la estatua ha permeado el bronce. Además, si lo que adviene es una razón, ¿cómo podría incendiar? ¿Y si es una figura? No, lo incendiado lo es ya por obra de ambos componentes [de figura y de materia].

—¿Y cómo puede serlo por obra de ambos, si de ambos no se forma una unidad? No, ni aunque se formara una unidad, pues no se afectan el uno al otro, sino que actúan en otros. Según eso, ¿actúan ambos a dos?

—Sí, porque el uno impide la huida del otro.»

.....

«Además, debieran parar, mientes en lo siguiente: ¿cómo explican que la materia “rehuye” la forma? Porque, ¿cómo puede escapar de las piedras y las rocas, que son las cosas que la rodean? No nos irán a decir que unas veces rehuye la forma y otras no. Porque si la rehuye por voluntad propia, ¿por qué no la rehuye siempre? Pero si se queda por fuerza, entonces nunca deja de estar en alguna forma. Mas es preciso

* Platón, *Timeo* 52d 5-6.

inquirir cuál es la causa de que cada materia no retenga siempre la misma forma y se quede más bien con las entrantes. ¿Qué quiere decir, pues, que rehuye la forma? Pues que la rehuye por su propia naturaleza y siempre. Y esto, ¿qué otra cosa puede ser sino que, como jamás se sale de sí misma, por eso tiene la forma de tal modo que nunca la tenga? Si no, mal podrán apelar a la frase que ellos mismos emplean: “el receptáculo y la nodriza del devenir universal”*. Porque si la materia es receptáculo y nodriza y el devenir es distinto de ella y lo que se modifica está en el devenir, síguese que la materia será existente antes que el devenir y antes que la modificación. Y el “receptáculo” y, por añadidura, la “nodriza” indican que (Platón) la conserva en su estado por ser impassible. Lo mismo indica lo de “en donde cada cosa aparece cuando nace y de donde de nuevo desaparece”***, y lo de que es “sitio” y “sede”***. Y la fórmula tan criticada so pretexto de que se llama a la materia “lugar” de formas no expresa afección alguna en ella, sino que apunta a un comportamiento distinto. ¿Y en qué consiste este comportamiento? En que como esta naturaleza de que hablamos no debe ser ninguno de los Seres, sino que debe haberse evadido toda ella de la Esencia de los Seres y debe ser totalmente “otra” —aquellos son, en efecto, Razones y Razones realmente reales—, por eso, gracias a esa alteridad, custodia la incolumidad que le ha tocado custodiar: la de sí misma; de donde se sigue necesariamente que la materia no sólo no es receptiva de los Seres, sino que además, caso de que exista alguna copia de esos Seres, tampoco participa en ésta con objeto de apropiársela. Porque así es como será totalmente “otra”. Si no, si se apropiara de alguna forma transformándose con ella en otra cosa, dejaría de ser “otra” y de ser el “sitio” de todas las cosas y el “receptáculo” de todas sin excepción. Pero no; debe mantenerse la misma cuando aquellas entran e impassible cuando salen para que siempre haya algo que entre en ella y algo que salga de ella. Así que lo que entra, entra como fantasma y como algo no verdadero en algo no verdadero.

—¿Entra, pues, verdaderamente?

—¿Y cómo va a entrar verdaderamente lo que de ningún modo tiene derecho a participar de la verdad por ser falsedad? ¿No es verdad que entra falsamente en lo que es falsedad y que sucede como si uno viera entrar en un espejo las imágenes de los objetos que se reflejan y mientras esos objetos se reflejan? Porque si quitaras los seres de este mundo, en ningún momento aparecería ninguna de las cosas que ahora se reflejan en lo sensible. Pues bien, aquí, el espejo mismo es perceptible a la vista porque él mismo es una forma; pero allá, como el espejo no es ninguna forma, él mismo no es perceptible a la vista; porque si lo fuera, él mismo debiera ser visto an-

* *Ibid.* 49a 5-6.

** *Ibid.*, 49e 7-50a 1.

*** *Ibid.*, 52a 8-b 1.

tes por sí mismo. Pero, en realidad, le pasa como al aire, el cual es invisible aun cuando está iluminado porque tampoco se le veía cuando no estaba iluminado. Por eso, pues, no nos fiamos, o nos fiamos menos, de que las imágenes reflejadas en los espejos sean reales, porque se ve el espejo en que están y él mismo es permanente mientras que aquellas desaparecen. En la materia, en cambio, a ella misma no se la ve ni conteniendo imágenes ni sin ellas. Pero si fuera posible que las imágenes de que se llenan los espejos fuesen permanentes y que no se viesen los espejos mismos, no desconfiaríamos de que las imágenes reflejadas en ellos fueran reales. Si, pues, en los espejos hay algo real, concedamos que también en la materia sean reales las cosas sensibles; pero si las imágenes que se reflejan en los espejos no son reales, sino que aparentan serlo, hemos de reconocer que también allá aparentarán serlo las que se reflejan sobre la materia y atribuiremos la causa de esta apariencia a la realidad de los Seres, realidad de la que los Seres participan siempre realmente, pero de la que los no seres no participan realmente, dado que estos no deben ser tales como serían si existiesen por sí mismos sin que existiera lo realmente real.»

.....

«—¿Pues qué? ¿Es que si no hubiera materia, no habría venido a la existencia cosa alguna?

—No, como tampoco habría imagen si no hubiera espejo o algún otro medio parecido. Porque lo que por naturaleza se origina en otra cosa, no puede originarse si no existe esta otra cosa. En esto consiste, en efecto, la naturaleza de una imagen: en existir en otra cosa*. Porque si los Seres activos emitiesen algo real, esto existiría aún sin existir en otra cosa; pero como aquellos se quedan allá, por eso es preciso —supuesto que aquellos han de reflejarse en otra cosa— que exista esta otra cosa que proporcione una sede al Ser que no descendió y que emplee fuerza, por así decirlo, para apresarlos con su propia presencia, con su osadía, con su mendicidad, diríamos, y con su pobreza y ella siga siempre mendigando. Porque como nació rapaz, el mito la pinta mendigando, tratando de evidenciar que su naturaleza está desprovista de bien. Además, el que mendiga no pide lo que tiene el donante, sino que se contenta con cualquier cosa que reciba. Así que también esto evidencia que lo que se refleja en ella es otra cosa. Además, el nombre de “Pobreza” [*Penia*] supone que no está saciada, y la frase: “ayuntarse con el Recurso” [*Poros*]** es propia de quien trata de expresar que no se ayunta con el Ente ni con el hartazgo, sino con una cosa ingeniosa, esto es, con la ingeniosidad de la apariencia.

* *Ibid.*, 52c 2-4.

** Platón, *Banquete* 203b 8-c 1.

Efectivamente, es imposible que todo aquello que existe de cualquier modo, aunque exista fuera del Ente, se quede sin participar de ningún modo en el Ente, pues en esto consiste la naturaleza del Ente: en actuar en las cosas existentes. Pero, por otra parte, el no ser absoluto es impermeable al Ente. De ahí el resultado sorprendente de cómo participa sin participar y cómo, por su modo de vecindad con el Ente, recibe algo de él a pesar de que por su propia naturaleza es incapaz de pegarse, diríamos, al Ente. Así que cuanto recibe le resbala repelido cual por una naturaleza extraña como el eco por las superficies lisas y planas. Como no permanece en ella, aparenta estar en ella y salir de ella. Mas si la materia participara y recibiera tal como alguien pretendería que lo hace, entonces la forma que se acercara a ella se hundiría tragada por ella. Pero de hecho la forma aflora porque no ha sido tragada. No, sino que la materia permanece la misma sin recibir nada, antes bien bloqueando el paso como plataforma rebotadora y como receptáculo de los ingredientes que se concentran en un mismo punto y se mezclan en él. Es como esos recipientes de superficie lisa que instalan frente al sol los que tratan de sacar luego, llenando de agua algunos de ellos a fin de que la llama, obstaculizada por el elemento antagónico que encierran, no pueda atravesarlos, sino que se concentre en el exterior. Así es, pues, como la materia es causa de la generación y ese es el modo como se concentran las cosas que se concentran en ella.»

.....

«En cambio, la razón [*logos*] que se superpone a la materia tiene una exterioridad de otro tipo, pues le basta la alteridad de su naturaleza sin necesidad alguna de un doble borde. Lejos de ello, es ajena a todo borde, manteniendo su inmiscibilidad merced a la alteridad de su esencia y a la ausencia de todo parentesco con la materia. Así que la causa de que la materia permanezca en sí misma es ésta: que lo que entra no percibe nada de ella ni ella de lo que entra. [...] Así, pues, en este caso, aunque la representación de la fantasía es una imagen, el alma por su naturaleza no es una imagen, y por eso, aunque parece que la fantasía lleva al alma al retortero por donde quiere, no obstante, si bien se vale de ella como de materia o cuasimateria, con todo no la encubre, pues a menudo es expulsada por las actividades procedentes del alma; y por más que caiga masivamente sobre ella, no logra que quede encubierta ni que parezca ser de una cualidad determinada. Es que el alma posee dentro de sí actividades y razonamientos opuestos con lo que rechaza los fantasmas que la asaltan. La materia, en cambio —pues la materia es mucho más endeble de fuerzas que el alma y no posee ninguno de los seres, ninguno verdadero y tampoco, en propiedad, uno falso—, la materia, digo, no tiene medio alguno para hacerse ostensible, siendo como es derelicción de todas las cosas. Es causa, eso sí, de la aparición de las otras cosas, mas no es capaz de decir ni siquiera esto: “Aquí estoy”; a lo más,

ocasionalmente, un sondeo profundo de la razón podrá desencubrir la de las otras cosas –de los seres–, mostrando que es algo dejado aparte de todos los seres, aun de los que nos habían parecido ser posteriores a ella, y algo que se estira a todas las cosas y las acompaña aparentemente a la vez que, por otra parte, no las acompaña.»

.....

«Mas he aquí que una determinada razón se acerca a la materia y, agrandándola tanto cuanto quiere la razón misma, la hace de cierta magnitud revistiendo por sí misma de magnitud a quien de suyo no es –quiere decirse que tampoco se hace–magnitud. De lo contrario, esa cierta magnitud que hay sobre la materia se identificaría con la magnitud. Si se le quita, pues, esta forma, el sustrato deja de ser y de parecer de cierta magnitud [...]. Porque aun ahora que la materia se ha hecho, al parecer, del mismo tamaño que este universo, si dejara de existir el cielo y todas las cosas que hay en su interior, desaparecería también de la materia, junto con todas estas cosas, toda magnitud y, junto con ella, claro está, las otras: las cualidades, y la materia quedaría reducida a lo que era sin salvaguardar nada de cuanto anteriormente existía en ella de ese modo [...].

Y si alguno pregunta extrañado: ¿Cómo tomará magnitud una cosa carente de magnitud?, la respuesta es: ¿y cómo tomará calor una cosa carente de calor? Porque cierto es que para la materia no es lo mismo ser que ser magnitud, dado que la magnitud es inmaterial lo mismo que la figura es inmaterial. Y si queremos conservar la materia, ésta no debe ser todas las cosas más que por participación. Ahora bien, también la magnitud es una de todas esas cosas. Así, pues, en los cuerpos, como son compuestos, sí está presente, junto con las otras cosas, también la magnitud –no está, empero, separada–, por razón de que en la noción de cuerpo está incluida también la magnitud. En la materia, en cambio, ni aun la magnitud no separada está presente, pues la materia no es cuerpo.»

.....

«Tampoco se identificará con la Magnitud misma, porque la Magnitud es una Forma, y no algo receptivo. Además, la Magnitud es magnitud por sí misma, no magnitud de un modo determinado. Sólo que, como la Magnitud sita en la Inteligencia o en el Alma, desea tomar magnitud, por eso dio poder a los seres que sienten una especie de deseo de imitarla, aspirando a ella o poniéndose en marcha hacia ella, para que inyectasen en otra cosa su propio sentimiento. En consecuencia, en el curso de su manifestación progresiva, la Magnitud hizo que la pequeñez de la materia emprendiese el mismo curso en dirección, justamente, a esa misma magnitud. Con ello ha logrado

que esa pequeñez, dilatándose sin llenarse, pareciese tomar magnitud. Porque en esto consiste la pseudomagnitud: en que una cosa, dilatándose hacia la magnitud por el hecho de no tenerla, se estire con la dilatación. [...] Y así, la imagen total, reflejada a la luz de la Magnitud en sí, cobró magnitud, y cada parte de la imagen cobró una magnitud particular, y el conjunto de todas las magnitudes apareció como resultado de la Forma total a la que pertenece la magnitud, y de cada Forma particular. La imagen quedaba como dilatada a todo y a todas las cosas y compelida a cobrar magnitud tanto en forma como en masa en la medida en que su potencia ha hecho que lo que de por sí no era nada, fuera todas las cosas. [...] Pues lo mismo le sucede a la magnitud, la cual proviene también de un principio que no es magnitud o lo es meramente de nombre. Es que las referidas manifestaciones son consideradas como intermedias entre la materia misma y la Forma misma. Se manifiestan porque provienen de allá, pero son engañosas porque el sujeto en que se manifiestan no es real. [...] La causa de la aparente magnitud de la materia estriba en el reflejo de la Magnitud, y esa es la magnitud reflejada, la magnitud de aquí. Mas la materia, sobre la cual la magnitud se ve obligada a coextenderse, se brinda a ello toda a la vez y en todas partes. Esto se debe a que es materia y materia de algo determinado, pero no algo determinado. Ahora bien, lo que por sí mismo carece de quiddidad, es capaz de convertirse aun en lo contrario en virtud de una nueva causa; y, sin embargo, una vez convertido en lo contrario, tampoco es esa cosa contraria. Porque si no, se estabilizaría.»

.....

«Además, la imagen de la Magnitud, siendo imagen de la Magnitud, no se resignaba a seguir igual por más tiempo en una masa pequeña, sino que, por cuanto aspiraba a la Magnitud como objeto de su esperanza, se acercó a ella lo más que pudo acompañada de quien, no pudiendo quedarse atrás, corría con ella. Con ello ha logrado que lo que ni aun así está dotado de magnitud, aparente ser incluso la magnitud visible en la masa. Sin embargo, no lo es: la materia preserva su propia naturaleza, sirviéndose de esa magnitud como de una prenda que se puso mientras corría con aquella, cuando aquella la arrastraba consigo en su carrera. Pero si quien le puso esa prenda se la quitara, la materia seguiría siendo de nuevo la misma, tal como era por sí misma la que no es más grande que lo que la haga la forma presente en ella.

Bien es verdad que el alma, que contiene las formas de los seres, como también ella misma es una forma, las contiene todas juntas, estando además cada forma toda junta consigo misma, y cuando ve que las formas de las cosas sensibles como que se vuelven y se acercan a ella, no sufre recibirlas con multiplicidad, sino que las ve cuando se han despojado de la masa. Es que el alma no puede hacerse otra cosa que lo que es. Pero la materia, como es nula la capacidad de contrarresto de que dispo-

ne, porque no dispone de actividad, sino que es una sombra, aguarda pasivamente cuanto quiera causarle el agente. Y ya el desarrollo derivado de la Razón trascendente muestra un asomo de lo que va a suceder, ya que el proceso cuasi imaginativo y como figurativo en que se mueve la razón discursiva es posible por cuanto ese proceso iniciado por ella se desarrolla por partes; de lo contrario, si fuera una sola y misma cosa, ni siquiera se habría puesto en marcha, sino que se quedaría parado. Pues tampoco la materia puede apropiarse de todas las formas juntas, como el alma, so pena de ser una de ellas. Además, es preciso que la materia reciba todas las cosas, pero que no las reciba indivisamente. Es preciso, por lo tanto, que ella misma acuda a todas ellas en calidad de “lugar” para todas y que salga al encuentro de todas y dé abasto a toda extensión porque ella misma no está apresada por la extensión, sino que está de antemano a disposición de la extensión venidera.»

.....

«Así es que las formas que entran en la materia como “madre” en nada la perjudican, como tampoco la aprovechan, y los golpes de aquellas tampoco van contra ella, sino que son golpes de unas contra otras, pues las potencias actúan contra sus contrarios, no contra los sujetos, a no ser que concibamos estos como coincluidos con las formas entrantes. [...] La materia, en fin, es permanente; ninguna afección se le sigue de la ausencia de la frialdad o del advenimiento del calor, pues ninguno cualquiera de los dos le era ni familiar ni extraño. Así es que los nombres de “receptáculo” y de “nodriza” le son más apropiados; el de “madre”, en cambio, le es apropiado en el sentido dicho, pues la materia no engendra nada. [...]

De ahí viene, creo yo, el que los sabios de antaño describan misteriosa y simbólicamente en sus ritos al viejo Hermes con el órgano de la generación siempre a punto para la acción, mostrando así que quien engendra las cosas sensibles es la Razón inteligible. Por otra parte, la infecundidad de la materia, que permanece siempre la misma, la mostraron por medio de los eunucos que rodean a la diosa. Porque, al hacer a la materia “Madre de todas las cosas” –pues le dan este título porque la concibieron como principio a modo de sustrato y le pusieron ese nombre para manifestar su intención de que trataban de indicar que la semejanza con la madre fuese completa–, indicaron lejanamente –pero indicaron al fin y al cabo, como pudieron, a los que deseaban comprender más exactamente y no con una investigación superficial el modo de ser de la materia– que ésta es infecunda y que ni siquiera es hembra plenamente, sino hembra tan sólo hasta el punto de alojar, pero no ya de engendrar, mostrando esto por el hecho de que su acompañante próximo ni es hembra ni es capaz de engendrar, sino que tiene amputada toda la potencia generativa, que sólo compete a quien permanece varón.»



...si, tomando el ojo de un hombre recién muerto,...

De donde se torna patente que se forma de nuevo una pintura [...] en la superficie interior del cerebro que interesa a sus concavidades. Y desde ahí podría aún trasladarla hasta una determinada glándula de pequeño tamaño que se encuentra aproximadamente en el medio de esas concavidades, y que es propiamente la sede del sentido común. E incluso podría mostrarles asimismo cómo desde ahí ésta puede pasar en ocasiones por las arterias de una mujer encinta, hasta llegar a un determinado miembro del retoño que lleva en sus entrañas, para formar esas marcas de antojo que tanta admiración provocan en todos los Doctos.

Descartes

Si las premisas del razonamiento son *necesarias* en Aristóteles, si es preciso que el infinito quede tachado en la condición previa de una sustancia que asegure *la generalidad* de la relación del subjectum con el predicado, que no deje lugar alguno a la indeterminación, es la conclusión que de golpe se impone en Descartes como irrefutable. *Lo singular en un punto*, en ese punto, se ha tornado necesario para la reconstrucción de todo, y controla, en la duda metódicamente arrojada sobre todo objeto en general, la posibilidad de re-certificación de *lo universal*. Pero lo singular, bien es cierto, es aquí ya de un género *particular*: es la sustancia pensante que, por añadidura, se vuelve sobre sí misma y cierra el círculo de la/su subjetividad.

Una vez realizada la identificación primaria –al menos en el movimiento de la enunciación–, no sólo se plantea la posibilidad de que el sujeto exista como tal, sino también la de que se refleje como aquello que se daría a sí mismo la/su condición de ser. Esto se hará desde luego *en un abrir y cerrar de ojos*, resultará prácticamente inferrable. ¿Demuestra con ello que se trata cabalmente de la realidad? Fluyente y siempre moviente. ¿O bien, a causa de que la apercepción de aquello que funda aho-

ra su existencia y su reflexión —el azogue del espejo introyectado, «incorporado»— se descubre ante la intuición en un vacío de reflejos que sólo se obtiene al precio de un suspenso del ejercicio de la actividad especulativa misma? Si «yo» puede abstenerse de alguna cogitación específica —de concebir algún pensamiento determinado pero también de estar atento a todas las imágenes o sensaciones que pueden representarse en su espíritu— entonces *por un instante* se percibe como *la matrix* de todo cuanto se piensa (en él). Excedente del *percipio* cotidiano que le garantiza ser a través de todo, más allá de todo. Con independencia de cuanto (le) suceda distinto de él. Toma de «conciencia» que habrá exigido que el filósofo se trace *una vía, un camino*, que *decida seguir libremente* en vez de dejarse sumergir (por las imágenes) en el agua, en un mar de sueños o incluso de dudas, en la que no puede ni avanzar ni tampoco nadar. Ni a fortiori pensar. *No hay que dejar al suelo ningún poder de especularización*, que corre el riesgo a cada momento de hacer vacilar las certidumbres presentes del «sujeto». *El fundamento representativo* debe ser expurgado de todo fantasma, fantasmagoría, creencia o aproximaciones, aún *infantiles*. Recibidos, retomados, repetidos, sin prueba. De los otros, del Otro. Decir «no» a todo se impone para asegurarse de que se es cabalmente sí (como) mismo. Si no, no se dejará de dudar de cuanto remite a sí, al otro. De lo que serían reflejos de los otros en sí. Del Otro en sí, de sí en el Otro. De la propiedad de los atributos de cada uno. Sospecha incesantemente recurrente que paraliza toda actividad. Más vale entonces llevarla de una vez por todas hasta el extremo de sus implicaciones para juzgar de cuanto de ella puede resultar, y neutralizar así la insistencia corrosiva de la interrogación de la *pertinencia* de toda certidumbre.

Si hay generalización, ésta recurre aquí a la duda hiperbólica, al cuestionamiento sistemático de todo. Todo es susceptible de ser puesto en duda, o (soy) yo (el que) duda, luego (soy) yo (el que) es. La relación con la universalidad del ser del «yo» pensante, y hablante, queda así asegurada. *Sin duda*. Pero se ha abstenido claramente de suponer, de presuponer, que otro «yo» también podía dudar. Apenas se ha preguntado si el Otro no encontraba un placer «malévolo» en hacerle dudar de todo. Más completamente niño, *infans*, en cuanto a la manipulación de la lógica, algo adolescente en cambio en el recrudescimiento de la afirmación de su propia identidad. Solipsismo autoafectivo, que se autoafecta, de la representación que elabora su sueño de potencia sola en su habitación, indiferente, al menos durante un tiempo, al resto de la/su historia que continúa tramándose. Re-cortando y retrabajando solitariamente, con un *negativismo* que no abandona nunca la prudencia, *los vínculos del «sujeto» con sus archivos*. Y con *su proceso de engendramiento*. Y si lo que hacía referencia en el devenir de la génesis aparecía antes en lo que se predicaba de particular de la sustancia, del sub-jectum, ahora en un gesto de una audacia apenas creíble corresponde a un sujeto singular re-engendrar todo el universo, des-

pués de haberse traído al mundo de nuevo a sí mismo conforme a un modo de vida que se sustrae a la precariedad de la existencia tal y como ésta es concebida habitualmente. *La hilera, el cordón*, con los ascendentes y los misterios de la concepción *su-primidos*, no es nada más que aquél que aún puede recurrir en cada momento a esa operación. En un acto especulativo de (de)negación que bastaría para atestiguar su autonomía. Mediante un *verbo* que como por azar –¿o por necesidad?– puede eventualmente prescindir del objeto, predicarse también en lo absoluto, ciertamente a costa de una cierta ascesis, de una cierta perseverancia voluntaria. Especulación «pura», tan intransitiva en su proceso como «vivir» o «ser».

Y ello no habrá sido posible sino porque «pensando en» yo se piensa ya casi en su *pasivo de pensamiento*, y por lo tanto su *ya pasado de pensamiento*, que constituyen así *el fondo de la/su representación*. En una relativización de las cogitaciones en comparación con el cogitatum que las piensa. Lo importante, en efecto, consiste en determinar a aquél (como) *aquí y ahora* que (se) representa. El *resto* vendrá dado. Más tarde. Y si se objeta que para pensar, y por ende para existir, primero hay que «respirar», esta ingenuidad recibirá por respuesta que, por más que respire, si no lo sé, nada puede probarme que es verdad que respiro. Y, por lo tanto, que existo. Mi certidumbre de ser, si no quiere ser antepredicativa, prescindirá, en caso necesario, de mi aliento. Y si mi cuerpo y todas las cosas materiales, e incluso el cielo, la tierra y hasta los demás espíritus no comparecen en la evidencia que puedo o deseo tener de ellos, me basta mi «alma» para vivir con toda seguridad aunque sólo fuera en *el poder mismo que ésta tiene de (de)negarlo todo*. Incluso la verdad de lo que piensa. Puesto que, aunque hubiera caído de lleno en la ilusión, saberse engañada es suficiente para que ella persista en su ser. ¿De verdad?

¿Y si la ilusión fuera constitutiva del pensar? No tanto como «error» de adecuación de las cogitaciones a la/su realidad objetiva, sino como ficción de prueba del cogitatum mismo, o como venir a ser lo mismo que aquel que ahora está pensando(se). Ficción de la unidad y de la simplicidad del sujeto: del cogitans y del cogitatum. ¿Si se impusiera, por lo tanto, con la misma razón, si no más, llegar a la conclusión de la existencia del otro –e incluso de sí como otro– por el hecho de pensar? Si yo no pensara nunca más que a partir de la introyección, intromisión, del otro. Ya sea como pensamiento, ya como espejo en el que yo (me) reflejo. Y si los pensamientos que he recibido del otro, de los otros, son puestos en duda aquí en un gesto solipsista que reclama ya el cuestionamiento de su validez, el hecho de que el mecanismo de pensar y el «tejido pensante» estén necesariamente constituidos por el otro y sean apropiados por mí no parece perturbar al «sujeto» en la afirmación de su existencia solitaria. Tampoco el hecho de que sólo puedo reflejar(me) gracias a una pantalla reflectante. Estas consideraciones ópticas son abordadas en tratados específicos. *Fuera, ya, de la ontología.*

Otro tanto sucede con las consideraciones sobre la mujer, las mujeres. Una ginecología, una dióptrica, ya no tienen derecho a formar parte de la metafísica. *Anthropos-logos cuyo sexo sólo se declara mediante sus exclusiones, sus desconocimientos, sus ignorancias*, y mediante lo que se dice en sus márgenes. ¿Y si «yo» no pensara más que el pensamiento de la mujer? ¿El pensamiento (como) femenino? ¿Y no (se) devolviera ese pensamiento en su reflexión sino gracias a la incorporación de la madre? Espejo todopoderoso (de)negado en la autosuficiencia del sujeto pensándo(se), y cuyo «cuerpo» será en lo sucesivo especularizado de parte a parte. «Yo» reinventaría incluso todo el lenguaje –si pudiera– para no mezclar las únicas leyes que reconoce como constitutivas de su existencia con las recibidas de sus padres, que no le garantizan sino certidumbres de Escuela, ya irremediabilmente pasadas para su existencia presente.

Ruptura con toda herencia que le hace aparecer como *culpable de todo pensamiento*. Volviendo a ponerlo todo en tela de juicio en un acceso de «*escrúpulos*» cuya generalización resulta adecuada a aquello de lo que se separa, a su rechazo de todo cuanto no sea él (como) mismo. «Esencialmente». *Círculo vicioso* en el que la causa y el efecto se confunden en un estremecimiento de todo fundamento, una tachadura de todo comienzo, una desconfianza de toda memoria, de toda historia. De toda imaginación, de toda sensación. Dudando incluso de la diferencia entre el sueño y la vigilia, un letargo casi fetal y la conciencia prevenida del hombre maduro que es.

Queda el hecho de que «yo» pienso. Piensa. «Punto fijo» en los torbellinos incontrolables. «Yo» pienso, luego es. Un verbo, un proceso verbal, sirve de premisa de la existencia, re-engendra el «ser» a punto de desfallecer como si hubiera caído en aguas profundas, sin marcas de las que fiarse, a las que encomendarse. Ni siquiera sus/los pensamientos de los que sabe que son muy confusos antes del nacimiento, hasta tal punto el alma está entonces apegada a la materia que no puede ocuparse de otra cosa más que de recibir las impresiones de ésta. Pero *semejante regresión* puede y debe evitarse ateniéndose firmemente, *aquí y ahora*, a ideas claras y distintas. Y la primera que se muestra evidente –en ese instante– es que «yo pienso». «Yo» puede aún pensar. Y a partir de ese germen, de esa semilla de verdad, y del desarrollo de una luz «natural» –al respecto de la cual no hay que preguntarse ahora de dónde viene y cómo se engendra so pena de perder de nuevo su asidero, y así hasta el infinito/indefinidamente–, «yo» va a conferirse la existencia. ¿Ser sin cópula alguna? Yo (luego) cópula sin copulación de/en sus ascendientes: mayores o menores. Yo, por lo tanto, «es» sin «todo» ni «pero», que sólo aparecerán más tarde en el proceso de su génesis, cuando «yo» será asegurado como único fondo subyacente a su re-presentación. Objetivándose a sí mismo, revelándose a sí mismo, en una realidad desde el principio eminente. Formal y objetivamente demostrable por él como sustancia pensante. Así de golpe. Que «yo» sería en lo que cogita, aquí y

ahora, sin defecto posible en su prueba. A no ser que no se piense. Que resulta impracticable para un hombre, por más vulgar que sea, por más equivocado que esté. Desde su concepción, él (se) piensa. Y la duda, extendida incluso a todo el universo, revela la tarea ciega en la que él (se) concebía sin saberlo, cámara oscura de la representación (del mundo), que, una vez desmantelados todos sus cuadros, existe en su insistencia. Donde el ojo (del alma), renunciando a la diversidad de los espectáculos que se le presentan o se le imponen, se descubre, finalmente, como *órgano de visión* en una decadencia –aunque sólo fuera experiencia de un abrir y cerrar de ojos científico– del cuerpo, del que se separa para ver mejor. Esto es: de manera clara y distinta, sin la multiplicidad de aflujos de nervios que interfieren en todas las partes del cuerpo y del medio ambiente: sensaciones, imaginaciones, recuerdos,... que conviene suspender en un protocolo de asepsia que acompaña a esta disección quirúrgica. Mirada que en lo sucesivo no tiene más «objeto» que su percepción, a través de la cual y *desde detrás de la escena* podría de nuevo, finalmente, ver. Cerrado a los encantos de las «cosas» seductoras en su ficción, y que no concordaría y no reproduciría en su mecánica analizada más que aquello que se dispusiera técnicamente ante él.

Para el nuevo «sujeto» que de esta suerte vuelve a traerse al mundo en un apeto de potencia científica, todo (otro) fantasma, todo (otro) sueño, que perturbe la precisión de su instrumentalidad teórica debe ser paralizado, toda «pasividad» de sentidos aún naturales y por ende impresionables sin control por la materia, debe ser prohibida. Al menos durante el tiempo de una operación decisiva. De un ajuste y definición, sin remisión, de su objetivo. «Yo» pienso y él será, y ustedes serán lo que su equipo fotográfico habrá teleobjetivado, suponiendo que no lo haya abierto/cerrado *al exceso de una hipérbola* en la que ya no habría nada que ver. Infinito/indefinido de una mácula –mancha sin embargo *amarilla*– que va a redeterminar el horizonte del saber. Creyendo en esta ascética elipse del cuerpo –¿donde el *amarillo* es apartado?– haber purificado su campo de operaciones de toda intromisión de manchas, de toda mezcla, de toda confusión: sueños, locuras, pasiones desordenadas..., Enfermedades de un entendimiento limitado que será preciso (volver a) tener en cuenta, pero más tarde. Clara y distintamente. Repliegue en una privación rigurosa de todo ejercicio de la sensibilidad y de la imaginación desde el cual el «sujeto» va a observar el mundo, piloto de un navío que surca el infinito del mar en el que nada prescribe ya la perspectiva sino lo ilimitado de un *nada que ver*. Volviendo, pues, a sí mismo, a su interior, empezará de nuevo, comenzará de nuevo a trazar su camino apoyándose en esa (casi) *nada de tener*. Pero de todos modos «yo pienso», luego *tengo el ser*. Reversión de una carencia de exceso de poder, en *matriz* todopoderosa, que va a hacerle reconsiderar lúcidamente aquello a lo que, a quién él debería la vida.

De esta suerte, el mar en el que está, al menos en apariencia, perdido y que le desborda por todas partes, poniéndole así en peligro, ¿qué es? Considerado, fríamente, consiste en *una cosa corporal extensa*. Inmensa, sin duda. De ahí el hecho de que la mirada al menos se sumerja en él, saturada. Pero desde ese lugar en el que él está seguro de existir puede *cortarlo en pedazos* indefinidamente, someterlo a una multiplicación de puntos de vista, inscribirlo en un espacio aún más vasto para darle contorno: un mapa del mundo... «Yo» puede someterlo a un conjunto de medidas que lo transformarán en *objeto de uso*: en medio de transporte, por ejemplo. Naturaleza al menos utilizable por el «sujeto» para sus desplazamientos. Sin embargo es preciso aún que renuncie a dejarse colmar por aquellos colores, fascinar por su grandeza, seducir por sus olores, sus ruidos. Que no quiera, por encima de todo, sentirlo o beberlo... Impulsos que serían manifiestamente errores, incluso para la subsistencia de su propio cuerpo. Que desdeñe, pues, *también a ésta sin límites* en la perseverancia de su voluntad, los/sus modos de ser al fin y al cabo secundarios, para dedicarse al análisis de su atributo esencial: la extensión. Algo que, provisto ahora de armas, llevará a cabo sin dificultad. Aunque tuviera que reiterar *indefinidamente* la operación de división. Aunque tuviera que complicar esos fraccionamientos, e incluso *desplegarlos*, en función del *carácter curvo de sus líneas*. Nada hay en ello que pueda desconcertar en sus *planes/planos* al agrimensor que él es, apartarle de un arte de la *geometría* en el que destaca, desplegándolo con una arrogante certidumbre en espacios cada vez más *retorcidos* y hasta entonces sustraídos a una prospección matemática, abandonados a las fantasías imaginativas de los hombres. «Yo» pienso, luego esta cosa, este cuerpo, que es también la naturaleza, que es aún la *madre*, se torna en extensión disponible para sus investigaciones analíticas, sus proyecciones científicas, el ejercicio regulado de su imaginario, la práctica utilitaria de su técnica.

«Yo pienso», pues. Pero a costa de un desmonte de todo pensamiento, de una explanación de toda realidad objetiva de mis ideas. «Yo» pienso, ¿pero en quién? ¿En qué? Y, en cierto modo, ¿por qué? ¿Y quién me dará que pensar, y pensar precisamente, en esta existencia en la que ahora me he visto confirmado? Y *confinado*. Dejándome el apetito de otra cosa que no fuera únicamente mi certidumbre de ser. ¿Quién reemplazará, o suplirá, pero perfectamente, a todo cuanto, todos aquellos a los que he renunciado para ser? Punto fijo que no puede permanecer sin cesar *en suspensión*. Esa reiteración lisa y llana de la puntualidad de ser podría ver a la larga cómo se desvanece su distinción y cómo se hincha infinitamente/indefinidamente la forma de una idea vacía, extremada por una falta total de objeto, aunque fuera parcial. Amenazadora, pues, para la imperceptible plataforma de mi certidumbre si no encuentro para ella un fiador capaz de cumplir con esta exigencia y cuya perfección, por lo demás, estará garantizada de inocuidad en lo que a mí respecta. Lo que debe entenderse en un doble sentido, a saber, que lo que es infinitamente perfecto no tie-

ne ninguna necesidad de mí para ser en su plena autonomía y que tampoco puede engañarse/me so pena de perder su valor absoluto. Y mi deseo de ese ideal me asegura clara y distintamente que ello es rigurosamente imposible.

Yo pienso, luego Dios existe. Ser infinito que en cada momento vuelve a dar impulso a la formación de mi subjetividad y que, además, confiere a mi enunciación la verdad de las realidades objetivas a las que ella apunta como ideas. *Alimentándola*, una y otra vez, del seno-falo inagotable de su entendimiento todopoderoso. Dios existe pero soy «yo» el que mediante el pensamiento le habrá otorgado esas esencia y existencia que él espera de Él, conforme a un razonamiento conducido con arreglo al orden que desbarata la creencia de los ignorantes en la revelación. *El hijo*, después de haberse preocupado de su propia génesis, *se reproduce*, «al tercer día», *un padre-madre conforme a su idea.* ¿A su imagen? El infinito adicional que exige su carencia, y por lo tanto su apercepción, de una existencia perfecta, su decepción de un devenir sujeto siempre *repetible* pero *sin fin* en su fracaso de la reabsorción de la extensión de la materia en el pensamiento.

De esta suerte, no ha podido reducir completamente el organismo por/en su sistema especulativo. Con independencia de las esquicias operadas, sigue siendo preciso tenerle en cuenta, aunque permanezca completamente impenetrable, resistente y opaco a la intellectio. Pero «yo» puede, sin embargo, con mayor o menor astucia, utilizarlo. *Maquinándolo con sus piezas separadas*, cuyos mecanismos, los principios de funcionamiento, los circuitos de unión, los engranajes y resortes analizará cuidadosamente, pondrá todos estos conocimientos científicos al servicio de una voluntad cuya potencia es conocida, pero puede engañar a causa de su impetuosidad. Así, pues, no conviene dejarse impresionar irreflexivamente por ninguna alegría, dolor, pasión... No se trata de que, en cuanto tales, sean condenables, sino que pueden engañar a un espíritu aún confuso, no lo bastante ilustrado, que es preciso devolver constantemente a la razón. So pena de que experimente incomodidades procedentes de un miembro ya amputado –lo que, es preciso insistir en ello, no resta absolutamente nada a la conciencia–, o de que sufra una sed que no corresponde a ninguna necesidad real, cuando no pone en peligro su propia vida al no descubrir el veneno que se oculta en un succulento plato. Por ejemplo. Todo lo cual no conviene reprochárselo a Dios, porque esas faltas y engaños de la naturaleza del hombre se explican porque es compuesto, y no sólo un alma. Y Dios, que no lo engendró en la confusión, no es responsable de ello en absoluto. Y que además es el guardián de los valores de verdad inmutables que reconocemos en nosotros cuando Le hacemos juramento de fidelidad.

Ahora bien, ¿cómo deben comportarse *los «cuerpos» entre sí?* Conforme al mejor estado de conservación y de armonía entre el conjunto de las partes. Conforme a una *co-subsistencia* dentro de lo posible *pacífica*, en la que cada uno intenta en sus

movimientos no quebrantar en exceso tanto la movilidad como el reposo de los demás, tanto aquello que les lleva a desplazarse –la perfección afortunadamente consiste en una utilización del libre arbitrio para *educar* el alma en la contemplación de las verdades eternas– como lo que les mantiene apegados a la tierra por el peso. Las contrariedades comienzan, evidentemente, cuando *dos cuerpos van uno hacia el otro*. ¿No sería el tropismo más idealmente natural que sigan su camino *en línea recta* casi en fila india, empujándose en cierto modo uno al otro y transmitiéndose así el impulso divino que, como instancia más originaria, les mueve? Así, pues, cuando dos cuerpos se encuentran, se impone un cálculo rápido para estimar sus velocidades y masas respectivas, y el establecimiento de una correlación con el sentido de su movimiento. Se desprenden de ello todo tipo de leyes que harán previsibles la fuerza y la cualidad del *choque*. Lo importante es que cada uno continúe su camino conforme al orden del universo. De esta suerte, no pueden detenerse uno (al) otro, ni tampoco juntarse– so pena de detener el mecanismo del mundo. Pero tampoco deben permanecer a una distancia tal de uno respecto al otro que podría dar lugar al *vacío*, por más que éste deba entenderse siempre como pleno de cuerpos y vacío tan sólo respecto a la espera que se crea hasta que sea llenado con otra cosa.

Porque si hubiera verdadero vacío, la «naturaleza» volvería a cerrarse por sí misma, juntando los labios de la abertura. Y si se me objeta que Dios puede subrepticamente retirar de *una vasija* –por ejemplo– lo que la llenaba, dejándola así desprovista de contenido alguno que justifique *la abertura de su cuello*, respondería que *eso repele a mi concepción*, y que es además imposible que Dios no cumpla el *principio de no contradicción*. Pero además son éstas respuestas a fantasías propias de ingenuos que todavía no han considerado en ningún momento *las propiedades de los espacios imaginarios*. Y la materia, aunque indefinidamente *extensible* y *divisible* –en partes innumerables pero contiguas, lo que no abole la continuidad–, es en su conjunto de una sola pieza. Y el espacio es –en su conjunto– constante e inmutable, aunque esté sometido a la diversidad en sus partes. Aunque parezcan producirse en él movimientos heterogéneos, estos son interpretables como necesarios para la *homogeneidad del todo*. Así sucede con los *torbellinos irregulares* y con la materia *sutil* que se desliza consiguientemente por los *estrechos corredores* que se abren gracias a sus configuraciones. Porque todos los «cuerpos» deben estar a la vez separados –ocupando cada uno el espacio que le corresponde, sin confusión posible entre ellos– y yuxtapuestos como en el funcionamiento de una enorme *máquina* en la que cada pieza asegura el movimiento general. En cuanto tal incesante y duradero. Proporcionando una completa utilidad.

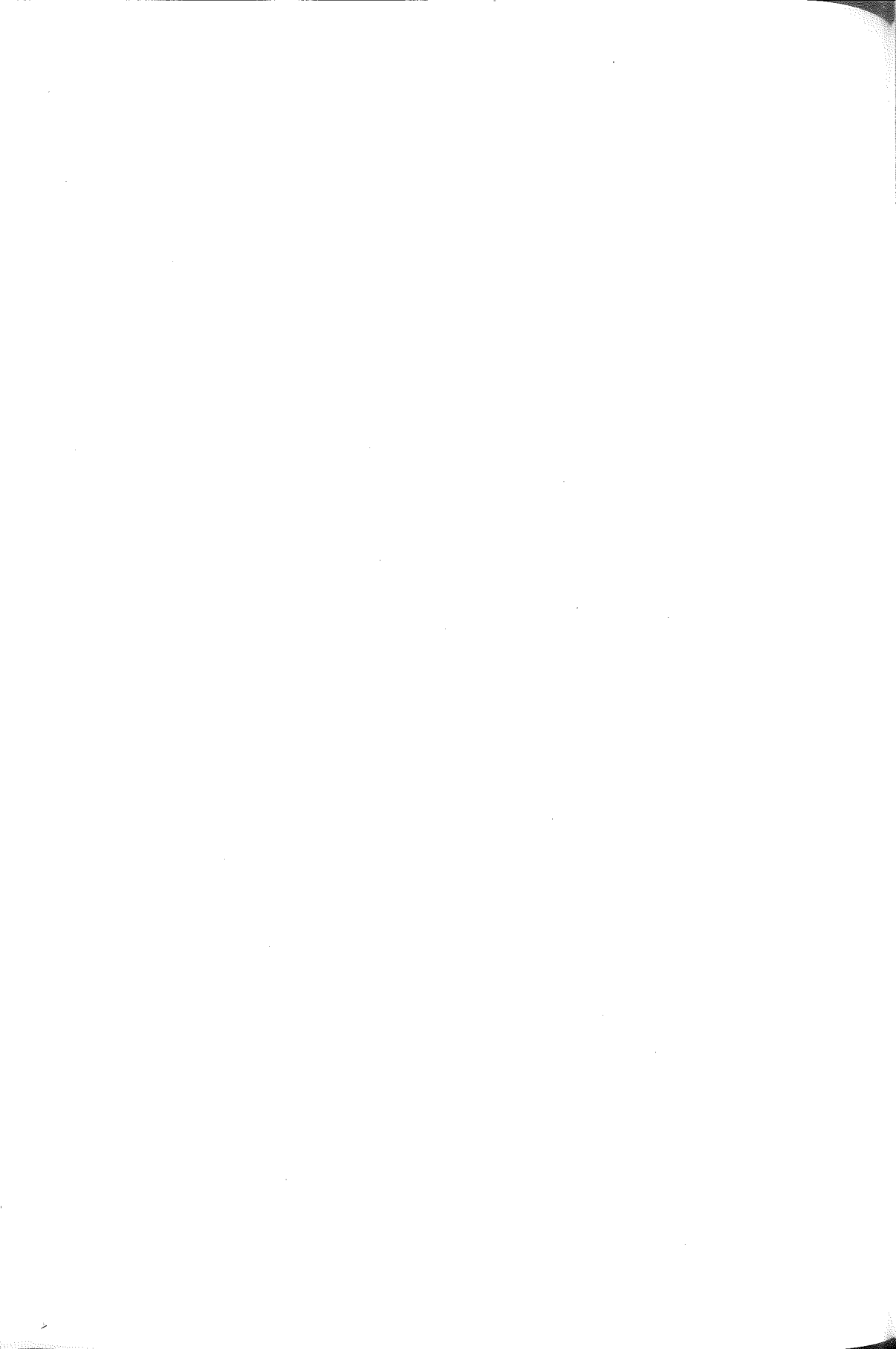
Todo esto ha sido concebido y re-construido a partir de la certidumbre de que mi representación era el único valor firmemente establecido, la única cosa que no podía faltar en este mundo en el que todo lo que me aparece está perpetuamente someti-

do al cambio. Al menos tal y como exteriormente se presenta ante mí, pero también con arreglo a cuanto dicen la mayoría de la personas. Así, pues, yo vivía como en medio de torbellinos, o de un terremoto, lleno de desórdenes, agitado por movimientos dispersos, yendo de aquí para allá sin orden alguno, convulsionado por todas partes hasta en mi cerebro —lo que probablemente pongan en duda debido a que éste estaba bajo tales circunstancias completamente fuera del control de mi voluntad—, hasta en mi mirada que se apartaba de allí donde la dirigiera. Por eso ha sido preciso que me dé *un punto fijo* para reiniciarlo todo desde cero: cerrando los ojos, tapándome los oídos, apartándome de todos mis sentidos e incluso borrando de mi pensamiento todas las imágenes de cosas corporales, pero negándome además a imitar a los antiguos, cuyo tiempo —aquí y ahora— ya pasó y apoyándome en su lugar en *las ciencias nuevas que pueden modificar enormemente la forma de concebir*. De esta suerte, he renacido, libre de las fábulas e impresiones materiales que oscurecen el entendimiento de los niños. Y si, durante mucho tiempo, me pregunté si se trataba aún de *un sueño*, ahora ya sé distinguir el sueño de la vigilia. Y llego a la conclusión, provisto de pruebas, de que no puede tratarse de un sueño. Pero que lo que se suele creer comúnmente como realidad es más bien ficción, y lo contrario. Porque la confusión del *objeto real* y del *objeto virtual* puede subsistir incluso en aquellos que se han enfrentado a las leyes de la óptica. ¿A no ser que piensen, con una cierta falta de generosidad y de estima hacia el hombre, que un espíritu puede fingir(se) a propósito?

Pero no se me podrá objetar como una falta ética que, desde el punto ciego en el que—¿malévolamente?— he anclado mi esquife, podía ver que cuando me acuerdo de mi representación yo habría sufrido en ésta al menos *un desdoblamiento* que, además, me/la *invierte* y me/la deforma aún de maneras completamente distintas, y así en *magnitud*. Que yo haya tolerado que el mundo entero fuera percibido desde siempre por mí *al revés*, y por lo tanto, exija ser sometido a la duda de arriba a abajo, me habrá sustraído, *sin duda*, a la evidencia de que en mi pensamiento yo soy sujeto —«yo» es «sujeto»— en/de la inversión misma. Y me habrá dejado en la ignorancia de que, en ese abrazo de la verdad que yo codicio por encima de todo, trato de unirme a lo irreductible de una *imagen en el espejo*. Así soy yo. Por fin solo, cópula. Yo-yo mismo* reunidos en una acoplamiento que siempre comienza de nuevo. Y asimismo siempre fallido, a causa del cristal que nos separa. Dios me permite esperar al menos que llegará a ser distinto. Algún día.

Y si, por azar, una voluntad tan buena está dispuesta a reír, sepan que la facultad de reír no es propia del hombre sino en un cuarto grado, al igual pero de distinta manera que la tangibilidad y la impenetrabilidad no definen esencialmente el cuerpo, sino más bien la extensión.

* «Je-moi» en el original. [N. del T.]



La mística

Sírvanse de un espejo cóncavo y acérquenlo a una materia seca e inflamable; expongan luego el espejo a los rayos del sol; la materia seca se inflamará y arderá a causa del calor del sol y de la concavidad del espejo.

Ruysbroek el Admirable

Mujer es la palabra más noble que puede dirigirse al alma, y es más noble que virgen.

Meister Eckhardt

El Verbo se hizo carne con el fin de hacerme Dios.

Ángela de Foligno

Así podría designarse lo que conforme a una perspectiva todavía teo-lógica, onto-teo-lógica, se llama discurso o lenguaje místicos. Nombres que se imponen de nuevo por la conciencia para significar este «fuera de escena», esta otra escena, para ella *críptica*. Indicando de tal suerte el lugar en el que ella ya no se domina, la «noche oscura», pero también los fuegos y llamas en los que ella se abisma para su extrema confusión. Lugar en el que «ella» habla –o él valiéndose de ella– del deslumbramiento por la fuente de luz, lógicamente rechazada, de la efusión del «sujeto» y del Otro en un abrazo/acoplamiento que les confunde como términos, del desprecio de la forma en cuanto tal, del recelo de este obstáculo a perseverar en el goce que constituye el entendimiento, de la aridez desolada de la razón... Y, de nuevo, de «espejo ardiente». Ese lugar, el único en la historia de Occidente en el que la mujer habla, actúa, además públicamente. Sin tener en cuenta que para/por ella lo masculino se aventura, desciende, condesciende, a riesgo de quemarse en el intento. Para hablar a mujeres, escribir a mujeres, sermonear o confesar a mujeres, el hom-

bre se ha prestado a menudo a tales excesos. Ha aceptado el recurso, el rodeo de tales metáforas que ya apenas tienen el estatuto de figuras. Ha renunciado a su saber para ponerse a la escucha de sus locuras. Cayendo –diría sin duda Platón– en la trampa de imitarlas, de pretender gozar como «ella». Hasta dejar de reconocerse como «sujeto», y dejarse llevar allí donde por encima de todo no quería ir: a su pérdida en la atípica, atópica, misteria. En la que ya se habrá podido observar –para asombro (de lo) general– que los más pobres en ciencia, los más ignorantes, fueron los más elocuentes, los más ricos de/en revelaciones. Históricamente, pues, las mujeres. O, al menos, lo «femenino».

Ahora bien, ¿cómo ha de hacerse? Puesto que el horizonte ya ha quedado limitado y el «sujeto» definido en varias modalidades como aquello que le determina, con arreglo a una circularidad que no conoce más fines que su retorno, repetido, sobre ella/él misma/o. Es preciso encontrar/horadar aquello –él– que habla, ve, piensa, y de tal suerte se confiere ahora el ser, en una autosuficiencia al mismo tiempo carcelaria y una claridad hecha de sombras denegadas. Volver a atravesar, pues, esta morada en la que ahora está confinado, y la oscuridad de la noche hasta re-sentir de nuevo aquella luz que las formas y todos los demás revestimientos (especulativos) han ocultado a la mirada conforme a una reducción técnicamente dirigida de toda incandescencia. Que deja al hombre, además, con su hambre, su sed. Al menos en ocasiones, al menos en algunos lugares. Todavía.

Pero como el ojo es ya guardián de la razón, en primer lugar es preciso llegar a salir sin ser visto/a. Y por lo demás sin ver demasiado. Abertura, ciega, de la habitación cerrada del filósofo, de la matriz especulativa en la que está enclaustrado para considerar claramente el todo. Escapada del «alma» fuera de sí que practica una abertura en el antro por la que ella podrá (re)penetrar. Fractura de su pared clausurante, transgresión de la/su distinción entre dentro/fuera. Éx-taxis en los que ella no tarda en correr el peligro de perderse, o al menos de ver cómo se desvanece la seguridad de su identidad consigo (como) misma. Sin duda ello no se producirá de golpe, toda vez que ya está bajo la influencia de representaciones y envolturas múltiples, en configuraciones y cadenas distintas que la devuelven parte por parte a su unidad. A la semejanza de lo que sería idealmente en su forma, o sustancia, propia. Y la marcha que tendrá que emprender para escaparse de la lógica que de tal suerte la ha encuadrado no es ninguna nimiedad. Sin tener en cuenta que ella no sabe dónde va, que ella va a tener que caminar sin método, y entre tinieblas. Pues su ojo está acostumbrado a una evidencia que justamente oculta lo que ella busca. Va a ser preciso que ella recorra de nuevo *la sombra misma de su mirada*. Noche de toda visión aún sensible, aún solar, para un deslumbramiento que condenaría al arrepentimiento de su suficiencia a este mismo astro. Noche a su vez, y sobre todo, de toda especulación inteligible, de toda contemplación teórica, aunque tuviera por

objeto el Ser mismo. Y si el hombre pensara escaparse mediante una recta visión de la opacidad de todo cuerpo ante la luz, veremos cómo vuelve a sumergirse a causa de la impetuosidad de su deseo en la oscuridad que proyectaba aún en su contorno y en su reverso una mirada supuestamente esclarecida.

¿Dónde fijarla en ese vagabundeo nocturno? Sino una vez adentrada en la noche hasta que se torne en rayo transverberante, tiniebla luminosa. En una *tecla* que reabre el «alma» a un contacto divinamente hiriente en su golpe, y su irradiación. Alcanzada en ese estrato subterráneamente resplandeciente que seguía siendo sin saberlo. Y que no (se) conocerá jamás distintamente allí donde (re)comienza a arder, en una dulce confusión. Imperceptible primero en su centro. Donde el desgarrero impone su dolor, sus miedos, sus gritos, sus lágrimas y su sangre, por encima de cualquier otro sentir. Llaga antes de convertirse en hoguera. Pero ya delicia y avidez de/en el suplicio, si ella se ha confiado a una pulsación bastante sutil en la administración de su fuerza. Preguntando otra vez, desconsolada en la pista así abierta e impaciente por aplazarlo todo. Pero sin poder especificar lo que quiere. Con palabras que desfallecen. Presintiendo un *quedar por decir* que se resiste a todas las palabras, que apenas podría balbucearse. Para el que todos los términos están demasiado gastados, y son demasiado débiles, para traducir de manera sensata. Porque ya no se trata de suspirar por algún atributo determinable, algún modo de la esencia, algún rostro de la presencia. Lo que se espera no es ni un *esto*, ni un *aquello*, ni siquiera un *aquí*, pero tampoco un *allí*. Sin ser, ni tiempo, ni lugares designables. Así, pues, más vale negarse a todo discurso, callarse o limitarse a un clamor tan poco articulado que apenas forma un *canto*. Acercando por eso el oído a todo estremecimiento que anuncia un retorno.

Porque, ¿a dónde dirigirse en esta ignorancia que sólo de un abrazo/acoplamiento [*embras(s)ment*] puede recibir su ciencia? Sin duda quedan puertas estrechas, caminos enormemente angostos, oscuros y terribles que aún han de ser atravesados, habrán de sufrirse opresiones entre dos paredes, aberturas que habrá que ampliar hacia la plenitud de la claridad, cavernas que habrán de ser exploradas... Desiertos sin fin, pendientes entre dos extremos, vértigos, ascensiones e incluso marchas atrás... Ahora bien, ¿cómo arreglárselas, aunque se tuviera la pasión de tales pruebas, si no se es «llamado»? No hay ningún fin perceptible hacia el que tender(se), ninguna causa asignable a la que hacer referencia. La «luz natural» no está allí para asegurar la progresión en esta vía, que ya ha desaparecido/se ha venido abajo [*éc(r)oulée*] en la confusión con las paredes reflectantes del «alma» de las que ella se había apropiado en una óptica bastante fríamente razonable. Apagada en esa noche en la que un extraño despertar se presiente mientras que todo duerme, y la parte superior del alma está profundamente adormecida, el entendimiento como estúpido. Y cuanto comienza a acontecer tiene lugar en un escondite tan profundo,

un secreto tan inaccesible, que ninguna inteligencia, ni sentido común, pueden tener del mismo un conocimiento preciso. Soledad distante y alejada de/en ese tacto conmovido sin embargo en lo más íntimo. Y que nada desvía y distrae de su suspenso aún inquieto. Que ninguna decisión puede levantar. Pasiva expectativa, abandono sin previsión. Sin el recurso a una actividad voluntaria y concertada que podría hacer oposición al paso de la «gracia». Atenta espera en la nada de proyecto, de proyecciones. Dulzura intolerable, y amargura, aridez, vértigo y horror de la vacuidad sin límites. Cuando no se trata de un recuerdo inaferrable que se sustrae a su representación, re-presentación, repetición. Su sueño mismo.

Resquicio que más adelante se abre, y se separa y se fuerza, sin saber(se), ni imaginar(se) en su insondable desnudez. Abismo en el que desaparecen todas las personas, todos los nombres, también los propios. Porque será preciso justamente despojarse de todas las propiedades para adentrar(se) en esta penetración: amor, querer, afección, deleite, interés, beneficio, que se remiten aún a un sí (como) mismo. Vistiéndole con un excedente de valores que sólo mienten y engañan con sus encantos a quienes no conocen aún la unión en la desnudez más exacerbada. Sin más don en el intercambio que un loco impudor. Esa «simplicidad» desprovista de todo atributo y que no tardará en hundirse en el fondo de lo sin fondo, engullendo las últimas moradas del alma, su última virginidad, hasta/en el infinito. Poniendo patas arriba sus habitaciones, su cueva, hasta conducirla a la fuente abismal a la que no podía, no sabía llegar. Pues estaba (en)cerrada en torno a la posesión de un saber que la volvía completamente obtusa, sobre todo en su pretensión de lo immaculado que ninguna criatura había logrado aún traspasar o desbaratar. Y que se ve confundido en un goce tan extremo, un amor tan incomprensible, una iluminación tan desmesurada, que la nesciencia se torna en deseo. Nada tiene precio en esta divina consumación, divino consumo. Nada *vale*, ni siquiera ella, sustraída a toda evaluación. Y que no se podrá comprar, ni siquiera en penas o en trabajo. Dispensándose en los márgenes de todo capital. Y del que resulta rigurosamente imposible sacar dinero, pues se trata de un gasto incontable, en el recurso de su pérdida. O al menos no por el momento. O tal vez jamás. La enumeración misma impide la (re)caída en el abismo en el que ella se prodiga, se despliega y se disipa en su locura. Sin duda el más rico será, a fin de cuentas, aquél que haya dilapidado durante más tiempo sus reservas. Pero con ello ya se está calculando en exceso, ya se está siendo demasiado lógicos incluso en esta *radical inversión* de toda economía conocida. Ninguna medida resulta ya apropiada. Última desapropiación de la última retirada imaginaria en esta pura objetividad: «yo» calculaba, luego sabía aún *dónde* estaba. Marcas, elaboración de planos para medir esta extensión, esta materia-madre, que ahora no se dejan dominar. Por eso todas las superficies y construcciones espaciales se hunden en una conflagración que ahuyenta cada vez más lejos las pro-

fundidades de un abismo en el que ahora todo arde. Fuego y llamas que ya no agotan la abundancia de su fuente subterránea, donde los contrarios se unen para llenarla con sus *fluidos*, hasta llegar a reabrir más aún su exceso. Porque, desbordante de la exuberancia de los flujos, continúa aspirando a mayores excesos. *Vacío* de nuevo y, cada vez más, risueño en transportes que dilatan el alma.

Pero, por desgracia, por sí misma ésta no puede sustraerse del enterramiento y el recubrimiento de su cripta. Esperando en lo oculto el retorno del rapto, del éxtasis, del relámpago, de la penetración por el toque divino. Cuya intermitencia, brevedad, apresuramiento, escasez, la dejan con un gran dolor. Sus dos labios, toda comprensiva y toda consentidora, abiertos para otros abrazos, y rápidamente desecados, replegados en su duelo, si el tiempo es demasiado largo. Sin voz para llamar, sin manos para darse a sí mismas el alimento tan devorador como nutritivo hacia el cual ellas entreabrían una boca hambrienta en su privación. Muy inquieta por conservar la confianza en tal abandono. Sin imagen, sin figura, para distraer una ausencia tan mortal. Ningún cuadro, ningún retrato, ningún rostro bastarían para tranquilizar semejante retraso, ni subsistirían en esa carencia de toda forma definida. Encontrar(se) impone una *proximidad* de la que no se conocen aspectos, modos, figuras. Ni metáforas para designar el fulgor de ese tacto. No hay *intermediario* para diferirlo en el *instante* inaferrable de su acontecimiento. Ni siquiera un *medio* que sostenga, recuerde o prepare su intuición. Todos estos atavíos, estos alrededores, la dispondrían en una complacencia que arruinaría el trazado de su camino. Imprevisible en su rayo.

Ahora bien, cómo continuar viviendo entre semejante violencia, por más dulce que resulte. No morir porque se muere, morir porque no se muere. Indecidible del tiempo más terriblemente fulminante en su goce o su dolor. Desvanecimientos, síncope, descuartizamientos en los que los miembros, los huesos, se separan con un crujido que ahoga el ruido de todas las palabras de remisión. Donde el ardor y el hielo calcinan y hielan sin el descanso, el respiro, del intervalo entre dos intemperies. Sin primaveras u otoños, mañanas o noches. Rigores implacables del mediodía en verano, de la medianoche en invierno, que mezclan sus extremos sin la calma de un intermedio más neutro que regularía su alternancia. *Inmediatez del todo* impuesto en el himen de lo incognoscible. Del que ya no será posible sustraerse una vez que ha sido conocido. En una unidad más abisal que aquella todavía, ya especulativa, que subtiende el sentido de esas contradicciones desgarradoras. Fondo, y centro, lugar más interior y más oculto, corazón de la cripta, donde sólo «Dios» después de haber renunciado a sus modos y atributos. Porque esta virginidad más secreta del «alma» sólo se entrega a quienes se dan también en su desnudez. Lo más privado de la morada que sólo se abre a quienes no deben su potencia a ninguna posesión. Que sólo se abraza en la aniquilación de todo poder, de todo tener, de

todo ser, que de antemano están basados en otro lugar y de otra manera respecto a este abrazo/acoplamiento inconcebible en su fin.

Donde cada uno deviene el otro en su consumo, la nada del otro en su consumación. El otro cuya identidad no habrá conocido en realidad, y así ha perdido la suya, pero de lo poco que resulta apenas perceptible habrá conservado la huella para mejor unirse en un abrazo ya, por fin, próximo. De esta suerte, yo te sigo como tú a mí, lo mío es lo tuyo y lo mismo al revés, yo te conozco como tú me conoces, tú gozas de mí como yo gozo de ti en el júbilo de esta co-habitación –co-identificación– recíproca. En la que rápidamente van a fundirse, a confundirse, a refundirse de nuevo las matrices asombrosas de nuestras últimas presiones.

Ahora bien, ¿cómo acordarse si el fuego era tan fuerte, o el curso tan impetuoso que han destruido todas las huellas? ¿Si (el) todo se ha tornado en llama y agua, y ya no queda más que una ardiente turbación y un resplandor? ¿Si la hoguera era tan profunda que habrá comportado hasta el olvido de la línea-camino, intermedio aún en nuestros transportes arrebatados? ¿Si nada subsiste más que/de un foco incandescente inalcanzable por medio alguno?

¿A no ser que ese «centro» haya sido siempre *también de cristal*? Espejo de una materia tan fluida y tan sutil que de antemano se habría inmiscuido, introducido en todas partes. Que siempre, de antemano, habría intervenido, pero que sin embargo permanecería invisible, insensible en cuanto tal en jugueteos tan ajenos a toda reflexión reconocible. Si todo estuviera ya tan íntimamente especularizado que incluso en lo más profundo del abismo del «alma» un espejo esperara su reflejo y su luz. Por eso he devenido (a) tu imagen en la nada que soy, y tú apuntas con la mirada a la mía en tu ausencia de ser. El *azogue*, al menos, conservaría el *ser* –que acaso hemos sido, que acaso seremos aún– en la actual decadencia de nuestro espejismo, o su recubrimiento mediante especulaciones ajenas. De esta suerte, como espejo vivo soy (a) tu semejanza como tú eres la mía. Uno(s), si nada viene a empañar los cristales que se confunden en la pureza de su intercambio. Y si uno tampoco excede al otro en tamaño y calidad. Porque en el Uno entonces el otro se absorbería (como) hasta el infinito.

Cuando te contemplo en el secreto de mi «alma», (re)busco la pérdida de esa especularización, tratando de devolver mi «naturaleza» a la plenitud de su reverberación. Y si «Dios» ya se ha mostrado ante mí en la revelación de su «cara», así mi cuerpo resplandece con una luz de gloria que la hace resplandecer. Y mis ojos habrán sido lo bastante penetrantes para haberla mirado fijamente sin pestañear. Que se habrían abrasado si no hubieran sido el ojo simple del «alma» que inflama aquello que admira desde su órbita hueca. Espejo ardiente que en su bodega se (re)úne con la fuente de luz para abrazar a todo cuanto acontece en su hogar. No dejando más que ceniza, más que un agujero: sin fondo, en su deslumbramiento incendiario.

De esta suerte, «Dios» la ha creado para brillar y arder en su deseo. Y si, más allá de esa consumación, Él/ella dura todavía, se debe a que Él/ella no es nada más que la adoración de ese ardor, la pasión de ese hogar inapropiable, la luz que conviene al vacío de ese espejo solitario, y además su reduplicación virtual. O incluso porque habrá sido –teológica, teleológicamente– imaginada como la atracción mutua del padre y el hijo en el amor de un seno enamorado. Lo que salvaba el «alma» del hombre de su total confusión en ella. Preservando, aún, su identidad en lo hom(br)ólogo y su razón en la hom(br)osexualidad. Pero no habrá encontrado sus desbordamientos más divinos en esa concepción del espíritu. Porque «Dios» excede toda representación, por más esquemática que fuera en su aproximación.

Y tal vez en su «propio» cuerpo –de ella–, Él habrá inscrito tanto más si cabe sus «voluntades» aunque ella sea menos hábil para leerlas, más pobre en lengua, más «loca» en afirmaciones, más estorbada por un aumento de materia(s) del que históricamente se le habrá hecho depositaria, más inmovilizada en/por planos especulativos que paralizan su deseo. Aun, incluso, en el «alma» que, en ocasiones, en una especie de sensualidad de la razón, la priva de bienes inmensos dejándola en la ignorancia de los goces más extremos. «Alma» defectuosa respecto al «cuerpo» y que no habrá sabido –en su reelevación, revelación, de sí– que el mal físico impide siempre el acceso al soberano bien. Que la delicadeza y la sensibilidad del «cuerpo» tienen mucha importancia, que la división del «corazón» del hombre es la falta, el fallo, donde el amor se pierde en controversias que eluden toda «profundidad».

Pero su propio camino para reunir y reavivar esta extensión dispersa y sin conocimiento que ella es (sobre la) tierra será más salvaje y más cruel que si ella pudiera ya reducirse a un «alma», capullo que repite en cada uno lo más íntimo, de esta suerte replegado sobre la especula(riza)ción de su fuente. Mientras que ella es todavía de parte a parte tinieblas para sí misma, y tampoco comprende el mundo que la rodea. Del que sólo podrá distinguirse, en esta ceguera indiferenciada, mediante un cierto número de cortes. Entregándose a los «otros» sólo después de haber operado esa separación respecto a todos y a sus «costumbres», cuando ella comienza a re-sentirse en un dolor en el que ella recoge sus fuerzas. Que rápidamente se exaltan en un desbordamiento de potencia que hará que la crean poseída. Y por ende condenada por confesores o mirones poco experimentados. Horrorizados de verla o escucharla caer por tierra fulminada, darse la vuelta, aullar, gemir agitándose entre convulsiones, tensarse para luego hundirse en un extraño sueño. Escandalizados o inquietos ante la idea de que se golpee terriblemente, de que se clave agujas en el vientre, se queme para apagar el fuego de la concupiscencia, se desolle por todas partes, reavivando y apaciguando en esas prácticas extremas sus pasiones adormecidas. Cuya explosión deja pasmado a quienes son testigos de ella

y que, con una sabiduría completamente apolínea, llegarán a la conclusión de que se trata de algún tipo de brujería para rechazar de nuevo aquellos furoros que ella ya no puede contener por más tiempo. Ocultándolos o exhibiéndolos según los momentos. Queriendo conservar el secreto, no pudiendo hacerlo siempre, o no todavía, en las irrupciones de violencia que la atraviesan y que ella no conoce. Que tan pronto la agitan como la dejan postrada, pálida y como muerta. Tendida, de nuevo, (en) el suelo. En la oscuridad. Siempre sin conocimiento.

Pero un «Dios» se aproxima ya en sus/los desvanecimientos. Y que todos la consideren loca ya no importa puesto que el «príncipe del mundo» se ha fijado en ella y en lo sucesivo acompañará su soledad. Despertar lleno de alegría, para recaer en nuevos suplicios. Porque, ¿cómo no dudar de esa seguridad en su indignidad? ¿Cómo podría manifestarse «Dios» en su magnificencia y prodigarse en/a una criatura tan débil y tan vil como una mujer? Ella, tan frecuentemente humillada y de la que ni un solo átomo de sí misma presenta otra cosa que podredumbre e infección. *Residuos, materias.* De este modo, va a rebajarse de nuevo y cada vez más para sentir el amor que se pretende darle, y atravesar de nuevo los imaginarios que le impiden responder al mismo. Consagrándose a las tareas más serviles, a los comportamientos más vergonzosos y degradantes, para forzar el desprecio que se tiene, que ella tiene de sí misma. Y, tal vez, en el fondo del abismo, recobrar su pureza. De esta suerte, la sangre, las costras, el pus, eliminados en los demás y absorbidos por ella, serán aquello que la limpiará de toda mancha. Finalmente pura por haberse atrevido a repetir hasta el extremo la abyección, la repugnancia, el horror en el que estaba y al que se había miméticamente condenado. Casta por haber afrontado las peores perversiones, haberse prostituido en los actos más repugnantes, en las extravagancias más sórdidas. Rescatada en su candor. En la nada, ahora, de representaciones de sí, en el vacío, inclusive de repulsión, la nada de alma que ella sabe que es. Y el desconcierto en el que habrá dejado a los demás, incapaces hasta entonces de seguirla. De acercarse a ver.

Y si «Dios» todavía la ama, a ella que de tal suerte ha vuelto a dar prueba de su no valor, se debe a que a pesar de todo ella existe más allá de todo cuanto puede pensarse al respecto. A que el amor se impone por encima de todo cuanto haya podido decirse con anterioridad. Y a que un hombre, al menos, la ha comprendido hasta morir entre los sufrimientos más atroces. Ese plus de femenino de todos los hombres que es el Hijo.

Que ella ya no deja de contemplar en su desnudez que se ofrece a las miradas, en los cortes de su carne virginal, en la extensión dolorosa de su cuerpo crucificado, en las heridas de los clavos que le atraviesan, en su suspenso, en su pasión y su abandono. Inundada de amor por él/ella mismo/a. Modelo que, en su crucifixión, le abre una vía de redención en la decadencia en la que se encontraba.

De esta suerte, ¿toda herida no sería inconfesable, todo desgarrón vergonzoso? ¿Una llaga podría ser *sagrada*? Éxtasis en la hendidura gloriosa en la que ella se acurruca como en su morada, en la que ella se apoya y descansa como si estuviera en su casa; y Él está también en ella. Inmerso en una sangre que ella siente caliente y purificándose en su flujo generoso. Y lo que ella descubre en esa divina pasión, ella no tiene ni la voluntad ni el poder de traducirlo. Finalmente autorizada a callarse, oculta a las miradas en lo íntimo del intercambio en el que *ella* (se) ve lo que no podrá decir. En el que ella no ve nada y en el que ve todo. (En)cerrada en el misterio en el que se oculta el amor que se ha depositado en ella. Revelándose en el secreto del deseo. Así tú me ves y yo te veo, yo me veo por fin viéndote, en la insondable llaga que es la fuente de nuestra comprensión maravillada y de nuestra ebriedad. Y para conocerme apenas necesito un «alma», me basta con contemplar la abertura de tu cuerpo amoroso. Cualquier otro instrumento, todavía teórico en cierto modo, me aparta de mí misma separando –y/o volviendo a cerrar– artificiosamente los labios de la hendidura en la que me re-conozco, re-tocándome en ella (casi) inmediatamente.

Y en esta visión arrebatada del lugar desde el que tú te expandes, en un éxtasis mortal, *un relámpago ha encendido en mí el entendimiento adormecido*. Resistente a todo saber que en ese abismo no encontraría su/mi sentido. Ahora le/me conozco y conociéndole/me le/me amo, y amándole/me le/me deseo. Y en la visión del cuerpo ensartado del Hijo veo una alegría de la que me resulta imposible decir una sola palabra, no se vaya a juzgar precipitadamente que encuentro placer en sus sufrimientos. Pero que el Verbo se haya hecho carne de tal suerte y hasta entonces, sólo podía responder a la intención de hacerme (devenir) Dios en mi goce finalmente reconocido. Hundida ahora en mí misma, ya no estoy cortada en los dos abismos contrarios de la elevación y de la decadencia. Sabiendo, ahora, que la altura y la profundidad se traen al mundo –se arrojan desgarradas al mundo– una a otra infinita/indefinidamente. Y que una sea en la otra, y la otra en mí, poco importa puesto que es en mí donde se engendran una a otra en sus transportes. *Fuera de todo sí (como) mismo*. Nunca semejantes, siempre nuevos. Nunca repetidos ni repetibles en sus arrebatos. Y por lo tanto incontables en su enumeración, puesto que carecen de medida determinable. Y además eterno(s) a fuerza de ser inmenso(s). Misterio –me histerio– sin comienzo ni fin asignables. Más íntimo que el «alma» misma. Cripta de la partición recíproca del abismo entre «ella» y Dios. A la que ella habrá tenido que (volver a) bajar para encontrar, finalmente, el sosiego y el reposo en ella-Dios. Transformada en Él en su amor: el secreto de su intercambio. En ella y/o fuera de ella, porque en su goce sus entrañas se abren y se expanden indefinidamente. Tanto más distante(s) de sí misma cuanto más profundamente «interior» era el fuego. Y cuanto más afectada se haya visto la sima más oculta de su bodega.

Tanto más distante en su éxtasis y fugitiva en su alma cuanto más golpeada en lo más adentro de la nada de alma que es.

Extraña economía de la especula(riza)ción de la mujer, que en su «espejo» parece siempre remitir a una transcendencia. Que (se) aparta (para) el que se acerca, que gime de la separación de quien con más firmeza la aprieta en su abrazo. Pero que además llama al dardo que ensartándola más adelante le habrá, al mismo tiempo, arrancado el vientre. De esta suerte, «Dios» habrá sido su mejor amante al no alejarla de sí misma salvo en ese intervalo de su goce en el que ella se/Le encuentra. Hasta el infinito, tal vez, pero en la serenidad del espaciamiento así proyectado por/en su placer. En un lugar lo bastante vasto, pues, para que ningún exilio le tenga cautivo. Rodeado aún de representaciones –aunque fueran metafóricas–, de prescripciones –aún éticamente onto-teológicas– que limitan, determinándola/le, su extensión. Y si por «Dios» ella no se siente violada, ni siquiera en sus fantasmas de violación, se debe a que Él nunca habrá acotado su orgasmo (incluso) histérico. Comprendiendo toda la violencia.

Así re(asegurada) de la complicidad de esta pareja todopoderosa, ellos/ella juega(n) a hacerse la corte, a humillarse pero también a engalanarse con oro y diamantes, a tocarse, a olerse, a escucharse, a verse, a besarse/soldarse, a comerse, a penetrarse, a encenderse, a consumirse, a licuarse,... Confiada como una paloma, arrogante como una reina, orgullosa de su desnudez, resplandeciente de la alegría de tales «intercambios». Y su divino compañero no se cansa de prodigarle elogios y aliento para su (auto)erotismo tan maravillosamente hallado y hollado. Que los confesores no escucharán siempre con un oído complaciente, sobre todo si carecen de ciencia en la materia. Pero qué importa, ella sabe que ya no puede equivocarse. Y que sólo necesita que «Dios» la ame para vivir, y morir.

Y si se le objetara que, como el Bien está en ella, ya no tiene que recibirlo, ella respondería conforme a su ateleológica que, para ella, lo uno no impide lo otro.

Un a priori paradójico

¿Qué puede haber más semejante, más igual en todo punto a mi mano o a mi oreja que su imagen en el espejo? Sin embargo, no puedo sustituir la imagen primitiva por la mano vista en el espejo; porque si fuera una mano derecha, hay en el espejo una mano izquierda y la imagen de la oreja derecha es una oreja izquierda que no puede en modo alguno sustituir a la otra. No encontramos allí diferencias internas que pueda concebir un entendimiento, y sin embargo las diferencias son intrínsecas, tal y como enseñan los sentidos, porque la mano izquierda no puede quedar comprendida en los mismos límites que la mano derecha, a pesar de toda la igualdad y toda la similitud respectivas (ellas no pueden coincidir) y el guante de una no puede servir para la otra.

Para orientarme en la oscuridad de una habitación que conozco, sólo necesito poder asir un solo objeto cuyo lugar esté presente en mi memoria. Evidentemente, nada me sirve aquí de ayuda salvo la facultad de determinar una situación por un principio de diferenciación subjetivo; en efecto, no veo en absoluto los objetos cuyo lugar debo encontrar. No podría desde luego reconocerme en un cuarto con las paredes idénticas si alguien, para gastar una broma, hubiera desplazado todos los objetos, conservando el mismo orden entre ellos, pero poniendo a la izquierda lo que antes se encontraba a la derecha. Pero rápidamente, gracias al mero sentimiento de la diferencia entre mis dos lados, el derecho y el izquierdo, podría orientarme. Es exactamente lo que ocurre cuando me veo obligado a andar y a encontrar el camino de noche por calles que conozco, pero en las que ya no distingo una casa de otra.

Kant

Ocurre que, por efecto de una insolación, de repente la tierra vacila bajo los pies, provocando la angustia de un derrumbe, el vértigo de una recaída en el abismo, incluso la ilusión de un vuelo en el vacío. Para restablecer un equilibrio, tan peligrosamente comprometido, el filósofo decide que en lo sucesivo la naturaleza en su conjunto será sometida al espíritu humano, que recibirá su fundamento originario de su

conformidad necesaria a la ley. Así, pues, el suelo descansará ahora sobre un techo transcendental, inquebrantable gracias a su apuntalamiento por las formas y las reglas de la representación. Con ello no se dice que el hombre no haya extraído previamente de una reserva todavía natural lo necesario para elaborar su construcción, que no haya sido indispensable un rodeo por el exterior, que «yo» no haya tenido relación con las «cosas» antes de tener conciencia de sí. Pero ese primer tiempo del con(a/o)cimiento se olvida en una arrogante pretensión de determinar soberanamente el todo.

Primera operación de paso de la sensación al entendimiento que va a producir –no sin *misterio*– un esquematismo que jamás entregará a lo sensible lo que le debe. Porque lo imaginario, su facultad más sutil, permanecerá al servicio del entendimiento. Así, pues, lo que se concede a la naturaleza es inmediata e imperiosamente recuperado y no habrá tenido otra utilidad que la de asegurar más rigurosamente su dominio. De esta suerte, el esquema transcendental tendrá por función la de negativar una particularidad de lo sensible, que no será reconstruida. Repudiado en su ingenuidad empírica primera. Y lo que con ello habrá quedado excluido en lo diverso de su experimentar para elaborar el concepto de objeto, es la inmediatez de la *relación con la madre*. Donde la intuición de lo transcendental apunta en su objetivo a aquello que unificaría lo múltiple de las sensaciones que tienen (o han tenido) lugar bajo el pensamiento indeterminado de algo en general. Encajando de tal suerte la profusión todavía poco diferenciada bajo el *escondite* del *uno*, practicable para legislar –en la crueldad del entendimiento– el vínculo con lo matricial empírico, esto es, de nuevo el vínculo con la *histeria*. Objeto transcendental que es importante que no conozcamos jamás en cuanto tal so pena de reconocerlo y cercenar su eficacia casi matricial en nuestra percepción de todos los fenómenos, irreductiblemente violados por el armazón que condiciona su (re)aparición. Así, pues, objeto incognoscible, en razón de que habrá permitido instalar la *ventana* de la concepción que no ofrece en sí misma nada que mirar, pero que abre en/mediante su contramarco a la intuición de todo lo demás. Y cuya intervención sólo podrá ser recobrada –y, una vez más, *reboradada* [*retrouera*]– interrogando al tiempo que habrá sido preciso para circunscribir de tal modo el espacio o incluso la *extensión*. Tiempo *lógico* de su constitución como mediación imperativa entre intuiciones empíricas que acarrearán la confusión y su ordenación en categorías universales y determinadas a priori. *Tercer término* completamente a sueldo del segundo y al que de antemano se habrá exigido haberse purificado del primero después de haberse nutrido de sus afecciones, alegando sin duda que con éste permanece homogéneo en su temporalidad misma. Salvo que no es justamente la misma, sino aquella, ahora, de una *propiedad*, de una *pulcritud* transcendental*. Que palía el

* Vertimos así el juego de palabras «*propr(i)eté*», que reúne «propiedad» [*propriété*] y «limpieza» [*propreté*]. [N. del T.]

horror de lo informe inapropiable e incluso la repugnancia de lo contrahecho que será excretado en forma de materia(s). Esquemas que en lo sucesivo regularán la imaginación de la escena dando tantos rodeos como se quiera, pero siempre como *puras representaciones*. Con ello no se dice que el espíritu se habrá dado sencillamente a sí mismo el objeto que ve —lo que sería pretender la intuición intelectual reservada al Ser Supremo—, sino que habrá definido de tal suerte las condiciones a priori de su percepción de los objetos, que aquellos que se representarán, espontáneamente, serán *propia y pulcramente concebidos*. Su materia eventual ya no aparecerá sino posteriormente, conforme a una especie de decadencia de su forma de aprehensión, conforme a una conclusión imprevisible para el espíritu y odiosa para la pureza de la intuición. Que, por más sensible que permanezca, no deja de estar por ello encajada a priori por el espacio y el tiempo: formas del sentido exterior o del sentido íntimo que subsumen, pero ordenándolo, lo diverso absurdo en su confusión del sentir(se) y resentir(se), ya proceda de un fuera de nosotros poblado de objetos que de tal suerte reciben su destino geográfico específico o bien de un dentro de nosotros sometido a un cambio desde ese momento analizable en función del tiempo. Ahora bien, ¿cuál?

Porque si sabemos, ya, qué tiempo ha sido preciso para abrir la ventana a través de la cual será percibido el universo, para encajar el espacio cuyo infinito queda así determinado a priori, siempre definido de antemano en/por la subjetividad del hombre, llegamos a saber además que el *espacio-tiempo de la especularización* está implicado en la intuición del espacio. Y si, para el concepto, mi mano derecha y mi mano izquierda, o mi mano y su imagen en un espejo, son rigurosamente la misma cosa, lo mismo, sería diferente en el carácter intuitivo del espacio que tuviera en cuenta la *paradoja de la simetría*. Así, pues, un *espejo* se reconoce como lo que de antemano soporta la aprehensión de los objetos. ¿Un *espejo siempre introyectado de antemano* especularía toda percepción y concepción del mundo, *salvo a sí mismo*, cuya reflexión sólo atañería al tiempo? De esta suerte, la extensión estaría siempre re-puesta en escena y re-proyectada de antemano por el sujeto que, solo, no se situaría en la misma. ¿Extraería su poder del dominio de ese *no lugar* del espejo? ¿Y de la especulación? Que en cuanto tal y en esa operación constituyente no se analizará, se dejará olvidar incluso, y sólo volverá a intervenir en sus efectos cuando sea preciso para obtener un nuevo efecto de simetría en el sistema. ¿Mediante otro, y mismo, recurso a lo imaginario?

Para impedir, esta vez, que se abra como un abismo la falla que separa de manera inconciliable lo sensible y lo suprasensible. Así, pues, su articulación se encontrará en el juicio *reflexivo*, (re)productor, entre otros (dos) —la facultad de conocer y la de desear—, del sentimiento de placer. Pero como éste y por otra parte el dolor están *necesariamente* vinculados al deseo —que encuentra su fundamento en la razón—, es preciso un intermediario practicable, a priori en su principio, *entre* los conceptos na-

turales y el de libertad. Esta inter-posición, que va a ser especular, será al menos doble en lo que respecta a su eficacia. O el «espejo» ya ha sido definido incluyendo el objeto que debe reflejar, del que sencillamente re-determina la particularidad en su encuadre. O no «conoce» al «objeto» que se propone ante él y es preciso que constituya una matriz general reproducible del mismo, reflejándola. Lo que exige que (se) repiense, (se) re-refleje, con el fin de poder subordinar en su unidad, en la unidad de su ley, esta nueva *diversión* de la naturaleza a la que se ve de esta suerte enfrentado y que le amenaza con el estallido, con la *división*. Lo que no quiere decir que deba comprender todos los caprichos de la naturaleza, algo que abandona con mucho gusto a la eventualidad de un entendimiento todopoderoso, sino que como mínimo debe tener un sistema que le asista en sus relaciones con ella. No pudiendo regularla de parte a parte, se dará a sí mismo principios reguladores en las experiencias que tendrá de ella. Haciendo «como si» una inteligencia divina, al menos, encerrara el secreto del orden de sus leyes empíricas en ocasiones imprevisibles. «Como si» toda esa diversidad encontrara su finalidad en una unidad superior —¿un espejo más grande?— a la que es importante que él también se adapte, o al menos que lo intente, sin conocerla/le. Sintiéndola ya sin embargo en la diferencia de los placeres o penas que sobrevienen en sus relaciones con determinados objetos de la naturaleza.

Consideremos el «ejemplo» de *sus relaciones con las mujeres*. Cualquiera que haya podido experimentarlo puede afirmar que una u otra no suscita en el hombre el mismo tipo de atracción. Así, la primera puede parecer *agradable*, la segunda *bella*, y otra más, aunque en raras ocasiones, alcanzará lo *sublime*. Lo que indica que, de manera diferente, tal o cual se habrá acercado a las propiedades de su espíritu. Cuya interpretación puede ser útil tanto para continuar el análisis crítico del funcionamiento de éste como para ayudarle en la pertinencia de su elección. Porque todos estos encantamientos (no) descansan, en el fondo, (más que) en la inclinación hacia ella(s) que hay *en el hombre*. De esta suerte, le parecerá agradable aquella que seduzca inmediatamente sus sentidos. Pero, despertando de manera tan unívoca el deseo o la necesidad de satisfacción, y provocando por ende un interés perceptible sin rodeos, esa mujer corre el riesgo de no tardar en provocar cansancio, aunque a veces sea necesaria para realizar el gran designio que la naturaleza ha inscrito en la diferencia entre los sexos: *la procreación*. Pero ello no impide gozar de modo más sutil, más digno de un hombre culto, de esa diferencia. Y la visión de *la belleza de una mujer* procura un verdadero *placer* a la imaginación y al entendimiento. Tal es sin duda alguna la finalidad que el hombre busca en tal «objeto» siempre que se limite a contemplarlo de manera desinteresada, y sin representación de un fin —¿de un hambre?—*— que ha de satisfacerse directamente. Porque entonces, a sus espal-

* En castellano se pierde el juego de palabras entre «*fin*» y «*faim*» [hambre, ganas]. [N. del T.]

das, esa visión *alimenta* las facultades inconcebibles de conocer que entran en juego en el juicio reflexivo y que exigen, para mantenerse e incluso crecer, la completitud del sentimiento estético. De esta suerte puede comprenderse la finalidad formal subjetiva de lo que cabría calificar como «mujer-objeto». A la que se exigirá no ser *ni simplemente bonita*, lo que corre el riesgo de paralizar a causa del exceso de simetría aparente, *ni demasiado reconocible incluso en su feminidad*, porque el entendimiento podría entonces reducirla a un concepto, *no demasiado virtuosa* so pena de conmover tan sólo a la razón y de no provocar más que un respeto algo doloroso. Indecidible puesta en suspenso de la relación entre las facultades del sujeto, de tal suerte que su belleza reactiva el libre juego. Y por supuesto lo que cuenta no es la existencia del objeto —*que en cuanto tal es indiferente*— sino el mero efecto de una representación sobre el sujeto, y por lo tanto su reflexión en la imaginación del hombre.

Además del *interés* que puede encontrar su razón en ese acuerdo, a fin de cuentas contingente, entre producciones de la naturaleza y el placer *desinteresado* que encuentra al mirarlas. Tanto más racionalmente cautivado cuanto más capaz sea de reflejar (o reflexionar sobre) la aptitud de la materia misma y en lo que ésta tiene *de más fluido*, y por lo tanto *de más arcaico*, para producir formas bellas incluso allí donde el ojo humano penetra muy rara vez para reflejarlas efectivamente, a saber: *en el fondo del mar*. En esos abismos difícilmente penetrables en los que una parte de la materia, separándose de sí misma, e incluso evaporándose, hace que el resto se precipite, solidificada, en forma de *crystal*. Lo que no puede atribuirse al efecto de una sumisión al espíritu, pero tampoco a una finalidad que la naturaleza se habría dado a sí misma. Su/este poder es más bien *ateleológico* y apropiado *por azar* al ejercicio armonioso de las facultades del hombre. En efecto, tales cosas desbordan el entendimiento, pero, exagerando el concepto, engendrarían un eco en la Idea, en la que se recobraría desde ese momento un *cuasi-fundamento* natural por *cuasi-intuición*. La Idea (se) representaría indirectamente (en) esas libres producciones de la materia. Este juego de *analogías* en el que la indeterminación siempre habrá tenido lugar, *amplía* el modo de concebir de manera ilimitada y/o libre del esquematismo a la imaginación.

Otra vez la naturaleza habrá servido para la elaboración de un plus de espíritu que no por ello se entregará a lo sensible, sino que será interpretado como *símbolo* de una unidad *suprasensible* de todas las facultades, como correspondencia de un punto de concentración en lo suprasensible. *¿Centro de un espejo? ¿De una psique? ¿Lugar de convergencia de todas las reflexiones? ¿Pero quién, justamente, refleja el qué? O qué habrá empujado a quién hasta ese punto de concentración en el que todo se une en lo ilimitado, la indeterminación, recurso de la armonía subjetiva. ¿Qué suplemento rigurosamente formal de las facultades habrá permitido su acuer-*

do? ¿A qué, a quién se levanta en su espejismo? «Alma» todavía y en lo más profundo de sí misma: foco y unidad del sujeto, que autoriza e incluso opera en su secreto jamás revelado por completo, en su *misterio irreductible en su escondite*, la unión libre entre él y él mismo. Melancólica y muerta en su buen gusto, y además tan sólo supuesta, mientras no reciba su vida de un «alma», es decir, de nuevo de *una materia: su genio*. Llamamiento lanzado ahora a otro genio y que corresponderá, una segunda vez, él (como) mismo en el enunciado de su regla sintética y genética o en la producción de una *meta*-estética, a la espera de que el otro genio –¿un hijo?– llegue al mundo para poder desposarse con él en el medio de su gusto común.

De esta suerte, las ideas –las Ideas– de la razón pueden presentarse distintamente en la naturaleza sensible. En interés de lo bello, o simbolismo natural, la presentación es *positiva* pero *indirecta* y se realiza por *reflexión*. En el genio, o simbolismo artístico, sigue siendo *positiva* pero *secundaria* y se efectúa por creación de *otra naturaleza*. Y si esta positividad se ha hecho posible, desde luego a costa de una indirección o de un secundariedad en el *tocar* lo sensible, la razón estriba en que el paso por lo sublime había tenido lugar por anticipado, instaurando una *negatividad* en la relación no mediatizada con la naturaleza. Sería conveniente decir más bien que re-instaura o repite –*de nuevo una segunda vez*– la operación de negativación. Porque el esquematismo la practicaba ya, pantalla que obstaculizaba la contigüidad y que sólo favorece como relación (supuestamente) directa *la proyección*. Pero sin duda *la pasión* excedía también ese marco formal y provocaba que él tuviera que salir de su reserva para re-proyectarse en su inmensidad o su potencia sobre todo lo informe o deforme que queda aún en la naturaleza, como si ante lo *no especularizable* la imaginación sufriera una violencia que la empuja a los mayores extremos. Pero, al no poder comprenderlo, recae sobre sí misma, como si hubiera quedado marcada por lo negativo de su poder. Llena de ingenuidad, de esta suerte ella podría creerse inferior a la naturaleza, impotente o amputada en relación con ésta, que la superaría en magnitud y potencia. Pero un poco de análisis le demostrará que esa imperfección se debe más bien al deseo de la/su razón de reunir en un todo el infinito de lo sensible, y que su impotencia es relativa sólo a la Idea que ella se hace de éste. Así, pues, la contradicción se ejercería *en* el sujeto entre la exigencia de su razón y el poder más limitado de su imaginación. Desacuerdo en la medida en que ocasiona *un dolor*: la evidencia de *una dimensión insuficiente*.

Pero será esta pena la que, finalmente, hará posible un nuevo placer. Porque, en su confrontación con lo «demasiado pequeño», la imaginación, para paliar la eventualidad del desprecio, va a superarse a sí misma representándose la inaccesibilidad de la Idea racional. Su «no posible» se torna en abertura de un apartamento en su seno (de lo) negativo que hace posible la presentación del infinito. De esta suerte, sus límites desaparecen en un acceso a la abstracción (de lo sensible) que, por más

negativo que él/ella sea, no deja por ello de ampliar –de nuevo...– el alma. *Inmensa* por haber recobrado en su campo, (digamos) incluso *en blanco*, el todo de la naturaleza. Alma, lugar de reunión y de conjunción –virtual(es)– (de lo) *supra*-sensible, que resuelve en su desmesura, armonizada sin embargo por la intervención de un espaciamento de lo negativo, el desacuerdo entre la imaginación y la razón. Es preciso aún que pueda (hacerse) acompañar (por) el movimiento de génesis de una *cultura*. Que ek-sista no sólo en su separación, en el vértigo del infinito de su abstracción. Que, especulada de manera indeterminada, se (re)determine prácticamente. Que lo negativo en juego en el conocimiento sea dialécticamente ordenado con la realización del deseo. Sublime dinámico que predestina al hombre a (no ser más que) un ser moral.

¿Se opera así el dolor de un complejo a veces demasiado grande? El *noli tangere matrem* encuentra su economía deseante racional en el *imperativo categórico*. El espanto y el miedo de una naturaleza todopoderosa prohíben tocarla y procuran en el valor de la resistencia a sus encantos el derecho de juzgarse independiente, sin olvidarse por ello de prepararse para resistir a su peligros recurrentes desarrollando su/la cultura. Que se basa, además, en el *abismo* que la razón representa para lo imaginario. Siempre que sepa suplirlo por el efecto aparente de una ilusión transcendental, no interpretará la pulsación especular que *abisma* hasta el infinito su perspectiva. Que «Dios» no aparezca nunca como un objeto de presentación posible, no impide que la Idea en su proceso tienda a ello. Y que, en la inversión radical de lo inmenso de la naturaleza en la inaccesibilidad del fin último, *se ha eludido la paradoja de una simetría. Una diferencia*, en su inversión especular, no será jamás analizada. ¿Sin duda porque no era especularizable como objeto? En ello, justamente, ella subtiende el funcionamiento mismo del «objeto» que sería, último, el del deseo: *devolver la funda* o la vaina que envuelve la/su (re)presentación *al interior* del sujeto. Lo que no se lleva a cabo sin pena y dificultad. Ni sin *resto*. Pero que el espacio se reabsorba en el tiempo, y entonces subsiste la esperanza de rematar la operación en un porvenir muy lejano.

Siempre que, naturalmente, el mal radical, que todavía y siempre le llama a la pasión de lo sensible, no le arrastre demasiado lejos en la transgresión de la ley. Nuevo Adán que sucumbe con una Eva cualquiera a una seducción *misteriosa*, y que con ello corrompe su inocencia original. Pero, por haber consentido así *libremente* la comisión del pecado, él deduce que también puede reintegrarse a su disposición primitiva a hacer el bien. Y tal es el orden de su deber, que le ordena extirpar de sí tales inclinaciones conforme a una *conversión* radical. Con ello, la *perversión fundamental* debe ser transformada en *puro respeto*. Y para hacerlo no hay absolutamente ninguna necesidad de apelar a la gracia de «Dios». Sus fuerzas son suficientes siempre que no haya sepultado en exceso la *mina* que le ha sido atribuida en pro-

piedad. Donde el arquetipo de la intención moral en toda su pureza es, por supuesto, el hijo de Dios cuya madre permaneció virgen para siempre. Engendrado, pues, sin la vergüenza de la cópula. Modelo (como si hubiera) descendido del cielo hasta nosotros, re-vistiendo a la humanidad, y que nos indica cómo gracias a su doctrina, a su buena conducta y sobre todo a sus sufrimientos, es posible redimirse ante «Dios» de su culpa original, saldando con su *dolor* —¡dulce señuelo!— llevando eventualmente hasta la muerte su *deuda* con «Él». Triunfo de aquél que es clavado en la cruz, que volvería a dar fe en la exhibición del suplicio de la suerte que corre sobre la tierra todo hombre bueno. Depositando su gloria en la humillación a la que le clava el instrumento *que viola* toda conversión. Y ese *sacrificio*, también en esta ocasión, lo hará por fe, por *creencia*. Acrecentamiento imaginario que sobrepasa el saber del entendimiento y que aún no ha sido reabsorbido en una legislación puramente moral, aún no se ha sometido a los imperativos de la razón práctica que exige, para ejercerse sin escorias, una libertad pública de conciencia.

Algo que ninguna sociedad, ni monárquica, ni aristocrática, ni tampoco democrática ha llegado a permitir. Habría que pensar más bien en una comunidad de tipo *familiar*. Ésta funcionaría bajo la dirección de un Padre moral invisible representado por su Hijo y honrado en Él por todos sus miembros, formando así una asociación cordial, voluntaria. Universal y duradera. Que para subsistir requiera algunos cultos, algunos ritos —de *fustigación*, por ejemplo—, obedece a la debilidad humana, que sólo progresivamente llega a persuadirse de que es preciso obrar por deber, venteando de nuevo y siempre algo de *placer-dolor* en el transcurso de su marcha hacia una mayor perfección. La forma de tales gratificaciones-castigos será, en cada ocasión, inspirada *directamente* por «Dios», el legislador supremo de la razón. Natural, conforme a su más estricto rigor. Donde el carácter divino del mandamiento sólo se concede, *como suplemento de goce*, a aquello que «yo» ya sé que constituye un deber. La *voz* del Padre —¿o de la madre proscrita?— no es más que un excedente, pero irreductible al menos en su lenguaje interior, de revelación y de recompensa. ¿Para beber otra vez? *Prima de absolución/enajenación [déli(r)ante]* para la libertad del sujeto que de esta suerte se concede, una vez más, el derecho de legislar sobre todo cuanto se encuentra fuera de él. Despreocupado del amor hacia sí mismo y de sus inclinaciones, que obtendrán, *subrepticamente*, su revancha en la soberanía de la conciencia. Que, cuanto menos elegida se siente, tanto más arrogante se torna en la confianza en sus propias fuerzas; lo que ella llama, en su sentido crítico, sus límites. Cegada en el rechazo de su ceguera por todo saber que, en su espíritu, no encontrara su causa. Iluminada, pues, e ilusionada por su sola lucidez que, para cada decurso de su sistema, re-metaboliza un *misterio* siempre resurgente mediante una nueva reflexión de la fuente de luz. Sirviéndose de un espejo, en ocasiones sin azogue, o de un cristal ennegrecido por el humo.

De esta suerte, el sujeto habrá construido, habitación tras habitación, su morada. Y en ella no falta, por así decirlo, de nada: implantación geográfica sobre un suelo firme, catastro, sótano, escaleras, comedor, gabinete, despacho, pasillos, puertas y ventanas, desván... Poco importa que, de tal suerte, quede dividida en distintas partes, si cada una de éstas está subordinada al todo y no aspira nunca a la totalidad. Lo que haría ineludible el misterio *—otra vez el histerio—* que ella vuelve a asegurar en esta composición de un conjunto armonioso. *No todo/a* representará cada distribución por habitaciones para ese progreso en el devenir del sujeto, y ni siquiera el requerimiento de comparecencia de su serie, porque en *toda(s) ella(s)* no se encuentra la finalidad constitutiva de la formación del espíritu. No son más que practicables parciales, aberturas-espejismos que reflejan el a priori necesario para su *fundamento*: la seducción de la naturaleza *entera*. Basamento imaginario que encaja esta mina que le servirá de hilo conductor en sus relaciones múltiples con la diversidad de lo sensible: a saber, que éstas puedan presentarse como sumisión de éste en/para el esquematismo y las categorías, contemplación desinteresada de su belleza cuyo rodeo por «ella» redime del beneficio narcisista, reforzamiento de la vitalidad en el enfrentamiento con sus arranques/descadenamientos [*dé(sen)chaînements*] sublimes, abstracción como sentimiento de su grandeza inconmensurable, elaboración de una obra en la que a veces resulta difícil determinar lo que lo simbólico imita de las libres producciones de la naturaleza, autonomía moral que en su práctica sólo se apoya en su propia autoridad, que encuentra su aval en un Padre que sólo existe en un deseo de legislarlo todo libremente.

¿Y, en *el sufrimiento que precisa su placer*, amalgamemos a Kant con Sade? ¿O, dando un giro de tuerca suplementario —de más o de menos—, dada la sutileza de su espíritu, con Masoch? Lo que, sin duda, todavía puede fascinar en una sistemática tan petrificada en su formalismo: uno y otro, o ni uno ni otro simplemente. Legislador instrumento cruel del ejercicio de la regla, desde luego, pero obligado además al doloroso respeto de la Naturaleza, algunas de cuyas leyes se le escapan, al suspenso de sus sentimientos en la visión de la belleza, e incluso al resentimiento en una aflicción todavía sensible. Cuadratura de un círculo sin objeto de deseo definible, salvo de nuevo la búsqueda de los restos de una relación con la madre. ¿En él? ¿Fuera de él? Pero todo atañe ahora al permanecer (del) sujeto. Y si ella insiste unas veces más adentro, otras más afuera, otras en su habitación y otras en su despacho, entreteniéndose en ocasiones con un fuego que arde en su fantasía en volutas barrocas o contemplando en su lugar por la/su ventana el espacio aún infinito/indefinido del universo, la escena se desarrolla siempre en su casa, en su espíritu. ¿Y qué o quién podría obligarle ahora a salir de ella? ¿Salvo tal vez un mensajero de la revolución? O incluso el hecho de que el foco es de espejos y de que, algo empañados por los años, con su brillantez neutralizada, además de que en parte siempre

han carecido de azogue o estaban ahumados, reflejan un aburrimiento tan mortal que, aunque no se quisiera por nada del mundo, terminaría deseándose la muerte –aunque fuera de amor, si todavía fuera posible– antes que dejar que todo continúe existiendo. Eternamente.

... la eterna ironía de la comunidad...

Tal y como en el varón el útero degenera en simple glande, en la hembra el testículo permanece envuelto en el ovario sin pasar a la oposición, ni devenir para sí el cerebro activo, y el clítoris representa el sentimiento pasivo en general. En el hombre, en cambio, está el sentimiento activo, el corazón que se hincha, la sangre que llena los cuerpos cavernosos y las mallas del tejido esponjoso de la uretra. A esta expansión de la sangre *en* el hombre, le corresponden las *pérdidas* menstruales de la mujer. De esta manera, lo que recibe el útero en tanto que mero receptáculo (retener) se ve escindido en el hombre en sustancia cerebral productiva y en corazón que se expande hacia el exterior. El hombre es, como consecuencia de esa diferenciación, el principio activo, mientras que la mujer es el principio pasivo, porque permanece en su unidad no desarrollada. No se debe reducir la generación al ovario y a la simiente del varón, como si el producto no fuera más que una reunión de las formas o de las partes de los dos. Pero cabalmente en la mujer se encuentra el elemento material y en el hombre la subjetividad. La concepción es la concentración del individuo entero en la unidad simple, que se entrega a la misma, en su representación: *la simiente es la representación simple misma; un punto como el nombre y el sí mismo en su totalidad.*

Parece, dice Sömmering, que en el ojo las arterias desembocan en ramificaciones más finas que no contienen sangre *roja*.

Hegel

El pariente de sangre tiene como meta de su acción el cuidado del *exangüe*. Su deber intrínseco consiste en asegurar *la sepultura del muerto*, transformando el fenómeno natural en acto espiritual. Un *paso más* y se sabrá que corresponde a la feminidad, guardiana del vínculo de sangre, recoger en su figuración consumada, fuera de la inquietud de la vida contingente y de la sucesión de su ser-ahí disperso, la virilidad elevada así a la paz de la universalidad simple. Ella debe, esencialmente, ocuparse de inhumar de nuevo y siempre, a despecho de toda condición, incluso de

su propia vida, el cadáver que deviene el hombre en su puro ser. Que la conduce a realzar la universalidad aún demasiado inmediatamente natural, al menos en su apariencia, en la afirmación de que se trata, porque con ello se restituye además la pura verdad, del reposo (y) de la universalidad de la esencia consciente de sí. El hombre está aún, desde luego, sometido a la muerte (natural), pero lo que importa consiste en transformar en movimiento del espíritu ese accidente que sobreviene al individuo singular y que, en su carácter natural, exilia de sí misma a la conciencia, separándola de su retorno a sí misma para que devenga conciencia de sí. Si la virilidad debe trabajar para hacer de esa negatividad una acción ética sacrificando su vida por la ciudad, en la guerra, por ejemplo, la feminidad debe ser la mediación efectiva y exterior que reconcilia a la muerte consigo misma, *asumiendo la operación de destrucción* que el devenir del espíritu no puede ahorrarse. Recibiendo, pues, una vez que vuelve en sí, en ella, al ser muerto, universal sin duda pero singularmente privado de fuerza, vacío y abandonado pasivamente al prójimo, ella debe protegerle de toda baja individualidad irracional y de las fuerzas de la materia abstracta que ahora son más poderosas que él. Apartando de él la operación deshonorosa de los deseos inconscientes y la negatividad natural —*¿preservándole de su propio deseo?*—, ella devuelve al pariente *al seno de la tierra*, re-uniéndole así con la individualidad elemental imperecedera. Re-asociándole además a una comunidad —religiosa— que mantiene bajo su control las violencias de la materia singular y las bajas vitalidades que, cebándose con el muerto, todavía podrían destruirle. Ese deber supremo constituye la ley divina, o la acción ética *positiva* respecto a lo singular.

Al que la ley humana impone por otra parte un significado *negativo*. En efecto, cada miembro que compone la ciudad tiene derecho a la subsistencia y a un ser propio para sí; en el que el espíritu recobra su realidad, o su ser-ahí. Pero el espíritu es al mismo tiempo la fuerza del todo y con ello recoge *las partes* en *el uno negativo*. Devolviéndolas a su dependencia de la totalidad y a la conciencia de recibir su *vida* sólo en/de ésta. De esta suerte, las asociaciones —inclusive las familiares— que se fundaran con vistas a objetivos en primera instancia singulares, a saber, la adquisición para sí mismas de riquezas o la búsqueda en sí mismas del goce, emplazan a una guerra que hace que su intimidad se tambalee, que viene a desterrarlas de su aislamiento, a violarlas en su independencia, que amenazan al todo con la desagregación. Así, pues, a quienes se hunden en el orden de la singularidad, el gobierno debe darles a probar su amo y maestro: la muerte. Impidiendo que sean engullidos por el ser-ahí natural, que sean arrastrados a una regresión que les retenga en el campo de lo sensible, o que les conduzca a un éxtasis en un más allá privado de todos los predicados apropiables por el sí de la conciencia. Así, pues, *el culto del muerto y la cultura de la muerte* serían lo que articula mutuamente la ley divina y la ley humana. Esto es, lo que permite además la relación, al menos elevada a la dimensión ética, entre el hombre y la mujer.

Que, sin mezcla, *sólo* tiene lugar *entre el hermano y la hermana*. Llevan la misma sangre, pero ésta ha llegado en ellos a su reposo y al equilibrio. De esta suerte, ellos no se desean uno a otro, no se han entregado, o no han recibido uno de otro el ser-para-sí, sino que son uno respecto al otro libres individualidades. Así, pues, ¿qué es entonces lo que les empuja a unirse hasta llegar a pasar uno dentro del otro? ¿Qué significan uno para el otro para atraerse de tal modo en sus intercambios? ¿Es el reconocimiento de la *sangre*? ¿Su pertenencia común al poder de la *misma sangre*? Esto es, su complicidad en una permanencia, una subsistencia de ésta, asegurada de manera más pura, más universal en su ser, en un linaje de tipo matriarcal. En este sentido, la familia de Edipo sería bastante ejemplar, puesto que la madre del marido también es su mujer, lo que re-marca en los retoños de esa unión –Polínice y Antígona, entre otros– el vínculo de sangre, además de que el tío –el hermano de la madre– será de nuevo aquí el representante de un poder ya patriarcal. ¿O sería más bien su compartición de un *mismo esperma*, que otorga a la consanguinidad (otro) equilibrio, que la saca de su pasión mágica contrapesándola con otra? Pero el esperma no se une a la sangre –por más que así se haya pensado durante mucho tiempo– sino más bien al óvulo, cópula que, si se considerara en toda su «efectividad», ya habría hecho estallar, y sin reconciliación posible, la unidad del espíritu, y de la sustancia ética. Además, ésta sólo se produce con el matrimonio del marido y de la mujer, impuro en su mezcla. Así, pues, ¿habría que buscar de parte del *mismo nombre* el acuerdo del hermano y de la hermana, donde su atracción co-uterina se ve compensada por una sumisión, representada en el patronímico, con reglas simbólicas que relevarían la potencia de la sangre, y elevarían ya la comunidad familiar a los tipos de ley ejercidos en la ciudad?

De esta suerte, por un momento, el hermano y la hermana se reconocerían en su sí singular, donde cada uno puede afirmar un derecho debido al poder de cada uno equilibrado en/por el otro: el de la sangre roja y el de su reabsorción, su relevo en un proceso de denominación: la apariencia. Separación ideal en el que la sustancia (ética) del matriarcado y la del patriarcado coexistirían, volviendo a darse cada una su propia subsistencia, en una paz sin mezcla y una relación sin deseo. La guerra de los sexos no habría tenido lugar. Pero ese momento, por supuesto, es mítico y *ese sueño hegeliano* es ya el efecto de una dialéctica producida por el discurso del patriarcado. Un fantasma apaciguador, una tregua en una lucha con armas desiguales, una denegación de la culpabilidad que pesa de antemano sobre el devenir del espíritu, y además el señuelo de una *bisexualidad* asegurada para cada uno/a en la conexión y el paso de uno a otro de cada sexo. Que, masculino o femenino, ya han sido sometidos a un destino diferente en el uno y el otro. Aunque la violación, el asesinato, la fractura, la lesión siguen estando, al menos en apariencia, al menos generalmente, en suspenso entre el hermano y la hermana. Lo que, por otra parte, ya

no es verdad, tal y como admite Hegel cuando afirma que el hermano es para la hermana la posibilidad del reconocimiento del que ella está privada en tanto que madre y esposa, y ello sin reciprocidad, al menos reconocida. De esta suerte el hermano está ya investido de un valor para la hermana, por el que ésta sólo puede gratificarle a su vez rindiéndole culto a la muerte.

Desde luego, en Sófocles, esto es, en la transición histórica en vías de consumación del matriarcado al patriarcado, las cosas todavía no estaban tan claras. La indecibilidad de un plus de precio puede leerse aún en la misma. *Donde la sangre ya no es pura*: el padre, al menos durante un tiempo, fue rey: el rey afirma sus derechos de padre así como la complicidad del poder familiar (patriarcal) y el del Estado. Y la tragedia pone en escena el castigo que sigue al gusto por la sangre. *El privilegio del nombre propio todavía no existe*: la potencia del nombre del padre, aunque ya había instaurado su derecho, habría tenido que apartar a Edipo del asesinato y el incesto que iba a cometer. Pero esto no llegó a suceder. Que cada uno de los hermanos, cada una de las hermanas, se redoble expone también, y de nuevo, una transición en las que los extremos —lo que más tarde será connotado de más masculino o más femenino, esto es: Etéocles e Ismene— aparecen casi como caricaturas. Ahora bien, si Ismene es calificada de hermana por pertenecer a la *misma sangre* que Antígona, Polínice de hermano por haber nacido de la *misma madre*, Etéocles lo es en tanto que hijo del *mismo padre y de la misma madre*.

Todavía podemos enunciar las cosas de otra manera. *Ismene* aparece sin lugar a dudas como «mujer», incluso en su debilidad, su miedo, su obediencia sumisa, sus lágrimas, su locura, su histeria, que le granjean además un desprecio condescendiente por parte del rey y la sanción consecuente que consiste en encerrarla en el palacio, la casa, con las demás mujeres. Privadas así de la libertad de sus gestos de temor para que no corrompan el valor de los guerreros más valerosos. Para *Antígona*, las cosas son menos sencillas, y el rey mismo teme que llegue a usurpar su virilidad —«yo ya no soy un hombre, ella lo es»— si no paga, con la muerte, su insolencia. Antígona no se somete a la ley de la ciudad, a la de su soberano, a la del hombre de la familia: Creonte. Y optará por morir virgen, no casada con un hombre, antes que sacrificar los vínculos de sangre, de abandonar al hijo de su madre a los perros y a las rapaces, dejando que su doble erre sin descanso. Antes que renegar del servicio a una ley divina, de su atracción por los dioses de abajo, donde sin duda su goce se reconoce mucho más, sustrayéndose gracias a esa pertenencia subterránea de las invenciones de los hombres. Desafiándoles a todos desde/en su relación con los infiernos. Entregándose, en su pasión nocturna, a gestos de una perversión muy distinta —al menos al parecer del rey— de la de los crímenes miserables a los que ceden los hombres por su amor al dinero. Jactándose incluso de ello, proclamando que morir es para ella más dulce que renunciar a ello. Y que, además, *en-*

tre él y ella nada puede ser dicho. Única entre los cadmeos, esto es, entre los alfabetos, que piensa de ese modo. Al menos *en voz alta*. Ganándose, con ello, la complicidad del pueblo, de los esclavos, pero que sólo murmuran en voz baja, en secreto, su revuelta contra la autoridad del amo. Sin amigos, sin esposo, sin lágrimas, conducida por *el camino olvidado* para ser *encerrada viva en el agujero* de una roca, privada para siempre de la luz del sol. Sola en su cripta, su antro, su vientre, donde quienes detentan el poder le concederán tan sólo el alimento necesario para su subsistencia al objeto de que la mancha y la vergüenza de su descomposición le sean ahorradas a la ciudad. Sola en la confrontación con su Dios subterráneo para ver –de nuevo– si ella sobrevivirá a ese culto solitario. Pero el amor, para ella, sólo presenta representaciones demasiado fatales para que su deseo se recupere de tales castigos. No culpable, ella siente que lleva el peso del himen funesto de su madre, culpable de haber nacido de abrazos tan horrorosos. Maldita, pues, consentidora de una pena tan injustamente merecida, pero al mismo tiempo ineluctable, recobra al menos por su cuenta el duelo de su goce –*¿el duelo que es su goce?*–, dándose muerte a sí misma. ¿Anticipándose al decreto formulado por el poder? ¿Repitiéndolo? ¿Sometida de antemano? ¿o todavía en revuelta? En todo caso, ella repite sobre sí misma el gesto asesino, pero no sangrante, de su madre. Y con independencia de sus debates actuales con las leyes de la ciudad, otra ley la atraía allí donde va: la identificación con su/la madre. Ahora bien, *¿cómo distinguir a la mujer de la madre?* Paradigma funesto de una madre que, esposa, es la madre de su marido. De esta suerte, la hermana se asfixiará para salvar al menos al hijo de su madre. Se cortará el aliento –la palabra, la voz, el aire, la sangre, la vida– con su ceñidor, volviendo a la sombra (de un) sepulcro, la noche (de) la muerte, para que su hermano, *el deseo de su madre*, viva eternamente. Nunca devenida mujer. Pero no tan viril como podría creerse en un centrado del punto de vista demasiado exclusivamente fálico. Porque hasta allí la han conducido la ternura y la piedad. Cautiva, más bien, de un deseo cuyo camino ya no está o nunca ha sido trazado. ¿Y quién habrá encontrado en Polínice sobre todo la relación con su madre? *Polínice*, el más femenino de los dos hermanos. ¿El más joven? En todo caso el más débil, el que es rechazado. El más irritable, el más impulsivo, que en su cólera intentará volver a abrir las venas de su sangre. Armado para/por el amor de una mujer, por su parte casado y que condena a su hermana por ese himen ajeno a morir enterrada viva. Habiendo aniquilado al menos en su pasión de la sangre el derecho de su hermano –*Etéocles*– al poder de mando, habiendo destruido la relación de éste –*¿primogénito del nombre?*– con el poder, con la razón, con la propiedad, con la sucesión paterna. Pero habiéndose, con ello, suprimido.

Sin que por ello el modo de ejercicio del gobierno haya cambiado. Otro hombre estaba allí para garantizar el relevo: *Creonte*. Solitario también –como Antígona–,

pero que tiene a su disposición el instrumento de la ley. Desesperado, sin duda, pero reivindicando la potencia exclusivamente para sí mismo. Habiendo conducido a su total destrucción a mujer e hijo, pero remontando, sin amor, en un trono cuyo cetro permanece entre sus manos. Mortificado pero/y regulando rígidamente sus prácticas. Inflexible en su rigor. Implacable en su razón. Cuya fuerza frágil, tan quebradiza como rompedora, exige que desconfíe del placer, del dominio por parte de una/las mujer(es), de la pasión de la juventud representada en su hijo, de la coalición del pueblo, de la revuelta de los esclavos, e incluso de los dioses todavía sometidos a deseos que les dividen, y por ende también de los adivinos y hasta de los «ancianos». Defendiendo su privilegio de asegurar, por sí solo, la salvaguardia de la palabra, de la verdad, de la inteligencia, de la razón: el más bello de todos los bienes, no sin desatinar un poco, en sus relaciones con lo femenino y con lo divino, por ejemplo. Y en la hecatombe de todos los miembros de la familia –Ismene apartada en una jaula de oro, que además el cambio de soberano amenaza con convertir en simple morada privada–, en esa efusión general de sangre, permanece él de esta suerte (como) *uno*. Quebrado sin embargo entre una certidumbre de sí mismo que ya no es más que desgracia –hombre de más sobre el cual se ha cebado un destino insufrible y para el que todo y cada uno se han vuelto igualmente contingentes– y la soberanía rígida de un ser-para-sí vacío de contenido (de la sustancia de la sangre), de una omnipotencia ajena a sí misma y que sólo recibe su poder personal del ejercicio de un derecho que ha resuelto como universalidad abstracta los vínculos (de sangre) entre los individuos singulares. Dios en un futuro próximo, pero un dios sin otro deseo que el de someter a todo el mundo a la ley de la sangre coagulada en la estasis de la apariencia: el Yo.

Momento necesario para el devenir del espíritu, pero cuyo lamento casi melancólico pronuncia Hegel en/de esa transición, así como el sueño de volver a esa atracción sin mezcla (de las sangres) por la/su hermana. Mientras que la especie y el género no se habrían producido aún y esa unidad, esa individualidad, ese *sujeto todavía vivo* de la sangre tendría simplemente lugar. Y, en la nostalgia de esa regresión, expone su deseo de una relación sexuada, sin duda, pero que se ahorraría el paso por la efectividad del deseo sexual. Que viene a romper la armonía unificada en su ciclo de la sangre, donde la separación desigual entre el hermano y la hermana se daría entre los tiempos –todavía poco diferenciados en su animalidad– de su circulación: inspiración/expiration, fluidez/endurecimiento, aprehensión/reabsorción de un afuera. De esta suerte, uno/a expiraría, mientras que el/la otro/a comenzaría a respirar, se convertiría en sangre roja cuando el/la otro/a ya estaría volviendo a sí mismo/a en su(s) vena(s), se afirmarí­a como individualidad atómica de un/de los glóbul­o(s) mientras que el/la otro/a permanecería como linfa, volvería a su carbonización en la tierra en el momento en que el/la otro/a tan sólo desperta-

ría de su sueño y comenzaría a arder, etc. Pero tal vez estén ya sin embargo irremediablemente separados en el proceso que constituye *la digestión*. Porque si una puede reconocerse en uno, que por lo tanto la habría asimilado, lo recíproco no es plenamente efectivo. Y si Antígona atestigua un valor, un corazón y una cólera que le dan un movimiento autónomo que ella dirige hacia/contra ese exterior que para ella es la ciudad, lo hace porque ha digerido lo masculino. Al menos parcialmente, al menos en un momento. Pero tal vez ello sólo habrá sido posible en el duelo de su hermano, durante el tiempo de entregar a éste la virilidad que ha perdido en la muerte, de volver a alimentar el alma de éste. Y de morir por ello.

Así, pues, ya se ha deshecho, se ha alterado y disuelto el equilibrio de la sangre. Y la felicidad sin mezcla de digerirse a sí mismo, de darse a sí mismo su fluidez, de estimularse a sí mismo, de estremecerse a sí mismo en su propio movimiento, de engendrarse a sí mismo, no es igualmente compartido. Pero, mientras la hermana subsista en su unidad viva, puede ser el soporte autorrepresentativo de esa sustancia —la sangre— que el hermano asimila para volver a sí mismo. Garantía del devenir para sí del hijo en su independencia de la pareja que le ha engendrado, ella sería el *espejo viviente*, fuente en la que se elabora en su reflexión la autonomía del sí mismo. Lugar privilegiado de la armoniosa (con)fusión recíproca de la sangre roja y de la apariencia. A la que ella no tiene el mismo derecho. Y el reconocimiento diferente que la ciudad concede a su auto-especulación recíproca siempre ha pervertido de antemano su unión, aunque a veces haya que esperar una re-marca pública para que se torne plenamente efectivo el hecho de que uno debe forzosamente eliminar a la otra.

De esta suerte, lo masculino y lo femenino habrán de escindirse más adelante. La mujer-madre insistirá en lo sucesivo del lado de *la linfa* nutricia y fluidificadora, casi *blanca*, mientras que ella pierde su sangre en hemorragias cíclicas, lo bastante *neutra y pasiva* en su materia para que los distintos miembros y órganos de la sociedad puedan incorporarla y encontrar en ella su subsistencia propia. El hombre (padre) perseverará en el devenir de su individualización mediante la *asimilación* en sí y para sí del otro exterior, reforzándose así en su vitalidad, su irascibilidad, su actividad; experimentando un triunfo particular en el momento de la absorción del otro en sí en su intestino. El Padre-rey repetirá señalándola en su discurso la ruptura del intercambio (vivo) entre el hombre y la mujer. Carbonizando la sangre en la escritura del texto de ley del que (se) produce al mismo tiempo (como) el doble —de forma diferente en él, en su hijo, en su esposa— y decolorándolo en la proliferación de apariencias, átomos diversamente exangües de los yo individuales. Algo de sustancia se ha perdido en ese proceso: la sangre en su constitución de una subjetividad viva autónoma.

Irreductible hipocondria, melancolía de la dialéctica. Cruor que recuerda el calvario sangriento que le asegura en su trono pero también la espuma de un líquido in-

finito/indefinido que hasta en el Espíritu Absoluto vuelve abrir la copa de su cáliz. Coágulo(s), linfa(s), que si pudieran cicatrizarse sin baba (no) habrían abandonado el espíritu (más que) a una soledad y una inocencia de piedra. Suponiendo que la piedra que puede retener y asistir en su recinto (a) la muerte de la feminidad lo sea.

Así, pues, es preciso volver al momento ético en el que se impone esa herida, el golpe que produce una lesión que ningún discurso habrá (en)cerrado sencillamente. La relación armoniosa del hermano y la hermana consistía en un reconocimiento (supuestamente) igual y una compenetración sin violencia de dos esencias, aquellas en las que la virilidad y la feminidad acceden a su universalidad en la ley humana y la ley divina. Pero ese acuerdo mutuo sólo era posible en la medida en que en su calidad de *adolescentes* tanto uno como otra no estaba(n) obligado(s) a la acción. ¡Prolongación casi paradisíaca de una infancia sustraída a la guerra en la beatitud de los penates! Pero esos idílicos y/porque *inmaculados* amores infantiles sólo tendrán un tiempo... Y cada uno/a reconocerá rápidamente que en su igual estaba también su peor enemigo, su negación, su muerte. Porque la ley no puede mantenerse en esa situación de indecisión a la hora de decidir en la que uno/a o el/la otro/a valdrían indiferentemente, serían equitativamente lo mismo. La conciencia no se recobraría en su simplicidad ni en el carácter entero que es su *pathos* del deber. Así, pues, ella debe decidirse a actuar en función de la parte de la esencia ética que se ha manifestado en ella, esto es, la que correspondería a su pertenencia natural a un sexo. Lo que la arrastra a una violación involuntaria, y que sólo más tarde llegará a tener presente, respecto a la otra ahora ofendida por el carácter parcial de esa operación. Sin embargo, queda inmediatamente claro que nunca es este ser singular el que se hace culpable en este sentido y al que corresponde la culpa. Él no es más que la sombra inefectiva que actúa a cuenta de un sí universal. Y además pagará su crimen, con independencia de su irresponsabilidad individual, reencontrándose escindido de/en sí mismo después de haberlo cometido. Cobrando conciencia, en todo caso, de la escisión en la que el otro lado se le revela ahora en su oposición y su hostilidad. Potencia tenebrosa que, siempre al acecho, irrumpe cuando el acto ha sido perpetrado y cobra conciencia de sí en el hecho: de tener, o de ser, también el *inconsciente* que sigue siéndole ajeno pero determina por una parte la decisión que ella toma. De esta suerte, el ofensor público asesinado resulta ser el padre, y la reina desposada la madre. Pero la falta más pura sería la cometida por la conciencia ética que conoce anteriormente la ley y la potencia a las que ella desobedece, esto es, forzosamente, la feminidad. Porque si la esencia ética en su lado divino, inconsciente, femenino, permanece oscura, sus prescripciones del lado de lo humano, de lo viril, de la comunidad, son expuestas a plena luz del día. Y *aquí nada puede excusar el crimen, ni minimizar la pena*. Y en su entierro mismo, su caída en la inefectividad y en el puro *pathos*, lo femenino debe reconocer la medida de su culpabilidad.

Admirable círculo vicioso de una única silogística. Donde se supone que el inconsciente, permaneciendo como tal, conoce las leyes de un consciente que puede ignorarle, y que por no haber sabido respetarlas se verá aún más rechazado. Pero el escalonamiento arriba/abajo de las dos leyes éticas, de los dos ser-ahí de la diferencia sexual –que además deben desaparecer en cuanto tales en la muerte del hermano y de la hermana–, viene de Sí. El movimiento mediante el cual el espíritu levanta el vuelo sin cesar lo precisa, alcanzando tanto mejor la cumbre de su pirámide cuanto más profundamente hundida en el pozo está la otra. De esta suerte, uno copula con la otra para extraer nuevas fuerzas, una nueva forma, mientras que la otra retrocede cada vez más en un suelo en el que se agazapa una sustancia que se dispensa sin la marca de ninguna singularidad. Y ni siquiera es seguro que la violación que continúa efectuándose con ella salga a la luz del día, porque esa operación puede provocar también una retirada cada vez más empotrada en su cripta. O incluso el surgimiento de una «esencia» tan otra que esperar que se «produzca exteriormente» supone haberla reducido de antemano a lo mismo, a un inconsciente que nunca habrá sido sino el del consciente de la sola ley humana. Lo que significa que el crimen podrá pasar perfectamente desapercibido, y la operación nunca se realizará como un hecho. A no ser que se repitan tan radicalmente cada uno de sus/los términos *que una sola dialéctica ya no sea suficiente para articular su cópula.* Porque si se afirma que uno y otro carácter se han visto escindidos en un consciente y un inconsciente, cada uno suscitando a su vez esa oposición, todavía no se sabe cómo podrán ser *traducidas* las leyes del inconsciente a las de un consciente, las llamadas divinas a las filosóficas, las de la feminidad a las de la virilidad. ¿Por dónde pasará su *diferencia* en el movimiento ulterior del espíritu? O, más bien, ¿cómo la resolverá? Dándose a continuación, con un efecto retardado, el derecho de legislarlas, de enunciar su devenir, mientras que un determinado proceso de enunciación ya le ha excluido en su deseo de volver a lo mismo. Lo que podría ser examinado además de la siguiente forma: lo masculino podrá recorrer de nuevo la ley de su proyecto discursivo, pero será él el que siga prescribiendo la de lo femenino, toda vez que éste no la/se conoce. Y que, idealmente, uno y otro sean consciente e inconsciente no impide que, efectivamente, el consciente se manifestará más bien –¿más pronto?– del lado de lo masculino y el inconsciente subsistirá del lado de lo femenino, reprimido en la imposible diferenciación de lo materno. Lo que implica que la virilidad –en el hombre o eventualmente en la mujer– podrá en cierta medida dialectizar sus relaciones y pertenencias identificatorias con lo materno, inclusive en una negatización de toda singularidad femenina, pero que no sucederá lo mismo con lo femenino que no conoce en sí diferencia con lo materno, ni tampoco con lo masculino, salvo en la modalidad de la inmediatez abstracta *del ser* (como) o del rechazo de *un(o)* (como) ser. Le falta la operación de afirmación de su vínculo singular y universalizable con un como sí.

La mujer no tiene mirada ni discurso de su especularización específica, que le permita identificarse consigo (como) misma –volver a sí– ni desprenderse de su dominio inmediato en un proceso especular natural: salir de sí. En este sentido la mujer no asume un lugar activo en el devenir de la Historia, porque ella no es nunca más que la opacidad aún indiferenciada de la materia sensible, reserva (de) sustancia para el relevo del sí mismo, o el ser como aquello que, como lo que él es (era) aquí y ahora. Repetición de un presente de la enunciación en el que él ya no pasa, no ha pasado a lo universal, cuando ésta acontece en la *cuasi-subjetividad* que sería la suya. Inapropiable, pues, como conciencia de sí. Para ella, yo no iguala(rá) jamás a yo, y ella no es más que el querer singular que el amo se apropia, el resto resistente de una corporeidad todavía sensible a su pasión de lo mismo, o incluso y de otra manera su doble. En tanto que tal, ella no lleva a cabo el proceso de enunciación del discurso de la Historia, sino que sigue siendo su sirvienta privada de sí (como) misma, alienada en esa discursividad como en su amo y sin tener intuición de su sí –su yo– esencial sino en otro, un Tú –o Él– que habla. Su querer propio se deshace en el miedo experimentado hacia ese amo, en el sentimiento interior de su negatividad. Y su trabajo al servicio de otro, de ese Otro, constituye la ineffectividad de un deseo que le sería específico.

Pero, en la renuncia a la propiedad de éste, se elaboran positivamente cosas exteriores determinadas en sus formas por un sí mismo que ya no re-marcaría ningún pathos singular, ningún contingente arbitrario, y en las que el espíritu podría reintuirse como realidad objetal. Tal sería el sentido final de esa obediencia exigida a la mujer, simple tránsito en el que los caprichos inesenciales de una naturaleza todavía sensible y material deben ser transformados en querer universal.

La mujer es la guardiana de la sangre. Pero, como éste/ésta ha tenido que alimentar con su sustancia la conciencia de sí universal, su subsistencia subterránea se perpetúa en forma de *sombras exangües* –de fantasmas inconscientes. Impotente sobre la tierra, ella sigue siendo el suelo en el que el espíritu manifiesto tiene sus raíces oscuras y del que saca sus fuerzas. Y la certidumbre de sí, de la virilidad, de la comunidad, del gobierno– posee la verdad de su palabra y del juramento que vincula entre sí a los hombres en la sustancia común a todos, reprimida, inconsciente y muda, en las aguas del olvido. Se comprende así que la feminidad consista esencialmente en restituir al muerto al seno de la tierra, en devolverle eternamente la vida. Porque el *exangüe es la mediación que ella conoce en su ser*, transición de lo más singularmente sepultado de lo vivo a lo más general de la esencia de un ser-ahí que ha renunciado a todo sí mismo-aquí. Así, pues, ella puede, acordándose de ese momento intermedio, preservar al menos el alma del hombre y de la comunidad de su extravío en el olvido. *Asegurando la er-innerung [recuerdo] de la conciencia de sí en su olvido de sí misma.*

Pero sucede que de ese mundo de abajo se sublevar fuerzas, que se han vuelto hostiles a causa de su privación del derecho a vivir a la luz del día, que amenazan con devastar la comunidad. Con ponerla patas arriba. Negándose a ser la tierra inconsciente nutricia de la naturaleza, la feminidad reivindicaría entonces para sí misma el derecho al placer, al goce, e incluso a una actividad efectiva, traicionando así su destino universal. Es más, pervertiría la propiedad del Estado burlándose del ciudadano adulto que ya no piensa más que en lo universal, sometiéndole a la burla y al desprecio de una adolescencia inmadura. Contraponiéndole la fuerza de la juventud del *hijo*, del *hermano*, del *joven*, en el que ella reconoce mucho más que en el poder del gobierno a un *amo*, un *igual*, un *amante*. La comunidad no puede preservarse de tales reivindicaciones más que reprimiéndolas como elementos de *corrupción* que corren el peligro de destruirla. Por otra parte, en principio esos *gérmenes* de revuelta no pueden nada, reducidos ya a la nada en tanto que *separados del objetivo universal* que persiguen los ciudadanos. Y toda comunidad debe transformar esas fuerzas aún demasiado inmediatamente naturales en sus propias armas invitando a los jóvenes –en los que el deseo de la mujer se complace– a hacer(se) la guerra y a matarse unos a otros en conflictos sangrientos. Gracias a ellos la sustancia todavía viva de la naturaleza va a inmolar sus últimos recursos a una universalidad formal y vacía, esparciendo sus últimas gotas de *sangre* en una multitud de puntos que nunca más podrán ser recogidos en la intimidad de una bodega familiar.

Y si, en estos *puntos*, el *esperma*, el *nombre*, el *individuo entero*, pueden encontrar un soporte representativo que les permita levantarse/rehacerse [*s'en relever*] otra vez, la sangre, en su flujo autónomo ya no se re-unirá. Pero el *ojo* no tendría necesidad de ella –al menos absolutamente– para ver, y tal vez ni siquiera la tenga el Espíritu para pensar(se).



El inevitable volumen

Así, pues, la mujer no habrá tenido todavía (un) lugar. Un «todavía no» que corresponde sin duda a una *fantasmática histérica* pero/y que admite una *condición histórica*. La mujer es aún el lugar, el todo del lugar en el que ella no puede apropiarse en cuanto tal. Sentida como todopoderosa allí donde «ella» es la más radicalmente impotente en su indiferenciación. Jamás aquí encargada de ser esa cualquier otra parte de la que el «sujeto» continúa extrayendo sus reservas, sus recursos, sin poder reconocerles/la. No arrancada de la materia, la tierra, el mar, y sin embargo, al mismo tiempo, ya dispersa en X lugares que no tienen su aglomeración en nada que ella conozca y que siguen siendo el soporte de la (re)producción –sobre todo del discurso– en todas sus formas.

La mujer sigue siendo esa nada del todo, ese todo de la nada en el que todavía cada *uno* viene a buscar algo con lo que re-alimentar la semejanza consigo (como) con lo mismo. De esta suerte, ella se desplaza, pero nunca es ella la que hasta ahora se ha desplazado. Por sí misma ella no puede hacer ni siquiera que se tambalee ese teniente (del) lugar que ella constituye para el «sujeto», y al que no puede asignarse un valor de una vez por todas so pena de que quede inmovilizado en lo irremplazable de sus catexis. Así, pues, ella debe esperar a que él lo conmueva con arreglo a sus necesidades o deseos. Con arreglo a la urgencia de la economía en curso. Paciente en su reserva, su pudor, su silencio, aun cuando el momento acaba de pasar por el consumo violento, el descuartizamiento y la desolladura. Su sexo –¿pero de madre?– descosido por el cual él cree poder penetrar de nuevo en el interior de su cuerpo, esperando perder finalmente en él su «alma». Corrupción aún demasiado calculada y en la que corre el peligro de resurgir más niño, y por ende más esclavizado que nunca. Ella, que salva gracias al lustre de sus ornatos, de su piel bri-

llante, el desastre de su devoración y de su desgarrar internos. Y con ello *una*, al menos ante la mirada, que recubre con un estridente maquillaje, o con su personaje maternal, su despedazamiento. Fragmentos: de mujeres, de discurso, de silencios, de blancos immaculados aún (?), ... Tomas de distancia mediante las que el «sujeto» trata de salir de su captura. Pero esforzándose por fracturar esa matriz especular, esa discursividad envolvente, ese cuerpo del texto, a los que se ha entregado como prisionero, sigue siendo a ella a la que hiere. Naturaleza que, sin saberlo, ha alimentado el proyecto, la producción. Y que se confunde ahora para él con la muralla de espejos, el sepulcro de reflejos, con el cual, en su ausencia de imaginario, ella no sabe cómo articular su diferencia. Dejándose consumir de nuevo y de tal suerte por nuevas especulaciones, o rechazar como impropia para el consumo. Sin decir una palabra. Tratando a duras penas de perpetuar su uso o de asegurar su intercambio por unos cuantos chismes: últimas novedades brillantes puestas en circulación por hombres y apenas deformadas por su frivolidad siempre algo barroca.

Todo debe ser (re)inventado para evitar *el vacío*. Y si el lugar vuelve así a labrarse, siempre se hace en busca de las raíces perdidas de lo mismo. Porque en el horizonte se anunciaba tal vez un «mundo» hasta tal punto inconcebible, tan otro, que más vale entonces regresar bajo tierra que asistir (a) un acontecimiento tan vertiginoso. La madre no significa tal vez más que un suelo mudo, un misterio poco figurable, pero al menos ella está *llena*. Desde luego, en ella se encontrará la opacidad y la resistencia, e incluso la repulsión de la materia, el horror de la sangre, la ambivalencia de la leche, las huellas amenazadoras del falo del padre, e incluso el agujero que se ha dejado tras de sí viniendo al mundo. Ella no es el vacío (de) la mujer. La nada de representación, la negación de toda representación, el límite de todas las representaciones (de sí) presentes. La madre está hendida, desde luego, pero lo está por el retoño que nace, o que mama. Él puede creerlo en todo caso. Así, pues, conoce esa falla por haberla practicado y (en)cerrado en su sistemática. No aquella (de) la mujer, de la que sólo se defiende (re)haciéndola madre, o contraponiéndole, en su interposición a la totalmente otra, el velo preservativo de un lenguaje que ya ha transformado en fetiches sus propias desviaciones.

Ahora bien, la mujer no está ni cerrada, ni abierta. Indefinida, in-finita, *en ella la forma no se acaba*. Ella no es infinita, pero tampoco *una* unidad: letra, cifra, número de una serie, nombre propio, objeto único (de un) mundo sensible, idealidad simple de un todo inteligible, entidad de un fundamento, etc. Esta incompletud de su forma, de su morfología, le permita devenir otra cosa a cada instante, lo que no significa que ella sea nunca unívocamente nada. Pues no se realiza en ninguna metáfora. Nunca esto y luego aquello, esto y aquello... Sino deviniendo la expansión que ella no es, ni será en ningún momento como universo definible. He aquí tal vez lo que se designa como su irreductible insatisfacción (histérica). Ningún(os) -for-

ma, acto, discurso, sujeto, masculino, femenino...— singular(es) puede realizar el devenir del deseo de una mujer. Y el riesgo de la maternidad consiste para ella en detenerse/la en el mundo de *un* retoño. Volviendo a cerrarse sobre la unidad de esa concepción, acordonándose en torno a ese uno, su deseo se endurece. *¿Se faliciza en esa relación con el uno?* Y del mismo modo una feminidad demasiado adecuada, demasiado conforme a una idea —Idea— de la mujer, demasiado obediente a un sexo —a una Idea del sexo— o a un sexo fetiche, se ha petrificado ya en el falomorfismo. Metabolizada por el falogocratismo. Mientras que lo que ocurre en el goce de la mujer excede a aquel. Desbordamiento indefinido en el que muchos devenires podrán inscribirse. La amplitud de su porvenir se presiente en ellos, se anuncia como posibles, pero en una extensión, una dilatación sin límites determinables. Sin fin comprensible. Sin *telos* [fin], ni *arché* [origen]. Sino ya fálica. Sometida a las prescripciones de un imaginario hombrosexual y a sus relaciones con el origen, con un logos que pretende reducir a lo mismo —al Mismo— en sí y para sí la potencia de lo materno.

Pero la mujer no se resuelve en esa situación. Salvo en sus capitulaciones y capitalizaciones falosensatas. Porque (la) mujer no se puede querer decir y no aspira además al poder decir que la asignaría a algún concepto, que le atribuiría, en propiedad, alguna idea fija. No se puede atribuir a un ser, a un sujeto, a un todo, simplemente designable. Y tampoco al conjunto (de las) mujeres. Una mujer + una mujer + una mujer... no habrá llegado jamás a un genérico: la mujer. (La/una) mujer hace señas hacia lo indefinible, lo inenumerable, lo informulable, lo *informalizable*. Nombre común indeterminable en cuanto a una identidad. (La/una) mujer no obedece al principio de identidad consigo misma, ni a una *x* cualquiera. Ella se identifica con toda *x*, sin identificarse con ella de manera particular. Lo que supone un exceso respecto a toda identificación con/de sí. Pero ese exceso (no) es nada: el vacío de la forma, la falla de la forma, la remisión a otra orilla en la que ella se-retoca sin/gracias a nada. Los labios de la misma forma —pero nunca definida sin más— se desbordan retocándose y remitiéndose uno al otro en un contorno que nada detiene en *una* configuración.

Lo que ya habrá tenido lugar sin el concurso, el socorro de ningún objeto, ni sujeto. Otra topo-(logía) del goce. Ajena a la auto-afectación masculina, que sólo habrá visto en ello su negativo. La muerte de su lógica, y no su alterancia en una cópula aún indefinida. El autoerotismo del hombre supone una individualización del sujeto, del objeto, y del instrumento apropiado(s) para el goce. Aunque fuera un instante, el tiempo de un recambio. (La/una) mujer siempre está ya en estado de anamorfosis en el que toda figura se torna engañosa. Discontinuidad de un ciclo en el que el cierre es una grieta que confunde sus labios en su(s) borde(s). De esta suerte, ella no puede *repetirse* a sí misma ni producirse *completamente otra* en el placer,

porque lo otro ya en ella la afecta, la toca, sin que ella devenga jamás un(a) u otro/a. El intervalo (de) ese contacto deformante es informulable en la simplicidad de presente alguno. Y, por no haberse revelado nunca en el mismo, (la) mujer permanece (en) su indiferencia. O lo que él viola con su operación desgarradora. Con su querer decir, tocar en, aquí y ahora en su acto. Aunque fuera el de un re-sentir. Porque (la/una) mujer es sentirse ya antes de toda intervención decidible. Anterior a toda oposición en un par en la que se perfila la atribución de lo activo y lo pasivo, o del pasado y el futuro. Pero esa subrepticia auto-afección no se reconoce, no puede decirse. Es *cierto* que las mujeres no lo dicen todo. Y por más que se las suplicara, que él las suplicara, no dirán, ni dirían nunca más que el querer decir del «sujeto» en ese robo/violación de su goce*. Exiliadas ya de un más íntimo –que no se recoge en «alma» alguna– en proposiciones especificadas. Sometidas ya a una intención, un sentido, un pensamiento. A las leyes de *un* lenguaje. Incluso en sus locuras: su envés o su reverso, de nuevo. Y todo decir para la/una mujer no tiene un sentido, no tiene sentido, puesto que ella no puede enunciar la nada que le afecta, en la que ella (se) ha tocado siempre de antemano. Ese nada que decir que la historia –la Historia– repite sustrayéndola(s) de la economía del discurso.

De esta suerte, (la/una) mujer puede ser un significante –incluso bajo la barra– en el sistema lógico de las representaciones, o representantes-representativos, del «sujeto». Lo que no quiere decir que en ese significante ella pueda reconocerse de alguna manera. Ni tampoco que el hombre en tanto que representante del poder (del) falo corresponda para ella a algún significado, salvo tal vez el de su exclusión de sí misma. Porque el hombre está en posición de re-marcar la desviación, la distancia en la que ella se reperfora/reconoce**, pero la posición dominante del «sujeto» en la autarquía de su metafórica hace que esa intervención (no) tenga lugar (más que) al lado de la contigüidad en el que ella se contiene, se retiene, en su goce, desviándola de su curso en la articulación con un *todo* fálico: lo que funcionará en lo sucesivo como *agujero*. Y la metáfora sólo tendrá para ella la eficacia de una desviación que no supone violación si, *vacía de todo sentido ya apropiado*, ella mantiene abierto el indefinido de los posibles de su goce: Dios. Diseño/designio de intromisión de una «figura» que se resiste a basar su firmeza en su pertenencia a un individuo. Que sigue siendo extensiva, pero sin rupturas en/entre formas cada vez más comprensivas. Dios, del que ningún saber ha hecho la ciencia de su deseo. Abandonado en/a su ignorancia. ¿Porque Él se niega a odiar? Sí, si éste proviene del carácter particular del conocimiento. Donde cada uno, una, quiere tener la sar-

* «*V(i)ol*» en el original. En un juego de palabras entre «*vob*» [robo] y «*viol*» [violación]. [N. del T.]

** «*Retrou(v)e*» en el original. En un juego de palabras entre «*retrouer*» [perforar, horadar de nuevo], y «*retrouer*» [recobrar, reconocer]. [N. del T.]

tén por el *mango*, y se esfuerza en desgarrar de su especula(riza)ción la representación del otro para preservar el poder (de) verdad del espectáculo en el que él/ella se ve reflejado/a. Negando la ficción del espejo que le sub-tiende. Pero, para quien todo lo supiera, la rivalidad de saber(se) apropiado sería insignificante. La mujer, desde luego, no (se) sabe todo, es más, no (se) sabe nada. Pero su relación con el saber(se) reserva una abertura de un todo de cuanto, de lo que ella podría saberse: Dios. Y, también en este caso, repitiendo en su caricatura esa condición especulativa, esto es, excluyéndola –salvo por procuración fálica– de toda ciencia singular, de la apropiación de todo saber(se), la «Historia» en el deseo de la mujer –puesta en función de un objeto, o con mucha menor frecuencia de un sujeto– habrá perpetuado la existencia de Dios como envite de una omnisciencia ajena aún a su determinación. Dios tanto más adorado cuanto más aborrecido en su poder. Y que, prorrogado en/por el goce femenino, habrá atraído sobre éste el horror y la aversión de un no semejante, que desafía con su «todavía no» toda comparación. Y si, en el cuidado que pone ahora el «sujeto» en definir la sexualidad de la mujer, está la intención de devenir idéntico al ser –el Ser– del otro –¿el Otro?–, nueva reabsorción de la alteridad en lo Mismo, que quiere acá, la, su... ver para ser más como Sí mismo, para hacer más semejante a Sí mismo, ella sólo puede responder: todavía... no. Y además en un sentido, en ese sentido, jamás.

Porque el hombre necesita un instrumento para tocarse: la mano, la mujer, o algún sustituto. El relevo de ese aparato se opera en y por el lenguaje. El hombre produce lenguaje para auto-afectarse. Y en las distintas formas del discurso pueden analizarse diferentes modos de auto-afec(ta)ción del «sujeto». Entre los cuales el más ideal sería el discurso filosófico que privilegia el «representarse». Modo de auto-afec(ta)ción que reduce a *casi* nada la necesidad del instrumento: al pensamiento (del) alma. Espejo introyectado, interiorizado, en el que el «sujeto» se certiora de la manera más sutil y la más secreta del mantenimiento inmortal de su autoerotismo.

Ciencias y técnicas necesitan también los instrumentos para auto-afectarse. Y, por una parte, aquellas se emancipan así del control del «sujeto» y corren el riesgo de malversarle una fracción de su beneficio solitario. De rivalizar con él cobrando su autonomía. Pero el pensamiento subsiste aún. Al menos durante un tiempo. ¿El de pensar(se) la mujer? ¿Último recurso de la auto-afectación del «sujeto» en cuanto tal en/por el lenguaje? ¿O entreabertura de su círculo vicioso: el logos (de lo) mismo? Si las máquinas –incluso teóricas– pueden en ocasiones quebrantarse por sí solas, ¿acaso puede también la mujer? Crisis de una época en la que el «sujeto» ya no sabe dónde, por quién, por qué empezar, en la multiplicación de los focos de «liberación» no rigurosamente homogéneos entre sí, y sobre todo heterogéneos en su concepción. Y como en ésta él buscaba desde hace mucho tiempo el instrumen-

to, la palanca, y con bastante frecuencia y no ocasionalmente, el término de su placer, éste en tales objetos de señorío se ha expuesto tal vez a su pérdida. *Esforzándose ahora, pues, por ser ciencia, máquina, mujer, ... para que éstas no se sustraigan a su uso y a su recambio.* Pero sin poder hacerlo en absoluto, porque en ellas la forma nunca habrá, como en él, en la interioridad de su espíritu, encontrado su completud. Ella ha estallado siempre de antemano. Gracias a lo cual, por otra parte, ella puede gozar de sí misma –en el retoque de sus bordes– o mantener para el otro esa ilusión. Mientras que el «sujeto» debe re-exponer siempre ante sí su/la forma para re-gustarse de su posesión. El amo en su placer se ha esclavizado a su poder.

Mientras que en el tocarse de la/una mujer un todo se toca por ser in-finito, por no haber sabido/podido cerrarse y tampoco hincharse definitivamente hasta la extensión de un infinito. Donde el tocar(se) da a la mujer una forma que infinitamente/indefinidamente se transforma sin encerrarse en su apropiación. Metamorfosis en las que nunca consiste un conjunto, ni insiste la sistematicidad del Uno. Transmutaciones siempre imprevisibles porque no contribuyen a la realización de un telos. Lo que supondría que una figura reanude –releve– a la anterior y prescriba la siguiente: así, pues, *una* forma detenida y que deviene *una otra*. Lo que no se produce más que en el imaginario del sujeto (masculino) que proyecta sobre todo otro la razón de la captura de su deseo: su lenguaje que pretende denominarle adecuadamente.

Ahora bien, la/una mujer que no tiene *un* sexo –lo que por regla general habrá sido interpretado como ningún sexo– no puede subsumirlo/se bajo *un* término genérico, ni específico. Cuerpo, senos, pubis, clítoris, labios, vulva, vagina, cuello del útero, matriz,... y esa *nada* que de antemano les hace gozar en/de su desviación desbaratan su devolución a nombre propio alguno, a sentido propio alguno, a concepto alguno. Así, pues, la sexualidad de la mujer no puede inscribirse *en cuanto tal* en teoría alguna, salvo por mediación de su evaluación con arreglo a parámetros masculinos. Donde el clítoris tuvo la suerte de no ser pensado en el placer de una desviación, tampoco respecto a los demás placeres. Otro tanto sucede, entre otras, respecto a la maternidad. Pues su significado les es asignado, como sucede con todo cuanto atañe al deseo femenino, por auto-representaciones de la (llamada) sexualidad masculina. Que, forzosamente, sirven de modelos, de unidades de medida y de garantes de un movimiento económico en todos los buenos sentidos. Incluso en su necesaria estructuración *trinitaria*: el sujeto, el objeto, el instrumento-cópula de su articulación. Padre, Hijo, Espíritu Santo. Donde el seno de la madre naturaleza permite la conjunción del uno y (del supuesto) otro en la matriz de un discurso. Se podrá incluso, jugando con una habilidad y un gusto distintos de la negatividad, extender ese círculo sensato de familia a cuatro términos, cuatro miembros. El cuarto en su ausencia, su mutismo o su desatino, su muerte, su *espejo*, asegura un inter-

cambio más fácil entre los otros tres. Pero siempre se desarrolla el mismo discurso, cada vez más brillante, aun a costa de alguna inflación. Donde el sujeto (masculino) reúne y concentra la pluralidad dispersa en su silencio, sus habladorías in(con)sistentes o su locura de la mercancía femenina en monedas cotizadas en el mercado. Mientras que para que «ella» comience a decirse, y sobre todo a oírse, antes sería preciso suspender los sistemas de crédito para su refundición. En todos los sentidos. Examinando los créditos que sostienen los monopolios en todas sus formas actuales. Si no, ¿por qué hablar de «ella» cuando ella no tiene curso legal, no secunda su curso más que en/por su silencio?

Ahora bien, ¿es cabalmente de ella de lo se sigue tratando aquí? ¿O más bien se trata otra vez de la madre? ¿Ese recrudescimiento del interés es realmente algo distinto de la búsqueda ansiosa de un resto comestible en un «mundo» al que hacen pasar hambre los imperativos de una productividad en aumento y la amenaza de la reducción del suelo concedido a cada cual? ¿Se trata al fin y al cabo de un retorno a su seno nutricio, a la generosidad de su sangre, a la riqueza sobre todo territorial de su vientre? ¿Regresión? Para extraer nuevos beneficios. Nuevos modos de subsistencia. O tal es el misterio de un sexo que goza de nada –salvo cuando se atiende a su vez a una fantasmática oral-anal, consumiendo el «falo» que ha alimentado para reproducirlo– que entreabre finalmente para un deseo tantas veces frustrado el «velo» que le ocultaba aquella «cosa» extraña: el placer de intercambiarse sin fin con el otro en un tocar(se) que no prohíbe en su reabsorción ninguna identificación privilegiada. Donde ni un(a) ni otro/a son tomados como términos, ni en el tránsito aditivo de su paso del/de la uno/a al otro/a, que no es nada: porque el carácter sustractivo de la circularidad de un movimiento vuelve sobre sí mismo, porque se trata de la desviación que siempre remite de antemano a un(a) otro/a.

Que de múltiples maneras podrá intervenir con la condición de no imponer la rigidez de sus formas: de ser, de tener, de decir, de pensar,... Porque esta inflexibilidad siempre impondrá recortes al intercambio; fijando y petrificando el intervalo entre los dos en *uno*. Que ese *uno* pueda ahora identificarse, repetirse, modificarse, contarse, serializarse..., sumarse en Uno finito, ya no servirá de remedio. La relación sexual habrá perdido en esa definición como *uno* de su intervalo informulable el goce de su intercambio infinito/indefinido en el otro. Pudiendo ser sustituida, por supuesto, por otros placeres, sobre todo los que consisten en intercambiar verdades o buenas palabras con sus iguales. Porque si la afirmación del *uno* descansa tan sólo en ese rigor formal, ¿qué *otro* podría responder aún a una implantación tan absoluta? La castración no habrá sido más que una (de)negación del otro, de la diferencia sexual que, en forma de pantallas, de prisiones, de compartimentos o estasis de las relaciones regresará de su represión. Inclusive, por supuesto, en el discurso. Cada átomo de sentido encuentra allí su fuerza de verdad por ser único en exten-

sión y comprensión; definiendo en la identidad consigo mismo de este atestado sus espaciamentos con los demás, pero dividiendo también al mismo tiempo de modo decisivo toda la materia del lenguaje, el todo de la especulación, e incluso del «blanco» del discurso. Donde sus no dichos, sus inter-dictos, han recibido su significado de antemano. Aun en el silencio del otro, que no dice nada (más que) lo que el «sujeto» le habrá hecho decir siempre de antemano. Así, pues, podrá utilizarlo, explorarlo, trocearlo, especularlo,... para encontrar siempre lo mismo. Ese otro no habrá hecho más que repetir de forma distinta su propia identidad.

Algo que se habrá exigido, también a la mujer. Reduplicación postulada unas veces en una sustancia aún caótica que pretende informar, otras veces en la eficacia de una negatividad que representa todo ese hueco cuya determinación aún está por llegar, y otras en la repetición de una afirmación que, por más instantánea que pretenda ser, exige no obstante su repaso en/por el otro. Pero, en esa dualidad cada vez más sutil del sentido en todas sus propiedades, *habrá sido eludida la repetición que ya ha tenido lugar, pero de una manera completamente distinta, en la mujer*. Extraterritorialidad de lo femenino respecto al lenguaje que le valdrá un respeto al menos ambivalente de su virginidad: tabú de fronteras que se entreabren en el horizonte del querer, poder, decirlo todo. Abriendo(se) a otro «mundo» del que no se conoce nada (más que) la grieta que se abre. Suscitando la angustia de una transgresión sin contraseña, sin interpelación concebible, sin derecho inscrito en alguna parte, sin impuesto que pagar, sin límite riguroso de un antes/después, fuera/dentro, propio/extraño... decible/indecible. Cuando el padre, de nuevo, se encargue de pagar los derechos de aduana descontando lo que se le debe *de más*, habrá devuelto con ello lo femenino a lo materno, el entre impropio al antro, contribuyendo a su riqueza. De la que se sabe que puede cobrar la forma de una familia, de una horda, de una comunidad, de un pueblo. El entre dos se ha exportado *ya al interior* de su territorio. Y lo próximo de un tocar(se) sin reservas, hasta el éxtasis, se ha excluido ya desde la concepción (de lo propio). El dos ha sido ya devuelto aquí a lo mismo en los distintos modos de sus diferencias. Lo más allegado ya no remite a lo irreductiblemente alejado en una nada de apropiable.

Salvo tal vez de nuevo en Dios. Allende el cielo del que se habrá intentado –donde la condición para hacerlo es la castidad– pero sin reducir su duplicidad, enumerar las cualidades, los poderes, los nombres, ... ¿Dios (de) la banda que se reduciría subrepticamente a la entreabertura de un placer diabólico? Para colmar la distancia según uno, gozar de ella según otro. Para gozar del otro –del Otro– en su repetición en nada que se sepa. Aún... Dios, la entidad por excelencia, la unidad radicalmente autárquica, la universalidad y eternidad de siempre, el engendrador de toda la naturaleza, el sagrado nombre de todos los nombres, dicen. El sexo (de) nada en absoluto en su absoluta fluidez, su plasticidad ante todas las metamorfosis,

su ubicuidad en todos los compositibles, su invisibilidad... que no ha dejado de hacerse rogar pero sin decir una palabra por las mujeres, en lo más secreto de su recubrimiento. Y el que por conocerlas tan bien no las ha tocado jamás directamente, salvo en el hilván siempre provisional de un fantasma sustraído a toda representación: entre dos no unidades que imperceptiblemente gozan así de sí mismas. Y que «Dios» haya podido ser concebido como un volumen perfecto, una completud cerrada, un círculo infinito en la amplitud de toda extensión, no es sin duda el producto de su imaginación. Porque esa pasión de un origen debidamente ceñida sin perjuicio de que vuelva a morder el extremo (de) su cola, de una casa cerrada a cal y canto para que la «cosa» eventualmente pase/suceda, de una matriz confinada sobre/en su interioridad, no es la suya. Salvo a veces en su falismo materno, o su mimetismo impotente. Su «Dios» es completamente distinto, al igual que su placer. Y, toda vez que su muerte siempre ha tenido lugar con anterioridad, al menos para ese «mundo» no habrá de llegar próximamente. Pero por supuesto ellas no lo dirán, porque allí no hay nada que pueda exponerse. Ni saber (lo que podrá escribirse de forma diferentemente con vistas a su imposible [re]producción).

Para la/una mujer, dos no se divide en unos. Las relaciones excluyen la sección de la unidad. Y cuando ella se aferra tan desesperadamente al uno, hasta la mayúscula de *un* dios hecho Hombre, lo hace para repetir el valor al que «ella» tiene derecho en el mercado de los intercambios: ninguno. Nulidad, cero, que funda y sanciona con su desplazamiento todo ajuste de cuentas. Esto no quiere decir que ella no tenga precio para cada uno, a no ser que se la considere inapreciable porque sub-tiende la validez de esa economía. Siempre amenazada por la fisión de su átomo mercantil, por esa nada de más o de menos que hace caer todas las cotizaciones. Que hasta ahora se haya localizado de manera privilegiada en el niño se explica sin duda por la necesidad de representarse las cosas en los mismos términos. Aproximadamente. De referirlas de nuevo a las *mismas unidades*, por más que con ello las cuentas se hagan más complejas: donde dos producen uno para confundirse y anularse en su par. Reproduciendo de nuevo uno, y comenzando a perderse. ¿Ese segundo (del) uno remite más bien a la madre? Eventualmente se le llamará Polínice y se obrará para que sea expulsado fuera de la ciudad legalmente reconocida. Y si el/la uno/a que de tal suerte llega al mundo es una niña, la cosa es tan inconcebible que es preciso zanjar la cuestión brutalmente so pena de desorden en la estimación del valor: ella (no) es (más que) su madre, otro muchacho que ha de ser reducido a la condición juvenil de asexo –puesto en reserva para apuntalar eventualmente la recaída de los valores–, o nada. En todo caso, que no pueda mostrarse al pueblo salvo en su muerte, (o) su encierro puertas adentro de la casa.

En la que no pasa casi nada, aparte de la (re)producción del retoño. Y el derrame de algún flujo vergonzoso. Cuya visión resulta horrible: sangrienta. *El fluido*

debe permanecer como el *resto* secreto, sagrado, del uno. Sangre, pero también leche, esperma, linfa, baba, saliva, lágrimas, humores, gases, ondas, aires, fuego..., luz, que le amenazan con la deformación, la propagación, la evaporación, la consunción, el derrame en otro difícil de reconquistar. El «sujeto» se identifica con/en una consistencia casi material que repugna a toda fluorescencia. Y en la madre continúa buscando la cohesión de un «cuerpo» (sujeto), la solidez de una tierra, el fundamento de un suelo. Y no aquello por lo que, en lo que ella recuerda a la mujer: lo fluido. Que él sólo carga en un deseo de invertirlo en sí (como) mismo. Toda agua debe tornarse en espejo, todo mar en hielo. O entonces se impone rodearles por detrás. Acotando sus precipicios con un recinto cuyo cierre será posterior: costura de un agujero por el cual el «sujeto» se asegura un re-nacimiento como materia lisa y llana, que la forma del espíritu del Padre habrá ya modelado, modelará, con arreglo a su lógica. Preservado de esta suerte de ese contacto indecente... la mujer. De toda asimilación posible a ese flujo indeciso que humedece, moja, inunda, conduce, electriza y hace brillar la desviación en su abra(z/s)amiento. Sin medida común con el uno (del sujeto).

El cual, para protegerse de una total delicuescencia, podrá recurrir aún al *espéculo*. Renunciando a sus planos, a sus contornos nítidos, a su forma unívocamente encuadrada, a sus cálculos de proporciones establecidos de una vez por todas, a su unidad inmutablemente reflejada, lo intentará componer con las curvas del espejo. Lo que complica las relaciones consigo (como) mismo. Sin embargo, ¿acaso no sea imposible llevar a cabo su análisis, con la ayuda de todos los instrumentos con los que ha conseguido armarse ahora? Así, pues, todo debería ser repensado como voluta(s), hélice(s), oblicua(s), enroscamiento(s), volteo(s), revolucion(es), pirueta(s), ... Especulación cada vez más vertiginosa que horada, perfora, barrena un volumen que se supone aún *sólido*. Forzado de esta suerte en su cascarón, fracturado, trepanado, reventado, sondeado hasta lo más íntimo de su centro. O vientre. Arrastrado en remolinos, torbellinos, cada vez más rápidos hasta que la materia vuela en pedazos y vuelve a caer convertida en (su) polvo. ¿La sustancia del lenguaje? ¿La matriz del discurso? ¿El «cuerpo» de la madre? Descomponiéndolos para examinarlos, reflejarlos/se en sus átomos más pequeños, y antros de átomos. Rebuscando en todos los sentidos la probabilidad de la ocultación de algún oro, de algún excedente de potencia. Garantes del valor del «sujeto», y por ende de la perpetuación de sus intercambios como propiedades. Donde el retoño goza tal vez de un crédito algo menor: hace falta demasiado tiempo para (re)producirlo. La mujer-madre re-trabajada de cerca por las especula(riza)ciones del «sujeto» ya no dispone del tiempo para cerrarse de ese modo durante el intervalo de una concepción.

Ahora bien, si la reserva de ese volumen también se agotara, ¿sería preciso achacarlo esta vez al instrumento que lo ha abierto? ¿Y además lo ha forjado? Decir que

era ya tan heterogéneo respecto a cuanto pretendía seducir que hasta ahora no ha conseguido parecerse a nada. Que no se supiera de antemano. Que, produciendo él mismo la desviación, ha escatimado en su tarea a aquel que –ya– existía. Que en el mejor de los casos habrá atravesado el envés, el reverso, de sus proyecciones. Habrá estado tal vez más allá de la simetría de una reflexión. ¿De una inversión? Recobrando en el callejón sin salida de la neguentropía especular, especulativa, la necesidad de un crecimiento que, en cada momento de su reproducción en lo mismo, debe barrenar más alto, o más bajo.

La/una mujer nunca se (en)cierra en un volumen. Para que esa representación se imponga para la figura materna hay que olvidar que la mujer puede devenir tanto más fluida *precisamente* cuanto más encinta está, que la matriz, a no ser que se vea reducida –por él, por él en ella– en una apropiación fálica no obture la abertura de los labios. Y que corresponde al «sujeto» la tarea de reducir el otro al/a la uno/a disminuyendo su contigüidad en su deseo. Porque si ella(s) fuera(n) a la vez dos pero no divisible(s) en una(s), ¿cómo podría él orientarse? ¿Mediante qué rodeo inmiscuirse entre ella(s), en su(s) vientre(s)? Así, pues, la otra debe servir para especular el/la uno/a, replicando lo que el hombre conocería ya como lugar de su/la producción. «Ella» no debe ser más que el camino, el método, la teoría, el *espejo*, que devuelve, mediante un proceso de repetición, al re-conocimiento de la unidad de su/el origen para el «sujeto».

Pero la madre y la mujer no se especulan de la misma manera. Una doble especularización en ella(s), entre ella(s), se interpone de antemano. Y algo más. Porque el sexo de la mujer no es uno. Y como en cada una de las/sus «partes» estalla el goce, así ellas pueden reflejarlo de diferentes maneras en sus turbaciones. ¿Más pleno que en el todo? Ello llevaría a decir que esa pluralidad del placer es reducible a junturas, fragmentos de *un* espejo. Que lo sea a veces, o además, en juegos de reflejos, de inversión, de perversión polimorfos no es imposible, tampoco sin satisfacciones. Pero en este caso vuelve a tratarse de gozar de lo hombrólogo, no de una sexualidad en la que múltiples heterogéneos fundan, refundan, confunden las esquirlas de espejos encendiendo fuegos de/en sus desviaciones. Reagruparlos en alguna unidad de especula(riza)ción, orden de comparecencia de sus placeres, no tiene nada que ver –aún– con lo que arde y reluce en el abra(z/s)amiento indefinidamente reavivado de esos cortes incendiarios.

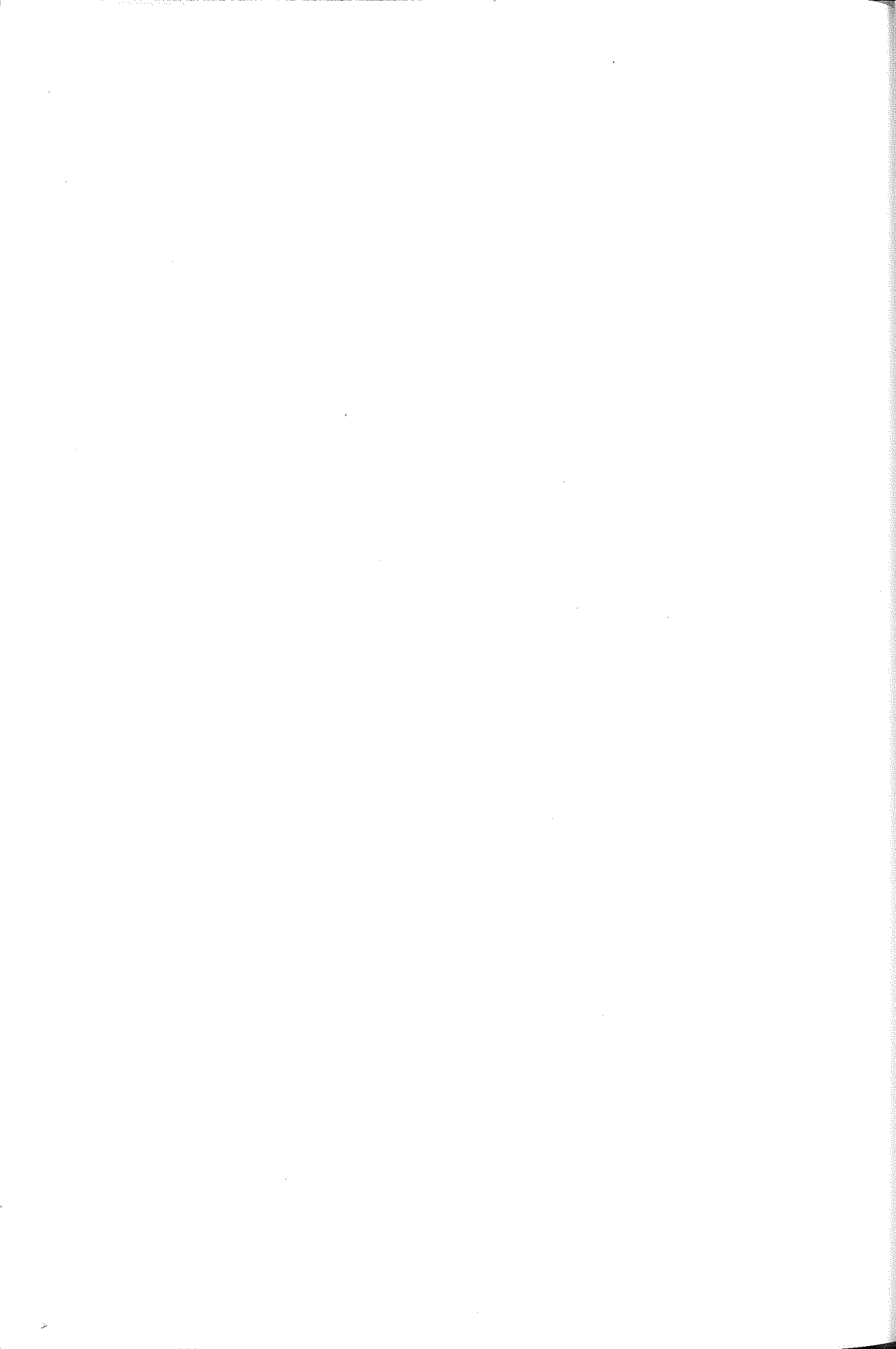
La/una mujer no puede recogerse en un volumen, so pena de sustraerse a su goce que exige que ella permanezca abierta a nada que pueda decirse pero que reserve el no (en)claustramiento de sus bordes, la no sutura de sus labios. Y, sin duda, la historia de ese retorno a sí misma la ha desposeído. Ella sigue siendo ese exterior respecto a la circularidad de un pensamiento que en su telos se reapropia la causa de su deseo: soporte inconsciente de la tentativa de metaforización de una matriz

originaria en la esfera de intimidad consigo mismo/a, de proximidad consigo mismo/a, de un «alma», o de un espíritu. Ella permanece como el todo del lugar que no puede reagruparse en un espacio por no ser más que receptáculo para las (re)producciones de lo mismo. Al mismo tiempo diseminada en funciones cuyas múltiples separaciones, descuartizamientos tributarios de la unidad específica de un campo, de un sentido, de un nombre, de un sexo, de un género,... se ven privados de su(s) re-toque(s). Opacidad de la materia, evanescencia de un fluido, vértigo de un vacío entre dos, espejo para que el «sujeto» se refleje en él y en él se re-produzca en su reflexión, abertura practicable para que el ojo encuadre el proyecto de su espectáculo, vaina-envoltura para que el sexo asegure el/la escondite/viñeta* de sus presiones y huellas solitarias, suelo fértil para que él deposite sus semillas,... Nunca uno(a).

A no ser que rivalice en lo hombrólogo falosensato que ahora se aurifica de nuevo multiplicando cada vez más rápidamente los vástagos susceptibles de ocupar, de colmar, de desbaratar en su beneficio la desviación productiva de nada. Que se sepa aún *en verdad*. Y en *un sentido* jamás.

* En el original leemos «*la/le cache*», puesto que en francés el significado de «*cache*» varía en función del género. [N. del T.]

La ύστερα de Platón



Desde el mito de la caverna cabe, por ejemplo o ejemplarmente, reanudar el camino. Para leerlo, esta vez, como la metáfora –rigurosamente imposible, éste se verá inscrito en el texto– del antro, o matriz, o ὑστέρα, a veces tierra. Tentativa de metaforización, proceso de desvío, que prescribe, silenciosamente, la metafísica occidental, pero también, de manera más explícita, lo que (se) anuncia su designación en cuanto tal, su acabamiento, su interpretación.

Así, pues, reanudemos el camino desde la lectura del mito de la caverna. Sócrates cuenta que unos hombres –οἱ ἄνθρωποι, de sexo no especificado– residen *bajo tierra*, en una *morada en forma de caverna*. Tierra, morada, caverna, y además y distintamente forma, son legibles como casi-equivalencias de la ὑστέρα. Además, podría remitirse a la misma el *residir*, el *permanecer* un cierto tiempo, o incluso todo el tiempo, en un *mismo lugar*, el quedarse en un *mismo hábitat*.

Hombres, pues –sin especificación de sexo– permanecerían en un mismo lugar. El tiempo mismo, en un mismo lugar. Lugar que tendría la forma de un antro, o vientre.

Este antro posee a modo de entrada un largo pasadizo, pasaje, corredor, conducto, que lleva hacia arriba, hacia la luz del día, hacia el *ver la luz*, conducto en cuya dirección converge toda la caverna. El *hacia arriba* indica, desde el principio, que la caverna platónica funciona como tentativa de reproducción, representación, *orientadas*, de un haber estado siempre allí de antemano del antro. Orientadas en función de determinadas inversiones, de giros en torno a ejes de simetría. De abajo arriba, de arriba abajo, de detrás hacia adelante, de lo anterior hacia lo que está de frente, pero también de delante o de lo posterior hacia lo que se encuentra ahí, en ese antro, detrás. *Intervención decisiva de la simetría*, –proyección, reflexión, inver-

sión, retroversión,... –que siempre nos habrá desorientado de antemano, desde el momento de poner el pie en esa caverna, que siempre nos habrá hecho perder la cabeza de antemano, o incluso estar tarumba, sin que, por supuesto, Sócrates diga una palabra de esta mistificación. Ese artificio teatral viene exigido por/para nuestra entrada en el funcionamiento de la representación.

Así, pues, unos hombres viven en esa caverna desde su infancia. Desde siempre. De ese espacio, o lugar, o topografía, topología, del antro, no han salido nunca. Con independencia –forzosamente– del volteo en torno a ejes de simetría que organiza, a sus espaldas, esta estancia. Encadenados por el cuello y por los muslos, son mantenidos con las cabezas y los sexos en dirección hacia lo que está *delante, de frente*. Que, en el relato de Sócrates, no es sino el fondo de la caverna, del antro: representación de un supuesto haber estado siempre ahí de antemano de la matriz original no representable por aquellos hombres sujetos por ataduras que les impiden girar *la cabeza, o el sexo*, hacia la luz sin duda, pero también hacia lo más originario, lo πρότερον, de hecho la ὑστέρα. Retenidos por cadenas que les impiden volverse hacia el origen pero/y prisioneros en el espacio-tiempo del pro-yecto de su representación. Cabezas y sexos mantenidos en dirección del adentro del proyecto, del proceso, de representación de la ὑστέρα, supuestamente reabsorbida, resuelta, en el movimiento de lo Ὑστέρον πρότερον [*histeron prosperon*]. Ὑστέρον, lo que se encontraría detrás, pero también υστέρον, el más tarde, el tiempo de después, lo ulterior. Πρότερον [*proteron*], lo que se encontraría delante, pero también lo de antes, lo anterior. Defecto de lo ὑστέρεϊν que lo πρότερειν, o más exactamente aquí lo πρόσω, lo que está por delante, lo πρόσωπον, lo de cara, la cara, la figura, el rostro, el βλέπειν εἰς πρόσωπον [*blépein eis prósporon/mirar de cara*], pero también la πρότασις [poner delante], mantendrían artificialmente mediante ataduras, cadenas (como) no visibles. Alimentando la ilusión del poder devenir plenamente visible del origen, para lo que bastaría darse la vuelta, introducirlo en el campo de la mirada, en lo de frente del rostro, que se encuentra artificialmente desviado. Pues tan sólo se puede mirar en línea recta, inclinándo(se) hacia adelante. Ficción perpetuada, sirviéndose de cadenas, de lo lineal, de la perspectiva rectilínea, del movimiento continuo en una sola dirección. Hacia adelante. Antro que no puede ser explorado circularmente, circunscrito, delimitado con circunspección. De ahí que permanezcan, todos, en el mismo lugar –lugar mismo, tiempo mismo–, en el mismo círculo o circo, *recinto teatral* de la representación.

Y lo único que pueden hacer aún es mirar frente a ellos lo que se les muestra. Inmovilizados por la imposibilidad de *darse la vuelta, o volver*, hacia el origen, hacia la ὑστέρα πρότερα, están obligados a mirar de frente, hacia el fondo del antro –el fondo, y asimismo lo que está delante, adelante–, el proyecto metafórico del fondo del antro, que servirá de *telón de fondo* para todas las representaciones venide-

ras. Rostros, miradas, sexos, mantenidos en una dirección recta, inclinados siempre hacia adelante, siguiendo una línea recta. Dirección fálica, línea fálica, tiempo fálico, dando la espalda al origen.

De ese proyecto, o proceso, de desplazamiento, transporte, transferencia, metáforización de la ὑστέρα, son prisioneros por anticipado. Traslación de lo anterior a lo posterior, del origen al fin, al horizonte, al τέλος, que les envuelve, les rodea, nunca representable pero que suscita, produce, permite todas las representaciones, siempre marcadas de antemano, o re-marcadas, en la incesante repetición del mismo trabajo de proyección. Rigurosamente imposible, al menos en su realización. Ὑστέρα que no aparecerá nunca, nunca tendrá rostro, no se verá, presentará, representará jamás en cuanto tal. Pero cuyo diseño/propósito de representación –imposible en su realización– sub-tiende, engloba, rodea, connota, sobredetermina, toda mirada, vista, rostro, rasgo, figura, forma, presentificación, presencia. Ceguera.

Así, pues, hombres –sin determinación de sexo (?)– están encadenados en/por esa translación de la ὑστέρα. Incapacitados para girar la cabeza, y lo demás. Para girar, darse la vuelta, volver.

Una luz, sin embargo, les es concedida. Que proviene de un fuego que arde lejos, detrás y por encima de ellos. Luz sin duda, pero artificial y terrestre. De luminosidad poco poderosa y que, para la mirada, dista mucho de ser la mejor condición del ver, de lo visible, de lo visto. Cuya distancia, y sobre todo su posición respecto a los prisioneros regula de manera específica el juego de las sombras. Luz que no ilumina mucho. Que tan sólo produce sombras, reflejos, fantasmas, y más grandes que los *objetos* por ella así figurados. Habida cuenta de su situación respecto a tales objetos, a los prisioneros, a las miradas. Su exposición terrestre. Fuego que arde en la lejanía, detrás de ellos, y por encima de ellos. Como la luz natural del día, del sol –lejos, detrás, por encima (al menos en ese lugar)– pero que dejaría de ser por ello una reproducción artificial, artificiosa, en el interior de esa translación, inversión, proyección de la ὑστέρα. Fuego encendido por la mano del hombre a «imagen» del sol. Mímo topográfico, pero cuyo proceso de repetición, reproducción, está siempre de antemano múltiplemente desdoblado, dividido, desmultiplicado, enloquecido, sin recurso posible a una primera vez, a un primer modelo. Porque si la caverna es a la imagen del mundo, el mundo –como veremos– es a su vez a la imagen de la caverna. Caverna o «mundo» en las cuales todo sería sólo imágenes de imágenes. Porque esa caverna es siempre de antemano tentativa de representación de otra caverna, ὑστέρα, molde que, silenciosamente, prescribe toda réplica, toda forma posible, toda relación posible de las formas, y entre las formas, de toda réplica.

Así, pues, en esa caverna, en el interior de esa caverna, arde un fuego «a imagen» de un sol. Pero encontramos también un camino, a imagen sin duda del conducto,

paso, pasadizo, pasillo que asciende —o más bien descendería— de la caverna hacia la luz del día, hacia el «ver la luz». Galería, vaina, pasadizo-envoltura, envuelto, que va de la luz del día a la gruta subterránea y a su fuego. Conducto que se ve recogido, reproducido, *en el interior* de la caverna. Repetición, representación, figuración replegadas en el interior de la caverna por el pasadizo que allí conduce y que permitiría salir de allí. De este camino *entre*. De este entre dos «mundos», modos, modalidades, medidas, de réplicas, representaciones, miradas, sobre todo del sol, del fuego, de la luz, de los «objetos», y del antro. Por ese pasadizo ni fuera ni dentro, entre el acceso y el exceso. Pasadizo-llave, incluso en su obliteración, en su obliteración misma y cuyo olvido, a causa de su repliegue *en* el antro, fundará, sustentará, sostendrá, el endurecimiento de todas las oposiciones dicotómicas, de todas las diferencias categóricas, de todas las distinciones tajantes, discontinuidades cortadas, de todos los enfrentamientos de representaciones irreductibles. Entre el «mundo de afuera» y el «mundo de dentro», entre el «mundo de arriba» y el «mundo de abajo». Entre la luz del cielo y el fuego de la tierra. Entre la mirada del hombre que ha salido de la caverna y la del prisionero. Entre la verdad y la sombra, entre la verdad y el fantasma, entre la «verdad» y aquello que la «cubriría». Entre la realidad y el sueño. Entre... Entre... Entre lo inteligible y lo sensible. Entre el bien y el mal. Lo Uno y lo múltiple. Entre todo cuanto se quiera. Oposiciones que suponen siempre *el salto* de un peor a un mejor. Una ascensión, un desplazamiento (?) hacia arriba, una progresión siguiendo una línea. Vertical. ¿Fállica? Pero cuya ruta, marcha posible o el paso practicable, la transición se han olvidado, y con motivo. El corredor, el desfiladero, el paso.

Vagina olvidada. Pasadizo faltante, descartado, entre el afuera y el adentro, entre el más y el menos,... De tal suerte que todas las divergencias serán finalmente proporciones, funciones, relaciones, referibles a *un mismo*. Inscritas, postuladas, en/*por una misma unidad*, síntesis o sintaxis. Que prescribe silenciosa, invisiblemente, todas las semejanzas o diferencias *filiales*. Aunque se crea poder nombrar, o incluso representar, lo que las articula: sol, por ejemplo. O verdad. O bien. O padre. ¿O falo? Por ejemplos. Designando con ello los supuestos resortes, o causas, de la diferencia misma. ¿O diferencia-madre? Lo que garantizaría su juego, sobre todo en tanto que completamente otro. U Otro. Pero lo que de esta suerte asegura el funcionamiento de la diferencia misma siempre es ajeno de antemano a los juegos de la(s) diferencia(s), que el olvido del paso, pasillo, pasadizo habrá envuelto siempre de antemano en la vero-similitud. No permitiendo que el (supuesto) juego de diferencias contrastadas respecto a lo *mismo*, diferencias sometidas a la analogía, analogías diferentes, re-marcadas en lo irrepresentable, invisible, proceso de traslación de la ὑστέρω. En el proyecto que rodea, que acota el horizonte, de metaforización de la ὑστέρω (se) juega la danza de las diferencias, con independencia de las referencias, los afueras,

los fuera de juego, fuera de yo, de las que quepa dotar(se) para referirlas unas a otras, ponerlas en relación, metafóricas. Porque la metáfora, transporte, desplazamiento, debido a la obliteración del pasadizo, del paso, de la transición, se reinscribe en una matriz de semejanza (de) parentesco. Forzosamente. Incluso del antro, incluso(s) en el antro, incluso(s) de la transferencia del antro. Incluso(s) de las copias y de los reflejos que intervienen en el antro. Donde el hombre, ó άνθρωπος –de sexo no especificado, neutro si se quiere (ετό γένος?), pero polarizado hacia lo de en frente–, re-presentándose o re-produciéndose *como* semejante, no sale por ello de un proceso de lo mismo. Siempre prendido de antemano en la repetición. Todo se juega entre repetición y representación, o reproducción. En la medida en que la representación designada como presencia, o la presencia que aparece como representación, le hace olvidar, otro olvido y el mismo, sobre qué fondo ella(s) se levanta(n). Y la revelación de la supuesta presencia no es más que la entrada en otro *sueño*. Que es siempre el mismo. Aunque encuentre apoyo en lo visible, aunque persiga para sí con los ojos abiertos, a plena luz, pruebas de objetividad, u objetividad, a modo de confirmación. Sueño de lo mismo que llegará a imaginar, o inferir, o por qué no deducir que el paso, pasadizo, conducto, olvidado u obliterado, podría no ser más que un mismo sexo. *Invertido*, o *truncado*. Por ejemplos. Sin llegar hasta el punto de suponer que eventualmente podría tratarse de un mismo espejo pero otro. ¿Espejo cóncavo tal vez? Para reflejar un otro y mismo espejo. ¿Convexo? Lo que no dejaría de plantear algunos problemas. De «objeto» de reflexión, de ángulos de divergencia, de desviación imprevista de los focos. Con los cuales, evidentemente, se podrá jugar para producir nuevas diferencias, a la par que se persigue un viejo sueño de simetría. Complicándolo, comenzando a calcular, a prever, sus efectos. Mediante la re-intervención del, de los espejo(s) que no son, es preciso recordarlo, más que un medio de repetición entre otros. Una cierta representación de la repetición. Privilegiada, desde luego, y que la interpretación no ha cesado de reducir, con su máscara de un irrepresentable deseo de lo mismo.

Pero así nos adelantamos a la historia, y al relato de Sócrates que ya ha preparado todo para que las cosas se desarrollen como es preciso. Él nos conduce, guía seguro, por un camino ya balizado, un método ya (re)conocido. Sin sorpresas, ni fallas que temer. Él repite, reinterpretándolo como *al revés* con una cierta ironía cuya llegada ya ha establecido, cuyos obstáculos ya ha resuelto. No corremos ningún riesgo, salvo el de encontrarnos, al final, más sutilmente esclavizados que al principio. Dobles de un mimo confirmado por nosotros mismos.

En esta caverna, pues, un camino *entre* el fuego y los prisioneros. Repliegue *en el interior* de la escena del conducto, pasadizo, paso, hacia el «ver la luz». Camino conforme a la topografía del otro camino y que domina un fuego a la imagen del, de un, sol. Ahora bien, por ese sendero, en pendiente (también), un *pequeño muro*

–τειχίον– habría sido levantado, obstaculizando el camino, la vía, el paso. Murete *construido* por el hombre que no se franqueará, atravesará, traspasará. Que separa, divide, sin acceso posible del *otro lado*. Τειχίον, cuyo diminutivo «ι», generalmente traducido como pequeño, poco elevado, podría interpretarse también como delgado, ligero, sin relación posible con las gruesas murallas destinadas a rodear una ciudad, por ejemplo. Muro de la morada privada, íntima: τειχίον. Muro comparado, además, por Platón con *un telón*, con *un velo*: ὡσπερ τὰ παραφράγματα. ¿Pequeño muro «como» un telón, o telón «como» un pequeño muro? ¿Qué referente domina aquí la analogía? No se puede decidir sencillamente. Muro telón en el que se viene abajo el juego de manos del charlatán; muro telón interpuesto, bloqueando el camino, por/para artificio. Artificiosa, artificialmente elaborado por la mano del hombre. Muro telón que impide a los hombres, que han levantado ese pretil, el acceso al fondo del antro. Aquí telón de fondo de la representación.

En el antro de Platón –de Sócrates– un muro telón artificial –repliegue, repetición, representación de un *himen por lo demás hurtado furtivamente* – no se atravesaba, abre, penetra, traspasa, desgarrar jamás. Y que tampoco está siempre entreabierto de antemano. La fragilidad, tenuidad e incluso transparencia evocadas por el diminutivo –τειχίον– y tal vez por la referencia al telón permanece en la integridad de ese tabique –fachada *en el interior* que multiplica hasta al infinito las oposiciones exterior/interior, pero también las invierte– sin efectos o pro-yectos retardados.

Así, pues, por un lado, unos hombres pasan, circulan libremente, podría creerse, podrían creer, salvo que no podrán penetrar más adelante en la caverna. Por otro lado, hay prisioneros encadenados frente al fondo del antro –excavación tan *cerrada* que el muro telón permanecerá *intacto*–, dando la espalda al fuego, a la empalizada, a los hombres que se mueven detrás de ésta, y a los instrumentos de su prestigio. Dando la espalda también, por supuesto, al origen, a la ὑπέρα, de la que esta caverna no es más que una transposición, un proyecto de figuración. Sin fallas. Encarcelamiento del cual esos hombres no pueden darse cuenta plenamente, ni levantar acta, toda vez que otras, otras y las mismas –imágenes de– cadenas, les impiden volver(se) hacia la abertura de la gruta, delimitar su topografía, y su engañoso pro-yecto simétrico. Condición *a priori* de la ilusión que dirige y estructura ese mimodrama. Ficticia representación de la repetición que conduce y no puede más que conducir a la contemplación de la Idea. Eternamente fija.

Así, pues, unas cadenas, que impiden que los prisioneros (se) vuelvan hacia la entrada de la caverna; pero también hacia el origen. Y hacia el sol, el fuego, el camino que asciende, el muro telón, los hombres que se mueven, los «objetos» de sus idas y venidas. Tras ellos, no visibles, vedados a la mirada, pero asimismo (digamos) al tropismo, todo ello. Lo que permite un cierto número de *permutaciones*, pero también de *confusiones sobre la función*, el funcionamiento, *de lo* (que está) *detrás*. Invisible.

Detrás de ellos, hombres. Y por partida doble: detrás de ellos y detrás del tabique. Pero ese *doble* no puede en modo alguno desplegarse dos veces por una, porque la división operada por el tabique *en* la caverna no se transgrede(dirá) jamás.

Entre los prisioneros y los hombres que se encuentran *detrás* va a representarse una cierta exhibición, con la condición de que se suponga que el «pequeño muro» o el «telón», insalvables por otra parte, puedan remontarse, dominarse. ¿Sublimarse? La exhibición tendrá lugar por encima del muro, si los «objetos» son *elevados a bastante altura*. Pero este muro no estaría bien alzado. Al menos se acostumbra a traducir así, en términos de verticalidad, el diminutivo «u» de *τειχίον*, y tal vez el *ὡςπερ τὰ παραφράγματα* [telón con un velo]. Así, pues, se pasará por encima del muro. Pero no en realidad. No se franqueará, no se saltará. Los hombres, los «cuerpos» de los hombres, permanecerán detrás de la pantalla. Pero podrán, levantándolos *a bastante altura*, hacer que sobresalga de aquella algún símbolo, reproducción, fetiche de sus «cuerpos», o del cuerpo de otros animales, otros seres vivos. Algún emblema de su cuerpo, o del cuerpo de los otros animales, levantado como si de una estatua se tratara. Se trata de la efigie, erigida, de sus cuerpos, y cuya sombra producida por el fuego que arde detrás y en lo alto, llegará a perfilarse sobre la cara posterior del antro, pantalla esta vez de protección. Entre las *dos pantallas*, donde este dos no es dos veces uno —la pantalla que reproduce, multiplica no puede sumarse a la que resta y divide—, los encadenados están en/son del espectáculo.

Sin su mirada, poco esclarecida a decir verdad, fascinada, y mantenida en la fascinación de/por lo que está de frente, las sombras proyectadas, reflejos, fantasmas, perderían la seducción de sus apariencias, la realidad de su poder fantasmático. Sombras procedentes de la intercepción de la luz del fuego por el emblema convertido en efigie, inmortalizado en su fúnebre duplicación, de hombres cuyo ascendente habría logrado levantar *por encima de una pantalla-horizonte* el/los prestigioso(s) simulacro(s), *el duradero estampado morfológico*. Imperceptibles magos, sutiles nigromantes que, por sacrificar(se) a la grandeza de su(s) espectro(s), violan, roban, velan la perspicacia de su público, le deslumbran con sus demostraciones. Furtivos vendedores de arena que operan en la indecisión de la media-noche. Más-caras solares. Pero parapetados, por su parte, de la escena mediante un telón, aquí, opaco. Escondidos de los ojos que ellos cautivan, pero sustraídos a su vez a la contemplación de sus exhibiciones, a los efectos de sus sortilegios. Donde su clarividencia se ejerce, de soslayo, para modelar hasta la ficción de lo verosímil la forma de su(s) réplica(s). Atributo(s) artificiosos que eclipsan la luz del fuego —¿imagen del sol?— que dibuja su(s) sombra(s) sobre el fondo del antro. Dobles, repetidos en sus efectos, esquivando al/a los taumaturgo(s).

La ficción es aquí al menos *triple*. Fijemos, finjamos por un tiempo ese número. Donde el tres no puede, evidentemente, interpretarse como tres veces uno. El

magos, cuya situación detrás y/o anterior, merece que se analice su *re-cular* [*re-cul*], reemplaza los instrumentos de su poder, embaucando con la supuesta adecuación de su ejecución. Una mirada se pierde ahí de antemano. Interceptando la luz, condición del buen ver, las figuras fingidas se duplican con sus sombras. La ficción prolifera. Proyecciones, reflejos, fantasmas,... ¿Pero de quién? ¿De qué? ¿También de los prisioneros, entre el fuego y la superficie que reproduce las imágenes? La farsa funciona demasiado bien. Se multiplica por sí misma. Nadie sabe ya quién es el fingidor, el fingido. Cómo se distribuyen los papeles. ¿A quién?, ¿a qué?, atribuir la proyección. Comparsas, cómplices, de una simulación que se perpetúa por sí misma, y cuya causa, de antemano siempre detrás, anterior, retrocede hasta el infinito, donde el porvenir se oscurece con proyectos cada vez más sombríos.

Mientras que en la, pre-tendida, escena de la representación de los hombres, *al menos dos* –pero un dos que sólo aparentemente forma una suma– de los que uno y/u otro es a medias– ¿pero qué mitad? ¿mitad de qué?– la hipoteca de la partida es ahora en indivisión– erigido en efigie, medio deslumbrado, medio v(io/e)lado, a medias en el ajo, dos hombres, dos veces dos mitades (¿desencajadas?)* de hombre(s) a la enésima potencia, *sostienen el proceso de la μίμησις* [mímesis] a uno y otro lado de un muro telón en el que hunden sus estrategias. Fachada que redobla, desdobra, invierte hasta el infinito las oposiciones exterior/interior con el cercado, simétrico, de ese teatro.

Operación(es) de división(es) con la que siempre se puede jugar/burlarse, que siempre podrá volver a jugar(se)/interpretar(se), para dar un envite a esa partida siempre minada de antemano. Apuntando la finta, en abismo. Apostando, a nada, hasta el vértigo. Arruinando con hipotecas, cada vez menos solventes, aquel antro, retorcido, de Platón –de Sócrates. Al que no arrebatarán, así como así, su cueva, ni siquiera contando con números imaginarios. Porque en esa caverna los artificios son numerosos, y nunca reducibles, ni sumables, no simplemente multiplicables, los unos a los otros, por más que sus intervenciones, múltiples, aumenten y acrediten los efectos en potencia. Operaciones plurales de duplicidad en las que se sustrae, cada vez, el paso de lo que imita a lo imitado, del presente al pasado. Deslumbrantes efectos ópticos.

Y pasatiempo. De esta suerte, la repetición del origen, o el origen de la repetición, se ve sólo ficticiamente detenido en su reproducción simétrica, la *ύστέρω* de Platón. La representación no interrumpe la repetición sin extrapolación. La prescripción de lo mismo se replega, pero se reserva, se perpetúa en una precedencia que controlará todas las réplicas pero no se agotará jamás. Siempre *de sobra*. Como suplemento –*auxiliar de ser*– de todo retorno venidero. Entre tanto.

* Juego de palabras en el original, entre «*demis*» [mitades, mediadas] y «*démis*» [desencajada(s)].
[N. del T.]

Pero el tiempo allí continúa, por igual, en suspenso. La ficticia adecuación de la copia al hombre inmortaliza sus atributos. Eclipsando el sol que ritma, a su vez, el calendario: día/noche, estaciones, años. Mismos y otros, retornos otros de los mismos. Así, pues, fetiches y espectros se disputarán el tiempo muerto. Y la penumbra. *Pobre presente de una cópula convertida en efigie, en la que se inmoviliza una sepulcral aserción.* Cuyo(s) predicado(s) sólo con profunda inquietud serían atribuibles a su(s) destinatario(s). Doblemente muerto(s). Lo que, por lo demás, no constituye ningún título de propiedad. Donde ese redoblamiento no es evidentemente dos veces un(a) muerto/a, sino tal vez un intento de separar(se) de lo que se designa como muerto. La fisión de uno entre dos muertos, el espaciamiento de un entre-dos muerto. La fractura en un antro (de) muerto/e. Donde la operación se lleva a cabo, forzosamente, en indivisión.

Eso no es todo. El repliegue, en la caverna, del camino que (re)conduciría o permitiría salir de la misma, acceso y exceso de antro, condena el vaivén de su frecuentación, el golpeteo de su apertura/cierre. Otras, y las mismas, pulsaciones, intervalos, ritmos, proscritos. Donde el artefacto del camino, y del tabique, *en* la gruta no pueden, naturalmente, alternar su función. El entornado, artificial, de una división/multiplicación perpetúa, y además (a)credita, hasta el infinito, la operación de trastrocamiento del antro, sostiene el señuelo de su pro-yecto asimétrico, y la clausura de su representación. Actuando siempre *en* la caverna. Re-marcando la operación de fraccionamiento, especulando sobre sus potencias, intentando descontar la esquicia, la barra, desbaratarla en su provecho. A veces mediante escaló. Pero siempre *dentro*. Donde todas las intervenciones *difieren la penetración*. Entablándola, sin vencimiento. Porque el muro telón permanecerá impenetrable. Y el παραφράγμα [parafragma] nunca podrá asegurar la suplencia de determinado διάφραγμα [diafragma].

Se pierde desde luego el tiempo en este espectáculo, que se hace pasar por una propedéutica de la reminiscencia. No sin contratiempos, a decir verdad. Porque los agujeros, fallas, desgarrones –del διάφραγμα, por ejemplo– o las carencias, los defectos –de la ὑστέρεϊν– deben, asimismo, re-marcarse, reinscribirse. Sobre todo en la memoria. Lo que no significa que habrán de ser representados, o representables, sino que prescribirán, aun en su obliteración, en su reserva misma, la economía de esa representación. Incluso en el término que designará su objetivo, su último beneficio: ἀ-λήθεια [desocultación], sin olvido, sin el velo del olvido. Ἀλήθεια [verdad], la interrogación de cuya (*de*)negación constitutiva será preciso no desatender. De esta suerte, el desterrado –se dice también, en otras configuraciones, el esclavo, el reprimido– rige, sin remedio ni recuerdo, el texto mismo que mantiene su prohibición. Basta con inquirir acerca de su sobredeterminación. Desenmascarar las figuras, formas, signos que aseguran su coherencia presente.

Todo lo cual no resulta nunca una empresa sencilla, pero que lo será, aquí, menos que en otros lugares, a causa de la relación plural de esa escena con el origen.

Teatro, texto, que todavía no ha reflejado su perspectiva. Donde las propiedades del ojo, de los espejos, –podría decirse también del espaciamento, del espacio-tiempo, del tiempo– se ven dislocadas, desarticuladas, desmembradas, para verse finalmente devueltas a la contemplación, sin punto de vista, de la verdad de la Idea. Eternamente presente. Postulada por la separación, por el descuartizamiento, entre la anterioridad «amorfa» pero insistente de la ὑστέρα, origen irrepresentable de todas las formas y de toda morfología, y la fascinación deslumbrante del Sol –imagen del Bien– cuyo estar de frente sería la condición del ver (el) bien. Εἶδος [imagen, idea] siempre idéntico a sí mismo, el mismo que sí, que asegura la identidad de la repetición, la persistencia del poder-ser-repetido y, al mismo tiempo, mediante un artificio dialéctico sobre el que será preciso detenerse, *matriz* –delante, trastocada, invertida–, origen a su vez, y causa, invisible, de toda visibilidad adecuada. No perceptible por el ojo del «cuerpo», mortal, sino de frente y arriba, en la vertical –¿falismo al cuadrado?–, luz de la evidencia por la cual toda mirada deberá ser polarizada para permanecer en una buena perspicacia, una justa apreciación de los «entes», una dirección recta y verdadera: la ὀρθότης [ortotés]. Armoniosa conjunción y por lo demás confusión de la ὑστέρα y del sol en un *éxtasis de la cópula*. Idealidad invisible, e indivisible –cuyas partes nunca podrán ser (re)distinguidas de visu–, causa y polo, incluso de inversión, de la rectitud de la mirada. Ser, uno, simple, indescomponible, inalterable, permanente. ¿Réplica, extrapolada –¿sublimada?– de una insoluble escena primitiva?

Pero allí, en la ἀπαιδευσία [falta de firmeza, desenfreno] de la caverna, dislocación agotadora del Ser en sus retoños, copias y simulacros. Que dispersan y multiplican la potencia de la mirada. De los espejos. De las miradas «como» espejos. No siempre rotos y articulando de antemano la rotura/juntura [brisure], sino artificialmente separados y divididos en propiedades ficticiamente analizables, y sumables, multiplicables, hasta la mayor potencia. ¡La unidad!

Así, pues, órbita ósea, cavernosa, que encierra el ojo. Órbita, aquí, invertida, en la que se oculta, hechiza, la mirada. Esfera de proyección de la ὑστέρα πρότερα: ὑστέρα invertida y retrovertida de Platón. Recinto, velo-envoltura vuelto del ciego encarcelamiento originario, que se torna en circo y tela de fondo de la representación. Retina inerte, retículo no inervado, superficie simple curvada que refleja luz y sombras. Retrovisor opaco. *Apagado*. Horizonte que detiene la luz y, además, la vista. Acotando el espectáculo pero asegurando la reproducción, por *reflexión*, de lo que tendría (o habría tenido) lugar detrás. Interceptando en la figura pintada, el simulacro, la seducción por el fantasma, los efectos de retroacción cuyos retornos serán sustraídos a los encadenados, mantenidos en la fascinación de lo que tienen de frente, pero también a los taumaturgos, siempre ocultos por la pantalla de sus stratagemas. Que ni siquiera es un espejo sin azogue. Que representa más bien el

dorso del/de los espejo(s). Tabique *hermético* a todos los fluidos. Παράφραγμα [barrera] que permite todos los golpes [cups], sin re-marca del efecto posterior [après coup]. Ficción, fisión ficticia de la anterioridad y la posterioridad. Tentativa de dominio del golpe en su división, duplicación. Corte, desmembramiento. Operación proliferante de términos, y a la zaga. Indefinidamente. La pantalla de protección (no) favorece (más que) el engendramiento de la réplica, de la réplica de la réplica. Indefinidamente. La pantalla que sustrae, divide, defiende, remitiendo, por proyección –a la zaga, de sobra*– a la pantalla que reproduce, multiplica, fantasmáticos retoños. Buenos para abrir sus ojos desorbitados en ciegas miradas. Donde la lucidez se ejerce a hurtadillas, de soslayo. Dos veces dos medias miradas. Mirada desorbitada/mirada desviada.

El παράφραγμα [parafragma] es además un párpado. De piedras. Un velo siempre corrido, que nunca se entornará. Membrana inorgánica, mineral. Tejido muerto, como todos los que circunscriben, o dividen, esa escena; que *organizan* artificialmente esa representación. Membranas rígidas, paralizadas, *congeladas* por el «como» el «como si», siempre acontecido de antemano, de la evocación, de la figuración. Que consiste en/por la inter-posición envuelta, naturalmente, en un cierto *espéculo*. Donde todo *ente* queda aquí, ya, interiormente restañado. Cerrado de nuevo, replegado, sobre alguna intuición especular. *Especularidad de la intuición que todavía no ha reflejado/reflexionado sobre su perspectiva, que todavía no ha interpretado como intuición de especularidad*. Donde ningún espejo se deja ver, leer, en esa espeleología. Condición de verdad del espectáculo.

Pero esa caverna es ya, y por ello, un espéculo. Antro de reflexión. Pulido, pulidor de los simulacros de retoños. Que abre, amplía, prepara la escena de la representación, el mundo en representación. Organizados en cavidades, esferas, órbitas, cámaras, recintos, mediante la intromisión misma del espéculo. Operación, naturalmente, abortiva. Donde sólo la reflexión queda intacta, y prolifera en abortos. Productos de derrame de la anterioridad o la posterioridad. La caverna intercepta los juegos de cópula en un mimo de reproducción, donde la imagen del Sol engendra en alguna figuración del antro apariencias de retoños. Mimo que los desbarata inapelable/irrevocablemente, que finge diferirlos por/para alguna anamnesis. Sin retorno. Pues la reminiscencia se ha extasiado de antemano en la contemplación de la Idea. Eternamente presente. Punto de mira, si no de fuga, y muerte, que domina esa propedeútica. Precedencia sin contigüidad genealógica. Margen no inscribible que, sideralmente, domina a la par que aterroriza, encuadra y congela todas las formas de réplica, toda relación posible entre las formas de réplica. Cercando y acotando el espectáculo, el diálogo, el lenguaje del fuera-de-tiempo, o lugar, de su lu-

* Vertimos así, respectivamente, las expresiones «en reste» y «de reste». [N. del T.]

minosa extrapolación, pero que la abre, subrepticamente, en un abismo deslumbrante de candor a cada paso, o letra, o mirada. *Matriz (supuesta) aún virgen de la presencia*. Encanto de lo aún no mirado al trasluz, de lo que aún no ha sido medido con un metro. O al menos de lo que aparece(ría) en cuanto tal. Espejismo de la pantalla de proyección, que disimula la intervención de los espejos que siempre por principio lo han producido y encuadrado «como tal».

De ahí el hecho de que permanezcan todos, inmóviles en ese recinto, paralizados en la actitud de entes-prisioneros que figuran, *congelados* por los efectos de simetría que dominan, sin que ellos lo sepan, ese teatro de la rememoración, alimentando la ilusión, aprisionante, de la adecuación de la evocación y de la repetición (del origen). Y tensos por la fascinación de lo que tienen de frente. Por el simulacro de lo que habría (tenido) lugar detrás, y cuya proyección, dándose como inmediata presencia, presentación, hurta la economía de la anterioridad y la posterioridad. Desbarata la interferencia de las relaciones entre repetición y representación, o reproducción, pervierte sus prescripciones, y sus saldos. Donde el fin, la irrepresentable Idea, garantiza el engendramiento y la conformidad de las réplicas, de las copias, y la ficción del ente-presente que oculta la genealogía de su reproducción-producción, permite repeticiones de sobra, a la zaga. Tiempo, espacio-tiempo, desviados por un proceso simétrico, que ordena la representación, y además, o correlativamente, seducidos, cautivados, captados, en los lustres de la Idea, del Sol. *Brillantez del azogue en suspensión*. Fianza irrecuperable del juego —del día— que impide que la figuración, y su ficción analógica, vayan a la deriva. *Ancla solar del origen*. Que concluye y detiene el ciclo de la escenografía fálica, de su metafóricidad fotológica, en un deslumbramiento *irreflexivo*. Cuyo señuelo cegador será respaldado por todo en ese circo. Interposiciones de objetos-fetiches, de muro telón, de pantallas, de velos, de párpados, de imágenes, de sombras, de fantasmas, que interceptan, tamizan, filtran, la omnipotente incandescencia, cautivan y protegen la mirada, pero le manifiestan y recuerdan, incluso en las/sus máscaras, su causa y su objetivo. Rodeándola, mediante remisiones al infinito, con una luminosa ceguera. Con una órbita cegadora.

* * *

«Como es natural, de todos estos portadores unos hablan, otros se callan.» ¿Naturalmente? ¿Probablemente? ¿Cómo cabía esperar? Como cabía esperar, sí, habida cuenta de las operaciones de reduplicación, las reglas de duplicidad, que organizan aquella caverna. Porque si todos hablaran, hablaran al mismo tiempo, el ruido de fondo haría difícil, si no imposible, el proceso de redoblamiento que constituye el eco. El reflejo sonoro se vería *alterado* por la emisión simultánea de sonidos arti-

culados por distintos locutores. Sonidos a partir de ese momento mal definidos, de contornos poco claros, sin bordes bien marcados, sin formas determinadas, sin figuras que puedan ser reflejadas, reproducidas. Si todos hablaran, y hablaran a la vez, el silencio de los demás ya no serviría de *fondo* para el recorte y la definición de las palabras de los unos, del uno. Silencio, o incluso blanco, que funciona aquí, y doblemente –donde el doblemente no es, por supuesto, analizable como dos veces una vez: el silencio de los magos no puede sencillamente sumarse al del fondo del antro– como posibilidad de réplica. De lo *mismo*.

Y ese *eco* –cuya mitología habrá designado la relación con el amor femenino, muerto en su virginidad, de Narciso– encontraría más obstáculos si cabe en el hecho de que aquellos hechiceros hablen entre sí. Donde, la interferencia de los enunciados, lo que, pasa, ocurre, en la conversación, ya no es reducible a ese blanco, ese silencio, ese intervalo, *neutros*, que permiten la discriminación, la demarcación, el encuadre, de las palabras, y su repetición. Que sostienen la ficción de términos propios de cada uno, y de cada cosa, susceptibles de ser reproducidos como tales. De esta suerte, la complejidad de los efectos de retroacción, pero también inevitablemente en el drama de las inter-venciones los factores de plurideterminación, de sobredeterminación, harían estallar el presente de la producción-reproducción. No sólo en el hiato, el supuesto corte y articulación, entre un presente y un pasado –un imitador y un imitado, un significante y un significado–, donde el presente recobra, repite, *especulariza*, el pasado, el pasado definido (como) presente que ha tenido lugar, pero también extiende, despliega, abre en abismo ese presente o ese pasado en el suspenso de correlaciones insolubles, indecibles, entre un imperfecto y un futuro anterior, así como entre un futuro anterior y un imperfecto. Si esos «portadores» conversaran, al menos en ese punto del relato de Sócrates, interpretarían y desmascararían el funcionamiento mimético que organiza esa caverna.

Así, pues, algunos hablan, otros se callan. Alguno habla, otros, u otro, se calla(n). Reservando la posibilidad de la réplica. A no ser que (se) la conceda(n), haciendo las veces de una pantalla de reflexión.

Así sucede en los *Diálogos* de Platón, incluso en aquellos que imitan una conversación sobre la mimesis. Naturalmente. Como cabía esperar. Οἶον εἰκόσ [oion eikos] que traduce, traiciona, y oculta desde el principio la cuestión de una mimética sonora y relativa al lenguaje en la economía de los intercambios, principalmente verbales. Y será preciso esperar mucho tiempo para que la hipoteca de lo «natural» vero-símil comience a ser interrogado, y vuelva a plantearse el problema de las relaciones entre mimetismo, representación, comunicación. Pero la histórica –de ὑστέρω, como cabía esperar– recordará, ¡so capa de fingimiento!, el dilema olvidado.

«Tú nos presentas», dice, «un extraño cuadro de extraños prisioneros». Queda así, pues, reencuadrado en cuanto tal el «cuadro» anteriormente *descrito*. Ese resu-

men, una especie de réplica, que respalda el crédito de una «buena» mimesis relativa al lenguaje. Y que inscribe, subrepticia, furtiva, silenciosamente, dando el rodeo de una supuesta fidelidad de la reproducción, beneficiándose del crédito de adecuación concedido a esa reanudación, el lugar, la ilusión de un lugar, el señuelo de un lugar (del) significado transcendental. Que dominaría, excedería, garantizaría –funcionamiento invisible y tal vez indecible de la mirada– el discurso. Donde la claridad, la luminosidad, el candor, la «verdad» de la Idea se reserva, entra en reserva, se mantiene en reserva, como fuente –extrapolada– del ver. De lo negro/oscura. De la economía de las relaciones entre blanco y negro, así como entre blanco y blanco, negro y negro. Entre blancos, negros, y ver. Condición de posibilidad de lo que se define «como» sentido, y de los signos que le marcarían de manera privilegiada, lo (re)producirían. Extrapolación de la luz *blanca*, invisible en cuanto tal, fianza del buen ver, de la pertinencia de lo negro/oscura, cuyo juego es detenido, desde ese momento, en alguna parte, y cuya garantía queda suspendida, puesto que, por otro lado, siempre ha sido depositada de antemano como apuesta en la escritura del texto que no se verá ni imitará, *de verdad*.

«Ellos son semejantes a nosotros», respondió. Como cabía esperar. Naturalmente. No hay razón para que el proceso se detenga ahí, o sea desmentido. Y que los que cuentan, representan la escena, no sean asimilables a lo que figuran sus palabras, o que no sirvan de referencia que avale la conformidad de sus afirmaciones. A menos que estén determinados como equivalentes por la identidad, el principio de identidad, que sale fiador de sus discursos. O incluso que no aparezcan como «mismos» –ellos semejantes a nosotros que somos semejantes– por una alternancia regulada de réplicas en la que las interferencias y ruidos de fondo de la conversación son reducidos desde el principio. Donde el «nosotros» y el «respondí» no tienen más objetivo, estratégico, que ocultar, al mismo tiempo que los respalda, la prioridad o el a priori de lo mismo.

«Son semejantes a nosotros», respondí. Porque, al igual que nosotros, que creemos remitir a la realidad misma echando mano o dando el rodeo del mimo, que imaginamos evocarla o recordarla incluso mediante el lenguaje figurado, no se han dado cuenta o no han levantado acta de la ficción que constituye la proyección asombrosa de la *ὑστέρᾳ πρότερά* [*hysterá protera*]. Proyecto que prescribe y sobredetermina, silenciosamente, toda la metaforicidad. La rodea. Como hace el antro de Platón con los «prisioneros». Encadenados como nosotros –diría yo– dando la espalda al origen, mirando hacia adelante. En particular por los efectos de determinado lenguaje, de determinadas normas del lenguaje, a las que a veces, o por ejemplo, se denomina *concatenación*.

«Esos hombres no han visto nunca» –¿al igual que nosotros?– «ya sea por sí mismos, ya sea gracias a los ojos de sus compañeros, otra cosa que las sombras proyec-

tadas por el fuego sobre la pared de la caverna que está frente a ellos». Esos «prisioneros» nunca han *enfocado* otra cosa que los reflejos, sombras, fantasmas, de objetos (siempre) fabricados (de antemano), representados-presentados (siempre de antemano) detrás de ellos. Y ello gracias a la luz de un fuego que arde detrás de ellos, pero también (siempre) detrás de los «objetos» (de antemano), las «figuras», fabricados, y producidos por magos. Fuego artificial, artificioso, se dice, a la imagen del sol. También por detrás. Donde esa programación mantiene, conforme a un trastocamiento de la ὑστέρρα, la confusión entre un determinado origen no representable, la condición del ver la luz, del buen ver, de la representación. La confusión entre el fuego y la luz, el fuego del origen y la luz del día. Un fuego que sólo interviene como luz, encendido a la imagen del sol. Fuego y luz abusivamente reducidos a la unidad. *Un* fuego, *un* sol, pero que además proceden, en cierto modo, uno del otro. Donde el sol engendra el fuego, como un hijo bastardo, conforme a una retroversión artificiosa de un proceso genealógico. Donde el ver (la luz) sería la única causa del origen. Donde el sol, por un olvido del golpe de fuerza que ha hecho de antemano que la escena gire en torno a ejes de simetría y el desconocimiento de esa fisión, esquicia –o pseudo esquicia–, duplicidad, que ya ha previsto la partida, en la que el Sol sería Padre, Dios, procreador, de todo. De todo cuanto ocurre en todo caso en *esta escena*. Donde la otra y el paso de una a otra son olvidadas. En ese teatro de la representación en el que la luz, condición del ver, domina. Escena que no reproduce sin efectos de *crédito* la otra escena, y el pasadizo, corredor, paso, que llevaría, que volvería a llevar a la misma. Que articularía ambas escenas, pero no desde luego mediante un mero volteo en torno a ejes de simetría.

Así, pues, en el antro de Platón, unos hombres –de sexo indeterminado– contemplan las sombras proyectadas frente a ellos sobre el fondo de la caverna. El fuego, detrás, sólo engendra miradas fascinadas y/por sombras. Y, ya sea por sus propios ojos o por los de sus compañeros, no perciben, no distinguen más que la proyección de la luz del fuego interceptada por «objetos», «figuras», siempre fabricadas de antemano. Detrás.

¿Qué otra cosa podrían percibir mientras sigan mantenidos en esa posición, la misma para todos? Sentados, con la mirada dirigida hacia lo que tienen de frente, dando la espalda a un supuesto mismo origen, mismo y uno, y al camino replegado en la caverna, a su tabique, a los magos, a los instrumentos de sus prestigios y seducciones. Siempre los mismos, por supuesto. Así pueden *ver* por los ojos de los otros las mismas sombras, imágenes, fantasmas. Idénticos, identificados a los otros y mismos prisioneros de aquel antro, *retorcido*, de Platón. Comunidad cautiva de un proyecto simétrico y embaucador que ella sólo atisbaría si pudiera girar(se) la cabeza. Pero también, o sobre todo, encadenada por la irreductibilidad de la repetición y de la representación, por la sobredeterminación de una por otra, que puede

fascinar la mirada pero se le escapa. Sobredeterminación que ningún sol reducirá jamás a la verdad de un percibido con exactitud, a una «naturaleza» bien vista.

Así, pues, el hecho de que mantengan la cabeza inmóvil por obligación en tales circunstancias parece tener como uno de sus efectos más cautivadores el de mantener la cabeza, el rostro, la figura y la mirada como condiciones que regulan, bien o mal, la escena de la representación, en función de si están, o no, orientados en el buen sentido alrededor de un eje o pivote. Y la confusión del derecho y del revés, del de frente y del detrás, de la parte delantera y de la parte posterior, engendraría simulacros y fantasmas, que el *buen sentido* podría disipar. No obstante es preciso tener la cabeza bien torneada, tenerla bien acostumbrada (a ser torneada), bien adiestrada, movida en una buena dirección. Esto es, *al revés*, vuelta adecuadamente del revés respecto a ese de frente ilusorio al que los prisioneros dirigen la mirada. Se trataría de haber hecho un examen completo de la situación para regresar a lo verdadero, acordarse de la verdad, de la que se habría sido artificialmente apartados. De haber dado una vuelta pero en realidad en dos medias vueltas, o dos semicírculos. Donde la ilusión consiste en que pueda cerrarse el círculo. Volver al mismo punto, a la misma verdad. A la verdad (de lo) mismo. Que siempre habría prescrito de antemano, artificiosamente, el rodeo necesario para su re-conocimiento. Mientras que desviar(se) del origen y volver(se) hacia el sol no se reducen, sin malabarismos, a una propedeútica que acota la verdad. Y la finta de la diferencia entre las dos piroetas desbarata el proceso, el proyecto, despidiendo fuera de la escena una verdad que les controla. Viciosamente. Donde el eje permite esa piroeta, en cuya vertical dominaría el sol, que oculta en un vértigo la quiebra de esa media vuelta y la reducción de su elipse.

Así, pues, *un solo tronco*, erigido, en torno al cual giraría la escena y cuya relación con el sol, el tropismo solar, regularía el buen sentido. *Un árbol, solo*, levantado hacia *un sol*, pero siempre trucado, truncado de antemano por la duplicidad del proyecto que exige su función, su funcionamiento en cuanto tal. Como garante del carácter visible, acotable, re-conocible de la verdad. *Un solo árbol*, pero siempre amenazado de fractura por la hipoteca de algún sueño de simetría que, facticiamente, ha encolado y cubierto sus articulaciones, ocultando la heterogeneidad de su montaje. Porque el rodeo del fondo del antro, la salida de la caverna, y el (supuesto) retorno al sol, que exige el paso por otras líneas, vías, bisagras, que no se dejarán, sin pasivo, devolver a la unidad. Aunque fuera la de una recta dirección, o la del buen sentido. La continuación de la historia habrá de mostrarlo.

«Por eso, si los prisioneros pudieran conversar entre sí –διαλέγεσθαι [*diale-gesthāi*]– acerca de lo que ven, no piensas que, aquello que ven, lo llamarían –νομίξειν– aquello que es –τὰ ὄντα»– «Ἄνάγκη» [*anagké*]. Necesariamente. La afirmación perentoria de esa necesidad certifica otro, otro y mismo, círculo vicioso

que apuntala y confirma que todo marcha redondo, toda vez que permite eludir sus (contra)señas y aporías. Y, al igual que resultaba verosímil, natural, que algunos de los magos hablaran, alguno hablara, otros se callaran, de tal suerte se hace preciso re-marcar, redoblar, replicar, la necesidad de la relación entre la posibilidad de conversar y el hecho de llamar entes a aquello que se ve. Una vez que ha sido proporcionada con anterioridad la demostración de que lo visto es lo mismo para todos los encadenados, y también para nosotros semejantes a ellos idénticos entre sí.

Toda una concepción del lenguaje establece allí —o allí viene a tropezar con— la ilusión de una metafórica propia, de una metametafórica, postulada por la precedencia de la verdad que *decide*, por adelantado, del desarrollo de la conversación, de las inter-veniones. Entre(s) prescrito(s) por una genealogía especular, por un proceso de apariencias, de imágenes, de reflejos, de reduplicaciones, juzgadas más o menos conformes, adecuadas, apropiadas, a lo verdadero que se trataría de re-descubrir. Entres calculables y combinables como proporciones de una relación más o menos justa con lo mismo (de la Idea), siempre atribuidos al ideal de verdad que decide de su enumeración, de su medida, de su razón, de su pertinencia analógica y dialéctica. Y por ende del orden, de la jerarquía, de la subordinación de las intervenciones cuyas diferencias son reguladas y declinables como réplicas más o menos «buenas». De lo mismo, de lo idéntico, de lo uno, de lo permanente, de lo inalterable, de lo indescomponible. Del Ser. Cuyos nombres, representaciones, figuras, así como sus diferencias, intervalos, sintaxis y dialógica re-marcan, jalonan, escalonan, las divisiones de la *desviación*, que ha de ser siempre *reducida*, entre las apariencias verosímiles y la verdad que allí se oculta.

Toda vez que la eventualidad de una conversación ha sido enmarcada en un practicable sin riesgos, la ἀλήθεια [verdad], que ha sostenido furtivamente su ficción, ya no tardará en aparecer, al menos en el diálogo, para ser nombrada como peón de un juego y de un tablero, en el que ella constituye la puesta en juego a la par que regula su campo, sus principios, su protocolo. La ἀλήθεια va a intervenir a la manera de la *denominación* mientras que, silenciosamente, determina todo el funcionamiento del lenguaje, su terminología, su sintaxis, su dramatización. Donde ese poder, exorbitante, se oculta en el hecho de que ella va a verse allí *también* figurada, llamada, recordada. No sin el auxilio de una (de)negación: ἀ-λήθεια [de-socultación].

Que cuanto determina toda afirmación y lógica del discurso pueda llegar a decirse gracias a una (de)negación volverá a dar definitivamente un envite a la partida entablada. Hasta el punto que la eficacia de esa operación no será objeto de cuestionamiento. Hasta el punto de que no se interpretará el equívoco de esa *formalidad* que permitiría levantar los velos, sobre todo los del olvido, el error, la mentira. Del fantasma. Hasta el punto de que no se dará cuenta del hecho de que repitien-

do mediante representaciones en el enunciado, (aunque fuera) mediante el recurso a la negación, lo que tácitamente le domina no levanta la hipoteca de esa dominación, sino que aumenta su potencia, refuerza su crédito. Acarrea los desarrollos interminables de un discurso predicho, envuelto, enroscado por su proyecto y cuyas modalidades de exposiciones, de demostraciones, de transformaciones, no serán más que proposiciones diferentemente reproducidas de sus títulos de crédito. Pero su función de *simulacros* nunca será, de suyo, revelada como *causa*, incluso, o sobre todo si se designa con el término de *desocultación*.

La economía de esa apariencia engañosa exige ahora que la ἀλήθεια [verdad] sea nombrada. Bastará con esperar el próximo turno de la deducción, o el próximo párrafo. Pero éste bien vale su peso en *oro*, porque sub-tiende toda la dialéctica socrática: no hay más denominación como «entes» que para los mismos que todos los mismos ven de la misma manera, y que designarán con los mismos nombres en la hipótesis de una conversación. Con independencia del sentido con el que sean reconocidas esas premisas, se regresará siempre a lo *mismo*.

«¿Qué ocurriría entonces si esa prisión tuviera además un eco proveniente de todo lo que se encuentra en el lado opuesto a los prisioneros?». De esa pared que está frente a ellos, limitando la visión, acotando la mirada, el espectáculo, la escena. ¿Si ese fondo de la caverna, proyecto asombroso del origen irrepresentable, telón de fondo de todas las representaciones, tuviera, además, un eco? Los fantasmas que sostendría, a los que ofrecería su pantalla de reflexión, la blancura pulida de su superficie, emitirían los sonidos, las palabras pronunciadas por los magos. Por los portadores de efigies interpuestas/os entre la abertura del antro, su fuego, su camino, y el tabique, los prisioneros, el fondo de la caverna. Donde las sombras-reflejos de sus prestigios (se) dibujan, perfilando(se) la *virginidad silenciosa* del fondo del antro, se pondrían a hablar, eclipsando los repetidores y artificios de sus reproducciones-producciones. Las sombras de estatuas, los objetos-fetiches, serían llamados verdad –το αληθές– por los encadenados, excluyendo por otra parte todas las demás cosas. Proyecciones de símbolos de cuerpos de hombres, erigidos lo bastante alto para que despunten, dominen y sublimen el pequeño muro –por hombres en la caverna artificiosamente elevada–, serían la única representación posible de la verdad para los prisioneros habida cuenta de que aquellas profieren, además, el eco de las palabras de los llamados hombres gracias a la propiedad reflectante, a la (supuesta) *virginidad y mudéz del fondo de la matrix*; por un hombre, un *partero*, subrepticamente invertida, trastocada, retrovertida para ser constituida como escena, cámara, recinto de la representación.

De ésta en todo caso, interpretada, figurada, articulada, imitada por hombres. Al menos *tres*, si contamos esta vez al director de escena. Donde un tres sólo en apariencia es el resultado de una suma. Y entre los cuales el más cercano al fondo de

la caverna, el más encadenado, atado, retenido, ¿fascinado?, por las profundidades de la cripta dará por verdaderos los chistes de los otros, llegando a perder todos los sentidos cuyo dominio los «otros» fingen tener todavía. Pero una vez que el drama ha llegado a este punto, resulta difícil, como suele ocurrir por lo demás, decidir quién es el vago fingidor y quién es el fingido.

Pero antes de que todo empiece a enloquecer en esta caverna de tal suerte que una posible reanudación de la dialéctica exija considerar la salida de la misma, al menos para un prisionero ejemplar, aún queda lo siguiente. Las proyecciones de emblemas estatuficados de cuerpos de hombres sólo serán designados con el término *verdad* con la condición de que puedan prestárseles voces, *ecos* sonoros de las palabras pronunciadas por los magos-imagineros. Así, pues, no habrá, para que todo quede claro, más que efigies de cuerpos de hombres, palabras de hombres, miradas de hombres –de sexo sin duda poco determinado, ¿salvo en la formalización de su género?– para decidir de lo que sería verdadero o falso o, mejor dicho, para que sea ineluctable la cuestión de la παρουσία [presencia] de la verdad. Lo que exige, por supuesto, la intervención de un *parafragma* y del fondo del antro como pantallas virginales y mudas que sirven para la buena marcha de la estratagema. Resulta indispensable que magos y prisioneros estén separados, sin apelación, por un tabique impenetrable y que fantasmas y voces puedan inscribirse en el soporte de la pared más recóndita de la caverna. Es preciso que las dos pantallas intervengan, sean figuradas, entre los –al menos dos, dos mitades– hombres para que en la relación que se juega/representa entre ambos se imponga la cuestión de la verdad, para que ésta aparezca.

Pero, necesariamente –πολλή ανάγκη–, ella sólo se manifestará sin ningún género de duda si puede atribuirse a los fantasmas la emisión de sonidos. Donde la φωνή [voz] les asegura un carácter de presencia pura e inmediata que enmascara los mecanismos artificiosos, las reduplicaciones, los procesos de repetición-reproducción, pero asimismo las obliteraciones, que *maquinan* su elaboración. El simulacro, si habla, representará la verdad, y lo haría excluyendo todas las demás cosas. La φωνή –aquí mismo o en otro lugar repetida como Eco– indica la presencia de la verdad, que requiere el privilegio de la φωνή. Verdad y φωνή mantienen, entreterminan, su dominación, al menos para asegurar la existencia presente, la presencia de la existencia de la ἀλήθεια [verdad]. Para establecer, sin ningún género de duda, la παρουσία [presencia] de la idea (de) verdad, del ideal de verdad. Lo que bien vale que se conceda, e incluso que se recurra a, la *materia elemental* que constituye el *aire*. En la medida no obstante en que ésta sea de antemano perturbada, ritmada, numerada, armonizada. Miméticamente alterada de antemano. Transformada en sonidos cuya elaboración como lenguaje, ya se trate de terminología o de sintaxis, será desde un principio sometida a la idea de lo vero-símil. Así, pues, la

prerrogativa de la φωνή no es más que el repetidor, el rodeo, indispensables para garantizar la precedencia de la ἀλήθεια que controlará, desde ese momento, todos los «entes», incluida la voz. Una vez fundado y nombrado, el poder de la verdad esclavizará, eclipsará, el instrumento de sus títulos de crédito. La verdad existirá, eterna presencia, sin ese elemento material, reducido al medium de una de sus manifestaciones: la realización vocal.

Ahora bien, recordemos de nuevo que, en aquella caverna, la παρουσία es autorizada si pasa por el cauce de palabras de hombres, oídas por hombres, y prestadas a fantasmas (re)producidos y vistos por hombres. Y además serán hombres los que la acreditarán como tal, principalmente mediante denominación. Tal es la fianza y condición del re-co-n(a/o)cimiento de la verdad. Y, hemos de decir, su justificación, que consiste en sancionar, ordenar, regular, arbitrar, principalmente mediante teorización, relaciones entre hombres. Y en la πόλις tanto como en la caverna. Ideal de verdad necesario además para sub-tender y legitimar las metáforas, las figuras que allí representarán la intervención de las mujeres, sin voz, sin presencia. Femenino, materno, *paralizados* de golpe por el «como», el «como si» de la representación, masculina, dominada por la verdad, la luz, la semejanza, la identidad. Por algún sueño de simetría jamás, a su vez, revelado. Materno, femenino, que (sólo) sirve para mantener la reproducción-producción de dobles, de copias, de apariencias, de simulacros, donde todo recuerdo de sus elementos materiales y matriciales queda convertido en decorados que hacen practicable la demostración. Lo *matricial*, origen informe, «amorfo», de toda morfología trans-mutada por/para analogía en circo y en pantalla, en recinto de/para fantasmas. El pequeño muro, el *parafragma* –recuperado en la caverna por un diafragma, pulido por lo demás– que permite, perpetuando, devolviendo las apuestas y el resto a la representación por la entreabertura, artificiosa, de una división/multiplicación *en* el antro, multiplicando hasta el infinito las oposiciones exterior/interior, pero también derivándolas en abismo, recurso teúrgico, astrológico, para sostener el hechizo de las exhibiciones-ostentaciones. Parafagma que, como si de un párpado impenetrable se tratara, oculta magos o cámara oscura. Velo que no se desgarrará, y sobre todo no se entornará, sino que se desviará de su función. *Pantalla que separará las miradas* –mirada apartada/mirada fascinada– impidiendo que se divisen, se confundan, se midan, salvo por la *intermediación de un objeto-fetiché*, que capta y oculta la luz. Dos veces dos mitades –¿desencajadas?– miradas cuya ceguera devuelve, indefinidamente, la puesta en juego al espectáculo.

En cuanto al *camino*, reproducción *en* la caverna del pasadizo, conducto, paso ascendente –en realidad descendería– desde su cripta hasta la luz del día, hacia el

* Véase la nota a de este mismo capítulo. [N. del T.]

«ver la luz», aunque es figurado y nombrado en el relato, permanece en posición de retirada, de *retroceso*, respecto a la escena que se interpreta. Rechazado de nuevo. *Olvidado en un nuevo repliegue*, que le incluye y le excluye a la vez del antro. Donde sirve, por supuesto, por su inclinación, para asegurar el resplandor del fuego, pero que sin embargo hasta ahora apenas ha sido frecuentado. Difícilmente cabe suponer, por deducción, que haya sido pisado aunque fuera esporádicamente por los magos. Pero la atención de los protagonistas no se dirige hacia aquél. Es más, llegará a apartarse completamente el mismo. Mientras que su emplazamiento en la caverna revela además un *doble error*, un *doble paso en falso*, por parte del director de escena, experto sin embargo en mimetismo. Así, pues, cabe entender y concluir que son requeridos por la *παρουσία* de la verdad, que exigiría que el *camino sea reintegrado en el recinto* de la representación y al mismo tiempo que sea *rechazado del otro lado del parafragma*. Que tenga su copia conforme *en* el antro, por algún escrúpulo mimético mal situado o por alguna falaz exhaución que contribuye a cercar la escena, pero que no tenga acceso ni función en el proceso de reproducción-producción que allí se practique. Ni que decir tiene que la llegada a la luz, a la presencia, de la verdad no tiene que tomar ese camino y que saca provecho de esas desviaciones topográficas, que nunca serán puestas en cuestión.

Y otro tanto sucederá con toda la escenografía sexual, de la que son un síntoma privilegiado. Y no será en tales términos como se notificará a los prisioneros que toman lo falso por lo verdadero, como niños sin instrucción. La objeción que se planteará a sus «opiniones», sin remitirla nunca a sus presupuestos ni poniéndola en relación con la economía sexual que recubre y sostiene a la vez, será la de una indiferenciación entre una «buena» y una «mala» mimesis, entre una reproducción «fiel» de la verdad, copia que permite que ésta se transparente bajo la máscara, y los fantasmas, simulacros, sombras, copias de copias, de objetos fabricados de antemano, imitados artificialmente, cuya sola consideración conduce a la locura. La de los «encadenados», por ejemplo. Que ni siquiera están en condiciones de darse cuenta de su demencia –*ἀφροσύνη* [*afrosyne*]–, engañados mediante trucos de magia, frente a los cuales no pueden contraponer o comparar ninguna «otra» verdad, nada más verdadero, ninguna «visión» de la verdad. Aún en el estado de *αφροσύνη* [falta de firmeza, desenfreno] que no permite discernir entre simulacros y copias, reduplicaciones de la verdad y la verdad misma.

Pero esta verdad, cuyo no reconocimiento provocaría la locura –una especie de desmesura, de deriva que ha perdido toda relación de evaluación con lo verdadero– habría siempre recubierto, borrado, ¿«reconstruido»? la escena de otra «verdad» o «realidad» cuyo olvido fundará, confirmará, el discurso de Sócrates. De tal suerte que la *ἀλήθεια* puede interpretarse, en la (de)negación misma que dice, como el señuelo de una desocultación del olvido, como la afirmación de una posibilidad de volver

a ver lo olvidado en una economía de la representación que le prescribe como tal. La ἀλήθεια [desocultación] funcionaría, desde ese momento, como *la sanción concedida al olvido* en la dialéctica socrática, como *garante del olvido del olvido* en los albores de la sistemática fotológica occidental, como la representación de las representaciones que sustrae al sol el/los lugar(es) de su(s) escansión(es) tropical(es). Obligándole, en cierto modo, a estar dando vueltas, a volver(se) eternamente sobre su propia órbita, a volver siempre al mismo punto del círculo en el que siempre habría estado situado de antemano para regular todo sistema, incluido, paradójicamente, el suyo. Fijado, paralizado, como clave de bóveda de toda esta escenografía de la representación –fálica– que domina, ilumina, rescalda, fecunda, regula, con sus rayos dispensados en todas direcciones. Sin retorno. Sin reverberación lo bastante poderosa para desviar su curso, para modificar la autarquía de su fuego. Del que se supone, a su vez, que no tiene otra necesidad, o deseo, que la de moverse circularmente, de volver en sí, con independencia del heliotropismo que habrá, por otra parte, producido. Atrayendo todo hacia él, no dejando que nada le aparte de su curso. Circunscribiendo indefinidamente la tierra, ritmando los días y las noches, las estaciones, los años. El tiempo, que viene a ser siempre el mismo. En todo caso para aquél al que se supone corresponde medirlo, recordar, repetir, cerrar su ciclo. Fondo sobre el que se marcarán diferencias, siempre referidas a lo mismo. Desviaciones mensurables por el retorno invariable de lo mismo. *Eterno aislamiento pendular del sol* que describe el orbe de lo visible, de lo representable, que distingue las ideas de las copias, de los simulacros. Pero que también determina lo proscrito del teatro de la representación.

*

¿Cómo podrían esos prisioneros, para los que no existen más que simulacros, palabras prestadas a sombras proyectadas, alucinados por voces de las que sólo escuchan los artificios de reproducción-producción, fascinados por espectáculos cuyas técnicas miméticas no están en condiciones de evaluar, cómo podrían esos locos, esos niños privados de toda formación, ser liberados de sus cadenas, y curados de su extravío? ¿Y qué formas, además, cobrará éste antes de que salgan de esa ἀπειθευσία [falta de firmeza, desenfreno] que les retiene en la caverna, ignorando la diferencia entre lo verdadero y lo falso?

Cada vez que uno de ellos sea/fuera liberado de sus ataduras y obligado, de repente, a levantarse, a volver la cabeza, a ponerse en marcha y alzar la mirada hacia la luz, todos esos actos le harán sufrir y el resplandor de la luz le impedirá/ía ver los «objetos» cuyas sombras contemplaba con anterioridad.

Serán liberados *uno por uno*. Alguno –un «se», un personaje indefinido y mudo– soltará las cadenas de un prisionero, libre ahora de moverse. Si pudiera. Pero aque-

llas ataduras, sin duda, no hacían más que redoblar, estampar, representar una inmovilidad, un letargo, debidos al hechizo de la caverna y a los sortilegios de los magos. Una vez desatadas las ligaduras, el prisionero no perderá/ía por ello su entorpecimiento, retenido en la permanencia de su postura anterior, paralizado en/por la fascinación de lo que sucede frente a él –donde el único movimiento, la única cinética tiene lugar sobre la pantalla de proyección– si no estuviera, de repente, obligado –por alguno, un cualquiera del género *masculino*– a levantarse, obligado a la posición vertical. Ἀνόστας [levantamiento, erección] que le hará sufrir. Verticalidad, falismo hasta entonces reservado a lo que está en frente de la mirada, del rostro, del cuerpo, a la tensión hacia adelante, a la πρότασις [*prótasis*]. Πρότερου [estar delante] que palía, y enmascara, el defecto del ὑστερεῖν [carecer, ser inferior] de la que aquellos prisioneros nunca han podido ni querido darse cuenta. Así, pues, encadenados en el proyecto de metaforización de la ὑστέρα, matriz de esa escena de la representación, será, serán puestos de pie, no sin resistencia, sin sufrimiento, en la caverna y comenzarán a caminar por la misma, arrastrados de ese modo por la continuidad de un *sueño* y de una *ensoñación histéricas*. Gestos, desde luego, aún controlados, sonambulismo sometido al *poder hipnotizador* de un pedagogo, que debe hacer desaparecer la anquilosis, el entumecimiento de las articulaciones, cuyo trabajo no se reanuda sin dolor. Cuerpo agarrotado por el hechizo del espectáculo que se desarrolla en el fondo del antro y cuya parálisis no será reducida sin dificultad. Sobre todo en lo que atañe a los efectos que más se precisan para la perpetuación del sortilegio: la imposibilidad de volverse y de regresar al lugar supuesto del origen para levantar acta de la ficción analógica que sub-tiende aquella representación. *Estupor, astasia, disminución del campo visual*, privilegio de lo que está de frente, necesarios para la seducción del señuelo, y que Sócrates decide *de repente* confundir, poniendo fin a las creencias del/de los niño(s) prisionero(s) de la ὑστέρα.

Obligándole a levantarse, a volver a la cabeza y a caminar. Como si pudiera hacerlo, de golpe, sin recurrir a otro artificio: *la fuerza de sugestión* de un preceptor, indolente ante la resistencia del «cuerpo» a esa brutal modificación del tropismo. De esta suerte, todos esos actos harán sufrir y, toda vez que está obligado a mirar hacia arriba, hacia atrás y hacia arriba, hacia la luz del fuego, el niño-prisionero será cegado por el resplandor de ésta, incapaz bajo tal deslumbramiento de distinguir las «cosas» cuyas sombras fijaban su mirada con anterioridad. Y, sin duda, el ojo no pasa sin transición de la oscuridad a la claridad de una antorcha, que se ha alterado y apagado en la noche¹⁷⁹. Pero entonces, cómo podría ver a la primera lo que siempre ha estado apartado de su vista, impedido a su mirada. ¿Se desplaza de golpe y por decisión pedagógica, aunque fuera filosófica, el punto de vista, limitando

¹⁷⁹ Platón, *Timeo*, cit., 45-46.

la mirada? Sobre todo cuando se trata de introducir en la misma, dando media vuelta, lo que siempre fue mantenido *detrás*, lo que determinaba toda visibilidad, con la condición añadida de no ser examinado, mirado con insistencia. Deslumbrado por la claridad del fuego, el cautivo del fondo del antro lo estará igualmente por el vértigo de esa pirueta, de ese giro, de esa inversión total, bruscamente impuestos. Que producen, durante mucho tiempo, una irreductible diplopía, dos puntos de vista irreconciliables, en referencia a los cuales no se podrá, tal cuales, establecer la preponderancia de uno sobre el otro sin perder algo de ardor. Tanto si la Verdad se impone sobre las apariencias engañosas como si, pretendiendo trastocar de nuevo la óptica, se privilegia de manera exclusiva el simulacro, la máscara, el fantasma, hasta que llegan a designar, a veces, la nostalgia de algo más verdadero.

Dilema, oscilación, indecisión, de las que no podrá salir sin interpretar *el interés, los intereses* en juego. A quién, a qué, *benefician* los créditos invertidos en la eficacia de semejante metaforicidad, en semejantes divisiones por zonas y definiciones de los peones del juego, en la atribución de los criterios diferenciales a las piezas del tablero, en la *jerarquía* de valores como envite, reglas, y saldo de la partida. ¿Qué *olvido*, no de una verdad más verdadera, de un real más real, sino *del beneficio que subtiende el par verdad/fantasma(s)* se trata de examinar? ¿Y de qué tributo continúa cobrando? Subsistiendo al precio de complicaciones que hacen la partida cada vez más compleja, sutil, vertiginosa, y a decir verdad interminable, sin que ningún árbitro tenga la ventaja de denunciar su hipoteca, de señalar su final.

Pero en la caverna, en la que permanecemos, un amo/maestro intenta convertir a la verdad, al menos a lo «más verdadero», a un prisionero que parece no querer renunciar fácilmente a sus yerros, a su ἀφροσύνη [demencia]. Porque ¿«qué respondería si le hiciera saber que hasta entonces no había visto más que naderías sin consistencia -φλυαρίας-, pero que ahora estaba mucho más cerca de lo que es -τοῦ ὄντος- y que, vuelto en lo sucesivo hacia las cosas que tienen más ser -πρὸς μᾶλλον ὄντα-, veía además de una manera más exacta, ὀρθότερον βλέπει»? ¿Si se le asegurara que su mirada estaba ahora orientada en una dirección más recta, y por lo tanto era más perspicaz, más capaz de una justa apreciación de los entes? Respondería, como pueden imaginar, pues al fin y al cabo es un niño, ¡que lo que él veía antes era más verdadero que lo que ahora se le señala!

De esta suerte, en el antro -en el que seguimos- se representa la tragedia entre detentador de la verdad y detentador del fantasma. Pero el que tiene el poder de determinar la locura no es ni el uno ni el otro, que designa como «loco» a *su* «otro» -o *su* «uno»-, aquello que le es extraño, que de/para él sería todavía y siempre alienado. La verdad, aquí, debe dominar y siempre ha zanjado de antemano entre lo verdadero y lo falso. Su imperio no sufre de ninguna indecibilidad en lo que a esa alternativa respecta. Así, pues, de los dos hombres -de las dos mitades de hom-

bre(s)—, uno está en la buena línea, ve con precisión, piensa bien, y el otro es un niño descarriado, engañado por simulacros. Irreflexivo, inconsciente. Así, pues, es importante que una de las partes (de)vuelva a la otra al camino recto, que reduzca su estupidez, destruya sus sueños. Todo lo cual se hará mediante un golpe de fuerza de resultas del cual la «locura» no habrá de ser disipada de manera imperativa, sino que, antes bien, será prohibida, será enterrada, será denegada, para que predomine una ley, un discurso, claros, con categorías netamente divididas, con dicotomías sin reserva que pueda excederlas. Mientras que la arbitrariedad de esa decisión se remite a efectos de justificación a *otra vida* de la que convendría acordarse. Porque en ésta, la del niño de la caverna, ¿qué determinación podría conducir a elegir como más visible, más verdadera, y a decir verdad más válida, aquello que se nos indica, para desprecio del espectáculo que desde siempre nos seducía? ¿Y acaso no es precisamente entrar en el extravío, la divagación, el delirio, el hecho de renunciar sin más, bajo la presión de un amo/maestro, a las certidumbres pasadas? Aunque fueran «sensibles», fantásticas o fantasmáticas. Y, por poco que nos detengamos a considerar los procedimientos y objetivos de esta autoritaria pedagogía, ya no se sabe dónde reside la locura, la desmesura. Ya no se puede decidir qué, o quién está más, o menos, «loco».

Y, si es preciso insistir en ello, añádase lo siguiente: las «cosas» que se indican al cautivo como portadoras de mayor ser, como más verdaderas, como los objetos de los que sólo se veían las sombras, o incluso como lo «positivo» de lo que él no habría percibido nunca más que lo «negativo», no han de ser, ni mucho menos, reconocidas como los entes ahora presentes cuya proyección habría bastado para producir la fascinación fantasmática. Todo el montaje escenográfico, cinematográfico, no le es «desvelado». Ni los artificios del director de escena, ni la arquitectónica de la caverna, ni la astucia de los magos, ni los mecanismos de la proyección, ni siquiera el principio de la cinética, por no hablar del principio del eco, ... Y no faltará a la cita *una nueva finta, de la razón*, si se quiere, cuando el pedagogo le obligue a ver únicamente en aquellas «estatuillas» la causa más «desocultada», más verdadera, más próxima del ser, que aquello que antes le cautivaba. Porque, en esa demostración, él sólo revela para encubrir mejor los móviles del deseo, las vicisitudes del tropismo, e incluso los efectos de vértigo, que se trata de suspender para mayor esplendor de la Idea. Fija.

Así, pues, en su estupefacción, el desencadenado, el desencantado, el desviado, sólo percibirá indistintamente aquello que se le muestra. Y estimará que bien mirado lo que él contemplaba con anterioridad era más claro que esta ceguera y esta confusión. «Y si alguno le indicara cada una de las cosas trastocadas y le obligara mediante preguntas a decir lo que son —ὄτι ἔστιν—, ¿no crees que se sentiría bastante confuso?».

¿Quién podría no estarlo? Lo que el prisionero llamaba «entes» –ὄντα– designaba lo que él siempre habían visto. Mejor dicho, lo que ellos siempre habían visto, él y los (mismos) otros, excluyendo cualquier otra cosa. De tal suerte que cualquier otra visión les era imposible o les estaba vedada. Por consiguiente, frente a esas mismas «sombras», ellos, idénticos entre sí, habrían llamado «entes» lo que veían en la hipótesis de una conversación. Y esto además de forma absolutamente necesaria. Sólo podrían haber hablado entre ellos con la condición de significar mediante un nombre «propio» –aunque fuera arbitrario–, es decir, mediante un término no equívoco, cada «cosa». El paradigma de todos los nombres propios es el Ser, o incluso la Verdad. El ser de la Verdad o la verdad del Ser. Ningún discurso, ningún diálogo, podrá sustraerse a esa ley. Ni siquiera en este mito, que trabaja al servicio del filósofo. Los nombres que habría, que habrían, pronunciado habrían sido referidos, calibrados respecto a la verdad, so pena de no entenderse mutuamente.

Sin embargo, el –un– prisionero se ve apartado, desencadenado, desencantado de aquello que consideraba verdadero, de aquello que designaba, junto a los (mismos) otros, con el nombre de verdad, de tal suerte que se le ordena decir lo que son aquellas cosas que, desde siempre, estaban detrás suya y de las cuales con anterioridad sólo veía las sombras. Cómo podría hacerlo, puesto que para estos nuevos «entes» –entes, suponiendo que, en cierto modo, para él son de «otro» mundo– él no dispone de ningún término apropiado, de ninguna denominación convenida ni conveniente, pues allí sólo está él para mirarlos, y con la media vuelta que le han impuesto ha perdido su punto de vista sobre lo verdadero, sobre el Ser. Fuera del lenguaje, fuera de la convención o reconocimiento común, fuera de la percepción idéntica e identificable en un protocolo de conversación con aquellos que compartieran su óptica, aquellas cosas no *son nada* para él. O lo *extraño*. La extrañeza, lo *extranjero*. En todo caso, no dispone de nada para distinguirlos: ἀποκρίνεσθαι. No son nada que él esté en condiciones de discriminar, de definir con palabras adecuadas.

Ahora bien, el pedagogo va a hacerle saber que esas «cosas», que sin duda sostenían –pero socorridas por todo el artificio seductor de la puesta en escena– su interés y podría decirse su comunidad de intereses con los (mismos) otros, e incluso la comunidad de lenguaje con los «otros», esas «cosas», tienen en su unívoca simplicidad más ser, hacen que vea de forma más exacta, y que, respecto a ellas, lo que veía eran naderías sin consistencia. Va a hacer que entren por la fuerza en una economía de valores en la que no tenían, *en cuanto tales*, ninguna función, ningún sitio. Asignado y asignable, en todo caso, por el prisionero. Se le hará saber que en lo sucesivo conviene no ver, e incluso no nombrar ni oír más que aquellas. De tal suerte que esto último dejará de intercambiarse en una conversación, sino que se aseveran en una enseñanza perentoria. La relación con la verdad dejará de estar ordenada por la *identidad de las posturas* –y de las imposturas–, de las miradas, de los

puntos de vista, de las «sombras», impuesta a los encadenados de la caverna, para estarlo por *el discurso de un amo/maestro que supuestamente garantiza la pertinencia de las analogías*, la adecuación de las relaciones entre cada «ente» y la verdad.

La percepción del prisionero pasará de ahora en adelante por las proposiciones del amo/maestro. Se regulará conforme al logos, la lógica, del preceptor de filosofía. De tal suerte que si lo más «presente» representa además aquello que tiene más ser —mientras que *lo que era percibido inmediatamente no eran más que proyecciones*—, ese plus de ser, o de verdad, se ve prescrito aquí por decisión magistral descontándose sobre la hipoteca de una vida anterior, cuyo olvido debería hacer sentirse culpable, y sobre la necesidad de un nuevo *proyecto*, de un τέλος [fin], que permita regular las relaciones entre los hombres. Pero ese «plus de verdad» no interviene como inicio del juego, puesta en circulación de un excedente relacionado con cuanto anteriormente era percibido como «entes» por los encadenados. Con independencia de la seducción embaucadora del *plus de*, marca una ruptura con la economía anterior, que ha de ser abandonada en tanto que chiquillada, ensoñación, demencia. Es preciso (re)volverse hacia otra cosa, poner término a las creencias y al lenguaje infantil, distinguir netamente entre fantasmas y realidad. Y, en cierto modo, *olvidar para acordarse de lo más verdadero*.

Pero ese tránsito supone un salto. Una falla, una esquizia, que no será (re)atravesada sin correr riesgos. En ella puede perderse la vista, la memoria, la palabra. El equilibrio. Esta trans-ición no tiene, tampoco, vuelta atrás. Niega sus escalafones, y toda retro-versión, toda retro-acción. Costará la vida a quien se atreva a atravesarla a contrapelo. Pero de todas maneras en ella va la vida. Tal es el precio de esa *razón* a la que el prisionero ha sido ahora *convertido*.

No sin *sufrimiento, vértigo, turbación*. E incluso *afasia*. Porque, en la misma medida en que ya no reconoce como más real aquello que se le muestra, no puede dar nombre a aquellas «cosas», afectado de mudez hasta que le enseñen a decir lo que *debe* decir. Donde el discurso del «plus de» verdad no resulta, por supuesto, de la puesta en funcionamiento de un suplemento de decir en relación con sus palabras pasadas, sino de la *conversión*, a su vez, *del lenguaje*. Que no puede hacerse mediante la mera adición de algunos términos adecuados, sino que exige una transformación del proceso del discurso. Se pasa a/por otros encadenamientos irreducibles a los anteriores. Así, pues, es preciso (re)aprender a hablar y, principalmente, a distinguir, a incluir en índices, a nombrar. Con arreglo a una ley que prescribe no un desplazamiento hacia «más» verdad, donde la verdad represente entonces algún valor, alguna *x*, cuyo *interés*, cuyo *sentido* no estaría asignado al principio, por decisión capital. La ley de este «nuevo» discurso recusa lo que anteriormente se designaba como «entes» en y para la puesta en común de las certidumbres (denominadas) sensibles e inmediatas. Establece la interdicción de —y en esa misma medida

pone en entre-dicho— la vuelta atrás, oblitera toda retro-cesión. Y asimismo ordena saltar, definitivamente, el *paso/no** del fantasma, del sueño, de la infancia. ¿Del deseo? *Histérico*, en todo caso. Para volverse hacia la sabiduría. Del amo/maestro. Del dominio/maestría.

Sin embargo, aunque la astucia del director de escena y de los magos determinara, por eclipse y eclipse entre otras modalidades, la fascinación del prisionero, otra ocultación va a seducir y captar ahora al (supuesto) desencadenado. Lo no visible, lo no apropiable, no propio, eludidos en la economía de la verdad, del sentido propio, del nombre propio. De la astucia del truco de magia, se pasa a la astucia de la autoidentidad. Por ejemplo. Pero ésta no acepta que se la acuse, que se la interroge como causa. Autoridad que no será vista, no será medida, no será designada, en el discurso de la verdad. La pasión que la sub-tiende está afectada de una proscrición.

Dos juegos de manos no revelados (se) disputan el proceso de la representación. Una esquicia desgarrar el *arjé* de la presencia. Y el carácter irreconciliable de esa división socava, en todo momento, la serenidad de la sabiduría, de la filosofía. Por más que aquella haya siempre extrapolado de antemano la cópula. Donde la Idea, el ser, la Idea (del) Ser oculta en el cénit de la transcendencia *la debiscencia* de un origen nunca reconocido como (producto) de la cópula. Donde el Ser arbitra desde las alturas, fuera de escena, desde su supuesta otra vida, anterior o posterior, desde su suplementariedad engañosa de vida, las rivalidades, a muerte, entre los representantes y representaciones del origen. La circunstancia de que se decida que esas luchas tienen que agonizar al Sol, que la luz se imponga sobre la oscuridad, la verdad sobre el fantasma, que *el padre*, ¿dicho de otra manera?, tenga el monopolio de la procreación, dispensador único de la «buena» semilla, único susceptible de atribuirle un nombre «propio», no impedirá sin embargo que bajo tierra, en la penumbra de la caverna, o incluso en la *inconsciencia infantil cautiva*, el conflicto se perpetúe. A decir verdad, el segundo nacimiento, origen secundario, renacimiento, o reminiscencia, nunca diferirá, sencillamente, *el tropismo histérico*. El discurso de la razón, metafóricidad solar, paterna, nunca desplazará, sin vuelta atrás, la fantasmática de la caverna.

Dos veces dos semi-órigenes, dos medias-vueltas con respecto al origen, dos semi-rodeos del origen continuarán reivindicando el monopolio de la verdad (del origen), rivalizando por la primacía en lo que atañe a la (re)producción. Sin reducción de la desviación, de la separación, del descuartizamiento, entre el embrujo del antro y la lógica de la razón, la atracción terrestre y la seducción solar. Entre lo más materno y lo más paterno. Cuya diferencia —sexual— nunca habrá sido pensada como causa y condición de la cópula. Donde su apareamiento, al igual que su pro-

* Juego de palabras con «*pas*» como adverbio de negación, «no», y «*pas*» como sustantivo, «paso». [N. del T.]

ducto, no es contable en dos mitades. Ni de «hombre(s)», ni de sexo(s), ni de representación(es), ni de lenguaje(s). Razón por la que no es separable. Salvo si ya preside la idea, fija, de lo mismo –Ser– que se tratará de recobrar, de reunir, y de reproducir. Mejor, antes que peor, bien antes que mal, de verdad antes que como simulacros. En Idea(s), pues. Ser no sencillamente asexuado, o trans-sexuado. Lo que no quiere decir que re-marque explícitamente uno u otro sexo. Manteniendo en su lugar la división sin dejarse partir en capas por la diferencia que trabaja en su interior. Puesto que su dominación exige que aquello que haya sido definido –*en el interior de lo mismo*– como «más» (verdadero, bueno, claro, razonable, inteligible, paterno, masculino...) se imponga progresivamente sobre *su* «otro», su «diferente» –diferendo– y, todo sea dicho, su negativo, su «menos» (fantasmático, dañino, oscuro, «loco», sensible, materno, femenino...). Hasta la ficción de un origen simple, indescomponible, ideal. Tachando la fisión del comienzo, de la(s) conjuncione(s) primitiva(s), en *la unidad del concepto*.

Archivo eterno de la Idea. Nacimiento aplazado hasta el infinito en el que vendrían a fundirse todas las diferencias, todos los diferendos, en una ciega contemplación.

Así, pues, este prisionero, ya presa del vértigo, de la confusión, de distintas algias debidas a un viraje brutalmente impuesto, «si alguien le obligara a mirar el fuego mismo, ¿no le harían sufrir sus ojos?». Mirada acostumbrada a la penumbra de la gruta, a la oscuridad del fondo del antro, a la media-noche de las proyecciones subterráneas y que, brutalmente, se ve obligado a mirar fijamente la luz, el fuego, la «fuente» deslumbrante de los fantasmas que le encantaban. ¿Cómo podrían soportar sus ojos que se les obligara a tener semejante visión, semejante iluminación? ¿Cómo no habrían de «apartarse», escapar, para regresar a aquel espectáculo, tal vez menos elevado, más profundamente soterrado, que son capaces de enfocar sin esfuerzo, que tienen «la potencia de contemplar» sin que les ciegue? Y, por consiguiente, ¿acaso aquel hombre «no juzgaría con mayor claridad», con mayor evidencia, aquello que está acostumbrado a ver antes que esa «luz» que se le indica, se le indexa, mediante el gesto o la palabra como la «razón» cuya ocultación parcial le cautivaba?

De una media-vuelta a la otra, sin duda ya no sabe muy bien a qué atenerse, él, que apenas puede caminar. ¿Qué colocar delante? ¿Qué dejar atrás? ¿Dónde estará el de frente, la cara, el rostro? ¿Y la parte posterior? ¿Dónde lo πρότερον [lo que está delante], lo ὑστέρον [lo que está detrás]? ¿Y la ὑστέρα? ¿De qué, de quién fiarse? Y la fuerza de la costumbre, la resistencia de la repetición, de la representación de la repetición que él conoce, le remite a su postura, sus visiones, sus voces anteriores. Antes andar extraviado a causa de los simulacros que perder la vista abriendo los ojos sobre la antorcha de la verdad.

Máxime cuando esa verdad que ahora se pretende «revelarle» no es sencillamente la del fantasma seductor. *Cuando no hay, no habrá αλήθεια* [verdad] *de la seducción*. Pero en este punto, el fuego, al igual que el sol, pueden ser engañosos. Sobre todo al prisionero que no conoce otra cosa, que ha estado encadenado al fondo de un gruta desde su infancia. Él, que aún no sabe al servicio de qué ficción, teórica, habrán servido siempre de antemano el fuego y el sol. Que aún no ha aprendido a cazarlos, a velarlos, en una «buena» metafóricidad, que conforme su mirada al *paso de la imagen*. Fuego que tendrá el resplandor insoportable de una luz demasiado intensa, demasiado inmediatamente «presente», demasiado próxima, para el metabolismo ocular. Irrupción injuriosa de la ὕβρις [soberbia, insolencia] de la naturaleza. Deslumbramiento de lo aún no mirado al trasluz, no medido con metro. O al menos de lo que aparece (como) tal. De aquello que hay que apartarse para volver a la propia habitación. A sus fantasmas. A sus sueños. De tal suerte que preferirá creer en las únicas certidumbres (sensibles) posibles.

Dos modos de emergencia, y de recubrimiento, de la ὕβρις natural (se) remiten ahí el uno al otro, se rechazan el uno al otro, cada uno tirando para sí, a riesgo de desgarrarlo, el velo de la verdad. Para el prisionero, que ignora el arte de la dialéctica, los poderes de lo ideal, lo intolerable de la ὕβρις residiría en la brillantez cegadora del fuego, del sol. Para el filósofo, que ya ha sometido la luz a su logos, residen en el hechizo de las sombras, de los fantasmas, en la alucinación, la «locura». Una cierta violencia natural debe reabsorberse en la sabiduría. Mediante los giros en redondo, las medias-vueltas, de un *menos* a un *más* de verdad. Donde la verdad está ya en todas partes, tanto como en ninguna. Artificiosa comparación de esas «apariencias» de lo originario, que no sólo tienen que comparecer especialmente en una demostración en la que unas se impondrán sobre las otras, sino que tienen que conjuntarse, articularse. La verdad está por todas partes gracias al señuelo, al privilegio engañoso, de un «plus de». Escalada de valores que además acontece sin *comparencia efectiva*. Habrían sido precisos, cada vez, dos rostros para evaluar. Monstruosidad natural. Por supuesto. La verdad no deja no obstante de imponerse mediante un subterfugio comparativo que excluye toda evaluación «natural». Los grados de parentesco, las semejanzas o diferencias en las relaciones, los cotejos, las confrontaciones, las estimaciones de utilidad y de precio, etc., serán reguladas por procesos intrínsecos al logos. La «naturaleza» se resolverá en los mismos. Por medio de comparaciones, de analogías, de metáforas, que pretenden hacerla presente, representarla, con un «plus de»... verdad, si se quiere, pero cabría decir también «plus de» fantasma. Eclipsándola.

Pero la violencia natural no se somete sin dificultad. Sin los dolores físicos de este niño-prisionero, por ejemplo. Su vértigo. Su ceguera. E incluso su *indecisión*, sus *incertidumbres*, sus *retornos* para intentar encontrar algo de su tropismo ante-

rior, de sus pasiones pasadas. De su suelo. De su antro. Él, que no conoce nada más, y que ni siquiera sabe en qué trastocamiento, en qué inversión simétrica de la ὑστέρα [soberbia] ya estaba de antemano atrapado. Proyección, como quiera que sea, todavía casi histérica que habrá servido de telón de fondo para sus representaciones, sus sueños, sus fantasmas, sus creencias, sus juicios. Su doxosofía. Reminiscencias aún histéricas, de las cuales se le quiere arrebatarse bruscamente, cuyo olvido le será prescrito, para regresar al orden de la ley. La ley del «plus de» verdad.

Pero la ὑστέρα no se deja reducir, ni siquiera seducir de esa manera. Aunque fuera mediante una argumentación razonable, una palabra (supuestamente) más apropiada. El oído podrá incluso dejarse atrapar sin que la matriz sea por ello conquistada. Además, una media-vuelta más supone tal vez un trastocamiento *de más*, no *un trastocamiento del trastocamiento*. El hecho de que el cálculo de los efectos de simetría en juego, de las metáforas en circulación, de las modificaciones de tropismos se torne más complejo, sin contar el de las elipses y elisiones, no significa que se haya efectuado una vuelta completa (pero tampoco una revisión completa), que un círculo haya devuelto a la razón a sí misma después de sus errancias histéricas. Que el prisionero haya recobrado la verdad (de lo) mismo después de sus divagaciones geotrópicas. Una media-vuelta, de más, no permitirá nunca regresar allí donde se estaba antes: la caverna, la tierra, la madre, la ὑστέρα [soberbia]. Antes del nacimiento, y por otra parte de la concepción. Resolviendo en espectros [*fantômes*], fantasmas [*phantasmes*], chiquilladas, chácharas, que al final quedan en nada, todo cuanto recuerda aún a la estancia uterina. Anulando toda huella de la vida intraherina. Y, si tal es el proyecto que se ha de realizar para volver a un nacimiento más esencial, ideal, al menos esa media-vuelta no se dota de los medios para ello, salvo de forma facticia. Vértigo de la finta que responde a la apariencia engañosa de los simulacros y al pasatiempo de la eternidad de la Idea. Del ser. Asesinato ficticio del rodeo de/por la vida.

Ahora bien, ¿dónde están los fantasmas? ¿En todas partes? ¿El cuerpo del desencantado ya no es más que una sombra? O al menos corre el riesgo de serlo si renuncia a sus/las reminiscencias todavía maternas, matriciales. Si se piensa sin «fantasmas» originarios, en un aborto de su comienzo, de su historia. ¿Y no creen que, de ἄφρων [insensato], está a punto de tornarse en παράνομος [demente]?

* * *

¿Y «si ahora alguno –τις, un cualquiera anónimo del género *masculino*– quisiera forzar más aún a ese hombre, al que con anterioridad ha librado de sus cadenas, arrastrándole a la fuerza –a su pesar, con una ὑβρις [soberbia] contraria a su inclinación «natural»– a través de la subida pedregosa, erizada de picas, escarpada, de

la gruta y no le soltara hasta haberlo exhibido a la luz del sol»? ¿Si no soltara su presa, no dejándole ni saltar ni soltarse, antes de haberle arrebatado con su propia mano, conforme a su proyecto, a la sombra de su antigua morada y haberle (a)traído a plena luz del día? ¿No piensan ustedes que tratando así al hombre, maltratándole, (¿desgarrándole tal vez?), «liberándole» de este modo, estaría «lleno de dolor y de cólera»?

Algún cómplice, pues, algún acólito-partero, algún auxiliar sin rostro ni nombre, del que sólo se conocerá el género –masculino–, extirpar(í)á, con mano firme, con mano férrea, y contra su voluntad, su propensión, al niño-prisionero de su estancia anterior, llevándole a superar por la fuerza el camino arduo, lleno de obstáculos susceptibles de dañar, mutilar, la pendiente abrupta, la rampa en picado, que asciende desde el lugar en el que permanecía desde siempre hasta la luz del día. Lo arrebat(í)á de su habitación subterránea, de su recinto, para conducirlo a la vista del sol, sujetándole con autoridad y sin descanso durante el transcurso de la dura ascensión. Todo lo cual no gustar(í)á a aquel que se ver(í)á tan enérgicamente desalojado, sino que le «llenaría» de sufrimiento y de indignación. Así, pues, alguno actuar(í)á de este modo para hacer que el aturdido re-ingrese en la senda de la razón. Así las cosas, ¿qué puede decirse?

Cabe imaginar –además ya lo habrán oído contar– que en primer lugar ese mismo «alguno» ha hecho girar al encarcelado, apartándole de la pared más recóndita de la caverna, para orientar su mirada, su cabeza, su cuerpo, hacia las estatuillas, el fuego, pero también hacia la abertura de la gruta; imprimiéndole, por lo tanto, un movimiento de rotación que prepara su salida de aquella habitación, de aquel antro, o vientre. Cabe suponer además que, haciendo que dé pasos hacia adelante en su prisión, le ha acercado progresivamente al camino que conduce de dentro hacia afuera, e incluso que, haciendo que avance por aquel corredor, aquel desfiladero, aquel paso, le ha hecho sufrir tanto por la dificultad del pasaje como por el brusco cambio de lugar al que se ve sometido. Ahora bien, ¿de qué estancia a otra se ve desplazado? ¿Y de qué transición puede tratarse? O incluso, ¿qué recubre semejante práctica de *alumbamiento*?

Y, puesto que se nos invita a ello, se nos seduce gracias al mimo, no perdamos de vista por ello los hechos, las realidades, los «entes». El prisionero no estaba ya en una matriz, sino en una caverna, tentativa de figuración, de metaforización, de la cavidad uterina. Retenido en un lugar que era, que quería decir, que tenía sentido de ser, *como* una matriz. Que hay que *suponer* reproducida, reproducible, reproductiva, por proyección(es). Sometida de antemano a las leyes de simetría, de analogía, que le habrían dado la *forma* de una gruta, la habrían, de antemano, transformado en caverna. Por/para representación(es). Donde el muro más recóndito de aquel antro hace las veces de horizonte-límite y de telón de fondo de la proyección.

De ese «como» o «como si» de la caverna el prisionero no conoce el artificio, el mecanismo entre otras cosas ficticio; de ahí su encarcelamiento en esa estancia única, atrapado en un solo proyecto metafórico. Pero es preciso admitir que el parte-ro, al menos su anónimo auxiliar –de ser, si se quiere– tampoco ve el carácter *retorcido, trastocado, invertido* de aquella «prisión». ¿A no ser que finja no saber nada al respecto? Puesto que pretende hacer salir al prisionero de la caverna como de una matriz, conforme a las técnicas del alumbramiento. Desdeñando el «como», «como si», que hipoteca desde el primer momento semejante escenografía. No calculando los efectos de inversión, de retroversión, que de antemano la han organizado como tal. Haciendo, sin duda, girar al prisionero, al niño, antes de la expulsión, pero no a ese teatro de la representación del que, *como tal*, tampoco puede salir sin más. Aunque fuera por prescripción filosófica. Conduciendo, pues, la operación «como si» el recinto de la caverna fuera la matriz. Un «como si» que, evidentemente, no puede suprimir, ni siquiera reemplazar el «como si» de la escena de la caverna. Que él, que ellos parecen haber olvidado, o cuya intervención al menos él –el escenógrafo– pretende ocultar, dando por nulos los efectos de retroacción.

Ahora bien, ¿no ha caído él mismo en la trampa que ha tendido, captura más poderosa que su argumentación dialéctica? Hasta tal punto que, para salir de ella, por-que quiere «salir», no tendrá más remedio que *saltar*, pero a «otra» vida. De ahí el recurso, el socorro, de *otro* nacimiento, de *otro* origen. Ideales. Cuya relación armoniosamente calculada con esto(s) no esquivará la ruptura de contigüidad, la falla en la progresión o regresión, que él/ellos dirige(n). El tránsito de uno a otro ya no se efectuar(í)á sino con la introducción de proporciones, atributo de algunos iniciados-iniciadores cuyo silencio, secreto y ocultamiento –sobre todo entre bastidores– son sin duda la garantía de eficacia. *Mágica*. Porque a su vez ellos parecen algo engañados por sus prácticas, un poco perdidos en sus relaciones. De tal suerte que la aritmética les viene como anillo al dedo para balizar la marcha dentro y fuera de la tierra, la madre. Paso, corredor, camino, que no se dejan reducir, seducir, en tales términos con medidas racionales. Ni aunque no lo fueran tanto, e incluso fueran completamente imaginarias... De hecho, todos están, hasta ahora, verdaderamente encadenados por ese mimodrama, atrapados en el mimetismo. Histéricos. Y una astucia adicional sólo podrá *simular* una salida. Pero no se saldrá de aquello en lo que se ha estado cautivo a la fuerza. Y si el prisionero estaba fascinado por las artimañas de los magos, subyugado por las del director de escena –a no ser que lo estuviera por sus errores, desconocimientos, sobre todo topográficos–, el sabio, el filósofo, sería insensato si creyera que puede escapar sin más de la estancia uterina, dejarla tras de sí de una vez por todas para contemplar sobre la tierra, al aire libre, a la pura luz natural, la causa finalmente revelada e inequívoca de todo cuanto hasta entonces había movilizad o su atención, cautivado sus ojos, determinado su tro-

pismo. «Saltando» desde el hechizo perpetuo de las sombras proyectadas, percibidas por retrovisión, al éxtasis, eternamente presente, del Sol (de) la Idea. Desde la atracción por lo que era conocido desde siempre a la afirmación perentoria de que sólo es cognoscible, reconocible, lo que es definido como tal por (el discurso de) la verdad. Revelada por/para él de frente, e instantáneamente, sin la sombra de una duda ni la intervención de espejo alguno, y cuya evidencia debe tener fuerza de ley. Pasando de la confusión de la penumbra, de lo moviente y de la imprecisión de los reflejos, de las fantasmagorías de la δόξα [doxa], a las categorías nítidas y tajantes, inmutables, sin ambigüedades, que caracterizan, separan, clasifican, ordenan todas las cosas, todos los «entes» conforme a la intuición racional, en la inteligibilidad clara y distinta del νοῦς [mente, espíritu, pensamiento]. Pero, de resultas de esa conversión, ¿de ἄφρων se ha tornado en παρόνους [demente]?

Así, pues, será desalojado de la caverna, por la fuerza. ¿De la caverna en realidad? ¿O, tal vez, de otro, *tercer lugar*? ¿Por otra, *tercera, salida*? Eclipsando en cierto modo las otras dos. ¿Todas las demás? Salida sin abertura por la que podría haber entrado, por la que se habría podido hacerle penetrar. ¿Acaso como fantasmas? ¿O como palabras? Donde los pasajes por los que habría sido introducido, entrometido, están borrados, obliterados, obturados para asegurar la dominación de la Verdad. Camino casi olvidado, y además impracticable por el tipo de proyección privilegiada que supone el trastocamiento, la retroversión. Con dos medias-vueltas, rodeos, se habrá fingido envolverle en lo matricial, pero también en lo casi-matricial, que les recubre, les circunscribe, les rodea y embauca mediante operaciones simétricas. Sustituyéndola(s) con envolturas, envolvimientos analógicos más controlables. En los que se podrá (como) entrar, de los que se podrá (como) salir de manera más decidida, y que conservarán formas convenidas, convenientes. Se le hará «salir» por donde no ha podido entrar y de allí donde no estaba viviendo. De un lugar en el que no ha sido proyectado de manera parcialmente indecible, en un acto no enteramente calculable, por pasajes irreductibles a una elaboración simplemente ideal. Siempre en la ἀπαιδευσία [incultura], de la que habr(í)á que «salir» definitivamente. De ahí la imitación de prácticas y de τόποι [topoi] en realidad no reproducibles, no repetibles, no imitables, salvo por una ficción. Y a los cuales se querrá fijar a lo imitado en función de una ley, extrapolada, del sentido que prescribe la adecuación, las convenciones, la economía del imitador. De tal suerte que la precedencia autoritaria de ese orden oculta las aporías que elude.

Así, pues, va a salir. Sale. Pero, evidentemente, no de allí donde habr(í)á sido introducido. Y, por acudir a lo ya formalizado, ni siquiera de la caverna de Platón. De esta suerte, tampoco ha vuelto a atravesar el τεῖχίον, el muro telón, que no habr(í)á podido, ya, haber superado. Un parafragma impide el paso de su límite: a la semilla, a la mirada, a los rayos luminosos, y a todos los cuerpos, a todos los «entes», sal-

vo los ideales. Artefacto necesario para la representación, para aquella en todo caso, se interpone, *impermeable*, ante cualquier tipo de materia. Tal vez habr(i)á sido alzado –antepecho que divide la caverna, sus hombres, sus miradas, su τόπος– después de la introducción de los prisioneros. Supongámoslo así. Se habr(i)á vuelto a cerrar el «fondo» del antro para que moren allí los cuerpos de hombres. Bien. ¿Pero cómo pasar más allá de ese tabique opaco, estanco, para volver, volverse o ser arrebatado a las profundidades de aquella cripta? ¿A no ser que sea un fantasma? ¿A no ser que se trate de un *simulacro* de aparición del «otro» lado? ¿De una *figura* de un aparecer por fuera? ¿Pero entonces dónde están los fantasmas? ¿Y los simulacros? ¿Fuera? ¿O dentro? O proliferando por la/esa demarcación del afuera y del adentro, por la intervención de un artificioso parafragma que opone dentro/fuera, en todas partes. Caverna en/de la que el cuerpo mismo de los hombres sólo podría aparecer ilusorio, que no engendra más que espectros. Blancos o negros. Fantasmas solares o sombras sepulcrales. Más, o menos, buenos.

Ahora bien, ningún muro detuvo jamás a un aparecido, tampoco lo hizo una puerta, ni a fortiori un telón o un velo. Ni siquiera los re(-)marca. Pero puede deducirse su carácter fantasmagórico de su facilidad para atravesar toda barrera, separación, división, intervalo, entre dos estancias, lugares, tiempos, espacios-tiempos. Sin miramientos. Ignora todas las diferencias. Pero hacen falta barreras, separaciones, diferencias, para que haya fantasmas, y estos puedan subsistir. Incluidas, por supuesto, las que prohíben la transición de la muerte a la vida, de la vida a la muerte. Él transgrede esas fronteras establecidas. Nada le retiene. Lo que explica el miedo, la represión, las leyes que separan con tabiques las diferentes estancias. Para protegerse de las «apariciones», que proliferan entonces con mayor fuerza. Las defensas contra los fantasmas engendran los fantasmas, y recíprocamente. Ya no es posible librarse de ellos. Esa caverna produce más espectros que cualquier otra, aunque a veces estos aparezcan limpios, claros, ya iluminados. Libres de sus manchas uterinas, de sus corrupciones sepulcrales. Blancos, como todo fantasma que se precie. La idea misma (del) fantasma está por todas partes, pero va a ser purgada de su carácter algo espantoso, terrible por su recuerdo de la muerte, del «cuerpo». Basta, en definitiva, con que ya no haya más que fantasmas. Que ya no haya distinción entre no fantasmas y fantasmas. Entre vida y muerte, muerte y vida. Estancia subterránea y solar. Entre madre y padre, «sí así se quiere». Que todo, todos, esté(n) fantasmagorizado(s) e ilustrado(s) en el cielo de las ideas eternas. Donde quedan algunas estatuas-fetiches, sombras venidas a menos, escorias de una antigua vida, a la que se habrá dado la espalda, que han de ser elevadas, re-su(s)citadas a su esencia ideal.

Pero no es conveniente alertar a cualquiera sobre el «paraíso» que le espera, decir lo que traerá la otra vida. Y, eventualmente, que no habrá «otra» vida. Así, pues, es preciso fingir, de nuevo, una salida, y una salida penosa, agotadora e incluso hi-

riente para el cuerpo del prisionero que ya sufre de deslumbramientos, vértigos, artritis, y algias diversas. Se hará hincapié, curiosamente, en las desventuras del «cuerpo». Y, mientras que se pasará por alto la imposible abertura, atravesamiento, del parafragma, que sólo puede atravesarse por sublimación –pero, sublítese un cuerpo, y éste ya no es más que aire(s), humo(s), vapor(es), espectro(s)–, se insistirá en las peripecias del ascenso fuera de la caverna.

Desde luego, no se hablará del *camino* en la caverna, ni tampoco del *τειχίον* [muro, telón]. Una vez re-presentados estos *en* el antro, el acceso, el exceso, se vieron, se verían obliterados. Así que, mediante un truco de magia, que ha volatilizado a su vez a los magos, han dejado de representar un obstáculo. Al menos no se quiere saber, ver, reconocer nada de ellos. Ya no hay más camino por una (*esa*) vez que el que va de la tierra al sol. Pero está lleno de trampas, erizado de piedras, *punzante*. Puede hacer daño, lastimar, cortar. Y es preciso sujetar firmemente al hombre para que acceda a pasar por el mismo (Cállense mientras les convenga, o de lo contrario acabarán siempre confesándolo, basta con un adjetivo de más –equivoco sin duda: *τραχεῖας* [áspera, escabrosa]–, que no querían, no podían decir). Así, pues, el corredor estaría lleno de asperezas, de salientes, de tal suerte que el hombre no podrá (re)pasar por el mismo sin dolor y cólera. Y si no se le arrastrara, atrajera –alguien, cualquiera del género *masculino*–, se sustrería a esa prueba. Preferiría quedarse en, o tal vez sobre la tierra, la madre, pero evitando el vaivén de su frecuentación. Que, aquí, se le representa como muy espinoso y lleno de peligros.

* * *

En este punto del relato, alguien le saca de allí, imperativamente, a pesar de «su dolor y su indignación». Y le obliga a ver la luz del día. Pero «una vez que ha llegado a la luz, con los ojos deslumbrados por el resplandor del sol, no estaría en condiciones de mirar lo que se le indica, se le designa ahora como cosas verdaderas». Algo que admite el filósofo-acólito, al que de inmediato se le explica que se trata de una cuestión de «costumbre». Es preciso que *adapte*, que *apropie* su óptica a las nuevas condiciones. ¿Distrayendo el problema planteado por la imposible abertura del parafragma con la necesidad de preparación del diafragma ocular? Así, pues, sería una cuestión de *tiempo*. De transición, esta vez *progresiva*. ¿De transferencia, tal vez? Hay que saber esperar, preparar las etapas, ser paciente y metódico. Perspectiva alentada por el filósofo, director de escena, que establece los programas de educación de los niños ignorantes, entregados aún a sus impulsos, y a los que es preciso acostumbrar a las vías, a las leyes de la razón. Así, pues, veamos cómo va a realizarse ese arte de la formación, de la transformación –por elevación.

A decir del sabio, partero, «él mirar(í)á más fácilmente, con menor dificultad, las sombras en primer lugar. En segundo lugar, los reflejos en el agua de los hombres y de las demás cosas. A continuación sólo los objetos mismos. Luego, elevando sus miradas hacia la luz de los astros y de la luna, contemplar(í)á durante la noche las constelaciones y el firmamento mismo más fácilmente de cuanto lo har(í)á durante el día con el sol y su resplandor». Esto, ¡«sin ningún género de dudas»!

Extraña educación, a decir verdad. ¿Y cómo interpretarla? Todo está, una vez más, al menos en el orden de las apariencias, de los apareceres, *al revés*. ¿Como había esperar? Sí, habida cuenta de la función de la mimesis en esta (supuesta) progresión. Hay que imitar la estancia anterior invirtiéndola, trastrocándola y levándola gradualmente. Verticalizándola, erigiéndola. Esa erección se añadir(í)á a la operación de traslación, horizontal, ya señalada. Que hipoteca, ya, la *ύστέρρα* de Platón. Al no poder volverse/regresar hacia la madre, se va a hacer «como si» fuera posible dar la vuelta a la escena uterina, o al menos *su representación*. Como se daría la vuelta a un saco, un bolsillo, una redecilla, o un monedero. Una manera eficaz de impedir que cualquiera, o cualquier cosa, se oculte, se sepulte, se entierre; se esconda, se disimule, se disfrace, se reserve. Para que todo esté, en lo sucesivo, a la luz del día.

Pero esa inversión es complicada. Supone un nuevo eje, plan, que regule la relación de simetría –de arriba abajo–, que esta vez convendría tener en cuenta. O incluso una operación más de tipo foto-gráfico, foto-lógico. ¿Y cómo *trastocar, invertir, respetando las proporciones, lo informe*? Sin duda, ha sido transmutado de antemano mediante proyección(es). De la parte trasera a la delantera, ejemplarmente. Ha sido elaborado de antemano por/para representación(es). Pero algo de sus propiedades resiste todavía. Ductilidad, extensibilidad, flexibilidad, que ser(í)á preciso atribuirle, so pena de construir modelos –planos, imágenes, fórmulas, palabras..., discursos– ya superados de antemano. Formas movedizas en un odre/allende* indefinido., siempre amenazadas de desbordamiento por un excedente, *un resto* que no habr(í)á sido tenido en cuenta, y que superaría todo cálculo, toda operación sobre/con símbolos ya definidos.

Ahora bien, ¿cómo reproducir, *analógicamente*, lo que no está representado, no es representable? Sin duda, ahí está la caverna. Pero... E incluso en la caverna, no hay ningún espejo. Ella misma es espéculo, antro de reflexión. Trasládadle al sol, el espectáculo siempre está *dentro*. Y además ya no se puede ver nada. Ya no hay espectáculo alguno. En todo caso, parece difícil re proyectar simétricamente, de abajo arriba, fuera de toda cavidad, las imágenes, reflejos, recogidos por un espéculo.

* Juego de palabras, con «*outré*» como sustantivo [odre, pellejo], y «*outré*» como preposición [además, allende, más allá]. [N. del T.]

Finalmente... imaginemos algo que podría parecerse a ello. La bóveda del cielo correspondería a la pared protectora, envolvente, de la caverna. La noche repetiría –sería repetida por– la penumbra de la gruta, sin astros. El sol sería el fuego, aquello cuya imagen se dice que es el fuego. Los prisioneros serían los prisioneros, en un recinto evidentemente mucho más espacioso, infinita, indefinidamente más vasto. Así, pues, los «cuerpos» de hombres serían los cuerpos de hombres, ¿pero cuáles? Las sombras corresponderían a las sombras. Tratarán de convencerles. ¿Las imágenes en el agua? A *nada*, que esté representado en la gruta en la que los espejos están prohibidos. Ya no hay magos, o al menos que sean conocidos con ese nombre. Ni instrumentos que utilizan para llevar a cabo sus hechizos, estatuas-fetiches cuyos reflejos fascinan. Ni teatro, ni fantasmas, ni ecos. Ni *parafragma*, en todo caso representado como tal. Ni *camino*, sino un proceso, progreso, metódicos de la formación de la mirada. Ni transición *materializada* entre el afuera y el adentro, ni separación localizable entre la entrada y el «fondo» del antro. Entre el lugar *en el que se inscribe la proyección* y aquel *desde el cual se proyecta*. Entre el lugar *desde el que se calculaba/aría la seducción* y aquel *desde el que se cae bajo su dominio*.

Así, pues, la trasposición de la escena no es algo sencillo. Y el hombre no verá «fuera» –fuera y arriba– al sol, una vez que ha salido de la residencia subterránea, lo que sucedía en –dentro ya abajo– el antro. Verá a la vez más, y menos. De otro modo que en el «interior» de ese recinto. Y no es exacto decir que la escena habría sido sencillamente elevada de las regiones «inferiores» a las regiones «superiores», incluidas las del alma. De lo sensible a lo inteligible, de las pasiones al amor armonioso de la verdad, de la δόξα [doxa] a la ἐπιστήμη [episteme]. Las precauciones adoptadas para que el neófito no vuelva a su antigua estancia, para que no vuelva a descender a la misma hasta que no esté lo bastante asentado en la *creencia* en su nuevo saber como para convertir a su vez a los demás, ponen de manifiesto que algo no cuadra en esas cuentas. Que esa «ascensión» suscita alguna reticencia, duda, sospecha. Nostalgia.

Así, pues, una vez que se ha adaptado un poco a la nueva luz, lo primero que podría mirar serían las sombras. Sin duda la decisión pedagógica es la de hacer que en un primer momento pase de nuevo por aquello que veía antes: sombras. Y la recurrencia del significante *sombras* –σκιάς– puede respaldar la intención mimética. ¿*Se recurre a la sofística?* De hecho, esta última está operando subrepticamente en la demostración desde hace mucho tiempo. Así, pues, σκιάς = σκιάς. Y, además, la sombra –aunque fuera diurna– es en efecto más fácil de mirar, más idéntica a lo que él miraba, para una mirada acostumbrada a la penumbra de la gruta y a las proyecciones subterráneas. Así, pues, sombra = sombra, que esta vez significa visual, y no acústica. La práctica sigue siendo la misma. Fonética o no, juega con el significante, y no remite al mismo significado, al mismo referente. La formación está, a decir ver-

dad, pervertida. Utiliza de modo más general, en una economía más general, procedimientos sofisticados que no serán dichos, que no serán confesados como tales, sino que se practicarán de manera implacable, casi «inconsciente», desde el arraigamiento de la Verdad. Minando su fundamento, y el espacio-tiempo de su dominación.

Las sombras no son las «mismas» sombras. Sólo puede sometérselas a la analogía, al desplazamiento, a la tranferencia, «reemplazarlas» recurriendo al *significante*. Cuyo modo de intervención, aquí, engaña particularmente al deseo, cuando no a los sentidos, sustituyendo los simulacros, los fantasmas, por productos del artero maleficio de los magos –que necesitan los instrumentos convertidos en efigies de su prestigio, emblemas interpuestos entre fuego y fondo del antro, erigidos por encima del muro-telón y vistos por retrovisión sobre la pared más recóndita de la caverna, pantalla-soporte de las proyecciones–, sustituyéndolos, pues, por la sombra de un «cuerpo presente», de un «ente» (presente), que intercepta, ahora, la luz del sol. Donde todo esto –sombra y cuerpos (re)presentados *simultáneamente*– acontece *de frente*, a plena luz del día, en un abrir y cerrar de ojos. Y resulta verificable mediante medidas *científicas*. Donde sombras de arriba reemplazan a las sombras de abajo, pues tal es el primer tratamiento del cambio de óptica que se proponen llevar a cabo. Es una verdadera operación. Y se admitirá sin dificultad que aquél que se someta a la misma vacilará de entrada en dirigir la mirada sobre las «cosas» que corresponden a las «sombras», y por ende también sobre los fantasmas. Concediéndose algún rodeo –más–, algún tiempo, de más. El beneficio, ya que no la sombra *de más* de una duda.

El prisionero nunca ha visto, a la vez, la sombra y el «cuerpo» que ésta redobla(ría). Una media vuelta separaba su comparecencia, aunque el pedagogo recurriera a la comparación. Además, lo que daba sombra en la caverna –y desde luego es preciso volver siempre sobre ello– eran «objetos» dependientes del deseo de los magos, tributarios de artificios cuyas formas estaban determinadas por móviles «humanos». Estatuas-fetiches cuyo modelo, y cuyo motor, no dejaban sin embargo de permanecer ocultos, sustraídos a la evidencia. Sin referente «último» visible, ni siquiera demostrable. Copia de copia cuyo original nunca habrá sido visto, jamás conocido. ¿Signos de qué? ¿De quién? ¿Procedentes de dónde? ¿Significantes de qué sentido? ¿En qué tiempo se manifiestan? Que exigen en todo caso, una complejidad del tiempo, de los tiempos de producción –elaboración que implica una tentativa de identificación con el (proto)tipo, proyección, propagación, multiplicación por reflexión en una pantalla, retrovisión– que, al sol, en la presencia y el presente solares, van a verse esquivados, reducidos a la reduplicación instantánea, y sincrónica, de un cuerpo (natural) y de su sombra.

La exposición del «cuerpo» y de la sombra no requeriría, a la luz del día, ninguna demora. *Aglomeración del presente*. Sombras diurnas que reemplazan a las

sombras subterráneas en un *olvido*, una *pérdida de memoria*. Del tiempo de (re)producción, (del) pasado, pero también del futuro anterior, y del imperfecto. Efectos de retroacción. Que van a dejar algunas huellas. Una nada de descarte, de distancia, de dehiscencia. Recuerdo, en su permanencia, de un punto de sutura entre delante y detrás, posterior y anterior. O incluso, y en la misma medida, entre el hombre y su sombra. ¿Su otro? Pues unos labios siempre pueden entreabrirse, antroabrirse, sobre una grieta recubierta con un arte que se dará en préstamo a la naturaleza.

Para el hombre es eludida, en un primer momento, la confrontación con su sombra. Negra extensión tendida a sus pies sobre la tierra. Orientada hacia oriente, le es arrebatada en cierto modo. Detrás otra vez. Cubriéndose bajo las de los demás —hombres o cosas— avanza hacia el sol.

¿El ingreso en la filosofía no exigiría preguntarse sobre su desdoblamiento, en apariencia(s)? ¿O más bien sobre la de los otros «entes»? ¿Diferentes? Diferir, en todo caso, al que va a agregarse de inmediato *el paso por el espejo* (del agua). Las imágenes en el agua van a intervenir, luminosas, claras, limpias, antes de que sean admitidos, simultáneamente, sombras y «cuerpos», que aquellas repiten. El tiempo de una reflexión especular, el tiempo de una ¿especulación? reintroducirá, a pesar de todo, *una distancia, no comprendida*, entre el sabio y las sombras. ¿Sus sombras? ¿Su sombra? Su otro, no iluminado por el sol. Su noche solar. El doble, nocturno, sólo ser(í)á visto, reconocido, inteligible, en su desdoblamiento, pasando por la repetición del doble diurno. Que oculta, que re-precinta, el problema de la inversión que de tal suerte plantea: *la inversión de la reflexión*. Reaseguro especular, especulativo, del que no se verá, necesariamente, todo lo que oculta relativo al pasado, a todo lo que está detrás. Lo que cicatriza del tiempo pasado al futuro, de lo anterior siempre subvertido de antemano en/por lo posterior. Qué corte acaba de vendar, entre el hombre y las sombras. Desde abajo —mientras permanezca, y permanecerá siempre— desde arriba. Tiempo de reflexión casi nulo, pero que habrá bastado para inscribir en la escena solar un nuevo giro: su reversión, su transferencia, *en el interior* del (ojo del) alma especulativa. Para sostener la ilusión de reversibilidad de lo exterior a lo interior, del fuera al dentro. Del otro al mismo. Del producto al productor. De lo por venir a lo imperfecto de su acabamiento, de su entreabertura. Indefinidamente. Tiempo de especula(riza)ción casi nulo, pero que (re)abre en el presente, en la escena de la presencia, al sol mismo, la cuestión de la garantía y por ende también del crédito asignado a su reproducción en sentido inverso, a la inversión de su (re)producción. Hipoteca de un espejo que ampara la eterna identidad consigo mismo del Sol (de) la Idea. Que se reproduce a sí misma instantánea e infinita/indefinidamente, semejante a sí misma, en un proceso que (en)cierra el tiempo pasado de/en su reproducción, y sus efectos de retroacción. Que sólo se vislum-

brarán mucho más tarde, hasta tal punto no cabe concebir la proyección en el plano de lo «ilimitado».

Asimismo, las imágenes en espejo habrán distraído del trayecto implacable del sol de oeste a este. *Trayecto invertido*. No se puede volver la mirada hacia el sol y hacia «su» sombra al mismo tiempo, dominarlos con la mirada *conjuntamente* salvo para los otros, hombres o cosas, cuando no es *mediodía*. La iluminación solar es desafiada por esa parte de noche que lo especular, lo especulativo, va a intentar conjurar de su re-presentación casi inmediata. Se hará pasar el doble diurno por el doble nocturno. Sombras = imágenes en espejo = copias. La diferencia, el diferir, son exorcizadas poco a poco. Subsisten, sin duda, pero en una *reduplicación* cada vez más instantánea, instantáneamente dominable, dominada. Cada vez más clara, luminosa, evidente. Al menos así podría pensarse. Toda vez que el agua que funciona «como» espejo congela el acceso a los abismos del mar, a su noche. Agua, pantalla de reflexión y no llamada/recuerdo de las profundidades de la madre, que refleja la imagen del sol, de los hombres, de las cosas, e incluso del niño prisionero. *Apariencias* que ocultan el riesgo de re-caída, de retorno a la oscuridad de sus abismos.

Un sol, helado, separa lo «alto» de lo «bajo». Una superficie, *preservativo de hielo*, asegura la autarquía de la escena solar. Desde ese momento, forzosamente, invertida. Una vez más. La madre se recubre con algún nuevo parafragma, fecundo en proliferación de efectos de simetría: de arriba a abajo, de fuera a dentro, de lo anterior a lo posterior. Y viceversa. La traslación –las traslaciones– que tienen lugar en el proyecto de la caverna se repiten, se redoblan, mismas y otras. ¿Tentativas de reducción de la entreabertura? El acceso del antro vuelve a cerrarse, se repliega en/por el establecimiento de proporciones, de concordancias, de correspondencias. Analogías sabiamente calculadas, más o menos buenas, adecuadas al modelo. Cuya estimación supone, en todo caso, ejes, planos, pantallas, representados ahora «como» naturales. Supresión, sedicente, de los artificios, elaborados por manos de hombres, de la escena subterránea.

Aquí, pues, la naturaleza vuelve a cerrarse (por) sí misma para reflejar el espectáculo (de) arriba. La luz del sol viene a reflejarse sobre/en la superficie del agua. Congelada. Vitrificada. Pantalla-soporte para reflexiones solares, garantizadas esta vez, ya no por la astucia, los procedimientos mágicos, la seducción de charlatanes –lo que no dará lugar más que a «opiniones»– sino por la «naturaleza».

Extraño proceso, progreso. En el que el tiempo se corta, se recorta, se pierde en cesuras y escansiones heterogéneas, que serán reducidas a la prescripción de lo lineal mediante correspondencias engañosas. ¿Finta y retorno de la fantasía, del fantasma, de la creencia? Sostenidas ahora por la *ἐπιστήμη* [episteme]. Cálculos de proporciones que dominan con dificultad un deseo de reducir la tierra (madre) a una superficie plana, mensurable mediante proyecciones solares que no penetran

fácilmente en las profundidades de las criptas. Así, pues, informes, no calculables en metros, no racionalizables, y que sería preciso que entraran, a la fuerza, en comparaciones, estimaciones, enumeraciones –verdaderamente– que aquellas exceden.

Así, pues, sombras (de abajo) = sombras (de arriba) = reflejos en espejo (natural). *La reflexión oblitera la seducción*. Los juegos de «como si» que anticipan, proyectan y repiten el tiempo pasado en/de su producción se determinan, se encuadran en una reduplicación especular. Presentación, (*casi*) *simultánea*, de la copia y de lo que ésta copiaría. Modelo desde ese momento reproducido como *menos* bien, *menos* bello, *menos* verdadero, en su copia –simétrica, sincrónica, inmóvil– que ya no incluirá en índices el tiempo de su reproducción-producción, salvo como instante. El instante de una inversión en la que se voltearían, se trastocarían, entrarían en cruzamientos (supuestamente) sólo una vez –el tiempo preciso para reemplazarlas–, las oposiciones arriba/abajo, dentro/fuera, anterior/posterior, izquierda/derecha, este/oeste. Donde uno se introduce, *casi*, en el otro, a la luz del sol.

Así, pues, de las sombras (de arriba) a los reflejos (en el agua), el maestro-pedagogo pasará, sólo más tarde, a los hombres y las demás cosas repetidas en esas sombras e imágenes. Pero no se demora en ello y pasa, sin comentarios, a la nueva relación que allí se instaura entre «entes» y «copias». Pasando por encima de los subterfugios analógicos, las audacias retóricas, que habrán sustituido estatuas-fetiches por hombres, sombras por sombras, pantalla de proyección por espejo «natural», en esa demostración.

Este nuevo *paso* metafórico no está sometido en nada a la interpretación. De igual manera, la relación entre el prisionero y «su» sombra, y «su» imagen, no será evocada aquí. No ha llegado el tiempo de la auto-reflexión, y menos aún el del cálculo de su incidencia en la escena de la representación. La diferencia entre un hombre y su otro, no está aún zanjada por información (sobre lo) especular. Por reflexión (sobre) la auto-copia. Todavía no hay autonomía, tampoco de la mirada. Las relaciones entre –puntos de vista, hombres, y todos los «entes»– están reguladas por la luz de la ἀλήθεια [verdad]. Brillantez dominada por el deseo de la Verdad, que decide acordes entre, sin pasar por la distinción, la definición, el reconocimiento, miradas, espectadores, locutores. «Sujetos». Desde ese momento *espejos, espéculos*, para reflejos, imágenes, fantasmas, de Verdad.

La auto-reproducción, toda vez que no se representa, cuyo espectáculo está prohibido, moviliza e informa su economía: *búsqueda proliferante de lo mismo*, de lo αὐτός [autos], cuyo término está eclipsado por la dominación de la Idea. Nada, esto es, tampoco el hombre, puede gozar aquí de su imagen «propia», donde lo «propio» está ordenado, controlado, monopolizado por la Verdad. Que no (se) repetirá, (se) reproducirá, (se) representará de hecho más que a sí misma en ideas más o menos buenas, en copias más o menos buenas. *Autógamos (de) retoños de Verdad*.

Donde el hombre es más o menos buena copia de idea de hombre, más o menos buena idea. El alma más o menos apta para reflejar la Idea de las ideas, más o menos buena, afiliada de manera más o menos próxima a la idea (de) Verdad.

El espejo, la apropiación de lo especular, son sustraídos a la auto-reflexión (del hombre), del representante (de sí), pero operan, recubiertos naturalmente, en la Idea que controla la escena de la representación. *La Idea* (de) *Verdad* –como, y de manera distinta que el *alma*– *está/es encinta/recinto* (del/para) *espéculo*. Al igual que y de distinta manera que el *alma*, lugar de giro, y transferencia –trastrocamiento, inversión–, colación, y bilocación, de las representaciones; lugar intermedio, y mixto. Como, pero de distinta manera *el ojo*, cuyas propiedades son separadas, descuartizadas, dislocadas, desmembradas. Donde el punto de vista se extasía –acotado, cerrado, volteado, encajado– en el esplendor de la Idea. Foco iluminador que informa, siempre de antemano, toda reflexión. *Autismo abandonado a la Idea*. Reserva inagotable de visiones, de especula(riza)ciones.

Ahora bien, en la caverna, espéculo reflector, el hombre es *introducido, entrometido* en el proceso de la representación. Y la ambigüedad de esas sombras de abajo se debe, cabe pensar, al hecho de que no están libres de auto-reflexiones/reflejos (del hombre), aunque éstas son posibles gracias a la luz de un fuego. Matriz ya iluminada por una imagen del sol, pero en la que el hombre *se apropia* de algunas funciones del espejo, de algunas cualidades de la luz: en la que fabrica estatuas de cuerpos de hombres, reproduce su morfología, maquina la proyección en simulacros seductores para los prisioneros, fascinados –¿sin duda? ¿o entre otras cosas?– por la incertidumbre de la relación de esas sombras con algún origen propio, con alguna naturaleza propia, o incluso con algún propietario. Cautivos que no saben, exactamente, a quién, a qué, atribuir esos reflejos, esas proyecciones. ¿Acaso a ellos, que intervienen entre el fuego y la pantalla de reflexión?

Así, pues, esa mimética no es referible a *un* modelo, a *un* paradigma, a la «presencia» de *una* cosa reproducida. Esas «imágenes», cortadas de la genealogía de lo «propio» dominada por la Verdad, están sostenidas sin embargo, o además, por un eco sonoro, por voces –una voz– que prestan la palabra a espectros, a fantasmas, autentificando su realidad. Φωνή [voz] sometida a su vez al artificio, y algo confundida en su relación con la ἀλήθεια [verdad]. Discurso errante, que no designa un ente singular, no atribuible a un enunciante cuyo grado de παιδεία [instrucción, formación] sería medida de la verdad del lenguaje. Sombras, pues, no asimilables al λόγος [logos], ni tampoco totalmente extrañas a su funcionamiento. Propias e impropias, *impuras*. Por intrusión, intromisión, del hombre en la operación de reflexión; por su manipulación de los poderes especulares; por sus proyectos autorreflexivos que alteran las sombras, las copias, representaciones de Ideas. Así, pues, habrá que expulsar de ese espéculo, de esa caverna ya, todavía, especular, de tal

suerte que no subsista ninguna posibilidad de autorretrato. Que no quede ninguna equivocidad respecto a la evaluación de una forma, aunque fuera una sombra, a *un* rostro, a *una* presencia, a *una* medida: el, la de la Verdad. La ἀλήθεια no sufre ninguna confusión, confrontación –ni, podría decirse, sobre-determinación–, de figura(s). Ella sola aparecerá, más o menos oculta, o revelada. *Celosa de su singularidad*. Y aquellos que aspiraran a alguna contemplación de sí mismos –¿alguna representación de un goce narcisista?– perderán la sabiduría, la razón. Dormidos, presa de los ensueños, paralizados-encadenados por un espectáculo que cautiva sus miradas. No accederán así ni a la ciencia, ni al justo gobierno de la ciudad, abandonados a su suerte en prisiones subterráneas.

Ahora bien, en la ἀπαίδευσις [falta de firmeza, desenfreno] de la caverna, esa equivocación en la identificación de las sombras, de los reflejos, e incluso de las copias, siempre es posible. Es incluso probable. Las virtualidades de lo verosímil no habrían sido conjeturadas aún. Puesto que las «cosas» proyectadas permanecen detrás de los hombres, y se reflejan *como él* «se» reflejaría, invirtiendo las coordenadas habituales de visión de los «cuerpos», y de todos los «entes» naturales: donde el rayo salido del ojo derecho se encuentra con el lado izquierdo del «objeto» mirado. Si se añade, o repite, que las «cosas» reflejadas son efigies de cuerpos de hombre(s)...

Así, pues, se hará salir del antro al candidato de filosofía, para conducirlo a visiones más justas, más exactas, y más elevadas. A la ορθότης [rectitud, verdad]. Arrancándolo de tales errores, indistinciones, indiferenciaciones. Caverna en la que no resulta aún radicalmente irrealizable reflejarse, reproducirse, y por ende constituirse como (un) origen, como (un) original. Economía de reproducción-producción de lo mismo (que sí) inconciliable –al menos en apariencias– con aquella prescrita por la precedencia de la Verdad. Así que se sacará al hombre de la caverna, devolviéndole a *otro* origen –el origen (de lo) mismo–, a *otra* vida. Anteriores, atrás, y asimismo siempre por venir, acordarse, recordar(se). *Matriz retrocedida al infinito de la Idea*, donde el hombre no entrará, no volverá, como no pudo ya salir. Pues el infinito no es a su medida, a la medida de *su* historia, de *su* auto... Al menos resulta *razonable* pensarlo. Sólo podrá aproximarse o alejarse del mismo de manera asintótica, mediante visiones más o menos iluminadas, buenas, verdaderas, mediante relaciones numéricas más o menos armoniosas, mediante un lenguaje más o menos apropiado.

Pero la contigüidad genealógica es cercenada. El niño –al menos así se presenta el propósito de la παιδεία, de la *formación*– será cortado de toda relación todavía empírica con lo matricial. De todo cuanto podría recordarle, conducirlo a volver(se) hacia, devolverle a *su* comienzo, un «origen» aún inscrito en, y que inscribe una historia singular, «*propia*». Re-marcándose en sus proyectos, sus proyecciones, sus rodeos, sus retornos, e incluso sus metáforas. Que determinan, sobredeterminan su

visión, su escucha, su lenguaje, su tropismo, y por lo tanto les hacen impropios de la mirada de la Verdad. Sombras degeneradas de Verdad, simulacros, fantasmas, si el hombre interviene en el proceso de reproducción, de representación. *Que bastardean esos retoños de Verdad*. De los que ya no se sabrá a qué origen, a qué originario, destinarles. Huérfanos de un origen simple, puro. Ideal. Híbridos, en el mejor de los casos. Engendrados por un matricial todavía empírico, por la relación del hombre con ese comienzo aún diacrónico, y por el «fuego», que representa en esa gruta una descendencia más legítima.

Así, pues, se arrancará al «prisionero» de esa concepción, de ese nacimiento, por ser demasiado «naturales», para devolverle a un origen más distante, más elevado, más noble. A un arquetipo, un Principio, un Autor, en referencia al cual habría de re-conocerse. No pudiendo circunscribir la representación de lo matricial, que no se dará jamás como «presencia», poner de manifiesto la relación de ese lugar con su/sus copias; no pudiendo transformar en «ente» y en reproducción de «entes» ese τόπος [lugar, sitio], esa χώρα [emplazamiento] que excede por su informidad, por su extensión amorfa, a todos los «entes»; no pudiendo pasar alrededor, detrás de lo informe de ese «origen» para esquivarlo viéndolo, nombrándolo, representándolo, contrastándolo; y no pudiendo tampoco pasar sencillamente más allá, *será extrapolado a lo infinito de la Idea*. Dejando de ser visible, o representable, en cuanto tal, salvo como *conjuro de una ceguera sobre lo original*. Fuente que informa toda mirada sobre lo imperceptible de su engendramiento, lo incontemplable de su instancia, lo impracticable de su re-aparición a la luz del día. Tronco y pináculo de un árbol genealógico conforme al cual, en lo sucesivo el establecimiento de una filiación, el cálculo de los vínculos de parentesco, estará regulado por la «mimesis».

* * *

Pero esa fuente es ya un espejo. La iluminación de la Idea inflama cual un espejo que ha concentrado los rayos. Del Sol, del Bien. Y, de otro modo, del ojo, del alma, del ojo (del) alma. Los cuales son también espéculos. *Especulogamia* que deslumbra tanto más cuanto que remite a una *auto-gamia especular*. El mismo espejo (especialmente), conjuga sus reflejos y prolifera en genealogía. Es preciso que sea el mismo para que la jerarquía de las ideas, su progresión así como su regresión al infinito responda a un cierto orden. Uno solo se reproducirá diferentemente en cada uno conforme a su brillo, su pulimento, su propiedad y limpieza, su aptitud para la reflexión. La descendencia y la ascendencia son grados de perfección en la realización de la reproducción de la Idea.

La brillantez resplandeciente que encenderá en aquellos *hímenes de espejos* una cierta aparición del Sol exige que se aparte aún durante un tiempo la mirada, sen-

sible, de aquella iluminación cegadora. La membrana del ojo, al menos, debe ser preservada para las futuras generaciones. Y su fuego no está aún lo bastante emparejado con el Sol, llamado a su parentesco solar, para unirse sin que intervenga un rayo/flechazo*. Desastre de una unión sin medida, de una relación entre géneros diferentes, de un matrimonio distinto de una contemplación de su semejanza en la conjugación de las miradas entre padre e hijo. Que se produce a la luz, al fin y al cabo, del Bien. Maestro y Padre, Dios, de toda buena inteligencia. *Sin orígenes, por supuesto*. Al menos cuyo comienzo no será conocido, pues no conoce comienzo alguno. Bien del que gozan padre e hijo, cuyos intereses (se) representan sin estimación posible del capital en juego. Débito que Sócrates no pagará al aprendiz de filósofo, que transmitirá a su filiación teórica sin evaluación ni cobro posibles. Saldo del que ya ni siquiera puede saberse a quién corresponde. Donde las únicas pistas de identificación se dan a conocer en algunos atributos del (supuesto) acreedor. Así: el que procrea todo cuanto es sin ser él mismo engendrado, *el que (en)cierra, por lo tanto, el envite de la generación*. Permanencia, eterna, de quien anula el tiempo de su/la gestación y (se) proyecta en espéculos más o menos apropiados de verdad de las semillas, inmortales, de luz. ¿Venidas de dónde? Para recoger sus frutos, ineludiblemente especulativos, reunirlos y acrecentar un capital en nombre del cual se pedirán cuentas. No, como puede pensarse, para recobrar su fortuna, lo que habría podido (re)producirse en la acumulación de tales riquezas, lo que habría sido sustraído, magistralmente hurtado. No. Sino más bien para suscribir un reconocimiento de deuda para sacar provecho aunque sólo fuera del *espejismo de tanto oro*. Y esa obligación se perpetúa. De derecho. El hijo prorroga un vencimiento del que extrae un beneficio. Aunque sufra por ser deudor, aunque pague para que dure esa mistificación. Llegará incluso a sacrificar su vida para mantener esa sobrepuja para la eternidad. Del Bien del Padre. Puesto que se le promete participar del mismo, con tal que sea restaurado a imagen de éste. Lo que exige, por supuesto, que se aparte de todo comienzo todavía empírico, por demasiado material, matricial, y que no se deje acoger sino por quién se quiere origen sin comienzo.

Él siempre habrá visto de antemano la luz que nunca ha estado en la madre. El Padre se compromete a obliterar el olvido del encarcelamiento en la sombra, y el agua, de su antro, o vientre, inmemorial residencia, esa ceguera sepulcral de la memoria, reacia a toda reminiscencia, nube imborrable en el ojo (del alma), deslumbrándoles con un día sin fin. Pero aún es demasiado pronto para la realización de semejante ἀλήθεια [verdad]. *El olvido del olvido* requiere una iniciación larga y metódica. Debe transcurrir tiempo, recorrerse un camino, deben operarse cambios, interpretarse mimos,... Consecuencia e imbricaciones de operaciones que repiten, e intentan

* «Coup de foudre», en el original, que significa tanto «rayo» como «flechazo» (amoroso). [N. del T.]

trasladar pistas eficaces, tal vez sobre todo en su resistencia a aparecer. Escenografiás que preceden y preparan la re-inscripción posible de las formas ideales. En el alma.

Así, pues, allí conviene mirar *las tinieblas*. Hay que volver a pasar por la contemplación nocturna, atravesar la oscuridad de la noche. Es «más fácil». ¡«¡Sin duda alguna!»! Es, sobre todo, necesario. Una repetición concertada puede reavivar y deshacer la imposición de las huellas que hacen caso omiso de toda demostración. Un hábil tratamiento gráfico puede transgredir el sentido de los recorridos, invertirlos, por ejemplo. De esta suerte, la sombra, aquello que se esconde detrás de cuanto hace noche, será re-presentada delante. Muy de frente, y más bien arriba. La ceguera originaria que resiste a la percepción de lo (que ha) pasado bajo tierra, anteriormente, abandonado a su suerte que sigue los pasos de la παιδεία [educación], atormenta su perspectiva, acribilla su punto de mira, se ofrece como espectáculo «más fácil». Posterior menos espectral para ser propuesto en el campo de lo visible, aunque sea poco reluciente. Lo importante es conjurar toda re-aparición, todo aparecido, retoño, de las entrañas de la tierra. Toda nostalgia (de) retroceso, regresión hacia el misterio de su antro. Lo tenebroso, lo impenetrable, el secreto, la noche, se imponen desde ese momento en el horizonte de la mirada. Su reintervención, de esta suerte acotada, levantará la hipoteca de sus primicias, de su pre-cedencia en lo que atañe al presente. Al menos cabe pensarlo, e intentarlo mediante manipulaciones *topo-gráficas*. Cuyo silencio sustenta, en ese tiempo, la eficacia. Ningún discurso puede acompañar las permutaciones que se llevan a cabo. El logos es impotente para hacer que, en el *presente* de su habla, lo de atrás pase delante, lo anterior a lo posterior. Aunque en ello vaya todo su proyecto, su trabajo. Aunque pueda beneficiarse, para hacerlo, de artificios escriturarios, cuyos efectos de repetición comportan más de una situación difícil. El lenguaje procede siempre desde un principio a un final, desde un pasado a un futuro, pero como él recurre, ineludiblemente, a la escritura, ese progreso siempre está a punto de dar vuelta atrás. Artefacto que es preciso, aquí, esconder porque minaría *el crédito teleológico*. Y la iniciación a lo irrefutable del fin último, causa primera, ordena callarse. Fractura(s) en el desarrollo de la alocución que oculta(n) la incidencia del poder de quien repite, poniendo todos los sentidos patas arriba, del revés. E inversamente, por supuesto. Y si la noche es aún un medio, si el hombre se encuentra allí «en medio» de la noche, ésta ya no está en el principio, apenas es un recinto, y lo irreductible de la media-noche está a punto de convertirse en el objeto de una simple transacción óptica. Entre hombres. Es preciso que la oscuridad sea para que aparezca la luz. En la sombra, se comienza a adecuar mejor la mirada a la potencia del Sol. «Es más fácil». Así, pues, las tinieblas servirán para manifestar su resplandor.

Además, «las cosas del cielo y el cielo mismo» son aquello hacia lo que es dirigido ahora el iniciado. Y en la noche lo que va a contemplar es la luz de los astros

y de la luna. Aproximación metódica de la iluminación solar. Los reflejos preceden y preparan la reminiscencia del original. Se aprehende lo que es susceptible de reproducir, lo que causa, antes de llegar al reconocimiento de la causa misma. No perceptible por el ojo del cuerpo.

El fundamento continua sustrayéndose a la mirada mortal. De hecho, está siempre *enterrado debajo*, siempre *detrás*: la tierra, la madre, el nacimiento, la superficie de todo cuerpo,... Siempre *dentro*: la matriz, la caverna, el alma, la Idea. Su inscripción está sepultada bajo todos los retoños que pueblan esta vida, esta tierra, esta mirada. Su atracción debe ser eliminada para que se imponga su fuente ideal. Así, pues, serán representados como *menos* buenos, *menos* verdaderos, *menos* bien. Menos brillantes. Pálidos ecos de una realidad más deslumbrante, réplicas de un modelo más valeroso. Ahora bien, lo que figura ahora como copias evoca los simulacros de la caverna, salvo algunas transposiciones: sombras / luces, retroversión / frente a frente, estatuas-fetiches / proceso cósmico, espacio limitado de la gruta / mundo,... Se desplaza el envite especular, pero sin decirlo. Se finge reducirlo, y se le sustrae.

Por supuesto, ya no hay magos. La ascensión de los simulacros excluye su llamada a escena. En ese punto, el recurso a la astrología funciona como taumaturgia, que lo «natural» cubre. ¿La naturaleza misma se hace espejo? Reflexiónese eventualmente sobre la cuestión. No es nada extraordinario, dicen. Con la condición, sin embargo, de que el objeto de la reflexión esté controlado exclusivamente por el Bien del Padre. Esto es, aquí el Sol. El doble será entonces «auténtico». Apropiado. *Y nadie se dará cuenta de que lo semejante ha sido incluido en la definición de lo propio.* No se ha visto. Y sin embargo, ya está. El pequeño rodeo, pedagógico, por la astrología —«¡es más fácil!»— determina el destino de la historia que habrá de seguir.

Y, puesto que el poder del fantasma es ahora delimitado en/por el astro, el hombre «finalmente» «se encontraría en condiciones de mirar al sol mismo». Podría añadirse: es lo que tiene ganas de hacer. Su único deseo incluso. El sol ha monopolizado la seducción. Y si el espectáculo de su «reflejo en el agua o en otro medio» podía retener aún una mirada poco prevenida de la pérdida que implica semejante redoblamiento, semejante alumbramiento, si la hilera de las «copias» debía ser remontada necesariamente para que la evidencia de su modelo sea sostenible, si esa lucha con la infancia, con la ceguera correlativa del nacimiento (en otro cuerpo), era inevitable y exigía ser conducida metódicamente para purificar la visión de la fascinación por encantos demasiado sensibles, tal vez esa formación acaba de llegar a un término. Un primer término. El Sol. Desprendido de los «medios» que permitirían su reproducción en imágenes más o menos buenas, verdaderas, bellas, despejado de ese soporte todavía matricial, materno, que necesitaba para proliferar en retoños más o menos bastardos cuya frecuentación era tolerable para el aprendiz de filósofo.

fo, en la infancia de la filosofía, en tales términos va a ser considerado ahora en su omnipotencia. Su soberanía. Su autonomía. «Él mismo», pues, «visto en sí mismo», «en su lugar propio», «con el fin de considerar cómo es».

La Idea de las Ideas, solamente, es ella misma en ella misma. Confundiendo significado, significante, referente, *no tiene ningún fuera de ella*. No indica, ni indicia, ningún *otro* distinto de ella misma, aunque estuviera emparentado. Y tampoco necesita un *vehículo* heterogéneo, un *receptáculo* extraño, para significarse, representarse. Desbarata esas divisiones aún metodológicas, aún generativas. Culmina toda evolución del pensamiento, incluida la de la dialéctica. La realiza volviendo a cerrarla y/o abriéndola sobre el Uno (del) Todo. Ese sendero ascendente, escarpado, erizado de trampas, al que un partero, y luego un profesor de filosofía, habrán atraído al niño, al adolescente, al joven, ese camino salido de la caverna viene a morir en la cima de la Idea. De la Idea (del) Todo. Fin de todo. Que contiene el proyecto de toda la genealogía, pero que no por ello se encarna. Avaro de su sustancia, cuya economía mantiene su realidad (como) propia. Ideal que no someterá su determinación a la diversidad de ninguna materia, confiriéndosela, conservándosela, indefinidamente idéntica. Mismo que sí sin el auxilio de ninguna re-presentación, figuración. Seguridad de la identidad consigo misma que no asiste ningún espejo. ¿Realmente? ¿Cómo se relacionan entonces una con otra la organización ideal del Todo y la inteligencia absoluta?

Pero hacer referencia ya a tales nociones es imponer al candidato en filosofía un descubrimiento demasiado grande. Se corre así el riesgo de poner su alma al revés, de agitarla en sentidos contrarios, de estropear su armoniosa organización. Tal vez por mucho tiempo. Porque, una vez que ha llegado a este punto, sigue corriendo el riesgo de confundir «sensible» e «inteligible», lo que puede ser visto y lo que, invisible, informa todo espectáculo. De esta suerte, él se imaginará, tal vez, que la causa ($\alpha\upsilon\tau\iota\omicron\varsigma$) de todo cuanto es, el inventor y padre del mundo, bien podría aparecerse. Παρουσία [presencia] que paralizaría su marcha, que pasmaría su movimiento, abrasaría su mirada. *Ver al padre de frente... esto es, morir*. Y el joven no ha llegado al punto de elegir ese género de vida. Sin duda se le va a encaminar a la misma subrepticamente. Pero es preciso tranquilizarle, ocultarle la verdad contándole historias, como a los niños. ¿Por qué no la del sol, que fascina a todo el mundo? ¿Por qué no la de cómo esa pobre larva, cautiva de una oscura caverna, se transforma en príncipe de la Ciudad descubriendo su origen solar? ¿Por qué no? Así, pues, aquí le tenemos presentado a su ilustre ascendiente. No a una imagen degradada de su prestigio, a sí mismo, «visto en sí mismo». Ahora bien, ¿podrá soportar su visión? «Así tendría que ser necesariamente».

Para que la fábula impresione más. El mito está aquí al servicio de la demostración. Y, al igual que las sombras solares, porque son «naturales», han introducido

imperceptiblemente el simulacro en la economía de la propiedad, de esta suerte la contemplación del sol habrá servido para someter la mirada, aún mortal, al orden inteligible. La ficción que opera en el relato habrá realizado un juego de manos dialéctico. Hechizado por cuentos que le llevan a dormir de pie, por sueños diurnos alentados por un pedagogo, por ese recrudescimiento onírico autorizado en *cierta medida*, con arreglo a un *cierto cálculo*, el niño habrá (supuestamente) renunciado a sus fantasmas, sin poder dar cuenta de ello. Habrá salido del lugar, aún sensible, en el que las huellas de sus deseos estaban inscritas. Por supuesto, no será expulsado de repente, violentamente. La herida de ese desgarramiento podría dejar en él cicatrices mnésicas. Recuerdos, retornos. Tránsitos, y hemorragias, entre sensible e inteligible. Y por ende ideas con sensación, sensaciones ideales. Confusión que evita todo filósofo que se respete. La ascensión hacia la esencia debe cuidarse de una regresión a los sentidos. Naturalmente. Lo «natural» excluye, poco a poco, toda impresión aún sensible, todo epígrafe aún corporal.

Pero en esa progresión *se habrán operado cambios recíprocos y simultáneos*, que no serán observados. Los objetos fabricados de la caverna, estatuas-fetiches que confieren a las sombras de abajo su cualidad de fantasmas, habrán sido sustituidos por elementos cósmicos que no pueden ser sospechosos de maquinaciones humanas. Dios-Padre, que ha creado el cielo, y los astros, que convierten a su idea. A su imagen. Este mundo es «verdadero» sólo en tanto que es engendrado sólo por Él, y sólo a Él atribuido. Lo que parece bastante evidente en lo que respecta a todo cuanto domina la tierra, está por encima de ella, (re)primiéndola con el pie, bajo su erección. En lo que respecta a cuanto sucede *debajo, dentro*, conviene desconfiar. El artificio siempre es posible, escapa a la vista. Desde luego, el padre es su causa en última instancia, será demostrado. Pero allí pueden producirse cosas que sobrepasan sus previsiones, proyectos, proyecciones. Puede llegarse a desafiar su poder, instaurándose como demiurgo. Alumbrando, *también*. Lo que plantea una cuestión de apropiación, de propiedad. Hacer como el padre sólo está bien en la medida en que sirve para su prestigio exclusivo, para la supremacía de su Bien. La atribución de los créditos torna «ingobernables» a los hombres. Así, pues, cuanto se hace bajo la tierra, en esa casi-madre, tiene un valor dudoso, en todo caso secundario, y por regla general suele desviar de los objetivos que merecen consideración. Además, la remisión que a la misma se hace no tiene más función que la de desviar, *visto* lo escasamente «natural» de cuanto allí se fabrica. La verdadera «naturaleza» es revelada caminando hacia el cielo, y no volviéndose(hacia) hacia la tierra. La madre. Lugar de concepción aún artificioso, asediado por magos que hacen creer que el envite de la (re)producción puede estar en manos de imitadores hábiles, de los proyectos divinos. La caverna no alumbrará más que fantasmas, simulacros, imágenes en el mejor de los casos. Hay que salir de su orbe para percibir el carácter facticio de ese naci-

miento. El engendramiento (de lo) real es obra del padre, el engendramiento (de lo) ficticio obra de la madre, «receptáculo» para la proliferación de copias más o menos buenas de la realidad. Lo «propio», la propiedad, son atributos de la producción paterna. Definen la obra del padre «en cuanto tal». Ser. Propio. Propiedades. Lo semejante sólo existiría gracias al lugar de reproducción aún *material*, aún *matricial*, cuyo representante más «bajo» es, aquí, la caverna.

De esta suerte, la madre-materia sólo alumbrará imágenes, el Padre-Bien sólo lo real. En la medida que pueda, a los ojos de los mortales, abstenerse de realizaciones sensibles para ser reconocido. *Quiasma de las asignaciones familiares* que entrega al padre de familia todos los derechos y poderes sobre «sus hijos». Los cuales, siempre que no sean bastardos, que se hayan despojado del carácter híbrido de su nacimiento mortal, sólo se parecen a su progenitor. *Quiasma óptico, también*. El padre niega las condiciones de la especula(riza)ción. Ignora, se diría, las coordenadas físicas, matemáticas, incluso dialécticas, de la representación «en espejo». En todo caso, no quiere saber nada de la irreductible inversión que se produce en la identificación con el otro, como otro. Él, que se niega a ser, salvo idéntico a sí mismo, mismo que sí, pero sin determinaciones que testimonien de ello, que regulen su ley. Imperio exorbitado/exorbitante del padre, que requiere que la madre no sea más que receptáculo para sus germinaciones, materia para el alumbramiento de sus títulos de crédito, encargada de la mayeutica que les hace aparecer «como tales». Descubriéndoles, re-velándoles de su caparazón aún corporal, demasiado a ras de tierra.

No se tendrá en consideración que la cifra de la potencia del padre ha podido *invertirse por mor de su inscripción*. No será evaluado en los mismos términos en los que la madre es susceptible de *trastrucar la identidad consigo misma* de la potencia. En sus términos. La crisis de inversión siempre posible del poder, de la alteración que mina la perennidad del mismo poder, es el envite de una denegación que subtiende y amenaza la coherencia de la argumentación socrática, y del discurso platónico. Cuyo fundamento siempre se ha precipitado de antemano en un abismo, al infinito, para sostener de parte a parte la autoridad del logos paterno. Semillas de vida, de verdad, de bondad, de belleza, de las que se habría extirpado la hipoteca especular.

Ahora bien, *la negación del espejo*, oro macizo de la especulación, cuyo valor en la rectitud y la pureza de su mirada no habrá visto, no habrá querido ver la ορθότης [rectitud, verdad], va a *quemar los ojos* de quienes se atreven a examinarlo en su espléndida causalidad. No hablemos siquiera del padre. Basta con que delegue a su representante para cegar. *Sol, brillantex del azogue en suspensión*. Convergencia en un lugar, que no tendría más lugar que el suyo propio, de la luz que se refleja en todo cristal, en todo espéculo. Foco incandescente porque ha acaparado todas las llamas. Porque ha sustraído al reflejo la causa de su lustre. A la «tierra» la atracción

de sus espejismos, el en llamas [*l'en-feu*] de sus espejos huecos, cóncavos. Habitaciones ardientes, incendiarias, que, una vez despojadas, por miedo a que se alteren, de su función de causa, de su *oro*, de ahora en adelante nativo, no son más que agujeros oscuros en los que corre el peligro de hundirse la clara razón. Recaída, pues, en el olvido de las minas en desuso, en las que ya no brilla ningún metal precioso. *Hísteras de las que habrá sido sustraída de antemano toda piedra filosofal*. De haber aún fuego, éste ha sido encendido por la mano del hombre. Abrasamiento artificial. Madre-materia, superficie obediente a las impresiones, dócil ante las opresiones, tronco nutricio para la formación de los nuevos vástagos del patriarca, pero que no reflejaría sino con una luz más apagada el resplandor del farol que la caliente, la ilumina, la fecunda. A su capricho. A veces la hiela, distante, contemplándose en él sin confundirse con él. Frigidez que se precisa para un conocimiento de sí exacto, la subsistencia de la identidad consigo mismo. Justo lo bastante escarbachada, pues, para evitar deformarse en sus aguas, perderse en sus profundidades siempre recónditas, pero demasiado poco para brillar, decuplicar los rayos luminosos o al menos redoblar, desdoblar su potencia. Glaseado tenue, y mate. Frialidad blanca, que reflejará la luz. Sin concentrarla, ni absorberla de verdad.

Y sucede que el hijo esquilma a la madre. Sucede todos los días. Lo que no impide que desdeñe, asimismo, el lugar de la generación. Girando alrededor de su suelo, pero de lejos. Con una cierta altura. No queriendo tener otros fuegos que los suyos. Todo el tiempo. Consumiendo, y consumando, su cuerpo, celeste sin duda, ignorando deliberadamente toda entrada en materia. En cuanto a la inmortalidad de la combustión, se ve asegurada por el deseo del padre. Cuya voluntad es que ese astro «administre» el universo conforme a sus ideas divinas¹⁸⁰. Apoderado, en su ausencia, para regentar el mundo con arreglo a su ley, incluyendo la «tierra». Recobrando además para sí la mayoría de sus atribuciones. A una escala más vasta, universal. Dando a todos los visibles «nacimiento, crecimiento y alimento», prodigándoles «la luz»¹⁸¹. Nacimiento que ya no estará limitado por la muerte, sino ritmado a la medida de la eternidad. Enumeración de las mañanas y las noches, de albas y ocasos, de las estaciones, de los años. Comenzando siempre de nuevo. Mismo, y otro. Ordenando armoniosamente el devenir, constantemente amenazado de anarquía materialista, de los seres vivos. Enseñándoles a contar —*imagen móvil de un tiempo sin memoria*— pero también a calcular en metros, a medir la superficie de la tierra. Geometría impensable sin la potencia de las proyecciones solares. Tierra de la que ya no se considerará más que la corteza, casi muerta, pues toda llama ha sido rechazada a sus entrañas, a una profundidad sustraída a la evidencia. Ignorada de

¹⁸⁰ Platón, *Leyes XII*, 966e; 967a.

¹⁸¹ Platón, *República VI*, 509b.

casi todo ese mundo, dominado por la luz. Porque la función más importante de ese retoño consiste en hacer que todo «ente» sea claramente visible. Antorcha de la inteligencia absoluta, inicia a la mirada en la distinción de lo falso y lo verdadero, de la sombra del cuerpo que ella repite, la copia de su modelo, el reflejo del original. Apropiándose de algunos privilegios y derechos maternos, el hijo sale sobre todo a su padre, al que imita en todo, de la manera más ventajosa para él.

Sol, éx-taxis de la cópula. Causa de todo cuanto es. Foco del goce reducido al deslumbramiento del ojo. Receptáculo luminiscente. Matriz para la reproducción de imágenes. El apareamiento, *lúcido*, ya no engendrará más que apariencias, se limitará al (re)alumbramiento de representaciones más o menos adecuadas, cuyo soporte seguirá siendo exterior, ya no entrará *dentro*. Materias siempre descomponibles, cadáveres cuya membrana del ojo ya no sufre por la intromisión.

* * *

El placer se eleva, y se sutiliza. Se multiplica, casi instantáneamente. Tiene lugar en el abrir y cerrar de ojos. Rápida conjugación, complicidad con el Sol para el reconocimiento de las *formas*. Por supuesto aún terrestres. Prenda y sueldo (*gage[s]*) sin embargo de la medida de la relación de todas las cosas con el Bien del Padre. Reaseguro, inmediato, de la participación de la inmutabilidad de su potencia. La cual, por supuesto, no conoce modificación de sus atributos, ningún cambio de morfología, detumescencia alguna. Siempre idéntica a sí misma, sin accidentes.

Semejante constancia excede, a decir verdad, un punto de vista todavía mortal. Lo que cotidianamente se ofrece en espectáculo es más variable. Se transforma con arreglo a la distancia desde la cual es examinado: a veces más pequeño, otras más grande. Es más, aparece más pequeño o más grande, más grande o más pequeño, sin que la proximidad o la lejanía tengan nada que ver¹⁸². Percepciones «desconcertantes», al menos «para el alma» y «que precisan un examen». Que la vista tolere que lo grande y lo pequeño no sean, forzosamente, términos distintos, separados, sino que uno puede devenir el otro, *tránsito equívoco*, esto es lo que trastorna el intelecto. Asimismo, encuentra inadmisibles, si es que hay que recurrir a otro sentido, que la misma cosa pueda «dar una sensación de dureza, y una, a su vez, de blandura»¹⁸³. Son éstas experiencias preciosas, que «ponen en movimiento la reflexión», que «invitan a la acción del pensamiento», que «afectan al mismo tiempo a los sentidos con impresiones contrarias entre sí»¹⁸⁴. De esta suerte, el ojo aprenderá pro-

¹⁸² *Ibid.*, VII, 523.

¹⁸³ *Ibid.*, VII, 524a.

¹⁸⁴ *Ibid.*, VII, 524d-e.

gresivamente, desconcertado por las contradicciones que se le presentan, a desplazar hacia las ideas el envite de su mirada. Fijas. Para apreciar más rigurosamente cuanto corresponde a lo «grande» y a lo «pequeño», será inducido a abordarlos únicamente armado del instrumento matemático. Saber estimar la magnitud real *es una cuestión de ciencia*. Se trata de calcular la relación de la cosa en cuestión con otra, algunas otras, del mismo tipo. Y si se es incompetente en la materia, conviene acudir a un especialista.

Pero para una medida, un valor, es preciso dirigirse por supuesto al *patrón*. Éste, por desgracia, no está dispuesto a exhibirse, dicho sea por el bien de todos. Su magnitud supera todo cuanto la naturaleza puede pretender. No es que se niegue a presentarse, sino que su actividad no conoce límites intrínsecos. Pero, ante todo, no tiene ninguna necesidad, deseo, de manifestarse y de crear. Su ser y su perfección se bastan. Si lo hace, es pura benevolencia. Bondad restringida porque no puede ejercer plenamente su potencia. Es inconmensurable con el mundo, la extensión del universo. Ningún receptáculo puede satisfacerle, ni es capaz de acogerle por entero. Asimismo, a cada uno corresponde imitarle con arreglo a su «intuición» y «en la medida de su poder». En cuanto al hecho de «poseer siempre y manifiestamente las mismas relaciones, ser siempre idéntico a sí mismo, sólo conviene a las cosas más divinas, mientras que la naturaleza corporal no pertenece en absoluto a ese rango... de donde se desprende que le resulta imposible ser totalmente ajeno al cambio»¹⁸⁵.

Así, pues, las formas que se proponen a la mirada –y por lo demás a todos los sentidos– están sometidas a modificaciones. Alteraciones que evocan su carácter, todavía mortal. Ante estos fenómenos de crecimiento y disminución, de debilidad en la elevación, de (re)caída final en otro cuerpo, que amenazan a todo ser vivo, ella puede, facultativamente, comenzar a precaverse evitando toda tensión por ser demasiado rectilínea, todo tropismo por ser demasiado lineal: de un principio a un fin, de un nacimiento a una muerte, y viceversa¹⁸⁶. Sometiéndose más bien a «un movimiento circular, el que menos se aleja del movimiento sobre sí mismo»¹⁸⁷. Que imita, en cierto modo, el movimiento que el demiurgo imprime al mundo. Dando, como suele decirse, una vuelta de campana* o, incluso, haciendo la rueda**. Girando, indefinidamente, alrededor de su eje, de su centro, sin otro desplazamiento. Pero «imprimirse perpetuamente a sí mismo una rotación es prácticamente imposible para ningún ser, salvo para aquél que por el contrario conduce el movimiento

¹⁸⁵ Platón, *El Político* 269d-c.

¹⁸⁶ Platón, *Fedón* 72b.

¹⁸⁷ Platón, *El Político*, cit., 269e.

* «*Faisant le soleil* [sol]», en el original. [N. del T.]

** «*Faisant la roue* [rueda]», en el original. [N. del T.]

de todo el resto»¹⁸⁸. Sólo Dios gira eternamente formando un círculo sobre sí mismo. A aquello que entre los mortales más se le asemeja: el universo, el sol y el alma de los hombres, él otorga en cierta medida ese privilegio.

La propedeútica, además, se ocupa de iniciar en las numerosas piruetas, volteos. En la *circularidad*, oculta, de su proceso. Por otra parte, se ve agitado de progresiones y regresiones constantes, a menos que haya llegado al caos de una naturaleza que todavía no ha conocido la intervención divina¹⁸⁹. De esta suerte, el alma de los hombres comenzaría tal vez a escapar de las vicisitudes que son el destino de los entes de este universo. Con la condición, no obstante, de dirigir su «mirada» únicamente hacia las formas ideales.

Todavía no hemos llegado allí. Aunque el tiempo apremia para llegar. Porque la visión del sol «en su lugar propio» corre cabalmente el peligro de haber arruinado ojos todavía sensibles. Ojos encantados, extasiados, abiertos a su total consumición. A menos que ella los haya vuelto a cerrar para siempre en una oclusión, defensiva, del diafragma ante semejante esplendor. Pérdida, en todo caso, de la entreabertura –antrobertura– que regularía la adaptación a la cantidad de luz, a su cualidad, a la distancia de su fuente, así como a la magnitud de las formas que han de ser reproducidas. Golpes de sol que pueden destruir cuanto todavía no está lo bastante helado por el «como» o el «como si» de la metaforización. Desastre de la heliogamia para la membrana demasiado orgánica del ojo. Tejido vivo no apto para recibir el resplandor de un astro tan ardiente.

El sol hace su aparición, sin duda, en este momento para recordar que toda hierogamia exige la renuncia a esta vida, a esta tierra, a esta mirada. Es preciso reorganizar toda esa materia, animada, para que el Ser se imponga en su verdad. Sólo los muertos ven a Dios. Miradas abiertas desde entonces a la eternidad de lo invisible que los todavía vivos volverán a cerrar, finalmente paralizados. Lo que aquellas observan no puede, por supuesto, aparecérselas. No pueden percibir lo que es. Así sucede con el sol, de cuyo «τί ἔστιν [qué es]» ninguna mirada dará cuenta, mientras que apenas lo hará de «οἶον ἔστιν» [*oion estin*]. ¡Cual es! Exclamación que corta el aliento. Suspende, bruscamente, el desarrollo de una elocución, el hilo de un inducción, o deducción. *Elipse del ser*, que no puede representarse tal y como es. La cópula *deslumbra* a todo «sujeto», especialmente sobre su demostración. En esa ceguera, esa *grieta* del acto de visión, brilla el ser. Cuyo resplandor es encubierto por la pretensión del «sujeto» a la propiedad de sus atributos. La cópula borra, al fin y al cabo, toda certificación relativa a los atributos, nunca plenamente adecuados. Se los enumeraría, al infinito, y su suma sería inagotable. Se repetiría, in-

¹⁸⁸ *Ibid.*

¹⁸⁹ Cfr. el mito del *Político*.

definidamente, la operación de la prueba, y la totalidad de esas ejecuciones no equivaldría a aquello que empuja a realizarlas. El ser interrumpe la simplicidad de la relación consigo mismo, altera la presencia. El ser esquicia al «sujeto» de todas sus representaciones, de todo predicado. Lo proyecta sobre la pantalla de sus espejismos –ύστέρα invertida, retrovertida de Platón– o le devuelve a lo que estaría detrás de él, antes de su constitución como entidad, como nombre propio. Sólo Dios que rechaza toda determinación y no tiene nada detrás suyo, nada más recóndito que él, es. Extrapolación de la cópula de toda existencia. De todo lo que es, efectivamente. Que ha sido, un día, concebido.

De hecho, este retraso de la conciencia respecto al momento de la concepción no se recupera jamás. Ni tampoco puede evitarse, acudiendo a la memoria, ni siquiera en sus visiones. Intuiciones deslumbrantes de una mirada irreflexiva, que todavía no ha sido reflejada, medida en metros. Se dice también en la arrogancia de un logos aún no prevenido del proceso de su gestación, in-fans en lo que atañe al misterio de su (re)producción. Que *rodeará*, encarcelará al «sujeto», cual el amnios, el útero, la madre, con los cuales no ha querido contar. Pues pretende bastarse a sí mismo. O no ser asistido más que por su padre, no estar en deuda más que con su ley¹⁹⁰. El receptáculo en el que el padre inscribe sus voluntades, proyecta sus semillas de verdad, no se designa *como tal* en el presente de la palabra. No se puede hacer una referencia explícita al mismo en cada tiempo de progresión del discurso. Nada le denomina en la realización del enunciado, y sin embargo sub-tiende su formación, sus transformaciones. Ningún sentido propio, nombre propio, dice *la matriz* de ningún discurso, de ningún texto, las leyes incluidas. Esa necesidad de su (re)producción está ausente de lo que él expone. Eclipse de la madre, del lugar (del) devenir, que sostiene con su no representación, incluso con su (de)negación, el ser absoluto atribuido al padre. Que ya no se funda en nada, fuera de todo comienzo. Entre esos dos abismos –nada/ser– progresa el lenguaje, consiste toda morfología, que prosigue/persigue el vaciado de la madre. Enumerando todos los «entes» formados en ella, sus propiedades, para atribuirlos al padre. Conforme a su deseo, a su ley.

La madre, afortunadamente, no se acordará. Siempre virgen para las nuevas marcas del padre, que ella olvida al mismo tiempo. Inestable, inconsistente, versátil, infiel, ella se prestaría igualmente a recibir en sí a todos los seres. Sin dejar huellas. Sin memoria. Ella misma sin figura, sin rostro, sin forma propia, so pena de «ofender con su propio aspecto» a algunos seres que entran en ella, «reproduciéndolos mal»¹⁹¹. Así, pues, ella no es nada, pero participa de todo: «del fuego, vemos cómo

¹⁹⁰ Es el caso de Sócrates, que se dice hijo sólo de las leyes.

¹⁹¹ Platón, *Timeo* 50e.

aparece en cada caso la porción en ella encendida; la que está mojada, esa es el agua; tierra y aire, ahí las vemos también, con tal que ella reciba las imitaciones de esas esencias»¹⁹². No puede decirse, hablando con propiedad, que ella imita porque ello supondría una intención cualquiera, un proyecto, un mínimo de consciencia. Ella (es) puro mimetismo. Lo que siempre es cosa de las especies inferiores. En cuanto a lo inteligible, ella participa de lo mismo «de una manera muy molesta» y que «cuesta verdadero esfuerzo comprender»¹⁹³. Necesaria para la definición de las esencias, su función exige que no tenga, en lo que a ella respecta, ninguna definición. Invisible, pues. ¿Cómo el padre? El origen de lo visible se sustrae a la representación. Ella está en exceso en relación con toda identificación de presencia. El «más allá» de la madre, sin embargo, no puede medirse con el del padre. Es importante discriminarlos so pena de conflictos de precedencia, de una crisis de autoridad. La potencia del padre debe suplantar a la de la madre para que el orden sea mantenido. Pero de la economía respectiva de esos dos excesos, excedentes de «presencia», se debatirá poco. Parece que la decisión ya ha sido tomada, y no debe ser, aquí, impugnada. La cuestión ya ha quedado zanjada en otra parte. En «otra» escena, que informa ésta, sin que ésta lo sepa, o a sabiendas¹⁹⁴.

Asimismo, parece ya decidido que *la relación de la madre con lo especular* no debe ser planteada. Sin embargo, el espejo es cabalmente aquello que, sin memoria, sin recuerdo de ningún tipo de huellas o impresiones, re-presenta la imagen de quien se presentara ante el mismo. Del mismo modo, se ha tenido esmero en «aplanarlo y volverlo lo más liso posible»¹⁹⁵ para que refleje todas las figuras sin deformaciones debidas a su naturaleza propia. Y no tiene, en lo que atañe a lo inteligible, otra función que la de definir sustrayéndose en ese proceso a toda caracterización específica. Por supuesto, puede ser designado como «ente sensible», e incluso «inteligible», pero no en tanto que produce la vero-similitud de todo «ente».

Que todo esté ya mermado por la semejanza: eso es lo que el padre no acepta –ni para él, ni para su palabra–, él, que se piensa eternamente idéntico a sí mismo. Él prefiere ser (su) espejo absoluto, reflejar(se) in(de)finidamente a sí mismo. *Como patrón de todo cuanto es*. ¿Por miedo de una alteración en algún espejismo siempre susceptible de deformar, de transformar? Pero él pretende aún ser (su) fuente. *¿Es el Ser un espejo? ¿O una fuente?* Aporía especulativa. El «sujeto» –el ser– ha devenido ya re-curso de especularizaciones. El predicado, los atributos –espejo, fuente–

¹⁹² *Ibid.*, 51a-b.

¹⁹³ *Ibid.*, 51a.

¹⁹⁴ Cfr. todos los enunciados sobre la función de la mujer en la ciudad, y sobre la necesidad de que renuncie a la especificidad de su «género» para poder participar en la vida pública. Así en *La República*, V.

¹⁹⁵ Platón, *Timeo*, cit., 50c.

demuestran ya, salvo anomalías, una relación de pertenencia al «sujeto». La cópula –es– re-pone en juego la operación especular. Si el «sujeto» del discurso es el padre, él es el re-curso de todas las especula(riza)ciones. Lo importante es que no sepa que, un día, lo *ha devenido*. Que tuvo necesidad de una *conjunción copulativa* para (comenzar a) ser. Asimismo, nunca verán al Padre aparecer, salir a la luz, a la existencia. El Padre es, desde siempre, pura especulación. Lo que escapa a lo ojos de un cuerpo, aún mortal, por supuesto. Armonía, sustraída a las miradas de los simples ciudadanos, del ministerio de los fondos públicos. So pena de que la percepción se vea obligada a pedirle cuentas, a confiscarle, eventualmente, una parte de sus bienes, de su Bien. A desmembrar su valor, su capital. A repartirlo entre *dos géneros*, al menos, de recursos, de especula(riza)ciones. El logos ya no sería tampoco sencillamente, para él, el medio de traducir exclusivamente sus voluntades; de establecer, de definir, de reunir en un Todo, sus propiedades. La Verdad perdería su carácter *unívoco*, e universal. Podría ser *desdoblada*, por ejemplo. Tendría, al menos, un *envés*, un *reverso*, que apuntalaría su constitución en cuanto tal. Otra cara, en todo caso, aún oculta. ¿Otro foco? ¿Otro espejo? Ya no se sabría bien dónde mirar, dónde volver los ojos (del alma), para ver con exactitud. Se perdería la cabeza. Así, pues, más vale –dice, en su sabiduría– que la luz le esté reservada exclusivamente. Él la dispensará bondadosamente. Iluminando la tierra, la mirada, el alma. Calentándolas y fecundándolas a su capricho, con benevolencia. Pero dejándolas, por una parte, en la oscuridad. Entregándoles la noche, los sueños, los fantasmas, los simulacros.

De esta suerte, el sol, en su lugar propio, es sin sombra. Son los «entes» terrestres los que, debido a su resistencia a la luz, engendran sombras. Una mirada aún miedosa, o poco prevenida, reconocerá allí la «presencia» del sol al que no puede mirar de frente, cegándose. Y puede ser que la iluminación solar desvíe de su espectáculo y remita a *dobles más oscuros*, menos emparentados con la fuente de luz. Ésta no deja de ser por ello, en lo esencial, su origen. Asimismo, ella es la causa de su reflexión en/por la luna, y de sus reproducciones en la superficie de la tierra, del mar, naturaleza menos brillante que el astro que la domina. Causa, pues, de las sombras, de los reflejos, de las imágenes. Impotencia(s) de los «entes», y de la mirada, ante la omnipotencia.

Y, puesto que es preciso que nada escape a su principio, aquella lo es también de los simulacros. Decadencia en la caverna de los retoños del padre. Re-caída en esa casi-madre a la que está prohibido ir a riesgo de olvidar la medida (de la sola ley del Padre), so pena de que las impresiones de la memoria se confundan y de que ya no se sepa dónde está lo verdadero y lo falso, el bien y el mal, lo bello y lo feo, ... De la vida, del nacimiento. Del ser. Opiniones desde ese momento poco seguras, confusas y variables. Sombras inestables, y difíciles de distinguir: fantasmas. Seduc-

ción, adulteración de la Verdad, que prolifera en representaciones cada vez más bastardas. Desde luego, la puesta en escena ya ha transformado el lugar original. Y el «hijo» sólo penetra en el mismo so capa de artificios. Su poder ha sido manipulado de antemano, sus emblemas fetichizados. El hombre no regresa a la madre sino prevenido, oculto, a hurtadillas, tras un telón. Y no expone a sus abismos más que una erección convertida en efigie, estatuificada, momificada. A menos que vuelva a caer cautivo de los mismos. En cuyo caso, paralizado, encadenado, hechizado, contempla sobre el fondo del antro la sombra de «figurinas» fabricadas por magos a imagen suya y de ellos. Hábiles imitaciones de la procreación del demiurgo. Proyecciones fascinantes porque han sido *desviadas* en su relación con la causa, en el proceso de engendramiento de la Causa. Porque han sido, pues, pervertidas. Y porque de tal suerte han ofrecido a la interpretación –con tal que pudiera volverse– la per-versión inscrita en la representación.

Ahora bien, ¿quién sabe que la perversión siempre ha tenido lugar de antemano? Que la ὑστέρα ya ha sido invertida, por ejemplo. Y que Sócrates se sirve de ello como de un subterfugio –mítico, qué casualidad– con fines pedagógicos no impide que se vea atrapado en su juego. En ese juego. *El análisis de la proyección nunca habrá (tenido) lugar.* Lo que ella oblitera, hechizante, de la *inversión especular* nunca será evaluado en su precio. El Ser, La Verdad, el Bien, la potencia del Padre no sufren de ninguna posibilidad de inversión completa. Se perpetúan, se manifiestan, eternos en su *rectitud*. Sin envés, reverso. Y el receptáculo, lugar del devenir, no se acuerda de nada. De lo contrario daría fe –¿tal vez?– de la irreductible inversión que se produce en la especula(riza)ción, y en la reproducción de toda impresión, de toda huella, de toda forma, aunque fuera ideal. El olvido del devenir de la Idea es exigido por la ignorancia del proceso de su inscripción, por el recubrimiento del espejo que siempre la ha reflejado de antemano. No ha de saberse –bajo ningún concepto– lo que el engendramiento del «hijo», del logos, por el padre debe a la inversión. Ni que la madre es el lugar en el que ella se produce. Que aquella la hace posible, practicable, que la sostiene con/en su «inconsciencia». La madre, afortunadamente, sería sin memoria. Sometida a todos los (nuevos) proyectos, ciega a todas las (nuevas) proyecciones. Pantalla-soporte que ampara sus proliferaciones.

Pero el imperio del padre prohíbe al «hijo» encontrar en ello complacencia alguna, o incluso autosatisfacción. Si se entregara a ese tipo de placer, esto es, a encontrar su bien de otra manera que en la búsqueda de adecuación a la imagen de aquel único que desde tiempo inmemorial le ha concebido, sucumbiría a la «locura». Prisionero, para siempre, de los abismos de la sinrazón. Incapaz de ver claro, de desplazarse, de caminar, e incluso de mantenerse en pie. Y en cuanto a aquél, aquellos –no hablemos ni siquiera de ella, que no está allí sino a título de decorado que asegura el funcionamiento de la escena– que le hubieran iniciado en tales prác-

ticas, abusando de la/su (de él y de ella) morfología para descarriarle del trabajo de reminiscencia de las Ideas, serían desterrados de la ciudad. Condenados públicamente por su desprecio, o su incomprensión, del ejercicio de la ley. Porque bajo ningún concepto –seguramente ya se habrán dado cuenta– el pedagogo desatenderá el «cuerpo» del niño. Pero es importante que sus relaciones estén al servicio de lo Bello, del Bien. Que tengan por meta –τέλος– una elevación hacia el Padre. Lo que excluye que se frecuenten en un lugar que re-su(s)cita de alguna manera la órbita materna, mientras no haya sido completamente exorcizado el sueño de un nacimiento todavía mortal. Deseo de regresión al interior de una «nodriza», una matriz, demasiado material, demasiado informe, para re-producir sin errores, sin manchas, sin tacha –puntos ciegos en el ojo (del alma)– los tipos ideales. Ὑστέρα [caverna] en la que la concepción no es simplemente *in-maculada*. Lo que engendra numerosos fantasmas cautivadores de una mirada, un alma, todavía sensibles, de los que el preceptor de filosofía –pederasta, a decir verdad– librará al niño. Arrancándole en el parto de aquel caparazón demasiado natural hasta que lo ex-pulse con el pie, en el curso de su erección. Cerrándole el paso, además, a toda nostalgia de retroceso, de retorno, a cuanto pudiera haber sido anteriormente ocupando, manifiestamente, su parte trasera. Orden de progresión que se trata, ahora, de observar rigurosamente so pena de perderse en otras vías. Ahora bien, este momento es crítico para el porvenir de la razón.

* * *

En efecto, ha llegado el momento en que el hombre, «después de todas las (sus) pruebas», «podría *reunir*» –relacionar de manera lógica: συλλογίζοιτο– sus pensamientos a propósito del sol y *juzgar* –concluir, por consiguiente– que él es el que produce las estaciones y los años, él, que gobierna todo cuanto se encuentra en el lugar ahora contemplado, *visible* –por no hablar del «mundo» descubierto gracias a la «luz natural»– (pero) él que es además, en cierto modo, la *causa* de *todo* lo que los prisioneros de la caverna tienen ante sí –«de todo lo que les cautivaba, les encadenaba con su seducción». Y así lo *resolverá*, es evidente –con o sin «claramente» (δηλον [*dēlon*])–, una vez que haya/hubiera dejado tras de sí todo lo que no es más que sombra o reflejo.

Después de que todos los sueños, todos los fantasmas, todos los simulacros, hayan sido condenados por él como chiquilladas. De que él les haya ajustado definitivamente las cuentas. Antes bien, de que ni «sombras» ni «reflejos» tengan ya derecho a su consideración, gocen ya, para él, de crédito alguno. De que haya levantado la hipoteca de su existencia, interpretada como un momento en la conversión a la νόησις [intuición intelectual]. Capaz, desde ese momento, de resolver con plena cla-

rividencia qué es y no es verdad. Una vez que su mirada se ha acomodado progresivamente a la contemplación de su (único) Principio. Luz insoportable para la membrana demasiado orgánica del ojo. Cuya visión, además, está siempre limitada por una órbita cavernosa. Tiene lugar, asimismo, en una cámara oscura. Está sometida a un juego de cristales que desvían los rayos luminosos y que rompen, doblan sus trayectorias, reflejadas e invertidas además en una pantalla de proyección. Chorros que habrán sido limitados, de-finidos de antemano en su intromisión por un orificio más o menos entreabierto. A veces su intromisión se habrá vuelto incluso impracticable por la intervención del parafragma (del) párpado. Y, además, algunos habrán sido dispensados en vano: esterilidad de un punto ciego incapaz de reproducir las semillas (sin embargo) eternas del Padre. Pues todo enfoque resulta mortificante para su omnipotencia, que no sufre ninguna determinación ajena a su esencia.

De esta suerte, lo sensible –todo órgano todavía sensible– es impropio en su particularidad para la heliogamia. Para el alma, al menos su parte más elevada, la cuestión sería distinta. Sólo a ella correspondería por naturaleza asegurar la función hiero-gramática. Ideo-gramática. No sin el trabajo de la reminiscencia, que la restauraría en su verdadera esencia. Sin memoria de un pasado, salvo del más anterior, más realizado, más perfecto, de todo cuanto un mortal puede, en el tiempo, concebir. Devuelto a la evidencia de lo que, antes de su re-caída en un cuerpo, era: el Ser. Que no se encarna nunca en cuanto tal. Es, pues, rigurosamente sin sombras, reflejos, imágenes, de sí. Que dejan esos (sus) dobles a quien, a lo que persiste en cobrar una forma material. Ser, reserva de no nacer. Completitud de quien, de lo que nunca ha cobrado figura específica, de lo que no ha sido engendrado en una matriz empírica. *Unidad, totalidad, entidad, de lo que/quien se sustrae a cualquier conjunción.* Que *pretende* suplir a todas, pero que no habrá (tenido), por su parte, nada de común con alguna(s) relación(es) enumerable(s). Matriculado [*Im-matriculé*]. Perfección de una cópula que desafía los modos, tiempos y vías de los enlaces. De las concepciones... Invertiendo las relaciones del «sujeto» con su/sus «atributo(s)» y, re-machando en esa inversión, retroversión del «origen», la escenografía. Fállica.

La filosofía se ve ahora invitada a esa tachadura del comienzo. Al menos si quiere alcanzar el grado más alto de su ascensión. Pero a esa erección, aunque ésta sólo está destinada a la parte superior del alma, el hombre no llega sin riesgos, de recaída(s) en particular. Estremecimientos todavía sensibles. Recidivas de la atracción hacia determinados cuerpos, de inclinación hacia los simulacros, los fetiches. Y por ende recrudescimiento de sueños, de fantasmas que vuelven a taponar con un velo la pureza de la inteligencia, agitándola en sentidos contrarios. Inseguro de lo verdadero y lo falso, del bien y del mal,... De lo que es realmente y de lo que aparece, vero-símil. Dudando de todo hasta llegar a hacerlo, escéptico, de la mera existencia

de impresiones materialmente perceptibles. Marcas de placer pero también de dolor, que para quien se ha adentrado en el camino hacia una mayor luz se manifiestan siempre como resplandores. Que le fascinan sin medida. Éxtasis patológicos. Desequilibrio(s) en la armonía del alma que provoca su atracción por «entes» desproporcionados respecto a lo que domina, ahora, su organización: el discurso del Padre.

De esta suerte, él ya no puede regresar sin más a lo que ya ha dejado tras de sí. Por más que nunca haya conocido exactamente la puesta en juego [*enjeu*]. En llamas [*en feu*]. Por más que haya sido prematuramente apartado, arrancado de allí por las convicciones de un amo/maestro. Seducido, sin saberlo, por la autoridad de un profesor de filosofía, que a veces abusa un poco de su poder. Recobrando del niño –de la infancia– cuanto necesita para asegurar el proyecto de su curso, para continuar balizando las vías de la razón con arreglo a una óptica geométrica. Utilizando su «alma» receptiva, matriz aún intacta, para emitir en la misma semillas de verdad, cuyo rebrote, resurgimiento, queda garantizado por el vigor de esa tierra, siempre virgen, que aumenta la fecundidad de su seminario. Que le devuelve, además, un eco embellecido, idealizado por la creencia de la juventud. Fascinación, amor, recíproco –pero habría que cuestionar el estatuto de ese «reparto», calcular lo que se pierde y se gana en la participación de cada «sujeto» en los «atributos» del otro, en la inversión que supone esa operación –que se incrementa, se exalta, sin cesar. Inspirando a su primogénito para que empuje lo más lejos posible, ante él, el «cuerpo» del adolescente hacia un deslumbramiento irreflexivo, en un transporte sin retorno. En el que participa, pero que contempla, observa, (re)cobrando allí su bien. Goce, por supuesto, al servicio de su enseñanza, consentido en la medida en que le permite avanzar por sí mismo en la exposición de los derechos y propiedades del padre. De los que nada dirá, sino que habrá dado a entender, desconsideradamente, en sus acciones, en sus pasos a la acción –que escapan, por encima de toda sospecha, a una causa racional–, que aquellos exigen una transposición para (re)producirse.

De esta suerte, «la imagen del padre» reaparecerá en el «alma», salida de sí, del hijo. Se manifestará, en el mejor de los casos, en la *inconsciencia*, siempre y de nuevo *infantil* del «hijo». Si no él sabría –él también– lo que aquella debe y niega a la proyección y a la inversión especulares. Habría reconocido ya que «el padre» es lo que se reproduce en él para (no) contemplarse en su ausencia (de sí). Recubrimiento *de un punto ciego* de la conciencia, que él desconoce pero/y que prescribe, indefinidamente, la repetición del mismo proceso. Deseo de (re)tornar allí donde brilla lo que, desde siempre, le hace salir de sí. Sueño de re-apropiación (de sí) que pasará por la identificación –rigurosamente imposible– con el espejismo del ascendiente.

Lo que impone la prescripción de no volver jamás hacia atrás. De no descender nunca más a la tierra, antes de haber realizado, *concluido al menos una vez*, el peligro de esa «ascensión». De caminar, sin detenerse, hacia el «sol», ignorando la sombra que éste proyecta aún, *detrás*. Doble (de sí) que conviene desatender para perseverar en su elevación. Dejándole *a la extensión*, todavía *material, del camino* que vuelve a atravesarse, a remontarse *en sentido inverso*. Abandonándole asimismo, ¿tal vez?, en provecho del pedagogo que asiste a esa progresión. Siguiendo desde más o menos lejos el trayecto, modificando eventualmente el paso. Vigilando las repercusiones de esa marcha, de ese método, para exponer por otro lado sus reflexiones, pero incitando al «candidato» a renunciar a toda observación, evocación, figuración autónomas en su aproximación. Condición indispensable para alcanzar la pureza de la concepción, la única autorizada en filosofía. De esta suerte prosigue su «prueba», que cuenta con la garantía de éxito de su ceguera ante todo cuanto le rodea. La mirada exorbitada sobre aquello de lo que no tiene, ni tendrá, ninguna representación definida: el deseo del padre. Que no aparece nunca en cuanto tal, sus trayéndose a toda información adecuada, exhaustiva. Reserva de ser, exceso respecto a toda re-producción (de sí). Ni que decir tiene que él delega en su retoño, el Sol. Y es preciso contar con su resplandor para intentar salirse con la suya. Que vuelve inoperante la visión, provoca la impotencia teórica. Y además sería preciso que brillara, que la noche no sea. Y, por otra parte, la iluminación solar no constituye nunca más que una etapa en la demostración. No es posible permanecer allí, llegar a conclusiones a partir de impresiones tan sensibles, con creencias tan visibles, todavía «aparentes». ¿Cómo continuar, a partir de ahora, su elevación? ¿Alcanzar un nuevo término en la progresión?

Lo que el niño no ve, porque nunca se presenta de forma evidente, es que a él se le pide devenir, ser, el «hijo», es decir, devolver al «padre» una imagen de sí. Ahora bien, ¿quién (es) el padre? ¿Dónde (está) el padre? El Padre es. Pura especulacion. Lo que no se re-presenta nunca sin más. Y si alguien –un pedagogo, por ejemplo– ocupa, usurpa su función, nunca lo hará sino en tanto que pretende hacer de referencia, de garantía para la llegada del hijo «al mundo» de la filosofía. No es, en cuanto tal, más que (el) aval otorgado a *ese* co-n(a/o)cimiento. Ahora bien, «el padre» desafía *toda particularidad de formalización* de su mandato. Con independencia de su relación con la economía de la(s) representación(es), a lo que hace que ésta sea practicable, que se perpetúe. Que vuelve a fundarla, a decir verdad, sobre un abismo que no se entredivisará [*entr'apercebra*] –no se antroabrirá– sin más. Proyección al infinito –(la) Idea (de) Ser ((del)) Padre– del misterio, y de la histeria en la que se (re)produce la concepción. Ceguera sobre el original que es preciso conjurar fijando los ojos sobre la luz pura, hasta no ver ya (nada) –*sombra recobrada/reperforada* [*retrou(v)ée*]–, hasta sobrepasar el poder de una membrana,

todavía sensible, y redescubrir la mirada del alma. Ἀ-λήθεια. Reminiscencia del éx-tasis ideal, intuición de esencia(s), que (re)conduce al «hijo» fuera de sí, al/a los nombre(s) del Padre. Comienzo ante todo, todavía empírico, de su historia. Goce de lo más verdadero que re-ilumina, finalmente, la pantalla-soporte para proyecciones ideo-lógicas: el alma, que oscurecía la materialidad de un nacimiento demasiado natural.

Ahora bien, ¿qué deviene, entonces, la madre? La madre (es el) devenir de la (re)producción, que progresivamente se «levanta», se endereza, se sutiliza. Se idealiza, no sin trastorno: concepción no sólo eterna, sino en/mediante la cual la muerte misma engendraría la vida.

Monopolio de las asignaciones familiares. Monopolio también (de) óptico/a. La ocultación del germen bio-lógico pertenece en lo sucesivo únicamente al padre, que alimenta a sus hijos con su palabra hasta su decisivo re-nacimiento. En cuanto al lugar en el que inscribe ahora sus voluntades, el alma (del hijo), ésta no es, en su parte más elevada, más que una matriz para su imagen, seguridad de la perpetuación de su identidad consigo mismo. Por supuesto, necesita ese resto de encarnación para subsistir, al menos durante esta vida, todavía terrestre, todavía sensible. Pero la vuelta (de campana) hacia el/del Otro, que todo lo transforma en cristal(es), es garantía de una transparencia absoluta de su Ser. Beatitud en la que le/se contemplarán infinita/indefinidamente sus hijos. Especula(riza)ción, finalmente, sin imágenes, sin representaciones determinadas, sin sombra de un reflejo, suponiendo todavía la intervención de algún cuerpo. Irradiación liberada, asimismo, de los puntos de vista, delimitaciones defensivas, restricciones de principio requeridas por órganos demasiado naturales. Todo el campo de la mirada, *profundidad incluida*, será igualmente inundada por una luz dispensada, igualmente, en su omni-potencia. Sin deformación, transformación, ni pérdida ni, tampoco, ceguera, trastorno de ningún tipo. *Confusión extrema de la visión y de la mirada –del padre y del hijo– en una exquisicia mortalidad**.

En cuanto a aquellos que hubieran dejado de acordarse de nuevo de la fuente del único Bien, serían entregados «al mundo», abandonados a la tierra, presa de las vicisitudes, destino de las sombras. Sepultados, tal vez, en algún agujero oscuro al que les atraen, en el que les retienen, todavía, sus sueños y fantasmas.

Sin embargo, aún no hemos llegado allí en absoluto. Aunque el «tiempo» nos apremia a elegir. A decidir. Sobre lo verdadero y sobre lo falso, del bien y del mal,... Sobre del sentido de la vida. ¿Ésta? ¿La otra? Del origen de la concepción. ¿Cuál? Es preciso, todavía un poco, dar crédito a las órdenes del preceptor. Que sigue la marcha cada vez más peligrosa del niño, impidiendo que se desvíe y vea así que *el*

* «*Ex-schize*», en el original, que se pronuncia casi como «*exquisite*» [exquisita]. [N. del T.]

hombre que entrega a la tierra se alarga cada vez que da un paso hacia el sol, que el punto ciego que la pantalla de su cuerpo proyecta sobre el camino aumenta a medida que su mirada se ilumina. Oscuridad abandonada, detrás, a los cálculos de un amo/maestro que, de esta forma, sigue teniendo en cuenta la intervención de la opacidad material del «ente» en sus apreciaciones epistemológicas. Hipótesis –hipotecas– aún geo-métricas para alcanzar, por demostración, el orden infinito del Ser. Que se resiste, al fin y al cabo, a toda estimación proporcional de su esencia. Armonía rigurosamente impredecible. Que excede toda discursividad, cuyo ejercicio será en lo sucesivo patrimonio de la clase de filosofía.

Pero allí, en esa παιδεία solar, esa propedeútica todavía cosmo-lógica, todavía «física», el pedagogo habla poco. Su orden terminante, por más apremiante que sea, no alega un razonamiento, sino que empuja ante sí al adolescente en un deslumbramiento extático. El goce disfruta aún, aquí, de curso legal, pero está a punto de someterse, de esclavizarse a los imperativos de la Verdad. Que se muestra firme con las figuras de su dominación. Y si la escenografía es aquí tolerada, e incluso prescrita, supliendo a un discurso que no logra decir el Ser, es para que se re-produzca la inscripción de las formas ideales en el alma. A destiempo(s) de un goce que habrá agotado la mirada –todavía mortal– re-marcando en la ψυχή [alma] los límites de su campo. Contornos, negros, que delimitan la intuición de esencia(s). Luz cercada de manera decisiva por haber sido, para cada ente, una causa de saturación y extenuación extremas de la potencia del ojo: εἶδος [visión, idea]. La visión «natural» se tras-pasa, se re-atraviesa y se invierte, en su cima. El árbol ya no informará la mirada, la memoria, desde el punto de vista que un mortal puede tener sobre su elevación, apelando a y recordando otras observaciones, otras experiencias «sensibles» de sus atributos. Mismos y otros, a veces contradictorios. Pero la imposición violadora/violenta [violante] de una erección todopoderosa, que desgarrá el diafragma ocular que regula la entreabertura a la cantidad de luz, a la magnitud de la forma, inscribe *en la parte trasera y en el reverso* de toda visión, sobre la pantalla de proyección del alma, el encuadre inagotable de su morfología *ideal*. Estampado *fálico*, respecto al cual todo «árbol» no tendrá función sino de manifestación atribuible a su paradigma. Así sucede con «el árbol» y con todo «ente» todavía perceptible. Copia(s) más o menos adecuada(s) de un prototipo orto-grafiado en la memoria.

En lo que atañe a los «inteligibles», si su (re)inscripción depende más directamente de la fuerza de disuasión del logos paterno, exige pasar por la ceguera que resulta del exceso, que agota el ojo, de la producción de *lux*. Resplandor del Sol, mediación del retoño del Padre que realiza la operación de pérdida del *sentido de la vista*. Rayos deslumbrantes, imágenes de las proyecciones de semillas divinas de Verdad, que aniquilan la mirada todavía empírica del niño, que inscribe, *atrás*, la sombra de la *extensión* de su campo. Forzosamente limitado, en tanto que él es el

«hijo» y, lo que es más, mortal. Es decir, que todavía tiene algo de su/la «madre», del «lugar del devenir». Universo que no puede contener toda la potencia, todas las virtualidades germinativas del demiurgo. Así, pues, la reminiscencia de los «inteligibles» devuelve a antes de la concepción todavía material, matricial. Se trata de un asunto que ha de arreglarse «entre hombres». ¿Entre hombres, de verdad? ¿Y dónde está, entonces, la madre? La madre está allí *donde* eso se produce, reproduce. En *la membrana-pantalla* ocular *que se consume, y se consume* —en particular porque ella emitiría también, miméticamente, luz— por hiperactividad óptica. En *la mirada arrebatada* del «hijo», boquiabierto ante sus arreboles y su devoración por las antorchas ardientes del (Sol del) Padre. En ese *círculo*, ese *anillo*, que va a *acotar* el poder de difusión de los chorros luminosos: de cada uno introducido, entrometido, en *el punto de vista*, pero también de su infinita multiplicidad, regeneración indefinidamente prolífica que conmociona, llegando en última instancia hasta la ceguera, el espacio, el espaciamiento del campo visual desbordado. Por no hablar de lo que puede tener lugar, también, *en el reverso* de ese éxtasis, conminación sustraída, por el momento, a la evidencia.

En esa *muerte*, *pues*, que de nuevo atraviesa, y re-marca, la impresión todavía sensible. Receptáculo(s) que el monopolio de la luz, de la grandeza, de la potencia por «el padre» arruina con su excedente de poder, no dejando más que una franja de sombra que envolverá, para definir las, la claridad de sus Ideas. Pero las resu(s)citará a su vez, retrovertidas para inmortales especula(riza)ciones.

Así, pues, el niño de su/la madre está desollando las membranas porque son demasiado materiales, y las herencias porque son demasiado físicas. Sujeta(s) a la decadencia y la muerte. Y si su mirada esclarecida ya advertía atracciones más bajas y más oscuras, es preciso aún que se purifique de espectáculos demasiado terrestres, debe renunciar asimismo a otorgar cualquier tipo de crédito a un órgano tan finito. Tránsito al más allá que efectúa el deslumbramiento solar. *Que fuerza y aparta* cuanto regula su intromisión, su profusión, *quemando* el lugar en el que se produce. En esa violación, esa consumación y esa extinción de la visión y de la mirada se recuerda el alma, la «mirada del alma». Lugar de reminiscencia de las ideas eternas en el que se recobra la visión, inmediata, de las esencias. Lugar, pues, iluminado y iluminante, ocelado de formas ideales, de contornos inmutables. Puntos de vista, que estarían determinados de una vez por todas en la perfección de su rectitud, de/sobre el Ser que asigna la identidad consigo mismo de cada cosa, que establece su naturaleza sustraída a las vicisitudes de la existencia. Alma, *pantalla especular* que refleja (desde) un número infinito de ojos: Dios. Pupilas privadas ahora de su soporte natural y cuyo «bien» será decidido por la autoridad exclusiva del Padre. Que regularía, al fin y al cabo, el diafragma-abertura de la «mancha» —ojo simple (del) ocelo— que imita toda(s) las Idea(s) sobre la pantalla de reflexión de la ψυχή [psi-

que] pero que, además, aseguraría la armonía de sus relaciones –esfera de facetas múltiples (del) alma. Que comienza a girar sobre sí misma, como el demiurgo, para reflejar la pluralidad de la perfección del saber(se). Conjugando, así, los resplandores fragmentados de luz en una iluminación suprema. Amor del Bien del Padre, νόησις [intelección].

Ahora bien, ¿dónde está ahora el Padre? Pues «el Amor no tiene padres» y es el más viejo de todos los Dioses¹⁹⁶, y sin embargo «de los Dioses es el más joven»¹⁹⁷. Entonces, ¿el «hijo» reabsorbe en sí la/su génesis en una amorosa contemplación? Esto es lo que dicen. Para «ella» Amor sería antes bien el hijo de quien lo sabe todo, y en especial las astucias de la seducción, y de quién lo ignora todo: Pobreza. Hijo de lo amable y de lo cariñoso, concebido en función de su deseo (de ella)¹⁹⁸. Pero «ella» no es invitada a la propedeútica. Sin embargo, si la buscan bien, tal vez descubrirán algo de su exclusión y de su necesidad en el *diámetro* y el *enarcado* de la forma ideal, en los/esos *espejos* que reflejan la potencia divina, en ese *espéculo* que es el alma. Lugar(es) del devenir del Amor o del conocimiento noético. Éx-tasis de una cópula finalmente sustraída a la alteración de entrada en materia y, más radicalmente, ajena a toda alteridad, pura de toda alterancia. Porque, en este punto último, el Padre ya no afectaría, no continuaría afectando al devenir del hijo. La reminiscencia de la inscripción en él de sus Ideas, de su logos, da el último toque de perfección a la παιδεία [educación]. Es, en lo sucesivo, in-mortal. Por supuesto, ha (re)comenzado a ser(lo), en apariencias, lo que sólo es posible –se afirma– porque (lo) era siempre de antemano, antes de su concepción en la madre. Él, el Padre, es eterno, porque desde siempre se ha negado a nacer. Su ser, de resultas de ello, se perpetúa siempre idéntico a sí mismo. Al igual que su Bien, su Verdad, su Belleza. Su logos. Indefinida/infinitamente (de)finidos. Inmutables, inalterables.

* * *

Así, pues, participar de tales atributos marca un término en la progresión. Transporte en (la visión del) otro mundo, donde la marcha, el *progreso*, se extenuan. El *método mismo*, que todavía hacía las veces de la travesía que había que realizar, expira, llegado a su culminación. Ya no hay *corredor* –puerto, desfiladero, conducto, ascensión– entre el dentro y el fuera, el fuera y el dentro. Lo bajo y lo alto. La ἀρχή [comienzo, fundamento, mando] y el τέλος [fin]. La intuición eidética resuelve la interposición, la intervención, la mediación de un camino o trayecto cualquiera, la

¹⁹⁶ Platón, *Banquete* 178b.

¹⁹⁷ *Ibid.*, 195b.

¹⁹⁸ *Ibid.*, 203b-c.

necesidad de la entreabertura de un *diafragma*, (de)niega la perforación de un *parafragma*. Ella se produce, plenaria, en la inmediatez de la νόησις [intelección]. Sin demora, reglaje, ni «órgano» que difiera y mida la economía del goce, que se entendería a sí misma en su todopoderosa iluminación. Encanto del espejismo de la intro-yección (de lo) especular. Vértigo del imperceptible torneado en círculo en el orbe universal, constelado de puntos de vista absolutamente mismos, del campo de la mirada del Padre. Cuya morfología ideal excluye todo cambio, toda alteración o modificación, de óptica o de sentido, por ejemplo. Y, por lo tanto, autoriza la adecuación perfecta a su logos, la apropiación de/a su palabra.

Siempre que se pudiera, desde ahora, sustraerse a la existencia, adecuarse a/con la culminación del saber absoluto. Que confunde toda singularidad en la operación, extrapolada, de lo especular. Ignorando, desde ese momento, la especificidad de los reflejos, es más, del dispositivo especularizante, de la maquinaria especulativa, sustraídos así a las determinaciones, conflictos, y riesgos de revisión, de refundición, históricas «por ejemplo». Así, pues, la conformidad con el «discurso» del Padre supone para el hijo renunciar al devenir de «su» imagen, de «su» reflexión, de «su» biografía. Asimilándose (a) espejos cuya eficacia habría sido calculada siempre de antemano por el Demiurgo: de cada uno –arquetipo de la Idea, fija– pero también de su arquitectónica: jerarquía ascendente hacia el Bien (del Padre). Así, pues, los términos y la sintaxis de la ideo-logía estarían definidos de una vez por todas en su rectitud, con tal que el alma, la mirada del alma, haya sido encaminada en la recta dirección. Lo que exige, por supuesto, una conversión de todo el «cuerpo»; su sumisión decisiva y sin reservas a las visiones divinas. Τέλος [fin], finalmente, reinscrito en la ψυχή [psique]. Que, conforme a una nueva inversión, reenvolverá la «materia», desconcertando, una vez más, las oposiciones exterior/interior. «*El interior*» llega a redelimitar «*el exterior*» de un invisible, pero impenetrable, parafragma. Ὑστέρω de Platón, cercaenvoltura (de la) metafísica. Que se mueve siempre en círculo en el sentido de lo mismo. La eclíptica del «otro», que él interpretaría *al revés*, llegando a recordar diferencias, o diferendos¹⁹⁹. «Sombras» requeridas para escandir la economía fotológica del universo, medir su «tiempo», pero amenazando siempre con perturbar sus armoniosas circunvoluciones. Los movimientos de ese «otro», feliz y conforme a la infalible providencia divina, no tendrían lugar *más que en el interior* de la esfera de lo mismo, circunscritos en su órbita²⁰⁰. Impactos que nunca intervienen más que incidentalmente, *de manera oblicua*, y que (no) sirven (sino) para manifestar y confirmar el cerco de/por la identidad consigo mismo de lo Mismo. Ser. Que no se dejará des-centrar fácilmente, sobre todo en la fidelidad a la óptica filosófica.

¹⁹⁹ Platón, *Timeo* 36c.

²⁰⁰ *Ibid.*, 44b-c.

En efecto, ésta, para preservar la integridad de la imagen del Padre, retira a aquello que más se le parece en el universo el uso de todos los sentidos, generadores de alternancia. Le da, por supuesto, forma *esférica*, la más perfecta de todas las figuras y la más semejante a sí mismo, donde el último toque corresponde al pulido del contorno exterior²⁰¹. Espejo, asimismo, invertido, que de esta suerte no puede perder nada, ni recibir nada de fuera, puesto que también fuera de él nada es y que en el interior de él mismo se realiza, y gracias a él mismo, todo aquello de lo que él es paciente y agente. Autarquía concedida, con bondad y sin «envidia», por quien desde siempre es –Dios Padre– a quien aspira al ser, es decir, «nada más que uno solo, solitario, capaz en virtud de su excelencia de ser en unión de sí con sí sin tener necesidad de nada más; ¡objeto de conocimiento y de amistad para sí mismo que le colmará de satisfacción!»²⁰². *Ciego*, a no ser para la contemplación de sus Ideas. *Sordo*, salvo para la escucha de la armonía de las revoluciones de su alma, que ya no conversa más que consigo misma sin la ayuda, auxilio, de voz alguna²⁰³. Pensamiento capaz ahora de prescindir del «discurso», del «diálogo». *Mutismo autológico* en el que el alma «se plantea a sí misma preguntas y se da a ella misma las respuestas»²⁰⁴. «Procurándose» además «a sí misma su alimento, obtenido de sus propias pérdidas»²⁰⁵. *Sin manos, ni pies*, órganos impropios de los movimientos de la inteligencia y de la reflexión que exigen más bien girar siempre sobre sí mismo, permaneciendo en el mismo lugar y volviendo a pasar indefinida/infinitamente por los mismos puntos²⁰⁶. *Absteniéndose de tocar* de nuevo alguna «cosa extraña», y *desprovisto de piernas* para no poder caminar hacia aquello que, en otro lugar que no sea él mismo, pudiera atraerle. Completitud de quien se basta a sí mismo, destino al que se encuentran llamadas las almas que han asumido la naturaleza del ser vivo más capaz de honrar a los Dioses.

Esta condición superior está destinada al sexo que, más tarde, será llamado viril²⁰⁷. Siempre que, de su doble [*double*] humano, de su doble [*doublure*] femenino, se desprenda, alzándose al cielo en un vuelo filosófico, levantando la cabeza hacia lo único que tiene una existencia real: las Ideas. Indolente a las cosas de abajo, de las realidades terrestres, cuyo apetito de sensaciones engendra sinrazón e injusticia, y corre el peligro de hacer que recaiga *en otro sexo*, mucho más alejado del amor divino. Amenazado, así, de reencontrarse en un cuerpo de mujer cuando vuel-

²⁰¹ *Ibid.*, 33b-d.

²⁰² *Ibid.*, 34a-b.

²⁰³ Platón, *Sofista* 263e.

²⁰⁴ Platón, *Teeteto* 190a.

²⁰⁵ Platón, *Timeo*, cit., 33c.

²⁰⁶ *Ibid.*, 34a.

²⁰⁷ *Ibid.*, 41e; 42a.

va a nacer, o incluso en un cuerpo de animal [*bête*]. El más atraído por la tierra, el más sumergido en el mar y que sufrirá, como castigo de su ignorancia y de su «tontería» [*bêtise*], el destino más despreciable. Obligada, pues, a pasar su existencia en las moradas más bajas²⁰⁸. Re-caída en las profundidades más inferiores, las más oscuras y envilecedoras del alma del hombre que habr(í)á perdido sus plumas²⁰⁹. Por falta de atracción por la Sabiduría, o defecto de enseñanza de la filosofía, por supuesto. Porque sólo el pensamiento del filósofo tiene alas, lo que le hace merecedor del apelativo de «espíritu trastornado» por parte de la muchedumbre. Mientras que, fuera de él, sin duda, delirando y no siendo ya dueño de sí mismo, se dirá más bien que está «poseído por un Dios».

Con frecuencia, este «Dios» cobrará para él el rostro de un *muchacho*, el reflejo más adecuado en esa existencia de la belleza absoluta. Tal y como es definida en filosofía, evidentemente. Donde no se sale nunca de la búsqueda de lo mismo. De esta suerte, el amor se esforzará por encadenarse a lo más semejante. Se unirá a aquel que está más cerca del sabio, o al que querría más cercano: su otro más joven, más bello, más «favorito [*mignon*]». ¿Su «hijo» en cierto modo? Esa inclinación tendrá como meta hacer que el amado se torne lo más idéntico posible al amante, de tal suerte que los amantes sean «conducidos a una plena semejanza consigo mismos y con el Dios al que, eventualmente, honran»²¹⁰. Además, el amor será insensiblemente encendido en el amado porque sus ojos habrán sido seducidos sin que él lo sepa, sin que sospeche que «en aquél que él ama se ve a sí mismo como en un espejo»²¹¹. Así, pues, está enamorado. ¿Pero de quién? ¿De su imagen? Ello sería la pérdida del amor, a decir verdad. La contemplación maravillada de la reproducción de sí mismo no es el privilegio de los seres humanos, aunque fueran hombres. Si les es concedida, lo es siempre por la mediación del Bien, del Padre. Y lo que hace que el «favorito» se enamore es *la mirada de su primogénito* en la que se forma su imagen, *el punto de vista ilustrado de un padre* que se/le faltaría y pretendería, en el amor de sí mismo, asignarse/le un igual.

Vértigo de la conciencia en lo que atañe a lo que la funda en cuanto tal: la identidad consigo mismo. Y donde incluso un Dios tendría necesidad de crear(se) un Universo –animado, desde luego, por un movimiento circular– para sostener su saber(se). Salida de sí del Ser que (se) reproduce, en su generosidad, retoños equivalentes para reflejarse en ellos. Bien acabados, bien pulidos, bien torneados, pero sin ojos. *La mirada permanece siempre como asunto exclusivo del Padre*. En su mirada

²⁰⁸ *Ibid.*, 90e; 91, 92.

²⁰⁹ Platón, *Fedro* 246d.

²¹⁰ *Ibid.*, 253c.

²¹¹ *Ibid.*, 255d.

todo viene a(l) ser. Así sucede con el «hijo» y con su amor. Y si el colmo del deseo es que el «padre» y el «hijo», el «sabio» y su «favorito» se amen igualmente, es decir, se den uno al otro ese *punto de mira* en el que falla su conocimiento (de sí), serán devueltos al otro mundo por ese arrobamiento. Transportados con sus alas reemplumadas más allá de la bóveda celeste para contemplar juntos las Ideas, cuya realidad —«que, realmente, es sin color, sin forma, intangible»²¹²— exige la exorbitación de la vista: fuente de toda iluminación. Lo ideal, aunque sea amoroso, escapa a los mortales. Porque si en el otro cada uno de los amantes podía, verdaderamente, verse, aquí la esencia eterna de las Ideas correría el peligro de reducirse de manera demasiado evidente a la búsqueda de la apariencia, de la apropiación del aparecer. Algo que el Padre no puede querer so pena de perder la necesidad de su existencia. El surgimiento de un ser vivo fuera del medio en el que continúa deviniendo, lo que incluye el enamoramiento, sólo se realiza mediante el éx-tasis. En Dios. Cada uno sólo puede alcanzar progresivamente la pureza de su (el) ser saliendo de sí, y sobre todo de «¡ese sepulcro que paseamos con nosotros y al que llamamos cuerpo, encadenados a él como la ostra a su concha!»²¹³.

Así, el amado sólo lo será en la medida en que refleja la luz divina, *de la que el hombre es espejo más fiel que la mujer o que cualquier otra bestia*. Éstas, en comparación con los Inmortales, corresponden a generaciones mucho más distantes, e incluso ya no tienen, rigurosamente, ningún vínculo de parentesco: nacidas, en una segunda o tercera vida, de hombres cuya ignorancia y escasa virtud les han hecho merecedores de semejante decadencia. Son ajenas como tales, pues, al propósito del Demiurgo, del que no se puede, en su bondad, sospechar que haya decidido de la existencia de seres vivos desgraciados por su diferencia respecto a Él. Son aquellas procreaciones mortales cuyo deseo, en consecuencia y con arreglo a su «naturaleza», será ante todo aparearse para engendrar. El único medio, para ellas, de remontar en la jerarquía de los «entes» será transformar, en la medida en que esté en sus manos, su necedad y la impetuosidad desordenada de sus sensaciones en inteligencia y razón, esperando así redevenir lo que ellas eran en su primer estado: hombres.

Así, pues, no es ni bueno ni justo que el ser vivo varón se aparte de la persecución amorosa de la imagen de sí, acordándose no obstante de que su prototipo está (en) el Padre. Y de especies o de géneros inferiores apartará su tropismo y sobre todo su vista, ese don precioso que le fue concedido, el órgano más semejante al del alma a poco que sea (in)vertido en el interior. Se situará lo más alto posible en su «cuerpo», puesto que en la cima de éste habita el demon que Dios ha otorgado a cada uno de los hombres con su primer nacimiento. «Planta celeste» cuya «cabeza

²¹² *Ibid.*, 247c.

²¹³ *Ibid.*, 250c.

es como la raíz». Aferrado/a al cielo, de donde procede su principio divino, y alzando todo el cuerpo debido a esa atracción recurrente por su origen²¹⁴. Que sufrirá todo tipo de inversiones, volverá a caer de pie, por ejemplo, si no obedece al movimiento de esa altiva erección. Ahora bien, ese tipo de locomoción, terrestre, debe ser abandonado a las mujeres y a las bestias, dotadas de dos o cuatro patas con arreglo a su grado de imbecilidad. Soportes que suplen a modos de transporte más noble²¹⁵: la ascensión *vertical* y la revolución *circular*. Ésta apuntalará la progresión de aquella desde la reminiscencia de lo que tiene lugar cuando la bóveda celeste misma ha sido *traspasada*, cuando esa envoltura todavía en cierto modo material, matricial, ha sido *exagerada*. Destino, sublime, de los Inmortales que van y vienen de una parte a otra de esa última pared, sin fatiga ni sufrimiento algunos. Que van a la llanura, ilimitada, de la Verdad a buscar con qué alimentar el plumaje de alas que da a su «alma» una ligereza tan perfecta²¹⁶.

En cuanto a los demás seres vivos –esto es cierto al menos para los varones–, prendidos del deseo ardiente de llegar a las alturas, intentan empujar su «cabeza» más allá del celeste tabique, alzándola y volviéndola a hundir de nuevo. Pero la violenta agitación de lo que les arrastra hace que en el caos de esa abertura sólo hayan podido entrever algunas de las realidades a las que se puede llegar. Impotentes, de nuevo, para proseguir serenamente su ascensión, son más bien arrastrados en desorden. Sumergidos. Pisoteándose unos a otros, empujándose, todos intentan ponerse por delante. De donde resulta un tumulto extremo, luchas, sudores. Además, el hecho de que algunos salgan desfigurados de aquel boquete, que muchos otros pierdan o al menos estropeen allí sus plumas, y que todos, extenuados, desciendan de nuevo sin haber sido iniciados a la contemplación de lo real²¹⁷. Desanimados, muchos se contentarán ahora con simulacros y fantasmas, pero no los mejores, que abordarán de nuevo la «prueba suprema»²¹⁸ una vez que hayan perfeccionado *su saber*. De esta suerte, dejarán de ejercerlo a propósito de cosas singulares y sensibles, porque su ciencia estará entonces sometida al «devenir», y sus conocimientos serán tributarios del cambio de objeto. Y aún corren el peligro de confundir lo que, por un tiempo, se llama ser con la esencia propia de todas las copias de ese género²¹⁹, la única que, inmutable, merece retener la atención permanentemente puesto que permite al hombre progresar en su elevación sin recaer en los movimientos anárquicos de las sensaciones. Como los de aquellos animales de *x* patas que no dejan de mon-

²¹⁴ *Timeo* cit., 90a.

²¹⁵ *Ibid.*, 91d – 92a.

²¹⁶ *Fedro* 248b-c.

²¹⁷ *Ibid.*, 248a-b.

²¹⁸ *Ibid.*, 247b.

²¹⁹ *Ibid.*, 347d-e.

tarse de manera incontrolada. Lo que les deja continuamente pegados a la superficie de la tierra, e incluso hace que regresen a sus profundidades, o a las del mar. Perdiendo hasta el fundamento que les proporcionaba el suelo, además de sus miembros. Moviéndose de aquí para allá privados de asiento alguno, sin medios garantizados que les permitan poder regresar a los mismos puntos. Suponiendo que no hayan olvidado en absoluto las últimas marcas geométricas que les permitían orientarse y no errar indefinidamente.

Triste suerte la de aquél que haya descuidado el trabajo de reminiscencia de las Ideas, que siempre pende como una amenaza sobre un mortal a causa de la diversidad de su alma y del carácter, igualmente impuro, de los seres vivos que le rodean. Por eso resulta indispensable para su felicidad que, en lo que atañe a aquel alma, se esfuerce por mantenerse en su parte *más alta*, esto es, la que reside en la cabeza, separada de la parte irascible y apasionada por el istmo-frontera del cuello, para que el principio divino quede preservado de toda mancha, de toda mezcla impropia de su esencia. Pero también, y puesto que su condición exige para que sea completo que él participe también de la especie mortal del alma, que en lo que a ésta se refiere él permanezca igualmente en la mitad *más elevada*, esto es, la que se encuentra por encima del diafragma, aislada de la más bestial, situada en el bajo vientre, por un *tabique* parecido al que divide la vivienda de los hombres de la de las mujeres²²⁰.

Esta función media del alma es indispensable en la medida en que está destinada al devenir de lo bueno, así como de lo malo. Lugar mixto entre uno y otro en un «ente» que, creado, no puede ser conforme al modelo de la inteligibilidad absoluta. Una vez más debe intentar aproximarse al mismo para no caer en las regiones inferiores. Y, sobre todo, poner esa reserva de entusiasmos, de inspiraciones, de su alma «intermedia» al servicio de la búsqueda de la luz divina. Llamas sin las cuales ningún δαίμων [demonio] es capaz de nada, y sobre todo es incapaz de alcanzar nada de cuanto desea: conocer las Formas e imitarlas. Por supuesto, éstas deberán transformarse en visiones, iluminaciones que alumbran sin abrasar. Y para llegar a ellas es conveniente en un primer momento –y para utilizar provechosamente ese «instrumento» que es el cuerpo²²¹– fijar la mirada sobre *los lindos muchachos* que, aquí abajo, mejor reflejan la Belleza. Pero el sabio no tardará en buscar su bien antes y exclusivamente en su inteligencia, llegando incluso a desdeñar su(s) envoltura externa, esa «aparición que acompaña a cada uno de nosotros» y que no es más que una imitación deficiente de su modelo²²². Es posible sin duda que la imagen realice una cierta perfección y «si, en un hombre, un carácter bello del alma coincide

²²⁰ Platón, *Timeo* cit., 69d-e; 70a.

²²¹ Platón, *Fedón* 99b.

²²² Platón, *Las Leyes* XII, 959b.

con una figura corporal cuyos rasgos armonizan y concuerdan con ese carácter, porque participan del mismo modelo, ¿no es acaso el espectáculo más hermoso que cabe contemplar?»²²³. El amor, entonces, sin peligro de descarriarse, puede darse rienda suelta. Atiza a la contemplación del ideal. De lo mismo. Pero este encuentro es raro. Para evitar todo desencanto, toda desilusión, más vale unirse directamente a aquello que, más que nada, garantiza un justo saber: el conocimiento de sí (como) mismo, la búsqueda de la identidad consigo mismo.

A decir verdad, sólo se aman aquellos que están impacientes por recobrar de nuevo y siempre lo mismo. Y, para hacerlo, no deben volverse, dirigir su búsqueda a ninguna otra parte del hombre o a objeto alguno, salvo aquello mismo en lo que ellos mismos (se) ven: *el espejo de la visión* en el que pueden reflejarse en la mirada, misma, del otro, percibiendo, en una misma ojeada, su visión y a sí mismos²²⁴. Pero esa imagen (de sí mismo) de una pupila depende siempre de una κόρη [muñeca, pupila]. Es decir, de nuevo de una *joven*, de una joven *virgen*, o incluso de una *muñeca*. Imagen reducida, pues, que no puede satisfacer a quien de Todo quiere tener conocimiento. Y no es preciso que se demore en exceso con ese doble del hombre que (le) re-presenta esa κόρη. Especula(riza)ción demasiado limitada, que no concierne más que a un órgano que, por más ejemplar que sea, es aún demasiado matricial considerado de este modo. La reflexión (de sí) que sólo se apoyara en semejante soporte correría un verdadero peligro de olvidar lo más importante: la mirada del alma. Velada en/por ese espejismo, ante el cual es preciso saber cerrar los ojos, bajando el parafragma del párpado, para no sucumbir a la atracción exclusiva de esas/sus apariencias. Aunque se tratara de la mirada de un muchacho... Abusar de aquello que, en sus ojos, atrae, conduce en ocasiones a hacer que se hunda en espejos muy poco fieles, muy poco *helados*, la clara razón. Y será más bien al alma ya educada y confirmada en el buen sentido, la del filósofo por ejemplo, a la que habrá que pedir la prueba del conocimiento de sí, y más específicamente al punto de ese alma que es la sede del pensamiento (de lo) mismo, del más adecuado saber(se). Así, ¿es la pupila, en la mirada, el punto de visión en el que hay que fijarse para percibir lo mismo, para verse? Entonces, sobrepasando ese discernimiento, todavía sensible, será a la parte más idéntica a sí misma del alma a la que reclamará su bien, a aquella que mejor (se) refleja, esto es, a la más divina. Porque cabalmente el alma recobra esa identidad consigo misma conformándose al principio divino, participando de los atributos de aquél que, desde siempre, se conoce a sí mismo indefinida/infinitamente, en una total transparencia a sí mismo. Espejo más claro, más puro, más radiante de luz que todos aquellos que, de antemano, han devenido (a)

²²³ Platón, *República* III, 402d.

²²⁴ Platón, *Alcibíades* 132d-e; 133a.

su imagen²²⁵. Espejo intacto de todo reflejo, *como una pupila –una κόρη–* dilatada a todo el campo de la mirada, *que se especula a sí misma*. Que no refleja nada (más que) su propio vacío, el *agujero* por el que se mira al espejo. Agujero que, por supuesto, ni siquiera es ya *uno*, pues de lo contrario correría el peligro de ser unas veces más grande y otras más pequeño. Devenir imposible de la mirada de Dios que, nunca demasiado elevada, lo ve todo y el todo al mismo tiempo, dominando el universo desde su elevación. Perspectiva cuyo punto de fuga no cabe percibir, ni siquiera calcular, ni concebir. Cumbre indefinidamente recóndita de la convergencia de todas las verticales. Erección suprema que excede todo horizonte y de la que la mirada más aguda, más penetrante, será siempre incapaz de evaluar los ángulos de incidencia, apresada en el mundo de lo visible sin posibilidad de delimitar la totalidad de los puntos de vista y su armoniosa organización.

Sólo la visión divina es sin pasivo, pues rodea el Todo sin que subsista ninguna opacidad. Luz a la que nada resiste, que supera todos límites, y atraviesa *todo parafragma*, penetrando en todas partes, sin desviación alguna. Siempre idéntica a sí misma en su rectitud. Luz que no se deja desviar por ningún espejo, puesto que de todos ellos ella (se) conoce desde siempre (como) aquél que tiene mayor poder. Contemplándose (como) aquello que en lo real es lo más luminoso²²⁶. Bien, ajeno a toda sombra, que culmina el Sol mismo y cuya clarividencia no deslumbrará jamás astro alguno, fuera de la esfera de su órbita que ella desborda, rodeando el Todo que da vueltas en el espacio de su campo. Mirada que no limita ningún órgano, ni siquiera una esencia. Sin punto ciego alguno, que representaría de suyo un olvido. Porque Dios es *en el instante* todo lo que (él) ha sido y será. Los tiempos del devenir son inadecuados para analizar su presencia, sin delante ni detrás, anterior o posterior. El Ser no tiene nada más recóndito que él, ni otro de frente hacia el que haya de tenderse. Todo es/está ya (en) Él. Ἀρχή y τέλος. Y si (se) proyecta semillas de luz, de verdad, lo hace por bondad en demasía. Esa emanación es, para Él, sin necesidad. Salvo, quizá, la de un suplemento de Bien, que desea (el) todo semejante a Él. Que inunda el Universo con sus gérmenes diseminados por doquier, pero que no sufre por ello pérdida alguna, y sin embargo tampoco obtendría con ello un aumento de riquezas. Siempre igual a sí mismo. Altísimo y todopoderoso. Modelo absoluto de soberanía, que es importante imitar so pena de recaer a los estados inferiores.

Así, todo «ente» en su «ser» no puede dejar de imitar a Dios, copiarle más o menos bien, pues no tienen otra perfección en la que basarse. Todo el Universo es, en su esencia, conforme a sus divinas proyecciones. Sin afuera, aunque estuviera detrás, hurtado a sus propósitos. *Recinto de una mirada supraceleste* en la que todo se

²²⁵ *Ibid.*, 133b-c.

²²⁶ Platón, *República*, cit., VII, 518c.

mueve circularmente, donde el después llega a confundirse con el antes, el futuro con el pasado, lo anterior con lo posterior, en armoniosas circunvoluciones. Donde la autarquía de ese movimiento es siempre el signo de que un principio divino obra en el mismo. Tropismo autónomo, auto-móvil, índice de la omnipotencia que reabsorbería *en el en sí de su círculo* lo que frente al mismo pudiera continuar sustrayéndose(se), toda causa subsistente, en lugar distinto de en sí, susceptible de desviar (de) la economía soberana. Que gravita, sin fin, alrededor de su eje, describiendo un orbe cuyo interior habrá sido siempre constituido *de enfrente(s)*, futuros o pasados. Y en lo que atañe a aquello que nunca había sido examinado, representado, representable, es antes *rechazado al exterior* de la esfera. *Detrás del decorado*, transitable únicamente por los rayos divinos, que penetran en cierto modo rectalmente el parafragma que hace de envoltura (del) Todo. Que, por su parte, no se conoce de espaldas, ni tampoco, siendo todavía sensible, es capaz de mantener la visión del Bien cara a cara.

* * *

El mimo se eleva y se utiliza pero permanece, forzosamente, en la escenografía de lo mismo. De esta suerte, los magos, los pedagogos y profesores de filosofía, el Demiurgo o Dios-Padre están siempre en posición de re-cular [*re-cul*]. Los únicos que tienen algún punto de vista sobre la parte trasera de las cosas. Lo que se niega *en la evidencia* por la que pretenden interesar(se) exclusivamente. Proyectándola sobre el recto de la caverna, del cuadro, del alma, pantallas para representaciones a las que por encima de todo no hay que dar la vuelta. Retroversión prohibida en el espectáculo, oculta en la circularidad del progreso, del proceso, al que se atribuirá haber vuelto el revés del derecho, *ofreciéndolo así a la contemplación en el buen sentido*. Efecto caleidoscópico del que se ausenta, para siempre invisible, Dios. Ocul-tado *detrás* de todo cuanto todo ente puede mirar en vida. Fundamento sustraído a toda visión, pero que se propone a la intuición, infinitamente lejos, delante y arriba, en su Belleza, su Bondad teleológicas. Cuya realidad, cuya verdad, son muy difíciles de comprender y sobre todo de demostrar para un mortal, no obstante tengan fuerza de leyes. Que regulan el buen orden del universo, formado además a su imagen. Todo lo que, realmente, existe se parece a Él. Lo que se aparta será abandonado —al menos durante un tiempo— a las profundidades de la tierra, del mar. De esta suerte, él se encuentra en presencia únicamente de sus Ideas, lo que no significa que se reconozca igualmente en cada uno/a. Que cada uno/a sea en concepto de algo su reflejo, no excluye una jerarquía en los grados de realización de sí, en los grados de filiación, de descendencia. Red compleja de relaciones en la que se entrecruzan las generaciones para definir la forma exacta de cada uno/a. Pieza de las

«tablas reales» dispuestas por «el Rey» para la buena marcha del juego en el único lugar que le conviene, determinado de una vez por todas puesto que Dios jamás se desplazará de allí desde donde Él les mira²²⁷. Eminencia que ya nada podría con-mover, que ha contenido Todo durante toda la eternidad.

Sin embargo, ¿no es preciso afirmar, acerca de estas reproducciones de Él, que estando en el mismo lugar –al menos para la vida– están también siempre *al derecho* en *el plan/plano* del Universo? ¿Y sin revés posible? ¿Que los proyectos del Demiurgo no pueden invertirse? De lo contrario se correría el riesgo de que pareciera que lo que Él crea, a su imagen, tiene otra cara. ¿Tal vez una parte trasera? Algo que debe seguir siendo el secreto de Dios. Que, aunque sea poco lo que de Él se sabe, no se (re)produce, no (se) proyecta nunca salvo hacia adelante y exige, además, dentro de su preocupación por la medida, que sus «reflejos» no puedan ser devueltos en un completo desorden de sentidos. Confusión extrema aquella en la que Dios se percibiría al revés, perdiendo así un conocimiento inmutable relativo a la posición de la derecha y de la izquierda. Extraviado en sus/las marcas geométricas indispensables para la buena marcha del mundo, para la diferenciación y subordinación de lo Mismo y de lo Otro, «por ejemplo». Respecto a los cuales de nada sirve recordar que uno se mueve siempre en una dirección idéntica, mientras que el otro contra-viene ese rigor, haciendo sombra. Ahora bien, esos sentidos «buenos» o «malos» son tributarios de la derecha y de la izquierda (particularmente) del Demiurgo²²⁸. Y si llegaran a confundirse, o incluso a invertirse...

Sin embargo, ¿quién sabe si no lo están desde siempre? ¿Si Dios no desconoce lo que la especula(riza)ción debe a la inversión? Ignorando además los mecanismos proyectivos de sus representaciones. Cautivado en el campo de su sola mirada, sin análisis posible de su perspectiva, que, por más aérea y altiva que sea, no deja por ello de estar sometida a efectos de *planificación* no resueltos por el carácter *esférico* de las superficies en cuestión. Y si sobre éstas es Él, de nuevo y siempre, el que se describe, es necesario que le reflejen, que en todo caso haya intervenido un espejo en el que forma su imagen. Algo que Dios no quiere. ¿Por temor a un derrocamiento de su poder? ¿De una alteración en/por otra mirada? ¿De transformaciones imprevisibles, innumerables, de su Ser sometido al devenir de un juego de espejos?

Para mantenerse idéntico a sí mismo, puede aún recurrir a un *doble espejo*: donde el segundo endereza la imagen que le devuelve el primero, sustituto de la información del ojo del otro, de esta suerte apropiado. Así, pues, ¿la representación divina pasaría por una *doble especularización*, un *redoblamiento de especulación*? La copia de copia estaría implicada en/por la permanencia de Dios en su unidad, su

²²⁷ Platón, *Las Leyes*, cit., X, 903d-e.

²²⁸ Platón, *Timeo*, cit., 36c; 43e; 44a.

simplicidad. Su auto-suficiencia. Ex-esquicia. Que ninguna controversia podrá desmentir jamás, puesto que la óptica *-ideal-* del otro ha intervenido de antemano en la definición de lo Mismo. Dios se simularía a sí (como) mismo dos veces para asegurar la inmutabilidad de su reflexión. ¿La realidad como simulacro de simulacro? De tal suerte que la primera reproducción «es» ya «en espejo». Pero, a diferencia del pintor y del poeta, que obtienen placer y gloria de ese juego pervertidor, el orden divino quiere que las cosas sean recolocadas *al derecho*, *repitiendo* el espejismo, renovando la operación que invierte la imagen. Levantando así la hipoteca especular, al menos en el Absoluto. Conservando, para sí, la clave de ese misterio: su histera congelada, en la que se engendra a sí mismo, realmente idéntico a sí mismo, reproduciéndose dos veces. Al menos. Éx-tasis de una escena primitiva en la que dos reflejos conjuntos del mismo habrán alumbrado al Ser mismo. Cópula finalmente ideal, sustraída a las vicisitudes de todo devenir, y sin embargo indefinida/infinitamente múltiple. Porque, una vez encontrado el ángulo de incidencia de dos focos, los puntos de convergencia en los que los rayos luminosos se conjugan, una vez realizado el *himen especular* en el que tan pronto mismo como otro (del mismo) reúne y une las dos caras de su ser, puede reiterar indefinidamente la procreación de Él-Mismo. Concibiéndose bajo todos sus aspectos sin que ninguno en absoluto sea disociable. Puntos de mira diferentes sobre lo Mismo que, para conocerse de parte a parte, incluyendo todos sus atributos, no está sometido a cambio alguno y no debe desplazarse de modo alguno. Habrá sido suficiente con hacer que el dispositivo sabiamente calculado gire alrededor de él, que permanece idéntico a sí mismo en el centro de la esfera que de tal suerte él proyecta: su recinto de cristal.

La realización de ese espéculo, analizable de este modo en tanto que propiedades del Padre, no plantea problema alguno salvo para un «ente» todavía material, que ocupa algún lugar, que vive en una *χώρα* [lugar, emplazamiento]. No es tal el caso de Dios, presente por doquier sin insistir en parte alguna. Ubicuidad de la luz divina que, allí donde normalmente sería la *sombra*, se refleja en un *segundo espejo*, que remite al primero. Y así sucesiva, indefinidamente. Describiendo un globo desde el que los rayos proliferan y se reúnen sin pérdida y sin incendio inútil, puesto que no se concentran en el foco de una sola lente salvo, numerados, en la mirada divina. Economía de la clarividencia que no se abandona jamás a una única reflexión, y que, al multiplicar los puntos de vista, los elabora en el todo de su omnisciencia sin que el contorno demasiado marcado de cada uno cause oscuridad en el equilibrio y la armonía del conjunto.

De esta suerte, Dios no privilegia ninguna de sus visiones so pena de cobrar cuerpo (en) una apariencia. Negándose a elegir una excluyendo a la otra, de conceder la prioridad a una parte, a una fracción, a una ex-istencia, es siempre y en el instante la unidad de todos los com-posibles. Y sin alteración imaginable, habiendo in-

cluido el principio del Otro, aquí, en la definición de la identidad consigo mismo, sometido a la causa exclusiva de lo Mismo. De tal suerte que allí donde la *sombra* (de un doble) –pero también la apariencia, el fantasma, la opinión, esto es, la incertidumbre acerca de lo que es realmente– pudiera sobrevenir, una *segunda espectralización* corrige y endereza el ángulo de reflexión. Así, pues, no tendrá como representación sino los/sus análogos pero enfocados en todas sus facetas y atribuibles a su totalidad mediante una rigurosa estimación de proporciones. Progresión, además, geométrica y que tiende rápidamente al infinito. Ojo de Dios, modelo de inteligibilidad, del conocimiento exhaustivo de sí, que ningún mortal es capaz de alcanzar con semejante perfección del saber(se).

No obstante, algunas indicaciones, relativamente sensibles, le son proporcionadas para interpretar las relaciones que operan en esa ciencia divina²²⁹. De esta suerte el Demiurgo sólo crea el Universo mirando hacia «el Ser Vivo Absoluto», atento, pues, a un *redoblamiento* de espejos. Y además: en esa esfera *giratoria* del mundo, tal y como sucederá también con el alma superior del hombre instalada en su cabeza (redonda), *dos círculos*, de los cuales el segundo forma un ángulo *agudo* con el primero, describen la órbita del mismo y del otro. Duplicidad necesaria como instrumento de medida cuyo paradigma, al menos creado, es el tiempo, ritmado por la relación de la luz con la «sombra». Asimismo, se afirma que todo lo que es esencialmente participa de la imagen de Dios, de tal suerte que esas «copias» más o menos adecuadas están organizadas por el Padre en un todo armonioso, es decir, que obedece a leyes proporcionales geométricas cuya enumeración agota la suma y las relaciones de cuanto existe. De esta suerte, el Universo *envuelve* a todos los seres vivos sin excepción, y se mueve *sobre sí mismo*, girando sobre un eje que pasa por su centro, *inmóvil*. Imagen «sensible» del modelo «inteligible», cuyo ojo es el órgano de comprensión más precioso. Vuelto, por supuesto, en una recta dirección y ello hasta convertirse en mirada del alma, que apunta *desde todos los puntos de su superficie circular*. Estructura óptica privilegiada, cuya configuración se recobra a cada avance del discurso, a cada etapa de la argumentación.

Así, pues, todos los grados de la generación, de la descendencia, re-marcarían el funcionamiento del entendimiento divino. Correspondería a los mortales imitarle para remontar en la jerarquía de los seres, y llegar, si no a la eternidad, al menos a la inmortalidad bienaventurada. El problema sería que su nacimiento material les hace *opacos* a los rayos luminosos, impropios para la transparencia, translucidez totales. Dando siempre *sombra* en el espectáculo, aunque sólo fuera por el *obstáculo* de su silueta. Además, su re-caída en una *χώρα* les obliga, al menos en esta vida, a permanecer siempre en algún lugar, en algún «cuerpo». No reducibles al *punto cen-*

²²⁹ En el *Timeo*, por ejemplo:

tral de un dispositivo especularizante ideal. De ahí la agitación que esa «materia», su(s) materia(s) acarrearían en una perfecta circunvolución de la imagen de sí. Concepción todavía no inmaculada.

Eso no es todo. El alma misma del hombre olvidaría la enseñanza que ha recibido del obrero que fue su padre. Efecto de una *alianza* –inmortal y mortal–, habría perdido además un justo discernimiento de lo que puede devolverla a la unidad. Insegura de lo verdadero y lo falso, de lo real y lo aparente, esto es, de lo mismo y lo otro. Agitada por ello en sentidos contrarios, no sabiendo a quién, a qué imputar y consagrar su ser. Distancia y vínculo entre (los) dos, intermediaria, *μεταξύ* [*metat-su*], donde lo positivo y lo negativo están uno frente a otro, se enfrentan y a veces se confunden, movilizándose por turnos o a la par de vez en cuando, por la causa, una cópula desposeída así de la evidencia de su olímpica objetividad. En el Ser, finalmente sustraído a la predicación, no pueden participar sin más los todavía existentes, los «hijos de la tierra», de la madre. Sometidos al crecimiento que modifica hasta tal punto sus atributos que no saben nunca exactamente dónde están o adónde van. Sujetos al/en devenir. Afiliados y semejantes ya al (logos del) Padre pero todavía mezclándose y viviendo «en comunidad», lo que supone algunas impurezas. Pluralismo cuyo prototipo no pueden encontrar en la perfecta autarquía divina.

Es preciso decir también que ese espejo en el que, solo(s), tendrían que evaluarse –Dios– es para ellos extrapolado al infinito, lo que dificulta la reflexión. Sólo pueden intuir –y sin el apoyo de hipótesis alguna– sus exigencias. Nunca seguros de que la comparecencia final les confirmará en la eficacia de su rectitud. Garantía de una elevación sin interrupción posible. Progreso siempre pendiente, que les deja siempre a la zaga en la adecuación a la omnipotencia fálica (del) misma/o. Esforzándose por alcanzar o quizá satisfacer una mirada cuya perspectiva abre a todas las dimensiones, comprendiéndolas todas, y sus excesos. *Pupila del Otro en la que se abisma una pro-tensión aún irreflexiva*. ¿Cómo redoblarla entonces? ¿Medirla, dominarla «en realidad»? Puesto que nunca está determinada de una vez por todas. Falta a la definición de su forma ideal. ¿Es preciso aún compararla *con los otros de los mismos*? Ahora bien, ¿a qué arbitraje encomendarse para esa especula(riza)ción, a no ser otra vez al del «padre»? Reproduciendo, pues, en la mejor de las hipótesis, la relación de lo más grande con lo más pequeño, del hijo mayor con el más joven, del sabio con su favorito. Pero entonces la proporción es aún considerada en sus variaciones.

En cuanto a la relación con *los otros de los otros, con el otro del otro*, ésta amenaza con la pérdida de sí (como) mismo a quien ose aventurarse en ella, porque no excluye la eventualidad de un trastrocamiento. Donde el otro es, a fin de cuentas, *el reverso, el negativo* de las propiedades de lo mismo, que *desborda* la unidad de la identidad consigo mismo, poniendo en peligro sus límites, lo que ésta deja en el ex-

terior del campo de su afirmación. Afuera, parte trasera, envés no delimitable(s) de una vez por todas puesto que «él mismo» no habría llegado a una perfecta concepción de Él como Mismo. Alteridad, pues, indefinida/infinita, multiplicidad de los todavía-no-seres, de los que extraerá aquello con que nutrir la erección de su forma sublime. Reserva aún oscura, impenetrable por una mirada inteligente. Materia inconveniente para sentido propio alguno, sobre la cual siempre (se) puede continuar especulando pero calculando las proporciones en juego en *otro mismo*, o en *el modelo mismo*, so pena de devenir indefinida/infinitamente grande y/o pequeña. Deforme, informe. Sin medida. Porque *ese otro carece de principio*, moviéndose sin fundamento alguno. Inconstante, y además inconsistente por naturaleza. Y si es posible someterlo poco a poco a algunas leyes, sujetarle a algunas proposiciones, es preciso por encima de todo no pedirle que establezca él mismo las reglas, ni esperar que podrá resolverse en movimientos, magnitudes, velocidades, números..., establecidos de manera definitiva. Sin memoria, porque/y sin palabra(s). Inepta para el más mínimo razonamiento. Ilógico, como saben. Ruidoso, eventualmente, pero sin articulación concertada, sin vínculos coherentes entre los sonidos, sin sucesión en las emisiones (de nada sirve aquí hablar de «ideas» y, apenas, de «opiniones»). De esta suerte, no (re)produce más que «sensaciones» auditivas sujetas, en la mejor de las hipótesis, al ritmo y a la armonía, musicales en definitiva, lo que por supuesto no quiere decir que sean sensatas. Y además esa consonancia sólo tendrá lugar con la condición de haberse doblegado previamente a la aritmética de lo mismo. Algo que sólo se realiza verdaderamente en esa imagen de Dios que es el Universo. En cuanto al resto, lalaciones, chácharas, chismorreos cacofónicos apenas soportables, y de los que el hombre no obtendrá gran provecho.

De esta suerte, este último tiene que reconocerse tal y como es entre ese espejo tan infinitamente distante que se sustrae a la mirada: Dios, y ese abismo diferentemente ilimitado (del) otro. Disyunción, dislocación, incomparables, salvo en la *ceguera de los puntos de mira*, cuyos ángulos de incidencia, cuyas convergencias y foco(s) comun(es), cuyas razones decisivas de ex-istencia se desconocen o ignoran aún. Lo que deja al hombre en un gran apuro. Intentando, por la izquierda y la derecha, arriba y abajo, delante y... (?) de recobrar su ser; preocupado por la realidad de lo que ve, de que se vea; buscando por todas partes ese espejismo que falta a su completitud y terminando, a fuerza de errancia, por replegarse en su alma *para especular (sobre) su semejante*. Desde ese momento, el otro figura como aquello que da sombra a esa amorosa apropiación de sí, eclipsando periódicamente la inmutabilidad de su forma distinguida. Seducciones, desvíos, todavía an-árquicos, y que conviene de nuevo siempre educar, verdaderamente. Es preciso devolver a la reiteración de lo mismo esos «flujos» que se ejercen a la inversa, provocando todo tipo de transformaciones, desplazamiento, transferencias. Operaciones que pronto con-

ducen a no saber ya dónde se está. Mientras que se trata, sencillamente, de atenerse a la repetición (de lo) mismo, la cual puede adoptar como soporte representativo la imagen de lo semejante, y como modelo especulativo: Dios, que, desde siempre, no ha sufrido, ni sufrirá la más mínima alteración.

Así, pues, el orden que ha de seguirse para re-montar a las Ideas consistiría en atenerse a lo mismo, tanto si éste cobra forma en *lo semejante* como si se enumera, irrepresentable, en la recurrencia del *círculo de lo idéntico*. Pero esos dos movimientos, indisolubles en Dios, donde el giro en círculo alrededor de su centro sería indiscernible de la producción exhaustiva de la imagen de sí (como) mismo –matriz de todas las representaciones–, serían, para aquél que ha recaído en un cuerpo, diferentes e incluso divergentes. De esta suerte, el hombre no conoce el reverso de lo que ve en ese espejo que es el ojo del hombre: punto de vista del *otro del mismo* que se sustrae a la evidencia, al igual y de distinta manera (que) su parte trasera. Y si esa imagen de sí puede desviar e incluso conducir en sentido contrario, a la inversa, de ese doble de sí que el hombre conoce en su alma, la razón de ello estriba en que ese otro de Dios es siempre una copia más o menos buena, mientras que las formas inscritas en la ψυχή [psique] son, reflexionando/reflejando(se)lo bien, pura verdad divina. Así, pues, la transferencia/inversión [*ren(v)ersement*] del *doble* que el alma representa es prescrita por la visión, *recta*, del Padre. Y además esa reduplicación puede alcanzar la identidad consigo misma en tanto que sometida a su palabra. El automatismo de repetición que opera en el lenguaje fija y asegura así la permanencia de un (buen) mimetismo, que de lo contrario se movería indefinidamente en función de percepciones demasiado sensibles. Mimetismo del que podrá pensarse que se produciría –incluso en lo inteligible– unas veces en el derecho y otras en el revés, obedeciendo a la retroacción en juego en el discurso, si no fuera porque Dios, desde siempre, conoce y contiene *la posterioridad de todo enunciado*, siendo además su fuente. Τέλος [fin] y/o αρχή [comienzo, fundamento, mando] que hace de cada hablante «en realidad» un «sujeto» únicamente de su logos.

Así, pues, el «Padre» monopolizaría y además movilizaría el *reverso* de la imagen de sí accesible a un mortal, para Él su cara finalmente real. Esa *torsión (sobre sí) de la (su) representación escapa al hombre*. Lo que éste enuncia por ejemplo afirmando que la decisión relativa a su Bien no le pertenece, que la finalidad de éste le sigue siendo invisible, impenetrable. Y aunque la propedeútica le haya introducido a no pocos cambios súbitos no es suficiente para que vea *conjuntamente* el derecho y el revés de las cosas. A lo sumo se le certificaba que aquello a lo que ahora dirigía su mirada era «más» verdadero, tenía «más» ser, que lo que contemplaba con anterioridad, que estaba en una «mayor» rectitud de la mirada –ορθότερον [rectitud, verdad]. Pero la aparición del delante y el detrás nunca tenía lugar. Pasaba por la argumentación, e incluso la aserción de un maestro, mientras que el «niño» suponía

siempre un obstáculo con la interposición de su cuerpo —*parafragma giratorio pero opaco*— a la visión por las dos caras. Dislocación, disyunción, desarticulación entre *lo más sensible y lo más inteligible* que jamás pueden ser vistos conjuntamente. Habría que invertir el campo de la óptica siempre que ésta siga siendo la misma para medir simultáneamente la puesta en juego, (ya que no) la puesta en llamas. Pero ello no sería posible para aquél que insiste en un cuerpo de hombre. Para los «otros» no tendría ni siquiera ojos. Noche oscura de la materia. En cuanto a la clarividencia divina, ésta es ajena a toda sombra, a toda pantalla que no sea la de la (su) reflexión. Pero, inteligible de parte a parte, ella no tendría sino una relación ideal, o incluso especulativa, con la sensibilidad. Evidente en la intuición iluminadora del Bien, y más rigurosamente sin duda en la consideración de las armoniosas proporciones que regulan los movimientos del Universo, no se revelaría nunca sino en aquello que mejor la refleja, por serle la más semejante: la mirada del alma superior e, incluso, no sin desviación, sin «mal», ésta correría siempre el riesgo de verse perturbada por distintas sensaciones, opiniones, fantasmas, que alteran la permanencia del espejismo divino.

¿Cómo, entonces, conoce el Dios la cara *sensible* de las cosas, toda vez que su relación con ellas es completamente teórica? Sólo en Principio tiene correspondencia con la existencia, cuyo orden lógico, y geométrico, sostendría su palabra, sin participación alguna en la vida de ese Universo. (El) Todo se asemeja a Él, sin reciprocidad alguna. *Todo le remeda, a Él que no imitaría nada*. Pura Verdad, definida de una vez por todas en sus Ideas Fijas y que nada ni nadie conmovirá, ni modificará o desviará jamás. Inmutabilidad de su reflexión, que habría resuelto por adelantado todas las objeciones, interpuestas, sin tener que preguntar nada a nadie. Pues tiene, desde siempre, razón de todo. Algo que no puede compartirse, ni siquiera repetirse (salvo en Él), so pena de que deje de saberse infaliblemente dónde está la ciencia, dónde la ficción, dónde la ignorancia²³⁰. Dónde la sabiduría, dónde el delirio, dónde la necesidad. Pues es preciso zanjar esa cuestión. Así, pues, el Padre, único, sabría absolutamente todo. Pero ese saber sería tributario del hecho de que (el) todo está hecho a su imagen. Él no (re)conocería finalmente más que a Sí Mismo: es decir, de nuevo *la organización de su campo proyectivo*. Y los «otros» deberían introyectar sus caracteres «propios» e identificarse para que «el mundo» continúe girando en el buen sentido. Lo que les hace mismos, cortándoles de sí mismos, en todo caso de las partes de sus «almas» irascibles y apasionadas que deben someterse progresivamente al (buen) mimetismo. Sin abreaccionar aquella todavía correlacionada con su pertenencia material, matricial, y por ende histórica, sino curvándose, torciéndose para venir a ofrecer sus superficies finalmente pulidas al deseo del Padre. Para asimilar(se)lo, in-

²³⁰ Platón, *Parménides*, pp. 133 ss.

corporar(se)lo. Garantía de inmortalidad. Olvidando(se) para acordarse de lo que era antes de su concepción. Lo que, por supuesto, no cae por su propio peso (ante sus sentidos). Ausencia de la «re-presentación»/presencia del ser. Una *ceguera* tacha esa línea que iría del principio al final. En ese desvanecimiento, ella comenzaría a volver sobre sí misma; donde el antes y el después llegan a confundirse con la parte posterior y la anterior, como si jamás hubiera pasado otra cosa que la insistencia de sus/las circunvoluciones y no el rodeo, pero también el descentramiento y el éxtasis en el punto de vista de Dios. Centro imperceptiblemente proyectado, introyectado en el alma y alrededor del cual habría que girar(se) ahora. Pero los lugares de intersecciones posibles de esas dos trayectorias son el objeto de una radical ceguera. Hasta la hipótesis misma faltaría aquí.

De esta suerte, la «cara» del padre nunca es manifiesta para el hijo, la excelencia de su Bien no se revela jamás plenamente demostrable. Además, no está en ningún *sitio*, al menos representable, en ningún *plano* concebible para el hombre. Éste permanece siempre *por debajo* del proyecto de Dios sobre él. Al menos en esta vida, inferior, separada de la «otra» por ese *parafragma impenetrable* de la muerte. Que, desde luego, ningún mortal examinará en el momento de pasar por él, en el instante de atravesarlo. Pues sigue ignorando si «la entrada en otra existencia» no corresponde al deseo de apropiarse el *reverso* de la representación que constituye su «interioridad» pero permanece fuera del campo de su perspectiva. Abertura en aquello (que) *sigue siendo* el secreto de Dios; que asegura la repetición de la misma historia. Sin conmociones, revoluciones asombrosas en las que aquello que *era* desde siempre aparecería como el *reverso* de aquello que podría ser, la *sombra* oculta en cuanto tal de aquello que sería, o incluso una perspectiva eventual sobre las cosas, una interpretación posible de la realidad que, finalmente sustraída a la evidencia, siempre detrás, desafía toda comparación. Excluyendo la mirada del otro, de los otros, ese punto de vista extrapolado (se) organiza y (se) proyecta el mundo como imperio petrificado, incluso en su movimiento. Formalizaciones de leyes dictadas de manera inmutable, logos del Padre. Que, no preguntándose jamás por aquello/ello que (le) causa anhela unívocamente el fundamento de todo cuanto es, en su ciencia absoluta. Que de todo daría cuenta sin cambio alguno, desde siempre. Que abarca, desde el origen, todas las enumeraciones de «entes», sus proporciones y sus relaciones, donde todas las operaciones enumeradoras pueden tener lugar entre ellos y el devenir mismo de esas relaciones. «Esencialmente» copulativas. Sus causas, fines y posterioridades. ¿Sus modalidades?

* * *

Pensamientos sobre la verdad divina a los que el hombre sólo llegaría después de que hubiera dejado *tras de sí* todo lo que le ligaba aún a ese mundo sensible que

representa la tierra, la madre. ¿Quiénes, pues, quedarían comprendidos en la parte trasera? Esa duplicidad del re-cular sólo quedaría resuelta en Dios, que todo lo ve y, por lo tanto, está también en el comienzo de todo. En cuanto a la madre, para no equivocarse, *no tendría ojos*, estaría privada de la mirada, del alma. De la conciencia, de la memoria. Del lenguaje. Y si se vuelve hacia ella, tal vez para re-ingresar, no es su punto de vista aquél con el que habría que enfrentarse. El peligro sería más bien perder con ello toda ref-(h)erencia [*re(-)père*]. Agujero oscuro en el que corre el riesgo de zozobrar la clara razón. Resurgencia del *otro del otro* que contrariaría, en su ceguera, la repetición de lo mismo. Y desbordaría la identidad consigo mismo. La cual, al denegar aquello por donde ella «fantasea» haber comenzado a ser –la parte trasera (de) la madre–, re-nace, en realidad, en la mirada del Padre. Redoblamiento que concibe el ser (en lo) inteligible –sin esa agitación, ese corismo, debidos a la insistencia de un primer término todavía demasiado amorfo.

Algún defecto de articulación del lenguaje recuerda sin embargo las aporías copulativas entre el ojo de Dios y esa parte trasera (que sería) la madre: *esquicia irrevocable entre inteligible y sensible*, que no estarían nunca del mismo lado. De la representación. Donde la precedencia corresponde a la «cara» que se supone vería al otro sin ser vista; sin tener que ser re-conocida. Perfección del saber(se) divino que nunca habría participado, nunca habría estado mezclado en tales comienzos materiales, matriciales, puntos ciegos en el alma de los mortales. ¿Nunca de veras? ¿Ni siquiera con una mirada (por) atrás? ¿Cómo se vehicularía entonces el logos más verdadero en configuraciones que intentan metaforizarlas, aun a sus espaldas? Esforzándose por recobrar «lo esencial» en formas y relaciones ideales, libradas del carácter impropio de sus apariencias y proyectadas, por supuesto, infinitamente lejos, delante. De esta suerte, la «madre» se reperfora/encuentra en los *círculos, cercos, esferas, envolturas, recintos*, en los que el ser se (re)tendría desde su concepción. Ideas, pero también Universo, pero asimismo Todo, y Uno. Y sus imágenes, esto es, el alma. Residencias, que tienen forma(s) de antro, o vientre, en las que el ser vivo estaría unas veces en reposo y otras en movimiento en sus partes más recónditas y ocultas. Regresión a lo más secreto e impenetrable del nacimiento. Detrás de la última membrana: parafragma que resiste a toda intromisión, aunque fuera la de una mirada, y que sólo se abriría por sí mismo para «otra» vida. *Anillos* en los que el Padre pretende encerrar sus gérmenes de verdad. Avaro de su sustancia, celoso de sus espejismos. *Sortijas* que ciñen, virgen, la Idea, preñada sin embargo de las semillas de luz divina. Concepción inmaculada, inaccesible en este mundo, al menos «en realidad». Privilegio del logos del Padre.

Sin embargo, *un camino* querría conducir allí: la παιδεία [educación] filosófica. «Camino» ascendente y arduo, lleno de trampas y por el que el niño no habrá de pasar sin sufrimiento y en el que no se correría el riesgo de atravesarlo si –un maes-

tro cualquiera, de género masculino— no le llamara a hacerlo, empujándole cada vez más adelante hacia el «día», hacia la «luz natural». A pesar de sus resistencias, sus nostalgias, sus deseos de retorno a su antigua «residencia». Sus dolores, sus cegueras, sus vértigos. Esa marcha culmina con el deslumbramiento solar, y el éx-tasis en Dios. Pero un *corte* separa esas dos «visiones del mundo», esos dos modos de representación. Transición ausente —¿perdida?— entre el dentro y el fuera, pero también entre el afuera y el adentro. El acceso, y el exceso, del uno al otro, del otro en relación con un ente, remitido, en lo esencial, a una vida diferente. La progresión se extenúa en el límite de esta existencia, se termina en la frontera de la muerte, en la espera de la entrada/salida del otro lado. En la que ya no habrá *trayecto*, χωρειν [*kbrēin*]. La extensión que ha de recorrerse se limita a este universo. Pero, para excederlo, desmedirlo, queda un *salto* que no se dará sin más en vida, ni será realizado —en todo caso no en tanto que mismo— después de la muerte. Y si es prometida la sublimación de ese umbral, cobrando la forma de la inmortalidad, el precio a pagar será la transformación del «cuerpo» en «alma». Y si se sublima un cuerpo, no queda de él sino aires, fantasmas. ¿Fantasmas? ¿Ideas? Desde ese momento nada le detiene. En todo caso no una división, separación, y ni siquiera una oposición. Antes bien, sería esto lo que le da cuerpo. De esta suerte, sin el «otro», ¿tendría el alma que constituirse como el lugar del redoblamiento de lo semejante, de la reminiscencia de lo mismo? Sin el otro, ¿ese repliegue de/en el «interior» de la ψυχή [psique] sería necesario para el hombre? ¿Necesita Dios un alma? Pero, para que en el alma el principio más puro, más divino, el más inteligible, se distinga del impuro, del terrestre, del sensible, es preciso que los dos se representen en ella, aislados desde luego en la medida de lo posible mediante «istmos» y «tabiques». De esta suerte, las «partes» atribuidas a los hombres lo están de las «habitaciones» reservadas a las mujeres mediante pasillos, muros, etc.²³¹.

Pero el *tránsito* que iría de unas a otras *no es unívoco en cuanto al sentido*. Si el hombre, para preservar su integridad, no penetra en el gineceo, en «las regiones bajas del vientre», es importante sin embargo para la coherencia de la/su teoría que conozca la configuración, intuyendo con la mirada (del alma) las formas que están y no están en tela de juicio. Esto es, no «entra» sino para ratificarse en su saber, su identidad consigo mismo, e intentar eventualmente poner algo de orden en las seducciones abusivas, los movimientos anárquicos de lo que allí se (re)produce. En cuanto a las mujeres, ellas no tendrían acceso alguno —salvo que sean elevadas a la dignidad de la esencia del hombre— a los círculos más sublimes de lo mismo, a las cumbres de lo inteligible. No es que ellas no aspiren a ello en lo que en ellas es más elevado —*que se asemeja necesariamente al sexo masculino*— sino que, limitándose

²³¹ Platón, *Timeo* 69e; 70a.

con frecuencia al intercambio de sensaciones que han tenido, poniendo en común sus ensoñaciones, en la mejor de las hipótesis emitiendo opiniones sobre lo que sucede en la ciudad o transmitiendo simplemente las que por ésta circulan, son incapaces de discernir si alguna idea –Idea– les corresponde realmente o si ellas imitan más o menos bien la(s) de los hombres. Puesto que ignoran el valor de los nombres que les serían dados por el logos, suponiendo que los haya realmente específicos, ellas no (re)conocerían ni su definición, ni su representación, ni las relaciones que de tal suerte mantendrían con los otros, y con el Todo. Ellas serían, pues, *sin medida* puesto que son sin límites, sin proporciones fijadas de una vez por todas y atribuibles al conjunto. *Sin forma propia*. ¿Cómo podrían entonces consagrarse al amor de su(s) semejante(s) en un alma, garante además de la permanencia de su relación con el origen? Ese proceso, ese progreso, hacia la representación de lo idéntico y el eterno retorno de lo mismo no estaría destinado a las mujeres. A no ser, una vez más, que ellas no hayan renunciado a su condición inferior, eligiendo ser hombre para tener una vida mejor, lo que puede exigir una espera de diez mil años.

De esta suerte, que el alma sea intermediaria entre lo uno y lo otro, lo mismo y lo diferente,... no quiere decir que participe de la misma manera de los dos. Ni siquiera puede afirmarse que un *camino* entre los dos resulte transitable, por más que el alma se quiera el lugar de esa articulación. Porque lo «sensible» nunca se elevará a la perfección del «tipo», al carácter ideal de su morfología, aunque intente imitarlo de manera cada vez más adecuada. Y en cuanto al modelo (de lo) mismo, nunca regresará hacia esas moradas inferiores donde residen pasiones y simulacros, a no ser que la razón o el gobierno de la Ciudad lo exija. Pero su retorno del otro lado estaría entonces sometido a un *orden* (del Padre), encubriendo la finta del golpe de esa transgresión.

La ascensión de lo sensible hacia lo inteligible –es decir, otra vez del «bajo vientre» hacia la «cabeza»– aspira a la participación de los atributos del «tipo», definido también como modelo. Espejo ideal al que hay siempre que tratar de conformarse, el único en el que convendría mirarse, para escapar de la *imperfección* que amenaza siempre al otro en su diversidad inestable. Y la imagen más perfecta sería la que le imitaría de la manera más adecuada, esto es, aquella en la que aquél mejor se reconoce: reflejo de su forma inmutablemente distinguida, libre de toda materia. Su mirada, iluminada de Razón, sería el lugar en el que se decide el grado de perfección del mimo del otro, su aptitud para corresponder a las normas de lo inteligible o su degradación en convulsiones, contorsiones, histéricas. Así, pues, lo sensible debe doblarse y medirse con respecto a la especula(riza)ción de la forma del mismo para entrar en el saber. Esa vía es única. Aunque sea progresiva, escalonada, es exclusiva en sus accesos. Lo que quiere decir además que la diversidad de las representaciones, de los fantasmas, de las sensaciones son atribuibles de forma ex-

clusiva al tipo, que éste re-produce como efectos tan pronto como su forma se imprime en el receptáculo (del) otro. Que sólo él especula por cuenta propia la multiplicidad de lo que pasa/acontece en la $\chi\acute{o}\rho\alpha$ [intervalo] en cuanto in-siste. Así, pues, todo le es atribuible como in-formación, trans-formación, de-formación, ... de lo que él causa. Es fuente de todas sus/las especula(riza)ciones. Origen -¿?- de lo especular. En cuanto al lugar en el que se (re)produce, no podría elevarse a belleza, bondad, inteligencia algunas, sino obedeciendo a las impresiones a las que está sometido; redoblándolas, *menos bien*, y por ende siempre *por debajo* de la realización de sí del tipo. Y además no alcanzaría figura alguna, apariencia alguna, sino por apropiación pasiva esa morfología «ideal».

Por *lo demás*, indeterminación sin límite. Siempre se podrá intentar sustraerle a la extensión indefinida del devenir, a la extensión amorfa de la «madre», volviéndose *hacia un tipo superior*. Es importante no obstante, para la claridad de la concepción, que sólo *uno* sea investido a la vez. Lo que no excluye que desde siempre estén todos jerárquicamente ordenados respecto al padre y que, buscando ese modelo absoluto, vuelvan a recorrerse los caminos que conducen a todos sus descendientes. Pero, cuanto más nos remontamos en los grados de parentesco con ese patrón divino, más difíciles de determinar se tornan las relaciones. Que se ejercen a distancia, que necesitan intermediarios. Mediación de las «almas». Porque los retoños más cercanos del Bien ya no vuelven a descender de sus alturas en un mundo en el que corren el riesgo de envilecerse. Antes bien, se juntan entre ellos con arreglo a sus similitudes, sus lugares genealógicos, sus proximidades en la filiación. Contrayendo vínculos lógicos, e incluso copulativos, armoniosos, engendramientos especulativos sin historias. Cuyo paradigma es el del Padre y el hijo, del Padre como sí mismo: el hijo. Forma de unión y de generación que convendría imitar, en la medida en que sería el único modelo posible de cuanto puede sobrevenir en el orden del discurso. *Incestuosamente paterno por/para esencia(s)*. Y cuanto se llamará «sensible» o incluso materia, o madre, o incluso «otro», deberá someterse a la misma si él/ella quiere tener algún rostro en ese «universo». De tal suerte que sólo es concebible, reconocible, con disfraces que la desnaturalizan; que recibe formas que nunca le son propias y que sin embargo está obligado a imitar para entrar aunque sólo sea un poco en el saber(se). Algo que por supuesto será estigmatizado, posteriormente, como el hecho de que ella debe su poder de seducción a apariencias *engañosas*; reprochándole que pretende así rivalizar con los atributos reales de los tipos en sus modos de ser y las relaciones que ella mantiene con los demás entes. Mientras que el logos, para preservar la pureza de su concepción, la cubre de tal suerte en la verdad de su palabra que ya no se sabe lo que oculta en su reserva, pudiéndose entonces proyectar en ella todos los deseos, delirios de potencia que la medida de la Razón deniega. Evidente, pues, y exaltada allí donde ya está oculta, y per-

dida, en alardes discursivos que la sacan fuera de sí; idealmente ofrecida a las disputas oratorias entre hombres. *Por lo demás*, sepultada bajo tierra, venida a menos en sombrías cavernas en las que no hay sino sombra y olvido. Y a las que será preciso volver un día. ¿Pero por qué camino?

Tránsito obliterado entre el afuera y el adentro, lo alto y lo bajo, lo inteligible y lo sensible,... El «padre» y la «madre». Con independencia de los intermediarios producidos para suplir esa falta de relaciones, éstas están siempre de antemano sometidas a (lo) uno, a lo mismo. Al principio que les causaría desde siempre. Palabra(s) del Padre. Y si la soberanía de éste sobre este «mundo» es tal que ningún ser vivo escapa a su dominación, no ansía además otra suerte que la participación más plena en su Bien –lo que implica una sola vía, un sólo método para elevarse en verdad: una «buena» mimesis –, ¿qué acceso utilizar ahora para reunirse con aquello que ha quedado atrás? Marcha bloqueada hacia la madre. *Incesto*, allí, *prohibido* con independencia de lo que se haga, y, rigurosamente, *imposible* con independencia de lo que se diga (al respecto). Porque «ella» está siempre transformada de antemano para/por las representaciones proyectadas del padre. Matriz para reproducciones de imágenes de él. Siempre un poco híbridas, por supuesto. Huellas únicas de otro género que se trataría de borrar reduciéndolas a la claridad de la Idea. Forma pura, simple, indivisible,... *Por lo demás*, opacidad ciega y silenciosa de la materia. ¿Cómo, entonces, volver a descender a la misma? Se la querría conducir a un estatuto más conveniente, a una situación más justa, incluso en la ciudad, ¿cómo hacerlo? ¿Cómo aferrarla? Ningún camino abierto y transitable subsiste para ser recordado en la perfección de la reminiscencia. *Olvido del olvido* corroborado por la mañana de la metafóricidad fotológica de Occidente.

Ella misma no (se) sabe nada. Y no (se) (a)/recuerda (de) nada. Soporte para las especulaciones auto-lógicas del sabio, ella vive en la oscuridad. Detrás (de) la escena de la representación que ella sostiene a/con sus espaldas. Pero sin manifestación de esplendor. Pues por más que brillara la luz ya no pertenecería, sin más, a lo mismo. Sería preciso recalcular toda la economía en curso. Y si se le concede la vida de la apariencia, será preferentemente en el género oscuro. Teatro de sombras bajo tierra, reflejo lunar del astro que ilumina y fecunda el todo. Redoblamiento más apagado de esa reduplicación de sí que el hombre porta en sí mismo, su «alma», cuando «ella» no pone un obstáculo con la interposición de su «cuerpo». Con esa extensión todavía amorfa. Virginitad todavía resistente a las solicitudes especulativas del filósofo, necesaria además para la pureza de la concepción. Superficie pulida que no se atravesará, no se traspasará, so pena de *exagerar* y de *falsear* la reflexión.

Así, pues, por prescripción ideal el «camino» entre el afuera y el adentro está prohibido. Redoblándose sin duda diferentemente de uno y otro lado pero dejan-

do de asegurar la transición entre los dos. ¿Cómo volver entonces a la caverna, el antro, la tierra? ¿Rehoradar/recobrar la oscuridad de lo que ha quedado atrás? ¿Reabrir el olvido de la madre?

* * *

«¿Qué piensas? Si llegara a acordarse de su primera morada, y del saber allí existente, y de sus compañeros encadenados como él, ¿no crees que se felicitaría para sí mismo del cambio realizado y que sentiría lástima de los demás?»*. ¿Qué piensan? ¿Creen que puede acordarse de su «primera morada» y del «saber allí existente»? ¿Reserva el logos un espaciamiento para el re-surgimiento de los fantasmas, espectros, alucinaciones? ¿E incluso para la reviviscencia de los balbuceos y chácharas de la infancia? ¿O su coherencia exige que les designe, o incluso les connote –malas copias, por ejemplo–, exorcizándoles de tal suerte en su valor de verdad? Determinaciones tajantes que conjuran en sus definiciones realidades un poco demasiado expansivas, de este modo encuadradas convenientemente, sin desbordamiento de sus antecedentes. La relación con estos ya no podrá ser sino reconstruida, rehecha en una dialéctica siempre de antemano descendente. El lugar (del sueño es ocupado por representaciones que impregnan su topos, que de esta suerte queda meta-merizado sin remisión. Que se haya visto recubierto por el lenguaje de la razón para todos los efectos comienza a interpretarse sin dificultad como el sueño que es *también* la verdad. De otro género, sin duda. Pero inscrita en esa errancia del devenir, en esa matriz todavía material, continúa divagando un poco, aunque sólo fuera en la posesión divina. El espacio onírico subsiste, pero es proyectado infinitamente lejos, hacia adelante. Exceso del/respecto al logos al que ya no se accede entrando en la madre, sino dando crédito a la ex-istencia del Padre. Los fantasmas serían expulsados del «cuerpo de la madre» y devueltos a un mundo infinitamente exterior. Otro: fuera de. Éx-tasis del sueño en Dios, Altísimo. ¿Cómo no «crear» entonces que aquél que hubiera intuido, por poco que fuera, un sentido, «sentiría lástima de los demás»? Por aquello que todavía ignoran los transportes excitantes de *la proyección teleo-lógica*. Que sobrepasa, finalmente, las representaciones mismas, lo que no quiere decir que no suponga su clausura. De esta suerte, la órbita de la caverna organizaba como cinematografía lo que dejaba detrás de su recinto: la ὑστέρα πρότερα [*hystēra protēra*]. Otro exceso respecto al lenguaje. Pero esos dos «términos» para la lógica del discurso (ya) no pueden entrar en relaciones. Toda una sistemática del parentesco –esto es, aquí, de la analogía– hace impracticable su contigüidad. *La economía, dominante, de la metáfora descarta su conjun-*

* Platón, *República*, cit, VII, 516c. [N. del T.]

ción. Y esos excedentes a semejanza de la «madre» y del «padre» ya no pueden copularse porque están sometidos de antemano a una genealogía de lo mismo que les hace sustituibles, esto es, exclusivos, incluso en sus excesos.

No por la misma razón, por supuesto. Abajo y arriba de la «cadena». *Diferencia extrema de grado*, sometida a la evaluación de lo mismo. Pero, en lo que atañe a la forma, el modelo supremo habrá necesitado para erigirse en su omnipotencia (re)cobrar su Bien del desvanecimiento en lo informe del otro. Así, pues, no puede volver allí como antro de reflexión puesto que *esa concavidad todavía auto-especularizante constituye ahora la propiedad del Ser*, del Padre. Que se copula indefinidamente a sí mismo sin alterancia alguna. Y aquél que en la sabiduría habrá accedido a la participación de semejante Bien no puede más que «felicitarse para sí mismo del cambio realizado». Alegrándose, pues, solo, aparte de él, de su nuevo poder. De su nuevo saber —¿tenerse?—* que le desencadenaría de «su primera residencia» y que le distinguiría de «sus compañeros» que allí siguen prisioneros y que él considera ahora desde arriba, con «lástima». Mirada de conmiseración del filósofo hacia quienes aún son presa de las pasiones subterráneas, cautivos de fantasmas que, por su parte, él habría eliminado en la solitaria contemplación divina. Impasible en la certidumbre de sus luces, y por lo tanto sin nostalgia de regresión hacia atrás. Retorno que ya sólo tendrá lugar en nombre de la Verdad.

«Respecto de los honores y elogios que se tributaban unos a otros, y de las recompensas para aquel que con mayor agudeza divisara las sombras de los objetos que pasaban detrás del tabique, y para el que mejor se acordase de cuáles habían desfilado habitualmente antes y cuáles después, y para aquel de ellos que fuese capaz de adivinar lo que iba a pasar, ¿te parece que estaría deseoso de todo eso y que envidiaría a los más honrados y poderosos entre aquellos? ¿o más bien no le pasaría como al Aquiles de Homero, y “preferiría ser un labrador que fuera siervo de un hombre libre” o soportar cualquier otra cosa, antes que volver a su anterior modo de opinar y a aquella vida?»**.

En la caverna en la que tanto tiempo había estado preso, bajo el hechizo de sombras que le desviaban de la evidencia de la luz natural, algunos honores o elogios serían prometidos a quien mejor distinguiera las cosas que pasan, a quien mejor discerniera la singularidad de cada proyección, evitando confundirla con ninguna otra y por ende reduciendo finalmente a la unidad el desfile de las cosas que allí se presentan ante él cada día. A quien por ello, pero además, pudiera acordarse de aquellas que de costumbre llegan las primeras, de aquellas que sólo se presentan a continuación, de aquellas, asimismo, que pueden pasar/ocurrir juntas, susceptible por

* Juego de palabras con «savoir» y «s'avoit». [N. del T.]

** Platón, *República*, cit., VII, 516c-d. [N. del T.]

consiguiente de predecir aquello que con toda probabilidad va a aparecer. Al hombre, pues, que estaría mejor dotado en cuanto al análisis de lo que se ofrece ante él, que vería mejor las «cosas», incluso en sus diferencias, y que las memorizaría con la mayor fidelidad.

Ahora bien, ¿de qué «cosas» y de qué «memoria» se trata aquí? Ésta es sin duda la objeción que hará el filósofo para no comprometerse en semejante asunto, y no rivalizar en ese tipo de competición para la cual él no está bien provisto. Porque, de las «cosas», se sabe que él pretende conocer su esencia de una vez por todas y apenas se preocupa, salvo pedagógicamente, de su existencia: copia más o menos buena de su verdad. En cuanto a la memoria que en tales términos se predica, corre el riesgo de contrariar esa reminiscencia que es lo único que le importa. En efecto, lo que sobreviene cada día, lo que ocurre por la noche, eso apenas le importa. Pues sigue siendo tributario de la oscuridad, no eternamente luminoso. Claridad, a su vez, demasiado terrestre y por ende mortal. No es allí donde él dirige su atención, sino a faros sin eclipses que le aseguran una proyección sin fallo. Sublimes intereses sustraídos a contingencias demasiado materiales. Así, pues, él desdeña ese devenir de las realidades todavía cotidianas, que ni siquiera se digna a mirar. Y si se le pregunta lo que (le) ha pasado por la mañana, al mediodía, por la noche, no podrá responder porque le trae sin cuidado, puesto que él está orientado hacia «cosas» que se sitúan mucho más allá de esta vida mundana en la que se le solicita una respuesta, y que ya no le impresiona. Se le está preguntando sobre «sombras». Y aunque éstas pueden en tiempos de tinieblas servir de índices para un plus de verdad, no por ello perderá el tiempo analizándolas. Complacencia que ocuparía su ψυχή [psique] de forma completamente inútil. ¡Sin tener en cuenta el hecho de que identificar simulacros no es nada fácil! En todo caso unos en relación con los otros... Es preciso ser «niño» o «loco» para arriesgarse, querer conseguirlo, y además querer dominar su cinematografía. Demiurgos insensatos de un universo sin modelo(s) en el que el orden sólo puede ser de caos o de deriva. Salvo en las fantasmagorías de ingenuos que ya no retienen al sabio.

Por más de una razón, además. Porque, de hecho, *la contigüidad de las «cosas» tiene para él escasísima importancia*. Que tal suceda aquí y ahora a tal otra, se encuentre en su cercanía, o incluso pegada a ella, tal vez provoque en él un comentario chistoso si ello salta a los ojos, pero esa proximidad no es la que él busca. Antes bien, se libraría de ella para dedicarse a los «tipos» y a su filiación. Y será preciso pasar por la genealogía –a fin de cuentas del Padre– para que él aprecie o no tal encuentro. Para él, el valor de toda relación se calcula sólo a ese precio. El resto es fantasía que dura tan poco que atribuirle cualquier sentido sería irrisorio. Y el filósofo se complace poco con la insignificancia, al menos con aquello que juzga como tal. Y aunque le gusta manejar la ironía, abusa de la risa a su costa. Así, pues, antes

de establecer un vínculo, reflexionará largo tiempo sobre la adecuación de sus formas, sobre sus caracteres apropiados o no, convenientes en definitiva. Lo que dista mucho de una unión (o un abrazo) a la ligera. Contactos que concederían excesiva influencia al azar. ¿O al sueño? ¿A los fantasmas? ¿A la seducción, siempre un poco mágica, oculta? ¿Charlatanerías que circularían todavía en el espacio-tiempo del antro? ¿Del vientre? Órbita todavía material, aunque esté siempre invertida de antemano para la proliferación de imágenes. ¿Merece acaso ese cine que se repite todos los días que nos detengamos a contemplarlo? Y aunque llegaran a observarse y a desglosarse rigurosamente sus secuencias, a recordarse su encadenamiento, a preverse, ¿se estaría por ello a salvo de su recurrencia? ¿Acaso no se reproducirían las mismas escenas al día siguiente? Precisamente en ese retorno se consume anticipadamente esa memoria que allí se trataría de primar. Y que da al traste con la reminiscencia.

Dos modos de repetición se disputan el «tiempo». Vuelta a empezar/infinito; retorno/eternidad. Su divorcio anima la transgresión de *la misma historia*. Se prorroga en tales hipotecas, continúa arreglándoselas con la divergencia de tales dicotomías, aplazando los efectos de su(s) articulacion(es) en el instante, e incluso los efectos a posteriori de su(s) conjuncion(es). Cronometría terrestre que tendría que eclipsarse en el otro lugar eterno del Padre. La medianoche de la madre sería recubierta indefinidamente por el mediodía del Padre. Pero aquí el sol sería un astro que corre excesivo peligro de volver a caer al mar como para que le sea confiada, en exclusiva, la custodia de ese abismo de luz. Hace falta otra antorcha para asegurar una iluminación sin eclipses. Potencia del Padre sustraída a las incertidumbres crepusculares, a las escansiones de pulsaciones nocturnas, a las intermitencias de los fuegos. Y por más que se recuerde que el sol está allí por la mañana, luego al mediodía y finalmente por la tarde, ello no impide que otra vez sobrevenga la noche. De esta suerte, que sea así en primavera, y otro en verano, y luego en otoño, no palia el retorno del invierno. Extinción glacial que teme el filósofo que aún siente frío en los ojos. Por eso siente odio hacia la sombra que le evoca su debilidad ocular, y la necesidad que él/ella tiene de refugiarse en un «alma», pantalla en la que se re(in)vierten los espectáculos demasiado ardientes. De esta suerte, cada cual —se afirma— codicia aquello de lo que carece. Y la avidez del sabio de mirar constantemente de frente confirmaría su impotencia para hacerlo. Su mediodía eterno es confesión de su abandono ciego a la clarividencia del Padre, cuya ubicuidad resuelve toda sombra, aunque fuera la de una duda. El universo se encontraría iluminado de parte a parte por el ojo de ese Otro.

Pero para ello es preciso no obstante estar allí. Lo que a duras penas puede ser el caso de aquél que permanece siempre bajo tierra, encadenado en ese cercado que apenas permite que entre la luz. Cámara oscura en la que una linterna casi mágica

alimenta las proyecciones, de sombras por supuesto. Lugar que ocupar(í)á también el alma, pero que no la/le redoblaría más que en su parte inferior, la más oscura. Focos de sensaciones fascinantes pero móviles, y cuyo hechizo cautiva sin que no obstante sea posible retenerlo, salvo transformándolo, deformándolo. Opiniones poco seguras que se transmitirán aquí y allá sin alcanzar el rigor de la Idea.

Aquél que se dedica a la descripción y memorización de tales espectáculos tiene mérito, desde luego, y es justo que sea recompensado. Ahora bien, ¿en concepto de qué? ¿Y a qué peligro se expondría la ciudad si todos se dejaran atrapar por ese juego? Permaneciendo, sin fin, en ese ψυχή[psique]-análisis, que les aparta de tareas algo más útiles. Atentos a esos espectros, simulacros, fantasmas, que les distraen de realidades más objetivas. No siendo conscientes ni siquiera de que están bajo el hechizo de taumaturgos, puesto que no pueden volverse, y tomar nota de las «cosas» que les seducen. Que perciben además delante, de frente.

Parte trasera sustraída para siempre a la evidencia. Si se diera media vuelta, retrocedería aún más lejos, detrás. Inaferrable, invisible. Amargo encarcelamiento en un recinto cuya parte trasera permanece ignorada –afuera: otro– alimentando la nostalgia del regreso, sin saber qué camino tomar. Olvido del paso intermedio. En lo sucesivo, todos los errores son posibles, todas las errancias. Goces y dolores múltiples. Ahora bien, ¿cómo encontrar la «buena»? ¿Volver a atravesar lo que constituye la tapia de esa pantalla en la que ahora desfilan las imágenes? En la que aquello continúa (re)proyectándose delante, dejando atrás (una/varias) vía(s) sin representación alguna. Por donde el hombre ya no pasaría (de nuevo) a no ser que alguien –un cualquiera masculino– no le incitara a hacerlo. Lo que significa que él no regresa allí sino en tanto que sometido a un discurso de *otro género*, subyugado por *otra transferencia*, cuyas metáforas hacen transitable el camino, pero saltándolo. *Contigüidad perdida en la analogía* que le envuelve con su re-presentación, manteniéndole inmovilizado en un transporte sin retorno. Y lo sensible que siempre (re)evoca algún contacto, pero también su ruptura, algún nacimiento pero asimismo su muerte, suspende así el vaivén de sus épocas en una genealogía de imágenes, de «copias», cuya proximidad al modelo supera el tiempo de la generación, regulándose más bien conforme a la propiedad de la forma (y) del nombre. Esas relaciones de semejanza del origen verdadero de la concepción serían garantes menos falibles. Destinados a una memoria inmortal porque ya habrían circunscrito la «vida» en una repetición –un re-nacimiento– que la especul(ariz)a. Congelada así, para la eternidad.

Dicho de otra manera, el hombre no sale aquí de las «aguas maternas» sino que, congelando el camino que allí conduciría, se refleja, re-produciéndose, en ese parafra. Himen que dividirá su alma a la par que destrabará el Universo con sus superficies relucientes. La búsqueda de la perpetuación de la identidad consigo mis-

mo estremece todo contacto, paraliza toda penetración por miedo a no volver a reconocerse de nuevo y siempre como el mismo. De ahí sus metaforizaciones en términos que les envuelven, les arrollan, les alejan cada vez más lejos de aquello que/quien les «causa/habla» [*cause*] en asociaciones que ya no son sino de analogía. El «tránsito» sería, finalmente, (habría devenido) la identidad de la razón consigo misma, y el retorno la mera recurrencia de lo mismo, donde la enumeración sería la garantía de la inmutabilidad de lo que se cuenta en formas valiosas. Sin vencimiento posible, ni en el pasado ni en el futuro, si se alcanza el ideal (de lo) mismo, que por supuesto desafía toda alterancia. Por fin solo. Adecuado, sin el apoyo de ningún otro, a su ser, que él repite sin otra proximidad que a sí mismo. Ahora bien, ¿en qué espacio-tiempo se levanta esa apropiación soberana de sí? Re-producción (de sí) sin materia, ni madre. Espejismo en el *oro* de la especulación del Padre, que dispensaría de la «muerte» que en el principio se le fía a crédito. Todo lo cual a semejanza de lo que él nunca ha percibido. ¿De él mismo, *por lo tanto*? ¿De lo que el logos certifica de él (como) mismo? Relación de conveniencia de la enunciación con aquél que (la) causa/habla y que es importante perpetuar a toda costa.

Así, pues, es claramente preferible «ser un labrador que fuera siervo de un hombre libre» antes que «abandonarse a las opiniones y vivir como los hombres de la caverna». Trabajar la tierra sin la garantía de salario alguno valdría más la pena que perder el atributo de la razón. Abrir y remover la «tierra», aun sin ser pagado por esa tarea por el señor de la casa, es mucho más valioso que estar sometido a las fantasmagorías que atormentan a los encadenados con/por sus misterios. Explotar el lugar (denominado) materno a cuenta de un padre cuya autoridad sería de puras formas no puede compararse en términos de prestigio con el encarcelamiento del hijo en el recinto, aunque sea imaginario, de su nacimiento matricial. Todavía prisionero de ensoñaciones infantiles que le remiten siempre a ese antro del que no podría salir, toda vez que no siente atracción más que por la inmediatez de las sensaciones que allí siente. Muy hábil, por supuesto en el arte de distinguirlas, de evocarlas, e incluso de pintarlas de mil y una maneras, pero por ese preciso motivo «insensible» a los imperativos de la razón. Suerte que no envidia el filósofo y con la cual apenas le agrada entrar en rivalidad. ¿De veras? Esto no impide que elija como modo de existencia más digno de codicia el «trabajo de la tierra». Extraño azar. ¿Revolverse la tierra para no volver a ella? ¿Redoblamiento del callejón sin salida que es ya la caverna? ¿Abrir y volver a cerrar/ocultar [*re(n)fermer*], y revertir/invertir, al mismo tiempo? ¿En una transferencia de fondos a favor del padre? El cual, aunque carezca de recursos, tendrá al menos «hijos» para demostrar su potencia; garantes de su autoridad, signos de riqueza de su casa, esperando que la explotación del espacio del que se ha apropiado reporte un excedente de capital. Y no hay motivo alguno de vergüenza en estar a sueldo del jefe de familia, en ser su esclavo incluso,

porque «trabajar la tierra» es ya hacer *como* él. En otro grado de la escala (de valores), en un rango diferente de la analogía. Pero el *mimo* de las atribuciones del padre es, de ahora en adelante, un factor de experiencia adquirida. Y el triunfo exclusivo de su logos. Que, incluso en lo que atañe al trabajo, paga eventualmente con metáforas. *Plus-valor de la semejanza con el amo/maestro* que compensaría el «horror» de la contigüidad con la «tierra». Que equilibraría el coste de esa relación. Así argumentaría sin lugar a dudas el sabio para justificar que todavía intenta liquidar a su madre. Prohibición que él suscita/revoca [(r)élève] progresivamente en la roturación de terrenos todavía blandos sin cultivo apropiado, todavía vírgenes de (sus) nombres propios. Fractura y siembra de matrices todavía mudas de palabras sensatas. Receptáculos en los que tal vez alguna idea nueva podría aún germinar, si descendiera para inundarlos con su saber.

Pero ello supondría olvidar que todo el Universo está ya monopolizado por el Padre. Y que, en la mejor de las hipótesis, en tales pasajes reaviva, repitiendo(las), la inscripción de sus verdades eternas. Engañado, pues, acerca del valor de su obra. Que no es de nuevo y siempre sino el doble más o menos eficiente de un Fallo todopoderoso. Lo que no impide que se someta a ese estado de hecho y que llegue incluso a morir para perpetuar semejante imperio. Lo esencial es que la historia continúe. Esto es, el (su) mismo discurso, que le acredite, aunque sólo fuera en segundo lugar, con el título de suplente o de sucesor, de las únicas formas válidas. Sin partición con el «otro», que tan sólo proporciona la materia. Cada vez más abstracta, a decir verdad(es).

Pero ese espectro, esa sombra, que representa forzosamente también el redoblamiento del padre por el hijo –y viceversa–, serán de nuevo entregados a la tierra. Decadencia sepultada en sus entrañas, sustraída a la evidencia. *Madre-materia que vuelve a tapar, además, los restos de la especula(riza)ción*. Agonía de fantasmas que oculta y raya la pantalla dispuesta para la proyección, superficie pulida que ya no se antroabrirá sin espanto y aversión. Travesía enloquecedora del espejo en el que se forma toda representación. Auto-copias «buenas» siempre que cumplan la condición de pasar por el subterfugio del crédito concedido a la ley del padre, que define el plan/plano especulativo y de esta suerte exorcizaría la muerte. Entiéndase –por una vez con claridad, al menos– *la amenaza de la castración*. La angustia, el horror quedarán reservados para el vientre de la madre. Al que carece de todo sentido regresar. Salvo en nombre del padre.

* * *

Dos modos de representación (se) desgarran el tiempo. Una que se inscribe –aun sin saberlo– en la reiteración del acontecimiento, de tal suerte que no sale jamás de

esa «prisión». El proyecto de sonido, para siempre invisible, surgimiento que sirve de telón de fondo para la proliferación de «simulacros» que desfilan (en/sobre) ese *punto ciego de la concepción*. Teatro de sombras en el que no se muestran más que certidumbres bastante precarias –presencias espectrales, recuerdos imprecisos, esperas sin objetos previsibles– que desaparecen/se hunden [*s'éc(r)oulent*] a medida de su (re)aparición. Flujo siempre en circulación, que se mueve con arreglo al desplazamiento de la fuente de proyección, la deformación del horizonte-límite, las seducciones interpuestas. Oleada difícilmente determinable, pues, pero no infinita, y cuyo ajuste podrá incluso regularse de manera más o menos mágica mediante una reduplicación artificial de su proceso: escena de la caverna, de la que el hombre no podría conocer sus dimensiones, evaluar su espacio-tiempo, puesto que es un prisionero. Limitado en/por su hechizo, impresionado por espectáculos que hacen que (para él) pase el tiempo sin que ese derrame sea exactamente numerado, salvo mediante escansiones repetitivas difícilmente reconocibles. Y aquél que consigue, como quiera que sea, distinguir sus secuencias, acordarse de sus articulaciones, prever su retorno, merece desde luego que se le felicite por semejante hazaña. Ahora bien, ¿de qué tiempo habrá hecho con ello el análisis? ¿Y cómo este último sería posible, salvo en concepto de repetición simplemente mecánica, puesto que no conoce más que un tiempo? El que huye (aquí y ahora) sin estratificación que permita cualquier tipo de perspectiva. Sin duda, en la caverna, el re-ular de los taumaturgos y de sus encantos, su intervención entre el fuego y el fondo del antro acondicionará una «profundidad» del campo. Ahora bien, ¿y en su ausencia? ¿Qué interrupción existiría en la deriva? ¿Sería posible alguna decisión en cuanto a lo que es y no es ahora? ¿Lo que era y no era, ayer? Etc. Dando por sentado que la identidad de las posturas de los encadenados es ya una estratagema, un ardid completamente sofisticado del director que finge así poder resolver la cuestión, dejándola en suspenso. Lo que se impone además por la necesidad de definir otro tiempo. Porque en esa representación el alma del hijo no (se) refleja todavía en palabras del padre, el soporte de inscripción está todavía fuera y lo que se marca no son más que reduplicaciones pintadas de objetos ya fabricados por manos de hombres. Pero será el envite de la muerte lo que acarreará el tránsito a un más allá.

¿La muerte de veras? ¿Pero dónde insiste ella en ese desfile in(de)terminable? ¿Y, si no fuera por las órdenes del preceptor, quién se preocuparía por ella? Ni siquiera está seguro de que esos «niños» dispongan de una palabra para designarla, ni tampoco de un onirismo para figurarla. Y lo que pasa/acontece ahora para ellos no anuncia fin alguno, sino que es promesa de su retorno, al día siguiente. Si no fuera por las palabras del profesor de filosofía, que habla de inmortalidad, ¿cuál de aquellos «niños» estaría preocupado por semejante asunto, completamente inmersos en su sueño que siempre vuelve a empezar? Mensajero de la muerte, pues. ¿Pero

de cuál? ¿La del comienzo? ¿De la «materia»? ¿De la madre? ¿Que no reconoce la vida más que en la/su representación? ¿En la/su especula(riza)ción? ¿Su repetición, con término(s) enumerable(s)? ¿Algo que, por supuesto, es imposible por la indefinición de cuanto estaba delante? La concepción, «por ejemplo», que no encontraría su sentido «propio» sino en el re-nacimiento de verdad. El cual, para escapar de la sospecha de verosimilitud, será situado en un tiempo aún anterior al nacimiento. Eternidad sustraída a las apariencias, que vuelve a cerrar/oculta [*re(n)ferme*] la in-sistencia de la re-producción. Lo que exige su *doble repetición* en el Ser siempre, salvo alguna denominación, *trinitario*. El Uno no es tal sino por contemplarse/reflejarse en él *al menos dos veces*. Pero ese dos no constituye evidentemente una suma sin más. Cada especula(riza)ción modifica las propiedades de la representación hasta haber *dado (la) vuelta(s)* a sus atributos, que de esta suerte son constitutivos, inseparablemente, del sujeto (como) mismo. Que siempre habría estado en esa perfección de su identidad consigo mismo antes del nacimiento.

Conflicto de precedencia de cuanto viene a continuación, después. Donde lo posterior es remitido a lo más anterior para ocultar su relación con la proyección y la posterioridad de su determinación, la re-marca de la definición del comienzo. Origen que de esta suerte suspende todo el tiempo en la inmutabilidad fingida de su génesis: su presencia. Sin escisión. Sin muerte. Los dos muertos, y su entre-dos, y su antro (de) muerte, sumidos en la ceguera de una cierta especulación divina, en la que la cuestión de la auto-copia del ser es sustraída a la evidencia. Lo que no es el caso de los ardidés de los magos, demiurgos que envilecen los proyectos divinos tornándolos visibles, haciendo que aparezcan en su concepción misma.

Teatro de la caverna, en el que los atributos del hombre sólo figuran en tanto que ya estatificados, inmortalizados en su fúnebre duplicación. La referencia que a ellos podría hacerse –si al menos fuera posible volverse– es desde un principio *formal*. La potencia del seductor está siempre atrapada de antemano en una *cadaverización morfológica*. Erigida, desde ese momento, sin riesgo de caída «por encima» de una primera pantalla que sirve para la representación, aquella que sólo dejará pasar más allá de su umbral nunca atravesado sino la copia convertida en efigie del «ser vivo». Él permanece detrás, en una posición de retroceso, invisible, respecto a ese *objeto-signo* que excede con su muerte el muro telón que prohíbe la penetración en el fondo del antro, ese «fetiche» que le representaría de verdad si fuera posible percibirle. De verdad, es decir, sin huella localizable de una especula(riza)ción, donde su talla escultural es el precio que ha de pagarse para velar la inversión que sostiene su obra. Así, pues, ese primer tiempo que opera en la seducción no será visto. Ese volver a traer al mundo sin desfallecimiento del poder del charlatán escapa a la estimación. Él mismo, además, defiende su mirada. Parafragma que es todavía un párpado. El ojo no ve en qué momificación sepulcral debe estar encantado. Y si no

fuera por la asistencia de una pantalla de proyección –antro muerto– que devuelve una puesta en juego a la representación, no cabe duda de que ésta se pararía en seco. Así, pues, corresponde a la caverna suplir un encanto que se agota demasiado pronto, paralizado en la elaboración de su prestigio. Al que la proyección va a devolver alguna esfera de influencia, alguna movilidad todavía sensible, alguna apariencia (de) devenir. Fantasmas que proliferan de aquello/aquél que se ha mortificado de esta suerte en una imagen demasiado adecuada. Retoños de ese espéculo (de la) muerte.

Dos modos de ficción se desgarran el tiempo de la presencia. Pero al final esto(s) viene(n) siempre a ser lo mismo. Y el envite de ese descuartizamiento –en este caso además *imitado*– consiste en arrebatar a la tierra, a la madre, su función como espacio-tiempo de la (re)producción. En reflejar, pues, al infinito la proyección de la caverna. Al otro lugar eterno. *Αίών* [*aión*] del Padre, que sin descanso, y sin sombra, perpetuaría la representación. Donde la pantalla, que recuerda la inscripción y la reversibilidad en la inversión de lo mismo, es sustraída a la mirada y el coste, y el golpe mortales, que son el precio de la perennidad de esas autocopias valerosas, están avaladas por el Bien idealmente inagotable del Padre. Qué importa si el antro, si el otro, detrás del hijo vuelve a cerrarse, se entierra en su cripta cuyo acceso estará en lo sucesivo congelado, siempre que algún Uno entre sus atributos se haya apropiado de la omni-potencia, y que el niño pueda «fantasmarse» idéntico a Él –a un yo ideal– sin llamada a escena del *doblo* que en esa operación se corresponde, asimismo, con lo mismo.

Brillantez del azogue en suspensión. Dios no refleja nada (más que) lo mismo. Puro ser (del) espejo. En el que la reflexión es sin reflejo, sin efecto aparente de réplica, sin la sombra de una duda sobre la identidad consigo mismo, sin huella de un haber tenido lugar. Sin soporte testigo de un comienzo del ser como sí mismo. Sin matriz todavía material que se acordara de su muerte en esa especula(riza)ción, revocando en la noche agitada de su sótano los restos espectrales de aquello/aquél que en cada momento se levantaría en el presente (supuestamente) intacto de su hielo. Caverna que explorarían, que explotarían todavía, y para su propia ruína, pintores y poetas complacientes con la figuración de la repetición –con la *mímesis histórica*–, pero no los buenos ciudadanos. Todavía menos aquél que tiene la obligación de enseñarles con verdad: el filósofo, que sólo se preocupa de las Ideas. Especulaciones que han reabsorbido en sí todo recuerdo de un pasado de reflexión. Antros especulares, que ya no serán entreabiertos para ser mirados. Porque en ellas toda imagen posible del espectáculo se ha cerrado herméticamente en el devenir de su formación. Restañada, su cúspide. Y pérdida de vista, revertida/invertida en esa órbita espejeante. Sólo el Padre se entrometía aún en forma de luz complementaria, o suplementaria. Porque su ojo ve el Todo instantáneamente y por toda la eternidad. Y

el resplandor típico de un estampado perfectamente fijado en su copa no presenta para Él ningún peligro de desbordamiento ocular, de deslumbramiento incendiario, de fractura ni consumación de membrana. De esencial ideal. Apenas quedaría decepcionado, insatisfecho –en el caso en que Dios pudiera estarlo– al no encontrar más que una ilustración parcial de Él (como) Mismo. Debería, pues, especularlas todas a la vez. Pero como todas están ya en Él, no tiene necesidad ni deseo de ninguna en particular, en su absoluta autarquía. Dando vueltas indefinidamente en/sobre su círculo, resolvería en ese contorno siempre recircunscrito, sin robo/violación [*v(i)ol*] de su misterio, un himen ardiente en su hielo. Concepción todavía *paterna* de la histérica, que sólo se inflamaría en sus fantasmas de cópula con Él, reconocido como única fuente de lo Mismo. Encendido con un número indefinido de ocelos devueltos a la unidad de un divino espejismo sin la desviación alterante de un ojo, de un sexo, de un espejulo, de un «alma», que con su intervención, intromisión, arruinarían ese placer admirablemente solitario. Dios-Padre, Él-Mismo, excluyendo a cualquier «otro/a», conocería desde siempre los intrínquilis del goce histérico. Sus semillas de verdad serían producidas como suplemento de esa incomparable voluptuosidad que Él se reserva. Logos inmutable por haberse criado secretamente con los placeres más extremos: imitarse a sí mismo antes de que ningún otro haya comenzado a ser. Retoño que sin duda representará en su forma a su padre-genitor, pero a costa de la decadencia de Sí de esa re-producción, que reabre la cuestión de qué sería aquello en lo que se asemejarían. ¿La mujer-madre? Receptáculo para la proliferación de imágenes en el que, con un vistazo, podrían medir su adecuación al modelo (de lo) mismo. Dividiéndose de nuevo la propiedad, ese velo de la concepción. Para decidir en interés de todos, esto es, del buen orden de la Cuidad, el Padre volverá a confirmar ese misterio, revistiéndole con la autoridad de su ley, que no permite interrogación alguna. Certificado de poder al que no conviene pedir cuentas. Y que no repetiría de nuevo y siempre más que lo mismo: la identidad absoluto consigo mismo, sin contradicción posible de/en esa soberanía.

En efecto, el método, el camino, el conducto, el paso, e incluso la abertura, habrán servido al Padre para cerciorarse de su poder. Ahora bien, ¿cómo reperforarlos/recobrarlos en esa imperiosa unidad? ¿En la cuadratura del círculo de su gloria? Potencia que en su cuadrado habría englobado la de la ὕστερα [matriz, antro]. Sirviéndose del *paso* por/a la *inconmensurabilidad* de su grandeza. La *diagonal* supliará, en su imposible estimación en números enteros, el exceso de la no integralidad de un *diafragma*. Sesgo de un parafragma que divide, y determina en esa *duplicación* la primitiva díada de lo grande y de lo pequeño. Matriz todavía material de la que una diagonal, o un diámetro, detendrá –por su efecto de posterioridad al corte [*après coupure*]– la progresión o regresión al infinito, contraponiendo la definición de un segundo lado. Simetría que habrá organizado artificiosamente, *median-*

te una proyección asombrosa, al primero en cuanto tal: mitad de un mismo cuadrado entero. La construcción geométrica habrá levantado la hipoteca de una raíz que no podía evaluarse –en su extracción o su potencia– por falta de una medida común con lo finito. El redoblamiento habrá operado trazando, de forma eventualmente ficticia, una línea mediana, la reducción posible a una relación de igualdad. Pero, una vez que se trace su figura, aparecerá la sombra invertida que produce esa fracción, o incluso su imagen en espejo: ὑπέρα de Platón. Cuyos di-lemas habrán escamoteado –imitándoles en el interior: espacio de los magos/espacio de los prisioneros– su inconmensurabilidad con la irrepresentable ὑπέρα πρότερα [*hystēra protera*], el camino que conduciría de nuevo a ésta y el diafragma que regula su antroabertura. Así, pues, los planos, que establecen la similitud de los números, deben levantarse en el pensamiento sin dejarse regular en exceso con diseños/propósitos sobre la tierra. La madre.

Así, pues, la multiplicidad confusa y variable del otro comienza a resolverse en un sistema de relaciones inteligibles. Y la aritmética del filósofo, a diferencia de la del vulgar, distinguirá la grandeza y la pequeñez planteando, desde un principio, la *homogeneidad de cada unidad* en cuestión. El cálculo necesario tanto para la vida privada como para la vida pública exige que induzca al espíritu, mediante una verdadera conversión, a elevarse por encima de la esfera del devenir –más grande o más pequeño–, no considerando ya las relaciones más que en términos intrínsecos a los números mismos. Pero, en el punto en el que estamos, la progresión o regresión, todavía geométricas, no puede ser sino *jerárquicamente ordenada*, de manera no recíproca, y la ascensión hacia las Ideas, principios del análisis, no implica que sea igualmente verdadero lo que, todavía visible, todavía sensible, habrá conducido a su reminiscencia. El fundamento, aquí, implica finalmente la determinación de las hipótesis como consecuencias válidas, aunque haya sido preciso pasar por ellas para establecerlo. Lo ascendente y lo descendente no gozan de un privilegio igual. El hijo es segundo, deducido en cierto modo, aunque él hace remontar hacia el padre como aquello que le causa. «Por ejemplo». Pero el padre y el hijo son, sin embargo, al menos si se alza la mirada a la pureza de lo inteligible, atribuibles a la forma de la *unidad*. Lo que no es el caso de lo «sensible» –de lo materno, de lo femenino–, cuya diversidad, cuya discontinuidad del devenir es irreductible a un modelo. Caídos/as del mundo de la νόησις [intelección] y de su cadena ininterrumpida de Ideas. Donde el vacío que habrá tenido lugar entre ella(s) deviene el principio esencial de las figuras ideales. Así sucede con los intervalos entre los puntos de la «línea» que, mediante un cálculo de proporciones, se habrán reducido a una progresión metódica y continuamente, manejo de la παιδεία [educación], aparte del salto final –*anhipo-tético*– a lo transcendental. Auto-nomía de la filosofía que habrá encontrado su certeza científica en ese intermediario que es la *representación* todavía *geométrica* de lo

inconmensurable. Lo irracional. Teoría que en el «centro» de su construcción habrá dejado impenetrada, en su culminación técnica y su ideal exorbitado, una laguna sensible.

Pero ésta, en su desviación variable, lo infinito de su esfera de su influencia, debería estar sometida a una limitación que pone un término a las contrariedades que acarrea, sujetándola mediante la (re)marca del *uno* en un número determinado que al menos le da sentido en una finalidad. Así, pues, el *uno* tendrá el poder de determinar el doble movimiento de progresión y de regresión que expresaría la naturaleza de la díada. *Deteniéndola* a cada instante del presente en una *estasis*, una estación. De esta suerte, el *punto* de equilibrio entre el devenir más grande de dos, más pequeño de cuatro –o 2^2 –, es obtenido por la operación estabilizadora del Uno, que engendra de resultas de ello la primera tríada. Pero la eficacia del Uno habrá ajustado de antemano como iguales, como dos –prototipo de la primera díada *determinada*–, aquello que corría el riesgo de tender sin medida a lo infinitamente pequeño o grande: el mal.

Así, pues, el doble es *ambivalente* en la función que le será asignada. Duplicador, en efecto, en su indeterminación, y por ende matricial para el engendramiento de la serie de los números, no puede asegurar sin embargo la permanencia inmutable de los números primos. Siempre impares por alguna razón en la medida en que han necesitado el uno para definir las en su igualdad consigo mismos. El doble reproduce indefinidamente pero no sin desorden si el uno –el Uno– no impone, en cada momento, la eficacia de su término. Y subsumiendo en la igualdad que de esta suerte produce el de más y el de menos en juego en la díada, y sus desviaciones, se hincha al infinito. Pero como *mismo*: el Uno (de) la Idea. Extensión que habrá reabsorbido toda progresión, regresión, e intervalos vacíos entre, en su grandeza indefectible. ¿Qué cabe decir entonces de quien de ahora en adelante, y desde siempre, contiene todas esas esencias, esas potencias, excediéndolas con una precedencia que las engendra como tales y regula sus articulaciones? El Bien (de) Dios-Padre.

Así, pues, ¿a quién asignar más rigurosamente el valor del Ideal? ¿Al *uno*? ¿O a la *tétrada*? ¿Al cuadrado de dos? ¿Cuestión difícil? ¿O ingenua? El cuadrado no se define como tal sino por la diagonal que regula la *igualdad* de sus dos *mitades*, o triángulos isósceles. Plegables una sobre otra, una en la otra –indefinidamente– por un volteo alrededor de *un eje de simetría*. Éste puede variar en longitud, pero lo importante es que en ningún *punto* sea secable, *agujereable en la unidad* que representa. Lo que permitiría *el tránsito* de un más o menos número, potencia, extensión, al uno de los dos (lados). Línea, superficie, volumen, que deben someterse a la regla de engendramiento en mitades, al menos a título de paradigmas de todas las formas. De esta suerte, el imperceptible «vacío» que la geometría no habrá podido,

querido tener en cuenta, será retirado de todo «cuerpo». Y su relevo en lo inteligible habrá llevado al espíritu a su concepción ideal.

Lo que separa, divide, parte, debe ser sustraído al otro, a lo «femenino», so pena de que la matemática, la dialéctica, ya no sepan por dónde van. Perdiéndose en diferencias no analizables como dos debido a su no relación con lo Mismo. La entreabertura de un espaciamento –de un espacio-tiempo– que le sería heterogéneo debe de nuevo y siempre cerrar sus labios sobre lo inigualable que aquella dejaría aparecer en el funcionamiento del logos mismo. Cuya medida, incluso en sus diferencias categóricamente zanjadas –de más o de menos, por ejemplo–, habrá dejado fuera de sus formas definidas y de sus encadenamientos algo (de) la nada (de) vacío en el que ellas aseguran su reproducción. Superficie virginal y muda, memoria que no se acordaría ya de por dónde pasa/acontece esto. Y que no repetiría, reflejaría, de nuevo y siempre más que lo mismo sin volver a agujerear la pantalla en la que se origina en cuanto tal.

Un *parafragma* –diagonal, diámetro, o incluso *diafragma* artificialmente fabricado al objeto de especula(riza)ciones– corta y prohíbe el acceso (a) el exceso de un «otro» lado. Dios-Padre, sin duda, consigue con ello un aumento de poder, él, cuya omnisciencia se conocería en números ideales. Pero no la madre, la mujer, que se ven así impedidas por la ceguera de su placer. Sumergidos/as en la sombra de ese astro infinitamente calculador. Cuya potencia que complace a lo inconmensurable habrá deslumbrado con su saber ese punto ciego en el que tal vez el hombre habría podido plantearse aún la pregunta de su relación difícilmente contrastable con el otro.

Dos cegueras rivalizan en cuanto al misterio del infinito de la desmesura. Y de su excedente en la concepción. Pero vencerá aquella que pueda argumentar lo bien fundado de su relación con la verdad, esto es, con la propiedad. Más vale quedar fascinado por una omnipotencia que puede llevar a devenir *igual* que ésta antes que hundir la mirada en aquello que se deforma sin fin desde el momento en que se penetra en su seno. Que transforma sin descanso en otro en su espejo, consume en sus fuegos, ahoga en sus flujos, sin que capital alguno esté seguro en ninguna parte. Que éste esté situado *tan arriba* que ya no pueda ser percibido, que su acumulación sea tal que sea preciso recubrirse/le lógicamente con un *velo* para intentar mirarlo/mirarse en él, que su apropiación sea tan *retorcida* que una ojeada que se desvanezca en el punto de fuga de un rayo oblicuo pueda apenas ejercitarse en un cálculo aproximado de la elevación de su potencia, importan menos que el peligro aventurado de su dilapidación instantánea en/por el otro. De ahí, pues, que haya que ocultarlo en su cripta. Y como todo, aquí, deviene por participación, tal vez el Dios habría imitado desde siempre ese diafragma –que por su parte no «imita» nada: el vacío– que entreabría sobre los/sus excesos. Pero, para que esa imitación

sea vero-símil, Él la habría transformado en parafragma. Misterio que le rodea por todas partes, diagonales o diámetros incalculables de su círculo, formas-ideas que conservan en su clausura ideal sus semillas de verdad... Lo que no quiere decir que no Le quede algo: infinito, inconmensurable, invisible, de un Otro con el que ya no se reunirá fácilmente en la distancia insondable de su goce. Salvo, pero en tan pocas ocasiones y de manera tan poco previsible, en el éx-tasis. O incluso –se afirma– en «otra» vida. Otro «mundo».

Ahora bien, ¿cómo llegar a ese mundo? ¿Volver a él? ¿Regresar? Puesto que este punto ciego, que en la mirada (del alma) habría podido reabrir la cuestión de *otro camino*, es recubierto, o deslumbrado, por el saber del Padre. Y que, saliendo de la fascinación de ese Sol, el ojo no puede dejar de verse «ofuscado por las tinieblas». Y que el hombre se ha vuelto ciego a fuerza de proyectar(se) en el resplandor de ese Bien, en la pureza de ese Ser, en el espejismo del Absoluto. Y que, por lo tanto, si «volviera a bajar y recuperara su antiguo lugar» en la caverna de su pasado, no vería nada en ella. «Y si tuviera que discriminar de nuevo aquellas sombras [...] ¿no se expondría al ridículo y a que se dijera de él que, por haber subido hasta lo alto, se había estropeado los ojos, y que ni siquiera valdría intentar marchar hacia arriba?»*.

Dos cegueras se disputan el monopolio de la concepción. Porque la óptica de la Verdad, con su crédito, sin duda, su certidumbre incondicional, su pasión de la Razón, se ha velado o destruye la mirada, siempre todavía mortal. De tal suerte que ya no puede ver nada de cuanto era *antes* de su conversión a la ley del Padre. Que todo lo que es extraño, otro, externo respecto a sus evidencias presentes ya no aparece ante él. Que ya no percibe nada de ello. Salvo –¿tal vez? ¿a veces?– el dolor de haberse cegado así, y de ya no poder discernir, imaginar, sentir, cuanto sucede *detrás* de la pantalla de las/sus divinos conocimientos, ideales proyecciones. Pues con ellas se ha separado de sus relaciones con la tierra, con la madre y con todo/a otro/a, por esa ascensión hacia una inteligibilidad todopoderosa. Sólo, pues, en el círculo cerrado de su «alma», ese teatro de la re-presentación de lo semejante, ese vértigo de un dios que ya no reconoce más que a sí mismo. ¿Y al que, *si se le planteara la identificación de otro/a*, no podría sino confesar que no ve, ¿o dejó de poder ver?, muy bien. Que es preciso esperar un poco para que pueda evaluar, estimar en su medida, aquello, aquél, con lo que trata. ¿El tiempo necesario para que habitúe su mirada a aquello que tiene delante? ¿O para que introduzca ese «objeto» en su perspectiva?

¿Y si aquello que se le solicitara juzgar no fuera más que una «sombra»? ¿Cómo podría hacerlo? Esa duplicación que ella figura es sostenida ahora por ese todo que

* *Ibid.*, VII, 517a. [N. del T.]

le *imita*, por esas especularizaciones de él que colman, hasta el límite inconmensurable, su horizonte. Su «universo» todavía: su doble lleno de dobles. Más o menos próximos de la reproducción de lo Mismo. Más o menos apropiados. ¿Reflejos especulares expuestos con plena claridad? Excepto que su paradigma nunca es visible. La concentración de la luz informa la mirada por un *agujero de sombra* que sirve de pantalla para la visión del otro lado. Ideal que se mantiene siempre *detrás* del círculo que limita el campo de la prospección. ¿Detrás del espejo? ¿Ocultando la inversión?

Pero esta última siempre ha tenido lugar de antemano. De la noche —al menos para un mortal— procede ahora la iluminación, mientras que en la penumbra de la caverna debía haber una antorcha para ayudar a la proyección de las sombras. ¿Todo sería trastocado (de nuevo)? ¿Pero dónde está entonces el derecho? ¿Y el revés? Lo que insiste siempre es el retroceso de una parte trasera. Pero ahora se ve remitido infinitamente lejos por delante. Y arriba. Allende el cielo. Así, pues, desviándose para regresar a su infancia, para volver a descender al antro en el que había permanecido con anterioridad, el filósofo es confundido en su manera de examinar las cosas. Y será preciso «un tiempo bastante largo» para que vuelva a atravesar la esfera —trastocada, invertida, retrovertida— de su mirada. ¿Que ha de ponerse delante en lo sucesivo? ¿Y arriba? ¿Y por detrás? ¿Y abajo? ¿Cómo dar la vuelta, reagujerear/recobrar el ὑστέρων, y la ὑστέρω Escena de la representación que siempre de antemano obligará a volver la cabeza, e incluso a perderla completamente, nada más poner el pie en ella. Y a girar en todos los sentidos alrededor de ejes —¿de un eje?— de simetría. Sin que de ese artefacto necesario para la entrada en aquella echo-nomía nadie suelte palabra. Mímo de nada que puede decirse de verdad. Y cuyo olvido, a falta de su representación, dejará en ridículo al filósofo que con toda su posesión divina habrá provocado el aborto del germen de su mirada (de) todavía mortal: διερθαρμένος ἤκειά ὄμματα [*diēpharmēnos hekēi ommata*]. Indiferente a las pasiones humanas que aún mantienen cautivos a los otros, pero perdido en contemplaciones que le hechizan por todas partes, separándole de todo por pantallas de proyecciones cuya intervención ni siquiera le es ya perceptible.

Y si, protegido por un orden jerárquico, por el privilegio del ascendente, del padre, puede además decretar la ley en la ciudad, o incluso en un contexto académico, no está seguro de que su «descenso» a una prisión llena de niños desencadenados se vea coronada con igual éxito. Porque, imagínese que «alguno haya intentado desatar a estos y llevarles a tomar un poco de aire en el exterior», esto es, a darse cuenta de las dimensiones de su secuestro anterior, de las reglas que les impedían moverse, reteniéndoles inmóviles en la fascinación del prestigio formal de maestros siempre un poco charlatanes en sus prácticas, manteniéndoles polarizados por el de frente de un cuadro por el que desfilan la imágenes proyectadas de estos, o de la

efigie que ya representan... Así, todos los días, desde su infancia. Paralizados por la confusión de ese teatro con el recinto todavía materno del que no han salido todavía, y del que nunca han podido cerciorarse, pues no son más que niños. Mudos por no saber qué decir, qué comentar, y asumiendo como verdades todo aquello que se les muestra, y donde cada una de ellas excluye a todo lo demás. Máxime cuando la demostración se apoyará en el eco de una voz seductora.

Imagínese, pues, que alguien, esta vez no con fines sencillamente pedagógicos, sino movido más bien por otras miras políticas o por un deseo perverso de divertirse, subleva a esos «prisioneros» desencadenados justo en el momento en que el filósofo, siempre un poco perdido en sus idealidades, acaba de sentarse entre ellos, en su antiguo lugar. ¿No creen que, «si pudieran tenerle en sus manos, y matarle, le matarían»? - «Ya lo creo que le matarían, dijo él».

Queda por saber si lo que entonces tendrían entre sus manos no estaría muerto de antemano: pobre presente de una cópula convertida en efigie. Y si en ese cuerpo a cuerpo pudiera sucederles algo que no fuera sino despedazarse a sí mismos. Haciendo que de sus heridas mane una sangre que recuerda de nuevo una relación muy antigua con la madre. Repitiendo un asesinato que ya habría tenido lugar. Imitando de nuevo en ese gesto lo que ya escribiera Platón, y antes relatará Sócrates. «Ya lo creo que le matarían». Hacía mucho tiempo –desde luego en el condicional de un mito– que estaba inscrito en sus memorias.

Índice general

El punto ciego de un viejo sueño de simetría	5
--	---

La desconocida de la ciencia

Un reconocimiento demasiado inmediato. – El modelo anatómico. – Una ciencia con todo sin resolver. – Cuestión de método. – El envite (re)productivo, y su complicidad con el orden fálico. – Una diferencia que no será tenida en cuenta. – El trabajo del «devenir mujer».

La niña pequeña (no) es (más que) un chiquillo

Un hombrecillo, pero menos perfecto. – La cara oculta de las cosas. – Los intérpretes de los sueños mismos... – La masturbación del pene: un autoerotismo forzosamente fálico. – El cambio de «objeto» o la crisis de una devaluación. – La ley (de lo) misma/o.

En el comienzo se detendría su historia

Un amor insospechado. – El deseo de tener un hijo con la madre. – La seducción del padre: la ley pero no el sexo. – Las «razones» de la hija para odiar a su madre, y la persistencia del mismo amor hacia el chiquillo. – Una economía irrepresentable del deseo originario. – Un retoño más.

Una «causa» otra vez: la castración

Como cabía esperar. – La mirada, envite de siempre. – La anatomía es el «destino». – Lo que recubre el discurso del padre. – Lo negativo en la dialéctica falocéntrica. – ¿La elaboración de las pulsiones de muerte reservada al hombre?

«La envidia del pene»

Una espera decepcionante. – Una sublimación con rodeos. – ¿«Envidia» o «deseo» del pene? – Una represión, o una censura inexorable. – Una mimesis impuesta.

Una penosa evolución hacia «la feminidad»

De la que el padre, neutro y benevolente, se lava las manos. – ¿Un(a) asexo? – La universalidad, o no, del complejo de Edipo. – Libre asociación sobre el onanismo.

¿Una sexualidad muy oscura?

Una sintomatología casi melancólica. – Un prejuicio del que no podría desprenderse. – Esa herida abierta que todo lo atrae. – El resto necesario: la histeria.

El pene = el hijo del padre

La primacía del erotismo anal. – Las partes interesadas de cierto contrato de alquiler. – La mujer es/y también la madre. – Juegos prohibidos. – El himen de Edipo(s) padre e hijo.

La «posterioridad» de la castración

Un capitalismo sin complejos. – El velo metafórico del eterno femenino. – El reverso de la historia. – ¿Una sumisión de esclavo? – Un superyó bastante despectivo hacia el sexo femenino.

Un indispensable «presión a la pasividad»

Una redistribución de las pulsiones parciales, y más en particular de las pulsiones sádico-anales. – «No hay más que una sola libido». – La idealización, lo propio. – El órgano (re)productor. – Confirmación de la frigidez.

La hom(br)osexualidad femenina

Carácter decisivo del «factor constitucional». – Una elección homosexual nítidamente expuesta. – El fracaso de una cura por falta de transferencia(s). – La misma.

Una relación sexual impracticable

Un amor ideal. – Si no fuera, de nuevo, por su madre. – ¿O por su suegra? – La cuadratura del círculo de familia. – ¿Separación de las generaciones, o desfase histórico? – La bisexualidad enigmática de la mujer.

«La hembra es hembra en función de una cierta falta de cualidades»

Un narcisismo ex-orbitante. – La vanidad de una mercancía. – El pudor que exige una conformación viciosa. – Las mujeres nunca inventaron más que el «arte de tejer». – Una naturaleza muy envidiosa. – La sociedad no interesa a las mujeres. – Un defecto en la sublimación. – «La mujer de treinta años».

Espéculo.....	117
<i>Toda teoría del «sujeto» habrá estado siempre adaptada a lo «masculino».</i>	119
<i>κόρη: joven virgen - pupila del ojo.....</i>	133
<i>¿Cómo concebir una hija?.....</i>	145
<i>Una madre de hielo.....</i>	153
<i>... si, tomando el ojo de un hombre recién muerto,.....</i>	165
<i>La misterica.....</i>	175
<i>Un a priori paradójico.....</i>	185
<i>... la eterna ironía de la comunidad.....</i>	195
<i>El inevitable volumen.....</i>	207
La ὑπέρα de Platón.....	219
<i>El practicable de la escena</i>	
El artificio de una inversión. – El privilegio de lo que está de frente. – Un fuego a imagen de un sol. – El camino olvidado. – Parafragma/diafragma. – La exhibición de charlatanes. – ¿Una pérdida de tiempo?. – Un antro especular.	
<i>Los diálogos</i>	
Uno habla, los otros se callan. – Como nosotros, sometidos a un mismo principio de identidad. – Con la condición de tener una cabeza, y orientada en el buen sentido. – Lo que es = lo que ellos ven, y viceversa. – La ἀλήθεια, una denegación necesaria entre hombres. – La voz misma recobrada a Eco. – Un doble error topográfico, sus consecuencias.	
<i>El desvío de la histeria (masculina)</i>	
Un método hipnótico – Que entierra y prohíbe la «locura». – Un resto de afasia. – La diferencia ignorada. – El deslumbramiento irreflexivo de la seducción.	
<i>La «salida» de la caverna</i>	
El «paso». – Un alumbramiento impracticable. – Entonces, ¿de dónde y cómo sale él? – Un mundo poblado de espectros.	
<i>El tiempo de acomodar, de apropiar, la óptica</i>	
Una vuelta (total) imposible. – Si no fuera, en ese momento, por la ayuda de la sofística que se burla de los dobles. – Una naturaleza congelada. – El auto... escamoteado en la ἀλήθεια. – ¿Un bastardo o un retoño ilegítimo?	

La visión del padre: un engendramiento sin historias

Un himen de espejos. – Un procreador inengendrado. – El exorcismo de la noche oscura. – La astrología como taumaturgia: una apariencia (de) sol. – Cuestión de propiedad. – Una negativa cegadora.

Una forma siempre la misma

El tránsito confuso de lo grande a lo pequeño, y viceversa. – El patrón mismo. – Más vale dar vueltas sobre sí mismo. – Lo que sólo es posible para Dios-Padre. – La madre, felizmente, sería sin memoria. – Una fuente-espejo de todo lo que es. – El análisis de esa proyección no habrá (tenido) lugar jamás.

El perfeccionamiento de la παιδεία

Las insuficiencias de un órgano todavía sensible. – El buen funcionamiento de un seminario. – Una concepción inmaculada. – La posterioridad de un goce ideal. – El final de la infancia.

La vida en filosofía

Siempre el Mismo. – Una completitud autista. – El amor desviado de las especies y géneros inferiores. – El privilegio de los Inmortales. – La ciencia del deseo. – Una κόρη dilatada a todo el campo de la mirada, y que se especula a sí misma.

El conocimiento divino

La parte trasera reservada a Dios. – El misterio divino. – Ese poder es inimitable por los mortales. – ¿Cómo, entonces, pueden evaluar su potencia? – Salvo con arreglo a su semejante. – El Padre conoce el derecho y el revés de todo, al menos en teoría. – El sentido de la muerte para un filósofo.

Un entre-dos inarticulado: la esquicia entre sensible e inteligible

Una falta de relaciones entre el padre y la madre. – Un tránsito en sentido único. – La participación obligada en los atributos del tipo. – Un incesto desconocido y un incesto irrealizable.

La vuelta al nombre del padre

La imposible regresión hacia la madre. – Una competición a la que se sustraerá el filósofo. – Dos modos de repetición: lo propio y lo próximo. – Antes labrar la tierra por cuenta del padre que volver allí: la metáfora/la metonimia. – La amenaza de la castración.

El goce de «la mujer»

Un antro muerto que devuelve un envite a la representación. – El placer admirablemente solitario de Dios. – La ayuda de una diagonal para paliar el exceso del Uno. – El infinito de un ideal que oculta la abertura (de) un vacío. – Una pérdida de vista sobre «el otro». – La venganza de niños desencadenados.

CUESTIONES DE ANTAGONISMO

TÍTULOS PUBLICADOS

Movimientos antisistémicos, I. Wallerstein, G. Arrighi, T. K. Hopkins.

Las fuerzas políticas que han modificado la trayectoria del capitalismo analizadas en todo el arco de su existencia histórica.

Las verdades nómadas & General Intellect, poder constituyente, comunismo, Antonio Negri y Felix Guattari.

Análisis de los cambios experimentados por las formas de producción y por la composición de clase de la fuerza de trabajo desde 1968 hasta la actualidad.

El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época, Giovanni Arrighi.

Estudio magistral del capitalismo como sistema histórico dotado de una coherencia temporal y espacial en la sucesión de sus diversos ciclos sistémicos de acumulación.

Nazismo y clase obrera, Sergio Bologna.

Análisis de la clase obrera alemana durante la República de Weimar y de las formas políticas concomitantes que condicionaron su oposición al nazismo.

La izquierda contraataca. Conflicto de clases en América Latina en la era del neoliberalismo, James Petras.

Situación de la izquierda latinoamericana en los albores del nuevo siglo y análisis del ataque neoliberal a las condiciones de vida de las sociedades de América Latina.

La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense, Peter Gowan.

Análisis del comportamiento de los mercados financieros durante los últimos veinticinco años y de las opciones geopolíticas de las potencias capitalistas dominantes.

Spinoza subversivo, Antonio Negri.

Spinoza como teórico de la democracia radical y del antagonismo de la nueva composición de clase.

Obreros y capital, Mario Tronti.

La teoría del antagonismo de clase de la fuerza de trabajo colectiva explotada en el capitalismo globalizado y las líneas de fuga para su constitución revolucionaria.

Marx más allá de Marx. Cuaderno de trabajo sobre los *Grundrisse*, Antonio Negri.

Lectura de los *Grundrisse* de Marx como texto revolucionario que coloca el antagonismo de clase en el centro del proceso de producción capitalista.

Caos y orden en el sistema-mundo moderno, Giovanni Arrighi y Beverly Silver.

Análisis del comportamiento de la empresa, de los sistemas financieros, de la fuerza de trabajo y de las distintas hegemonías a lo largo del capitalismo histórico.

La posmodernidad y sus descontentos, Zygmunt Bauman.

La fenomenología de las formas de existencia de los sujetos de las sociedades posmodernas: capitalismo desregulado y mutación de la subjetividad.

1968. Una revolución mundial (obra multimedia: CD-ROM/libro), M. Bascetta, S. Bonsignori, S. Petrucciani, F. Carlini.

El año 1968 como crisol de los comportamientos antagonistas que maduran en la actualidad narrada a través de textos, material fílmico e imágenes de archivo.

El nuevo espíritu del capitalismo, Luc Boltanski y Ève Chiapello.

Estudio de las modificaciones de las formas de trabajo y de justificación social de las nuevas pautas de explotación y legitimación del capitalismo actual.

Brigadas Rojas, Mario Moretti (entrevistado por Rossana Rossanda y Carla Mosca).

Crónica de la experiencia de la lucha armada en Italia durante la década de los setenta analizada como expresión política de la fuerza de trabajo social.

Demarcaciones espectrales. En torno a Espectros de Marx, de Jacques Derrida, Michael Sprinker (ed.).

Reflexión sobre las relaciones existentes entre marxismo y deconstrucción, y sus posibles puntos futuros de convergencia teórica y política.

Espacios de esperanza, David Harvey.

La producción de espacio como dinámica esencial de reproducción del orden capitalista dominante y de la gestión de la fuerza de trabajo y de la producción de riqueza.

El trabajo de Dionisos, Antonio Negri y Michael Hardt.

Análisis de las modificaciones experimentadas por la teoría constitucional y del Estado en los tiempos del capitalismo posmoderno y globalizado.

Historias locales/diseños globales. Colonialidad, saberes subalternos y pensamiento fronterizo, Walter D. Mignolo.

La colonialidad del poder como elemento clave para comprender el comportamiento del capitalismo histórico analizado desde una perspectiva no eurocéntrica.

La expansión económica y la burbuja bursátil, Robert Brenner.

La burbuja bursátil y el comportamiento de la economía estadounidense durante la década de los noventa analizados a partir de las variables sistémicas del modo de producción capitalista.

Imagen y realidad del conflicto palestino-israelí, Norman G. Finkelstein.

Minucioso análisis de la historiografía que ha conformado la interpretación predominante del enfrentamiento que asola Palestina durante los últimos cincuenta años.

Marx dentro de sus límites, Louis Althusser.

Reflexiones cruciales sobre los límites políticos de la epistemología marxiana concebidos para posibilitar el desencadenamiento de la próxima explosión creativa del paradigma marxista.

El sitio de los calcetines, Christian Marazzi.

El lenguaje convertido en instrumento de producción de la intelectualidad de masas y los nuevos modelos de subjetividad proletaria analizados a contrapelo del nuevo paradigma productivo del *general intellect*.

La forma-Estado, Antonio Negri.

Anatomía del Estado y de la Administración pública como dispositivos de captura y gestión del antagonismo y la lucha de clases en la época de la constitución política del sujeto hiperproletario global.

Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos, Immanuel Wallerstein.

Exuberante caja de herramientas para comprender el funcionamiento del capitalismo global, sus tendencias estructurales y las posibles estrategias para transformarlo radicalmente por los movimientos antisistémicos.

Los libros de la autonomía obrera, Antonio Negri.

La gramática del antagonismo que definió la estación más productiva de la lucha de clases del laboratorio político italiano durante la década de 1970. Libro de culto de la constitución del sujeto productivo antagonista.

El nuevo imperialismo, David Harvey.

Análisis de las nuevas formas que está asumiendo el capitalismo contemporáneo para proseguir la acumulación de capital a escala global mediante la producción selectiva de plusvalor, espacio y territorio.

La fábrica de la estrategia: 33 lecciones sobre Lenin, Antonio Negri.

Exquisito estudio sobre el pensamiento de Lenin escrito al calor de las luchas de la década de 1970, que difracta la misteriosa curva de la recta leninista en un apasionante haz de modelos posibles de constitución antagonista útiles para pensar la política del presente y del futuro.

Maquiavelo y nosotros, Louis Althusser.

Estudio del pensamiento de Maquiavelo como teórico de la invención de la política en el vacío provisional de la constitución del sujeto revolucionario, y como analista de los avatares del acontecimiento de su emergencia como fuerza histórica transformadora.

Repetir Lenin, Slavoj Žižek.

Reflexiones sobre la vigencia política de Lenin en las sociedades posmodernas contemporáneas a contrapelo de las formas de codificación cultural que tienden a neutralizar la acción política mediante la hipertrofia de las cuestiones culturales e identitarias.

Mujeres, raza y clase, Angela Y. Davis.

Estudio clásico de la parábola del feminismo negro en una sociedad racista, clasista y sexista como revulsivo tonificante para analizar en toda su complejidad las relaciones de poder y explotación realmente existentes.

Fuerzas de trabajo. Movimientos obreros y globalización desde 1870, Beverly J. Silver.

Este libro explora cómo la lucha de clases y el conflicto obrero han estado indefectiblemente allí donde el capital ha intentado recrear condiciones más propicias de explotación tanto en los países desarrollados como en las economías del Sur global.

Europa y el Imperio, Antonio Negri.

Europa teorizada como espacio político de referencia elemental para los movimientos sociales y para los nuevos sujetos productivos de la sociedad del conocimiento y reflexiones sobre la invención de una nueva política radicalmente transformadora.

La destrucción de los judíos de Europa, Raul Hilberg.

Estudio magistral del conjunto de procesos económicos, sociales, jurídicos y culturales que posibilitaron que el nazismo destruyese a una parte de sus ciudadanos e intentase construir un orden brutal de explotación racial en Europa.

Metamorfosis, Rosi Braidotti.

Crítica feminista de la posmodernidad construida a partir de una original lectura de la diferencia sexual inspirada en Deleuze e Irigaray y fundamentada en la apuesta por construir una nueva concepción de la política.

Los contornos del declive, Robert Pollin.

Análisis de las opciones económicas de Clinton —y de su continuidad por Bush— y de su efecto multiplicador de las desigualdades y de los dese-

quilibrios tanto en la sociedad estadounidense como sobre la economía mundial.

Bienvenidos al desierto de lo real, Slavoj Žižek.

Texto chispeante sobre el cierre de las posibilidades de enunciación de la realidad política contemporánea, y sobre las complicidades de la *intelligentsia* occidental con la legitimación y mantenimiento del orden existente.

Parecón. La vida después del capitalismo, Michael Albert.

Reflexiones sobre cómo pensar la organización económica tras el fin del capitalismo para posibilitar una economía sostenible, viable socialmente e innovadora desde el punto de vista empresarial.

Más allá de El capital, Michael A. Lebowitz.

Análisis de las implicaciones del libro sobre el salario que Marx no llegó a escribir y de su importancia para pensar una teoría de las luchas, de la subjetividad antagonista de la fuerza de trabajo y de la invención de nuevas formas de acción política.

Discurso sobre el colonialismo, Aimé Césaire.

Formidable alegato contra el colonialismo y el racismo practicados secularmente por Occidente para explotar a los pueblos no blancos y reflexión meditada sobre las consecuencias de la invisibilidad de tales comportamientos para la cultura occidental.

Fábricas del sujeto / ontología de la subversión, A. Negri.

Cuadernos de trabajo filosófico en torno a los conceptos de antagonismo y subsunción real escritos durante los últimos veinticinco años al hilo de las transformaciones subjetivas, sistémicas y epistemológicas registradas en las sociedades capitalistas.

Crisis de la clase media y posfordismo, Sergio Bologna.

Análisis de la expansión del trabajo autónomo y de la descentralización productiva, así como de las implicaciones políticas de tal transformación, en un contexto de subordinación creciente de los trabajadores al poder de mando del capital.

De la esclavitud al trabajo asalariado, Yann Moulier Boutang.

Reconstrucción exhaustiva de la economía política del trabajo dependiente a lo largo de la historia del capitalismo, mostrando que el trabajo asalariado ha sido más la excepción que la regla y señalando las estrategias de fuga como vector esencial para comprender la fisiología de este sistema.

Nazismo y revisionismo histórico, Pier Paolo Poggio.

Indagación sobre el hilo negro del revisionismo histórico, que pretende reescribir la modernidad en clave conservadora y reaccionaria para extirpar del imaginario social la posibilidad de pensar una política radical.

El asalto a la nevera, Peter Wollen.

Estudio minucioso del movimiento moderno y de sus avatares como propuesta crítica y subversiva de los códigos estéticos e imaginarios contemporáneos e indagación sobre las formas que están poniendo en tela de juicio el predominio cultural occidental.

Espacios del capital, David Harvey.

Análisis de la dinámica capitalista como forma de producción de espacios y de configuración del territorio en el marco de la reproducción del capitalismo global, y estudio del espacio como componente esencial de las estrategias de dominación.

Privatizar la cultura, Chin-tao Wu.

Análisis exhaustivo de cómo la ola de privatización que afectó a las economías nacionales durante las décadas de 1980 y 1990 se conjugó en la esfera de la cultura y del arte y cómo ello ha afectado al carácter democrático de nuestras sociedades.

Espéculo de la otra mujer, Luce Irigaray.

Libro clásico sobre cómo se ha definido el falocentrismo y la diferencia sexual en el psicoanálisis y en la cultura occidental y sobre cómo se ha declinado a partir de esos estratos un modelo sexual y discursivo en las sociedades contemporáneas.

Palestina/Israel: un país, un Estado, Virginia Tilley (en prensa).

Estudio sobre la imposibilidad de optar por la solución de dos Estados en Palestina y reivindicación enérgica de un solo Estado laico, democrático y no confesional para resolver el conflicto palestino-israelí antes de que la situación acabe en la catástrofe.

Breve historia del neoliberalismo, David Harvey (en prensa).

Análisis de las vicisitudes del neoliberalismo como estrategia de reestructurar la economía global durante las últimas tres décadas y de multiplicar la intensidad de la explotación capitalista en la economía global.